HISTORIA DE SAN MARTIN





HISTORIA

DE

SAN MARTÍN



OBRAS HISTÓRICAS

DEL

GENERAL BARTOLOMÉ MITRE

VIDA Y ESCRITOS DE JOÉ RIVERA INDARTE—*Valparaiso,* 1845.—*Buenos Aires,* 1853. (3ª edición).
HISTORIA DE BELGRANO Y DE LA INDEPENDENCIA ARGENTINA (4ª edición definitiva, corregida y aumentada)—*París,* 1887, 3 vol.
ESTUDIOS HISTÓRICOS SOBRE LA REVOLUCIÓN ARGENTINA. Belgrano y Güemes—*Buenos Aires,* 1864.
CUESTIÓN DE SAN JUAN (reseña histórica)—*Buenos Aires,* 1869.
CARTA (crítico-histórica) sobre literatura americana—*Buenos Aires,* 1877.
EL CRUCERO DE LA ARGENTINA (episodio histórico)—*Valparaiso,* 1860.
INFORME HISTÓRICO sobre los antecedentes y la reforma de la Constitución Argentina—*Buenos Aires,* 1860.
CARTAS HISTÓRICO-POLÉMICAS sobre Triple Alianza y la Guerra del Paraguay—*Buenos Aires,* 1871.
CUESTIÓN PUERTO DE BUENOS AIRES (con datos histórico-geográficos sobre sus antecedentes)—*Buenos Aires,* 1870.
LA INMIGRACIÓN ESPONTÁNEA EN LA REPÚBLICA ARGENTINA (y su historia en América)—*Buenos Aires,* 1870.
CONTRA-MEMORANDUM histórico-diplomático sobre las cuestiones de límites entre la República Argentina y la del Paraguay—*Buenos Aires,* 1874.
ARENGAS desde 1849 hasta 1874. (Páginas orales de historia)—*Buenos Aires,* 1875.
RUINAS DE TIAHUANACO (tiempos pre-históricos americanos). Premiado en el Congreso Geográfico de Venecia en 1881—*Buenos Aires,* 1875.
OLLANTAY. Estudios crítico-históricos sobre el drama Quechua y la poesía pre-colombiana—*Buenos Aires,* 1881.
CUENTAS HISTÓRICAS DEL GRAN CAPITÁN (en el Centenario de San Martín)—*Buenos Aires,* 1878.
LA ABDICACIÓN DE SAN MARTÍN (juicio histórico)—*Buenos Aires,* 1880.
EL PRIMER LIBRO IMPRESO EN AMÉRICA (investigaciones histórico-bibliográficas—*Buenos Aires,* 1873.
EL PINO Y EL COMBATE DE SAN LORENZO (en los funerales de San Martín) —*Buenos Aires,* 1880.
COMPROBACIONES HISTÓRICAS á propósito de la «Historia de Belgrano»—*Buenos Aires,* 1881.
NUEVAS COMPROBACIONES HISTÓRICAS á propósito de la Historia Argentina—*Buenos Aires,* 1882.
COMPROBACIONES HISTÓRICAS á propósito de algunos puntos de historia argentina, según nuevos documentos—*Buenos Aires,* 1882, 2 vols.
RICORDI DELL'ASSEDIO DE MONTEVIDEO, 1843-1851 (publicado en español con el título de «Un Episodio Troyano»)—*Firenza,* 1882.
EPISODIOS HISTÓRICOS DE LA REVOLUCIÓN ARGENTINA (fragmentos; en preparación la obra completa)—*Buenos Aires,* 1860-1879.
HISTORIA DE SAN MARTÍN y de la Emancipación Sud-Americana. Según nuevos documentos—*Buenos Aires,* 1887, 3 vols.



FOTO-TIPIA DE G. KRAFT, Bs. As.

José de S. Martin

REPRODUCCIÓN FOTOTÍPICA DEL RETRATO ORIGINAL AL OLEO HECHO EN 1817
POR EL PINTOR PERUANO JOSÉ GIL
DESPUES DE CHACABUCO, EN SANTIAGO DE CHILE, DONDE EXISTE.

HISTORIA

DE

SAN MARTÍN

Y DE LA

EMANCIPACIÓN SUD-AMERICANA

(SEGÚN NUEVOS DOCUMENTOS)

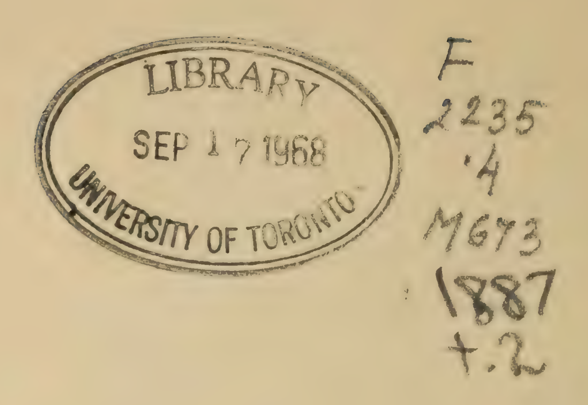
POR

BARTOLOMÉ MITRE

Serás lo que debes ser,
y sinó no serás nada.
(Máxima de San Martín).

TOMO SEGUNDO

BUENOS AIRES
Imprenta de «La Nación», San Martín 214
1888



HISTORIA DE SAN MARTÍN

Y DE LA

EMANCIPACIÓN SUD-AMERICANA

CAPÍTULO XIV

CHACABUCO

AÑO 1817

Situación del ejército argentino después del paso de los Andes—Reconcentración de las columnas invasoras en el punto estratégico de Chacabuco—Descripción de la cuesta de Chacabuco—Plan de batalla de San Martín—Errores de Marcó—Los realistas se reconcentran en Chacabuco—Marcha de avance del ejército argentino—Movimiento del ala izquierda argentina—Disposiciones defensivas de los realistas—Primeras peripecias de la batalla—Movimiento del ala derecha—Batalla de Chacabuco—Juicios acerca de ella—Su importancia histórica y política—Sus consecuencias inmediatas—Tres almas intrépidas—Establecimiento del gobierno nacional de Chile—San Martín y Marcó—Humoradas de vencedor—La corona cívica del vencedor de Chacabuco—Nuevos planes militares—La Logia de Lautaro—Origen de la biblioteca de Santiago de Chile—Chacabuco primera etapa continental.

I

Situado el grueso del ejército en San Felipe el día 8 de febrero y dueño de las dos cabezas de su puente, al mismo tiempo que la división de Las Heras se posesionaba de Santa Rosa, el valle de Putaendo quedaba cubierto y dominado todo el de Aconcagua, concurriendo simultáneamente ambas columnas al punto estratégico de Chacabuco, ocupado ya por las avanzadas, donde debia operarse su reconcentración general

para emprender operaciones decisivas. (Véase el plano, lámina núm. 6). Al iniciar este movimiento convergente, San Martín pidió á sus agentes secretos de Santiago noticias circunstanciadas de la situación del enemigo, y despachaba á su baqueano de confianza, Justo Estay, campesino chileno, dotado de sagacidad y golpe de vista, con el objeto de observar sus movimientos, recomendándole regresar antes del tercer día. El 9 la columna principal que había invadido por el camino de los Patos, pasó al sud del río Aconcagua, por el puente de San Felipe, según queda explicado (1). El 10, todo el ejército invasor estaba reunido al pie de la cuesta de Chacabuco. Del otro lado estaba el campo destinado á ser memorable en los fastos americanos.

En los días 10 y 11, los ingenieros Árcos y Álvarez Condarco se ocuparon con arreglo á las instrucciones del general en levantar un croquis de la serranía, protegidos por guerrillas de infantería y caballería, que á cargo de oficiales expertos y conducidas por buenos guías del país, practicaron un reconocimiento prolijo de sus quebradas y de los caminos que conducían á la cumbre. El día 11 regresó Estay con las contestaciones de los agentes secretos, que trasmitían las órdenes reservadas expedidas por Marcó, copiadas en su misma secretaría. El astuto mensajero había visitado los cuarteles de los realistas en la capital, y disfrazado de roto pudo contar uno por uno el día 9, al pasar el puente de Santiago sobre el Mapocho, los soldados en marcha hacia Chacabuco. En posesión de estos conocimientos, San Martín convocó una junta de generales y jefes de cuerpo, con el objeto de acordar el plan de la próxima batalla (2). Una breve descripción del terreno dará su clave.

La serranía de Chacabuco, sobre la cual estaba calcado el plan, es un cordón transversal de altas montañas, que se desprende de los macizos contiguos de Uspallata y de Tupungato de la gran cordillera en dirección al oeste, y se prolonga hasta la costa del mar, midiendo su cumbre 1280 metros de elevación. En su promedio está situada la cuesta, que se desenvuelve en suaves planos inclinados por la parte del norte en una extensión de seis kilómetros, siendo más largo y más

(1) Véase cap. XII, § XI.
(2) Informe verbal del general Las Heras. Véase Espejo, «Paso de los Andes», pág. 577, y Barros Arana, «Historia de la Independencia de Chile», tomo III, pág. 413.

áspero el descenso por la parte sud. Como á cinco kilómetros antes de llegar á la cumbre, el camino se bifurca en dos senderos, que forman ángulo agudo. El de la izquierda, que es el más corto y más recto, pero más pendiente, conduce á la llamada «Cuesta-vieja»—que era entonces el camino real, y hoy es de herradura,—y que desde aquel día se denominó «Quebrada de los cuyanos». El otro, situado más al oeste, conduce á la «Cuesta-nueva», que es actualmente el camino carretero, y que en aquella época era poco conocido. Ambos caminos desembocaban en el llano opuesto de Chacabuco con intervalo como de 2,500 metros. Desde su mayor altura, coronada de bosquecillos de quillay (3), árbol siempre verde, que á la distancia semejan grupos de laureles, se domina un vasto y pintoresco panorama. A su pie se extiende la planicie que comienza entre las quebradas del este de Chacabuco, y se prolonga como 12 kilómetros hacia el sud en dirección á Santiago hasta el portezuelo del cordón de Colina, que lo limita. Hacia el oriente, se levanta la gran cordillera con sus estupendos nevados entre el Aconcagua y el Tupungato, en cuyo fondo iluminado, al nacer y ponerse el sol, se funden con rico colorido todas las medias tintas trasparentes del iris, desde el rosicler encendido de la aurora hasta el verde pálido del ocaso, bajo uno de los cielos más bellos del mundo. Al occidente, negras y agrestes, se prolongan las montañas achatadas que forman la continuación del crestón de Chacabuco hasta unirse con la cordillera marítima.

Con el croquis de los ingenieros por delante, San Martín abrió la junta de guerra (11 de febrero) comunicando las noticias trasmitidas por sus espías y agentes, y expuso, que aun cuando según sus cálculos había pensado dar la batalla el dia 14, los conocimientos adquiridos lo decidían á librarla en el siguiente día, sin esperar el resto de su artillería, á fin de aprovecharse de la división de las fuerzas enemigas y no darles tiempo á reconcentrarse en Chacabuco, donde debían ser infaliblemente batidas. En seguida desenvolvió su plan, tan sencillo como seguro, que consistía, á la manera del paso de los Andes, pero con proyecciones tácticas más precisas, en la

(3) *Quillaja,* Molina, «Hist. Nat. de Chile»—*Smegmadermos,* Ruiz y Pavón, «Gen. plant. Fl. peruana y chilena».—Gay, Hist. fís. de Chile», y Philippi, «Botánica».

marcha paralela y convergente de dos columnas que debian atacar simultáneamente por el frente y el flanco la posición ocupada por el ejército realista, cortando á la vez su única retirada (4).

Con arreglo al plan acordado, el ejército se dividió en dos cuerpos, que maniobrarían siguiendo los dos caminos indicados. El de la derecha, dirigido por Soler, se compuso de los batallones núm. 1 y 11, dos compañías de granaderos y cazadores del núm. 7º y 8º á cargo del comandante Anacleto Martínez y mayor Lucio Mansilla, el escuadrón Escolta de Necochea y el 4º de granaderos del comandante Manuel Escalada, con siete piezas de montaña, sumando un total de 2,100 hombres. La izquierda, fuerte como de 1,500 hombres á las órdenes de O'Higgins, formose con el grueso de los batallones 7º y 8º, los escuadrones 1º, 2º y 3º de granaderos y dos piezas de montaña.

La misión encomendada á la columna de la izquierda, era descender por el camino de la Cuesta-vieja, amagar el frente del enemigo, sin comprometer acción formal, mientras la de la derecha ocupaba el plano y caía sobre su flanco izquierdo y su retaguardia, concurriendo entonces simultáneamente ambas sobre la posición atacada. La batalla estaba seguramente ganada de antemano según esta combinación.

II

La avanzada del ejército realista cerraba la cumbre y el paso del camino de la Cuesta-vieja, situada en posiciones ventajosas, que bien defendidas podían detener la marcha de un ejército;

---

(4) Véase el plano adjunto de la batalla de Chacabuco, que hemos formado sobre la base de un croquis levantado por el ingeniero chileno don Alberto Llona, con presencia del plano de Pissis, combinando estos elementos con nuestro reconocimiento personal del campo de batalla en 1883, y de los dos caminos estratégicos que conducen á él, coordinando dentro de sus líneas las posiciones y movimientos de ambos ejércitos en los preliminares y diversas peripecias de la acción, según los documentos históricos y los informes verbales de los principales jefes y oficiales que fueron actores en la batalla. Según el parte oficial de Chacabuco, adjuntóse á él un plano topográfico del terreno donde se manifestaban los movimientos que ejecutó el ejército argentino y la posición que tomó el enemigo; pero este plano no existe en el archivo general, y parece se ha perdido, lo que nos ha obligado á rehacerlo, señalando en él los tres momentos de la batalla con la precisión y claridad posibles.

MEDALLAS

DE

CHACABUCO.

Signos convencionales

Infanteria Argentina.
Caballeria id.
Guerrillas de Infanteria.
Caminos.
Infanteria realista.
Caballeria id.
Guerrillas de Infanteria.
Dispersion.

EXPLICACION

× × Cumbre de la Cuesta de Chacabuco.
Nº 1 Punto en que se separaron las dos alas del Ejército Argentino al tiempo de trepar la cuesta, tomando la de la derecha el camino de la Cuesta nueva y la de la izquierda el de la Cuesta vieja.
„ 2 Morrito de las "Tórtolas Cuyanas" en que apoyó la derecha el ala izquierda argentina al tiempo de descender la Cuesta vieja del Sud.
„ 3 Portezuelo llamado de los Cuyanos.
„ 4 Hacienda de Chacabuco y cuartel general realista.
„ 5 Morro que en el parte de San Martin se denomina Mamelon, llamado hoy "Cerro de la Victoria", en que apoyaba su izquierda el ejército realista.
A.A. Línea de batalla del Ejército Argentino al tiempo de trepar la Cuesta del Norte.
B. Ala derecha del Ejército Argentino al mando de Soler, al romper la marcha en el órden siguiente:
d. Batallon No. 1 de cazadores.
e. Compañias del 7º y 8º Batallon.
f. Batallon No. 11.
gg. Escuadron de escolta del General en gefe y No. 4 de Granaderos á caballo.
C. Ala izquierda del Ejército Argentino al mando de O'Higgins al romper la marcha en el órden siguiente:
a.a.a. Escuadrones Nos. 1, 2 y 3 de Granaderos.
b. Batallon No. 8.
c. Batallon No. 7.
D. Cuartel General de San Martin.
E. Segundo momento de la batalla despues del avance de la Caballeria del ala izquierda hasta el pié de la Cuesta, representando la formacion de las columnas antes y despues del rechazo parcial de ellas.
F.F. Carga victoriosa del ala izquierda atacando la posicion ocupada por los realistas.
G. Ala derecha argentina al descender la Cuesta nueva.
H. No. 1 de Cazadores vanguardia del ala derecha atacando la izquierda realista.
I. Compañia de Cazadores, atacando la izquierda realista.
K. Escuadron de Escolta y No. 4 de Granaderos atacando la retaguardia realista.
LLL. Línea de batalla del Ejército realista.
M. Punto donde formó cuadro la Infanteria realista despues del ataque simultáneo de las dos alas del Ejército Argentino sobre su frente, izquierda y retaguardia.
N. Último momento de la batalla.—Rendicion de los restos del Ejército realista.
OOO. Persecucion de los dispersos realistas por la Caballeria argentina.

Escala 1: 40,000

0 1 2 kilometros

VALLE DE ACONCAGUA
Cumbre de la Cuesta
Alt. 1286 m.
Morro de Aruque
La Cuesta nueva
La Cuesta vieja
Quebrada de la Nipa
Quebrada de la Mesa del Tebo
Quebrada Tupaco
Quebrada del Infiernillo
Morro de la Invernada
Cerro de la Victoria
Quebrada del Tranque
La Cuesta nueva
Sendero de Montenegro
Camino de la Cuesta vieja
Cerro de las Casas
SERRANIA DE LA HACIENDA DE CHACABUCO
Estero de Chacabuco
Cerro Ten-Ten
Las Casas de la Hacienda Alt. 709 m.
Meridiano de Santiago
Valle de la Hacienda de Chacabuco
Camino publico de Santiago á los Andes

PLANO
de la
BATALLA DE CHACABUCO
EL 12 DE FEBRERO DE 1817

Coordinado por el General B. Mitre segun reconocimiento personal, sobre la base del croquis levantado por el Ingeniero geógrafo chileno Alberto Llona, teniendo presente el plano de Chile por Pissis y combinado con los testimonios históricos.

1887.

Dibujado por Carlos Beyer
LIT. E IMP. G. KRAFT, BUENOS-AIRES

pero había descuidado la vigilancia del camino de la Cuesta-nueva por su izquierda sin sospechar el ataque que le iba por esa parte. El coronel Atero, al evacuar el valle de Aconcagua, después del combate de las Coimas, se había replegado con sus restos por el camino de la Cuesta y situádose con ellos en Chacabuco (7 de febrero), desde donde dió parte de sus derrotas á Marcó con aires de triunfador y pidiendo protección.

El presidente de Chile, desalentado con la noticia de la pérdida de Aconcagua, que recibió el 8, despachó órdenes en todas direcciones con el objeto de concentrar sus fuerzas diseminadas, pero sin trazarse ningún plan de operaciones. Lo único que se le ocurrió fué expedir un bando, ofreciendo á sus soldados veinte pesos por cada muerto y doce por cada prisionero enemigo que hiciesen. En seguida dirigió una proclama á sus tropas desmoralizadas por la noticia de la invasión y de los recientes reveses, diciéndoles: «Corred al campo y sostened la «gloria que os animó ántes. Si mi presencia es necesaria no la «excusaré, y con mi persona sustituiré la falta del guerrero que «gloriosamente acabe.» Al mismo tiempo de publicar estos ridículos documentos, escribía secretamente al gobernador de Valparaíso, remitiéndole su equipaje, «para que en caso desgra-«ciado, que no lo espero, á pesar de la maldita sublevación del «reino, agregaba, me haga el favor de embarcarlo, procurando «salvarlo á toda costa, para que esta canalla no se divierta á «costa de Marcó.» ([5]) En su aturdimiento, y reconociéndose incapaz de ponerse al frente de sus tropas en campaña, había olvidado nombrar un general en jefe del ejército, y sólo dos días después, en la tarde del 10 de febrero, encomendó este cargo al brigadier Rafael Maroto, coronel del feroz regimiento de Talavera (tan equívocamente famoso después del convenio de Vergara), dándole orden de acudir presurosamente al punto amenazado, sin más instrucciones.

El instinto hubiese aconsejado á cualquier otro director de la guerra menos inepto, ganar tiempo para la reconcentración de sus fuerzas, efectuar ésta á la mayor distancia posible del enemigo y en el centro de sus recursos, y de este modo acortar las marchas de sus divisiones esparcidas, poniendo de su parte mayo-

---

([5]) Estos documentos, publicados en su tiempo, han sido citados por todos los historiadores. La carta fué interceptada después de la batalla de Chacabuco.

res probabilidades de resistencia, ya que no de triunfo. Lejos de esto, brindó á su adversario todas las ventajas saliendo á su encuentro con menos de la mitad de sus fuerzas, ahorrándole las marchas que él doblaba en el avance, y esto mismo sin plan y sin esperanza siquiera de poder contrarestar la invasión. El resultado habría sido el mismo, porque el plan del paso de los Andes había decidido de un golpe el éxito de las campaña; pero al menos la partida se hubiera jugado en condiciones menos desventajosas para las armas realistas. Así es que, cuando el brigadier Maroto llegó al campamento de Chacabuco, sólo encontró reunidos allí, además del Talavera, el batallon veterano de Chiloe, tres destacamentos de infantería de Concepción, Valdivia y Voluntarios de Chiloe traídos por el intrépido Elorreaga, que desde Coquimbo había acudido á buscar su sepulcro, y los escuadrones de carabineros de Abascal, Dragones de Penco y restos de la caballería de Atero mandados por Quintanilla, con cinco piezas de artillería, servidas por 120 artilleros, únicas que en el momento del peligro pudieron moverse. Todas estas fuerzas apenas alcanzaban á 2000 hombres, de los cuales 1400 á 1500 de infantería y 400 á 500 de caballería. Aunque eran las mejores tropas con que contaba el ejército realista, mandadas por sus mejores jefes, estaban destinadas fatalmente á la derrota, así por las hábiles combinaciones del general argentino, cuanto por su debilidad numérica, su desánimo y la situación peligrosa en que se hallaban colocadas.

El brigadier Maroto llegó á Chacabuco el día 11, antes de ponerse el sol, y estableció su cuartel general en las casas de la hacienda. Sin conocimiento del terreno, de las tropas que iba á mandar ni de las posiciones y fuerzas del enemigo, se adelantó á practicar un reconocimiento de la cuesta, en cuya cumbre estaba situada su vanguardia, reforzando esta posición con las mejores compañías del Talavera y un grueso destacamento de caballería, con instrucciones de mantenerla hasta perder la mitad de su gente. El plan de Maroto era ocupar con todo su ejército la cumbre en la mañana del 12 y esperar allí la batalla, equilibrando así la inferioridad de sus fuerzas con la ventaja de la posición. Al mismo tiempo pidió refuerzos á Marcó, esperando contar con dos días más para prepararse convenientemente, los mismos que San Martín le había ganado ya.

Tal era la respectiva situación de los beligerantes á las 12 de la noche, en la víspera de la batalla de Chacabuco.

III

La noche era de luna. Al mismo tiempo que la vanguardia realista se acordonaba sobre la cumbre de la Cuesta-vieja, el ejército argentino formaba al pie de ella en el orden de batalla prescripto. (Véase el plano.) Repartiéronse las municiones á razon de 70 cartuchos por hombre; los soldados abandonaron sus mochilas para marchar al combate con más desembarazo, y á las 2 de la mañana del 12 empezó á ascender la montaña en columna sucesiva. Al llegar á la bifurcación de los dos caminos antes indicados, la división de Soler tomó el de la derecha, precedida por el batallon de cazadores, y la de O'Higgins el de la izquierda (rumbo sud ambas) siguiendo el general en jefe á retaguardia de ellas con su estado mayor y la bandera de los Andes custodiada por el resto del batallón de artillería, cuyos cañones de batalla no habían llegado aún. Ya no era San Martín el sableador de Arjonilla ó de Baylén y San Lorenzo; ganaba las batallas en su almohada, fijando de antemano el día y el sitio preciso, y precisamente en ese mismo día estaba aquejado de un ataque reumático-nervioso que apenas le permitia mantenerse á caballo. Era su cabeza y no su cuerpo la que combatía.

La división de Soler se internó silenciosamente en los tortuosos desfiladeros de la derecha, cubierta por una larga cerrillada. La división de la izquierda trepó la cuesta formada en columna. Una guerrilla del núm. 8, con su correspondiente reserva, cubría su flanco izquierdo por un sendero paralelo separado por una quebrada, con el doble objeto de llamar la atención y reconocer la posición enemiga á la vez que precaverse de un ataque de flanco. Un piquete de caballería exploraba los rodeos del camino á fin de levantar las emboscadas en los recodos y descubrir si se habían construido fortificaciones. La guerrilla flanqueadora se posesionó de unas breñas inmediatas á la cumbre y rompió el fuego, que fué contestado por otra guerrilla que salió á su encuentro; pero apenas habían cambiado algunos tiros cuando inopinadamente apareció la cabeza de la columna de O'Higgins dando vuelta un recodo á tiro de fusil, tocando los tambores á la carga. La vanguardia realista, que no esperaba el ataque, y que había visto la columna de la derecha argentina asomar por su flanco izquierdo al término de la cerrillada que

hasta entonces la enmascaraba, y que á la vez se veía acometida por el flanco y la retaguardia, abandonó precipitadamente la posición sin pretender hacer resistencia. La cumbre fué coronada por los atacantes con las primeras luces del alba al son de músicas militares, y desde su altura pudieron divisar la vanguardia que se retiraba en formación cuesta abajo, y al pié de ella al ejército enemigo formado en la planicie de Chacabuco. El primer obstáculo estaba vencido, y la batalla se daría punto por punto, con algunas variantes, según las previsiones de San Martín.

El general realista, contando disponer de dos días más y recibir en este intervalo mayores refuerzos, se habia movido en la madrugada de ese día de las casas de Chacabuco y establecido su línea á cinco kils. hacia el Este al pie de la Cuesta-vieja. La marcha anticipada del ejército argentino y lo rápido y bien combinado del ataque no le dieron tiempo ni para ocupar la cumbre como lo había proyectado, ni para proteger siquiera su vanguardia que descendía en fuga, perseguida por la caballería argentina. Las disposiciones que tomó en tan crítico momento fueron acertadas, cooperando eficazmente á ellas el valeroso Elorreaga, que según la tradición, fué el verdadero general en jefe. Tendió su línea de batalla plegada á la falda de los cerros opuestos á la serranía de Chacabuco, extendiéndose por su perfil que se elevaba como una plataforma sobre el llano, protegida en parte por tapiales y cercos de espinos, de manera de cubrir la bajada de la Cuesta-vieja y dominar con sus fuegos el lecho de un estero como de 400 metros de ancho, por donde corria un arroyuelo que descendía de un profundo barranco del este. Apoyó su derecha en este barranco, que era invulnerable, donde estableció dos piezas de artillería que batían diagonalmente la boca de la quebrada de los Cuyanos, por donde debía asomar el ala izquierda argentina, y su izquierda en un mamelón escarpado que coronó de infantería. Entre estos dos extremos formó sus batallones en columnas cerradas, intercalando entre ellas sus tres piezas restantes. La caballería fué colocada á retaguardia sobre el flanco izquierdo, y parte de ella en guerrillas para proteger la retirada de la vanguardia. (Véase el plano.) En esta actitud esperó pasivamente pero con firmeza el ataque, no obstante el desaliento visible de su tropa de que él mismo participaba, aun antes de sospechar el movimiento de la columna que debía tomarlo por el flanco izquierdo y la espalda, cerrán-

dole la retirada del valle. Eran como las 9 de la mañana cuando la vanguàrdia realista, en fuga, pero no deshecha, alcanzó la planicie.

Al tiempo de coronar la cumbre el ala izquierda argentina, los tres escuadrones de granaderos mandados por el coronel Zapiola tomaron la vanguardia y picaron la retirada de los realistas, sosteniendo un fuerte tiroteo; pero lo escabroso del terreno no permitía á la caballería maniobrar con ventaja, y su avance hubo de ser lento, de manera que sólo pudo llegar á la boca de la quebrada á eso de las 10 de la mañana cuando la división de O'Higgins se hallaba todavía á media cuesta. La boca de esta quebrada, que da acceso á la parte más estrecha del valle de Chacabuco, se desenvuelve en un suave plano inclinado al tocar el llano, y está flanqueada por un elevado cerro al este y por un morro destacado al oeste, que desde entonces se llamó de «Las tórtolas cuyanas». Si los enemigos hubiesen ocupado esta fuerte posición, habrían dificultado la marcha de O'Higgins; pero el avance de los granaderos no les dió tiempo para ello, aunque lo intentaron. En un principio destacaron una guerrilla sobre el morro del oeste ó de las Tórtolas, que puede contornearse por barrancos que son como caminos cubiertos; pero fué contenida por una compañía dispersa en tiradores, mientras un escuadrón impedía el aproche del cerro del este y los dos escuadrones restantes ocupaban el espacio intermedio. (6) En ese momento las dos piezas situadas sobre la derecha realista, rompieron un vivo fuego á bala, y el coronel Zapiola, considerando inútil exponer su tropa á descubierto, tomó una posición más segura á retaguardia. Eran las 11 de la mañana. En ese momento llega el ala izquierda con O'Higgins á su cabeza, ocupa á paso de trote la boca de la quebrada y despliega en línea de masas sus batallones dejando en reserva á los granaderos plegados en columna. Este fué el preliminar de la batalla. (Véase el plano.)

(6) «Exposición de los oficiales de granaderos, etc., sobre las operaciones de su regimiento en la acción de Chacabuco.» Hoja suelta imp. de 2 pp. La firman José Melian, Nicasio Ramallo, Gregorio V. Millan, por los capitanes; Cárlos Bounes, por los tenientes, y por los alféreces, Isidoro Suarez.—Apuntes sobre la batalla de Chacabuco, del general don Rufino Guido. M. S. (Arch. San Martín, vol. XII.)

IV

O'Higgins, al ver retirarse la vanguardia realista perseguida por los granaderos, pidió autorización para esforzar la persecusión á fin de impedir se reorganizase al pié de la cuesta, y el general se la dió, pero recomendole que no empeñase la acción, pues su papel era meramente concurrente y sólo debía comprometerla cuando la columna de Soler hubiese ejecutado el movimiento decisivo que le estaba asignado. O'Higgins era un héroe en el combate, pero carecía de las cualidades del general y de la sangre fría de un jefe divisionario, estando además animado de pasiones tumultuosas que lo precipitaban, como él mismo lo ha dicho disculpándose; (7) así es que, arrastrado por el movimiento impetuoso que imprimió á sus tropas, olvidó lo acordado en la junta de guerra y las prevenciones del general en jefe, y tomó imprudentemente la ofensiva no obstante la inferioridad numérica de su fuerza.

Apenas la columna de infantería argentina hubo pisado el último plano de la Cuesta-vieja, desplegó su línea sobre la boca de la quebrada, según queda esplicado En seguida se adelantó hasta el llano buscando campo para desplegar, y trabóse inmediatamente un combate de fuegos de posición á posición dentro del tiro de fusil, que se prolongó por más de una hora. A las primeras descargas cayó muerto Elorreaga (8) que mandaba el ala derecha del ejército realista y que constituia su nervio, experimentando por su parte algunas pérdidas los argentinos. La acción estaba parcialmente empeñada, y el ataque concurrente se

(7) En una carta de O'Higgins á don Juan Egaña, escrita trece años después (20 de julio de 1830) dice: «Yo he sido acusado de temerario por «haberme arrojado á atacar con 700 bayonetas más de tres tantos de este «número en los altos de Chacabuco, pero los que hacen esta acusación «son incapaces de juzgar mis motivos y sentimientos en aquella ocasión. «Ellos ignoraban el juramento que hice durante 36 horas de combate en «Rancagua; ellos no sabían los clamores y ruegos que diariamente ofre«cía á los cielos desde aquel día aciago hasta el 12 de febrero de 1817; «ellos no eran sensibles á los abrasadores sentimientos que me consumían.» Véase Vicuña Mackenna, «Ost. de O'Higgins», p. 258 (nota).

(8) Barros Arana en su «Hist. de la Indep.» dice que cayeron muertos al mismo tiempo Elorreaga y Marqueli, que sostenía el ala izquierda. Vicuña Mackenna dice que la muerte del primero acaeció en los últimos momentos de la batalla, confundiéndolo con Marqueli que mandaba el ala izquierda, como se verá más adelante.

convertía en principal, pero sin prometer un resultado inmediato. La situación era crítica, pues si la retirada tenía sus peligros, el avance era temerario, y cuando menos inútil aun triunfando, pues según el plan combinado, los realistas estaban irremisiblemente perdidos desde que habían aceptado la batalla dentro de un recinto sin retirada. Si el general español hubiese tenido iniciativa, habría podido llevar en aquel momento un ataque ventajoso; pero se limitó á amagar débilmente los flancos de su contrario con guerrillas que fueron rechazadas, sosteniendo pasivamente el fuego de fusil y de cañon. Por su parte O'Higgins, obedeciendo á sus instintos heróicos, y deseoso tal vez de decidir por sí solo la victoria sin el concurso de Soler con quién estaba enemistado, [9] ordenó el avance repitiendo las históricas proclamas del Roble y de Rancagua: «¡Soldados! ¡Vivir con honor ó morir con gloria! ¡El valiente siga! ¡Columnas á la carga!» Los tambores dieron la señal con el toque extremecedor de calacuerda, y lanzóse á paso acelerado en columnas de ataque con 900 bayonetas [10] de los batallones 7º y 8º mandados por Conde y Cramer contra 1500 infantes bien posesionados y sostenidos por artillería, ordenando á Zapiola que con los granaderos procurase penetrar por su derecha sobre la posición enemiga.

---

[9] Según apuntes manuscritos de O'Higgins, que Vicuña Mackenna extracta en su «Ostracismo», pág. 261, después de la batalla «llamó su atención un bizarro ginete con el caballo cubierto de espuma, haciéndole señas con la espada para que se detuviera. Era el brigadier Soler que venía en su demanda, y sin saludarle, púsose á apostrofarle de *temerario é insubordinado y de haber comprometido del modo más culpable el éxito de la batalla.»* O'Higgins, dice él mismo en sus apuntes, le contestó con frialdad, que no era el momento de entrar en polémicas». A consecuencia de esto, hubo de concertarse un duelo entre ambos, pero San Martín lo cortó, enviando un mes después á Soler á Buenos Aires con un pretexto honroso.

[10] O'Higgins en la carta cit. en nota ant. dice: «700 bayonetas», á la vez que exagera la fuerza enemiga «en tres tanto de este número», cuando apenas era el doble. Según Espejo, «Paso de los Andes», p. 579, la columna al mando de O'Higgins ascendía á 1500 hombres. Los tres escuadrones de granaderos que lo acompañaban no pasaban de 500, pues la fuerza total del regimiento era de poco más de 700, y dos de sus escuadrones estaban en el ala derecha, de manera que la infantería constaba de 1000 bayonetas por lo menos. Esto se comprueba con el estado de fuerza del ejército de los Andes antes de pasar la cordillera (4 de enero de 1817) que original existe en el Archivo General; según el cual los batallones núm. 7 y 8 constaban cada uno de ellos de 769 plazas, que suman 1466 de tropa. Rebajando 250 de las dos compañías que iban con la columna de Soler y las bajas durante la campaña, siempre resultarán más de mil infantes, que por un cálculo bajo hemos estimado en 900 en el texto. (Arch. San Martín. vol. II.) M. S.

Los batallones argentinos marcharon valerosamente á la carga sin disparar un tiro, inflamados por las palabras y el ejemplo del general; pero ántes de llegar á la falda de los cerros que ocupaban los enemigos, encontráronse con el obstáculo del arroyo que baja del barranco en que éstos apoyaban su derecha, á la vez que las piezas situadas en este punto los tomaban por el flanco y la fusilería los quemaba dentro de la zona peligrosa del punto en blanco por el frente. A pesar de esto, hicieron tenaces esfuerzos para arrebatar la posición; pero no pudiendo salvar el perfil de la barranca en que estaban acordonados los realistas, hubieron de retroceder en desórden á su primera posición de la boca de la quebrada en que se rehicieron fuera del alcance de los fuegos. (11) Por su parte los granaderos habían intentado en vano penetrar por entre el flanco izquierdo del centro enemigo y el mamelon en que apoyaba este costado, que era un verdadero castillo, y volviéron en órden á situarse tras el morro de las «Tórtolas cuyanas». (Véase el plano.)

San Martín, contando llevar la victoria en el bolsillo y á la espera del desenvolvimiento de su plan, que no sólo se la aseguraba, sino que le prometía la rendición del enemigo, llegó á temer por la suerte de la división de O'Higgins al verla impru-

---

(11) El parte oficial de San Martín, no hace mención de este rechazo, que cubre con la carga final de la victoria. Los historiadores chilenos, á excepción del P. Guzman, Gay y Sanfuentes la mencionan expresamente. Amunátegui, en la «Reconq. Esp.» p. 180, dice: «La in-«fantería de los republicanos dió repetidas cargas á la bayoneta con O'Hig-«gins á su cabeza; pero no pudo á pesar de su ímpetu desbaratar las líneas «enemigas.»—Barros Arana, en su Hist. de la Indp. de Chile», t. III, p. «419 dice: «Reunió O'Higgins los batallones 7 y 8, los formó en columnas «cerradas, y á su cabeza cargó á la bayoneta; pero todos los esfuerzos «no bastaron á romper la línea enemiga.» Según Vicuña Mackenna en su «Ostrac. de O'Higgins», p. 258, escrita con los documentos del mismo O'Higgins, «éste, de su cuenta y riesgo, con un denuedo igual á su «responsabilidad y faltando abiertamente al plan acordado de la batalla, «colocóse al frente de sus cuerpos de infantería, que apenas contaban «700 plazas, se adelantó con sus columnas por el camino real hasta pasar «una acequia, ó más bién grieta, del terreno, en cuya operación los «cañones enemigos jugando ya sobre sus columnas, las pusieron durante «un momento en un crítico desorden.»—El general Espejo, historiador y testigo personal, dice en «Paso de los Andes», p. 583: «O'Higgins, domi-«nado por un entusiasta ardimiento, con los batallones de su división «en columna cerrada, emprendió una carga á la bayoneta sobre la línea «enemiga, esfuerzo que por desgracia no logró el feliz resultado que se «propuso. El general Maroto había formado sus tropas, colocando su in-«fantería al perfíl del barranco de un arroyito que descendía de la alta «sierra. Contra este obstáculo no previsto por O'Higgins, se estrelló el «esfuerzo del núm. 7 y 8, que tuvieron que retroceder en confusión á re-«hacerse lejos del alcance de las piezas del enemigo.»

dentemente comprometida contra sus órdenes, y estendiéndo el brazo hacia la Cuesta-nueva, en la actitud en que lo representa su estátua ecuestre, gritó á su ayudante de campo Alvarez Condarco: «Corra usted, y diga al general Soler, que cargue « lo más pronto posible sobre el flanco del enemigo».—En seguida, lanzó su caballo cuesta abajo con toda la celeridad que permitía lo escabroso del terreno, y llegó á la boca de la quebrada en circunstancias en que O'Higgins se había adelantado otra vez sobre el llano con el propósito de renovar el combate, y ya no podía retroceder. Era la una y media del día. A esa hora notóse que la línea enemiga vacilaba, y que algo extraordinario pasaba en sus filas. Era que la vanguardia del ala derecha argentina, cuyo movimiento no había alcanzado Maroto, desembocaba al valle de Chacabuco y avanzaba á paso de trote y galope sobre la izquierda de la posición. El momento decisivo había llegado.

V

Lanzadas de nuevo las columnas de O'Higgins al ataque, San Martín ordenó á los tres escuadrones de granaderos mandados por los comandantes Melián, Manuel Medina y mayor Nicasio Ramallo, con Zapiola á su cabeza, dieran una carga á fondo hasta chocar con la caballería realista situada á la izquierda de la retaguardia enemiga. El escuadrón de Medina, pasando atrevidamente por un claro de la línea de infantería en marcha, cayó sobre la izquierda del centro enemigo acuchillando á sus artilleros sobre sus cañones, mientras Zapiola con los otros dos penetraba por su costado derecho, al mismo tiempo que el batallón 7° y 8° encabezados por O'Higgins tomaban á la bayoneta la posición. Los fuegos del mamelón se habían apagado, y la infantería realista formaba cuadro en el centro de su campo. Simultáneamente el coronel Alvarado, que con el batallón núm. 1° llevaba la vanguardia del ala derecha argentina, desprendía dos compañías al mando del capitán Lucio Salvadores, y teniente Zorrilla que se apoderaban del mamelón, matando á Marqueli que lo sostenía. (12) Ne-

(12) El general Alvarado, que mandaba en ese día el batallón núm. 1°, vanguardia de Soler, de que formaban parte las compañías de Salvadores,

cochea con el escuadrón Escolta, sostenido por el 4º de granaderos de Escalada, penetraba por la retaguardia y arrollaba á la caballería realista por la izquierda, á la vez que Zapiola ejecutaba idéntica maniobra por el otro extremo.

Todas las fuerzas vencedoras convergieron sobre el cuadro, que en menos de un cuarto de hora fué hecho pedazos, retirándose sus últimos restos dispersos á la hacienda de Chacabuco por entre los cerros de su espalda. Allí encontraron cortada su retirada por la división de Soler que ya ocupaba el valle, y pretendieron hacer resistencia parapetados tras las tapias de la viña y del olivar contiguo, pero fueron rendidos á discreción. (Véase el plano). Los que buscaron su salvación huyendo por el estero y en la prolongación del valle hacia el sud, fueron exterminados en la persecución, quedando, el camino sembrado de muertos desde Chacabuco hasta cerca del portezuelo de Colina. Los sables afilados de los granaderos hicieron estragos: en el campo de batalla encontróse un cráneo dividido en dos partes y el cañon de un fusil tronchado como una vara de sauce. (13)

Los trofeos de esta jornada, fueron: 500 muertos, 600 prisioneros, su mayor parte de infantería; la artillería, un estandarte y dos banderas; el armamento y parque de los vencidos y la restauración de la revolución chilena. Las pérdidas de los argentinos fueron: 12 muertos y 120 heridos; lo que demuestra numéricamente, que si el plan de San Martín se hubiese ejecutado punto por punto, como pudo y debió hacerse, la batalla habría terminado por una rendición del enemigo, sin la inútil aunque escasa efusión de sangre que causó la temeridad de O'Higgins, quien sin embargo fué el héroe del dia, como combatiente. (14) El general vencedor al dar cuenta de esta victoria

---

dice en su «Memoria Histórica Biográfica»:—«Corrientes siguiendo el des-«censo de la sierra, á cuyo extremo se levantaba un pico, que ocupado por «los españoles flanqueaba la derecha de nuestra línea. Sobre esa fuerza cargó «el batallón Cazadores, y la deshizo en pocos instantes, muriendo el coronel «Marqueli que la mandaba.» M. S. (Arch. San Martín, vol. LXXII.)

(13) En la sacristía de la capilla de la hacienda de Chacabuco se conserva una calavera recogida del campo de batalla con el cráneo hendido por el sable de los granaderos.

(14) Las pérdidas de los argentinos se descomponen del modo siguiente: 2 oficiales y 10 individuos de tropa muertos, y 120 heridos, de los cuales 12 oficiales. Los dos únicos oficiales muertos, fueron los capitanes de granaderos Manuel Hidalgo y Juan de Dios Gonzalez (que murió á consecuencia de las heridas), cuyos nombres fueron dados á los dos castillos del cerro

compendiaba su memorable empresa en estos concisos términos: «Al ejército de los Andes queda la gloria de decir: EN «VEINTICUATRO DIAS HEMOS HECHO LA CAMPAÑA, PASAMOS «LAS CORDILLERAS MÁS ELEVADAS DEL GLOBO, CONCLUIMOS «CON LOS TIRANOS Y DIMOS LA LIBERTAD Á CHILE.» ([15])

El mérito militar de la batalla de Chacabuco consiste precisamente en lo contrario de lo que constituye la gloria de las batallas. Resultado lógico de las hábiles combinaciones estra-

---

de Santa Lucía, en Santiago, mandados levantar por Marcó para dominar la capital de Chile. Según el general Espejo, en el «Paso de los Andes», pág. 534, refiriéndose á documentos oficiales y datos de testigos presenciales, las pérdidas de los argentinos ascendieron á 2 oficiales y 130 individuos de tropa muertos y 174 heridos, de los cuales 12 oficiales. Nosotros nos guiamos por el estado firmado por Zapiola y visado por San Martín, de 22 de febrero de 1817, cuyo encabezamiento es como sigue: «Exto. de los Andes. Estado de los muertos y heridos en la acción de Chacabuco el 12 de febrero de 1817», cuyo original existe en el Archivo general, Leg. «Secretaria de Guerra, Exto. de los Andes.—Guerra.» Nos inclinamos á creer que el general Espejo tomó el total de muertos y heridos de tropa (que son 130) por el de muertos, dando sólo cuatro oficiales heridos, cuando fueron doce. —De todos modos la proporción de las respectivas pérdidas demuestra numéricamente lo establecido en el texto. (Arch. San Martín, vol. XII, M. S.)—Para mayor comprobación de este punto, citaremos la lista nominal de muertos durante toda la campaña de Chacabuco, firmada por Zapiola el 24 de abril de 1817, que original existe en el Arch. general, y da: 2 capitanes, 2 sargentos, 1 cabo y 10 soldados, total 15 muertos, todos ellos pertenecientes al batallón núm. 8 y á Granaderos á caballo. Los oficiales argentinos. Los heridos fueron: capitán Félix Olazábal y teniente Pedro José Rico, del 8º; subteniente José María Prieto, del 11, capitán Luis Pereyra, tenientes Pedro Noalles, Eugenio Necochea y Manuel Olazábal, y alféreces Félix Bogado y José María Villanueva, de Granaderos á caballo. Arch. San Martín, vol. XII, M. S. ; y Doc. del archivo general en Leg. «Estado Mor. de los Andes, 1817.» M. S.—Como se ve, es la gran victoria menos costosa que se haya dado en el mundo, á la vez que la más desastrosa para los vencidos, quienes dejaron en el campo mas de la mitad de su fuerza total.

([15]) Para narrar la batalla de Chacabuco, hemos tenido presente los documentos y testimonios siguientes: 1º Parte detallado de la batalla por San Martín de 22 de febrero de 1817, inserto en «Gaz. Est.» de 11 de marzo del mismo; 2º Legajo del archivo general. «Secretaría de guerra», etc., cit. en la nota anterior. M. S. S.:—3º Apuntes del general don Rufino Guido, sobre Chacabuco. M. S.:—4º Memoria del coronel D. José Melián:—5º «Memoria histórica biográfica» del general Rudecindo Alvarado. M. S.:—6º «Exposición de los oficiales de granaderos» cit.:—7º Remitido sobre Chacabuco, publicado en el núm. 83 de 17 de abril de 1817 en «El Censor» de Buenos Aires:—8º «Contestación del general Soler á la carta inserta en el núm. 83 de *El Censor* (pliego suelto). Informes verbales de los actores en la batalla, á saber: generales, Las Heras, Soler. Enrique Martínez, Félix Olazábal, Zapiola, Mansilla, Manuel Escalada, Espejo y O'Brien; coroneles, Manuel Olazábal, Melián, P. R. de la Plaza, Pedro José Díaz y Pedro José Rico, é ingenieros del ejército de los Andes Arcos y Álvarez Condarco.—Hemos tenido presente los historiadores chilenos y argentinos Guzmán, Gay, Sanfuentes, Amunátegui, Barros Arana y Espejo, conformándonos con la versión de estos últimos en los puntos que estaban de acuerdo con nuestros documentos.

tégicas de la invasión, estaba ganada por el general antes que los soldados la dieran, respondiendo á un plan metódico en que hasta los días estaban contados y los resultados previstos. Fué una sorpresa á la luz del día en que nada se libró al acaso. El hecho de batir á una fuerza menor con otra mayor,—que es el primer resultado que se busca en la guerra para triunfar con seguridad,—fué la consecuencia necesaria de los ardides y movimientos calculados que la precedieron, dando á ciencia cierta al enemigo un golpe de muerte y apoderándose en un solo día del territorio invadido, y esto con la mayor economía de tiempo, de medios, de sangre y de esfuerzos. Con más precisión táctica que la batalla de Hohenlinden—que en algo se le parece,—tiene la originalidad de un plan que se adapta á un terreno, en que las operaciones se encierran dentro de líneas matemáticas, á la manera de un problema geométrico con su método riguroso de solución. Habría dado por resultado—como se ha visto,—una rendición completa, tal vez con una sola carga, si el plan hubiese sido ejecutado puntualmente, bastando asimismo que él se desenvolviese en parte en las condiciones más desventajosas para asegurar una victoria decisiva. Por lo tanto, puede presentarse como un modelo clásico del arte militar, en que la habilidad debilita al enemigo y lo desmoraliza, la previsión asegura el éxito final, y la inteligencia es la que combate en primera línea, interviniendo la fuerza como factor accesorio.

Como acontecimiento político y en relación con los destinos americanos, su importancia es mayor aun, como lo han reconocido los primeros historiadores y hasta los mismos adversarios vencidos. Ella dió la primera señal de la guerra ofensiva de la independencia sud-americana, y conquistó para siempre su sólida base de operaciones en el mar y las costas del Pacífico. Dió sobre todo, el ejemplo del plan de campaña continental á la revolución del nuevo mundo emancipado, aislando al poder español en sus colonias dentro el estrecho recinto del Perú, donde debía ser vencido en palenque cerrado por efecto de su impulsión inicial. Salvó á la revolución argentina de su ruina y contuvo la invasión que la amenazaba por el Alto Perú, suprimiendo un enemigo peligroso que la amenazaba por el flanco, y diole expansion, sin lo cual habria tal vez sido sofocada en su cuna. Fué la primera batalla americana con largas proyecciones históricas. El virey del Perú, Pezuela,

confiesa que marcó el momento en que la causa de España empezó á retrogradar en América y su poder á ser conmovido en sus fundamentos. «La desgracia que padecieron nuestras «armas en Chacabuco, poniendo el reyno de Chile á discreción de «los invasores de Buenos Aires, trastornó enteramente el estado «de las cosas, fué el principio de restablecimiento para los disi- «dentes, y la causa nacional retrogradó á grande distancia; «proporcionando á los disidentes puertos cómodos donde apres- «tar fuerzas marítimas para dominar el Pacífico. Cambióse el «teatro de la guerra: los enemigos trasladaron los elementos de «su poder á Chile, donde con más facilidad y á menos costa po- «dian combatir al nuestro en sus fundamentos.» (16)

Un historiador español, general que á la sazón militaba bajo las banderas del rey, sintetisa sus resultados generales con tanta tristeza como concisión. «La fácil pérdida del reino de «Chile fué un suceso de inmensa trascendencia para las armas «españolas.» (17)

VI

En medio del pánico que produjo entre los realistas el desastre de Chacabuco, sólo tres almas intrépidas no desesperaron de la suerte de la causa del rey. Fueron las del argentino Barañao, el coronel español José Ordóñez y el achilenado Sánchez, valeroso defensor de Chillán después de San Carlos. Barañao había acudido á marchas forzadas con su regimiento de húsares desde San Fernando, donde se hallaba destacado á fin de incorporarse al ejército realista situado en Chacabuco. Su presencia hubiera hecho sin duda la victoria más costosa, pues era, como queda dicho, su primera espada de caballería y su cuerpo uno de los más decididos; pero al llegar al portezuelo de Colina, tuvo la noticia de la derrota. Propuso á Marcó reunir todos sus escuadrones disponibles, que podrían alcanzar á 800 hombres, y tomando otros tantos infantes á la grupa marchar sobre el cam-

(16) «Manifiesto en que el virrey del Perú, D. Joaquín de la Pezuela refiere el hecho y circunstancias de su separación del mando, etc.» p. 22 y 93.

(17) Camba, «Memorias para la historia de las armas españolas en el «Perú,» t. I, pág. 267.

po de batalla y caer en la noche de sorpresa sobre los vencedores desprevenidos. ([18]) Marcó contaba en Santiago, además de los húsares, con el grueso de los dragones de Morgado, los batallones de Chiloe y Chillán y 250 artilleros con 16 piezas, pero incapaz de hacer ni dejar hacer, después de pusilánimes trepidaciones, sólo pensó al fin en la fuga, evacuando en desórden la capital y dejándola entregada al saqueo del populacho. En cuanto á Ordóñez y Sánchez, pronto los veremos reaccionar en el sud de Chile manteniendo la campaña con tesón y fortuna varia.

San Martín, que por prudencia ó cansancio de su tropa se había reconcentrado sobre la hacienda de Chacabuco en la noche del 12, tomando precauciones contra una sorpresa, al tener noticia de estos sucesos en la madrugada del 13, dispuso que el ejército continuara su marcha, haciendo adelantar á Necochea con su escuadrón para garantir el orden en la capital. El 14 hizo su entrada triunfal el ejército vencedor en la ciudad redimida, sustrayéndose modestamente el general libertador á las ovaciones populares. Como lo ha dicho un historiador chileno con este motivo: « Ocupado en realizar sus vastos planes, mira-
« ba en menos esas fútiles manifestaciones que á nada condu-
« cen, y aun en esos mismos momentos, pensaba sólo en los
« recursos que debía proporcionarle la victoria para llevar ade-
« lante la grandiosa obra á que estaba empeñado». El día antes (13 de febrero de 1817), Yapeyú, la aldea en que naciera San Martín, era reducida á cenizas por una invasión esclavizadora. ([19])

Al apearse del caballo cubierto aun con el polvo del combate, su primer pensamiento fué por los pueblos cuyanos que le habían proporcionado los medios de realizar su empresa, y escribió al cabildo de Mendoza: «Gloríese la admirable Cuyo de

---

([18]) Hemos oído discutir personalmente este punto hipotético ó uchrónico al mismo Barañao con el general Las Heras, que compatriotas, y adversarios en su juventud durante la guerra de la independecia, fueron íntimos amigos en su ancianidad. Barañao sostenía treinta años después (en 1849) que habría obtenido un completo éxito en su empresa, y Las Heras admitía la posibilidad remota, pues en la embriaguez de la victoria lo que menos se esperaban era un ataque, aun cuando no estuvieran del todo desprevenidos contra tal eventualidad. Era una aventura desesperada, que no pasó de una ocurrencia personal, y que para ejecutarla requería cabeza y corazón en los directores y nervio en los soldados, que es lo que precisamente faltaba.

([19]) Barros Arana, «Hist. de la Indep. de Chile,» t. III, p. 429.

« ver conseguido el objeto de sus sacrificios. Todo Chile es ya « nuestro». A los cabildos de San Juan y San Luis, les decía: « Las armas victoriosas del Exto. de la Patria ocupan ya el rei- « no de Chile, rompiendo la fatal barrera que antes los separaba « de sus hermanos y vecinos los habitantes de Cuyo. Me apre- « suro á felicitar á V. S. y á ese benemérito pueblo, manifestán- « dole la expresión más tierna de mi gratitud á su patriotismo y « constantes esfuerzos, que sin duda fué el móvil más poderoso « que contribuyó á la formación del Exto. de los Andes.» ([20]) Al día siguiente expidió un bando convocando una asamblea de notables á fin de que designasen tres electores por cada una de las provincias de Santiago, Concepción y Coquimbo para que éstos nombraran al jefe supremo del Estado.

Reunida la asamblea en número de 100, bajo la presidencia del gobernador don Francisco Ruiz Tagle, elegido interinamente por el pueblo al tiempo de la fuga de Marcó, los concurrentes protestaron contra el proceder indicado por San Martín y declararon por aclamación que « la voluntad unánime era « nombrar á don José de San Martín gobernador de Chile con « omnímoda facultad», y así lo hicieron constar en el acta que se levantó—y todos firmaron ante escribano público. ([21]) El general, como el hombre antiguo de Plutarco, rehusó el premio y sólo aceptó una hoja de laurel sagrado para su patria. Fiel á sus instrucciones y á su plan político, negóse á aceptar el mando que se le ofrecía, y convocó por intermedio del cabildo una nueva asamblea popular á que concurrieron 210 vecinos notables. El auditor del ejército de los Andes, Dr. Bernardo Vera, reiteró públicamente la renuncia de San Martín, y fué aclamado en el acto el general O'Higgins director supremo del estado de Chile, declarando Vera, que la elección era del agrado del general. El nuevo director nombró por ministro del interior á don Miguel Zañartu, carácter entero y decidido partidario de la alianza chileno-argentina, y en el departamento de guerra y marina al teniente coronel don José Ignacio Zenteno, secretario de San Martín. Su primer acto de gobierno fué dirigirse al

---

([20]) Of. de San Martín de 14 de febrero en Santiago de Chile, cuyo original se conserva en el archivo de Mendoza. El borrador de este oficio existe en su archivo, vol. XII. M. S.—Dos ofs. de San Martín de la misma fecha (14 de febrero). Arch. San Martín, vol. XII. M. S.

([21]) Acta del Cabildo abierto en Santiago de Chile el 18 de febrero de 1817, h. imp. en fol. Este documento falta en las colecciones de leyes y decretos de Chile.

pueblo declarando solemnemente: «Nuestros amigos, los hijos «de las provincias del Río de la Plata, de esa nación que ha «proclamado su independencia como el fruto precioso de su «constancia y patriotismo, acaban de recuperarnos la libertad «usurpada por los tiranos. La condición de Chile ha cambiado «de semblante por la grande obra de un momento, en que se «disputan la preferencia, el desinterés, mérito de los libertado- «res y la admiración del triunfo. ¿Cuál deberá ser nuestra «gratitud á este sacrificio imponderable y preparado por los «últimos esfuerzos de los pueblos hermanos? Vosotros quisis- «teis manifestarla depositando vuestra dirección en el héroe. «Si las circunstancias que le impedian aceptar hubieran podido «conciliarse con vuestros deseos, yo me atrevería á jurar la «libertad permanente de Chile.» (22)—Al dirigirse á las naciones extranjeras, anunciando su elevación al mando bajo los auspicios de la reconquista, les decía: «Ha sido restaurado el her- «moso reino de Chile por las armas de las Provincias Unidas «del Río de la Plata bajo las órdenes del General San Martín. «Elevado por la voluntad del pueblo á la suprema direccion del «Estado, anuncia al mundo un nuevo asilo en estos países á la «industria, á la amistad y á los ciudadanos todos del globo. La «sabiduría y recursos de la Nación Argentina limítrofe, deci- «dida por nuestra emancipación, da lugar á un porvenir prós- «pero y feliz con estas regiones.» (23)

Como atributo cómico de su corona de triunfador, fuéle presentado á San Martín entre los trofeos, al Thersites de la campaña, el presidente y capitán general de Chile por el rey, don Francisco Casimiro Marcó del Pont, á quien veremos más adelante figurar cómicamente en una tragedia. Al evacuar la capital, sus tropas se le dispersaron, y una parte de ellas se embarcó despavorida en el puerto de Valparaíso con el general Maroto, á su cabeza dejando más de la mitad en tierra. Marcó, tan afeminado en la derrota como soberbio en el poder, no tuvo alientos ni aun para huir, y separándose furtivamente con su comitiva de sus compañeros de desgracia, por esquivar la fatiga de una marcha rápida, no alcanzó á embarcarse á tiempo, y fué hecho prisionero.

Llevado á presencia del vencedor (22 de febrero) éste lo

---

(22) Proclama del director O'Higgins de 17 de febrerro de 1817. (Gaz. de B. Aires de 8 de marzo del mismo.)

(23) «Vindicacion histórica.» Papeles del B. Gral. Guido», p. 28.

recibió de pie, y estendiéndole la mano derecha, le dijo con semblante risueño: «¡Oh señor general! ¡Venga esa blanca mano!» En seguida lo introdujo á su gabinete de trabajo y conferenció á solas con él por cerca de dos horas, despidiéndolo cortesmente. Esta fué toda su venganza contra que le había quemado por mano de verdugo sus comunicaciones, ahorcado á sus agentes y puesto á talla su cabeza. (24)

Tan sólo se permitió una venganza humorística. . Un fanático fraile agustino, haciendo un juego de palabras, había predicado contra él durante el período de Marcó.—«San Martín! «¡Su nombre es una blasfemia! había exclamado desde el púl«pito sagrado. No le llaméis San Martín, sino Martín, como á «Martín Lutero, el peor y más detestable de los herejes.» Llamado á su presencia y con ademán terrible, fulminándolo con su mirada, lo apostrofó: «¡Cómo! Usted me ha comparado á «Lutero, quitándome el *San!* ¿Cómo se llama usted?—Zapata, «señor general, respondió el fraile humildemente.—Pues desde «hoy le quito el *Za* en castigo, y lo fusilo si alguien le da su «antiguo apellido.»—Al salir á la calle un correligionario lo llamó por su nombre. El fraile aterrado le tapó la boca y prorrumpió en voz baja:—«No! no soy el padre Zapata, sino el padre «Pata! Me va en ello la vida!»

---

(24) En *La Lira Argentina*, p. 241 en nota á una de sus composiciones poéticas, se lee: «En un oficio dirigido por Marcó á San Martín, le decía: *Yo firmo con mano blanca, y no como la de V. S. que es negra*». No existen tales palabras en ningun oficio de Marcó al general de los Andes, si bien parece que las pronunció al firmar el que le dirigió con motivo de la notificación de la declaratoria de la independencia argentina, según nos informó el ingeniero Alvarez Condarco. que fué el conductor, como se ha relatado antes. Los señores Amunátegui, en su «Reconq. Esp.» pág. 189, describen una escena grotesca é indigna del caracter formal y discreto de San Martín. Según ellos, el general recibió al prisionero sentado y le hizo una acogida glacial, midiéndolo de pies á cabeza, y que en seguida, cuando éste pretendió rendirle su espadín, le contestó con desdén que la conservase, pues no lo necesitaba para nada, alargándole al mismo tiempo el bando que ponía á precio su cabeza, y que continuó largo rato en divertirse con su turbación haciéndole cargos y reconvenciones.

El general Espejo, que fué testigo presencial de la entrevista, y cuya palabra merece fé como tal y por su seriedad, relata la escena en los términos del texto, refutando la versión de los señores Amunátegui con su testimonio autorizado con argumentos sin réplica. El director Pueyrredón, al felicitar á San Martín por la victoria de Chacabuco, le escribía confidencialmente el 25 de febrero de 1817: «Celebro que con tantas mañas por su «parte se haya ensartado el señor Marcó. Si por accidente cae en nuestro «poder, trátelo V. como un caballero, y mándemelo aquí sin demora, para «enseñarle yo también, que lo somos más que él.» (Arch. San Martín, vol. XI.) M. S.

Alojado en el palacio de los obispos, con escasos muebles y con puertas que no tenían ni cerraduras, como que había poco que guardar, vivió modestamente, sin permitirse más lujo que una mesa de estado, y en la cual él se presentaba únicamente á los postres. Según su costumbre, comía en la cocina. Como á la sazón no tenía ropa, mandó componer el capoton de campaña con que había pasado la cordillera, forrar de nuevo con hule su maltratado falucho y dar vuelta el paño de su casaca. (25) Un español realista que por acaso vió la casaca en casa del sastre, queriendo congraciarse, llevó una pieza de rico paño de San Fernando para que le hiciese una nueva. Sabedor de la ocurrencia, San Martín mandó construir con el paño ocho fracs, imponiendo al oficioso español, que durante una semana se pusiese uno cada día, con la obligación de pasar por su palacio y hacer una cortesía al enfrentar su ventana. ¡Humoradas de vencedor!

Solo un escarmiento se hizo. El feróz San-Bruno, manchado con los asesinatos alevosos de los prisioneros en la cárcel de Santiago, y que había oprimido bárbaramente á la población, fué tomado prisionero en Chacabuco, sometido á juicio, condenado á muerte y ejecutado en la plaza pública. Fué justicia.

VII

La corona cívica del vencedor de Chacabuco brindada por la gratitud del pueblo chileno redimido, fué tejida por el entusiasmo del pueblo argentino. Los poetas de la época, le dedicaron sus cantos, y Estéban Luca, el más inspirado de ellos, que debía celebrar sus futuras proezas, exclamaba al entonar el himno del triunfo:

¡Oh patria! tus guerreros
Los montes y los llanos ocuparon,
Y el pendón de Castilla de ellos fieros
Al suelo derribaron.
Salve patria mil veces, altaneras
Flotan en todo Chile tus banderas.

---

(25) Véase «Cuentas del Gran Capitan» por B. Mitre, pág. 5 y sig.

Del árduo excelso asiento
De los nevados Andes, hoy la fama,
Tocando el estrellado pavimento,
En los orbes proclama
A vuestros héroes: su eco resonante
Va desde el mar del sur al mar atlante. (26)

El director supremo de las Provincias Unidas lo saludaba efusivamente: «¡Gloria al restaurador de Chile! La fortuna « ha favorecido sus heróicos esfuerzos, y la América nunca « olvidará la valiente empresa de V. sobre Chile venciendo á la « naturaleza en sus más grandes dificultades. V. venció y yo « me glorío con V., y lo abrazo con toda la ternura de mi alma « reconocida á sus servicios. Esta es la expresión de un her- « mano: la del director supremo será de otra calidad. Ayer ha « sido un día de locura para este pueblo. La noticia llegó á las « 9 de la mañana. Eran las 12 de la noche y aun se oía el ruido « de vivas estruendosos en toda la ciudad. La fortaleza y seis « buques de nuestra marina hicieron salva triple.» (27)

El gobierno le expidió los despachos de brigadier general, el más alto grado de la milicia, manifestándole: «Si los triun- « fos de un general virtuoso después de una penosa campaña, « sosteniendo los derechos sagrados del hombre, pueden de « alguna manera compensarse, éste consiste especialmente en el « amor y gratitud de los conciudadanos. V. E. ha recibido ya « como premio el júbilo y la admiración de todos los pueblos. « Resta ahora al gobierno condecorarlo con aquellas distincio- « nes que la patria reserva á sus mejores hijos.» San Martín los rehusó por dos veces consecutivas, consecuente á la prome- sa hecha: «Me considero sobradamente recompensado con « haber merecido la aprobación por el servicio que he hecho: « es el único premio capaz de satisfacer el corazón de un hombre, « que no aspira á otra cosa. Antes de ahora tengo empeñada « solemnemente mi palabra de no admitir grado ni empleo al- « guno militar ni político: por lo mismo espero que V. E. no « comprometerá mi honor para con los pueblos, y que no atri- « buirá á amor propio mi devolución del despacho; cierto de que,

(26) «Lira Argentina», pág. 136.

(27) Carta de Pueyrredón de 25 de febrero de 1817. (Arch. San Martín, vol. XL,) M. S.

« en el empleo á que me ha elevado, sacrificaré gustoso mi exis-« tencia en obsequio de la patria.» [28]

Las banderas tomadas en Chacabuco, fueron colgadas en los balcones de la casa consistorial (9 de marzo) formando un trofeo, en cuyo centro se veía el retrato de San Martín coronado de laureles por la fama. Por primera vez dispensaba la república esta distinción á un general vencedor.

El congreso argentino dió un voto en su honor, declarando por el órgano de su presidente: «que todas las corporaciones « del estado habían manifestado su reconocimiento al ilustre « vencedor de Chacabuco, y que la representación nacional no « podía echarse de menos en este impulso general del entusias-« mo público, que había mudado el semblante de la patria.» [29] Fuéle decretado un escudo especial, con la leyenda en la orla: La Patria en Chacabuco:—y en su centro: Al vencedor de los Andes y Libertador de Chile. Al ejército vencedor á sus órdenes, acordáronse distinciones honoríficas, votándose medallas de premio «por sus virtudes militares que habían « aumentado las glorias de la patria.» [30]

Todas las municipalidades de la república le dirigieron sus felicitaciones. El general Belgrano mandó erigir una pirámide conmemorativa de su victoria en el campo de batalla de Tucumán, diciéndole: « Los pueblos y ejército de mi mando, llenos

---

(28) Ofi. del gobierno adjuntando el despacho de 3 de marzo de 1817. Contestación de San Martín devolviéndolo, de 17 de marzo, é insistencia del mismo en 6 de julio de 1817. (Docs. del Arch. general y Arch. San Martín, vol. II,) M. S. S.

(29) Sesiones de 17 de junio y 1º de julio de 1816 en el «Redactor del Congreso Nacional». núms. 21 y 22.

(30) Decreto de 15 de abril de 1817, en Reg. Nac., t. I, p. 114. Este decreto, además del escudo especial, acordó medallas de oro y plata para los jefes y oficiales y un escudo de paño para la tropa; pero posteriormente se acuñaron de oro, plata y cobre de módulo uniforme para todas las clases. Por esta causa los modelos de las medallas de premio de Chacabuco son dos, una ovalada grande, y otra en forma de romboide más pequeña según puede verse en el plano adjunto de la batalla. De las primeras, que fueron las hechas en consecuencia del citado decreto, solo existen ejemplares de oro y plata: las segundas fueron las que se distribuyeron, y era la que usaba San Martín; aunque en un grabado que lo representa á caballo, y que fué hecho en Buenos Aires por Nuñez Ibarra en 1817, lleva la ovalada, juntamente con el escudo especial. El general San Martín, con acuerdo de una junta de oficiales, ofreció la medalla de Chacabuco á los que con más empeño habían cooperado á su empresa: al director Pueyrredón y á don Tomás Guido. El director rehusó diciendo: «El premio es solo para los que concurrieron á la empresa en el campo de batalla.»—Guido declinó el honor modestamente, declarando que solo había sido un ejecutor de las órdenes del gobierno. (Doc. del Arch. Gral.) M. S. S.

« de júbilo ven en V. E. al libertador de Chile, y le dan las gra-« cias por el beneficio que deben á sus nobles esfuerzos, felici-« tándolo, conmigo, igualmente que á sus compañeros de armas, « que han sabido seguir sus huellas para cubrir de gloria las ar-« mas de la nación, sacando de la opresión á sus hermanos, y afir-« mar para siempre la independencia de la América del Sud. (31) A su hija María Mercedes, se le acordó una pensión vitalicia de 600 pesos anuales, trasmisible á su posteridad, que el general aplicó á la educación de la agraciada, que sería la Antígona de su vejez en el ostracismo. (32)

Desdeñando la ostentación del poder, por cálculo, por deber ó por virtud, y estimando estas manifestaciones de la admiración y gratitud pública en lo que valían, el vencedor de Chacabuco había visto realizarse su plan político con la misma exactitud que su plan de campaña, y dueño de Chile, exigía más hombres, más armas y más dinero para llevar adelante los grandes designios incubados en Mendoza. Al efecto, se reservó el mando militar de conformidad á las instrucciones que lo gobernaban, y nombrado general en jefe de Chile, asumió el puesto de generalísimo del Ejército Unido, como se llamó desde entónces el ejército argentino y el chileno aliados.

« Chile, habia dicho él un año antes (el 29 de febrero de « 1816), por su población, índole de sus habitantes, riquezas « y posición geográfica, es el pueblo que regido por una mano « diestra, está llamado á fijar la suerte de la revolución de la « América del Sud; y siendo además litoral marítimo, debe « abrirse el camino del Pacífico para buscar al enemigo por él. « Lograda esta grande empresa, el Perú es libre.» (33) La mano diestra presagiada, habíase apoderado de las fuerzas vivas del país rescatado, y después de disciplinarlas militarmente, propo-

---

(31) Ofi. de Belgrano de 26 de febrero de 1817. Arch. San Martín, vol. XII, M. S.

(32) Decreto de 5 de marzo de 1817.—Fuéle ofrecido además un sable de honor y un par de pistolas fabricado en el Parque. Ofi. del gobierno de 18 de marzo de 1817 y contestación de San Martín de 3 de abril del mismo. (Doc. del Arch. general.) M. S. S.

(33) Of. reservado de San Martín al gobierno de 29 de febrero de 1816 (un año cabal día por día) cit. en el cap. «Idea del paso de los Andes», nota 39, (M. S.) Con fecha 1º de abril de 1817 solicitó permiso de su gobierno para aceptar el nombramiento de general en jefe del ejército de Chile hecho por el director O'Higgins, y el de las Provincias Unidas se lo dió calificándolo de «nuevo servicio consagrado á la felicidad de la patria». (Docs. del Arch. general, leg. Secret. de guerra, 1817,) M. S. S.

níase lanzarlas al mar para continuar la empresa libertadora, con arreglo á las previsiones de su genio.

El 10 de marzo de 1817, antes de cumplirse un mes de la batalla de Chacabuco, el director Pueyrredon escribía al general: «¡Qué bella ocasión para irnos sobre Lima!» (34) En el mismo día, por una singular coincidencia, que revela conformidad de propósitos, el vencedor de Chacabuco hacía su habitual almuerzo de pie en la cocina de su palacio, cuando repentinamente gritó:—«O'Brien!»—Así se llamaba su fiel edecán Juan O'Brien (después general), voluntario irlandés al servicio de la república.—«O'Brien, dijo con voz imperativa, marchamos para « Buenos Aires. En lo montado, ¿me entiende?» (35) Este grito dado desde una cocina, significaba:—Argentinos y chilenos! Á Lima! que sería en adelante su *delenda Carthago*. En la proclama de despedida que en tal ocasión dirigió á sus soldados, vibraba reconcentrado este mismo grito: «Vuestro bien y el de la « América me obligan á separarme de vosotros por muy pocos « días.»

El general había concertado con el gobierno de Chile los medios de crear una escuadra que dominara el mar Pacífico, y con la idea en su cabeza tenía ya en su cartera el dinero que debía darle la victoria final. Tal era el motivo que impulsaba al Aníbal americano á repasar los Andes, para concertar con el gobierno argentino los medios de llevar adelante el pensamiento emancipador á que había consagrado su vida, y al que las alas de la victoria daban vuelo. Antes de ausentarse dejó establecido en Chile el consejo supremo de la misteriosa Logia de Lautaro, compuesto mitad argentinos y mitad chilenos, que á la manera de un consejo aúlico secreto gobernase al gobierno en el orden político. O'Higgins, mientras tanto, quedaría al frente de las armas, mandando al ejército unido. De ese modo quedaba montada la máquina político-militar con su armazon pública y sus resortes ocultos. (36)

Noticioso el cabildo de Santiago de su partida, ofrecióle la suma de diez mil pesos en onzas de oro para gastos de viaje, y en camino ya, contestó que la dejaba en depósito y dispondría

(34) Carta de Pueyrredón á San Martín de 10 de marzo de 1817. Arch. San Martín, vol. XL, M. S.

(35) Vicuña Mackenna, «Relaciones históricas».

(36) Véase Vicuña Mackenna, «Ost. de O'Higgins», pág. 269—279.

inmediatamente de ella. Días después oficiaba á la misma corporación rehusando la dádiva, pero aplicábala «á un establecimiento que hiciese honor á Chile: la creación de una biblioteca pública que perpetuara la memoria de la municipalidad.» Y agregaba: «La ilustración y fomento de las letras es la llave maestra que abre las puertas de la abundancia y hace felices á los pueblos: yo deseo que todos se ilustren en los sagrados derechos que forman la ciencia de los hombres libres.» (37)

Al cumplirse un mes de la batalla de Chacabuco, el general vencedor atravesaba el campo de la acción, y al pasar frente á un montón de tierra recientemente removido, esclamó—«Pobres negros!»—Allí estaban enterrados los muertos de Chacabuco, pertenecientes en su mayor parte al batallón núm 8, compuesto de libertos de Cuyo. Aquel montón de tierra marcaba la primera etapa de la gran campaña continental del libertador del sud: la segunda sería el Pacífico, que iba á preparar: la tercera Lima, señalada de antemano: y la cuarta, el Ecuador presentida y comprendida en sus planes. (38)

---

(37) Ofi. de San Martín á la Municipalidad de Santiago, 17 marzo de 1817, en la «Gaz. del sup. gob. de Chile» 1817, núm. 5. Véanse los demás documentos relativos á esta donación y creación, en Juan M. Gutierrez: «El Gral. San Martín», p. 141 y sig.

(38) Los cadáveres de Chacabuco fueron cremados con excepción de los indicados en el texto.

CAPÍTULO XV

PRIMERA CAMPAÑA DEL SUD DE CHILE—BATALLA DEL GAVILÁN—ASALTO DE TALCAHUANO

AÑO 1817

Errores de San Martín después de Chacabuco—Aparición del general español Ordóñez—Reacción realista en el sud de Chile—Expedición patriota al sud—Retardo de Las Heras—Acusaciones á Las Heras y sus descargos—Nueva expedición al sud—Avance de Las Heras—Combate de Curapaligüe—Las Heras ocupa Concepción—Situación apurada en que se encuentra—Descripción de los alrededores de Concepción—Batalla del Gavilán—O'Higgins toma la dirección de la campaña del sud—Ocupación de la línea de frontera de Arauco—Combate de Carampangue—Guerra Araucana—Cerco de Talcahuano—Reconocimiento sobre sus fortificaciones—Guerrillas realistas—Paralización de operaciones en el sud—Continuación de la guerra de Arauco—La plaza de Talcahuano—Descripción de la península de Talcahuano y sus fortificaciones—El general Brayer—El ingeniero D'Albe—Se estrecha el sitio de Talcahuano—Planes de asalto y examen de ellos—Movimientos preliminares—Asalto de Talcahuano y sus resultados—Crítica del asalto.

I

San Martín cometió tres errores después de Chacabuco: dos de mero detalle, pero uno trascendental, que tuvo una influencia funesta para la ulterioridad de sus operaciones. A causa de ellos se prolongó una campaña que debió terminar inmediatamente, y vióse obligado á dar cuatro nuevas batallas para consolidar la reconquista chilena, retardando por tres años la prosecución de su grande empresa.

La reconcentración del vencedor en el campo de batalla en la noche del 12 de febrero, limitándose á la persecución de los dispersos por la caballería, sin extenderla al menos hasta el portezuelo de Colina, es un exceso de prudencia, que sólo se espli-

caría por el cansancio de sus tropas, y puede justificarse como precaución contra un ataque nocturno, que en efecto pensó llevarle el enemigo, que contaba con fuerzas suficientes para ello, cuando él estaba recargado con una gran masa de prisioneros. El no haber perseguido á los fugitivos despavoridos, por el camino de Valparaíso, en vez de acudir á la capital evacuada cuando la presencia de un par de escuadrones hubiera podido completar el triunfo, fué otro grave error, salvándose por esta omisión 1600 hombres de buena tropa que pasaron al Perú, y que más adelante hubo de encontrar á su frente. Pero el error capital fué no asegurar los frutos de la victoria, iniciando con actividad la campaña del sud de Chile, antes que el enemigo tuviese tiempo de reaccionar; y lo agrava la circunstancia de haber previsto él mismo tal eventualidad, cuando en su plan ofensivo de campaña (de 15 junio 1816) decía « que debía cargarse al grueso del enemigo hasta deshacerlo en la primera acción, para huir al gravísimo inconveniente de demorar la guerra. » Este error tiene sus atenuaciones de hecho, que los sucesos que se relatarán en este capítulo pondrán de manifiesto; pero quedará siempre subsistente en un general tan experto y prudente el sério cargo de haber dado por terminada la guerra de un solo golpe, sin poner los medios indicados para ello, y no prever la reacción realista del sud. El sud era entonces el nervio militar de Chile: allí estaba su población más aguerrida, donde la causa del rey contaba con partidarios decididos y caudillos de prestigio, ofreciendo además el país posiciones fuertísimas por la naturaleza, que permitían hacer una resistencia eficaz y prolongar indefinidamente la guerra. Agréguese á esto, que allí tenía por base la plaza fortificada de Valdivia y el archipiélago de Chiloe á la espalda, y que el virrey del Perú, dueño del mar, podía auxiliar la reacción realista con refuerzos de hombres y recursos, y llevar por esa parte una cuarta invasión, como en efecto sucedió. El vencedor de Chacabuco, mirando lejos, perdió tal vez de vista por el momento lo que tenía más cercano.

Precisamente en ese momento hacía su aparición en el teatro de la guerra americana un contendor digno de San Martín, que por algún tiempo al menos pondría á raya su fortuna, contrarrestando sus planes y aprovechándose de su descuido. Como lo hemos indicado antes, sólo tres almas intrépidas no desesperaron de la causa del Rey en Chile después de la derrota

de Chacabuco, que fueron Barañao, Sánchez y el coronel Ordóñez. Conocemos ya á Sánchez, que en circunstancias análogas supo contrarrestar con fortaleza los progresos de la revolución chilena y mantener el sud por las armas realistas con las tropas del país. En cuanto á Ordóñez, cuyo genio guerrero y temple heroico de alma iban á revelarse, era hasta entonces un oficial oscuro que no había tenido ocasión de distinguirse. Ordóñez y San Martín habían combatido juntos bajo el pendón real en la península contra la invasión napoleónica, y por una singular coincidencia histórica, ambos habían representado análogo papel en los levantamientos populares de Cádiz y Valencia, figurando como actores en las dos catástrofes que las señalaron. El mismo día 29 de mayo de 1808, en que San Martín al frente de una partida de soldados, protegía contra el pueblo sublevado al capitán general de Andalucía, el marqués del Socorro, sacrificado por el populacho apesar de sus esfuerzos, el subteniente José Ordóñez al frente de un destacamento de guardias Walonas, protegía la entrada del barón de Albalet en medio de los gritos de la plebe sublevada, y por un encadenamiento fatal de circunstancias lo entregaba al puñal de sus asesinos (1). Como San Martín en Baylén, Ordóñez había sido recomendado por su brillante comportación en la batalla de Tudela. Al terminar la guerra de la península era coronel, y con este grado pasó á América en 1815, nombrado gobernador intendente de Concepción. En este puesto lo encontró la batalla de Chacabuco.

No contaba Ordóñez á la sazón con ninguna clase de tropas veteranas: todas las que guarnecian la provincia se habian trasladado al norte del Maule, pero no trepidó en levantar del polvo de la derrota el estandarte abatido del rey y ponerse al frente de la reacción del sud. Eficazmente ayudado por el famoso general Sánchez que mandaba en Chillán, convocó las milicias provinciales, reunió los dispersos del norte del Maule, guarneció la línea de frontera de Arauco, se fortificó en la península de Talcahuano protegido por su marina, acopió allí víveres y elementos de movilidad, esparciendo sus guerrillas por todo el país desde el Bio Bio hasta el Maule. En esta actitud decidida esperó el ataque de los vencedores, que se hizo esperar por cerca de dos meses, dándole tiempo para organizar

---

(1) Véase Toreno, «Hist. del levant., guerra y revol. de España», lib. III, p. 122 y 135-136.

una regular división de 1000 hombres, de las tres armas, reforzada luego por los 1000 embarcados en Valparaíso, que el virrey del Perú mandó regresar desde Lima al teatro de la guerra.

II

Después de la feliz campaña de Freyre por los pasos del Planchón y del Portillo y al través de la cordillera de Colchagua, seguida por su ocupación de la ciudad de Talca, según se relató antes, este oficial, tan intrépido como de poca cabeza para dirigir operaciones complicadas en una comarca revolucionada, limitóse con arreglo á sus instrucciones á cubrir la línea del Maule, interceptando las comunicaciones entre la capital y el sud. Aun cuando hubiese asegurado en sus partes que podía reunir un ejército de dos mil hombres, en realidad su división engrosada con las partidas de Neyra y de los agentes de San Martín, Juan Pablo Ramírez y Antonio Merino, no pasaba de 600 (2) constituyendo el único nucleo sólido de su columna los 100 veteranos argentinos con que habia salido de Mendoza, y á la sazón pedía ser reforzado para entrar en operaciones ofensivas. El Dr. Manuel Rodríguez, más inteligente que él, en vez de fijar su atención en el sud en previsión de la próxima victoria, dirigióse al norte así que las fuerzas destacadas por Marcó se replegaron al centro, y atraído por la capital, cruzó el Cachapoal y se entretuvo en posesionarse de San Fernando, abandonado por el enemigo, debilitando la columna de Freyre. Desde este momento Rodríguez se eclipsa como guerrillero, para volver después á reaparecer en un momento solemne en su doble carácter de politiquero y hombre de acción desordenada y fogosa.

La diversión de las guerrillas de Rodríguez contribuyó eficazmente á distraer una parte de las fuerzas de tropas veteranas de Marcó hacia el Sud, cooperando así al plan de inva-

(2) Nota de Las Heras á San Martín, de 4 de Marzo de 1817 refiriéndose al estado de la fuerza de Freyre en 26 de febrero del mismo, en que dice: «La «fuerza de su mando en Talca consta de 600 hombres armados de fusil, «exclusive algunas pequeñas partidas». (Arch. San Martín, vol. XXXVIII.) M. S.

sión de San Martín; pero por la inoportunidad de las empresas aventureras unas veces y por los desórdenes y falta de plan metódico otras, había agotado los recursos del país entre el Maule y el Maipo, especialmente en elementos de movilidad, cuando su misión era precisamente reunir caballadas en ese territorio para aprovechar la victoria extendiendo inmediatamente el dominio de las armas reconquistadoras hasta el Bio Bio antes que el enemigo reaccionase. San Martín había previsto esto seis meses antes desde Mendoza (octubre 2 de 1816), y esto era una de las atenuaciones de su error al no impulsar con actividad la campaña final del sud. En efecto, en una de sus cartas antes citadas, calculada en doble sentido, para reprochar á Rodríguez su precipitación á la vez que para que cayeran en manos de Marcó engañándole respecto del punto hacia donde dirigía su invasión, recomendábale: « contraerse principalmente á reunir 1,000 caballos á inmediaciones de Quechereguas y hacer una gran recogida de ganados bajo promesa « de ser abonados á los dueños dinero contante, y mantener los « primeros en pequeñas tropillas en los potreros y quebradas « de la cordillera hasta su llegada.» En carta posterior, de 21 de diciembre (1816) le decía: « Las fuerzas que han salido al sud « bajo el mando de Sánchez, tal vez nos van á costar mucha sangre, que hubiéramos ahorrado sin estos alborotos intempestivos. Ahora ¿cómo se reune la caballada de que tanto « necesitamos? » [3]

Freyre, por su lado no había adquirido el dominio de sus elementos, que por otra parte carecían de cohesión, y los desórdenes que cometía la partida del valeroso salteador Neyra, nervio á la vez que deshonra de las guerrillas, le obligaron á imponer la última pena á este caudillo. En cuanto á las partidas de Ramírez y Merino, obraban por su cuenta sin sujetarse á ningún plan. Mientras tanto, la insurrección espontánea habíase extendido al sud del Maule, á medida que Ordóñez y Sánchez se reconcentraban hacia Concepción. Merino, en su impaciencia, cruzó el Maule con su partida, fuerte como de 200 hombres, y adelantó una vanguardia de 70 hombres hasta el Parral, que fué batida (el 6 de marzo) por un destacamento de infantería y caballería enemiga salido de San Carlos. Al tener

(3) Cartas de San Martín á Manuel Rodríguez (a. Chancaca), de 2 de octubre y 21 de diciembre de 1816, cit. en el cap. «La guerra de Zapa». (Arch. San Martín, vol. VII,) M. S. autog.

noticia de este pequeño contraste, Freyre cruzó el río al frente de 300 á 400 hombres y se adelantó hasta Longaví (13 de marzo), obligando á las partidas realistas á replegarse hacia el Bio Bio. Quince días antes, y reforzada la columna de Freyre con la caballería patriota, esta operación habría probablemente contenido la reacción del Sud.

Tal era el estado de las operaciones militares en el Sud, un mes después de la batalla de Chacabuco.

III

No había escapado á la previsión de San Martín la necesidad de expedicionar inmediatamente sobre el Sud, y á los pocos días de ocupado Santiago, dispuso que una división de las tres armas marchase en esa dirección, haciéndola preceder de una intimación; pero sea que obstáculos reales obstaran á su pronta marcha ó que no la considerase tan imperiosa, el hecho es que no le imprimió el debido impulso á fin de que á todo trance avanzase hasta completar la total reconquista del país. El director Pueyrredón, dando todo por terminado de antemano, le decía confidencialmente: «De su última carta (18 de «febrero) deduzco, que sólo Concepción quedaba para el rey «con su guarnición de 500 hombres. Es imposible que intenten «resistir; yo estoy cierto que á la intimación que V. les hizo se «habrán rendido ya á discreción.» [4] Pero comprendiendo á la vez la importancia de tal operación, le escribía oficialmente, recomendándole «la más pronta ocupación de la provincia de «Concepción por ser del mayor interés para las operaciones ul«teriores del ejército de los Andes.» [5] Desgraciadamente, cuando estas comunicaciones llegaron á Chile, ya el general estaba en viaje para Buenos Aires, sin prever que la realización de los planes de largo alcance que lo llevaban á la capital del Plata, iba á ser retardada por los obstáculos que encontrarían en un peñón aislado del territorio del Sud de Chile.

---

[4] Carta de Pueyrredón á San Martín de 8 de marzo de 1817. Arch. San Martín, vol. XL, M. S.

[5] Ofi. del gob. á San Martín de 3 de marzo de 1817. Doc. del Arch. general, leg. «Exto. de los Andes, 1817». M. S.

El mando de la columna expedicionaria fué confiado al coronel Las Heras, indicado como conocedor del terreno y por sus aventajadas dotes militares; quien lo aceptó de mala gana, (6) y por esto tal vez no correspondió en un principio á las fundadas esperanzas en él depositadas. La fuerza se componía del batallón núm. 11 y un escuadrón de granaderos á caballo, con cuatro cañones de batalla y dos obuses, formando un total como de 1,000 hombres. Las instrucciones le prevenían, reunirse á la división de Freyre tomando el mando en jefe, y perseguir tenazmente al enemigo, pero sin empeñar acciones parciales de cuyo éxito no estuviese seguro. El 10 de febrero salió esta columna de Santiago, y á los veinte días aun no estaba reconcentrada en Talca á poco más de 400 kilómetros de su punto de partida. Á esa fecha ya Freyre estaba del otro lado del Maule. Inmediatamente ordenó que el escuadrón de granaderos se adelantase á reforzarlo, mientras el comandante Merino con su partida seguía por los caminos de la costa. El 4 de marzo Las Heras atravesó á su vez el Maule, y se incorporó á la vanguardia de Freyre á orillas del Diguillin; pero su marcha fué tan lenta, que dió lugar á que el enemigo tomase la preponderancia.

Hay retardos históricos, y el de Las Heras en esta ocasión es uno de ellos; por lo tanto merece ser examinado á la luz de los documentos. Algunos historiadores le han hecho severos cargos por ello y otros lo han tratado con benevolencia pasándolo por alto; pero así las acusaciones oficiales como los descargos á que ha dado lugar han permanecido hasta el presente inéditos. Él ha dicho en defensa suya, que antes de emprender su marcha le hizo presente al general en jefe la conveniencia de que toda su columna la verificase á caballo, y que no obstante esto hubo de emprenderla con la infantería á pie, y que en su tránsito, si bien se proporcionó el número suficiente de cabalgaduras, careció absolutamente de monturas. Esto de-

---

(6) En carta de Las Heras á San Martín de 2 de marzo de 1817, le exponía el mal estado de su salud y le recordaba la licencia que antes le había concedido para pasar á curarse á los baños de Cauquenes, y agregaba: « Marcho á pesar de todo al lleno de las órdenes de V. E. en cuanto me sea « posible, pero espero que luego que las armas que mando se posesionen en« teramente de la provincia de Concepción, V. E. me conceda mi separa« ción del Nº 11 y la licencia pedida. » (Arch. San Martín, vol. XXXVIII, núm. 1,) M. S.

cía á los cinco días de su salida de Santiago. [7] Cuarenta días después, cuando se encontraba sobre el enemigo rehecho, comprendiendo la inmensa responsabilidad que sobre él pesaba, convocó una junta de guerra de sus principales jefes, en que hizo constar la considerable deserción que había experimentado su batallón en la marcha, la fatiga de su tropa que la retardaba, la escasez de víveres, municiones y numerario, la debilidad relativa de su columna, en virtud de lo cual había solicitado por dos veces ser reforzado para poder atacar con éxito la plaza de Talcahuano, donde el enemigo estaba fortificado. [8]

Mientras tanto, el director O'Higgins le formaba su proceso á retaguardia. « Cuando ya no debía haber una sombra « de enemigo, decía, se halla éste rehecho y atrincherado en « Talcahuano, con fuerzas de más de mil hombres. He aquí el « resultado de la criminal indolencia del jefe de nuestras divi- « siones del sud. En este apuro he resuelto salir yo mismo á « darle movimiento. Si no yerran mis cálculos, todo va á ser « concluido en veinte días.» [9] Á mediados de abril se puso en campaña al frente del batallón núm. 7 y un escuadrón de granaderos con dos piezas de artillería, que sumaban un total de 800 hombres. Empero, su marcha fué tan lenta como la de Las Heras: veinte días después aun no había llegado á Concepción con sus refuerzos, cuando de ellos podía depender la victoria ó la derrota de la expedición del sud. Las actas de descargo y los oficios acusadores iban por un lado, mientras las operaciones militares se desenvolvian por otro. El coronel Las Heras, en virtud de los informes de O'Higgins, era sometido á juicio por el gobierno argentino para responder de su conducta, [10] al mismo tiempo que él contestaba triunfalmente á todos los cargos, dando dos nuevas victorias á las armas de la

---

(7) Ofi. de Las Heras á San Martín de febrero 23 de 1817, Arch. San Martín, vol. XXXVIII, M. S.

(8) Acta 4 de Abril 1817. Arch. San Martín, vol. XXXVIII, M. S.

(9) Ofi. de O'Higgins á San Martín de 9 de abril de 1817. Arch. San Martín, vol. XXXVIII, M. S.

(10) Ofi. del gob. á San Martín de 25 de abril de 1817, mandando procesar á Las Heras. (Arch. San Martín, vol. XXXVIII.) M. S.—Ofi. de San Martín al gobierno de 1º de junio de 1817, pidiéndole suspender el juicio de Las Heras, por «hallarse frente al enemigo y probablemente pró- «xima una acción decisiva.» Doc. del Arch. general, leg. «Exto. de los Andes, 1817.» M. S.

revolución americana, mientras llegaba el momento de salvarla una vez más en el día de su mayor conflicto.

IV

Después de celebrada su junta y salvada su responsabilidad moral, Las Heras resolvió marchar decididamente sobre el enemigo, y el 4 de abril acampaba en la hacienda de Curapaligüe á 26 kilómetros de Concepción. Desde este momento el hombre reacciona y el héroe empieza á mostrarse.

El infatigable general Ordóñez, seguía con atención sus movimientos y se preparaba á darle un golpe en su marcha de avance. Convencido de que no podía mantener la campaña con ventaja, habíase reconcentrado en la península de Talcahuano, fortificándose en ella, pero sin renunciar á emprender operaciones ofensivas antes de encerrarse dentro de sus últimas trincheras. En consecuencia, sabedor de que Las Heras se hallaba á su inmediación, preparó todo para llevarle una sorpresa. En la noche del mismo día, salió de Talcahuano al frente de 600 infantes y 109 ginetes con dos cañones ligeros, y á la una y media de la mañana cayó inopinadamente sobre las avanzadas de Curapaligüe. Pero el jefe argentino lo esperaba bien prevenido.

Las avanzadas argentinas dieron la señal de alarma, y rompieron el fuego sin desamparar sus puestos. Situándose sobre la línea que ocupaban, amagaron los flancos del enemigo, y se replegaron por derecha é izquierda sobre sus retenes. Cuando Ordóñez avanzó, encontró á la división de Las Heras formada sobre una cerrillada con sus dos costados bien cubiertos por las casas de la hacienda y el molino de Curapaligüe, que dió su nombre á la acción. Trabóse un reñido combate que se prolongó hasta una hora antes de amanecer, en que todas las embestidas de Ordóñez fueron victoriosamente rechazadas. Á esa hora, el jefe español hubo de desistir de su intento y emprender la retirada, que muy luego se convirtió en fuga, abandonando en el campo y en su trayecto diez muertos, siete heridos, sus dos cañones y diez prisioneros. Los patriotas sólo tuvieron por su parte cuatro muertos y siete heridos. En el mismo día ocupó Las Heras la ciudad de Concepción. ([11])

([11]) Informe verbal del general Las Heras.—Parte del mismo de 5 de abril de 1817, inserto en la «Gaz. del Gob. de Chile», núm. 8.

La situación de la división patriota llegó á ser peligrosa. Establecida en una ciudad abierta, en presencia de un enemigo que contaba con igual fuerza, que tenía fortificadas sus posiciones inexpugnables, y era dueño de la mar; encerrada en un punto donde no tenía más línea de comunicación que la margen derecha del Bio Bio, cuya izquierda dominaban los realistas, ni más retirada que un camino inseguro por entre las montañas, que podía ser interceptado, su actitud de ofensiva aparente hubo de reducirse á una defensiva real. ([12]) Así lo comprendió Las Heras, dándose cuenta de su situación con tanta prudencia como arrojo había demostrado en su último avance, y en consecuencia tomó sus disposiciones. Para comprender bien éstas, así como las operaciones subsiguientes, se hace necesario dar una rápida ojeada sobre el terreno.

La antigua ciudad de Penco, situada sobre el ángulo sudeste de la bahía de Talcahuano, fué destruida por un terremoto en 1751, y sus habitantes se trasladaron á la margen derecha del Bio Bio, como á quince kilómetros de su embocadura en el mar, dándole el nombre de Concepción. Desde entonces su puerto es Talcahuano, cuya península hállase situada entre la bahía de este nombre y el mencionado Bio-Bio, que sólo es navegable para embarcaciones menores. El espacio intermedio de lo que propiamente puede llamarse la península de Talcahuano y las ruinas del antiguo Penco,—donde á la sazón existía un fuerte,—es un terreno anegadizo y pantanoso que con el nombre de vegas ocupa casi toda su superficie. Sobre estas vegas se levantan algunas cerrilladas ó colinas alternadas con médanos, de los que los principales para nuestro objeto son: el cerro de Chepe, á medio tiro de cañón de la moderna Concepción, y el cerro del Gavilán situado al noroeste de sus suburbios, fronterizo al de Chepe. En el cerro del Gavilán fué donde se situó Las Heras con su división.

En esta posición cubría la ciudad, dominaba los caminos de Penco viejo y de Talcahuano, y á la vez mantenía en respeto al enemigo. En previsión de un ataque, estableció sobre el Gavilán un pequeño reducto artillado con un cañón y un obús á cargo

---

([12]) La división de Las Heras, según estado, M. S. cit. por B. Arana, constaba el 10 de abril de las siguientes fuerzas: batallón núm. 11 con 583 hombres; Granaderos, 223; piquete del núm. 1º, 78; id. del núm. 7º, 59; id. del núm. 8º, 49; Dragones, 106; Compañía de San Fernando, 130; Artillería, 62: total, 1290 hombres.

del comandante Francisco Díaz, que batía un arenal que se extiende al sud y al este de Concepción; y á su izquierda, una batería de tres piezas de campaña y un obús, mandada por el capitán Juan Apóstol Martínez, que dominaba con sus fuegos la cerrillada de Chepe. Entre estos dos puntos tendió su línea mirando al oeste, destacó sobre su derecha algunos piquetes y colocó en reserva su caballería á retaguardia. ([13])

V

En esta disposición se hallaba la división patriota el 1º de mayo, cuando se avistaron en el horizonte cuatro buques con bandera española. Eran los trasportes que desde el Perú conducían los 1,600 hombres escapados en Valparaíso al desastre de Chacabuco. Con este refuerzo, Ordóñez se consideró en aptitud de tomar nuevamente la ofensiva. Sabedor de que O'Higgins se hallaba en Chillán y marchaba en protección de Las Heras, resolvió anticipar el ataque. Las Heras instruido por sus espías de los planes del enemigo, escribía el 4 de mayo á O'Higgins: «Al alba espero ser atacado. Si V. E. no acelera «su marcha á toda costa en auxilio de esta división, pudiera «tener resultado funesto para el país.» Llenado este deber, no fió sinó en sí mismo, y esperó resuelto el ataque con el firme propósito de tomar oportunamente la ofensiva.

Ordóñez por su parte, dictaba en el mismo día 4 sus providencias, contando obtener un triunfo fácil. Su plan era atacar á Las Heras por ambos flancos y por la retaguardia. Al efecto, dividió sus fuerzas de salida en dos cuerpos, compuesto uno de ellos de 400 hombres de infantería y caballería con dos cañones, á órdenes del coronel Antonio Morgado, y el segundo bajo su inmediato mando, compuesto de dos batallones de infantería con 550 hombres, 220 ginetes y 4 piezas volantes. ([14])

([13]) Véase el plano adjunto de la batalla del Gavilán. Este plano es formado sobre la base de un croquis original encontrado entre los papeles del general Las Heras, y un plano topográfico del ingeniero del ejército de los Andes Alberto D'Albe, coordinado con los documentos históricos.

([14]) Es la fuerza que confiesa el mismo Ordóñez en su parte al virey del Perú, de 6 de mayo de 1817, inserto en la «Gazeta del gob. de Lima», de 2 de julio del mismo año.

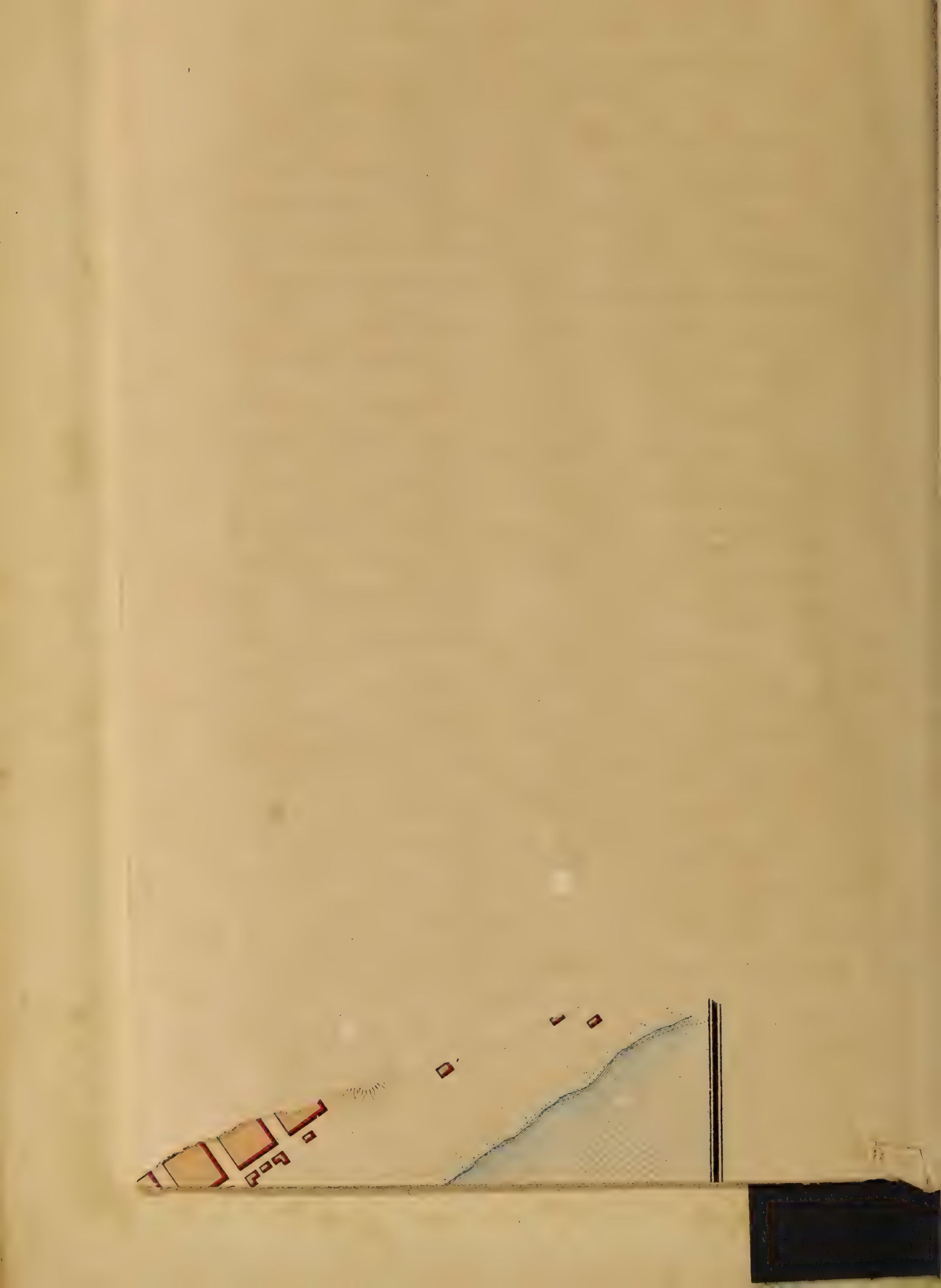
PLANO de la BATALLA DEL GAVILAN.

Coordinado con los documentos históricos sobre la base de un croquis del General Las Heras y un plano topografico de Talcahuano y Concepcion por el Ingeniero del ejército de los Andes José Alberto d'Albe.

Portezuelo
Rio Andalien
Puente de Andalien
Caballeria realista para cortar la retirada á los patriotas
El Agua Negra
La Toma
Cerro de los tres Pasquales
CONCEPCION
Cerro del Caracol
Reducto
Posicion de Morgado
Laguna de los tres Pasquales
Compañias del Nº11.
Piquetes 7 y 8
Marcha de Morgado
1ª Posicion de Las Heras
Cerro del Gavilan
2ª Posicion de Las Heras
Casa de Polvora
Pajonal sin vado
Pantanos
Casa de Ejercicios
Tiradores contra las lanchas
Posicion de Ordoñez
Marcha de Ordoñez
Lanchas cañoneras españolas
Rio Bio Bio
Cerro de Chepe
Portezuelo de Chepe
Artilleria realista

Signos.
Infanteria patriota
Caballeria idem.
Infanteria realista
Caballeria idem
Guerrillas
Artilleria

Escala 1: 12.500
250 0 250 500 Metros



La columna de Morgado debía marchar por el camino de Penco viejo para atacar la posición del Gavilán por el oriente: la de Ordóñez seguiría el camino que de Talcahuano conduce rectamente á Concepción, y tomaría á los patriotas por la izquierda. Simultáneamente, las fuerzas reunidas de la frontera meridional del Bio Bio, sostenidas por lanchas cañoneras, atravesarían el río en balsas para desembarcar sobre la misma ciudad en el momento oportuno. Por último, un destacamento de caballería se situaría sobre el Andalien para cortar la retirada de los que ya consideraba derrotados, interceptando sus comunicaciones por el camino de Pachacay. (Véase el plano). Con arreglo á este plan, púsose en marcha en la noche del 4, dejando bien guarnecidas las fortificaciones de Talcahuano.

En las primeras horas del día 5 de mayo apareció la columna de Ordóñez sobre las alturas de Chepe, al mismo tiempo que nueve lanchas cañoneras remontando el Bio Bio empezaron á batir la plaza de Concepción. Inmediatamente la batería de la izquierda del Gavilán, rompió un vivo fuego, consiguiendo con ello desorganizar sus filas. El general realista despechado, las reorganizó prontamente, y dejando dos cañones sobre el cerro de Chepe para sostener su avance, adelantó sus guerrillas protejidas por un cañón, las que se apoderaron de la casa de ejercicios situada en el ángulo sudeste de la ciudad en la prolongación de la izquierda de los patriotas. Las Heras, al ver amenazados sus flancos y su retaguardia, decidióse á tomar la ofensiva, y lo hizo con tanto brío como acierto.

El batallón núm. 11 descendió de la cumbre del Gavilán, y ejecutó un cambio de frente sobre su izquierda ganando terreno, situose en su falda sudeste dando frente al enemigo, con su caballería y un piquete de infantería de Chile á la izquierda y la artillería en el centro. Sobre la marcha, dispuso que el mayor Manuel Medina al frente del escuadrón de granaderos, diese una carga á fondo sable en mano sobre la línea realista de guerrillas, las que fueron arrolladas por dos veces hasta el pie de las cerrilladas de Chepe, sosteniendo la segunda carga la 4ª compañía del núm. 11 al mando del capitán Román Dehesa. Á este tiempo le desmontaron las cuatro piezas de la batería de la izquierda del Gavilán, pero el jefe las hizo reemplazar con las dos de la derecha, y el fuego continuó sin interrupción.

Una hora después de comprometido el ataque de Chepe sobre el Gavilán, la columna de Morgado había iniciado el suyo

por el camino de Penco, rompiendo el fuego á tiro de fusil con sus dos cañones sobre la derecha de Las Heras. El comandante Freyre, que mandaba este costado, salió á su encuentro con sus piquetes de infantería del núm. 7º y 8º, desplegados en tiradores y un escuadrón de Dragones en reserva, los que sostenidos por dos compañías del núm. 11 á órdenes del capitán Nicolás Arriola, atacaron á Morgado á la bayoneta y le arrebataron sus piezas, derrotándolo completamente. Esto sucedía á las 9 de la mañana cuando el combate por el lado opuesto se mantenía aun. Un amago de carga de los granaderos por la retaguardia, sostenido por las dos compañías destacadas del núm. 11 antes mencionadas, bastó para obligar á los enemigos á replegarse á su posición de Chepe. Á las 10 de la mañana la victoria estaba decidida por los independientes. Los realistas se pusieron en retirada vivamente perseguidos por los granaderos de Medina y las compañías del núm. 11, cuya dirección tomó el mayor Enrique Martínez, arrebatando los primeros un cañón. (15) Á este tiempo llegaban al campo de batalla dos compañías del núm. 7º mandadas por el mayor Cirilo Corra desprendidas de la columna de O'Higgins, que tendiéndose en tiradores sobre la playa rechazaron el último ataque de las fuerzas fronterizas sobre el Bio Bio y concurrieron á la persecución. La primera campaña del sud de Chile estaba salvada. (16)

Los trofeos de esta brillante jornada fueron 3 cañones con sus cureñas y municiones, 200 fusiles, 28,000 cartuchos, 80 prisioneros y 192 muertos que el enemigo dejó en el campo. (17) La pérdida de los patriotas sólo fué de 6 muertos y 62 heri-

---

(15) Además del testimonio del general Las Heras y su parte oficial, hemos tenido presente los informes del general Juan Apóstol Martínez y coronel Román Dehesa, actores en la acción y á la sazón capitanes. Los partes de Ordóñez y Morgado fueron publicados en la «Gazeta de Lima» de la época, y B. Arana los confronta con el de Las Heras.—Torrente en su «Hist, de la Revol. Hisp. Amer.» t. 2, p. 324—325, confiesa la derrota, y hace el debido honor á Las Heras, insinuando que Morgado no concurrió oportunamente al ataque combinado por Ordóñez.

(16) Además de los oficiales patriotas nombrados, se distinguieron en esta acción, los tenientes Agustín López y Manuel Castro y subteniente Domingo Reaño, los tres del núm. 11. Fueron heridos el capitán Santiago Díaz, los tenientes José Videla Castillo, Pedro Ramos y N. Luarte, y contuso el capitán Juan José Torres.

(17) Ordóñez, en su parte oficial antes citado, confiesa una pérdida de 128 heridos, 58 muertos y 16 prisioneros. Nos guiamos por la relación oficial de Las Heras, cuyo total de muertos equivale al de muertos y heridos que se da Ordónez, y cuya verdad nos fué confirmada por el mismo Las Heras, treinta años después.

dos. En medio de estos gloriosos despojos recibió Las Heras el abrazo de felicitación de O'Higgins, que fué al mismo tiempo el de la franca reconciliación por parte del general. Retirando sus anteriores acusaciones, conformóse en borrarlas con palabras que hacen honor á ámbos: « La opinión de V. E. (ofició á San Martín), de suspender el juicio á que por orden su-« prema se llama al coronel don Juan Gregorio Las Heras, para « que responda de su conducta por el tiempo que á sus órdenes « estuvo esta parte del ejército, no sólo es razonable y política « por los fundamentos que da V. E. en su contestación al go-« bierno de Buenos Aires, sinó que acaso es justa, si atendemos « á la virtuosa comportación que ha desplegado. » (18)

VI

El general O'Higgins tomó la dirección de la guerra del sud, y estableció el bloqueo parcial de Talcahuano desde las posiciones de la Concepción; pero para formalizarlo y como preliminar de operaciones más decisivas, propúsose aislar al enemigo en la península, cortando sus comunicaciones y privándolo de recursos. Dueño Ordóñez del mar y de la navegación menor en la embocadura del Bio Bio, mantenía francas sus comunicaciones con la línea de fuertes de Arauco, que á la vez que lo proveian de víveres, hostilizaban por un flanco á los patriotas, haciendo insegura su situación. La conquista de esta línea era una operación indicada, y fué encomendada al comandante Freyre, á cuyas órdenes puso una división volante de 300 hombres, compuesta de un escuadrón de granaderos á caballo y los piquetes 7º y 8º de infantería (argentinos), juntamente con el escuadrón de Dragones y un destacamento de Guardias Nacionales de Chile.

La expedición de Arauco se inició por un golpe atrevido y feliz. Una partida de 60 hombres de infantería chilena al mando del capitán José Cienfuegos, desprendida de la columna de Freyre, atravesó el Bio Bio el 12 de mayo y atacó la fortaleza del Nacimiento, centro de la línea de fuertes de Arauco. Esta

(18) Ofi. de O'Higgins á San Martín de junio 27 de 1817. Arch. San Martín, vol. XXXVIII. M. S.

plaza hállase situada en la confluencia del Bio Bio y el Vergara, defendida á sus flancos por las encarpadas barrancas de estos dos ríos y á su frente por hondas cortaduras que dificultan su acceso; pero carece de agua, y en esto se basaba el éxito del plan de ataque. Los defensores se sostuvieron con firmeza dentro de sus muros durante un día y una noche, haciendo jugar tres piezas de artillería y manteniendo un vivo fuego de fusilería; pero encerrados en su recinto por una trinchera que sobre su entrada mandó abrir Cienfuegos, y acosados por la sed, hubieron de capitular. Este triunfo dió por resultado la posesión inmediata de los fuertes de Santa Juana y San Pedro al poniente de Nacimiento, con lo cual quedó conquistada la línea de Arauco hasta frente á Concepción; pero quedaba todavía la mayor dificultad por vencer.

La llave de la línea fronteriza, era la plaza de Arauco, situada en su extremidad occidental sobre el Pacífico. Puerto de mar y depósito general de artículos de guerra, por allí había efectuado Gainza la segunda invasión al territorio chileno en 1814, y era el punto por donde la plaza de Talcahuano se comunicaba por agua con el territorio araucano proveyéndose de víveres y otros recursos. Defendida por la cordillera de Nahuelbuta y por el río Carampangue que se desprende de ella, era una fortaleza respetable por la naturaleza y por el arte, más difícil de expugnar que la de Nacimiento. Freyre recibió orden de tomarla á todo trance. En consecuencia, atravesó á su vez el Bio Bio, y reunido á la partida de Cienfuegos, marchó resueltamente sobre Arauco á la cabeza de 360 hombres, ocupando en su tránsito el fuerte del Colcura sobre la costa. El 26 de mayo se hallaba á orillas del Carampangue.

La guarnición, fuerte de más de 200 hombres, salió á disputarle el paso del río, estableciéndose sólidamente en su margen izquierda con infantería y artillería. Un copioso aguacero, que cerró todos los vados, vino á aumentar las dificultades á vencer. Freyre sin arredrarse, dispuso al anochecer, que una parte de su tropa llamase la atención por el frente, río por medio, mientras él con el resto se dirigía corriente abajo con la resolución de atacar al enemigo en sus posiciones por el flanco. Puesto á la cabeza de 50 de los invencibles granaderos á caballo mandados por el mayor Lino Ramírez de Arellano, cada ginete con un infante del núm. 7º á la grupa, atravesó á nado el río bajo los fuegos de los realistas, y cayó impetuosamente so-

bre su izquierda, al mismo tiempo que la reserva sostenía su ataque desde la márgen derecha. El combate fué reñido y la victoria completa, dejando los derrotados en el campo treinta muertos, quince heridos y 40 prisioneros. Al día siguiente (27 de mayo) Freyre entró triunfante á la plaza de Arauco, y se apoderó de once piezas de artillería y de todos los pertrechos de guerra allí depositados, con la sola pérdida de 14 hombres ahogados en el Carampangue y un herido en el combate. (19)

Un oscuro jefe de milicias de la frontera llamado Juan Bautista Díaz, reunió los dispersos realistas de Carampangue, y alistando bajo su bandera á los indios comarcanos consiguió organizar una banda como de 500 hombres de chuza. El capitán Cienfuegos, que había quedado á cargo de la plaza de Arauco, salió á su encuentro al frente de 150 hombres, y fué completamente batido, quedando en el campo cubierto de heridas. La fortaleza de Arauco volvió á ser ocupada por los realistas (3 de junio). Freyre se puso entonces nuevamente en campaña con su división y volvió á reconquistar la fortaleza de Arauco, batiendo á Díaz sobre el mismo Carampangue donde se había éste atrincherado, (17 de julio). Desde entonces la plaza de Talcahuano quedó completamente aislada por la parte de tierra, y privada de los auxilios que recibía del territorio araucano.

Para completar el bloqueo terrestre de Talcahuano y asegurar el flanco del ejército sitiador en Concepción, O'Higgins comisionó al coronel Andres Alcázar, con encargo de pacificar las tríbus araucanas á fin de obtener una alianza negativa, y este jefe, que se había criado en la frontera, desempeñó cumplidamente su comisión, convocando á los indios á un solemne parlamento y celebró con ellos tratados bajo la base de la neutralidad, que fué observado con la intermitencia propia del carácter pérfido y voluble de estos salvajes.

VII

Durante las operaciones de Arauco, las hostilidades sobre Talcahuano se habían limitado á una línea avanzada de obser-

(19) Distinguiéronse además en esta acción, los capitanes Juan Apóstol Martínez, José Cienfuegos, José María Boile y Manuel Rencoret. En premio de esta hazaña decretóse un escudo bordado de realce sobre paño azul, y entre palma y laurel la siguiente leyenda: LA PATRIA Á LOS VENCEDORES DE CARAMPANGUE—AÑO DE 1817.

vación sobre la península y á meras escaramuzas en que la ventaja estuvo siempre de parte de los patriotas. En una ocasión (7 de junio) los sitiados hicieron salir un destacamento con el objeto de recoger algun ganado; pero vigorosamente atacado por 80 granaderos al mando del capitán Juan Lavalle con el teniente Victoriano Corvalán, fué completamente derrotado con pérdida de su arreo, dejando en el campo varios muertos. En otra ocasión, (2 de julio) el coronel Las Heras con dos escuadrones de granaderos mandados por los comandantes Manuel Escalada y Medina y los Dragones de Chile por Freyre, cayó al amanecer sobre las avanzadas de la plaza con el objeto de practicar un reconocimiento. La operación dió por resultado la sorpresa de una de las guardias realistas, que fué acuchillada sobre los mismos fosos, mientras el ingeniero Antonio Arcos, rodilla en tierra, levantaba bajo el fuego de la plaza el plano de sus fortificaciones. (20)

Aun cuando las copiosas lluvias del invierno del sud de Chile habían comenzado, inundando el terreno que media entre Concepción y Talcahuano, é impedian estrechar el sitio, O'Higgins no renunciaba á la idea de llevar un ataque á las fortificaciones enemigas, convencido de que, mientras no fuesen expugnadas, la guerra se prolongaría indefinidamente. Al efecto, había engrosado considerablemente sus fuerzas, organizando cuerpos chilenos de nueva creación y armado algunas lanchas cañoneras en el Bio Bio para contrarrestar las españolas. Practicado el reconocimiento del 2 de julio, de que se ha dado noticia, resolvió tentar un golpe formal sobre la plaza. Con tal propósito dividió su ejército en dos cuerpos: uno á cargo del coronel Las Heras y otro al del coronel Conde. El 22 de julio, ambas divisiones acamparon á tiro de cañón de la plaza sobre el cerro de los Perales (véase plano de Talcahuano núm. 10), desde cuyo punto se descubrían todas las fortificaciones del enemigo, y en vista de ellas se improvisó el plan de ataque que debía verificarse al día siguiente, el cual parece no haber sido bien estudiado á juzgar por los documentos que hemos tenido á la vista y las operaciones parciales que en consecuencia se emprendieron. Redujéronse éstas á establecer una ba-

(20) Informes de los generales Las Heras y Escalada.—Conversación con el ingeniero Arcos.—Ofi. de O'Higgins á San Martín de junio 7 y julio 2 de 1817. (Docs. del Arch. general, M. S. S.)

tería de dos obuses á cargo del mayor chileno José Manuel Borgoño, en la punta noroeste de Perales, y bombardear desde allí la plaza durante la noche con poco éxito. El 23 continuó el bombardeo, pero habiéndose desmontado los obuses, fueron reemplazados con dos piezas de á cuatro, con el objeto de desalojar cinco botes españoles que penetraron por una laguna del costado izquierdo del enemigo á fin de hostilizar el flanco derecho de los patriotas. Las siete baterías del recinto exterior de la plaza rompieron el fuego á la vez, sin causar daño alguno, por cuanto las tropas sitiadoras habíanse situado en las pendientes del sud de Perales, perfectamente cubiertas. Bajo la protección de sus cañones, intentaron los sitiados una salida parcial de caballería, que fué rechazada por un escuadrón de granaderos mandados por Escalada con el sostén de una compañía del núm. 11 á cargo del capitán Bernardo Videla, llevando la persecución, bajo la metralla, hasta las inmediaciones del foso. Las lanchas de los patriotas, que debían concurrir al ataque, aun no habían llegado. En la noche sobrevino un copioso aguacero, que inundó el campo é inutilizó las municiones de fusil. Necesario fué desistir del ataque, y el 24 el ejército sitiador emprendió su retirada. (21) Desde entónces, las operaciones del sitio quedaron paralizadas.

El infatigable Ordóñez, en la imposibilidad de acometer nuevas empresas después de los tres sucesivos contrastes sufridos, promovió una guerra de partidarios á retaguardia del ejército sitiador. Simultáneamente aparecieron en el interior algunas guerrillas encabezadas por oficiales salidos de Talcahuano, cuyo centro de operaciones eran las montañas de Chillán. Estas partidas, batidas unas veces, escapando otras á la persecución que se les hacía, y reorganizadas constantemente, extendieron sus correrías desde el Maule hasta Arauco, inquietando las comunicaciones de los patriotas y obligaron á éstos á desprender gruesos destacamentos. A esto se redujo la guerra del sud en los últimos meses del invierno de 1817. Talcahuano era el dardo roto clavado en el pie del vencedor de Chacabuco, y la prolongación indefinida de la guerra en el sud

(21) Ofi. de O'Higgins á San Martín de 19, 22 y 26 de julio de 1817. Ofi. de San Martín al gobierno de 9 de setiembre del mismo año, adjuntando el plano de la tentativa de ataque. (M. S. S. del Arch. general.) El plano que hemos tenido á la vista, es hecho por el ingeniero del ejército de los Andes D'Albe, y existe original en el Arch. general de Buenos Aires.

de Chile, la consecuencia de su error después de la victoria ó de la demora de la expedición de Las Heras, gloriosamente reparada por el triunfo del Gavilán.

VIII

Las lluvias del rigoroso invierno de 1817 paralizaron las operaciones de sitio sobre Talcahuano. Mientras tanto, continuáronse con tenacidad por los realistas, y con fortuna varia por ámbas partes, las hostilidades en la inmediata frontera araucana. Aun cuando las peripecias y combates parciales de esta pequeña guerra sean un accesorio en el cuadro general de la historia, sin embargo, su conjunto le da su perspectiva, ensanchan sus horizontes y hacen comprender mejor por el contraste los acontecimientos de mayor magnitud con que se combinaron.

Después de la retoma de la plaza de Arauco y de Colcura por Freyre, y la ocupación ulterior de los fuertes al sud del Bio Bio por Alcázar, el primero se replegó al cuartel general, dejando debilmente guarnecido el punto, y el segundo estableció su centro en Nacimiento. Estrechado Ordóñez en el recinto estéril de Talcahuano y privado de los recursos que por esa vía se proporcionaba, decidió volver á recuperar las posiciones perdidas, principalmente las de la costa del mar. Al efecto, desprendió por agua una expedición con el objeto de acopiar víveres y caballos, á la vez de dar un núcleo más consistente á sus partidarios dispersos en las inmediaciones, la cual desembarcó en la playa del Tubúl, río que desagua en la bahía de Arauco, donde estableció su campamento. Noticioso de su presencia el capitán Agustín López que mandaba la plaza, salió al encuentro con su caballería (12 de setiembre), y dispersó á los invasores, que dejaron en el campo 30 muertos. Pero rehechos y reforzados éstos, atacaron atrevidamente la fortaleza (16 de setiembre), obligando á su débil guarnición á reconcentrarse en su recinto, la que habría sido rendida sin el eficaz auxilio que le llevó el comandante del batallón núm. 3 de Chile, Ramón Boedo, que se hallaba en Colcura al frente de una compañía de 115 hombres. El valiente é infatigable Freyre, fué desprendido por tercera vez al sud del Bio Bio con su columna

volante de argentinos y chilenos, en protección de la línea amagada. El 27 de setiembre cayó en la noche de sorpresa sobre los realistas, acampados en la márgen derecha del Tubúl con 130 fusileros y muchedumbre de indígenas á caballo, y los destrozó completamente, causándoles grandes pérdidas y tomándoles un cañón.

Los restos de las partidas realistas, sin desmayar por estos contrastes, en que perdieron como 300 hombres entre muertos, heridos y prisioneros, se reforzaron nuevamente, y recostándose sobre la línea del Bio Bio, se apoderaron del fuerte de Santa Juana. En seguida atacaron el fuerte de Nacimiento, defendido personalmente por Alcázar, quién sostuvo la posición hasta ser oportunamente protejido por un destacamento salido de Chillán, que obligó á los realistas á levantar el cerco y retirarse á los fuertes de frontera de la falda de la cordillera, hasta donde fueron perseguidos por nuevas tropas movidas al efecto. Pero el tenáz Ordóñez, comprendiendo la importancia de estas hostilidades, que distraian la atención de los patriotas, debilitándolos, desprendió una nueva expedición, de una partida de tropa con varios oficiales escogidos, á fin de que las continuasen con más método. Con estos elementos, formóse una columna bastante respetable, que consiguió batir un grueso destacamento de 80 fusileros y 66 lanceros que imprudentemente salió en su busca, matándole 20 hombres y tomándole una pieza de artillería. Obtenidas éstas ventajas, atacaron nuevamente el fuerte de Nacimiento (16 de noviembre), pero fueron rechazados y perseguidos en su retirada por Alcázar. Casi simultáneamente con estos sucesos (27 de octubre), reaparecían las montoneras de Chillán acaudilladas por Pincheira en número como de 200 hombres, las que fueron otra vez batidas, con pérdida de 40 muertos y 60 prisioneros.

Así quedó nuevamente despejado el flanco y asegurada la retaguardia del ejército patriota establecido en Concepción, y Ordóñez más estrechado en Talcahuano. Era en la posición de Talcahuano donde estaba la solución del problema de la campaña del sud.

Si se toma un mapa general de Chile y se examina la configuración de sus costas, vése desprenderse de ellas una montaña en dirección de sud á norte, que tiene los contornos de un tosco pedernal de flecha primitiva no desvastado, y que forma parte de su cordillera marítima sumerjida. Son los altos llama-

dos de Tumbes, extremidad occidental de la península de Talcahuano. Esta península que cierra por el sud-oeste la bahía de Concepción, y comprende la de San Vicente en su costado sud, es un macizo de ásperos cerros boscosos que se levanta ex-abrupto, y está ligado al continente por una garganta de tierras bajas y anegadizas, conocidas con el nombre de vegas, de poco más de dos kilómetros de ancho. Esta era la línea de defensa adoptada por Ordóñez, en el punto donde terminan los cerros por el oriente y comienzan las vegas que se desenvuelven á su pie. Fronterizo á esta línea y en medio de las vegas, se levanta aislado un cerro prolongado de este á oeste, que lleva el nombre de «Alto de los Perales», cuya puntilla occidental se encuentra á tiro de cañón de la mencionada línea. (Véase el plano núm. 10).

La plaza de Talcahuano estaba guarnecida por 1,700 hombres, y artillada con 70 cañones de calibre de 24 abajo, que servían 250 artilleros y marineros. Las fortificaciones consistían, en una primera línea continua que seguía el perfil de los cerros, desde la bahía de Concepción hasta la de San Vicente, con escarpas naturales peinadas, fosos, cortaduras, palizadas, pozos de lobo, trincheras, y siete baterías á barbeta cubiertas por el bosque, que barrian con sus fuegos cruzados todas las tierras bajas. En su extremo izquierdo se destaca un morro, dividido en su promedio por una depresión del terreno, con un flanco escarpado que se hunde en las aguas de la bahía y cuya cabeza oriental está aislada por una caleta ó pequeña ensenada que con ella comunica, y en la que desaguan dos riachos de las vegas. Los fuegos de esta posición defendían el acceso del portón y puente levadizo situado á su pie, y flanqueaban toda la línea de fortificaciones de norte á sud. En la parte más culminante del macizo de Tumbes, se eleva el «Cerro del Centinela» donde estaba establecido un reducto á la manera de una ciudadela, y un escalón más abajo de la montaña, en el punto llamado «Cerro del Cura» otro reducto y una batería, que dominaban el frente y el flanco de la posición y lanzaban sus proyectiles por encima de la primera línea. Completaban este sistema de defensa dos castillos sobre la playa de la gran bahía, sostenidos por la fragata «Venganza» de 44, el bergantín «Potrillo» de 18, con cinco chalupas cañoneras dentro de la caleta á la cabeza del Morro, y una lancha con una pieza de á 18 situada en la bahía de San Vicente. (Véase el plano núm. 10).

Por esta descripción, vése que la península de Talcahuano era una posición fuerte por la naturaleza y por el arte, y que el dueño de ella, siéndolo á la vez de la mar, podía sostenerse en su recinto montañoso con ventaja y con pocas fuerzas, tener á todo el sud de Chile en jaque, amenazando constantemente la inmediata ciudad de Concepción que está á dos horas de marcha militar, y conservar siempre una puerta abierta para invadir el territorio por esa parte. La importancia de este punto había sido revelada por el ingeniero Mackenna desde 1810, y O'Higgins le llamaba el «Gibraltar de Chile», nombre que con propiedad le cuadra. (22) Esta circunstancia agrava la falta de los generales patriotas al dar tiempo al enemigo para fortificarse en él, y revela entre las grandes cualidades que desplegó Ordóñez, su largo golpe de vista militar y su prudencia á la par que su fortaleza. Talcahuano contrarrestaba con un puñado de hombres los efectos de la batalla de Chacabuco, y debía mantener á raya por espacio de tres años los progresos de las armas argentino-chilenas.

IX

Durante la estación del invierno, O'Higgins había aumentado su ejército con cuerpos chilenos de nueva creación, y á mediados de octubre (1817), su fuerza total pasaba de 3,700 hombres, lo suficiente apenas para tentar un asalto franco sobre las posiciones de Talcahuano. En los primeros días de la primavera (8 de octubre), había recibido un contingente de otro género, que debía ejercer una influencia funesta en la prosecución de las operaciones del sitio de Talcahuano. Entre los oficiales franceses traidos por Carrera, de Estados Unidos, contábanse dos, uno de ellos ilustre por sus antecedentes históricos, y el otro de un mérito sólido, los cuales debían intervenir activamente en las operaciones que se preparaban.

Era uno de estos oficiales el general Miguél Brayer, que venía precedido de una gran reputación militar como teniente general de Napoleón, á quién éste tuvo presente en su testa-

(22) «Plan de defensa» del brigadier Mackenna, inserto en la «Mem. hist.» del P. Martínez, p. 259.

mento. Habíase distinguido en las primeras guerras de la república francesa, alcanzando el grado de coronel por su notable comportación en Hohenlinden á las órdenes de Moreau. En la batalla de Austerlitz, obligó á capitular á una división de 8,000 rusos comprometida en un desfiladero. En las campañas de Prusia, y en la guerra de España ejecutó proezas que le grangearon la admiración de sus compañeros de armas. En 1813, en la batalla de Silesia, se batió marchando con muletas por consecuencia de una herida recibida en Albuera, donde se batiera sin saberlo en el hemisferio opuesto con San Martín. Fué entónces, cuando ejecutó la hazaña de restablecer y pasar un puente con sólo su brigada bajo los fuegos del enemigo, al que hizo retrogradar y hacer rendir sus armas. La derrota de Waterloo, le encontró al frente de una división de 20,000 hombres y fué uno de los que se presentó al emperador vencido, para pedirle que recomenzase la guerra. El cautivo de Santa Helena, recordando este momento, decía en la época á que hemos llegado: «Debí montar á caballo cuando la división de Brayer « se me presentó en Malmaison, y hacerme conducir por ella « al centro del ejército.» Perseguido después de los cien días, escapó á la triste suerte de Ney y Labedoyere emigrando á los Estados Unidos, donde le había encontrado Carrera.

No obstante estos prestigiosos antecedentes, fué recibido con frialdad por sus nuevos compañeros de armas. Sus primeras manifestaciones no habían sido discretas, y su mal disimulada arrogancia en el campamento no le captaron las simpatías ni la confianza de los jefes ni de la tropa. ([23]) En la primera entrevista con el director Pueyrredón, había manifestado la poca importancia que daba á la posición de Talcahuano y su desprecio por las tropas españolas. En su conferencia con San Martín en Chile,—á quién sin duda miraba de arriba-abajo,—fué impertinente: llególe á preguntar cuál era su plan para tomar la plaza; el general de los Andes lo puso en su lugar, contestándole, que eso era lo que él tenía que preguntarle. Sea que careciese del fuego sagrado, léjos del astro que le comunicara en otro tiempo su ardor; sea que se alistase bajo las ban-

([23]) En carta de O'Higgins á San Martín, de 1º de octubre de 1817, le dice: « Brayer está aquí. Lo que he observado en él, viene bien con lo que « V. me dice. Su presencia no ha sido muy agradable á la generalidad de « oficiales por su clase de extranjero; pero él sabe disimular, y ello al fin « calmará». Arch. San Martín, vol. XLI, M. S.

deras independientes de la América más por espíritu aventurero que por convicción, y que infatuado por sus glorias, mirase en menos á los combatientes de una y otra parte, el hecho es que Brayer, inició su nueva carrera bajo malos auspicios, y mostró después, que si había sido un héroe, carecía de cabeza y de carácter. (24)

Junto con Brayer, llegó otro oficial modesto, aunque no oscuro, destinado á prestar meritorios servicios á la causa americana, dejando su nombre inscripto en los documentos gráficos que marcan con trazos científicos las campañas de San Martín en Chile. Llamábase Alberto Bacler D'Albe, capitán de ingenieros, que tenía á la sazón veintiocho años de edad. Hijo de un mariscál de campo de la república francesa, poseía extensos conocimientos matemáticos, tenía mucha experiencia de la guerra, y era hombre de buen consejo en materias militares. Había hecho las campañas de Austria y de Zelandia, de Rusia, de España, de Alemania, de Bélgica y de Francia, desde 1809 á 1815, asistiendo á Waterloo, y como jefe del gabinete topográfico del ejército del mariscál Soult, ilustró su nombre con distiguidos servicios profesionales.

Con la llegada de Brayer y D'Albe, las operaciones del ejército sitiador empezaron á formalizarse. Hasta entónces, todo se había reducido á un bloqueo desde las posiciones de Concepción, con avanzadas sobre las vegas, y escaramuzas ó golpes de mano en que los sitiadores llevaron siempre la ventaja, distinguiéndose en primera línea, Freyre (chileno) y Escalada (argentino). Aun continuaban las lluvias, que en la región del sud de Chile se prolongan hasta muy entrada la primavera, y por lo tanto el terreno intermedio inundado entre Concepción y Talcahuano, no permitía tomar posiciones de circunvalación sobre la península. Al día siguiente del arribo de Brayer, (10 de setiembre) dispuso O'Higgins que Freyre acompañado por Escalada á la cabeza de cien granaderos á caballo, atacase una guardia enemiga que acostumbraba avanzar has-

(24) Brayer desempeñó primeramente el cargo de Jefe del Estado mayor del Ejército Unido en Santiago, bajo el inmediato mando de San Martín. Este lo recomendó en consecuencia al gobierno argentino con fecha 23 de junio de 1817, como «acreedor al grado de coronel mayor en que estaba dado á reconocer.» En 24 de julio del mismo año se le expidieron los despachos de este grado por la República Argentina. (Docs. del Arch. general, leg. «Exto. de los Andes, 1817») M. S. S.

ta los altos de Perales, emboscándose al efecto en los médanos de la costa de San Vicente, que se hallaba bajo los fuegos de la plaza. La niebla de la mañana, frecuente en esta estación, favoreció la empresa. De cincuenta hombres que salieron de las trincheras, no volvió á entrar uno sólo, quedando todos ellos muertos ó prisioneros. En la mañana del 25 de octubre una gruesa partida de caballería enemiga hizo una salida repentina de la plaza. El comandante Escalada á la cabeza de dos escuadrones de granaderos, la atacó y acuchilló hasta el pie de sus palizadas, con sólo la pérdida de dos caballos, haciéndoles doce muertos y varios heridos.

A mediados de noviembre quedó decidido el asalto de Talcahuano.

El 24 de noviembre pasó O'Higgins una solemne revista á todo el ejército recientemente uniformado, formando en línea los batallónes argentinos 7° y 11° á órdenes de Las Heras y Conde, y dos escuadrónes de granaderos á las de Escalada, juntamente con los batallónes núm. 1° y 3° de Chile mandados por don Juan de Dios Rivera y comandante Ramon Boedo, con el escuadrón Cazadores escolta con Freyre á su cabeza, y una brigada de artilleros chilenos á cargo del mayor José Manuel Borgoño. Estas fuerzas en número de 3,700 hombres antes indicado, se situaron en la estremidad norte de los altos de Perales casi á tiro de cañón de á 24 de la plaza. El sitio, preliminar del asalto, estaba establecido.

Por esta vez se procedió con arreglo á un plan fijo, basado sobre los planes del terreno levantados por los ingenieros Arcos y D'Albe, despues de largas y detenidas deliberaciones. (25)

X

Dos caminos se presentaban para apoderarse á viva fuerza de la posición de Talcahuano. El uno, atacarla por su derecha, que era la más débil, en combinación con las lanchas cañoneras de los patriotas que descendian desde Con-

(25) El plano original Ms. de D'Albe, se ha conservado y forma parte de nuestra colección cartográfica. Lo damos bajo el número 10, para inteligencia de las operaciones del sítio y del asalto.

ASALTO DE TALCAHUANO
EL 7 DICIEMBRE DE 1817

PLANO TOPOGRAFICO DE LAS FORTIFICACIONES DE TALCAHUANO Y SUS ALREDEDORES
que sirvió para efectuar el asalto

LEVANTADO POR
JOSÉ ALBERTO D'ALBE
Ingeniero del Ejercito de los Andes



DIBUJADO POR CARLOS BEYER

Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco Bs As

cepción el Bio Bio, dominando la bahía de San Vicente, para en seguida asaltar las baterías de esa parte, posesionarse de los reductos del Centinela y del Cura y quedar de este modo dueños del punto. El otro, asaltar las fortificaciones por su izquierda,—que era la más fuerte—posesionarse del morro y de la playa adyacente del recinto, cortando la retirada á la guarnición, é interceptar la comunicación con los buques de guerra. Fué éste el que se adoptó. Consultado San Martín sobre el particular, señaló, en vista del plano de Arcos, con la penetración de Bonaparte en Tolon, cuál era el punto que daría el dominio de la plaza; pero desgraciadamente opinó que tal vez sería preferible tentarlo por otro, y contestó: «La posi-« ción de Talcahuano es formidable: la llave de toda ella es el « reducto del Centinela; pero el ataque de éste por 300 hom-« bres es sumamente aventurado, bien sea anticipándose, ó « bien si es rechazado el que debe ejecutarse de frente sobre « la línea; en todo caso más bien preferiría el ataque por el re-« ducto núm. 1º (el Morro), y en caso de suceso marchar so-« bre el pueblo, pues de este modo quedaba flanqueada su lí-« nea, y sin tener como subsistir; pero hay mucha diferencia « en calcular sobre un plano por exacto que sea á observar so-« bre el terreno.» (26) O'Higgins, con el instinto que le daba el conocimiento del terreno, se inclinaba al ataque por la derecha, y el Centinela; pero deferente á las opiniones de Brayer, convino en que se llevase por el extremo opuesto. (27) Por su parte, San Martín libró la decisión á O'Higgins, oscilando entre la esperanza y la duda. «Véo su disposición para atacar « Talcahuano. Creo que los resultados serán felices. Si no lo « son tendrémos paciencia. Al cabo, jamás puede pasar la « tentativa de una pequeña pérdida y nunca una derrota, que es « lo que podría desesperarnos. Con nuestra caballería es-« tamos en aptitud de replegarnos tranquilamente en caso de « revés á nuestra posición sin ser incomodados. En fin, V. es « dueño absoluto de hacer lo que quiera». Pero días después agregaba con desconfianza respecto del éxito: «Véo por su « relacion que la línea enemiga presenta inconvenientes res-

---

(26) Carta de San Martín á O'Higgins de 5 de junio de 1817. V. Vicuña Mackenna, «Rel. Hist.»

(27) Carta de O'Higgins á San Martín, de 11 de diciembre de 1817. Arch. San Martín, vol. XLI. M. S.

« petables, y que su ataque nos puede costar mucha sangre. Si « V. calculase que el éxito no sea felíz, no hay más arbitrio « que esperar nos lleguen los buques. Usted está á la vista « y dispondrá lo que quiera y le parezca». ([28])

En cuanto á Brayer, con sus ideas preconcebidas, miraba con desprecio las fortificaciones y las tropas enemigas, y sostenía que el ataque debia llevarse á todo trance por la izquierda. No le faltaban razones en que apoyar esta opinion, aunque de un orden más bien impresionista que rigurosamente militar. Según él, la posición del morro era la llave del costado izquierdo de la línea y de su entrada, y una vez dueños de ella los patriotas, podían dominar toda la playa de la gran bahía, asestar sus cañones sobre las dos naves de guerra españolas, impedir que las tropas realistas se embarcaran y de este modo rendirlas á discreción, obteniendo de un golpe todas las ventajas de la victoria, lo que no se conseguiría si se llevase el ataque por su derecha, que les dejaba franca la retirada. Este plan radicalmente malo, aun como golpe de mano, se fundaba sobre un triple error de apreciación científica y de hecho, cual era suponer: que la primera línea de defensa constituía la fuerza de la posición; considerar que el morro era su llave, cuando era un simple reducto destacado, útil para la defensa pero no para el ataque, pués estaba dominado por los fuegos de los reductos de las alturas; y por último, en no prever el obstáculo, que aislando el ataque del morro, inutilizaba toda la combinación. Todo esto quedará esplicado más claramente en adelante al relatar la operación y hacer su crítica.

Las opiniones estaban divididas respecto del plan que en definitiva debía adoptarse. O'Higgins consultó reservadamente á sus jefes, y la mayor parte se inclinaba como él, al ataque por la derecha de la línea. Entre ellos contábase Las Heras; pero cuando le fué comunicado en junta de guerra el plan redactado por Brayer, y vió que la mayoría, bajo la presión moral de la gran autoridad de su autor, estaba dispuesta á aceptarlo, á la vez que á él le asignaba el puesto de mayor peligro, movido por un sentimiento de orgullo nacional, declaró, que también lo aceptaba, asegurando que con sus tropa tomaría

---

([28]) Cartas de San Martín á O'Higgins de 21 de julio y 26 de agosto de 1817. Vicuña Mackenna, «Rel. Hist.»

el morro. De este modo prevaleció el plan de Brayer. ([29])

El plan de Brayer, reducido á la composición de las tres columnas de asalto y á algunas prevenciones muy someras, sin previsiones ni instrucciones tácticas siquiera, consistía en dos ataques simultáneos: uno formal por la izquierda de la línea, y otro falso por la derecha y centro. El primero, tenía el morro por objetivo inmediato, y una vez tomado, los asaltantes debían posesionarse del rastrillo por la espalda y tender el puente levadizo, para que penetrara á la playa la caballería, y en seguida, apoderarse del reducto del Cerro de Cura, que era el objetivo ulterior y el punto de reunión señalado. El segundo, debía limitarse á simples amagos, y permanecer á la espectativa sin misión determinada. Los artilleros marcharían al asalto sin piezas, para servir las que se tomasen en las baterías del morro y del Cura. Las lanchas cañoneras del Bio Bio apoyarían el ataque falso, para llamar más la atención, y cooperar según el caso. Así quedó convenido, y todo empezó á prepararse con actividad para la próxima batalla. ([30])

XI

El ejército sitiador se estableció en el alto de Perales (25 de noviembre) situando los puestos avanzados dentro de tiro de cañón de á 24 del enemigo, que inmediatamente rompió el fuego sobre ellos. El bergantín «Potrillo» salió de la bahía de Concepción con algunas chalupas y lanchas artilladas, y ocupando la de San Vicente, empezó á cañonear el flanco izquierdo de los patriotas. Esta hostilidad fué contrar-

---

([29]) Conversación con el general Las Heras en 1850.

([30]) Todos los historiadores que han escrito sobre el asalto de Talcahuano, dando por sentado que el plan fué redactado por Brayer, se refieren á él en términos generales, pero ninguno de ellos parece haber conocido su texto, ó al ménos no lo han esplotado. El resúmen que de él hacemos, es con presencia del documento que existe en el Arch. Gral. M. S. (Véase Apéndice núm. 19—En el primer parte de O'Higgins sobre este suceso, de fecha del mismo día, publicado en el núm. 53 de la «Gazeta de Buenos Aires» de 10 de enero de 1818, se hace mención del plan, que díce acompañarse. En el decreto marginal que es de 2 de enero de 1818, se díce: «Enterado, y publíquese el parte, más nó el plan de ataque.—*Rúbrica del Director—Irigoyen*».) Doc. del Arch. Gral., cit. M. S.

restada por una batería de campaña abrigada por los médanos de la costa, que obligó al bergantin enemigo á abandonar el puerto. Al mismo tiempo las cañoneras patriotas atacaban las de los realistas, forzándolas á colocarse bajo el amparo de sus baterías. Después de estos saludos de hierro, fué hecha á la plaza por escrito la intimación de rendirse. Ordóñez redoblando el fuego de las baterías y reductos, contestó verbalmente, que « Se defendería hasta la muerte. » Desde entonces solo se esperó el momento favorable para dar el asalto.

El viento norte, que había empezado á soplar los primeros días de diciembre, arreció el día 5, de manera de hacer imposible la salida de la escuadra española del puerto. Esta circunstancia favorecía el plan de Brayer, y quedó resuelto que el asalto se llevase en la madrugada del 6. El ejército fué dividido en tres brigadas. La primera al mando de Las Heras, componíanla las 4 compañías de cazadores (argentinos y chilenos) á órdenes del mayor Jorge Beauchef, distinguido oficial francés de Napoleón venido con Carrera; el batallón argentino núm. 11 y núm. 3 de Chile á cargo de su comandante Boedo. La segunda brigada la mandaba el coronel Pedro Conde y componíanla las compañías de granaderos de los batallones argentinos y chilenos á órdenes del mayor Cirilo Correa; el batallón argentino núm, 7 y el núm. 1º de Nacionales de Chile. La tercera la formaban los escuadrones 3º y 4º de granaderos á caballo y los cazadores Escolta, dirigidos por Freyre.

La hora señalada para marchar al ataque eran las dos de la mañana; pero solo tres cuartos de hora después pudo iniciar su movimiento la división de Las Heras precedida por las compañías de cazadores, con el núm. 11 y los pelotones de artilleros en reserva, y 40 zapadores con herramientas para abrir camino por entre las estacadas. Por su izquierda se movió la caballería, llevando cada ginete un mazo de fagína al hombro. Las instrucciones le prevenían atacar el centro del Morro, ocupar sus baterías al grito de ¡Viva la Patria! salvar la cortadura intermedia, franquear el rastrillo á la caballería, y repitiendo el mismo grito de ¡Viva la Patria! posesionarse del Cerro del Cura. Al primer grito, que indicaría que el puente levadizo estaba echado, Freyre penetraría por él con su caballería á todo galope acuchillando lo que encontrase por delante, y se reconcentraría en seguida al mismo Cerro del Cura. En cuanto á la columna de la izquierda, su papel se limitaba á

desprender simultáneamente dos compañías sobre el centro de la línea y otras dos sobre las trincheras de San Vicente, empeñando fuegos para simular un doble ataque, simultáneamente con el verdadero de la derecha, y mantener á cubierto la reserva. Cinco lanchas cañoneras á cargo del comandante Jorge Manning, salidas de Concepción, debían concurrir al falso ataque de la izquierda, descendiendo el Bio Bio. En este órden, formóse el ejército á las 2 de la mañana del día 6, y poco antes de las 3 rompió su marcha en silencio, bajo el cañoneo que las baterías enemigas acostumbraban hacer durante la noche por precaucion.

La primera señal de alarma fué dada á la plaza por un centinela perdido de caballería que disparó su carabina. La guarnición realista acudió á sus puestos y se apercibió á la defensa, rompiendo el fuego todas las baterías desde uno á otro extremo de la línea. El mayor Beauchef, que íba al frente de la columna de la derecha, se dirigió á paso de carrera sobre el morro. Al llegar á su pie, fué recibido por una descarga de 200 fusiles que le postraron como veinte hombres entre muertos y heridos. Hubo un momento de vacilacion en la tropa, pero el intrépido Beauchef, lanzándose al foso lleno de agua, ordenó que le siguieran, y el capitán Bernardo Videla (argentino), haciendo lo mismo, arrastró trás sí á la compañía de cazadores del núm. 11 que llevaba la cabeza. Los dos valerosos oficiales treparon en hombros de sus soldados la muralla natural de siete varas de altura formada por la pendiente acantilada del morro, y ayudados por ellos consiguieron aportillar con sus propias manos la estacada que lo coronaba. Cuando se disponían á penetrar en el recinto fortificado, una descarga dirigida sobre el mismo portillo, derribó muerto al capitán Videla, y destrozó el brazo á Beauchef, quién, sin embargo, se mantuvo firme por algunos momentos en la brecha, hasta perder el sentido. En ese momento, acude Las Heras á paso de trote á la cabeza del núm. 11, sostenido por el núm. 3 de Chile, con los zapadores de D'Albe; aplica las escalas de asalto, trepa la muralla, rompe la estacada, se posesiona del morro, bayonetea la mayor parte de la guarnición, pone en fuga á otra, obliga al resto á precipitarse al mar, y cumpliendo su palabra y sus instrucciones lanza desde lo alto de la batería por la boca de sus valientes soldados el grito de *¡Viva la Patria!*

El fuego cesó por algunos momentos. La noche era oscura, y solo se oía á lo lejos el rumor del desórden en los altos de Tumbes, y los gritos de los marineros en las embarcaciones de la bahía, al recoger los fugitivos que se arrojaban al agua. Poco después, oyóse el estampido del cañón en las aguas de la bahía de San Vicente: era Manning, que con sus lanchas atacaba y tomaba al abordaje la cañonera enemiga situada en aquel punto, pasando á degüello su tripulación, y aseguraba aquel flanco. Los defensores de las baterías inmediatas las abandonaron, refugiándose en lo alto de los cerros; pero como la costa es de dificilísimo acceso por ese punto, y además la flotilla patriota no iba prevenida para un desembarco, esta operación aislada, que solo en combinación con un ataque formal por la derecha podía dar algún resultado, no tuvo más consecuencia. Simultáneamente rompíose el fuego por el centro y la izquierda. Era la columna de Conde, que excediendo sus instrucciones espectantes, procuraba convertir el falso ataque en verdadero. Salvando los pozos de lobo de los aproches por esa parte, había llegado hasta el pie de las escarpas y asaltado las palizadas. Los defensores, prevenidos, lo recibieron con un nutrido fuego de fusilería y de cañón, y los chilenos-argentinos fueron rechazados, cayendo gravemente herido el mayor Correa. Aun así quedó demostrado, que si el ataque principal hubiese sido llevado vigorosamente por ese punto, habría sido forzada la línea con menos trabajo que por el morro, quedando abierto el camino que conducía á los reductos del Centinela y del Cura y tomada la primera línea por la espalda.

Mientras tanto, Las Heras dueño del morro, se hallaba en la imposibilidad de posesionarse del rastrillo por el interior ni de dirigirse al cerro del Cura, que eran los objetivos señalados por sus instrucciones. Los fugitivos, al replegarse á su reserva, atravesaron una cortadura natural abierta en la depresión del terreno que hemos señalado antes (Véase el plano núm. 10), ahondada á pico, y alzando el puente levadizo por medio del cual la cabeza del morro se comunicaba con su prolongación dentro de las trincheras, dejaron aislado á Las Heras en la posición conquistada. Vanos fueron los esfuerzos que hicieron los asaltantes para vencer este obstáculo en medio de la oscuridad y en un terreno que les era desconocido. Los realistas, sostenidos por una batería de troneras á la espalda de

la cortadura, se sostuvieron con firmeza, y todo se redujo desde entonces á un combate de fusilería de barranco á barranco.

El ataque estaba malogrado por la izquierda de la línea y rechazado por el centro, aunque parcialmente triunfante en el morro y en la bahía de San Vicente.

XII

En esta situación peligrosa encontraron á Las Heras las primeras luces del alba. Así que empezaron á disiparse las sombras de la noche, procuró atravesar el obstáculo que lo había detenido, pero al intentarlo, cayó muerto el comandante Boedo, al frente de sus soldados. (31) Al mismo tiempo que la batería de la cortadura barría con su metralla la meseta del morro, los reductos del Centinela y del Cura á la par de la fragata «Venganza» y las lanchas cañoneras del puerto hacían converjer sus balas sobre ella. Los defensores, vueltos de su sorpresa, se daban cuenta de la situación, y Ordóñez acudía con su reserva al único punto amenazado. Los fuegos de los altos de Tumbes, de la bahía y de la batería de la cortadura, diezmaban las filas patriotas, cayendo muerto el teniente Leonardo García del núm. 11, y cubiertos de heridas, el capitán Félix Villota, los tenientes Manuel Allende, Francisco Borcosque, Manuel Laprida, Ramón Lista, José Benito Sosa y los subtenientes Antonio Alemparte y Dionisio Villareal. (32) Las Heras, en medio de aquella mortandad, sostenía impávido la posición conquistada, empeñado en llevar adelante su difícil y ya imposible empresa. No había recibido por otra parte orden de retirada, y su deber era sostenerse hasta triunfar ó morir. (33)

---

(31) El momento de la muerte de Boedo no ha sido bien determinado por los historiadores chilenos. En una carta de O'Higgins á San Martín de 17 de diciembre de 1817:—«Lloraré siempre la pérdida de Boedo. Murió como un héroe exhortando su tropa al asalto.» Arch. San Martín, vol. XLI. M. S.

(32) Fuéron heridos además, el mayor Ramón Guerrero, el capitán Juan Contreras, los tenientes Manuel Castro y Daniel Carson, y los subtenientes Vicente Zañartu, Santiago Flores y Domingo Correa.

(33) Se ha dicho por algunos historiadores que las instrucciones de Las Heras le prevenían ocupar el morro y mantenerse en él: las instrucciones que hoy se publican por primera vez, le prevenían seguir adelante y ocu-

El general O'Higgins acompañado de Brayer observaba las peripecias del combate desde la puntilla de los altos de Perales, dentro del tiro de cañón del enemigo, viendo caer muertos á su lado á sus ayudantes Luís Flores y Juan de Dios Molina. Brayer pudo entónces ver á costa de un sangriento sacrificio, lo que antes no había visto: la cabeza del morro era un reducto destacado, dominado por las altas baterías y flanqueado por la marina, útil para la defensa de que formaba sistema, pero desventajoso para el atacante que lo ocupara, no siendo ni siquiera llave del portón que defendía. En cuanto á O'Higgins, convencido de que la división de Las Heras se sacrificaba estérilmente, dió al fin la orden de retirada. Esta operación, era en aquellos momentos tan peligrosa como el asalto; pero Las Heras, con imperturbable sangre fria, se mostró á la altura de aquel difícil trance. Mandó primeramente poner á salvo sus últimos heridos, clavó los cañones de que se había apoderado, y conduciendo los prisioneros tomados en la jornada, salió batiendo marcha bajo los fuegos de todas las baterías altas y bajas de la línea de fortificación. (34)

El ejército patriota sufrió una pérdida de 150 muertos y 280 heridos; (35) pero por un fenómeno psicológico que suele repetirse, su moral en vez de destemplarse por el rechazo, se remontó, mientras que el enemigo quedó aterrado, y no se vió

---

par el cerro del Cura; pero no se había tomado en cuenta el obstáculo de la cortadura que aislaba al morro de las fortificaciones, una vez retirado el puente levadizo que lo ponía en comunicación con ellas.

(34) El mismo general enemigo da testimonio de este hecho. «Al cabo « de cuatro horas de un obstinado fuego por una y otra parte, comenzó á « salir el enemigo en retirada por el mismo punto por donde entró, y en « la formación de columna por compañías. » (Parte de Ordóñez en la línea de Talcahuano el 7 de diciembre de 1817, inserto en la «Gazeta del gobierno de Lima», de 30 del mismo.

(35) Tomamos este dato de una carta de O'Higgins á San Martín de 17 de diciembre de 1817, once días después del asalto, que por su calidad de confidencial merece entera fe, cuando en el parte oficial que se publicó, sólo daba 80 muertos y 150 heridos. En ella dice: «Nos « cuesta el ataque del seis, cerca de ciento cincuenta muertos y doscientos « ochenta heridos, incluso los oficiales. » (Arch. San Martín, vol. XLI,) M. S.—Barros Arana, en su « Hist. de la Indep. de Chile », da 326 muertos «fuera de un gran número de heridos », cuando como se ve, eran los muertos y heridos los que sumaban esa cantidad.—Vicuña Mackenna, en sus anotaciones á la « Memoria de Sanfuentes », supone «una baja de 600 hombres entre muertos y heridos». Faltan documentos para establecer la pérdida de los realistas, que fué menor, pero bastante considerable.—Torrente, « Hist. de la Revol. Hisp. Amer. », t. II, p. 329, dice que consistió en 140 hombres.

desde ese día desprenderse un sólo hombre de sus trincheras, reconcentrando por el contrario todas sus partidas volantes de Arauco. La generalidad, orgullosa del denuedo de las tropas, en una operación de guerra tan arriesgada como nueva para ellas, atribuia su malogro á las malas disposiciones de Brayer, y pedía con entusiasmo intentar inmediatamente un segundo asalto. De este mismo espíritu participaba O'Higgins; pero aleccionado por la experiencia, dudaba si la posesión de la plaza daría los resultados que se buscaban. «La línea de Tal-«cahuano, decía, es muy fuerte: sin un grande sacrificio no «puede ser penetrada. Resta saber si sería ó nó una victoria «para el enemigo el que le sacrificásemos la mitad de nuestra «fuerza, aunque adquiriéramos el puesto. Después de semejan-«te pérdida, podrían embarcar mucha parte de su marina y «tropa, que fácilmente mudaría de posición, que nos fuese más «perjudicial: tal considero la costa de Arauco.» (36) En consecuencia se resolvió á mantener el sitio, estableciendo contrabaterías para bombardear la plaza, sin renunciar del todo á la esperanza, deplorando no haber seguido sus propias inspiraciones. «Si el ataque se hubiese llevado, son sus palabras, co-«mo he opinado desde un principio, no hubiera fallado; pero «para otra ocasión será seguro que me dirigiré por lo que la «sana razón dicta con conocimiento de nuestras tropas y el de «nuestros enemigos, y no atenderé persuaciones en contra-«rio. (37)

Como hemos dicho antes, el plan adoptado para el asalto, era además de deficiente, radicalmente malo. Estaba errado en uno de sus principales detalles, cual era no tomar en cuenta el obstáculo de la cortadura, según se ha visto. Reposaba sobre el error fundamental de considerar como llave del costado izquierdo de la línea, la posición de la cabeza del morro, que como el hecho lo demostró, era un simple reducto aislado, dominado por los fuegos de las altas baterías y flanqueado por los de la marina, y por lo tanto desventajoso para el ataque, aunque útil para la defensa. Otro error de apreciación en el que lo formuló, fué, suponer que la fuerza de la posición con-

(36) Carta de O'Higgins á San Martín de 17 de diciembre de 1817. Arch. San Martín, vol. XLI, M. S.

(37) Carta de O'Higgins á San Martín de 11 de diciembre de 1817, cit. en nota anterior. (Arch. San Martín, vol. XLI, M. S.)

sistía principalmente en la primera línea que cerraba la península y seguía el perfil de los cerros, que forzada en un punto se hacía insostenible, cuando ella estaba en los altos reductos y baterías del Cura y del Centinela, especialmente éste, que era respecto de Talcahuano, lo que el fuerte «Aiguillete» en Toulon, cuando con ojo certero Napoleón dijo: «Aquí está Toulon.» En el reducto del Centinela estaba Talcahuano, y una vez tomado, todo quedaba dominado. Este resultado sólo podía alcanzarse atacando por la derecha de la línea; pero todo se sacrificó al anhelo de apoderarse de los buques españoles surtos en la bahía, en mira de cortar la retirada de los defensores de los altos de Tumbes, sin considerar que, aun ocupada la posición del Cura, como se proyectaba, ella era insostenible bajo los fuegos del Centinela, y de no ocupar aquélla, era insostenible la situación de los asaltantes en la playa, aun consiguiendo franquear el rastrillo. ([38])

Con este contraste, que puso término á las operaciones ofensivas de la primera campaña del sud, coincidió el anuncio de una nueva expedición contra Chile, preparada en el Perú, y que precisamente en el mismo día del asalto se embarcaba en el puerto del Callao, con destino á Talcahuano. De ella nos ocuparemos á su tiempo.

([38]) Para relatar el asalto de Talcahuano, hemos tenido á la vista los documentos siguientes: 1º—Parte oficial de O'Higgins de 10 de diciembre de 1817, inserto en la «Extraordinaria de Chile» de 19 del mismo—2º Parte oficial de Ordóñez al virey del Perú, de 7 de diciembre de 1817, inserto en la «Gazeta del gobierno de Lima», de 30 del mismo—3º Docs. ofis. del Arch. general, en los legajos: «Secretaría de Guerra, Exto. de los Andes», y «Estado Mayor de los Andes», año 1817, M. S.—4º Correspondencia confidencial de O'Higgins á San Martín, (Arch. San Martín, vol. XLI, M. S.)—5º Informes verbales de los siguientes actores en el asalto: generales Las Heras, José María de la Cruz y Manuel Escalada, coronel Ramón Lista y capitán Antonio Alemparte. La relación que de este hecho hace Barros Arana en su «Hist. de la Indep. de Chile», nos ha sido de mucha utilidad, por cuanto se funda en documentos inéditos y en informes verbales de varios actores en él, habiéndola ampliado por una parte y separádonos de ella en los puntos que no se conformaban con nuestros datos.

CAPÍTULO XVI

LA ALIANZA ARGENTINO-CHILENA

AÑO 1817

Caracter de la alianza Argentino-Chilena—Correspondencia de San Martín con O'Higgins y Pueyrredón—Llegada de San Martín á Buenos Aires —Luz y sombra—Objetos que llevaron á San Martín á Buenos Aires— Acuerdos secretos para la formación de una escuadra en el Pacífico— Misión á Estados-Unidos para procurarse un armamento naval—Tercer encuentro de San Martín y Carrera—Trabajos de Carrera en Estados Unidos para expedicionar á Chile—La víctima propiciatoria de la alianza argentino-chilena—Regreso de San Martín á Chile—Entrada triunfal—Misión de Alvarez Condarco á Inglaterra—Una sombra histórica—Cuentas de San Martín—Liquidación de cuentas de la alianza argentino-chilena—Organización del gobierno de Chile en el sentido de la alianza—Su modificación según el espíritu nacional chileno— Rivalidades y manifestaciones internacionales de gratitud—La diplomacia de la alianza—O'Higgins, Pueyrredón y Guido—La situación de fuerza de Chile—Conspiración abortada de los Carrera—Modificación en el gobierno de Chile—O'Higgins y los Carrera—Creación del Ejército Unido y su constitución—La diplomacia del generalísimo del Ejército Unido—La alianza social—Método de vida de San Martín en Chile—Su estado moral—Misión americana de la alianza argentino-chilena.

I

La alianza argentino-chilena, sellada con la sangre de sus soldados en el asalto de Talcahuano, es el hecho más fecundo y de mayor magnitud de la época en la lucha por la emancipación americana, sea que se considere del punto de vista de sus grandes objetivos ó se la juzgue en presencia de sus resultados. Hecho múltiple, abstracto en cierto modo, envuelto en los grandes acontecimientos que la prepararon ó fueron su consecuencia, su importancia ha podido escapar á la

penetración de los historiadores, que, ó no se han dado cuenta de su eficiencia, ó han confundido los efectos con las causas, sin dominarla en su conjunto. Esta alianza, la primera celebrada en el nuevo mundo entre naciones independientes, tuvo de grande, que no fué el producto de ninguna combinación artificial; en que obedecía á las tendencias naturales de ambos pueblos consultando sus recíprocos intereses; en que se desenvolvió según un plan de intervención y de política internacional, cuyo fin era la emancipación de toda la América del Sud, y se impuso militar y políticamente como una ley histórica desde las márgenes del Plata y el cabo de Hornos hasta la línea del Ecuador, libertando pueblos y fundando repúblicas para entregar á los libertados sus propios destinos, determinando la regla y la norma según las cuales las nuevas nacionalidades debían constituirse en el futuro, obedeciendo á su espontaneidad. Jamás dos naciones aliadas ejecutaron con más unidad de acción cosas más grandes con relación á sus recursos, con más beneficio y gloria duradera para ellas mismas y para las naciones que esperimentaron su poderosa y saludable influencia. Sin la intervención argentino-chilena, la lucha de la independencia cambia de faz, y su triunfo se compromete ó se retarda indefinidamente. Ella es la que da la clave para esplicar el movimiento progresivo de la revolución sud-americana.

Esta alianza, que nació espontáneamente en los primeros días de la revolución por el instinto de la común defensa y la identidad de propósitos, se diseñó desde un principio con proyecciones americanas, si bien más platónicas que prácticas, y consolidose por el mútuo auxilio que ambos países se prestaron, combatiendo unidos bajo sus banderas independientes por la defensa de sus respectivos territorios desde 1811 á 1814. La caida de Chile, en vez de romperla, la estrechó más, convirtiendo por una gravitación natural en unión de pueblos lo que antes había sido una liga de hecho de dos revoluciones embrionarias. Entonces se compredió, que era una condición de vida internacional para los dos países limítrofes, divididos y unidos por los Andes, y una necesidad para su acción conjunta en los destinos americanos. Chile dominado por las armas realistas, no podía libertarse por sí mismo, á causa del agotamiento de sus fuerzas revolucionarias, no obstante la energía de sus habitantes; la revolución argentina, derrotada en sus empresas militares más allá de sus fronteras, ha-

bría quedado aislada, cuando todo el resto de la América sucumbía; sin camino militar en que dilatarse para herir al enemigo en el centro de su poder, y con uno de sus flancos vulnerables constantemente amenazado. Esto importaba el dominio de las costas y las aguas del Pacífico por la naves y los ejércitos realistas desde Méjico hasta Valdivia y Chiloe, incluso el Alto Perú, en circunstancias que tenían el del mar Atlántico, con escepción del Rio de la Plata, y era el centro de su poder el Bajo Perú, que irradiaba su acción al sud y al norte del continente. Por eso había dicho San Martín con la penetración del genio, que «Chile era la ciudadela de la América del Sud», y que de su posesión dependía la espansión y el triunfo de las armas revolucionarias con bandera redentora. De aquí la imperiosa necesidad de reconquistar á Chile y el propósito deliberado de celebrar una alianza ofensiva y defensiva sobre principios más ámplios, que á la vez que asegurase la base de operaciones marítimas y terrestres de la revolución, le permitiera estenderse por todo el continente americano.

El paso de los Andes y la victoria de Chacabuco consagraron gloriosamente esa alianza, que desde entonces tuvo por único objetivo la emancipación de toda la América del Sud por las armas y por la unificación de un sistema político, considerando el continente como el vasto teatro de la guerra ofensiva sin fronteras, que había estado reducido á los límites territoriales de las colonias insurreccionadas. De aquí surgió la idea de un ejército combinado, el dominio ulterior de las aguas del mar Pacífico y la empresa libertadora al Bajo Perú, que era el plan preconcebido de San Martín.

Esta es una de las grandes faces de la alianza argentino-chilena; pero para ser bien comprendida y darse cuenta de su naturaleza indisoluble y de los elementos componentes, debe estudiarse bajo el doble aspecto de sus relaciones internacionales con respecto á la América y de las conexiones políticas de gobierno á gobierno. Su carácter en la primera época, desde 1811 á 1814, fué puramente político dentro del círculo de los intereses solidarios de ambos países así para la paz como para la guerra, y sus proyecciones continentales no pasaron de vagos proyectos de confederación continental, que ni forma diplomática tuvieron siquiera. Después de Chacabuco, asume en toda su plenitud el doble carácter de alianza internacional con respecto á la América y de alianza polí-

tica de país á país, con los dobles y recíprocos deberes que comportaba en el orden interno y externo.

Al lanzarse la República Argentina á la empresa de la reconquista de Chile, obedeció á tres tendencias de que se dió perfecta cuenta: la defensa propia como móvil; el dominio del Pacífico como medio, y la emancipación de la América del Sud como fin. San Martín era el alma de la alianza, que le infundía su espíritu; O'Higgins el vínculo internacional, que la garantía por parte de Chile; el ejército de los Andes, su nervio y su musculatura, y la logia de Lautaro su mecanismo secreto.

La organización de esta alianza y los medios de hacerle producir los resultados previstos, mancomunando por mar y por tierra los esfuerzos y los recursos de los dos pueblos y gobiernos aliados, á fin de desempeñar su misión libertadora, tales fueron los objetos que llevaron á San Martín á Buenos Aires un mes después de la batalla de Chacabuco, una vez fundado con arreglo á su plan el gobierno nacional del país reconquistado.

II

San Martín repasó los Andes que había atravesado un mes ántes con un ejército, sin más séquito que su edecán O'Brien y el baqueano Estay. Su rumbo era aparentemente hacia Buenos Aires, pero como se ha dicho, iba en realidad buscando el camino de Lima, aunque le diera la espalda. A mediados de marzo estaba en su querida Mendoza, donde fué recibido con el entusiasmo afectuoso de un pueblo libertado y libertador á la vez. Al poner de nuevo el pie en el estribo para continuar su marcha, (19 de marzo), sustrayéndose á los festejos de que era objeto, recibió una carta de Pueyrredón en que le anunciaba que la guerra con los portugueses que ocupaban la Banda Oriental, era inminente, y necesitaba para emprenderla que desde Chile lo auxiliara con armas y dinero; pero al mismo tiempo le decía: «Dentro de pocos días estarán aquí cinco bu-
« ques armados que venían con Carrera para su empresa: éstos
« quedan á mi disposición, y saldrán á recibir órdenes de V.
« en Valparaíso, sobre lo que le impondré después con más
« tiempo. Carrera con sus hermanos no irá á Chile por más que

« hagan. » Y agregaba por conclusión: « No puede V. separarse « del mando de ese ejército. ¿Qué empresa, qué operación quie- « re V. que se confie á otras manos? Ya sea para sostener á ese « ejército y á ese país en respeto, ya para llevarlo á nuevas glo- « rias que se presentan indicadas, no hay otro hombre que « San Martín. Sacrifiquémonos hasta que no haya más que « hacer en la libertad de nuestro país. La suerte nos ha colo- « cado en aptitud de salvarlo, y todo promete que lo hemos de « conseguir. Aliento, amigo mío, y aprovechemos la fortuna en « su hora feliz. Mi corazón me dice que V. tiene que dar más « glorias al país. » (1) En carta que le llegaba al mismo tiempo, el director como respondiendo á la idea que lo llevaba á Buenos Aires, decíale: « Qué bella ocasión para irnos sobre Lima! « Desgraciadamente no hay marina que proteja la empresa. Sin « embargo, creo que ántes de mucho saldrán de aquí cinco bu- « ques americanos de los que están en esta bahía. » (2)

El general no paró mientes en la inminencia de una guerra con los portugueses: era una hipótesis que no entraba en sus planes y que eliminaba como un obstáculo, desde que el mismo director persistía en la empresa de Chile y no desistía de las operaciones ulteriores que eran su complemento necesario. En realidad, tal guerra no pasaba de una veleidad pasajera de Pueyrredón, que en esos momentos negociaba un tratado pacífico con la corte de Portugal en Rio Janeiro. La invasión portuguesa á la Banda Oriental, realizada en cierto modo con el consentimiento tácito y la connivencia pasiva del gobierno argentino, había tenído lugar en 1816, siete meses ántes de verificarse la expedición á Chile, y no era racional admitir ni la posibilidad de sostener dos guerras á la vez. (3) Así, sólo fijó su atención en los conceptos que respondían á sus planes, y con aquella letra, que, como se ha dicho pintorescamente y con propiedad, echaba á puñados sobre el papel, escribió á su compañero O'Higgins, sin cuidarse de la ortografía ni del tipo: « Boy á ber si puedo llegar antes que salgan los Buques que

(1) Cartas de Pueyrredón á San Martín de 25 de febrero y 3 de marzo de 1817. (Arch. San Martín, vol. XL, M. S. S.)

(2) Carta de Pueyrredón á San Martín de 10 de marzo de 1817. (Arch. San Martín, vol. XL, M. S. cit.)

(3) Véase nuestra « Historia de Belgrano » y « Comprobaciones históricas », en que se insertan los documentos que con estos puntos históricos se relacionan.

« trajo Carrera, y si son buenos, los tendrá Vd. en esa dentro « de dos meses. Según me escriben de Bs. As. están empeña- « dos en la cosa de Lima. Creo inebitable la Guerra con los « portugueses, beré si á mi llegada puedo hacer (para evitarlo) « algo sobre esto. » (4) En los últimos días de marzo estaba en Buenos Aires. El gobierno le había preparado una recepción triunfal, ordenándole se detuviera en San José de Flores; pero declinó el honor, entrando de incógnito en las primeras horas de la mañana: venia á trabajar por la independencia de la América y no á recibir ovaciones. Los periódicos de la época apenas hacen incidentalmente mención de su llegada, tal fué la modesta oscuridad en que se encerró.

Ocho días después volvía á escribir á O'Higgins: « Todo « va completamente: *(sic)* la gran dificultad es la del armamento « de los buques, no por imposibilidad en los Estados Unidos, « y sí por no fiar los grandes intereses que se necesitan para « ello en manos poco seguras; pero quedará acordado el punto « del modo más firme. He concluido un trato por 3,000 fusiles « y otros artículos muy necesarios para el ejército. Dentro de « cuatro días me pongo en marcha. Pueyrredón está al corrien- « te de todo y no dude de que daremos *el golpe á Lima.* » (5)

Quince días después de su llegada, San Martín estaba pronto á emprender su viaje de regreso á Chile, una vez llenados los objetos que lo trajeron á Buenos Aires «en bien de la América», según sus palabras. ¿En qué había empleado este tiempo? He aquí un punto sobre el cual se encuentran muy pocos rastros en los archivos públicos, y respecto del que los historiadores dan escasísimas noticias, lo que se explica por la naturaleza reservada del negociado. Tratábase de crear, de común acuerdo, una escuadra y un ejército para asegurar la independencia de Chile al mismo tiempo que llevarla al Perú, respondiendo á los fines de la alianza argentino-chilena, y por lo tanto, el más absoluto sigilo era condición de éxito del proyecto. Empero, se han salvado algunos documentos que permiten llenar esta página oscura, y que una carta del mismo San Martín en que desenvuelve en términos generales su pen-

(4) Carta de San Martín á O'Higgins de 19 de marzo de 1817. En Vicuña Mackenna, «Relaciones históricas.»

(5) Carta de San Martín á O'Higgins de 8 de abril de 1817, en Vicuña Mackenna, «Rel. Hist.»

samiento hará comprender mejor: « Nada debemos reparar en « lo que se ha hecho, decía en ella, sinó adelantar al ejército « unido sus empresas. El destino está indicado y las circuns- « tancias favorecen; el país lo exije para su libertad y la fortu- « na está en su buen cuarto de hora. Es preciso, pues, aprove- « charnos llevando nuestras armas al corazon del Perú. Esto « supuesto, se hace necesario combinar los términos y preparar « el éxito de la empresa. Lo primero es mover el ejército con « seguridad, y no puede hacerse sin una fuerza naval que do- « mine el mar Pacífico. Considero suficiente el número de cin- « co corbetas, y nada menos, bien equipadas y artilladas; pero « falta plata. Vea, pues, si de ese Estado (Chile) pueden sacar- « se trescientos mil pesos. Hemos graduado que esto será sufi- « ciente para el armamento y tripulaciones. La expedición de- « berá estar en esos puertos para octubre ó noviembre, y no « hay tiempo que perder. En caso de no tener efecto este pro- « yecto, yo no expondré nunca al ejército á ser desbaratado por « dos ó tres buques de guerra que pondrá Lima en precaución « de este mal, que es el mayor que puede venirle á su existen- « cia. » (6)

III

Este era el gran proyecto que traia á San Martín á Buenos Aires. Para formalizar los acuerdos que debían ponerlo en vías de ejecución, habíase munido de una plenipotencia del gobierno chileno. Era como general del Ejército Unido, y por lo tanto como representante de la alianza y agente de su propia idea, que se presentaba ante el gobierno argentino. El gobierno de Chile contribuia desde luego con 200 mil pesos, prometiendo 100 mil más para completar el armamento naval proyectado. Las Provincias Unidas, escasas á la sazón de dinero, concurrirían con su crédito, poniendo ámbos gobiernos de consuno manos á la obra á fin de realizar la expedición al Perú.

En medio de los festejos de que era objeto, que «apenas le dejaban resollar» según sus palabras, el vencedor de Chacabu-

---

(6) Carta de San Martín (sin dirección), de 22 de abril de 1817 desde Buenos Aires. Vicuña Mackenna, «Rel. Hist.», M. S. autóg.

co no perdía su tiempo, y reservadamente entabló su negociación con Pueyrredón desde los primeros días de abril. Todos los arreglos se hicieron tan sigilosamente, que sólo tenían conocimiento de ellos el director y San Martín, y los que debían intervenir en el armamento naval, actuando como secretario el general Matías Irigóyen, á la sazón Ministro de la Guerra. Para no llamar la atención, los acuerdos de gobierno en que se trató del asunto, celebráronse en la casa particular de don Manuel Hermenegildo Aguirre, que fué el agente designado para ir á los Estados Unidos á efectuar la compra de los buques en compañía de don Gregorio Gomez, llevando los 200 mil pesos que con tal objeto se remitían de Chile, y cartas de crédito del gobierno argentino para cubrir el exceso de los gastos con calidad de reembolso. Sobre estas bases celebróse el acuerdo internacional. (7)

En tal ocasión, la fatalidad volvió á colocar frente á frente por tercera vez al restaurador de Chile y al dictador en cuyas

---

(7) En los papeles del archivo secreto del gobierno han quedado algunos testimonios de esta negociación, pero por más pesquisas que hemos hecho no nos ha sido posible encontrar el acuerdo que se firmó entre ámbos gobiernos, sin embargo de hacerse especial mención de él en otros documentos de su referencia. En comunicación del gobierno argentino dirigida al Director de Chile y trascrita á San Martín, le dice: «que en precaución « de la inteligencia que pudiera darse al artículo 1º *del convenio celebrado*, en « el caso de no ser asequible el apresto de las fragatas (eran cuatro según « otras referencias), y en consideración de la necesidad de dominar el mar « Pacífico para las operaciones ulteriores, con una fuerza que no pueda ser « contrariada por el enemigo, proceda al armamento de seis corbetas de 25 « á 30 cañones ó carronadas. » Además, se declaraba que « en el caso de ser « destronada la tiranía de Lima como resultado de la comisión de Aguirre, « se le suministrarían por una vez por los Estados de Sud América (Pro- « vincias Unidas y Chile) diez mil pesos por vía de regalo. » Las instrucciones dadas á Aguirre por el ministro de guerra argentino, llevan la fecha de 30 de abril de 1817, encomendándole el armamento de seis corbetas en el caso de no ser posible el de las fragatas designadas en el convenio.—Según nota de 28 de abril, en la noche del 26 del mismo se celebró un acuerdo privado de gobierno en casa de Aguirre. Con fecha 30 de abril nombróse don Gregorio Gomez como adjunto á la comisión. Con fecha 17 de mayo, el gobierno argentino decía á San Martín: « En la posibilidad de que los 200 « mil pesos que el comisionado D. M. Aguirre lleva á Norte América, no se- « rán suficientes á realizar el armamento naval de que va encargado, y que « en tal caso habrá de asirse al crédito de este gobierno para proporcionarse « algunos empréstitos ó emplear los que con anticipación y otros fines ha- « bía dispuesto y contaba con ellos este gobierno en aquel destino, he teni- « do á bien se encargue á V. E. de obtener la obligación del gobierno de « Chile al abono de toda suma que el comisionado reciba ó invierta en dicho « esencialísimo objeto, con más sus réditos que comprendan hasta su rein- « tegro; pues así es justo según *lo convenido*, y conforme á los intereses de « ámbos Estados. » (Docs. del Arch. general. Leg. « Reservados », carpeta: «Papeles relativos á la comisión de Aguirre y Gomez, 1817-1818.» M. S. S.)

manos se había perdido su revolución. Después de su destierro de Cuyo, (V. cap. VIII) y de las diversas tentativas hechas en Buenos Aires para emprender la reconquista de su país, don José Miguel Carrera, movido por la ambición y el patriotismo, reunió 20,000 pesos entre su familia, y encargando á sus parciales que esperaran su vuelta, dirigióse á los Estados Unidos (noviembre de 1815) en busca de recursos para realizar su soñada empresa. La fortuna adversa pareció sonreirle por un momento. Encontróse allí con su antiguo amigo Poinset y con el famoso comodoro Porter, quién durante su estación naval en el Pacífico en 1812 á 1814, se había apasionado por la causa de la independencia sud-americana, y manifestóse dispuesto á propiciarlo cerca de su gobierno. Presentado por éste al presidente Madison y á su ministro Monroe en Washington, fué bien recibido por ellos; aunque desde luego pudo convencerse, que no debía contar con una eficaz protección por parte del gobierno norte-americano, pues no obstante sus simpatías en favor de las colonias hispano-americanas insurreccionadas, su política era la de estricta neutralidad en su lucha con la madre patria. Carrera no desesperó, y trasladóse á New-York, donde se puso en relación con varios capitalistas, cuya confianza supo captarse con sus promesas y sus maneras insinuantes, pero sin conseguir su objeto, que era levantar entre ellos un empréstito. En estos trabajos preliminares consumió los 20,000 pesos que había llevado.

Los Estados Unidos, eran entonces el mercado militar de todos los revolucionarios sud-americanos, adonde acudían en busca de empréstitos, armas, buques y otros auxilios para sus proyectadas expediciones, á trueque de promesas que se cumplirían en caso de éxito. Entre los especuladores sobre estas bases aleatorias, contábase la casa de Darcy y Didier, que de tiempo atrás proveía de armas á las Provincias Unidas, la que acogió favorablemente el proyecto de Carrera, mediante un contrato, por el cual se comprometió á equiparle dos buques armados en guerra adelantando los capitales; pero con la condición de ser mandados por oficiales que representasen la compañía, hasta tanto el gobierno de Chile restaurado no hubiese cubierto los gastos de mantención y salarios del viaje y el doble del valor de las embarcaciones. Fueron éstas la corbeta «Clifton» y el bergantín «Savage». Dos buques más, el bergantín «Regent» y la escuna «Devei», equipados por los

mismos armadores, debían reunirse más tarde á la escuadrilla de Carrera, así como la fragata « General Scott » que con igual destino preparó la casa Hugo y Tom de Nueva-York. Carrera, que hasta entonces había mostrado mucha moderación, con violencia de su carácter, ante la perspectiva de contar con estos elementos de guerra, dió rienda suelta á sus instintos jactanciosos, exclamando: « Mi expedición desafía al mundo « entero, y es debido á mis únicas cualidades, constancia, acti- « vidad y buena intención. » (8) El 3 de diciembre (1816) embarcóse en la « Clifton » y dió la vela desde Baltimore, acompañado de un numeroso grupo de oficiales voluntarios de varias nacionalidades,—principalmente emigrados franceses,— que habían decidido ayudarle en su empresa, algunos de los cuáles veremos figurar más tarde en la guerra sud-americana.

La empresa de Carrera, bien que por la preparación de sus elementos en tierra estraña haga honor á su actividad y constancia, era simplemente una aventura mal concebida, que no tenía más base que la importancia que atribuía á su propia persona, y que debía dar necesariamente los resultados más desastrosos, sobre todo, dirigida por él. Su plan era tocar en Buenos Aires, incorporar á su expedición los emigrados chilenos que quisiesen acompañarle, y con 500 á 600 hombres, doblar el cabo de Hornos, dirigirse á las costas de Chile y promover la revolución en el país, en la confianza de que á su solo nombre se reunirían millares de soldados bajo su bandera, sin contar que cinco mil veteranos lo esperaban allí. Era por otro camino y en condiciones más novelescas, la repetición de la descabellada aventura sobre Coquimbo en 1815. Su cabeza no podía dar más teóricamente, y en la práctica había dado mucho ménos.

La « Clifton » arribó á Buenos Aires el 9 de febrero, y allí supo Carrera, que San Martín había atravesado los Andes á la cabeza de un ejército poderoso con el objeto de reconquistar á Chile, defraudándolo así una vez más de su intento. Pocos días después llegaba la noticia de la victoria de Chacabuco. El destino de Carrera estaba roto para siempre. Sus servicios eran inconciliables con los propósitos de la política

(8) Carta á su hermano de 6 de noviembre de 1816, en Vicuña Mackenna « Ost. de Carrera », p. 82.

argentino-chilena, y tenía necesariamente que ser eliminado como un obstáculo, sacrificándolo en holocausto á los intereses solidarios de ambos países. Debió comprenderlo así al ver su tierra gobernada por el partido que le era adverso y bajo la influencia poderosa del general que lo habia desarmado y perseguido en Mendoza después de su caida, contrariando después sus planes. Sin embargo, se presentó al Director Pueyrredón, felicitándole por el triunfo de las armas independientes, (9) y posteriormente dirigióse á él en nota oficial, solicitando su cooperación á fin de llevar adelante su campaña naval proyectada, con el objeto de dominar el mar Pacífico. (10) Cuando tal ofrecimiento hacía, no contaba sinó con un solo buque, la «Clifton», y este mismo no dependía de él sinó á condición de que el gobierno argentino lo auxiliara; pero aún cuando hubiese tenido á sus órdenes toda la escuadrilla preparada en Estados-Unidos, tal empresa, además de inconsistente, habría sido, no una expedición contra el enemigo, sinó contra las Provincias Unidas, para llevar la desorganización al país que habían reconquistado á costa de tantos esfuerzos al través de los Andes. El Director Pueyrredón le notificó, que no entraba en sus planes tal operación, y que estaba resuelto á no dejar salir de Buenos Aires ni á él ni sus parciales, y que esta era su última palabra.

Mientras tanto, el gobierno argentino negociaba con el capitán de la «Clifton», la cesión de su buque, y como los armadores mantenian relaciones comerciales con él, y Carrera no podía llenar sus compromisos para con la tripulación, la expedición de éste no tenía ni base naval. En estas circunstancias llegó á Buenos Aires el bergantín «Savage», cuyo capitán parece se entendió con Carrera, á fin de evadirse del puerto de Buenos Aires y dar la vela de su propia cuenta en la oscuridad de la noche con destino á las costas de Chile. El capitán de la «Clifton» se negó á entrar en este proyecto. Denunciada la tentativa al gobierno por uno de los aventureros franceses que habían acompañado á Carrera desde Estados-Unidos, éste fué aprisionado (19 de marzo) como conspirador.

---

(9) Carta de Pueyrredón á San Martín de 25 de febrero de 1817. (Arch. San Martín vol. XL. M. S.)

(10) Of. de Carrera á Pueyrredón de 17 de abril de 1817, cit. por B. Arana en «Indep. de Chile» t. IV. p. 114.

Hacía quince días que José Miguel Carrera se hallaba encerrado en un calabozo del antiguo cuartel de granaderos á caballo en el Retiro, cuando un día (el 12 de abril) un personaje grave y severo, ante el cuál se inclinaban todos con profundo respeto, entró por sus puertas. Era el general San Martín. Tendióle la mano, que el preso no recibió; pero sin darse por ofendido de este afectado desden, le manifestó, que se condolía de su suerte, y que era el primero en reconocer los servicios distinguidos que había prestado á su país, asegurándole que su arresto, era una medida puramente política. Le renovó el ofrecimiento hecho por el Director Pueyrredón de enviarlo á los Estados-Unidos en calidad de ministro diplomático de las Provincias Unidas, agregando que, aun cuando su presencia en Chile podría ser motivo de agitaciones perjudiciales á la causa de la independencia, por su parte no veía inconveniente en ello, por cuanto así O'Higgins como él estaban resueltos á reprimir con mano firme toda tentativa contra el orden allí establecido. El arrogante caudillo chileno, que no comprendía que la independencia de su patria pudiera realizarse sin él en el poder, desechó los favores que se le brindaban, y repuso, que ningún hombre racional después de la amenaza que se le hacía se entregaría á discreción de un poder tan arbitrario, sin contar con los medios de resistir la violencia. Era una formal declaración de guerra, dictada por el odio ó el despecho. El poderoso vencedor, sin darse tampoco por entendido de esta pueril provocación, repitió los ofrecimientos amistosos, y después de pedirle que meditara bien su última resolución, se retiró grave y severo como había entrado. (11) Esta entrevista, tiene algo de dramático, si se evocan los antecedentes de los dos personajes y se piensa, que el fin de uno de ellos sería el patíbulo á que lo empujaba su destino. Bien que el acto se preste á diversas interpretaciones, la intención de San Martín, aun como resultado de un frio cálculo político, era sin duda benévola. Enemigo de toda violencia inútil, quería separar buenamente un obstáculo á sus planes, empero estuviese decidido á suprimirlo. Fué ésta la tercera y última vez en que

---

(11) En el extracto dé esta conferencia, seguimos la versión del mismo Carrera en su «Manifiesto á los pueblos de Chile», p. 30, combinándola con Barros Arana en su «Hist. de la Indep.», t. IV, p. 119, que la complementa, sin alterar su fondo ni su forma.

estos dos hombres se encontraron en la vida, pero no la última en que sus opuestos hados adversos se chocaron. Carrera era la víctima propiciatoria predestinada de la alianza argentino-chilena.

Consecuente mientras tanto con sus ofrecimientos, San Martín empeñó su valimiento para que el Director Pueyrredón intercediese ante el gobierno chileno en favor de su desarmado adversario. Pueyrredón se dirigió en tal sentido á O'Higgins en términos muy honrosos para Carrera:—« Existe en esta « capital don José Miguel Carrera, perteneciente á ese Esta« do, con sus hermanos don Juan José y don Luís, y á todos, « por razones políticas he indicado la necesidad de no pasar á « esos pueblos, con lo que se han conformado. El primero ha « hecho recomendables servicios á su patria en los Estados« Unidos, donde ha negociado una expedición naval con des« tino á la reconquista de ese reino, y hubiera llenado sus fines « con probabilidad en el caso de que nuestras fuerzas no se hu« biesen anticipado. En la actualidad puede aun ser útil á « ese Estado, y á la causa general, y se ha desprendido gene« rosamente de toda intervención en ella, poniendo á disposi« ción de este gobierno todos sus derechos. Sean cuales fue« ran los motivos de disgusto que se hayan ofrecido en el « curso de la revolución, no puede negarse el mérito de su « constante resolución por la libertad, á que él muy principal« mente ha consagrado grandes esfuerzos, teniendo una parte « no pequeña sus hermanos. Su rango en la milicia de ese « Estado es distinguido, y el honor pátrio se interesa en que « no se vean desvalidos ». Y acababa indicando, que consideraba acreedor á don José Miguel á una pensión de 3,000 pesos anuales cuando ménos, y una proporcionada á sus hermanos, por que, decía: « La delicadeza del Director de Chile está « interesada en esta medida, que no podrá ménos de ser bien « aceptada por la opinión de los pueblos, haciéndole conocer « que se había puesto término á las antiguas discordias, pre« parando los caminos de una dichosa reconciliación ». ([12]) San Martín apoyó eficazmente esta intercepción, que O'Higgins recibió de mal talante, haciendo explosión su odio concentra-

---

([12]) Of. del Director Pueyrredón al Director O'Higgins de 8 de marzo de 1818. M. S. auténtico, autorizado en cópia con la firma de Zenteno, ministro de O'Higgins. (Arch. San Martín, vol. XIII, núm. 6).

do contra los Carrera, en dos extensas notas de una misma fecha. «La sagaz ambición de los Carreras,—decía en la prime-« ra nota,—ha llegado á abrirse un patrocinio en el gobierno « de las Provincias Unidas, sorprendido por la astucia y tra-« moya de unos hombres que deben ser proscriptos como per-« versos, que ocupados de la dilapidación y tiranía doméstica, « entregaron á Chile á la rábia ferina de los españoles. Estos « habitantes los detestan, y blasfemarían de su suerte y la con-« ducta del gobierno si presintieran que había disposición á pro-« tegerlos». Y después de hacer en términos vehementes el proceso histórico de los Carrera, concluía: «El honor de Chile an-« tes se empeña en un castigo, antes que considerarles atributos « de que son indignos». Empero, en honor de la mediación, se prestaba á que se les acordara una módica pensión para no abandonarlos á la indigencia. ([13]) En la otra nota al mismo San Martín, era más esplícito:—«¿Se dota con tres mil pesos « anuales á don José Miguel Carrera, y en proporción á sus « hermanos? Pués entonces se autoriza el crímen en tanto « que se premia al delincuente. ¿Tememos acaso á los Car-« reras ó se espera algo de ellos? Uno y otro estremo es in-« digno de la suprema autoridad. Es implicancia desterrarlos « y enriquecerlos: pena y galardón se contrarían mútuamente. « No tengo yo poder para desangrar á la nación en favor de sus « enemigos». ([14])

Después de esta tentativa conciliatoria, San Martín repasó los Andes para continuar trabajando en la consolidación de la independencia de Chile y por la emancipación de la América. Carrera fugó de su prisión y se asiló en Montevideo á la sombra de la bandera portuguesa, para continuar conspirando por despecho ó por venganza bajo la bandera de la anarquía y de la barbarie, contra la República Argentina y la situación de su patria, que eran la última esperanza de la revolución sud-americana. El gobierno argentino, lo mismo que San Martín, si bien lo consideraban un obstáculo á su política y sus planes, y como tal querían eliminarlo ó neutralizarlo, le eran personalmente benévolos, como se ha visto, y se dispo-

---

([13]) Nota de O'Higgins á San Martín, de 25 de marzo de 1818. M. S. original. (Arch. San Martín, vol. XIII, núm. 6).

([14]) Nota de O'Higgins á San Martín, de 25 de marzo de 1818, (misma fecha de la anterior), M. S. original, (Arch. San Martín, vol. XIII, n.º 6.)

nían á ponerlo en libertad. Aun antes de que Carrera fugase de su prisión, le había remitido tres pasaportes para él y sus dos hermanos á fin de que pudieran dirigirse libremente á los Estados-Unidos. (15) Su destino era otro: ser las víctimas de la fatalidad.

IV

El 11 de mayo San Martín estaba de regreso en Chile. En sesenta días había atravesado dos veces los Andes y galopado cinco mil kilómetros por rumbos opuestos buscando el camino de Lima en medio de las sombras del más impenetrable misterio, y volvía al punto de partida que de antemano se había fijado. Pero esta vez no le fué posible sustraerse á las demostraciones de gratitud del pueblo libertado. Durante tres días los puestos avanzados de la ciudad de Santiago eran vigilados por los ciudadanos que querían tributarle sus honores, y partidas á caballo con banderas celestes y blancas, recorrían los caminos. En el portezuelo de la cordillera de Colina,—la puerta por donde había entrado victorioso al valle del Mapocho después de Chacabuco,—fué recibido por los magistrados municipales y por el pueblo, y continuó su marcha en coche descubierto pasando por arcos de triunfo coronados por las banderas unidas de Chile y de la República Argentina, bajo una lluvia de flores y perfumes, en medio de atronadoras aclamaciones.

Las tropas tendidas en carrera desde el puente del Mapocho hasta el palacio de los obispos, le hacían los honores. Durante toda la noche la ciudad permaneció iluminada. En el momento en que se encendían los fuegos artificiales, llegó del sud la noticia de la victoria del Gavilán alcanzada por Las Heras. El pueblo reunido en la plaza mayor estalló en un inmenso aplauso, dando vivas al libertador de Chile. (16) Era la segunda ovación popular tributada espontáneamente por el

(15) Docs. del Arch. Gral. en legajo: «Correspondencia con el Supremo Director de Chile, 1817» M. S.

(16) «Gaz. del sup. gob. de Chile», núm. 12, del 14 de mayo de 1817, y «Estraordinaria» de 15 del mismo.

pueblo chileno, cual no la habían merecido jamás los potentados de la colonia: la primera, según se recordará, fué dispersada al tribuno Martinez Rozas, precursor de la alianza argentino-chilena, y la segunda á San Martín; y los dos, fueron argentinos.

En Santiago, lo mismo que en Buenos Aires, el general continuó sus silenciosos trabajos en medio del bullicio de las fiestas; pero esta vez parece que la liga del oro se alió al bronce heróico del libertador. En el mismo día de la ovación, despachaba á Lóndres á su ingeniero y ayudante de campo Álvarez Condarco, con algunos fondos y el encargo de proporcionarse mayores recursos á fin de adquirir otro buque y elementos bélicos para la expedición proyectada. Álvarez Condarco, que era también su compadre, llevaba otra misión, á que está ligado un misterio, que se ha señalado como un punto negro en la vida de San Martín y de O'Higgins, y que sin disminuir la grandeza americana del primero como guerrero y libertador, deprimiría su elevación moral como hombre. Tratábase de la remisión de una suma para ser colocada en aquella ocasión en Lóndres por cuenta de O'Higgins y San Martín, que según algunas referencias sería de 25,000 pesos, y según interpretación á que se presta, podría alcanzar á 100,000 pesos. Los documentos que con este punto se relacionan, escritos en cifra, han permanecido secretos durante más de sesenta años. Sólo tres personas los han conocido, de las cuales dos han muerto, siendo el último el autor de esta historia, que los descifró personalmente, quién consultado por el depositario sobre si debían destruirse ó no, opinó que debían conservarse, porque la historia, en presencia de los documentos que la forman, no debe á los grandes hombres, por lo mismo que son grandes, sinó la verdad, para que se presenten á la posteridad tales como fueron, dejando á ella pronunciar el fallo definitivo. Pero antes de ser conocido el hecho y pronunciado el fallo, el destino se encargó de verificar el balance final haciendo desaparecer los fondos en cuestión sin que San Martín los utilizase en ningún tiempo. ([17])

([17]) San Martín, en carta á O'Higgins de 11 de mayo de 1827, le decía: «Nuestro Álvarez ha marchado á Buenos Aires para desde allí seguir « á Lóndres con la comisión que acordamos, y estoy seguro la desempe-« ñará con la honradez que le es propia».—Álvarez Condarco, en carta á San Martín desde Lóndres, de fch. 22 de noviembre de 1817, le dice lo

Sea cual fuere el monto de la cantidad de que por cuenta pública ó privada fuese portador Álvarez Condarco,—que en resumidas cuentas aparece no pasó de 29,500 pesos,—San Martín la cubrió con usura, no sólo con sus grandes servicios, sinó también con dineros que legítimamente le pertenecían, y á que renunció con desinterés, sin que en ningún tiempo haya

---

siguiente: «Me será preciso quebrantar uno de los artículos de su ins-« trucción para darle una idea de los medios de que me he valido para au-« mentar nominalmente el monto de los fondos que se me confiaron, ó á lo « ménos hacerlos servir como dobles ó triples de lo que ellos eran realmen-« te. V. sabe bien que se me entregaron *veinticinco mil pesos* pertenecientes « al gobierno de Chile, que con *tres mil* de V. y *mil quinientos* más hacían « *veintinueve mil quinientos*. Ahora, pués, mis operaciones han sido del « modo siguiente: Yo eché la voz de que eran más de *cien mil*, con ánimo « de mover la codicia de los comerciantes. Efectivamente, empezaron á « presentarse casas de comercio á querer tratar conmigo. Convencido al « fin que no había otra mejor que la de Mr. Cllice, celebré con ella el pri-« mer contrato por el navío «Cumberland», garantizándole por mi parte « su cumplimiento por el gobierno de Chile, pasando á dicha casa mis fon-« dos, sin dar á entender que no quedaban más. Como luego de cumplido « ó ratificado este contrato por el gobierno, debían volver los fondos á mi « poder, no me fué difícil negociar con Mr. Neile, quién estaba persuadido « que sería aprobado dicho contrato, el adelantarme la misma cantidad». —El doctor Antonio Álvarez Jonte, que se hallaba á la sazón en Lóndres negociando la venida de Lord Cochrane á América, hace mención de la negociación de Álvarez Condarco con respecto al buque en cuestión, en carta de 13 de enero de 1818: «Dentro de doce días sale para Valparaíso el navío « *Cumberland* de 60, contratado sin desembolso efectivo en 160 mil pesos, « bien equipado como para un viaje á la India y sale con 40 cañones».—Según esto, la cantidad de que fué portador Álvarez Condarco, serían poco más de 25,000 pesos, que sonaron como si fueran 100 mil.—Un historiador chileno hace por repetidas veces alusión á esta misión, con reticencias que equivalen á una semi-revelación, y esto es lo que nos ha movido á levantar una punta del misterioso velo, que en su lugar y á su tiempo será descorrido del todo.—En sus «Relac. Históricas», en el artículo titulado «San Martín después de Chacabuco», dice Vicuña Mackenna:—«La misión se-« creta del ingeniero José Antonio Álvarez Condarco, probablemente no « será conocida jamás».—En el artículo «El General San Martín después de Maipo» dice el mismo autor:—«El general de los Andes á su llegada á « Santiago ocupóse del viaje de Álvarez Condarco á Inglaterra, llevando « caudales para comprar buques. Esta misión tiene un punto negro en la « vida de los caudillos de la revolución de Chile; pero no ha llegado todavía « la época de su ventilación pública: la historia no tiene ni puede tener qui-« tas para sus grandes hombres; pero ¿no le es lícito otorgar esperas?»—Por último en su «Miscelánea», t. 11, p. 214: «Al pisar las playas de Ingla-« terra en 1824, San Martín se encontró frente á frente con la miseria. En « sus días de prosperidad y á la par con O'Higgins, había sabido depararse « un asilo que cubriese la vejéz de dos soldados. Pero una infidelidad crimi-« nal privó á uno y otro de esos recursos en la hora misma en que iban á ne-« cesitarlas.... Permítasenos arrancar aquí una página á estas revelacio-« nes, por que ella pertenece con mejor derecho á una posteridad remota. « Esa página está empero escrita».—Cuando escribimos nuestras «Cuentas del gran Capitán», no conocíamos los documentos que con este incidente se relacionan.

sido puesta en duda su pureza como administrador íntegro y severo de los caudales públicos confiados á sus manos.

El Cabildo de Santiago, (que ántes le había ofrecido diez mil pesos en oro, que él rehusó y aplicó á la fundación de una biblioteca pública), « en mérito de los empeños con que á costa « de sacrificios el general José San Martín había recuperado la « libertad de Chile y en muestra de gratitud para que le sir« viese de recreo en medio de sus fatigas », insistió en hacerle donación de una chacra en los alrededores de la capital. (18) Él aceptó el presente, pero con la condición de que se destinase la tercera parte de sus productos « al fomento del hospital « de mujeres de la ciudad y á la dotación de un vacunador que « libertase al municipio de los estragos de la viruela. » (19)

El Estado de Chile le había designado seis mil pesos anuales de sueldo como general en jefe de los ejércitos, que él se negó á admitir. El director delegado le declaró que no estaba en sus facultades «aceptar su virtuosa renuncia por cuanto el « sueldo acordado emanaba de orden suprema, que había pre« visto el caso de sus resistencias, teniendo en vista sus nece« sidades personales y el decoro de su empleo, y los extranjeros « no verían acaso en su frugalidad las virtudes de Esparta, « cuanto su pobreza.» (20) Él se sometió al fin á esta compulsión después de reiterar por tres veces su renuncia, pero no dispuso personalmente de los sueldos, y aplicó la asignación á generosas dádivas pecuniarias por mano del tesorero general. Al finalizar el primer año ordenó al comisario de guerra de Chile: « Desde hoy quedan suspendidos los sueldos que me pertene« cen como general en jefe de este Estado. » (21)

Una rica bajilla de plata le fué ofrecida en la misma oca-

---

(18) «Escritura de donación y perpétua propiedad del Cabildo de Santiago de Chile de conformidad con el Supremo Director otorgada á favor del Exmo. Sr. D. José de San Martín» de fecha 11 de julio de 1817. (Arch. San Martín, vol. LXVII, M. S.)

(19) Ofi. de San Martín aceptando y agradeciendo la donación de la chacra de 19 de julio de 1817. (Arch. San Martín, vol. LXVII, M. S.)

(20) Ofis. del director delegado de Chile á San Martin de 26 de junio de 1817 y enero 8 de 1818. (Arch. San Martin, vol. XLVII, M. S.)

(21) Borrador de ofi. de San Martín al comisario de guerra de Chile. Sin embargo, la contaduría,continuó ajustándole los sueldos, y según cuentas del tesorero general de Chile, que lo era don Rafael Correa de Sáa, en enero de 1819 se le devengaban por ellos 11,750 pesos, de los cuales había aplicado á los objetos indicados en el texto la cantidad de 6,250, quedando á su favor un saldo de 5,500 pesos. (Arch. San Martin, vol. XLVII, M. S.)

sión. Son dignas de la historia las palabras con que la devolvió: «A mi regreso de Buenos Aires encontré que la generosi-«dad del gobierno de Chile había puesto á mi disposición una «bajilla completa de plata. No estamos en tiempo de tanto lu-«jo. El Estado se halla en necesidades, y es preciso que todos «contribuyamos á remediarlas. Por lo tanto, doy orden que «con esta se ponga á disposición de V. E. dicha bajilla, como «así mismo el sueldo que se me tiene señalado por este Esta-«do, con advertencia de que, del que he tomado daré á V. E. «una noticia reservada de los fines en que ha sido empleado. «Admita V. E. esta pequeña oblación, como hija de los senti-«mientos que me animan por el bien, prosperidad é indepen-«dencia del Estado de Chile, suplicándole muy encarecidamen-«te tenga á bien el reservarla al público.» (22)

Aceptó la hospitalidad que le brindó el país reconquistado, y en el curso del año de 1817, el vencedor de Chacabuco invirtió en su palacio, familia militar, obsequios, chasques, servidumbre, mesa de estado, caballos, coches, frailes, limosnas, monjes, ropas, muebles, bajilla, luces, forraje, combustible, música, lavado, perfumes y flores, la cantidad de *tres mil trescientos treinta y siete pesos seis y un cuartillo reales*, según cuenta que llevaba su capellán Fr. Juan Antonio Bauzá, que administraba los fondos. De esta cantidad, *cuatrocientos sesenta y un pesos con dos y medio reales*, fueron oblados por el gobierno de Chile; *cuatrocientos* por la comisaría del ejército de los Andes, y los *dos mil cuatrocientos setenta y seis pesos* restantes, de su propio peculio. (23)

Como prenda de alianza militar, y sin necesidad de tratado previo ó posterior, las dos naciones cangearon un armamento contra un auxilio pecuniario de guerra: el gobierno chileno remitió indirectamente 40,000 pesos provenientes de su tesoro para atender á las necesidades del ejército del Alto Perú, (24)

---

(22) Ofi. de San Martin al gobierno de Chile de junio de 1817. (Arch. San Martín, vol. XLVII. M. S.)

(23) «Cuenta y razón de la entrada y gastos, que han corrido por mano del capellán Fr. Juan Antonio Bauzá, en el palacio del General en Jefe, desde el día que entró á esta capital (Santiago de Chile) que fué el 14 de febrero de 1817» (Arch. San Martín, vol. XLVII, M. S.)—Véase nuestro opúsculo «Cuentas del Gran Capitán.»

(24) Ofi. del gobierno argentino á San Martín de 1º de abril de 1817, para que de la caja de comisaría del ejército de los Andes de Chile, se remita al del Alto Perú el auxilio de los 40 mil pesos para atender sus nece-

y el gobierno argentino los retribuyó regalando al de Chile 1,000 fusiles nuevos de buena calidad para armar su ejército de nueva creación. [25] El sostén del ejército de los Andes así como el reemplazo de los muertos, quedó á cargo de Chile, en retribución del que le prestaba asegurando su situación política durante su permanencia en el territorio.

De este modo quedó saldada la cuenta pecuniaria de la alianza argentino-chilena, sin que el país reconquistado y libertado por las armas argentinas tuviera entónces ni después que desembolsar un solo real más por los gastos impendidos por las Provincias Unidas en su empresa libertadora. Así se cumplieron fiel y generosamente las protestas hechas por el gobierno argentino en las memorables instrucciones que dió á San Martín al tiempo de pasar los Andes: « La consolidación de la in-« dependencia de América y la gloria de las Provincias Unidas « del Sud, son los únicos móviles á que debe atribuirse el im-« pulso de la campaña sobre Chile. » [26]

V

Un mes después del viaje de San Martín á Buenos Aires, experimentó el gobierno de Chile una modificación de mera forma, que dió origen á desagradables incidentes entre los dos países aliados. Al tiempo de marchar O'Higgins á tomar la dirección de la campaña del sud (abril de 1817), nombró en calidad de delegado suyo al coronel don Hilarión de la Quintana, argentino, pariente político y edecán de San Martín, que no tenía más títulos que estos para ocupar tan espectable puesto.

---

sidades. Ofi. de contestación de San Martín de 16 de mayo de 1817, avisando remitir directamente de los fondos de la comisaría de su ejército los 40 mil pesos pedidos, á cargo del teniente de granaderos Miguel Cajaravilla con una escolta. (Docs. del Arch. general, leg, «Exto. de los Andes, 1817.» M. S. S.)

(25) Ofi. del director Pueyrredón al de Chile ofreciéndole 1,000 fusiles nuevos, de 21 de abril de 1817. (Doc. del Arch. en leg. «Corresp. ofi. con el Sr. director de Chile, 1817.» M. S.)—Ofi. del director delegado de Chile de 1º de junio de 1817, agradeciendo la oferta del gobierno argentino de mil fusiles de buena calidad. '(Docs. del Arch. general, leg. «Exto. de los Andes» M. S.)—Véase Barros Arana, «Hist. de la Indep» t. IV, p. 86.

(26) Art. 10 de las «Instrucciones» dadas á San Martín.—Véase cap. XV y VII de este libro.

Esto importaba depositar el supremo poder oficial en manos de la influencia argentina, bajo la dirección secreta de la logia lautarina, y principalmente en las de su representante, que pesaba sobre la situación con todo el peso de sus armas. ([27]) Este nombramiento lastimaba la susceptibilidad nacional del pueblo, contrariando la política argentina y aun la regla de conducta política que se había trazado el mismo San Martín. Pero O'Higgins, lealmente adicto á la alianza argentina y apasionado como San Martín de la idea de expedicionar al Perú, quería que la dirección de los negocios públicos fuese confiada á persona que, obrando de perfecto acuerdo con el general en jefe, mantuviese la indispensable unidad gubernativa en lo militar y lo político. Quintana era el hombre. Aunque de caracter fosfórico y farfanton, que contrastaba con la índole pacata de los chilenos, era en el fondo modesto y probo, que sin ambición política se prestaba á representar con sanas intenciones su papel de gobernante de paja. Por lo mismo, su misión se hacía más difícil, pues además del descontento público que su presencia en el gobierno producía, fomentaba el espíritu de rivalidad entre chilenos y argentinos, que desde los primeros días de la restauración se había hecho sentir. Al mes cabal (12 de mayo), de la batalla de Chacabuco, publicóse en la «Gazeta del gobierno» un escrito en que se hacía referencia á palabras vertidas por algunos chilenos en tiendas y cafées públicos, vociferando: *nada debe Chile al exército de los Andes, porque se ha salvado por el esfuerzo de sus propios hijos.* El comentario escrito por el Dr. Vera Pintado, argentino, que redactaba el periódico oficial, agravó esta especie. «Cuando contra la evidencia del he- « cho, decía, quieren deprimir el mérito de los restauradores, é « introducir el perverso fuego del provincialismo, la discordia « civil y el celo de localidad, no hay otra medida que adapte á « estos díscolos, sino el dogal y los fusiles que se emplearon « dignamente en ese mónstruo de ingratitud. » El Cabildo protestó contra las espresiones atribuidas á sus conciudadanos, declarando que « Chile estaba convencido del beneficio que de-

---

([27]) Vicuña Mackenna en su «Ost. de O'Higgins» p. 296, asevera como un hecho, que el nombramiento de Quintana fué «hecho por la logia», pero no exhibe la prueba. Es posible, sin embargo, pues aun cuando la designación del delegado competía al Director, atribución de que usó por sí, refirió alguna vez la designación del sustituto al consejo directivo de la Logia de Lautaro, según se verá después.

«bía á sus libertadores,» y el gobierno ordenó que así se publicase oficialmente «para satisfacción de los generosos defenso-«res de la libertad chilena.» ([28]) Para borrar la impresión de este incidente, que era un síntoma, al decretar la creación de una academia militar, dispúsose pocos días después (28 de marzo), que «se reservasen doce plazas de cadetes para otros tantos hijos de la benemérita provincia de Cuyo, como demostración de interés por el bien de esos pueblos, cuyos inconcebibles sacrificios por la restauración de Chile, sólo son comparables á sí mismos.» El decreto iba encabezado con estas palabras: «Protesta Chile gratitud eterna á sus heroicos restaura-«dores los ilustres pueblos del Rio de la Plata, y no compren-«dería el gobierno este sentimiento, si al dar sus primeros «pasos de beneficencia pública, no lo hiciese refluir en favor «de ellos.» ([29]) Apesar de estas protestas y manifestaciones oficiales, que eran profundamente sinceras en O'Higgins, el espíritu de emulación existía latente. La gratitud internacional pesa siempre á los pueblos, y era natural que por espíritu de altivez nacional,—tan desarrollado en los chilenos como en los argentinos,—de descontento contra el orden político restaurado, ó de escozor por el beneficio mismo recibido, se manifestase con jactancia en unos, con desahogos indignos en algunos y con protestas más ó menos silenciosas en la gran mayoría, cuando se les hacía sentir el peso, imponiéndoles un extranjero sin títulos al frente del gobierno á la vez que nuevos sacrificios de sangre y dinero.

Tal era la situación al regreso de San Martín de Buenos Aires. Quintana que la comprendía, indicó á O'Higgins la conveniencia de que el general se encargase personalmente del mando, sin esplorar su voluntad. El director propietario pensaba del mismo modo, y escribíole manifestando «que él daría «al gobierno todo el vigor y las fuerzas que las circunstancias «requerían», al mismo tiempo que él le protestaba «no se le «pase por la imaginación delegar en mí, en la inteligencia de «que no admito.» El general comprendía que no era ese su

---

([28]) «Gazeta del Sup. Gob.» núm. 3 de 12 de marzo de 1817, y «Extraordinaria» de 17 del mismo.

([29]) «Gazeta del Sup. Gob.» núm, 2 de abril de 1817. En el oficio en que se comunicó al gobierno de Cuyo este decreto, se puso «ilustres redentores» en vez de «ilustres restauradores.» (Arch. de Mendoza, documentos, M. S.)

puesto, y aun cuando se reservaba la dirección de los negocios públicos en el sentido de sus futuros planes, alcanzaba con su penetrante sagacidad, que para la realización de sus designios, era necesario propiciarse la opinión chilena, y por lo tanto no aprobaba el poceder de O'Higgins, y así se lo declaró: « Mis « compromisos públicos y la imposibilidad de faltar á ellos, me « hacen imposible poder admitir la dirección que me confía, y « por el bien del país, así como por la opinión pública, nombre « Vd. á otro que á Quintana, pués el país se resiente de que no « sea un chileno el que lo mande. Yo no quiero mezclarme en « nada político. » (30)

La administración de Quintana fué empero laboriosa y honrada, con tendencia á independizar el país. Su medida más señalada en este sentido, fué decretar (el 9 de junio de 1817) la acuñación de la moneda nacional con los emblemas de su soberanía y las inscripciones que le servían de elocuente comentario: — « LIBERTAD, UNIÓN Y FUERZA—CHILE INDEPENDIENTE » Selláronse 4,000 pesos con el nuevo cuño, de los que 2,000 se destinaron á las Provincias Unidas, 1,000 al general San Martín y 1,000 al general Belgrano, que fueron distribuidos en los ejércitos argentinos, no como moneda, sinó como medallas conmemorativas de la libertad y la independencia de un pueblo hermano.

Otra medida de diverso carácter y con tendencias complejas, fué dictada por el director O'Higgins desde su cuartel general de Concepción, creando una Legión de Mérito, á imitación de la Legión de Honor de Napoleón y sobre las bases de la orden de Cincinati en los Estados Unidos en la época de Washington, con el objeto de consagrar la memoria del año VII de la libertad de Chile y premiar los servicios militares y civiles prestados ó que se prestasen á ella. Esta institución, que tenía un caracter aristocrático, aun cuando no incluía el principio hereditario entre los favores á los dignatarios de la orden, les reconocía prerogativas personales que los sustraían al fuero común, y tanto por esto, como por la poca discreción con que se distribuyeron las gracias, no fué bien acogida por la opinión pública, y el gobierno argentino sólo se prestó á conceder el

(30) Véase Vicuña Mackenna « Ost. de O'Higgins », pág. 296, y Barros Arana « Hist. de la Indep. » t. IV, pág. 80, en que se citan y extractan los documentos comprobantes de este incidente.

uso de las insignias á sus conciudadanos con condiciones que las reducían á meras condecoraciones honoríficas sin los privilegios de su constitución. ([31]) Esta creación, simpática á San Martín, respondía á sus preocupaciones monárquicas, á la vez que á la idea de inocular un espíritu de particularismo militar en el ejército, que á la sazón organizaba sobre nuevas bases, adaptándolo á sus fines, de manera de constituir un conjunto poseido de un sentimiento americano y sustraido en cierto modo á las influencias internas de los países cuyas banderas llevaba. En el curso de los sucesos se pondrá más de manifiesto esta tendencia compleja, que debía repetirse más adelante en el Perú.

VI

Un hecho notable se liga á la época de la administración de Quintana. Tal fué la renovación de las relaciones diplomáticas entre los dos países aliados, cuyos antecedentes hemos historiado antes (V. cap. VI y VII). Para desempeñar esta delicada misión con la denominación de Diputado, designóse á don Tomás Guido, el colaborador de la reconquista de Chile. La elección no podía ser más acertada, así por sus antecedentes y cualidades, como por poseer la plena confianza de San Martín, á quién debía servir al mismo tiempo de auxiliar en sus trabajos. Las instrucciones le prevenían «que el principal objeto de su misión debía ser estrechar las relaciones y vínculos de Chile con las Provincias Unidas, haciendo valer los deberes de la fraternidad, de identidad de causa y de gratitud, á fin de ser provechoso á ámbos Estados; procurando en su conducta política cimentar la confianza de los habitantes y del gobierno cerca del cual iba acreditado, extinguiendo el espíritu de rivalidad suscitado siniestramente por injuriosas sospechas, y establecer los principios y leyes que debían observar ámbos países en lo relativo al comercio recíproco y con los extranjeros, sobre la base de la reciprocidad y mútua conve-

---

([31]) Véase «Recop. de los doc. expedidos sobre la instit. y reglam. de la Legión de Mérito», foll. imp. en Chile en 1817 y «Redactor del Congreso Nacional de las P. U.» 1817.

niencia. (32) Bajo estos auspicios, su recepción oficial (17 de mayo de 1817), fué un acontecimiento. El diario oficial la señaló como la inauguración de una era «que estrecharía la unión con la nación enérgica á quién los pueblos de Chile debían su libertad y con quién se prometían una liga más fuerte que la de los Aquivos con Atenas.» (33) La alocución del enviado argentino respondía á estas nobles aspiraciones. «Los pueblos de Chile, dijo, se presentan ante el mundo sin la dependencia servil á que la mano usurpadora de los españoles alcanzó á sujetarlos. Una confianza recíproca, una amistad sincera, la libertad del comercio y los sacrificios que exija la salvación común, son los primeros eslabones de la cadena que ha de vincular á ámbos Estados, para concurrir á la gloria de fijar sus principios y su espíritu, á fin de socorrer la independencia de la América.»

Uno de los resultados inmediatos que produjo esta misión, fué uniformar las relaciones exteriores de los dos Estados para con la Europa. Al efecto, el gobierno de Chile acreditó en Europa en calidad de agente diplomático, á su ministro Irizarri, y le dió instrucciones reservadas «para que guarde la «más íntima relación y armonía con el diputado de las Provin-«cias Unidas acreditado en Lóndres, en París ó en cualquier «otra corte de Europa, meditando y combinando únicamente «cuanto haya de proponerse ó suscribirse en orden á Chile.» Es de notarse, que estas instrucciones se expedían en circunstancias en que Rivadavia, representante diplomático argentino en Europa, era munido de nuevos y más ámplios poderes (setiembre de 1817) para tratar, aun sobre la base subentendida del establecimiento de una monarquía en América, «cuanto «pudiese convenir á la felicidad y al honor de los pueblos del «Río de la Plata, sin más condición que la de esperar la rati-«ficación de cualquier pacto que llegase á formalizarse y de no «alterar la base de la independencia.» (34)

---

(32) «Inst. que debe observar don Tomás Guido en el exercicio de la diputación cerca del Sr. Director del Estado de Chile.» (Doc. del Arch. general, leg. «El Diputado del Gobierno en Chile, 1817» M. S.)

(33) «Gaz. del Sup. Gob. de Chile» núm. 13, de 1817, donde se registra también la alocución de Guido que se extracta más adelante.

(34) Las instrucciones de Irizarri fueron comunicadas por Guido al gobierno argentino en nota de 20 de diciembre de 1817, «escribiendo el artículo 10 según la clave *por su gravedad.*» (Docs. del Arch. general, leg. «El Diputado de Chile, 1817.» M. S.)

En el orden de la política interna la acción del diplomático argentino, fué más bien nociva que benéfica. Acusado de un argentinismo exajerado que hería el sentimiento nacional, fué envuelto en la prevención que rodeaba al delegado, exacerbándose el espíritu de rivalidad que sus instrucciones le encomendaban mitigar. Como ejercía ascendiente sobre Quintana y todos los actos de éste siniestramente interpretados, se atribuían á sujestiones suyas, el descontento público contra la administración que se consideraba impuesta, se agravó, complicándose más tarde con una desinteligencia entre él y el director O'Higgins. Éste, no obstante su empeño por mantener la armonía de la alianza, consideróse herido en su dignidad y ajado en su autoridad, por los procederes atribuidos á Guido. « Este « jóven, decía en carta á San Martín, ha puesto término á « mi paciencia. Como no he accedido á varias medidas que él « privadamente me ha propuesto, se ha declarado mi enemigo « capital y ha procurado desacreditarme con el público de todos « modos, ya haciendo entender que el gobierno de Chile depen- « de del de Buenos Aires, ya vociferando que no soy yo el hom- « bre que conviene á este gobierno en las actuales circunstan- « cias. Nada hay más común que el que yo pendo de la volun- « tad de Guido, y él es objeto de la murmuración pública. Vd. « conoce á Chile y podrá inferir el espíritu que engendrará en « estas gentes el ascendente que Guido ha querido tomar. Nos « ha puesto á todos en el precipicio. Su permanencia de Dipu- « tado ya no es conciliable con mi empleo de Director. » [35]

El Director O'Higgins, exigió confidencialmente de Pueyrredón la destitución de Guido, quien se apresuró á decretarla en homenaje de los intereses de la alianza, haciendo intervenir á la Lógia Lautarina, de Buenos Aires, tal fué la importancia que dió á la desinteligencia. « Me mortifica el descon- « suelo, decía el Director Pueyrredón á O'Higgins, que la com-

(35) Cartas reservadas de O'Higgins á San Martín de 15 y 22 de julio de 1818. (Arch. San Martín, vol. XLI, M. S. S. autóg.)—Aun cuando los incidentes á que se refieren estas cartas son posteriores á la separación de Quintana del gobierno, como ellos fueron consecuencia de la influencia que se atribuía á Guido sobre el director delegado, hemos antepuesto el orden cronológico á fin de arreglarlos al orden lógico de los acontecimientos en cuanto se relacionan con la acción de la diplomacia argentina en Chile. Luego se verá que la separación de Quintana fué una sugestión de Guido, entrando mejor en el espíritu de sus instrucciones. En el capítulo XIX, se darán más ámplios detalles sobre este incidente.

« portación de un hombre mandado por mí, cuyos procederes « parece que son trascendentales á mi persona, haya dado orí- « gen á una división entre los amigos de Chile y los nuestros. « Es la mayor fatalidad que pudiera sobrevenirnos; y así es « preciso á costa de todo sacrificio atajarla, sofocarla, destruir- « la enteramente, sustituyendo los sentimientos de la más « pura amistad y unión. Los desvíos de un individuo jamás « deben alterar la armonía de una familia escojida para hacer « la felicidad de la patria. Cuanto se dice por nosotros en esta « ocasión en el papel de la Lógia, son mis sentimientos y mis « protestas. Quedo esperanzado de ver desaparecer para siem- « pre hasta la memoria de pasiones que causarían infalible- « mente la ruina de los dos Estados, que hoy deben únicamente « su libertad á la unión y al valor ». (36) Merced á la pruden- te interposición de San Martín, esta discordia fué cortada, dándose la debida satisfacción á O'Higgins, aún cuando la sol- dadura no fué por el momento muy sólida. Con tal motivo escribía Pueyrredón á San Martín. « Celebro la terminación « de los disgustos de Chile; pero me parece no descubrir en la « reconciliación toda la sinceridad que debe tener para que sea « permanente ». (37)

Antes que este incidente tuviera lugar, habíase separado del gobierno el coronel Quintana, por efecto de las mismas causas que dieron orígen á los celos entre argentinos y chile- nos y á la desinteligencia, entre O'Higgins y Guido, que nó fué sinó una de sus consecuencias accidentales, complicándose con un suceso que puso en conmoción á los dos pueblos y go-

(36) Carta de Pueyrredón á O'Higgins de 6 de agosto de 1818, en Vicuña Mackenna, « Ost. de O'Higgins, p. 298.—« Comprobaciones históri- cas » por B. Mitre, 2ª parte, pp. 237—242, donde se insertan otros docu- mentos que con este incidente se relacionan, respecto del cual los histo- riadores chilenos hablan en términos generales, sin precisar sus causas, por no haber conocido todos los documentos que lo esplican.

(37) Carta de Pueyrredón á San Martín, de 16 de setiembre de 1818. Arch. San Martín, vol. XL. M. S.—La carta de O'Higgins á San Martín, de 27 de agosto de 1818 á que se refiere la anterior, y en que se hace men- ción de la interposición de la Lógia, contiene este notable párrafo: « En « mi última dije á V. había transado con G. *(Guido)* nuestras diferen- « cias. Ahora con los antecedentes y cartas de Buenos Aires, revisa- « do todo en O-O (consejo supremo de la Lógia), se acordó por el bien « de la paz se cortaran dichas diferencias. Yo admití gustoso la reconci- « liación, sellando este negocio con un olvido eterno. Para ello escribo « ahora á Pueyrredón por extraordinario, á fin que tranquilice su espíritu, « como V. deberá quedar sin recelo de que vuelva á alterarse la buena ar- « monía entre los amigos ». (Arch. San Martín, vol. XLI. M. S.)

biernos aliados, y cuyo conocimiento es indispensable para la inteligencia de importantes acontecimientos ulteriores relacionados con el asunto de este capítulo.

VII

La restauración de la revolución de Chile por las armas argentinas, dió por resultado necesario la preponderancia de uno de los dos partidos en que ella se había dividido. Los libertadores, al reconocer su independencia y fundar su gobierno nacional, le impusieron por condición un régimen de fuerza y una dictadura, postergando indefinidamente la época de su organización constitucional. La emigración chilena que se había dividido en dos bandos, contaba con representantes en el país restaurado, y el gobierno de O'Higgins sostenido por las bayonetas argentinas, tenía contra sí no solo á sus antiguos adversarios, sinó tambien la opinión de una parte considerable de los chilenos á quiénes pesaba el predominio extranjero, que á la vez que exigía nuevos sacrificios para llevar adelante otras empresas, imponía un gobernante estraño, sometido á influencias estrañas, lastimando su orgullo nacional. Estos eran los sentimientos que esplotaban los escluidos del poder por la alianza argentino-chilena, y contra la cual reaccionaban, con Carrera por jefe y la autonomía nacional por bandera, encubriéndose bajo ella una ambición personal y egoista que conspiraba contra el bien de Chile y la emancipación de la América. El gobierno argentino, que sostenía con sus armas y su influencia el nuevo orden político de Chile, cuyo territorio era el campamento de su ejército en marcha hacia el Perú, hacía la policía política del aliado en el suyo, y perseguía á sus enemigos como si lo fueran suyos.

Ya se ha relatado como el gobierno argentino optó entre los dos partidos al decidirse á la empresa de la reconquista y bajo que bases, y como apartó á Carrera de toda intervención en los negocios chilenos, desarmándolo, á la vez que interponía su valimiento á fin de que su país le acordara una representación digna y una posición decorosa en el exterior. Pero el soberbio caudillo chileno, no se resignaba con nada que no fuese la recuperación de su antiguo poder y la derrota de sus

adversarios á uno y otro lado de los Andes. Así hemos visto antes, que mientras San Martín regresaba á Chile, para trabajar por la independencia de Chile y de la América, Carrera fugaba de su prisión para continuar conspirando ó por despecho ó por venganza. Sus parciales lo sostenían en estos propósitos, y un genio familiar, que era su Ejería, encendía sus ambiciones, siendo la instigadora y el principal agente de sus planes. Era ésta doña Javiera Carrera de Valdés, hermana del trino que constituía la cabeza del partido proscripto, cuyo retrato hemos bosquejado antes, pintándola como una matrona de belleza atractiva, de espíritu varonil, y hábil en intrigas, que con pasiones domésticas y aspiraciones políticas, comunicaba el fuego de su alma á sus tres hermanos, á cuya elevación se había consagrado, y á quienes fatalmente empujaba al sacrificio.

En la casa de doña Javiera en Buenos Aires reuníanse diariamente los parciales de Carrera, los que, en combinación con los de Chile que fomentaban sus esperanzas, concertaron un plan de conspiración, que debía dar por resultado según ellos la restauración de su poderío, y que fué el origen de su trágica perdición. El plan, consistía en dirigirse á Chile por tierra varios de los conjurados para esplorar el terreno, que debían ser inmediatamente seguidos por los dos hermanos Luis y Juan José; y esperar allí ocultos á su hermano José Miguel, á la sazón refujiado en Montevideo, quien se trasladaría por mar á las costas de la Patria en la fragata *General Scott*, que como queda dicho, formaba parte de la escuadrilla organizada en Estados Unidos, y era el buque fantasma de la imaginaria empresa. [38] Pensaban que no tenían sino presentarse en su país para ser aclamados por él y disponer de sus destinos. Lo único que les inquietaba, era la resistencia que podría oponerles el ejército argentino de ocupación; pero iban resueltos á batirse con él hasta expulsarlo de la tierra, desterrar á O'Higgins como un traidor, juzgar militarmente á San Martín como un criminal y pasar por las armas á todos los que les hicieran resistencia. Plan novelesco de mujer, mezcla de ambiciones insanas y codicias de mando, aspiraciones afectuosas, sueños

---

[38] La fragata «General Scott», que debió en efecto formar parte de la escuadrilla de Carrera, fué vendida por los armadores al gobierno español, para perseguir los corsarios sud-americanos.

fantásticos, ódios ciegos incubados en la desgracia y combinaciones de aventuras sin pies ni cabeza que caracterizaban los planes políticos y militares de su héroe, era un proyecto absurdo y criminal, que realizado en parte ó en el todo, habría producido por la segunda vez la pérdida de Chile, y que ni el delirio del patriotismo cohonestaba siquiera.

La primera partida de los conjurados, que era la vanguardia de la proyectada insurrección carrerina, atravesó la cordillera sin ser sentida, (julio de 1817) y esperaron ocultos la llegada de los jefes que debían dar la señal. A ella siguió Luís Carrera (julio de 1817) disfrazado de peon, quien en su tránsito á Cuyo violó la balija del correo, y al llegar á Mendoza fué preso por el gobernador Luzuriaga y sometido á juicio. En pos de él siguió Juan José, (agosto de 1817) bajo nombre supuesto, quien tuvo la fatalidad de que antes de llegar á San Luís, en medio de una violenta tempestad de agua y granizo, el postillón que le acompañaba, niño de dieziseis años, muriese á su lado durante la noche, en la soledad de la pampa, sin más testigo que él, lo que dió orígen á que se le imputase su muerte. Detenido en San Luís, por el teniente gobernador Dupuy prevenido por Luzuriaga, que tenía ya los hilos de la conspiración con la captura de don Luís, fué remitido á Mendoza, donde pasó á ocupar la cárcel en compañía de su hermano.

Mientras tanto, en los primeros días de julio había sido igualmente aprehendida la pequeña vanguardia de los conjurados en la hacienda de San Miguel, propiedad del padre de los Carrera, sin darse mayor importancia á este hecho. Pero un mes después (7 de agosto 1817) llegaron á Santiago los avisos de Luzuriaga, y en el acto se divulgó el rumor de haberse descubierto una conspiración carrerina. Fueron presos varios ciudadanos partidarios de Carrera, entre ellos el famoso doctor Manuel Rodriguez, á los cuales se formó causa, que se vinculó con la que el gobernador de Cuyo instruía en Mendoza. (39) Esta conspiración, fué, como se ha

(39) Todo esto consta en el « Proceso criminal seguido contra los Carrera y cómplices por delito de alta traición », y ha sido relatado con pormenores por todos los historiadores chilenos y argentinos en diversas ocasiones y con opuestas tendencias, pero uniformes en cuanto al fondo de los hechos. Nuestro objeto no es hacer una crónica de este episodio, sinó establecer un antecedente histórico, que se liga á otros acontecimientos ulteriores de importancia.—Para mayores detalles, puede consultarse:—

dicho, el sueño de una mujer, que tuvo trágicas consecuencias, según se verá después.

En medio de estas alarmas, la posición del delegado Quintana llegó á hacerse imposible. Envuelto por el torbellino de las encontradas pasiones políticas internas, unos decían que la conspiración era fraguada por el gobierno, y otros que las prisiones era un acto de despotismo de que culpaban á la influencia argentina que se acarreaba la odiosidad. La separación de Quintana, que era un anhelo suyo, se imponía como una conveniencia pública, y fué sustituido por decisión de la Logia, por una junta de tres miembros, que muy luego reemplazó otro director delegado hijo del país. ([40]) De este modo se dió satisfacción á la susceptibilidad nacional, siguiendo los prudentes consejos de San Martín de que los chilenos fueran gobernados por chilenos, y se removió una piedra de escándalo en que podía tropezar la alianza.

El enviado diplomático argentino, al dar cuenta de esta modificación del gobierno, lo hizo en términos juiciosos, que contrastan con las inculpaciones hechas por O'Higgins, y suministran datos interesantes para las relaciones de los dos gobiernos y pueblos aliados en aquella época, con honor para la política argentina. «Incitados algunos díscolos, dice, por los emigrados « chilenos en esas provincias, para promover celos entre los « naturales de uno y otro Estado, habían principiado ha más de « tres meses á sembrar especies que avivaban la desconfianza « contra las armas argentinas, y aparentando amor santo por « la independencia del reyno, se inspiraban temores que fácil- « mente siente la multitud de todo pueblo y de que se aprove- « chan los malvados. Continuaba un rumor sordo, fundada la « sustancia de las quejas en el origen del director delegado « don Hilarión de la Quintana, encareciendo la degradación « del país por la tolerancia de un argentino á la cabeza de la

Amunategui, «Dictadura de O'Higgins», t. IV, p. 123 y sig.—Vicuña Mackenna, «Ostracismo de los Carreras», p. 116 y sig.—Todos los demás no hacen sinó copiarlos.

([40]) Refiriéndonos antes al nombramiento de Quintana, (nota 23 de este cap.) que Vicuña Mackenna atribuye á la Logia, dijimos que no exhibía la prueba de tal carta. Por esta vez, podemos presentar la nuestra. En carta de O'Higgins á San Martín de 22 de setiembre de 1817, le dice: «Está muy buena la Junta Delegada en el arreglo y orden que se intenta de los H: : (Logia) y la prisión del malvado Juan José Carrera». Arch. San Martín, vol. XLI. M. S.

« magistratura suprema. Creí político entonces avivar en el « director delegado los deseos de dejar el mando. El punto á « que habían subido los celos por una parte, y por otra la odio- « sidad que había recaido en el gobierno por las providencias « fuertes que se vió precisado á tomar contra los cómplices de « la conspiración, y por fin, el influjo que se suponía del gene- « ral en jefe del ejército en cada una de las medidas guber- « nativas, exigían medios capaces de neutralizar las sugestio- « nes de los perversos, y restablecer en el pueblo la confianza « que de otro modo podría perderse. Era necesario que el po- « der ejecutivo que le sucediese apareciera todo del interés de « los nacionales, sin apariencia de relaciones con las autorida- « des de esas provincias, y en aptitud de decidir con absoluta « independencia en sus operaciones públicas. Me persuado « que este acontecimiento contribuirá á consolidar la opinión, « y que removido el principal instrumento de los díscolos, la « marcha de la revolución será ménos penosa en este reyno, la « tranquilidad pública quedará más segura y estables las re- « laciones de unidad de ámbos Estados». ([41])

Otro era el lenguaje de O'Higgins con relación á la política interna y á los que hacían oposición á su gobierno. Su alma nativamente generosa, la que se ha dicho, estaba amasada con más cera que acero, iba endureciéndose en la lucha con el ejercicio de un mando absoluto, que no tenía más correctivo ni más contrapeso que la autoridad de San Martín y de los acuerdos tenebrosos de la Logia de Lautaro. Las pasiones políticas se habían enconado, y confundidas con las exigencias del orden de fuerza que representaba, lo llevaban á ser tirante con las manifestaciones de la opinión é implacable con sus adversarios, especialmente con los Carrera. He aquí como se expresaba respecto del descontento público: «Me es muy « sensible que los díscolos hayan podido exasperar al amigo « Quintana. Ese pueblo requiere *palo de ciego:* es muy revo- « lucionario; pero luego que siente el *chicote,* no hay quién « chiste». ([42]) Refiriéndose á la abortada conspiración, sus

---

([41]) Nota de Guido al gob. argentino de 10 de setiembre de 1817. (Doc. del Arch. gral., leg. «El Diputado de Chile. 1817». M. S.)

([42]) Carta de O'Higgins á San Martín, de 27 de julio de 1817. (Arch. San Martín, vol. XLI.) M. S. autog. subrayadas en el original las palabras *palo de ciego* y *chicote.*

palabras son una sentencia de muerte: «Nada estraño lo de « los Carreras; siempre han sido lo mismo, y sólo variarán con « la muerte: mientras no la reciban fluctuará el país en ince- « santes convulsiones, por que es siempre mayor el número de « los malos, que el de los buenos. Si la suerte hasta ahora « nos favorece con descubrir sus negros planes y asegurar sus « personas, puede ser que en otra ocasión se canse la fortuna, « y no quede á los alcances del gobierno apagar el fuego ni « ménos prender á los malvados. Un ejemplar castigo y pron- « to, es el único remedio que puede cortar tan grave mal. De- « saparezcan de entre nosotros los tres inícuos Carreras, júz- « gueseles y mueran, pues lo merecen más que los mayores « enemigos de la América. Arrójense sus secuaces á países que « no sean como nosotros tan dignos de ser libres. [43]

VIII

La alianza argentina, ajustada dentro de las líneas de un plan de campaña continental, tenía á la par de sus exigencias en el orden político, mas latas proyecciones internacionales. Chile para ella era un campamento y base de las operaciones que debían desenvolverse en el resto de la América de Sud. La unificación de su poder militar formando una estrecha liga guerrera ofensiva y defensiva, á fin de consolidar su respectiva situación interna y llevar adelante la empresa emancipadora que le daba un gran significado americano, era por lo tanto, su complemento necesario, y la organización de un ejército nacional una condición esencial de la alianza. Si Chile había necesitado del auxilio argentino para libertarse, sólo las armas de las dos naciones coaligadas podían libertar á la América. Esto era un punto previsto en los planes militares de San Martín y en las instrucciones políticas del gobierno argentino al tiempo de emprender la reconquista. (Véase cap. VI, § V y cap. XIV, § VII). La organización de los cuadros de Chile, ideada por San Martín en Mendoza año y medio ántes (abril de 1818), llevaban en germen según un plan preconcebido,

(43) Carta de O'Higgins á San Martín, de setiembre 9 de 1817. (Arch. San Martín, vol. XLI, M. S. cit.)

como las semillas del roble araucano, la configuración del futuro ejército chileno, que debían crecer en la tierra nativa: bastaba para ello llenarlos con los contingentes de los naturales y darles su bandera. Las instrucciones del gobierno, al autorizar la formación de cuerpos chilenos y prevenir que las bajas del ejército de los Andes se reemplazarían con reclutas del país, quedando á su cargo su subsistencia, proveía á la unidad de mando que debía retener el general argentino. De este modo los dos ejércitos formarían un sólo ejército aliado.

«Chile, había dicho San Martín, (cap. XI y VI) es el centro de esta parte de América, y su restauración va á fijar la base de nuestro ser político. El Perú cederá á su influjo, y quedará libre el continente. La base del ejército de Chile completará esta obra interesante.» (44) Con arreglo á esta idea, una de las primeras medidas del director O'Higgins, fué la organización del ejército nacional y el nombramiento de San Martín como su general en jefe, respondiendo así al fin militar de la alianza. Desde entónces el general argentino asumió el caracter de generalísimo de los aliados. El ejército de Chile tomó el nombre de su nacionalidad y enarboló su bandera, y el de los Andes con la suya conservó su denominación histórica, formando ámbos lo que se llamó EJÉRCITO UNIDO DE LOS ANDES Y DE CHILE, cuyos destinos serían solidarios y sus glorias comunes. Fué esta una verdadera creación, que aunque compuesta de elementos diversos, formó un todo compacto, con su constitución propia, animado por el mismo espíritu y con los mismos ideales guerreros, producto de las inspiraciones que le dieron vida: fué un nuevo ejército libertador sud-americano, poseido de la pasión de la independencia. Máquina de guerra y organismo articulado á la vez, era una condensación de fuerzas complejas para producir resultados eficientes de antemano calculados. Al efecto, la mano del artífice que combinaba estos elementos, al mismo tiempo que remontaba el ejército de los Andes con voluntarios del país, y el de Chile lo formaba con contingentes de naturales, interpolaba en sus filas los jefes y oficiales de ámbas nacionalidades para sustraer la masa á la atracción de las influencias locales, y de este modo el conjunto

(44) Plan de organización de los cuadros de Chile en Mendoza el 25 de abril de 1816, cit. en el cap. XI, nota 35. (Arch. San Martín. M. S.)

adquiría la homogeneidad y el espíritu patriótico que conservó hasta cumplir su misión redentora. (45)

En poco tiempo se organizó un ejército chileno de las tres armas, uniformado en su táctica y disciplina con el de los Andes, cuya fuerza llegó á equilibrar, compitiendo con él en solidez por las aptitudes de los naturales para la guerra. Antes de cumplirse seis meses, el Ejército Unido contaba bajo sus banderas con más de 8,000 soldados, y al terminar el año de 1817, alcanzaba su efectivo á más de 9,000 hombres de pelea, correspondiendo próximamente la mitad á cada uno. El ejército de los Andes constaba de 4 fuertes batallones de veteranos, dos gruesos regimientos de caballería y una brigada de artillería: el de Chile, de seis batallones de línea y guardia nacional, y varios escuadrones con sus correspondientes cuerpos de artillería. Su maestranza y parque eran comunes, dividiéndose su administración económica en dos comisarías. Un numeroso tren volante y 14 mil fusiles en almacenes, completaban su armamento. En cuanto á las armas constitutivas, su proporcionalidad era de 1,200 artilleros por 7,000 infantes y 1,400 de caballería. (46) Así la alianza argentino-chilena había dado por resulta-

(45) Véase lo que decía Pueyrredón á San Martín sobre colocación de oficiales argentinos en el ejército chileno: «No me parece conveniente que «V. separe de ese ejército los oficiales que haya de confianza para formar el «ejército de Chile; pero es muy importante que coloquemos en él personas «que sostengan en todo tiempo á O'Higgins contra sus paisanos. Para esto «he pedido una nota de los oficiales sueltos que haya aquí más escojidos «y dignos por sus costumbres y educación, y caminarán muy pronto con «otros varios de los franceses y americanos que vinieron con Carrera. En«tretanto llegan éstos, puede V. colocar en comisión algunos de su ejército «que no sean de suma falta.» Carta de 10 de marzo de 1817. (Arch. San Martín, vol. XL. M. S.)

(46) He aquí la denominación de los cuerpos de ámbos ejércitos, que debe tenerse presente para la mejor inteligencia de las operaciones militares que siguieron, así como de la fuerza parcial y general de uno y otro, el 1º de diciembre 1817, computando únicamente la tropa.

EJÉRCITO DE LOS ANDES

	Tropa
Artillería	468
Batallón Nº 1 de cazadores	839
« « 7	742
« « 8	799
« « 11	735
Granaderos á caballo	866
(*) Cazadores á caballo	342
Suma	4791

(*) Cuerpo de nueva creación sobre la base de la Escolta de San Martín.

EJÉRCITO DE CHILE

	Tropa
Batallón Nº 1	591
« « 2	736
« « 3 de Arauco	605
« « 1 de cazadores	533
« « 2 naci'ls del sud.	300
Infantes de la patria	523
Academia militar	160
Artillería	705
Compañía de plaza	100
Escolta del Director	119
Lanceros	41
Suma	4413

do la formación de una potencia sud-americana, que equilibrando el poder de España en sus colonias, iba á superarlo atacando por mar y por tierra. Y es de notarse la coincidencia, que al mismo tiempo se preparaba á su ejemplo otra liga de guerra al norte del Ecuador, que por efecto de la atracción debía converger al centro, dando al fin por resultados las dos coaliciones estremas la emancipación total del continente meridional.

El primer uso que el generalísimo del Ejército Unido hizo de su representación externa, fué dirigirse en nombre de los aliados al virey del Perú, proponiéndole la regularización de la guerra y un cange de prisioneros, en términos honrosos para él y su adversario. «En Lima se hallan algunos confinados por « la disidencia de opiniones. Si V. E. tiene á bien regresen al « seno de sus afligidas familias, estoy pronto á remitir á V. E. « los que se hallen en Chile y en las Provincias Unidas en igual « caso. Estoy seguro que la filantropía de V. E. suavizará « en cuanto esté á su alcance los horrores de la actual guerra. « Yo ofrezco á V. E. hacerlo así, y ámbos tendremos el placer « de hacer algún bien á nuestros semejantes. Nuestras afec- « ciones particulares nada tienen que ver con nuestra repre- « sentación pública, y ya que el destino fatal nos hace enemigos « sin conocernos, lo seré sólo en la batalla. » ([47]) Como buen zurcidor diplomático que no daba puntada sin nudo, bajo este noble lenguaje,—que sin duda traducía sus no desmentidos sentimientos humanos,—ocultábanse otros propósitos políticos y militares de mayor alcance. Utilizar la buena voluntad del comodoro Bowlers, á la sazón jefe de la estación británica en el Pacífico,—admirador suyo y muy simpático á la revolución, —era el más ostensible, iniciando la negociación bajo los auspicios de la Inglaterra. Era el segundo presentarse ante la América como beligerante al frente de un ejército poderoso, publicando la guerra continental. El objeto más recóndito, era enviar un agente sagaz que con el caracter de parlamentario iniciase una nueva guerra de zapa, preparando el terreno para su futura

---

Ó sea un total de 9,204 hombres de tropa, que incluyendo 479 jefes y oficiales, resultan 9,683 hombres de general á tambor, según los estados originales de fuerza que existen en el Arch. San Martín, vol. LI. M. S. y en Arch. general, leg. «Exto. de los Andes, 1817», M. S. S.

([47]) Carta de San Martín al virey Pezuela, de 30 de octubre de 1817, borrador autógrafo de puño y letra de San Martín. (Arch. San Martín, vol. XLIII. M. S.)

expedición al Perú, como ya lo había hecho antes de emprender la reconquista de Chile. A su tiempo se dirá el resultado de este nuevo trabajo con que el generalísimo del Ejército Unido inauguraba su política militar.

IX

Bajo los auspicios de la alianza político-militar, íbase operando por la acción de factores intrínsecos y secundarios de uno y otro pueblo, una evolución espontánea, que á la manera de una corriente oculta hacía su trabajo. Era la elaboración lenta y gradual de la alianza social, determinante de otros fenómenos que el tiempo pondrá en evidencia. Estos dos pueblos, tan análogos por su temple viril y sus nativos instintos democráticos, como desemejantes por su índole y su genialidad, se confundían en los puntos de contacto por atracciones y gravitaciones naturales, obedeciendo á sus tendencias nativas bajo la ley de sus futuros y comunes destinos. ([48]) Y debe atribuirse á esta causa latente y lejana la consistencia de su movimiento revolucionario, así como el hecho de que, cuando las instituciones libres han naufragado en casi toda la América por los abusos y vicios de gobernantes y gobernados, estos dos pueblos gemelos antes y después, en medio de sus desvíos y vicisitudes, hayan salvado el crédito de la república en el hemisferio sud, y sean su grande esperanza como lo fueron en los tiempos heróicos en que la fundaron por sus armas coligadas.

Los dos pueblos se respetaban y se estimaban sin amarse, y se complementaban en el orden étnico y social así como en el político y militar, sin perder su originalidad, supliendo la deficiencia de sus respectivos órganos de acción ó exaltando su energía por el estímulo en la tarea solidaria. El contacto de un grupo selecto de uno de los dos pueblos y la cooperación activa y pasiva de la masa del otro, determinaba una mayor suma de fuerzas que obraban como agentes superiores y se imponían á las voluntades á despecho de ellas mismas. La brillante oficialidad del ejército de los Andes, que llevaba en sí

([48]) Véase el desarrollo de este tópico, en el cap, VI, § I.

la rica sávia de la juventud argentina, llena de petulancia y de gracia, se infiltraba en la sociedad chilena, y á la par de modificar un tanto la grave reserva de sus hermanos de ultra-cordillera, sostenía con honor el pendón de la galantería ante el bello sexo, con el prestigio de los frescos laureles que la coronaban. Muchos de ellos, vencidos esta vez por la belleza y el encanto de las mugeres chilenas, constituyeron su hogar en la tierra libertada, creando así un nuevo vínculo entre los dos pueblos. Entre ellos, el vencedor del Gavilán se unió á la histórica familia de los 800 (los Larrain), y hasta el mismo diplomático argentino ligó su nombre á otro nombre histórico de Chile (Spano), estableciéndose una corriente de afectos domésticos internacionales que se ha prolongado. Esta no es sinó una de las faces parciales de la evolución que hemos indicado, y á que las manifestaciones externas de la vida cooperativa concurrían en otro sentido, creando sentimientos y estableciendo contactos de confraternidad y solidaridad.

San Martín, eslabón de acero de la liga guerrera, era también el vínculo de esta alianza social que se operaba espontáneamente. Su salón era el centro donde se reunía lo más selecto de la sociedad chilena y argentina de Santiago. La tradición ha perpetuado en Chile á la par de el de sus glorias, el recuerdo de las «tertulias de San Martín», con que él pagaba la hospitalidad que recibia. «Estas tertulias, dice un historiador chileno, tenían un caracter culto, patriótico y significativo. Era la fraternidad de dos pueblos en los afectos del corazón, en la adoración de la belleza, en los tiernos homenages al heroismo. Invariablemente, antes de romper el primer baile, todos los asistentes se agrupaban en un gran círculo, cojidos de las manos los caballeros y las damas, y al són de la música de los cuerpos militares, se cantaba en coro la canción argentina como un homenage á la patria y á la bandera bajo la cual Chile había sido redimido. En seguida, casi siempre presidido por San Martín, se rompía el primer minué de honor, y la tertulia se prolongaba grata y festiva hasta las altas horas de la noche.» (49) Otro cronista, chileno también, completa el cuadro: «Franco, desenvuelto y elegante en sus maneras, San Martín, en la flor de su

---

(49) Vicuña Mackenna, «Relaciones históricas», que cita en comprobación el testimonio de su propia madre, que llevaba el apellido histórico de Mackenna.

vida, (39 años) reinaba en los salones y era la figura mas visible y presente en todas partes, como lo era en los campamentos. En esas reuniones de San Martín, se leían y comentaban los partes del ejército del sud, las noticias de Buenos Aires y de Europa, y se mantenía y alentaba el entusiasmo patriótico. El general, enemigo del lujo, siguiendo su tendencia á disciplinarlo todo, suplicaba con frecuencia á las personas que honraban sus salones, se presentasen con la mayor sencillez. Refiérese que en cierta ocasión, habiendo asistido una dama con un traje más lujoso del que prescribía la ordenanza suntuaria, San Martín, sin abandonar su cortesía y su tono familiar, trató de significárselo. La señora, sin dejarse correr por esta advertencia, replicó: «Vd. se admira del lujo con que me presento porque ya se había acostumbrado á la pobreza de las mendozinas.» (50) Y era la pobreza de las mendozinas la que principalmente había contribuido á la libertad y riqueza de Chile! También se jugaba la malilla, y algunas noches la caja del cuartel general costeaba las pérdidas de las señoras, habiendo pasado las deudas de este género á la posteridad inscriptas en las cuentas del gran capitán. Y como un tributo á la popularidad, á veces los walz y las contradanzas se alternaban con bailes nacionales con acompañamiento de guitarra tocada por un hombre del pueblo, y el capellán que llevaba la contabilidad del general, apuntaba: «Por *dos pesos* que se gratificaron al que tocó la guitarra en una noche que se bailó alegre.» (51) Felices tiempos en que las alegrías de los poderosos sólo costaban dos pesos!

En medio de estas alegrías, la vida del general de los Andes, era austera y dura como la de un lacedemonio, que también llevaba bajo su uniforme de soldado un zorro escondido que le desgarraba las carnes, sin hacer un gesto de dolor. Se ha dicho de él que era sibarita, glotón y borracho. La cuenta de gastos privados llevada por mano agena, y el testimonio unánime de sus contemporáneos, prueban que

(50) Ignacio Zenteno, hijo del secretario de San Martín, á la sazón ministro, quién como Vicuña Mackenna recogió estas anécdotas de boca de su madre.—El viajero inglés Haigh, en sus «Sketches of Buenos Aires, Chile and Perú», p. 133, también habla de estas tertulias, donde fué presentado á San Martín, y que de paso perfila su retrato.

(51) Cuentas de San Martín, etc. cit. (Arch. San Martín, vol. XLVII. M. S.)—Véase «Cuentas del Gran Capitán» por B. Mitre.

«no amaba los placeres, ni el vino, ni el deleite de las pasiones misteriosas, aunque gustaba de las alegrías agenas, y comprendía que el fausto, la cordialidad social de los banquetes y saraos son medios sencillos de gobernar á los hombres». Á las 4 de la mañana se levantaba de su catre-cofre de campaña y preparaba él mismo su café militar. En seguida arreglaba sus apuntes, y á las 5 recibía á su secretario, obligado á presentarse puntualmente á esa hora. Hasta las 10 se ocupaba en los detalles de la administración militar, distribuyendo por sus manos hasta costuras de uniforme como lo hacía en Mendoza. Después de media hora de reposo recibía al jefe del estado mayor. Luego daba audiencia pública, oyendo con paciencia á las mujeres, y con especial indulgencia á los simples soldados. Su desayuno cra muy ligero. Á la una del día hacía su única comida, en la cocina, en soldadesca conversación con su negro cocinero, eligiendo dos platos, que rociaba con un par de copas de vino de su querida Mendoza. Su plato predilecto era el asado, preferido siempre por los hombres de trabajo, que no tienen tiempo que perder en la digestión, por contener en menor volúmen mayor poder de nutrición. Era el momento de su cuarto de hora, que algunos aprovechaban para solicitar gracias. A las cuatro de la tarde se servía su mesa de estado á sus espensas,—en la que se invertían *diez pesos* diarios,—la que era presidida por don Tomás Guido, su confidente y su compañero de habitación. Él concurría á los postres á tomar el café, en cuya ocasión se entregaba á espansiones de camarada, amenizando la conversación con chistes y anécdotas que sazonaba con la sal andaluza de sus recuerdos de Cadiz. Por la tarde recibía visitas ó hacía ejercicio, paseando por la alameda ó los tajamares de la ciudad. Al anochecer volvía á la labor del bufete, y se imponía de la correspondencia del día. Á las 10 de la noche, á la hora del silencio militar, se echaba en su catre de campaña para dormir artificialmente, y volver á recomenzar la misma tarea al día siguiente. Como por los dolores neurálgicos y reumáticos que lo aquejaban le era difícil conciliar el sueño, abusaba del ópio en forma de morfina, droga que su médico el doctor Zapata le propinaba, con exceso. (52) Ésto y el cigarro ne-

(52) General T. Guido «Primer combate de la marina chilena», en la «Rev. de B. Aires» número 12 de 1864.

gro, era su grande y su pequeño vicio; pero así como economizaba la pólvora y cuidaba de sus cartuchos, él mismo picaba su tabaco, y aún se conserva como un recuerdo de sus austeras costumbres la tabla y el cuchillo con que lo hacía.

El estado moral de San Martín en aquella época, es una página digna de la historia psicológica de los grandes hombres. Ántes de cumplir los cuarenta años y al ir á culminar el meridiano de su gloria, era presa del hastío de la vida, que según la escuela pesimista á que por instinto se anticipaba, marca al más alto nivel del hombre moral, cuando se comprende, que después de cumplida la tarea, la vida no merece la pena de ser vivida dos veces. Por este tiempo (julio de 1817) se sintió próximo á morir, y así lo creyeron los amigos que lo rodeaban y los facultativos que lo asistían. Así lo comunicó Guido al gobierno argentino, adjuntando el informe del cirujano Zapata. Los vómitos de sangre se habían repetido. « La com-« plicación de negocios, dice Guido, que ha cargado sobre el « General redobla sus trabajos, y aniquiladas las fuerzas cor-« porales por ataques violentos, se agrava por instantes el pe-« ligro de una vida tan apreciable.» ([53]) En tales momentos, trazó con mano firme una renuncia, en cierto modo póstuma, por que solo después de sus días fué conocida:—« El benefi-« cio de mi patria será el último deseo que me acompañe al « Sepulcro; por esta razon debo de prevenir que el estado de « mi salud me tiene expuesto á una próxima muerte, y que, en « este caso podrían resultar males incalculables á la causa si no « se previene con anticipación, nombrando al que debe susti-« tuirme.» ([54]) Fué entónces cuando el general Antonio Gonzalez Balcarce, el vencedor de Suipacha, fué á compartir con San Martín las tareas del mando en jefe, como segundo del Ejército Unido.

Las confidencias de esta época revelan una profunda tristeza mezclada á grandes esperanzas, que se esplica por su aislamiento moral en el gran papel histórico que desempeñaba en el drama de la revolución. El grande hombre de guerra, ad-

---

([53]) Doc. reservados del Arch. gral. M. S. Se han publicado en « Papeles del General Guido, » p. 25 y sig.

([54]) Doc. autógrafo de puño y letra de San Martín, con la ortografía del texto, que se conserva en el Arch. gral. Fué publicado por primera vez en nuestras « Comp. Hist., » 2ª parte, p. 265. Véase Apéndice.

mirado en el Plata y aceptado como una necesidad en Chile, nunca fué amado ni verdaderamente popular, en uno ni otro país: no existía entre él y ellos esa corriente de simpatías cuyas vibraciones ponen en comunicación las almas. Amaba á la república argentina como su patria y á Chile como colectividad, pero solo se sentía feliz en el punto medio que habia sido el vínculo de su alianza,—en Mendoza,—pero estaba divorciado de su política interna y de las pasiones tumultuosas de los partidos contemporáneos. Era americano ante todo, sin dejar de ser argentino. Lastimado por unos y otros, llevaba en su corazón una llaga secreta, ocultada estóicamente, que á veces le hacía exhalar quejas comprimidas, como alma solitaria, que no tenia afecciones íntimas, y estaba condenado á no tener ni hogar. No tenía, ni tuvo jamás en su patria más amigo que Pueyrredón, ni más amistad calurosa que la de Belgrano. En Chile no tuvo más amigo que O'Higgins. Don Tomás Guido, su confidente y su colaborador, intervenía en su vida más bien como complemento de su acción que como elemento moral incorporado á su ser. Su único confidente íntimo era Godoy Cruz, en quién depositaba sus sentimientos. Este aislamiento moral en medio de su gloria, que constituía una poderosa influencia, pero que no era un poder público ejercido directamente, esplica su alejamiento de las cosas del gobierno político, y su consagración esclusiva á la causa de la independencia americana, su gran pasión, que puede llamarse una misión en todo el rigor de la palabra, y que lo llevó á americanizar la revolución argentina.

Sin exagerar el carácter moral de San Martín, puede decirse de él, que como genio concreto, según lo hemos definido, la actividad de su mente se revelaba al exterior por sus acciones, mientras sus pensamientos y sus sentimientos íntimos circulaban silenciosamente en el interior como una corriente subterránea. Sin más vinculaciones con los dos pueblos que las de sus grandes designios, sus juicios de los hombres y las cosas que le rodeaban, en aquel momento psicológico en que se consideraba próximo á la muerte, reflejan este estado morboso-psicológico:—« Mi salud sigue en malísimo estado—escribía á « su confidente íntimo;—conozco el remedio: es la tranquili- « dad; pero mi estraordinaria situación me hace víctima des- « graciada de las circunstancias. No hay filosofía para verse « caminar al sepulcro, y con el desconsuelo de conocerlo y

« no remediarlo. Me hago violencia en habitar este país: en « medio de sus bellezas encantadoras, todo me repugna en él: « los hombres en especial son de un carácter que no confron- « tan con mis principios y aquí tiene un disgusto continuado « que corroe mi triste existencia. Dos meses de tranquilidad « en el virtuoso pueblo de Mendoza me volverían la vida». [55]

---

[55] Carta de San Martín á Godoy Cruz, de 22 de julio de 1817. (Arch. San Martín, vol. XLII, M. S.)

CAPÍTULO XVII

CANCHARRAYADA

AÑO 1817-1818

Contraste en los años 1817 y 1818—Prospecto histórico—Situación política, económica y militar de Chile—D. Luis de la Cruz, director—Estado de la guerra continental—Pezuela reemplaza á Abascal en el vireynato del Perú—El general La Serna toma el mando del ejército del Alto Perú—Planes militares del virey del Perú antes de Chacabuco—El virey del Perú prepara una nueva expedición contra Chile—San Martín tiene noticia anticipada de este plan—Misión ostensible y secreta del mayor Torres al Perú—Zarpa la expedición realista del Callao—Plan de invasión de Pezuela—Retirada del ejército del sud—Declaratoria de la independencia chilena—Plan de campaña de San Martín — Forma un nuevo ejército al norte — Reconcentración del Ejército Unido—Maniobras preliminares de ámbos ejércitos—Crítica de ellas—Se avistan los dos ejércitos en Talca—Teatro de las operaciones—Sorpresa de Cancharrayada—Dispersión del Ejército Unido—Famosa retirada de Las Heras—Efectos de la derrota de Cancharrayada en la capital—Dictadura de 48 horas de Rodriguez y su papel histórico—O'Higgins reasume el mando—San Martín reacciona contra la derrota—Recepción triunfal de la columna de Las Heras—Reorganización del Ejército Unido—Espectativa.

I

El año 1817 habíase inaugurado con una gran victoria, que dió la señal de la guerra ofensiva sud-americana, terminando con una derrota de las armas que detenían sus progresos. El año 1818, debía, á la inversa, inaugurarse con una derrota y terminar con una victoria más grande aún, que decidiría de sus destinos. La revolución de Chile adquiriría con ella su consistencia definitiva, su independencia quedaría asegurada para siempre, la alianza argentino-chilena afirmada y la base de

operaciones de su campaña continental consolidada por mar y por tierra. Desde este momento todas las fuerzas de la insurrección sud-americana converjirán de los extremos hacia el centro, reaccionando contra el poder colonial de la España; lo estrecharán en su último baluarte, el Perú, donde reuniendo sus esfuerzos, combinarán sus operaciones para asestarle el golpe final, dándose allí la mano los dos grandes libertadores del sud y del norte: San Martín y Bolívar.

Para comprender mejor el enlace lógico y cronológico de estos acontecimientos se hace necesario darse cuenta de la situación interna de Chile, por ser el eslabón que une la revolución argentina americanizada con la revolución de toda la América meridional insurreccionada en pro de su idependencia, desde Méjico hasta Patagones y Arauco.

En la época á que hemos llegado, Chile era una colectividad orgánica, sin formas definidas todavía, pero que poseía en sí todos los elementos de una nacionalidad original y vigorosa: cohesión genial dentro de su constitución geográfica; patriotismo indígena, energía nativa de raza y tendencias pronunciadas de independencia, en medio de una democracia embrionaria combinada con uua aristocracia territorial y política. La masa que la constituía, impenetrable hasta entónces á la acción externa por razón de su aislamiento geográfico y su excéntrica organización social, habíase conmovido por el impulso de los acontecimientos, y disciplinada como fuerza activa, decidióse por la causa de la independencia obedeciendo á sus instintos, y por este solo hecho formaba una agrupación coherente, animada de una pasión é impulsada por su propio resorte. Convertido su territorio en teatro de la guerra por su emancipación y en base de operaciones de una campaña continental, su organismo político asumía la forma más elemental, cual es la de un pueblo revolucionado, convertido en ejército, con una clase política dirigente, y una dictadura político-militar á que todos se subordinaban sin violencia y que no tenía mas apoyo que las bayonetas nacionales y aliadas. Era una situación de fuerza, como lo hemos explicado antes, pero era á la vez un conjunto coherente de fuerzas activas que gravitaban naturalmente en el sentido de sus atracciones

El roze revolucionario y la presión niveladora del despotismo extraño, desgastó los particularismos provinciales y las desigualdades que en un principio obstaron á la unificación

nacional; las comunes desgracias y los esfuerzos solidarios persiguiendo un propósito general, crearon un nuevo espíritu público. La desaparición de los gobiernos personales de cuartel ó de familia, de ficciones municipales ó de localidad, y el establecimiento de una autoridad nacional moderada y fuerte, daban al poder público consistencia y equilibrio. El orden administrativo, las reformas graduales tendentes á implantar un nuevo orden de cosas ó modificar el semblante de las antiguas, á la par del progreso de las ideas políticas, imprimían á esta situación un caracter, señalándole ideales que unos divisaban al través de sus instintos y otros alcanzaban con su razón. En tal estado de cosas, la independencia era un hecho y la república una consecuencia necesaria, á que sólo faltaba revestirse de formas legales; pero como para declarar la primera y perfeccionar la otra debía ser consultada la voluntad nacional, y lo provisorio y lo discrecional imperaban como constitución de hecho con el asentimiento general, sin resistencia de parte de los que obedecían por su propia voluntad, esta era una cuestión de forma y de circunstancias. Los tristes recuerdos de los ensayos parlamentarios de 1810 á 1814, que tan funestos resultados habían dado, alejaban á todos de la convocatoria inmediata de un congreso. Por otra parte, era condición tácita de la alianza argentino-chilena no hacer tal convocatoria hasta la terminación de la guerra en el territorio reconquistado, á fin de que la autoridad ejecutiva obrase con toda la amplitud de facultades para mantener la unidad revolucionaria y la eficiencia de la acción militar. Así es que, uniformada la opinión de los que mandaban y subordinados buenamente los que obedecían, la situación política era compacta, y todo concurría á dar consistencia á la revolución y temple á las armas de combate.

No faltaban, empero, resistencias morales y materiales á este régimen de fuerza, impuesto por la circunstancias y mantenido por el instinto de conservación de la gran mayoría del país. Aún cuando la decisión por la causa de la independencia fuese cuasi unánime, la causa del rey contaba con partidarios en el sud, como lo demostraba la resistencia popular de Arauco y las montoneras entre el Bio Bio y el Maule. Las aspiraciones á un orden de cosas más regular, satisfechas hasta cierto punto en las clases ilustradas, pugnaban sordamente contra el régimen imperante que sólo aceptaban como una necesidad y una transición, pero no como sistema de gobierno permanen-

te. No así muchos de los que mandaban, que bien avenidos con sus posiciones oficiales, pretendían perpetuarse, vinculando á ellos intereses sórdidos ó egoistas. El mismo director O'Higgins, no obstante su moderación y la elevación de su patriotismo, no estaba exento de esta debilidad, introduciendo así desde muy temprano en su gobierno anormal, un principio de descomposición prematura que debía acabar con él. Además, los dos partidos en que se dividió la revolución chilena desde los primeros días, no habían desaparecido, y aún cuando sólo estaban representados en las clases dirigentes, no faltaba al partido carrerino caido y perseguido, cierta opinión nacional que le daba su razón de ser, ni tampoco carecía de caudillos audaces y prestigiosos que pudieran mover la masa popular en su favor, al ménos para perturbar el orden público interno. Sin el apoyo de la alianza argentina, y sin la intervención eficaz del ejército de los Andes, que ocupaba militarmente el país, y con sus bayonetas sostenía la autoridad establecida sobre la base de un partido predominante, y sobre todo, sin la influencia decisiva y moderadora de San Martín, la lucha intestina se hubiera renovado. Esto mismo, contribuía á crear otro género de resistencias á la situación, sublevando pasiones y sentimientos que son naturales en todos los pueblos libertados é intervenidos. La deuda de gratitud reconocida, pesaba á unos, y lo que por otros se consideraba una imposición de la influencia estraña levantaba protestas, que no por ser secretas dejaban de influir en la opinión, y de este modo, los sacrificios de sangre y de dinero que la alianza argentina imponía al pueblo, se atribuían á ella exclusivamente. En honor de la verdad histórica debe decirse, sin embargo, que á pesar de todo esto, el país estaba apasionado por la gran idea de llevar la bandera de la revolución más allá de sus fronteras, reaccionando contra la tendencia de reconcentrarla en ellas, pero el espíritu de quietismo habría predominado al fin, sin la decisión de O'Higgins, que puso toda su alma y todo cuanto podía y valía para cooperar á los planes continentales de San Martín, como se verá después.

En medio de los males y trastornos que son consiguientes al estado de guerra, la condición del pueblo había mejorado, y si sufria pesadas cargas, las sobrellevaba en beneficio propio, brindando sus servicios personales ó concurriendo con donativos voluntarios al sostén de la causa revolucionaria. Las

contribuciones, los empréstitos forzosos, los auxilios bélicos, no eran menores que en tiempo de la dominación española, pero se exigían en nombre del interés público, y como á la vez la fuente de la riqueza se acrecentaba por un sistema de hacienda mejor entendido, el sentimiento cívico por una parte y la mayor prosperidad por otra, alimentaban esta corriente entre los ingresos privados y los egresos públicos. Las rentas fiscales, que antes de la revolución no alcanzaban á medio millón de pesos, ascendían á más de dos millones de pesos en 1817. Con estos recursos se atendía al presupuesto civil y militar, se sostenía un ejército de más de 8,000 hombres, se compraban buques para armar una escuadra que dominase el Pacífico, se mantenía el ejército de los Andes cuyos sueldos estaban á su cargo, se emprendían nuevas obras públicas, y después de todo esto, aún podía presentar en su balance anual un excedente que hacía honor al orden y la severa economía con que en todo tiempo, aún en los revolucionarios, han sido administradas las finanzas chilenas. En cuanto á su estado militar, ya lo hemos estudiado en el capítulo anterior, (Véase cap. XVI, § VIII), quedando algo por agregar en su oportunidad. En presencia de estos datos estadísticos, preciso es reconocer, que sin el concurso eficaz de Chile, la empresa preparada por San Martín en Mendoza, jamás se habría llevado á cabo, como debe reconocerse, que sin el auxilio argentino, ni Chile se habría libertado, ni habría tenido la gloria de cooperar á la emancipación del resto de la América. Aisladas ámbas naciones, la una se habría consumido dentro de sus límites territoriales, trabajada por la anarquía interna, y la otra habría concurrido á robustecer el poder español, interponiendo una barrera insalvable entre la revolución del sud y del norte del continente. Unidos, se salvaron recíprocamente, dieron la libertad al Perú, é hicieron posible el triunfo final que coronó la independencia de las colonias hispano-americanas. Esa es la gran gloria de la alianza argentino-chilena, cuyos lineamientos han sido trazados ya. (Véase cap. XVI).

Hemos apuntado ántes, que el director delegado Quintana, había sido sustituido por una junta gubernativa de chilenos, designada por la Logia de Lautaro, con acuerdo de O'Higgins y San Martín, dando así satisfacción al espíritu público nacional; pero esta forma de gobierno no llenaba las exigencias de la situación, y fué reemplazada (el 16 de diciembre de

1817) por otro director delegado « para que las deliberaciones ejecutivas tuviesen la rapidez que las circunstancias requerían.» Recayó la elección en el coronel chileno Luis de la Cruz, hombre de principios liberales, de caracter honorable, administrador laborioso y organizador bastante inteligente, que en su calidad de amigo de O'Higgins y admirador de San Martín, era la persona más adecuada para conservar fielmente el depósito del poder, manteniendo la armonía entre los aliados en el sentido de sus planes políticos y militares. En 1806 había ejecutado una atrevida y útil empresa al frente de un pequeño destacamento, practicando á su costa un reconocimiento de la cordillera de los Andes y el territorio de los indios pehuenches, con el ebjeto de abrir un camino carril entre la ciudad de Concepción y la de Buenos Aires, cuya relación escrita por él ha sido recogida por la posteridad como un precioso contingente suministrado á la geografía y la etnografía de la pampa central en la región de lo desconocido. (1) Durante su permanencia en Buenos Aires, púsose en contacto con los hombres más distinguidos de aquella época que debían figurar más tarde en la revolución argentina, y de regreso á Chile contribuyó á uniformar los trabajos de los patriotas de ámbos países. Al estallar la revolución chilena, se afilió en el partido de Martinez Rozas, sosteniendo con él la conveniencia de la alianza argentino-chilena. Miembro de sus primeras asambleas deliberantes y soldado en sus primeras campañas, fué hecho prisionero en 1813 y confinado á la isla de Juan Fernandez, hasta que la victoria de Chacabuco puso término á su cautiverio.

Tal era la situación interna de Chile al terminar el año de 1817, en momentos en que el ejército del sud esperimentaba el contraste de Talcahuano y se anunciaba una nueva expedición realista del Perú (diciembre de 1817).

II

Á medida que el movimiento emancipador se condensaba por segunda vez al sud de la América bajo la dirección de

(1) Véase Angelis, «Cól. de doc. relat. al R. de la Plata», t. I, en que se registra el viaje de Cruz, precedido de una breve biografía.

San Martín, y que igual fenómeno se operaba al norte del continente bajo la influencia de Bolivar, á la manera de dos polos cargados de electricidad cuyas corrientes producirían el rayo revolucionario, el círculo de la reacción española se reducía. Todo indicaba que esta iba á ser sofocada en el centro de su poder. La reacción española había alcanzado su apogeo con la expedición de Morillo,—último esfuerzo de la metrópoli,—y con la reconquista de Venezuela y Nueva Granada. (1815-1817) En el sud, Sipe-Sipe fué su culminación y Chacabuco marcó su descenso. (1815-1817) En este intervalo, algunas modificaciones se produjeron en el mando político y militar del Alto y Bajo Perú, y desenvolviéronse operaciones bélicas en la frontera del norte argentino, las cuales tenían á Chile por objetivo más ó ménos directo. Abascál, el domador de las revoluciones del Alto Perú, de Quito y de Chile, que salvara la causa realista en los comienzos de la insurrección irradiando el poder de su política y de sus armas desde el Bajo Perú, había sido reemplazado como Virey por el general Pezuela, el vencedor de Vilcapugio, Ayohuma y Sipe-Sipe. (1815) El general José de la Serna, de quién nos ocuparemos después, tomó el mando del ejército del Alto Perú. (1816) Pezuela, aunque laureado personalmente por grandes victorias no poseía las notables cualidades de su antecesor; pero siguiendo su impulsión perseveraba en el plan de reacción que éste le había trazado. Al ver amenazado á Chile por el ejército de los Andes que San Martín formaba en Mendoza, ordenó al general La-Serna la invasión del territorio argentino, (1815) con prevención de adelantar hasta Tucumán, á fin de efectuar una poderosa diversión, que paralizase la invasión, como ántes Abascál la había intentado para salvar á Montevideo, cuya caida determinó la retirada de los realistas según se relató en su lugar. (2) Los gauchos de Salta y de Jujuy, bajo la dirección de Güemes, sostenidos por el ejército de Belgrano acantonado en Tucumán, bastaron como en 1814 para contener esta invasión. La reconquista de Chile, determinó como entonces su desastrosa retirada, (1817) quedando por siempre inmunes las fronteras ar-

---

(2) Ofi. de Pezuela á Márcó del Pont de noviembre de 1816, interceptado después de Chacabuco, y pub. en la *Extraordinaria* de B. A. de 11 de marzo de 1817.—Camba, «Memorias» et., t. I, p. 220.—Torrente, Hist. de la Revol. Hisp. Amer., t. II, p. 226.—Véase cap. XXXI y XXXII de la 4ª ed. de la «Historia de Belgrano».

gentinas por sus dos únicos puntos vulnerables del norte y del oeste.

La pérdida de Chile, cuya influencia se hacía sentir tan lejos, no produjo en el ánimo del nuevo virey la impresión que debiera. Pensó sin duda que los restos del ejército realista que habían quedado en el país, bastarían para continuar la guerra, y como no era hombre de ideas, como Abascál, ni tenía plan alguno, se puso á la defensiva por la parte del Alto Perú y á la espectativa por la parte de Chile. La llegada de los fugitivos de la derrota de Chacabuco no bastó á abrirle los ojos: limitóse á ordenar su regreso inmediato, sin permitirles desembarcar, con prevención de ponerse á las órdenes de Marcó, que suponía al frente de la resistencia, ó bien á las del jefe que lo reemplazase, separando del mando de ellas á Maroto y Barañao, que no volvieron á figurar en su antiguo escenario. Con este contingente de fugitivos habia intentado Ordóñez su malograda empresa del Gavilán y sostenido el sitio de Talcahuano. Cuando se convenció que con estas fuerzas, apenas podrían mantenerse los realistas encerrados en un punto del territorio, se apresuró á auxiliarlos con víveres y municiones, alentándolos á la resistencia, pero con orden de no comprometer acción formal mientras con mayores elementos iba en su auxilio. Al fin comprendió, que la pérdida de Chile, podía importar la de América, y que su recuperación era cuestión de vida ó muerte para el poder colonial. «Dejando á los « insurgentes de Buenos Aires (decía á su gobierno) en pacífica « posesión de Chile, es muy fácil á su genio activo y emprendedor, con los auxilios que sordamente le prodigan los extranjeros, como lo han hecho hasta aquí, y con los que reciban « de su capital, arreglar una expedición é invadir en ocho días « de navegación las indefensas fronteras de Arica á Mollendo, y propagando la infidelidad en los dispuestos ánimos de « la mayor parte de los habitantes, conmover las provincias « interiores del Bajo Perú, y las levantarían en masa, con lo que « obligarían á retroceder á nuestro ejército, y de consiguiente, « facilitarían al que ellos tienen en Salta, Jujuy y el Tucumán, « á que adelante y se apodere de Potosí, Charcas y Cochabamba, poniendo en el más crítico estado de perderse toda « esta América.» (3) El arribo de nuevos refuerzos de tropas

(3) Ofi. del virey Pezuela al ministro de la guerra de España, de 19 de

llegados de la península por la via del cabo de Hornos y de Panamá, lo habilitó para organizar por la cuarta vez,—que debía ser la última,—una expedición sobre Chile. Al efecto, preparó sigilosamente todo, contando sorprender á San Martín, y recuperar en poco tiempo el reino perdido. Pero esta vez tenía que habérselas con un general más cauto, pues como lo observa un historiador español « los enemigos con quiénes iba « á combatir eran muy distintos de los vencidos en Ranca-« gua. » (4)

Como se dijo ántes, el primer uso que San Martín hizo de su autoridad de generalísimo del Ejército unido, fué dirigirse en nombre de los aliados al virey del Perú, proponiéndole la regularización de la guerra y un canje de prisioneros. Este era el objeto ostensible; pero como todos los actos del general de los Andes, tenía su lado misterioso. Además del alcance diplomático que le hemos señalado (Véase cap. XVI, § VIII), el propósito principal era abrir relaciones secretas con los patriotas del Perú y penetrar los planes del enemigo. Fijóse para desempeñar la comisión de parlamentario en el mayor argentino Domingo Torres, oficial oscuro, que por lo mismo no despertaría sospechas, pero cuya sagacidad había calado con su habitual penetración de los hombres y de sus aptitudes especiales.

El comisionado de San Martín partió de Valparaíso el 1º de noviembre en la fragata británica *Amphion* que montaba el comodoro Bowles, y arribó al Callao en circunstancias en que Pezuela se ocupaba de hacer los últimos aprontos de su proyectada expedición contra Chile. Como lo había calculado el general, la negociación sobre la regularización de la guerra y canje de prisioneros no tuvo por el momento ulterioridad; pero llenáronse completamente los objetos de la misión secreta según se explicará á su tiempo. El parlamentario patriota fué recibido por el virey con aparente cortesía, y alojado en una fortaleza. Gradualmente relajóse esta vigilancia y pudo trasmitir á los patriotas la palabra de orden que llevaba, hacerles llegar sus comunicaciones escritas ó verbales y reunir

---

setiembre de 1817.—« Instrucción que el virey de Lima dá al brigadier Osorio » etc. de 4 de diciembre de 1817, interceptada en Maipu, y publicada en la « Gaz. Min. de Chile, » núms. 61-64 del 10 al 31 de octubre de 1817.

(4) Camba « Memorias » etc. t. I, p. 266.

todos los conocimientos que necesitaba. Por este medio obtuvo de la misma secretaría del virey noticias detalladas sobre la expedición que se preparaba, incluso su plan de invasión. En posesión de estos preciosos datos, regresó á Valparaíso en la misma fragata que lo condujera, en los primeros días de enero de 1818, casi al mismo tiempo que la expedición realista (4 á 15 enero 1818) avistaba las costas de Chile. [5] El virey que había pensado sorprender á su enemigo, lo encontraba, no solo prevenido, sinó al cabo de sus más secretos planes.

III

La nueva expedición preparada contra Chile era respetable, pero no suficiente para ejecutar la árdua empresa de reconquistarlo. Formábanla tres batallones, un regimiento de artillería con diez piezas de campaña, dos escuadrones de caballería y una compañía de zapadores, con armamento de repuesto, que sumaban un total de 3,400 veteranos bien equipados, los que unidos á los 1,700, de Ordóñez en Talcahuano compondrían un ejército de mas de 5,000 hombres. [6] Hacían parte de ella dos famosos batallones de infantería llegados de la península,

---

(5) Antes del regreso de Torres, se tenía ya en Chile noticia de los aprestos de la expedición. Una lancha chilena armada en corso *(N. Sra. de Mercedes,* alias *Fortuna)* había apresado el 24 de noviembre la fragata mercante española *Minerva* y al bergantín idem *Sta. María de Jesús,* procedentes del Callao. Por este conducto se tuvo el primer aviso el 8 de diciembre de 1817, precisamente el mismo día en que las primeras embarcaciones de la expedición partían del Callao. Este anuncio, aunque confuso, dió la primera alarma, así es que, cuando llegó Torres á Valparaíso, ya San Martín estaba prevenido; pero sólo con los conocimientos que aquel trasmitió, pudo el segundo arreglar definitivamente su plan de operaciones, con perfecto conocimiento de causa.

(6) Torrente «Hist. de la Revol. Hisp. Amer.», t. II, p. 326, dice que la expedición constaba de 3,407 hombres. Barros Arana, refiriéndose á documentos realistas dá 3,262 hombres, á saber: Infantería, 2,807: Artillería y zapadores, 151: Caballería, 304. El virey Pezuela en las instrucciones dadas á Osorio en su oficio al ministro de guerra, dice: «Esta fuerza as- « cenderá poco más ó ménos á tres mil quinientos hombres, todos bien ar- « mados y con un repuesto de municiones superabundante como lo mani- « fiesta el estado núm. 2...... de suerte que reunido el número del ejército « expedicionario con el que defiende á Talcahuano, asciende el total á cin- « co mil doscientos hombres de las tres armas, y diez y siete piezas de ar- « tillería.»

que se habían distinguido en la guerra contra los franceses,—el «Burgos» y el «Infante Don Cárlos»,—que constituían como los dos tercios de su personal. El resto lo formaban, un batallón de Arequipa, un escuadrón de «Lanceros del Rey», venido de España, y otro de Arequipa, ámbos tan bisoños en el arte de cabalgar, que bien merecían la denominación de «maturrangos» que les daba San Martín, pues segun testimonio de un general español que presenció sus ejercicios, «los ginetes caían de los caballos que montaban, con notable facilidad». (7) Cuatro navíos y fragatas con 234 cañones y 300 hombres de tripulación formaban la flota expedicionaria, que debía cooperar al plan de invasión concertado en Lima.

El mando de esta expedición fué confiado al brigadier Osorio, el restaurador de Chile en 1814. El virey Pezuela reincidía en la falta de su antecesor cuando pospuso á Sanchez por Pareja y Gainza, posponiendo á la sazón á Ordóñez, que era el general indicado por sus méritos y por sus cualidades. No era talvez una gran cabeza militar, y le faltaba sin duda la prudencia necesaria para el mando en jefe, como lo demostró en Carapaligüe y el Gavilán, pero era un gran caracter, tenía el fuego sagrado del guerrero, el ímpetu que lo arrastraba á ir siempre adelante y sostenerse á todo trance en las situaciones más difíciles, y precisamente por esto mismo era el único que podía haber desconcertado la estratégia y la táctica metódica de San Martín, como había paralizado el desarrollo de sus planes después del desastre de Chacabuco, reaccionando en el sud y haciendo pie firme en Talcahuano. Contaba por otra parte con la opinión realista del país, y prescindir de él, era privarse de una fuerza é introducir un fermento de división en el ejército expedicionario. Para neutralizar el efecto de tal injusticia, que era á la vez un error, el virey le confirió el grado de brigadier y le prometió para después del triunfo la presidencia interina de Chile. Pero, lleno de desconfianzas, encargaba á Osorio, que vigilase la conducta sospechosa de los oficiales que habían servido á órdenes del defensor de Talcahuano, y que al abrir su campaña procurase dejarlo relegado al mando de esta plaza ó en Concepción.

El plan de Pezuela reposaba sobre la base del manteni-

---

(7) Camba «Memorias», etc., t. I, p. 266.

miento de la posición de Talcahuano, faltando la cual la expedición debía desistir de la invasión y regresar al puerto de Arica. (8) En el caso de que continuase ocupado por las armas del Rey, contábase efectuar el desembarco por ese punto, y batir de sorpresa al ejército patriota que lo sitiaba, cuya fuerza estimaba en tres mil hombres, limitando su persecución hasta el rio Maule. Ejecutada esta operación, y dominada la provincia de Concepción, que guarnecería convenientemente de manera de llamar la atención del enemigo hacia el sud, el ejército realista debía reembarcarse inmediatamente en los buques de la expedición, dirigirse á una de las caletas inmediatas á Valparaíso, y efectuar por ese punto la invasión, avanzándose á marchas forzadas sobre la capital, que suponía defendida por muy débiles fuerzas para resistirle. Poniéndose en el caso de que conviniera llevar la invasión por tierra, tomando por base de operaciones el sud, libraba las eventualidades al juicio de Osorio, recomendándole únicamente reservarse puntos de apoyo para una retirada, celeridad en sus movimientos y «no aventurar sin señaladas desventajas las « armas del rey á una pérdida irreparable.» (9)

Este plan era teóricamente bien concebido, en la suposición de que se llenasen todas sus condiciones y que los patriotas, «sorprendidos y aturdidos» según los cálculos de su autor, hiciesen precisamente lo que él se imaginaba. Dueño de la mar, podía elegir su punto de invasión á lo largo de las costas, especialmente entre Talcahuano y Valparaíso, y logrado el primer golpe, el dominio de la capital podía ser su consecuencia. Fallaba, empero en dos puntos capitales: primeramente en el hecho de la sorpresa, irrealizable ya contra un enemigo prevenido, y después, en la debilidad y dispersión de fuerzas que suponía al ejército unido, que como se ha visto constaba á la sazón de 9,000 hombres, y podía poner en campaña de 6,500 á 7,000 de buenas tropas, convenientemente situadas para recibir reunidas la invasión al centro ó al sud del territorio y dar cuenta de ella en una batalla. De todos modos, el plan de invasión estaba burlado.

---

(8) Las noticias que Pezuela tenía de Talcahuano, alcanzaban hasta el 9 de octubre, de manera que ignoraba el rechazo del asalto de 5 de diciembre de 1817.

(9) Instrucción del virey Pezuela al brigadier Osorio, cit.

La expedición zarpó del Callao en los primeros días del mes de diciembre (del 6 al 11.) El 4 de enero (de 1818) avistaron las primeras naves las costas de Talcahuano, y á mediados del mismo desembarcaban las tropas en medio del estruendo de los cañones de las fortalezas que saludaban su llegada. Esta salva fué oída por el ejército patriota á orillas del Itata en retirada hacia la capital. Este movimiento hizo comprender á Osorio que su plan de campaña estaba descubierto, y frustrado el proyecto de invasión á inmediaciones de Valparaíso, con la capital por objetivo. No le era ya posible dar alcance al ejército de O'Higgins que le había ganado la delantera, y el reembarco léjos de proporcionarle las ventajas que se prometiera, no hacía sinó dar á los patriotas más tiempo para operar su reconcentración. En ámbos casos se encontraría con todas las fuerzas enemigas reunidas en torno de la capital. El general español, irresoluto por naturaleza, sin inspiración ni decisión, carecía de las cualidades necesarias para dirijir con acierto la campaña, desde que tuviese que prescindir de la pauta que el virey le trazara. Limitóse á mandar bloquear á Valparaíso con su flota, empleó como quince días en engrosar y organizar su ejército en Concepción, y al fin, obedeció como una masa inerte á la impulsión que le comunicaron los jefes que llevaban en su ejército la verdadera voz de mando.

Ordóñez, movido por su natural impetuosidad, era de opinión de abrir inmediatamente la campaña sin perder tiempo en inútiles aprestos, persuadido de que, cuanto más rápidos fueran los movimientos ofensivos más débil sería la resistencia que encontraran de parte de los insurgentes, la que en su orgullo miraba muy en ménos. Esta opinión encontró un decidido apoyo en el jefe de estado mayor de la expedición, el coronel José Primo de Rivera, jóven fogoso, dotado de valor y algunos talentos, pero de poca experiencia militar. Osorio trepidaba en abrir la campaña, pero falto de ideas y de energía para sostener su opinión negativa de permanecer á la espectativa al sud del Maule, se decidió á dar la orden de marcha en los últimos días de enero, sin tener un plan ni una resolución fija, ni siquiera conocimiento de las posiciones y fuerzas de su adversario.

El 12 de febrero las avanzadas del ejército realista se hallaban á inmediaciones de la márgen izquierda del Maule, y oyeron cañonazos á la distancia. Era el ejército del sud en retira-

da conducido por O'Higgins, que celebraba en Talca el primer aniversario de Maipu y el advenimiento de la república chilena independiente.

IV

Los papeles estaban invertidos. Tocaba ahora al general de los Andes defender por mar el territorio que había invadido antes por tierra. El enemigo, dueño de las aguas, tenía á su disposición más de 2,000 kilómetros de costas como él había tenido más de 2,000 kilómetros de cordillera. Las primeras noticias que de la expedición se tuvieron en Chile (el 8 de diciembre de 1817) no habilitaban á San Martín para trazarse un preciso plan defensivo-ofensivo; pero bien aconsejado por la prudencia adoptó una actitud espectante que proveía á todas las eventualidades. Admitiendo la posibilidad de un desembarco por el norte (por Coquimbo), poca importancia le daba, y se inclinaba á creer que la invasión se efectuase por Valparaíso, teniendo por objetivo la capital. En esta inteligencia escribía oficialmente á O'Higgins (el 12 y 18 de diciembre): « El proyecto del « enemigo es probablemente interponerse entre nuestras fuer- « zas para batirnos en detalle y apoderarse de Valparaíso. Ase- « gure, pues, con tiempo su retirada al norte del Maule, toman- « do por defensa este río. Haga retirar con anticipación de « Concepción cuanto pueda ser útil al adversario. Vengan á « este lado familias, subsistencias de todo género y caballadas. « Hecho esto, es imposible que ningún cuerpo enemigo subsista « allí sin perecer de necesidad. » [10] Y confidencialmente le decía: « Pudiéndonos dar la mano ese y este ejército, seremos « siempre, no solamente superiores, sinó que podremos caer « sobre el enemigo y decidir en un sólo día de la suerte de Li- « ma. » [11] Su proclama en tal ocasión, firmada por él y Balcarce, es característica: « Soldados! Tenemos que daros una « agradable noticia. Nuestros enemigos los maturrangos pre-

(10) Notas de San Martín á O'Higgins de 12 y 18 de diciembre de 1817, cuyos originales existen en el Arch. del ministerio de la guerra de Chile. M. S. S.

(11) Carta de San Martín á O'Higgins de 11 de diciembre de 1817, pub. por Vicuña Mackenna, «Rel. Hist.»

« paraban una expedición con el objeto de visitarnos. Mucho « tiempo hace que estamos parados sin hacer nada de prove- « cho. Amigos, vamos á tener otro Chacabuco! »

Con arreglo á este plan, O'Higgins emprendió su retirada del frente de Talcahuano así que tuvo la certidumbre de que la invasión se efectuaba por este punto. El 1º de enero inició su movimiento retrógrado en dirección al norte, rechazando con ventaja en diversos encuentros los ataques que los realistas trajeron sobre su retaguardia. El 20 atravesó el Maule y se situó en Talca, seguido por toda la población del sud. Fué un exodo á la vez que una retirada. Más de 50,000 personas, llevando consigo sus ganados, acompañaron al ejército, movidos unos por su patriotismo y otros por las órdenes perentorias de O'Higgins, de conformidad con las instrucciones de San Martín. El objeto era hacer el vacío al enemigo, privándolo de recursos de subsistencia y movilidad, y así decía O'Higgins al vecindario: « Nos preparamos á dar el último golpe al « poder expirante del virey de Lima: es preciso que la sensibi- « lidad ceda á la política y que el sosiego de los habitantes se « sacrifique á la salud general. El día de la restauración uni- « versal no está léjos de nosotros: esta campaña fijará los des- « tinos de Chile, y acaso tambien los de la América. » ([12]) Y en prueba de la fe que tenía en el triunfo, hizo proclamar la independencia de la república chilena.

La independencia de Chile era un hecho, y su declaratoria una mera forma; pero en aquellos momentos, á la vez que un reto á los enemigos, dueños de la mitad del país y de todas sus costas, importaba determinar el caracter de la lucha y enarbolar con decisión la verdadera bandera de la revolución. En la imposibilidad de reunir un congreso nacional que lo efectuára, ó más bien, para no debilitar la acción del poder ejecutivo según los convenios de la alianza argentino-chilena, dispúsose abrir registros cívicos en que los ciudadanos consignaran su voto en pro ó en contra. (13 de noviembre de 1817) La idea fué acogida con entusiasmo popular, sin un solo voto por la negativa. Al redactar el acta en que el hecho se declaraba, algunos políticos estacionarios, que no se daban cuenta de la importancia de la variación, se

---

([12]) Ofi. de O'Higgins de 22 de enero de 1818. (Docs. del Arch. general, Leg. « General del Exto. de los Andes. » M. S.)

limitaron á consignar en ella los agravios inferidos á los chilenos por los españoles y á una protesta de fé católica. O'Higgins, con su buen sentido y bien inspirado por sus ideas liberales, negóse á aceptarla, manifestando que esto « importaría « proclamar una religión excluyente y prohibir la inmigración « de multitud de talentos y brazos útiles que abundaban en el otro « continente », y que por lo tanto el documento debía limitarse á « declarar solemnemente la independencia en nombre de los « pueblos, y hacer saber á la gran confederación del género « humano, que el territorio continental de Chile y sus islas ad- « yacentes, formaban de hecho y de derecho un Estado libre, « independiente y soberano, por siempre separado de la mo- « narquía española ». Así se hizo, y el Director supremo de Chile suscribió el acta el 1º de enero de 1817 en su cuartel general de la Concepción, en vísperas de la invasión. Fijóse en consecuencia la solemne proclamación en el primer aniversario de la batalla de Chacabuco. El gobierno al anunciarla al pueblo le decía: « Se aproxima el memorable 12 de febrero: « este día grande, que os recuerda el glorioso sacudimiento de « vuestra opresión, es tambien preparado para fijar la época de « nuestra emancipación política ». ([13])

En el día designado, al amanecer, formáronse las tropas en la plaza principal, concurriendo el pueblo en masa. En uno de sus frentes se levantaba un tablado adornado con banderas chilenas y argentinas unidas y en su centro el retrato del general San Martín. Al rayar el sol sobre la cordillera nevada del oriente, visible desde la plaza, enarbolóse la bandera de la nueva nación, saludada por una triple salva de artillería y los himnos entonados por los niños de las escuelas á que la multitud hacía coro. Á las nueve de la mañana subió al tablado la comitiva oficial, presidida por el Director delegado don Luis de la Cruz, llevando en sus manos la bandera chilena el enviado diplomático de las Provincias Unidas don Tomás Guido, y el presidente de la municipalidad la argentina. El fiscal de la Cámara de apelaciones habló al pueblo : « Váis á « proclamar la ley más augusta del código de la naturaleza. Os « váis á declarar libres é independientes. Váis á franquear « vuestros mares al comercio de todas las naciones, que atrae-

---

([13]) Bando del Director delegado de 7 de febrero de 1818, en la Gazeta de Santiago de Chile, núm. 33.

« rán la abundancia y la cultura. Váis á abrir á vuestros hi-
« jos la carrera del honor. Almas débiles, no creais que este « es un paso imprudente y arrojado. El invariable sistema de « la España nos ha convencido en el espacio de ocho años, que « ya no hay más paz ni tranquilidad para la América, que la « que ella se gane por su esfuerzo y resolución». Leida el acta de independencia, la juró el Director sobre los santos evangelios, y en seguida al obispo, añadiendo á la cláusula del juramento que «le juraba, porque creía que esa era la voluntad « del Eterno.« Interrogado San Martín, si juraba, contestó con voz profunda : « *Sí! mucho! mucho!* » Á su vez juró el pueblo postrado de rodillas. En seguida se arrojaron medallas conmemorativas con los motes : *Chile Independiente—Union* y *Fuerza.* (14)

En el mismo día el ejército del sud, en retirada de Talcahuano, saludaba con sus cañones el aniversario de Chacabuco y el nacimiento de la república chilena, cuyas salvas fueron oidas en el campamento español al sud del Maule. Era la segunda república sud-americana que se fundaba bajo los auspicios de San Martín.

V

Mientras tanto, el ejército español concentrado, abría su campaña y avanzaba sobre la línea del Maule. San Martín persistía empero en creer, que la verdadera invasión se efectuaría por San Antonio, á inmediación de Valparaíso, porque según él, « su objeto debía ser apoderarse de la capital y con « ella de la fuente de los recursos. Cuando el enemigo ha meditado una expedición tan importante, agregaba ; cuando ha « apurado sus recursos en este esfuerzo, sus miras son empeñar una acción decisiva sobre la capital, y no, hacer desde « Talcahuano una guerra lenta ; á más que, en camino tan largo y retirados de él con anticipación los auxilios, no se hace « sin nuestra evidencia y sin que tengamos el tiempo necesa-

(14) Véase: «Relación de la gran fiesta cívica celebrada en Chile el 12 de febrero de 1818. » foll.—« Papeles del brigadier gral. Guido », p. 8 y sig. —« Gazeta de Santiago de Chile », núm. 33 del 21 de febrero de 1818.

«rio para jugarle en sus marchas mil estratagemas que lo ani- «quilen ántes de presentar acción. Sería nuestra felicidad, «que desembarcando en Talcahuano nos buscase por tierra «hasta Talca. En este caso le daremos reunidos un golpe «de que jamás convalezca. Nada nos importa perder algunas «leguas de terreno como luego tengamos la seguridad de ocu- «parlo de un modo sólido: reconcentración de fuerzas, y somos «invencibles». ([15]) Adoptando en consecuencia el prudente plan espectante que aconsejaban las circunstancias y proveía á todas las eventualidades, dispuso que el ejército del sud se situase en Camarico, á veinte y seis kilómetros al norte de Talca, con su vanguardia en observación sobre la línea del Maule, mientras con el grueso de las fuerzas atendía á Valparaíso en actitud de operar su reconcentración según se efectuase la invasión por uno ú otro punto.

Fiel á su máxima de que los ejércitos se preparan á la pelea en los campos de instrucción, San Martín trasladó las fuerzas de Santiago, que alcanzaban á más de 4,000 hombres, á la hacienda llamada Las Tablas, situada al sud de Valparaíso y á inmediaciones de este puerto y el de San Antonio. ([16]) De este modo cubría la capital y atendía los dos únicos puntos de desembarco por esa parte, en disposición de replegarse sobre el ejército del sud si la invasión venía por el Maule, moviéndose en una zona abundante en recursos, mientras entregaba al enemigo un territorio de que le habían sido retirados con anticipación todos los que pudiera utilizar éste, especialmente en subsistencias y cabalgaduras. El general Balcarce tomó el mando inmediato del campamento de las Tablas, mientras San Martín se trasladó de Valparaíso á fin de inspeccionar sus fortificaciones calculadas para impedir un desembarco. ([17]) En esta actitud esperó el desarrollo de los

---

([15]) Notas de San Martín á O'Higgins de 18 de diciembre de 1817 y 19 y 20 de enero de 1818: M. S. S. en el Arch. del Min. de Gra. de Chile.

([16]) En nota de San Martín á O'Higgins de 12 de diciembre de 1817, que original existe en el Arch. de guerra de Chile, le dice: «La fuerza que «tengo á mis órdenes asciende á lo más á tres mil seiscientos hombres»; pero en un estado formado veinte días después, firmado en el campamento de las Tablas por el general Hilarión de la Quintana, que original tenemos á la vista, se dá una fuerza efectiva de 188 jefes y oficiales y 4,447 individuos de tropa, ó sea un total de 4,637 hombres. (Arch, San Martín, vol. LI, núm. 2, M. S).

([17]) Notas de San Martín al Gob. de Santiago de diciembre de 1817, en el Arch. de guerra de Chile. M. S. S.

sucesos, en la seguridad de que por cualquier punto que se presentase el enemigo, le opondría un ejército reconcentrado, superior en fuerza, cubriendo en todos los casos la capital, á la vez que con ella incitaba á Osorio á atravesar el Maule, que era lo que deseaba, para dar cuenta de él en una batalla decisiva. «La conservación del Estado, escribía á O'Higgins, « pende de que no aventuremos acción alguna cuyo éxito sea « dudoso. Por lo tanto, nuestro plan de campaña debe ser una « reconcentración de todas nuestras fuerzas para dar un golpe » decisivo y terminante ». ([18]) Para dirigir con más oportunidad los diversos movimientos según los casos ocurrentes, situose en el punto intermedio de San Fernando, (25 de enero de 1817) 300 kilómetros del campamento de las Tablas y doscientos de la línea del Maule, de manera que, en cuatro marchas forzadas de cada uno de los dos cuerpos de ejército pudiera verificarse su reconcentración dentro de la zona de las operaciones calculadas, ganando tiempo para tomar con descanso la ofensiva con la ventaja del número y de las posiciones de antemano elegidas. Para asegurar las comunicaciones y los movimientos de avance y retroceso, el general mandó construir puentes provisionales sobre los rios Cachapoal, Tinguiririca, Teno y Maipo, con lo cual el gran tablero en que debía jugarse la gran partida quedó perfectamente preparado.

A fines de febrero, no quedó ya duda de que la invasión venía por Talcahuano. ([19]) En consecuencia, el cuerpo de ejército de O'Higgins se replegó á Curicó en la confluencia de los rios Teno y Lontué, 100 kilómetros al norte de Talca y otros tantos de San Fernando, con objeto de atraer á Osorio que parecía trepidar en su avance, operando ámbos su reconcentración en los primeros días de marzo, sumando una fuerza de 4,500 infantes, mil quinientos hombres de caballería y 500 artilleros con 33 piezas, perfectamente armada y bien montada

---

([18]) Nota de San Martín á O'Higgins de 12 de diciembre de 1817. M. S. en el Arch. de guerra de Chile.

([19]) El 8 de marzo de 1818, dice Barros Arana, (Hist. de la Indep.) que se operó la reconcentración del ejército argentino-chileno, refiriéndose á una nota de San Martín escrita en el mismo día. El general Balcarce, en nota de 6 de marzo en San Fernando, que original existe en el Arch. Gral. dice: « Se halla ya reunido el ejército, esceptuando dos escuadrones de «Granaderos á caballo» que están á seis leguas al sur de este punto». (Arch. San Martín, vol. II, M. S.)

y llena de entusiasmo. ([20]) Los realistas, como se ha dicho, no pasaban de 5,200 hombres de las tres armas con 12 piezas de artillería. El 4 de marzo atravesó Osorio el Maule sin obstáculo alguno, y en el mismo día acampó en Talca, reanimándose sus esperanzas de triunfo ante la retirada de los patriotas, que consideraba como una prueba de debilidad. La vanguardia de Morgado, avanzó hasta Camarico, mientras que la de los patriotas al mando de Freyre, que había cubierto la linea del Maule, se replegaba á Quechereguas. San Martín llamó á sí al cuerpo de ejército de O'Higgins y situóse en Chimbarongo, donde se operó la reconcentración final. Al mismo tiempo escribía el general : « El enemigo marcha con ace« leración; pero yo voy á ahorrarle la mitad de la distancia, « aproximándome al estero de Chimbarongo. Ántes de seis días creo decidida la contienda favorablemente ». ([21]) Su objeto era alejar al enemigo de Talca, fatigarlo con marchas y contramarchas, mientras llegaba el momento de hacer sentir toda su superioridad obligándolo á la batalla con su retirada comprometida. El 14 de marzo, cuando se supo que Osorio continuaba avanzando, inició el Ejército Unido su movimiento ofensivo.

El general español, ignorante de la posición, fuerza y planes de su competidor, se movió de Talca el mismo día 14 y acampó en Camarico, adelantando su vanguardia hasta Quechereguas 25 kilómetros más al norte. El jefe del estado mayor realista, Primo de Rivera, á la cabeza de una fuerte columna de dos destacamentos de infantería y dos escuadrones de caballería con artillería, atravesó el Lontué con el objeto de reconocer las posiciones de los patriotas, y se aproximó hasta la márgen izquierda del Teno. Coincidió esta operación con el movimiento de avance de los patriotas, lo que determinó el inmediato repaso del Lontué por los realistas en la misma noche del 14 y su repliegue hasta Quechereguas, mientras el Ejército

---

([20]) En nota de Balcarce al Director de las P. U. de 28 de febrero de 1818, trascribe Balcarce un oficio de San Martín, en que le dice: «El ene« migo nos busca por el Maule; y esto no es un problema. En tal concepto « vuelvo á prevenir á V. S. que á marchas forzadas se mueva directamente « con todas sus fuerzas á Rancagua». Doc. del Arch. gral. y Arch. San Martín, vol. I, M. S.

([21]) Of. de San Martín de 10 de marzo de 1818. Doc. del Arch. gral. y Arch. San Martín, vol. I, M. S.

Unido acampaba al sud de Curicó. El 15 ordenó San Martín que Freyre al frente de doscientos cazadores montados atravesara el Lontué y practicase un reconocimiento sobre las posiciones avanzadas del enemigo, protejido por el grueso de la caballería y dos baterías de artillería á órdenes del general Brayer. Freyre vadeó el río arrollando bajo fuego las guardias enemigas, y avanzó resueltamente á galope sobre la vanguardia realista situada en Quechereguas. El coronel Primo de Rivera que la mandaba, al divisar la nube de polvo que levantaban los ginetes de Freyre, pensó que iba á ser atacado por todo el ejército patriota, y considerándose impotente para resistir en campo abierto, refugióse con su infantería y artillería en los callejones y casas de la hacienda y desprendió á retaguardia sus dos escuadrones á cargo del coronel Morgado con el objeto de salvarlos, pidiendo á Osorio que lo sostuviera con todo su ejército. El jefe patriota, en la esperanza de ser apoyado por Brayer, intimó rendición á Primo de Rivera; pero descubierta su poca fuerza, Morgado reaccionó y lo cargó vigorosamente. No obstante que esta carga fué rechazada, la posición de Freyre era insostenible, y ordenó la retirada, que sostuvo con orden y bravura perseguido de cerca y combatiendo por espacio de 8 kilómetros con sólo la pérdida de 17 hombres. Al llegar á la márgen del Lontué, fué protejido por un escuadrón de cazadores de Chile y obligó á los realistas á dar vuelta caras. Mientras tanto, Brayer que debía sostenerlo con sus 1,400 ginetes y ocho piezas de artillería, según las prevenciones del general en jefe, manteníase en inacción al norte del río. (22) La vanguardia enemiga, apesar de su triunfo, se re-

---

(22) En el foll. «Exposición del T. Gral. Brayer, etc. La publica el General San Martín con su contestación», Buenos Aires, 1818, asevera el último: «Yo dí orden á Brayer para que con toda la caballería del ejército y « la artillería volante de Chile sostuviese los movimientos que Freyre iba « á emprender sobre la vanguardia enemiga», p. 19.—En el foll. «Contestación de los jefes del Ejército Unido al manifiesto del Gral. Brayer» (Santiago de Chile, 1818), dicen éstos: «Brayer tenía orden expresa del Gral. « San Martín de protejer á Freyre y cargar sobre los enemigos hasta que «recibiese nuevas prevenciones», p. 7.—En la «Justificación del General O'Higgins á la cita del Gral. Brayer en su manifiesto» (Santiago de Chile, 1818, foll.) se lee: «Instruidos del riesgo que corría Freyre, el general en « jefe dispuso que Brayer lo auxiliase inmediatamente con toda la caballe- « ría y la artillería volante de Blanco», p. 6.—Los generales Las Heras y Zapiola, firmantes de la contestación á Brayer, me han confirmado verbalmente estas versiones.—El general Guido, en conversación sobre el particular, me informó que en la misma mañana del 15 en que tuvo lugar el hecho, encontró á Brayer afeitándose tranquilamente á la sombra de un ár-

concentró cautelosamente á inmediaciones de su reserva en Camarico, dejando despejado el terreuo intermedio.

VI

En la mañana del 16 de marzo, aniversario del natalicio de San Martín, el Ejército Unido vadeó sin obstáculo el Lontué y acampó en Quechereguas. Osorio, comprendiendo que había cometido una imprudencia al alejarse de su base de operaciones, retrocedió en masa. A esta noticia, San Martín pensando que su intento era repasar el Maule, modificó su plan, y desde el 17 empezó á maniobrar en el sentido de envolverlo. Dividió en consecuencia su ejército en dos cuerpos, y abandonando el camino real ó de la costa que seguían los realistas, tomó el del naciente denominado de la Cordillera ó de los Tres Montes, más largo pero más abierto, con el triple objeto de poder desplegar sus masas, especialmente la caballería, caso de ser atacado, ocultar sus movimientos al enemigo, cerrarle el paso del Maule y obligarlo á batirse, cortándole su retirada al sud. En esta disposición atravesó el río Claro el día 18. Los realistas, que suponían que San Martín permanecía á su frente, al saber que éste tomaba el camino del oriente, apresuraron su marcha para cubrir su flanco amagado y su retaguardia. Desde este momento, ámbos ejércitos marcharon paralelamente por los dos caminos á distancia de poco más de diez kilómetros uno de otro. El 19 vadeaban casi simultáneamente el Lircay procurando ganarse la delantera, el uno para salvarse, el otro para pelear y vencer. En este orden continuaron su marcha hacia el sud teniendo por objetivo común á Talca, que dista ocho kilómetros del Lircay. Desde este punto desprendió toda

---

bol delante de un espejito de viaje, y que cuando más tarde se presentó á San Martín á darle parte de sus operaciones, éste, mirándolo fijamente, le dijo: «General, vaya á afeitarse.»—El general Brayer en su «Manifiesto, etc.» publicado en Montevideo en la «Imprenta Federal» de Carrera, 1818, silencia todo lo relativo á este notable episodio, y se limita á decir: «El «15, antes de amanecer, nuestras tropas se pusieron en movimiento é «hicieron alto sobre la derecha del río Lontué», p. 10.—Esta conducta acabó con el crédito de Brayer, comprometido ya desde el fracaso del asalto de Talcahuano dirigido por él, y en consecuencia fué separado del mando de la caballería, conservando empero la posición de mayor general del ejército. Luego se verá cómo terminó su carrera en Sud-América.

su caballería al mando de Balcarce, que había reemplazado á Brayer, con orden de dificultar la marcha del enemigo picando su retaguardia y cargar sobre ella si la ocasión se presentaba, á fin de dar tiempo de poderlo atacar en ese mismo día por el flanco en la planicie descubierta que tenía que cruzar.

Los realistas hostigados por la caballería patriota, volvieron caras al norte y apoyando su izquierda en el río Claro, más abajo de su conjunción con el Lircay, y su derecha en los arrabales de Talca, desplegaron al frente su caballería, que constaba de poco más de 500 hombres, para cubrir la continuación de su retirada. La posición era bien elegida. El terreno intermedio entre ámbas líneas, que lleva el nombre de Cancharrayada, es sumamente accidentado, cortado por barrancos y pantanos, inadecuado para las maniobras de la caballería. Balcarce, sin tomar en cuenta estas dificultades, ó no conociéndolas, cometió el grave error de desplegar en una línea continua y sin reservas sus 1,500 ginetes, ocupando un largo espacio, y dió la señal de cargar de frente y al galope. El resultado fué, que las álas estrechándose sobre el centro, envolvieran á los escuadrones que lo ocupaban, llegando todos casi desorganizados á un punto donde las quiebras del terreno impedían el avance, siendo allí recibidos por la artillería española, bajo cuyo amparo pudo cargar la caballería realista y rechazar el ataque, no obstante su inferioridad numérica. Eran como las cuatro de la tarde. En aquel momento llegaban al campo las cabezas de columna de la infantería patriota, y una batería de artillería sostenida por guerrillas de cazadores pudo proteger la retirada de la caballería, que se efectuó desordenadamente, aunque con muy poca pérdida. (23) El general O'Higgins adelantóse con 20

---

(23) La generalidad de los historiadores computa la pérdida de la caballería patriota en 8 á 10 hombres, aunque Brayer en su «Manifiesto» cit. dice que fueron 60, que para el caso es lo mismo. Las autoridades en que se funda este relato, son: 1º «Relación de la campaña de 1818» por el general Las Heras, quién dice: «La carga fué ejecutada sin conocimiento «del terreno ni la inteligencia necesaria, y de esto resultó que habiéndose «envuelto en el movimiento, fué cargada la caballería patriota á la vez «con pérdida de algunos hombres, siendo preciso á la llegada de las co- «lumnas de infantería á Cancharrayada el hacer avanzar algunas piezas de «artillería y unas compañías de tiradores para que contuviesen la caballe- «ría enemiga, mientras se establecían las líneas.» Arch. San Martín, vol. XXVI, M. S. 2º Informe verbal del general Zapiola, confirmando la anterior versión. 3º «Memorias del coronel Melián», p. 31-32. 4º Olazábal: «Episodios de la guerra de la Independencia», p. 21-22. 5º «Diario de O'Higgins» apend. Barros Arana, t. IV, p. 275, donde se dice: «Balcarce

piezas y dos compañías de infantería y abrió un cañoneo sobre el flanco derecho del enemigo, obligándolo á guarecerse en los arrabales de la ciudad, donde tendió éste una línea con frente al norte. San Martín formó la suya en dos líneas paralelas á 2,500 metros de distancia en actitud de amenazar el flanco derecho y la retaguardia realista. (24) El sol iba á ocultarse en el horizonte y ya no era hora de empeñar la batalla; pero el principal objeto estaba conseguido, que era obligar á Osorio á librarla, y esto importaba su pérdida.

Con las últimas luces del crepúsculo, los generales españoles pudieron darse cuenta de su desesperada situación, dominando el escenario desde las torres de Talca. Tenían al frente un ejército superior en número en todas las armas, cuyas maniobras revelaban una acertada dirección y un excelente pié de guerra, y en tales condiciones su derrota era segura. Por otra parte, tenían á su espalda el caudaloso río Maule, que en caso de un contraste hacía imposible la retirada. No les quedaba más recurso que pelear y ser vencidos ó capitular.

Tales eran los resultados de los bien combinados movimientos estratégicos y tácticos del general de los Andes, desenvueltos en un doble trayecto en el espacio de novecientos kilómetros, convergiendo todos ellos al punto preciso en que debía darse el golpe final. La previsora retirada del ejército del sud, para atraer al adversario al terreno que él deseaba; el prudente plan espectante adoptado para atender á los dos puntos extremos y posibles de la invasión; la exactitud matemática de los movimientos de concentración ganando tiempo sobre el

---

« se encontró en un laberinto rodeado de peligros, estando expuesto al fue-
« go de la artillería sin poder avanzar á causa de la naturaleza del terreno. »
M. S.

(24) Véase el plano de Cancharrayada. Este plano se basa: 1º en un plano topográfico de la acción, levantado por el ingeniero del ejército de los Andes Alberto D'Albe, arreglado á las medidas españolas, que comprende el camino estratégico de San Martín antes de ella. 2º En un croquis del mismo, arreglado á la medida métrica, que contiene más minuciosos detalles topográficos. 3º En un croquis hecho bajo la inspección del general Las Heras, que coincide con los anteriores en cuanto á los movimientos tácticos. 4º En un croquis del ingeniero del ejército español tomado en la batalla de Maipu, que concuerda tambien en cuanto á los movimientos tácticos con los anteriores. Sobre esta base hemos formado nuestro croquis sobre el terreno, completando y corrigiendo los planos y coordinándolos con los documentos históricos y con la tradición oral de los contemporáneos y los informes verbales del ingeniero Arcos del ejército de los Andes, testigo ocular.

enemigo; el sistema seguro de sus comunicaciones de vanguardia y retaguardia; la oportunidad para tomar la ofensiva y la marcha de flanco á fin de envolver al enemigo y amenazar su retirada, obligándolo irremisiblemente á la batalla general que buscaba dentro de un campo cerrado por ríos como un palenque, revelan un capitán de la gran escuela de Federico, tan metódico como prudente. Empero, la crítica militar puede señalar algunas faltas que dan la explicación de su fracaso, demostrando que en la guerra es preciso acertar siempre para vencer, y que un solo error nulifica todos los aciertos. Desde el principio de la campaña no sacó todo el partido que debía de la superioridad de su excelente caballería, y la comprometió desventajosamente en dos lances que rebajaron su moral. Si bien en el reconocimiento del Lontué la culpa fué de Brayer por su poltrona inacción, suya es la responsabilidad por haberlo ordenado sin plan ni concierto. Su marcha paralela, tan bien concebida como fué, la emprendió tardíamente, y por esto no logró los objetos que se proponía, que eran atacar al enemigo en la marcha por el flanco, ó interceptarle su retirada, ó envolverlo al ménos parcialmente; así, al llegar á Talca, las posiciones de los dos ejércitos eran casi las mismas del punto de partida con diferencia de la distancia. Lanzar aisladamente su caballería destacada sobre un ejército de las tres armas que se replegaba en masa, como lo hizo en el paso del Lircay, cuando á consecuencia del retardo de su marcha lateral no podía sostenerla sin que surtiese tal operación todos sus efectos, y sobre todo, su carga en las condiciones en que se verificó en terreno desventajoso y en la peor forma posible, son errores más graves aún. Por último, la formación de su línea á la vista del enemigo, buena para el efecto moral del momento, era tácticamente viciosa y mala como posición, según se esplicará después.

Esto no quita que San Martín desplegase en la concepción y ejecución de estas operaciones las cualidades de un consumado general, y con razón, no obstante su mal éxito, él la reputaba como su mejor campaña, y decía de ella, que la prefería á otras, en que,—igualmente hábil,—fué más afortunado. (25)

---

(25) Contestando San Martín á los cargos que le hacía el mariscal Brayer en su «Manifiesto» por los errores que le atribuía decía en 1818:—«El

VII

El teatro en que se desenvolvían estas operaciones y las que van á seguirse, poco pintoresco en sus detalles pero grandioso en su conjunto, es conocido en la historia con el nombre genérico de Cancharrayada, y estaba señalado ya en ella por una derrota de las armas independientes. (V. cap. VIII, § XI). Es una planicie accidentada por montículos con marcada inclinación hacia el oeste, cruzada por esteros y arroyuelos, matizada por una vegetación de arbustos y cortada por barrancos. En su centro se levantan tres cerrillos aislados que le imponen su caracter, y entre ellos y la ciudad de Talca se desenvuelve en una estensión de tres mil metros, el campo vulgarmente llamado de Cancharrayada, teatro de la desgraciada carga de caballería ya relatada. Esta planicie está encerrada entre ríos caudalosos: el Maule al sud, que corre de este á oeste; el Claro, bordado por una faja verdinegra de bosque que corre al pié del maciso de montañas que la limitan al poniente, y el Lircay que forma barra con el Claro al norte. Hacia el oriente, divísanse los nevados picos de la cordillera de los Andes, que domina gallardamente el volcan «Descabezado», con sus medias tintas azuladas sobre un resplandeciente fondo blanco. El horizonte se dilata en medio de esta variedad de perspectivas combinadas, produciendo en el ánimo una impresión melancólica. (26)

« señor Brayer me ataca por las operaciones del ejército en la última cam« paña. No hay juez más parcial que el amor propio: si alguno tengo, es « haber dirigido bien las operaciones de esta campaña, con preferencia á la « de Maipo. Debo hacer justicia en esta parte á los que me han subminis« trado sus luces, como ser: el señor Balcarce, algunos jefes del ejército y « los ingenieros D'Albe, y Arcos. ¿Pero quién le ha dicho al señor Brayer « que haya tenido jamás pretensiones de pasar por buen general? Yo co« nozco la esfera de mis conocimientos y desearía que alcanzasen á saber « mandar regularmente un regimiento de caballería ». Exposición de Brayer con la contestación de San Martín, ántes cit., p. 16-17.

(26) Cancharrayada se llama propiamente á una llanura horizontal que se estiende al norte de Talca, donde está situada su alameda, y sirve de campo á las carreras de caballos, de donde le viene su nombre: *Cancharayada,* por las rayas convencionales en él marcadas. El terreno que media entre Talca y los cerrillos de Baeza, se denomina por estensión Cancharrayada, pero su verdadero nombre al pié de los últimos, es el de « Campo de las Cruces ». El campo se conserva actualmente al natural, á pesar de estar cortado por numerosos cercos que entónces no existían, así como el bosquecillo sobre el estero de Baeza por donde atravesó el ejército español para formar su línea de batalla en Cancharrayada y marchar al ataque.

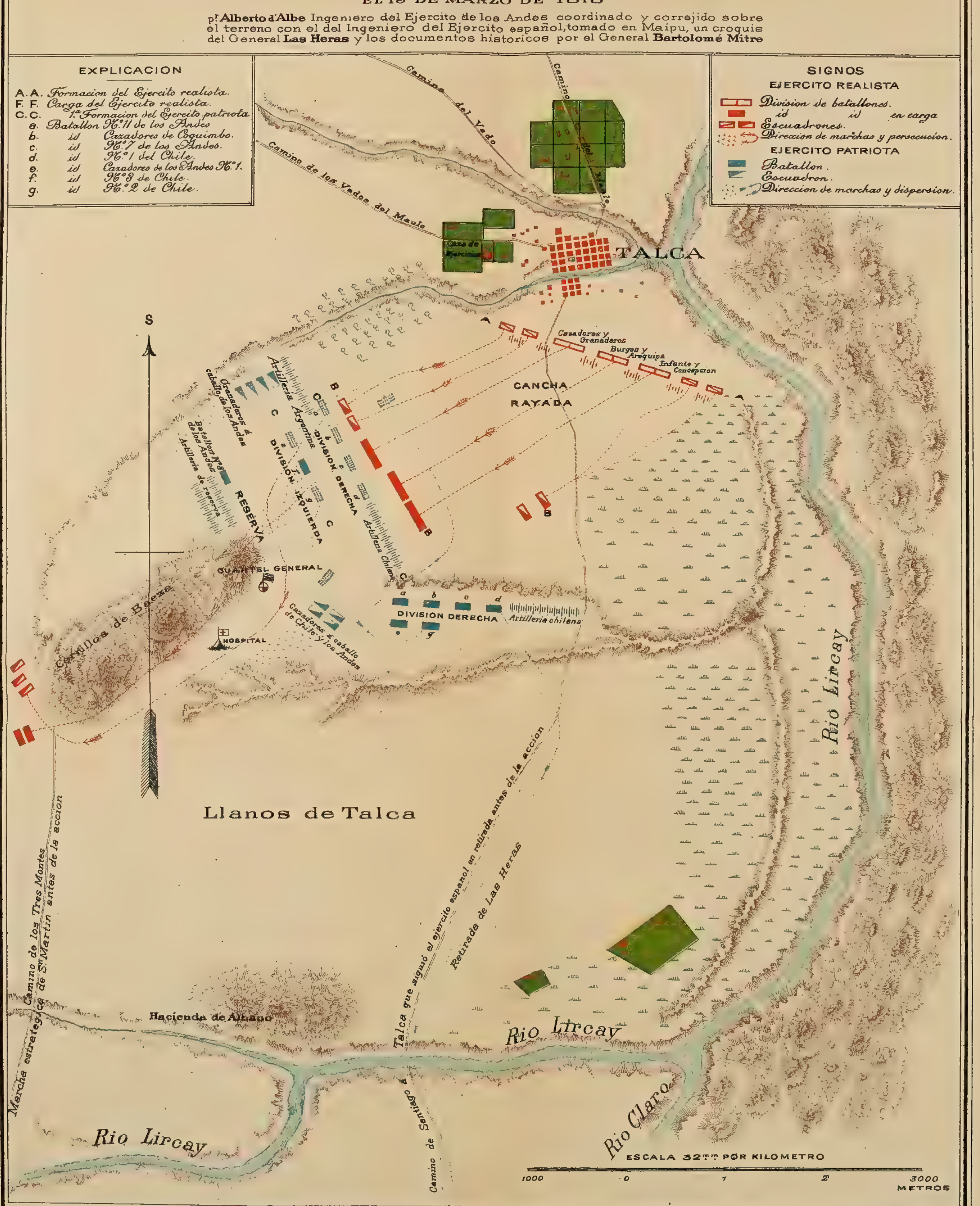
Al pié de los cerrillos de Baeza y con frente al sud-oeste, había desplegado San Martín su batalla en dos líneas, como queda dicho. En primera línea la 1ª división mandada por H. de la Quintana, compuesta de los batallones núm. 11 de los Andes, Cazadores de Coquimbo y la artillería chilena (10 piezas). En segunda línea la división izquierda á órdenes de O'Higgins, compuesta de los batallones Cazadores de los Andes, núm. 7 de los Andes y núm. 1º de Chile. Á retaguardia del flanco izquierdo, la artillería argentina (11 piezas), y los Granaderos á caballo. En reserva, sobre la izquierda, el batallón núm. 8 de los Andes y el resto de la artillería (12 piezas), y sobre la derecha los Cazadores á caballo de Chile y de los Andes. Esta formación, bien calculada en los primeros momentos para amagar el flanco derecho del ejército realista en marcha y en retirada del Maule, adolecía del defecto de comprometer su izquierda avanzada hacia Talca, sobre un terreno descubierto que el enemigo podía cruzar en media hora de camino, penetrando fácilmente por la retaguardia. La derecha más resguardada, no podía prestar eficaz auxilio á el ála opuesta, por interponerse entre una y otra barrancos que dificultaban los movimientos tácticos. Las reservas á uno y otro flanco, estaban interceptadas, por los cerrillos y el espacio estrecho para los despliegues no se prestaba absolutamente para los cambios de frente, y rota la primera línea envolvía necesariamente á la segunda y á las reservas (Véase el plano). Estos defectos, que eran la consecuencia de su marcha estratégica y respondían á un objetivo inmediato, cual era detener la marcha é interceptar la retirada del enemigo á efecto de obligarlo á la batalla en ese mismo día ó en el siguiente, sólo tenían gravedad por no corregirlos en tiempo. San Martín, como general experto, conocía perfectamente una de las reglas más elementales de la guerra, cual es, que á la vista del enemigo no debe conservarse la posición en que se anochece, á ménos de que esta no sea muy ventajosa para todas las eventualidades. Cuando quiso correjir estos defectos ya era tarde, como lo era cuando inició su marcha envolvente de flanco, y estos dos errores ó retardos decidieron del éxito de la campaña.

El sol, que en aquellas latitudes en esta época del año se pone ántes de las 6 de la tarde, al desaparecer en el horizonte trás la cordillera de la costa, dejó el campo envuelto en una

PLANO TOPOGRÁFICO DE LA ACCION DE CANCHA RAYADA

EL 19 DE MARZO DE 1818

pr. **Alberto d'Albe** Ingeniero del Ejercito de los Andes coordinado y correjido sobre el terreno con el del Ingeniero del Ejercito español, tomado en Maipu, un croquis del General **Las Heras** y los documentos historicos por el General **Bartolomé Mitre**



DIBUJADO POR CARLOS BEYER

Compañia Sud-Americana de Billetes de Banco B.s A.s

oscuridad profunda; espesos nubarrones entoldaban el cielo interceptando hasta la luz de las estrellas. Eran como las 8 de la noche, cuando San Martín, prevenido por un espía de que el enemigo intentaba una salida, resolvió cambiar de posición para burlar su intento y adoptar una formación más conveniente para recibirlo. En consecuencia, dió orden al ingeniero Arcos de que se encargase de ejecutar la operación situando el ejército en tres líneas con frente al sudeste, retirada el ála izquierda comprometida, apoyándose sobre el camino de Santiago á Valparaíso. La primera división ocupó rápidamente su posición en el orden en que estaba formada, quedando su frente cubierto por un zanjon que se prolongaba á su espalda y protegía su flanco derecho sobre el camino indicado, y de este modo formaba un ángulo recto con la segunda división que se mantenía en su puesto. Como esta maniobra tenía que practicarse alternativamente por el frente de la línea á causa de la estrechéz y la naturaleza del terreno, la segunda línea tardó en efectuarlo, y eran ya como las 9 de la noche, cuando llegó desalado un vecino de Talca y avisó que el ejército español estaba formado en la plaza de la ciudad y se disponía á atacar á los independientes. Pocos momentos después, una partida de caballería en observación sobre el frente, daba la señal de alarma, anunciando con una descarga que el ejército realista avanzaba en son de ataque. Era una verdadera sorpresa que se efectuaba en el momento crítico en que los patriotas cambiaban de posición y todas sus divisiones aisladas unas de otras no podían ni aún concertar la defensa. Además, el cansancio de las marchas y el descalabro de la caballería en la tarde, predisponian los ánimos al pánico, y faltaba en tal situación hasta la fuerza moral para resistir.

VIII

Los jefes realistas habían aprovechado activamente las dos horas perdidas por San Martín. Convencidos de que las luces del nuevo día alumbrarían su derrota y que solo un milagro ó un golpe de fortuna podía salvarlos, invocaron á la divinidad protectora de sus ejércitos y fiaron su suerte á las sombras de la noche. Al bajar de las torres, desde las cuales habían obser-

vado las maniobras de los patriotas y convencídose de su gran superioridad, celebraron al oscurecer una junta de guerra en la sala capitular del convento de los domínicos. Todos fueron de opinión de que una batalla campál les sería adversa; pero unanimemente se pronunciaron por la resistencia. Osorio, que desde que emprendió su retirada de Camarico se inclinaba á retroceder hasta Talcahuano, propuso continuarla hasta este punto, reembarcarse en él con el grueso del ejército según el plan trazado con el virey, para efectuar la invasión por Valparaíso, cubriendo la línea del Maule con un cuerpo de observación que ocultase este movimiento. Ordóñez combatió enérgicamente este plan, y demostró, que aún siendo bueno, era imposible, por cuanto ántes de atravesar el Maule serían irremisiblemente destruidos y activamente perseguidos por una caballería superior en número y calidad; opinó que sólo un golpe de audacia podía salvarlos, haciendo una salida durante la noche, para caer de sorpresa sobre el campo enemigo, y ofreciose á ejecutar personalmente la empresa. La mayoría de los jefes apoyó este parecer. Osorio, irresoluto, defirió á su voto, manifestando que su esperanza estaba en el favor del cielo y en la intercesión de la vírgen del Rosario, patrona jurada de las armas españolas, y se retiró á orar en la iglesia del convento. (27)

Á las 7 1/2 de la noche revistaba Ordóñez la columna expedicionaria, y la proclamaba infundiéndole su heróico espíritu. Á las 8, desplegaba la línea de masas en el llano de Cancharrayada en tres divisiones centrales de dos batallones cada una y dos escuadrones de caballería en ámbas álas. To-

(27) Todos los historiadores, sud-americanos como españoles, dan noticia de esta junta de guerra y concuerdan en sus detalles, pero ninguno de ellos menciona la opinión manifestada por Osorio. El coronel de «Lanceros del Rey», jefe español que concurrió á la junta y cayó posteriormente prisionero en Maipu, la refirió á los patriotas, y entre ellos al general Espejo, quién ha consignado la noticia en su biografía inédita del coronel Pringles. M. S. El general Osorio en su parte detallado de Cancharrayada, confiesa que estaba perdido y confirma lo improvisado de la operación: « El aparato y movimiento con que se presentó el enemigo, manifestaba « bien claramente que no había perdido tiempo desde que entró en el reyno « para sostenerlo á toda costa; la organización é instrucción de los cuerpos « y buen manejo de su artillería, ratificaban esto mismo, y á no mediar « una determinación tan pronto meditada como bien ejecutado, sin duda « hubiéramos sido víctimas de la muchedumbre ». Parte de Osorio de 21 de marzo 1818, pub. en la « Gazeta » de Lima. (Arch. San Martín, vol. XXII).

mó el inmediato mando de la columna central con el Burgos y el Arequipa; dió el de la de derecha, compuesta de las compañías y granaderos, á Primo de Rivera, y el de la izquierda con el Concepción y el Infante don Cárlos al coronel Bernardo Latorre. En este orden, hizo la señal de marcha y avanzó silenciosamente en medio de la oscuridad, guiándose por los fuegos del campo patriota, que el general O'Higgins había hecho encender á vanguardia de las líneas para alumbrar el terreno. La columna de la derecha, que era la más avanzada en razón de la menor distancia que recorría por la oblicuidad de la línea en su punto de partida, recibió los fuegos de la partida de caballería patriota que dió la señal de alarma. El resto aceleró su marcha, y siguió en perfecto orden con resolución y confianza. Al aproximarse á la altura en que al anochecer habían visto formada la primera línea patriota, encontraron desocupado el terreno, y á poco andar fueron recibidos por sucesivas descargas cerradas que les derribaron más de cien soldados muertos y varios oficiales, y entre ellos el coronel del Concepción Juan José Campillo. Era O'Higgins que resistía con la segunda línea. Casi al mismo tiempo otra descarga recibía al extremo izquierdo de la línea atacante, que venía más retrasada. Era una compañía destacada por Las Heras, al mando del capitán Dehesa, que con arreglo á sus instrucciones apagaba sus fuegos y se replegaba á la nueva posición de la división derecha. Hubo un momento de vacilación en las filas españolas, y sin la presencia de espíritu de Ordóñez que se puso á su cabeza y alentó á todos con su ejemplo cargando intrépidamente á la bayoneta, talvez hubieran desistido de su empresa.

El general O'Higgins, á la cabeza de los batallones núm. 1º de Cazadores y 7º de los Andes y el núm. 2º de Chile, que formaban la segunda línea, sostuvo con denuedo el desigual combate, cayendo muerto de un balazo el caballo que montaba y recibió una herida en el codo á tiempo que subía sobre otro que le presentaba uno de sus ayudantes. Desde este momento, todo fué confusión en el campo patriota. La artillería de la izquierda quedó abandonada, los granaderos á caballo despertados al ruido de las descargas se dispersaron poseidos de pánico. La caballería de la derecha se replegó en desórden al cuartel general situado más á retaguardia en la falda occidental de los cerrillos. El batallón núm. 1º de Chile

que ocupaba el centro, se desorganizó, y replegóse sobre el núm. 8 que formaba la reserva, siendo recibido á balazos en los primeros momentos por considerarlo enemigo. El comandante Alvarado que con el núm. 1º de cazadores de los Andes cubría la izquierda, considerando inútil toda resistencia en la posición que ocupaba, tuvo la inspiración del momento: mandó avanzar de frente inclinándose sobre su izquierda, dió un rodeo, y pasando atrevidamente por el flanco derecho del enemigo se corrió por su retaguardia en busca del ála derecha cuya nueva posición conocía, y al aproximarse sufrió una descarga que le derribó 21 hombres; pero reconocido luego como amigo, se incorporó á ella. El núm. 2 de Chile, mandado por el mayor José Rondizzoni, distinguido oficial italiano del ejército de Napoleón, que ocupaba el extremo opuesto, tuvo la misma inspiración, y describiendo una curva á retaguardia fué á reunirse con Alvarado sobre el flanco izquierdo del enemigo. (Véase el plano).

Ordóñez, prosiguiendo su victoria trepó por su estremidad sud los cerrillos de Baeza y mandó romper el fuego en todas direcciones, esparciendo el espanto en las informes masas contrarias. Las balas del cerro llegaban hasta el cuartel general situado al pie, y una de ellas mató al lado de San Martín á su ayudante Juan José Larrain, miembro de la patriota familia chilena del mismo nombre, que lo acompañaba como voluntario. El general, despechado, se negaba á alejarse del fuego, y parecía haber perdido su habitual sangre fría; pero pronto reaccionó sobre sí mismo y comenzó á dictar con precisión las órdenes convenientes para salvar al ménos las reliquias de su disuelto ejército, mandando retirar la reserva y concentrarse en el cerrillo del norte, empeñando al efecto un corto y desordenado combate; pero vióse muy luego obligado á ponerse en retirada con los dispersos, perseguido muy de cerca. O'Higgins le siguió con el resto de su división y la artillería de reserva, y ámbos atravesaron sucesivamente el Lircay en la noche. Todo parecía perdido. ([28])

([28]) La narración de esta parte se funda en los siguientes documentos y testimonios: 1º Campaña de Cancharrayada, relación escrita en 1841 por el Gral. Las Heras. M. S. (Arch. San Martín, vol. XXVI) :—2º Barros Arana: « Hist. de la Indep. de Chile », en que se sigue el « Diario » M. S. del Gral. O'Higgins, t. IV, p. 273 y sig.—3º Memoria del Gral. Alvarado. M. S. (Arch. San Martín, vol. LXXII)—Torrente: « Hist. de la Rev. Hisp.

IX

Eran las 11 de la noche. La luna de otoño aparecía en aquel momento en el cielo sombrío, esparciendo una pálida claridad sobre el campo ántes ocupado por el ejército argentino-chileno, que yacía en profundo silencio. Á la distancia se oían algunos tiros, y las carreras de la caballería realista que perseguía á los fugitivos. Mientras tanto, la división de la derecha que había cambiado de posición á las 8 de la noche, reforzada con los batallones 1º de cazadores de los Andes y núm. 2 de Chile, permanecía formada sobre la izquierda de los vencedores en la sorpresa, abrigada por su frente y flanco por el barranco ántes señalado. Á su frente se divisaba una masa negra, que permanecía inmóvil: era un escuadrón que estaba en observación, y que por varias veces dió el *¿quién vive?* á la línea confusa que percibía á su costado, sin acertar á distinguirla. La división que no había podido tomar parte en la acción permanecía en inacción y silencio. No tenía quien la mandase. Su jefe, el coronel H. de la Quintana había acudido en los primeros momentos á tomar órdenes del cuartel general, y no parecía. En tal situación, los jefes en junta de guerra, resolvieron ponerse bajo las órdenes del coronel Las Heras, como el más caracterizado y el más capaz de salvarlos. Las Heras, asumió el mando con serenidad penetrado de su gran responsabilidad. Pidió una noticia verbal de la fuerza, y resultó que podía contar con 3,500 hombres. Mandó preguntar al comandante Blanco Encalada, jefe de la artillería, cuál era su estado y le fué contestado que no tenía un solo cartucho por pieza, habiendo agotado sus municiones en el cañoneo de la tarde. No contaba con artillería, ni con un sólo soldado de caballería. La situación era apurada; pero tenía cinco batallones de infantería intactos con cincuenta tiros en la car-

---

Amer.» t. II, p. 421 y sig.—4º Sanfuentes: «Chile desde Chacabuco hasta Maipo» p. 99 y sig.—5º Camba: «Memorias» etc., p. 264.—6º Parte de San Martín sobre Maipu.—Informes verbales de los generales Las Heras y O'Brien, edecán éste de San Martín y Zapiola; el ingeniero del ejército de los Andes Antonio Arcos; coronel de la artillería argentina en Cancharrayada, Pedro R. de la Plaza y general Blanco Encalada, jefe de la artillería chilena en la misma.—Hemos tenido presente el parte detallado del Gral. Osorio sobre Cancharrayada, ántes citado.

tuchera, y esto bastaba para pelear en caso necesario. Dispuso entonces que la artillería, que ocupaba el flanco derecho, pasase á vanguardia para salvarla. Con los batallones 11º y 7º de los Andes, Cazadores de Coquimbo y núm. 1º de Chile, formó una columna en masa, pregonando á la sordina un bando de pena de la vida al que se separase á diez pasos de los flanqueadores. Á retaguardia, colocó el batallón núm. 1º de cazadores de los Andes para cubrir la retirada. En esta disposición, rompió la marcha, á las 12 3/4 de la noche, siguiendo el camino de Talca á Santiago recorrido en la tarde por el ejército español, y atravesó el Lircay, perseguido por el escuadrón realista, al que contuvo con su actitud en el vado.

Al amanecer el día 20 la columna de Las Heras se hallaba á 26 kilómetros del campo de batalla. Dió una hora de descanso á su tropa, y pasó una revista, resultando de ella que en la noche se habían dispersado como 500 hombres. Á las 10 de la mañana continuó su marcha y á poco andar se encontró con algunas municiones de artillería estraviadas, con las cuáles dotó sus piezas, disponiéndolas convenientemente á los flancos y la retaguardia de un cuadro de columnas, circundado por cortinas de tiradores, que formó al efecto. Hacía dos días que no comían. Dos soldados acosados por el hambre separáronse de la columna y robaron una gallina. En cumplimiento del terrible bando, fueron fusilados en el acto, y la columna pasó á tambor batiente sobre sus cadáveres. Á las 5 de la tarde llegó á Quechereguas, en cuya hacienda se fortificó en disposición de resistir todo ataque. Á las 12 de la noche, atravesó el Lontué, y el 21 al amanecer acampaba sobre la márgen derecha de este río y continuó su fatigosa retirada. Á medio día llegó al estero de Chimbarongo, y allí tuvo noticias de que el general San Martín unido con O'Higgins se hallaba en San Fernando, reorganizando el batallón núm. 8 y reuniendo la caballería que había cruzado en desbande el Lontué. [29]

El general salió al encuentro de la columna de Las Heras, para darle las gracias por su valerosa comportación, dirigiéndole palabras de aliento, que fueron contestadas con aclamaciones, y ordenó al coronel que continuase su marcha hacia

---

[29] Relación de Las Heras, ántes cit. M. S.

Santiago. De regreso á San Fernando, encontró allí á O'Higgins, presa de la fiebre, á consecuencia de la herida, que se disponía á pasar á la capital para reasumir el mando. El cirujano Paroissien, que lo curaba, decíale, que mientras estuviesen en pie las Provincias Unidas no había porque perder la esperanza. O'Higgins le contestaba con entereza, que mientras tuviera un soldado, pelearía en Chile. En cuanto á San Martín, escribió desde allí su conciso parte de la derrota en términos francos y varoniles: « Campado el ejército de mi mando en las inmediaciones de Talca, fué batido por el enemigo, y sufrió una dispersión casi general, que me obligó á retirarme. Me hallo reuniendo la tropa con feliz resultado, pues cuento ya 4,000 hombres desde Curicó á Pelequén. Espero muy luego juntar toda la fuerza y seguir mi retirada hasta Rancagua. Perdimos la artillería de los Andes, pero conservamos la de Chile. » (30) Los caracteres se ponían á prueba y reaccionaban contra la derrota. El director Pueyrredón al recibir la noticia escribía desde las márgenes del Plata: « Nada de lo sucedido « en la poco afortunada noche del 19 vale un bledo, si apreta- « mos los puños para reparar los quebrantos. Nunca es el hom- « bre público más digno de admiración y respeto, que cuando « sabe hacerse superior á la desgracia, conservar su serenidad « y sacar todo el partido que quede al arbitrio de la diligencia. « Una dispersión es un suceso muy común, y la que hemos pa- « decido cerca de Talca, será reparada en muy poco tiem- « po. » (31)

La jornada de Cancharrayada costó poca sangre. Los patriotas habían perdido como 120 muertos, además de los dispersos y prisioneros, 22 piezas de artillería, cuatro banderas y todo su parque; pero el núcleo del ejército argentino-chileno estaba salvado, y con él la causa de la independencia americana, que habría sucumbido á haberse posesionado entónces los españoles de Chile. La pérdida del ejército realista fué mayor en muertos y heridos, pues pasó de 200 hombres, y su dispersión fué igualmente considerable, de manera que se halló en la imposibilidad de aprovechar inmediatamente su victoria, que-

---

(30) Doc. del Arch. general, M. S. Un parte idéntico pasó al gobierno de Chile, que ha sido publicado íntegro por Barros Arana, t. IV, p. 294.

(31) Carta del director Pueyrredón á San Martín en Buenos Aires de 9 de abril de 1818. M. S. (Arch. San Martín, vol. XL.)

dando lleno de cuidados por la retirada de la columna de Las Heras. (32)

X

La noticia del desastre de Cancharrayada llegó á Santiago en la tarde de 21 de marzo, propagada por los principales jefes de cuerpo del ejército, y entre ellos el mariscál Brayer, jefe del estado mayor. Todo lo daban por perdido. Se daba á San Martín, por muerto; y algunos aseguraban haber visto su cadáver. O'Higgins mortalmente herido. Todo estaba perdido, según ellos. El pavor se difundió en la población. Grupos de mujeres levantando los brazos al cielo y mesándose los cabellos y hombres de todas las clases se reunían en la plaza pública, y se dispersaban llenos de consternación. En los barrios apartados se oían gritos aislados de ¡viva el rey! y se anunciaba en voz vaja la próxima llegada á la capital de su ejército triunfante. Los más cobardes se disponían á emigrar á Mendoza ó fugaban á refugirse en los buques de Valparaíso. La aparición de cincuenta hombres del enemi-

---

(32) Torrente, que siempre exagera las pérdidas de los independientes, disminuyendo la de los realistas, dice en su «Hist. de la Indep. Hisp. Amer.» «La pérdida de los realistas no bajó de 300 hombres entre muertos y heridos.» Más adelante agrega: «El ejército enemigo tuvo una baja de 500 muertos» t. II, p. 425.—El general realista Osorio, explicando su retardo, confiesa en el parte detallado de Cancharrayada antes citado, la pérdida de 150 hombres de su ejército entre muertos y heridos, y no determina la de los patriotas, limitándose á anunciar tres días después de la acción: «La pérdida del enemigo no ha sido posible averiguarla á punto fijo», lo que indica que fué menor que la mínima que él da. En cuanto á su dispersión, cansancio y mal estado, dice en su parte de 17 de abril de 1818 al virey del Perú, publicado como el anterior en la Gazeta de Lima: «Regresé á Talca (el 21 de marzo) con lo restante del ejército para recoger «crecido número de dispersos, arreglarlo todo de nuevo, porque habiendo «sido la acción de noche, era preciso que así sucediese, apesar del celo pa«ra llevar las columnas ordenadas en lo que permitía la oscuridad, en que «son inexcusables esta clase de desórdenes, hallándose por otra parte la «caballería en absoluta imposibilidad de hacer marchas forzadas por lo «mucho que había padecido y estar mal montada.» Torrente confirma el hecho de la dispersión con estas palabras: «No fué menor el desórden de «los soldados realistas, á los que no fué posible organizar hasta la mañana «siguiente. Sólo el comandante del Arequipa supo mantener ordenado su «cuerpo bisoño, y formar un punto de reunión para los dispersos.» Ob. cit., t. II, p. 425.

go habría bastado para rendir la plaza. (33) Los realistas, llenos de júbilo, y algunos notables de la aristocracia chilena para congraciarse se apresuraban á abrir comunicaciones con el vencedor, y uno de ellos mandó preparar un caballo de gala con herraduras de plata para ser presentado al general Osorio en su entrada triunfal. Aquella noche nadie durmió en Santiago. (34)

El gobierno, conturbado, no acertaba á dictar medidas, y mandaba construir una fortaleza en la estrechura de Payne, según el tradicional plan militar de 1812 y 1814, para contener la marcha del enemigo, á la vez que hacía retirar al norte los caudales públicos para ponerlos en salvo. (35) El director delegado Cruz, hombre más de administración rutinaria que de gobierno en circunstancias extraordinarias, se afanaba empero en hacer frente á la situación, allegando elementos militares. Al efecto, mandó reconcentrar el batallón chileno de «Infantes de la Patria» y la artillería que guarnecía á Valparaíso, y reunir la guardia nacional de infantería y caballería de la capital, Quillota, Melipilla, Aconcagua y Petorca, mientras recibía noticias oficiales para darles dirección. (36) No encontrando inspiraciones dentro de sí mismo para levantar el espíritu público abatido, convocó un cabildo abierto, á que fueron citadas las corporaciones civiles y los notables de la ciudad. La reunión tuvo lugar el 22 por la mañana, en momentos que se recibía la noticia de hallarse San Martín en San Fernando reuniendo sus dispersos. El director delegado que la presidía, manifestó los peligros de la situación y su resolución de poner en juego todos los elementos para hacer frente á ellos.

Interpelado por él el general Brayer que se hallaba presente, para que como actor en la sorpresa de Cancharrayada expusiese su opinión, después de titubear un momento, con-

(33) Como en todos los hechos históricos que pasan en el mundo, nunca falta un inglés que de testimonio de ellos,—como sucedió en el combate de San Lorenzo,—un viajero inglés, que á la sazón se hallaba en Santiago por asuntos de comercio, ha descripto las escenas de esta noche en su libro titulado: «Sketches of Buenos Aires, Chile and Perú» by Samuel Haigh, pág. 195.

(34) Vicuña Mackenna: «La batalla de Maipo» en «Rel. Hist.» primera parte.

(35) Barros Arana: «Hist. de la Indep.» t. IV, p. 307-308.

(36) Ofi. del director Cruz á San Martín de 22 de marzo de 1818. M. S. (Arch. San Martín, vol. XXVI.)

testó que «no había esperanza de reaccionar contra la derrota sufrida.» Todos quedaron mudos y consternados ante esta declaración del famoso mariscál de Napoleón. Entónces se levantó la voz de don Tomás Guido, que en su calidad de representante del gobierno argentino había sido invitado á tomar parte en la deliberación. «No puede juzgar, dijo, del estado « del ejército en retirada, el que ha dejado el campo bajo la « impresión de un desastre. Yo puedo asegurar, que el general « San Martín, aunque, obligado á replegarse, dicta las más pre- « miosas órdenes para la reconcentración de sus tropas. No hay, « pues, razón para temer que no veamos pronto á nuestro ejér- « cito en estado de combatir y de conquistar la victoria con el « apoyo y energía del país, decidido á todo sacrificio para sos- « tener su independencia. » ([37]) Apesar de estas confortantes palabras, la reunión se disolvió perpleja sin tomar resolución alguna, poseída de un desaliento que deprimió más el estado de la opinión.

El 23 llegó el parte de San Martín anunciando la salvación de la columna de Las Heras y hallarse al frente de 4,000 hombres. Pocos dieron crédito á estas palabras, y la población poseída de pánico se disponía á tomar en masa el camino de Mendoza. En tal momento se presentó un hombre, llamado á ser el héroe pasajero de las circunstancias como el corifeo de la trajedia antigua, y levantar un tanto el espíritu público de su postración. Fué éste, el doctor Manuel Rodríguez, aquel famoso guerrillero del sud, uno de los principales precursores de la reconquista de Chile en 1816, cuyo retrato hemos trazado ántes. (Véase cap. X, § IV y V.) Nombrado auditor de guerra del ejército, su caracter díscolo, que se avenía mal con toda regla, dió motivos para separarle de su puesto, y se ocupaba en conspirar en favor de Carrera, ó lo que es lo mismo, en romper la alianza argentino-chilena, cuando San Martín que le profesaba cariño, hizo que se le nombrara enviado cerca del gobierno argentino á fin de alejarle y salvarlo. Hallábase próximo á emprender su viaje diplomático, cuando ocurrió el contraste de Cancharrayada. Pidió ocupar su puesto de combate en el peligro y se presentó á caballo en las calles de San-

([37]) Guido: «Reminiscencias», en la «Revista de Buenos Aires», t. III, p. 326-327.

tiago, arengando al pueblo como caudillo y tribuno, infundiéndole su espíritu anárquico y patriótico, haciéndose seguir por la multitud entusiasmada y pidiendo á gritos otro cabildo abierto para salvar la patria. En la mañana del 23 reuniéronse de nuevo las corporaciones, y Rodríguez fué el primero en tomar la palabra: «El orgulloso ejército patriota que existía hace una «semana, y en el cual fundábamos nuestras esperanzas, no «existe ya. Se anuncia que el general O'Higgins ha muerto, «y que el general San Martín abatido y desesperado, no pien-«sa más que en atravesar los Andes. Es preciso, chilenos, re-«signarnos á perecer en nuestra propia patria defendiendo «nuestra independencia con el heroismo con que hemos afron-«tado tantos peligros.»

Esta peroración tan vacía como incoherente, que parecía calculada para disipar las últimas esperanzas, y proclamaba la deposición de los dos únicos hombres necesarios, produjo sin embargo el efecto contrario, y fué saludada con estrepitosos aplausos. Como sucede cuando todos dudan y temen y no saben que hacer, y se presenta un hombre que cree en sí, todos creyeron que era aquél el llamado por la providencia á salvarlos, y á los gritos de ¡viva Rodríguez! fué nombrado unánimemente coadjutor en el gobierno en consorcio con el director delegado Cruz. ([38]) El tribuno se convirtió en dictador, levantado por una verdadera revolución disolvente.

Rodríguez, con su caracter enérgico, se hizo el árbitro de la situación, doblegándose ante su voluntad la de su colega en el gobierno. Impetuoso y atolondrado, todas las medidas que dictó llevaban el sello de su temperamento fogoso y de sus cualidades desequilibradas. Regreso de los caudales á la capital, proclamas ofreciendo pasaportes á los cobardes que quisiesen abandonar el país, prisiones de sospechosos, alistamientos populacheros sin plan ni método, distribución de vestuarios y de armas sin cuenta ni razón á los que las pedían, y por último, la organización de un cuerpo fantástico denominado «Húsares de la Muerte», vestidos de negro con sus fúnebres emblemas, cuyo mando se reservó él como guardia pretoriana, tales fueron los principales actos que señalaron la efímera y bulliciosa dictadura de Rodríguez. Empero, su ac-

---

([38]) Véase Sanfuentes, «Chile desde Chacabuco hasta Maipo», pág. 141 y sig.

titud decidida contribuyó á dar temple á la opinión, reaccionando contra el miedo y la derrota, y aún cuando su papel en esta ocasión haya sido exagerado, fué como tribuno político-militar el hombre de las circunstancias, que llenó dramáticamente el intermedio histórico. Los grandes actores iban á reaparecer en la escena.

O'Higgins, al tener noticia de las novedades de la capital, apresuró su marcha, caminando día y noche á caballo, para tomar posesión del gobierno. Pasada la media noche del mismo día, se apeaba en Santiago con el brazo en banda. En la mañana del 24 una salva de 21 cañonazos y un repique general de campanas anunciaba su arribo. Inmediatamente asumía el mando y convocaba una reunión, á que concurrieron todas las corporaciones. El director estaba taciturno, pero entero. «He visto todo, dijo, y abrigo la profunda convicción de «que hemos de salir vencedores en la primera batalla.» Desde este momento todo entró en quicio. Se impartieron órdenes metódicas para allegar los elementos de guerra, empezaron á acuartelarse las milicias para romontar el ejército, se reunió parte del armamento imprudentemente dispersado por Rodriguez, se compraron fusiles á los comerciantes ingleses á cuenta de la próxima victoria, se encendieron las fraguas de la maestranza y el parque empezó á funcionar activamente elaborando municiones. Ante la reaparición del orden administrativo y de la figura severa de O'Higgins, se eclipsó el dictador de 48 horas, para volver á reaparecer más tarde en una misteriosa trajedia, según se relatará á su tiempo.

X

En la tarde del 25 de marzo llegó San Martín á Santiago, seguido de una escolta de caballería. Vestía el uniforme de granaderos á caballo, con su sobretodo de campaña cubierto por el polvo de la derrota y su típico falucho forrado en hule. En su rostro se dibujaban las fatigas del insomnio. Estaba triste y reconcentrado. Al llegar á los suburbios de la ciudad, salió á su encuentro su amigo y confidente Guido, y echándole los brazos desde á caballo, le dijo con voz conmovida: «Mis «amigos me han abandonado, pero recobraremos lo perdido y

« arrojaremos del país á los chapetones.» Al anuncio de su llegada, se echaron á vuelo las campanas, el pueblo lo recibió con aclamaciones, y al cruzar la plaza, después de conferenciar dos horas con el director O'Higgins, la muchedumbre le pidió una palabra que la confortase. El general no era orador ni hombre de movimientos espontáneos; pero sea que la conciencia lo inspirase ó hubiese preparado de antemano el efecto de su golpe dramático, detuvo su caballo á la puerta del palacio episcopal que le servía de alojamiento, y con acento sonoro pronunció el primer y último discurso de su vida: « Chilenos! « Uno de aquellos acasos que no es dado al hombre evitar, hi- « zo sufrir á nuestro ejército un contraste. Era natural que « este golpe inesperado y la incertidumbre os hiciera vacilar; « pero ya es tiempo de volver sobre vosotros mismos, y obser- « var que el ejército de la patria se sostiene con gloria al frente « del enemigo; que vuestros compañeros de armas se reunen « apresuradamente y que son inagotables los recursos del pa- « triotismo. Los tiranos no han avanzado un punto de sus « atrincheramientos. Yo dejo en marcha una fuerza de más de « 4,000 hombres sin contar las milicias. La patria existe y « triunfará, y yo empeño mi palabra de honor de dar en breve « un día de gloria á la América del Sur.» El tono resuelto con que fueron pronunciadas estas palabras, el ademán varonil que las acompañaba y la espresión grave del rostro inspirado del orador, impresionaron hondamente al pueblo que prorrumpió en estruendosos vivas. Un hombre del pueblo, un *roto* se le acerca, y exclama: «Mi general, un abrazo!» Su edecán O'Brien hizo el ademán de apartarlo, pero él, que como se ha dicho, necesitaba hacer brotar nuevas legiones de la tierra, y esperaba que aquel abrazo le daria muchos soldados, echó pie á tierra y lo abrazó en medio de grandes aplausos de la multitud. ([39]) Confirmando oficialmente las seguridades dadas por San Martín, el gobierno expidió una circular á los departamentos, pidiendo un auxilio de 4,000 mulas y víveres: «El general ofrece « con su cabeza no dejar una de las del enemigo, si los ciuda- « danos del Estado creen en su palabra; pero pide por condi-

([39]) La tradición y el testimonio escrito de varios testigos presenciales ha conservado todos los incidentes y gestos de estas escenas. Véase Haigh: «Skechets etc.» cit. p. 199.—Barros Arana: «Hist. de la Indep.» t. IV, p. 325.—Vicuña Mackenna: «Rel. Hist.» 1ª parte, art. «Maipo»—M. Olazábal: «Ep. de la guerra de la Indep.», p. 28-29.

« ción precisa que lo ayuden en la esfera de sus alcances. El « gobierno lo pagará todo religiosamente. » ([40])

En el mismo día reuníase una junta de guerra en el alojamiento del general, á que concurrieron el director O'Higgins y todos los jefes militares presentes en Santiago. Las opiniones estaban divididas. Unos proponían replegarse á Aconcagua y reorganizar allí el ejército. Otros estaban por sostenerse en la misma capital. San Martín guardaba silencio. Uno de los jefes, indicó que antes de tomar una determinación era necesario oír el informe del jefe del parque, á fin de conocer los elementos de guerra con que se contaba para seguir uno ú otro plan. El general mandó llamar á Bertrán, y limitando el alcance de la pregunta, le interrogó: «¿Cómo estamos de municiones?» El capitán-fraile, levantando la mano en alto, contestó lacónicamente: «Hasta los techos!» La verdad era que no había diez mil cartuchos de fusil en los depósitos; pero San Martín que lo sabía, y tenía su idea, se dió por satisfecho, y declaró en tono perentorio, que el ejército se pondría en campaña cubriendo la capital, para esperar en esta actitud al enemigo y librar una nueva batalla. Así quedó acordado. Mientras tanto, Bertrán, pedía al gobierno hiciera una leva de trabajadores, sin distinción de hombres, mujeres ni niños. Pasaba la noche en vela trabajando, y al día siguiente daba parte que tenía cincuenta mil cartuchos prontos. ([41]) Los trabajos militares se activaron, los cuerpos se remontaron, estableciöse un campo de instrucción á diez kilómetros al sud de la ciudad en el llano de Maipo, donde se reunieron los regimientos de granaderos y cazadores, dos batallones de infantería y la artillería de nueva creación, con las piezas de repuesto montadas en el parque, volviéndose á abrir la escuela disciplinaria de Mendoza y de las Tablas. El 28 de marzo llegó al nuevo campamento la columna salvadora de Las Heras, saludada por una salva de 21 cañonazos y las dianas precursoras de la victoria, recibiendo nuevamente las congratulaciones del general en jefe en medio de las aclamaciones populares. Las Heras, el tipo de la disciplina valerosa, vestía un uniforme azul-mezclilla hecho girones, llevaba la

([40]) Circular de 25 de marzo de 1819 á los departamentos de los Andes, Aconcagua, Quillota y Melipilla. M. S. Apnd. Barros Arana, «Hist. de la Indep.» t. IV, p. 327.

([41]) Informe verbal del general Espejo.

espada en la mano, y recibía las ovaciones modestamente en la actitud del soldado que espera nuevas órdenes para cumplirlas.

La confianza pública volvió á renacer; pero San Martín, prudente siempre, no fiaba nada á la fortuna. Para mostrar que no cedía el campo, estableció una vanguardia de caballería en Rancagua á veinte y cuatro kilómetros de su campamento; pero al mismo tiempo en previsión de un contraste, impartía órdenes secretas señalando la provincia de Coquimbo como punto de reunión, y se establecían depósitos desde Santiago á la Serena marcando con ellos el itinerario de una retirada posible hacia el norte. El intendente del ejército cumpliendo estas instrucciones decía: «Las precauciones tomadas para un caso «funesto, son siempre prudentes en un general, aún cuando «tenga la superioridad de las armas.» (42) El coronel Luis de la Cruz fué encargado de organizar en este sentido las provincias del norte. Previendo hasta el caso de que no fuera posible la retirada á Coquimbo, y hubiese que trasmontar la cordillera, establecíase un parque en Santa Rosa de los Andes y otro en la Guardia Vieja cubriendo con una reserva de milicias todos los boquetes y portezuelos de las montañas. (43) Á los diez días de la derrota de Cancharrayada, el Ejército Unido estaba reorganizado y pronto á renovar la batalla. Constaba de nueve batallones, cinco chilenos y cuatro argentinos, (44) con cerca de 4,000 plazas; tres regimientos de caballería, dos argentinos y uno chileno con más de 1,000 ginetes y 22 piezas de artillería, sumando un total de más de 5,000 hombres de línea. (45) El general de los Andes, seguro esta vez de ven-

---

(42) Nota del intendente F. de B. Fontecilla de 1º de abril de 1818. M. S. apud. Barros Arana.

(43) Of. de O'Higgins al gobernador de los Andes de 31 de marzo de 1818. M. S. apud. Barros Arana.

(44) *Batallones chilenos:*—Núm. 1º de Chile, núm. 2 de id., núm. 3 de id., Infantes de la Patria y Cazadores de Coquimbo.—*Batallones Argentinos:* Núm. 1º de Cazadores de los Andes, núm. 7 de id., núm. 8 de id., núm. 11 de id.—*Regimientos de caballería argentina:* Granaderos á Caballo y Cazadores de id.—*Regimientos chilenos:* Cazadores de Chile y Escolta del Director.—Dos escuadrones de artillería chilenos y dos argentinos.

(45) Faltan datos para fijar con precisión la fuerza del Ejército Unido en esta fecha, pero las cifras que se dan son aproximadamente exactas. Según of. de Guido de 29 de marzo de 1818, (M. S. del Arch. gral.) la columna con que se incorporó Las Heras constaba de 3,500 infantes, aunque otros sólo le asignan 3,000; pero como según él mismo, existían ya allí dos batallones, el número total de esta arma debía alcanzar á 4,000 plazas más ó

cer le había infundido su espíritu y esperaba con confianza al enemigo triunfante.

---

ménos. Los Granaderos y Cazadores á caballo reunidos en esa fecha alcanzaban á 500 según él mismo, y agregando los de Chile, formarían un total como de 1,000 hombres. Agregando los artilleros se tiene el total general de más de 5,000 hombres apuntado en el texto. Esta es la fuerza que le asigna en globo Olazábal en su «Ep. de la grra. de la indep.» p. 39 —El general Las Heras, en una relación M. S. de la batalla de Maipu, dice: «El ejército de la patria apenas podría llegar á 4,500 hombres en nueve batallones, cuatro escuadrones de granaderos, dos escuadrones de cazadores, y dos de lanceros.»

CAPÍTULO XVIII

MAIPU [1]

AÑO 1818

El ejército realista después de Cancharrayada—Apertura de la campaña de Maipu—Combate de vanguardia—El ejército realista atraviesa el río Maipo—Su marcha estratégica—Teatro de las operaciones—Planes y maniobras de San Martín—Batalla de Maipu—Derrota del ejército realista y sus resultados—Error de San Martín después de Maipu—Importancia americana de la batalla de Maipu—El virey del Perú se pone á la defensiva—Osorio se sostiene en el sud de Chile—Se reabren las hostilidades al sud del Maule—Combate del Parral y de Quirihue—Ataque de Chillán—El coronel Lantaño—Desmantelamiento de Talcahuano—Consecuencias inmediatas de la batalla de Maipu.

I

La sorpresa de Cancharrayada, como sucede en los encuentros nocturnos, no fué decisiva y la dispersión fué tan considerable de una parte como de otra. Esto esplica porqué el ála izquierda y la reserva patriota no fué activamente per-

---

[1] Los nombres históricos de lugares, deben escribirse tal como la geografía, ó los documentos correlativos los consignan, pues si hnbiera de hacerse remontando al origen de las palabras ó á sus raíces para ello, la historia se convertiría en un tratado de etimologías, que á la vez haríala ininteligible. Pero sucede en este caso, que la batalla de Maipu, en que combatieron unidos argentinos y chilenos, los primeros la llaman *Maipo* ó *Maypo*, y los segundos *Máipu* ó *Maipú*. El lugar en que se dió la batalla se llama geográficamente desde el tiempo de la conquista, el *llano de Maipo*, y *Maipu* y *Maypo* el río que lo limita al sud, según puede verse en las Actas capitulares de la fundación de Chile en 1545, y Ovalle, « Histórica Relación del reyno de Chile », Año 1646, en la pag. 21 y en el mapa que la acompaña. Los argentinos le agregaron el acento con que los pehuen-

seguida y que la columna de Las Heras, no obstante haber sido sentida, efectuase su retirada débilmente hostilizada, teniendo ámbas que salvar el sério obstáculo del río Lircay. Al amanecer del día 20, todo era confusión en el campo de los vencedores, y solo se veía reunido el batallón de Arequipa, mandado por su comandante José Ramón Rodil, destinado á ser el último que mantuviese enarbolada la bandera española en el continente americano. El general en jefe del ejército español, al recorrer el campo de la acción y estimar los despojos ópimos de la victoria á que no había concurrido, pudo cerciorarse al mismo tiempo, que en muertos y heridos le tocaba la peor parte. Como 400 cadáveres estaban tendidos en el campo, y de ellos, incluso 15 oficiales, más de la mitad eran realistas. La retirada de Las Heras, lo dejaba lleno de cuidados y

---

ches y algunas tríbus de la pampa modifican las palabras de la lengua araucana, no obstante no ser esta palabra usada por ellos. La etimología de la palabra es conocida: viene de *mapu,* tierra, patria, habitación, pueblo, que se conserva en toda su pureza primitiva, y así la escriben todos los que han tratado de la lengua Araucana (Véase Valdivia: Arte y vocabulario de la lengua de Chile», año 1606.—Havestadt: «Childúgu, sive tractatus linguæ chilensis», año 1717, vol. II, p. 707.—Febres: «Arte de la lengua gral. del reyno de Chile», año de 1777.)—Al pasar al oriente de la cordillera, la acentuación de la palabra se altera, y los pehuenches pronuncian mapú, y así llaman á la región que habitan *mamill-mapú,* de *mamull,* lares y *mapu,* tierra ó campo, según puede verse en el «Viaje» de Luis de la Cruz, Col. de Angelis, t. I, p. 42. Los indios pampas la pronuncian con el acento grave y la usan en la misma acepción que los pehuenches.—*May,* tomado aisladamente, ó es una partícula que se pospone para dar significación á ciertas palabras, que en un caso sirve para afirmar, ó es el adverbio, *pues.—Maipún,* es verbo, y según Havestadt, significa, «terram fubigere, prosundere, arare»; según Febres, significa tambien romper la tierra ó ararla ó allanarla, siendo probable que *Maipun,* ó tierra cultivada, se llamase el sitio en su origen.—En un principio se usaron indistintamente las denominaciones de Maipu, Maypo y Maipú para designar la batalla. El gobierno de Chile, en su decreto de 10 de mayo de 1818 (Gaz. minist. de Chile, núm. 44) al determinar las leyendas de las medallas y escudos de premio á los vencedores, dice: *Maypu,* pero en las medallas de oro y plata para los jefes y oficiales se esculpió: *Maypo;* en el escudo de paño grana para los sargentos y cabos, se bordó *Maipú* con letras de oro, y en los de la tropa, *Maipu* con letras de plata en paño azul. El Congreso argentino en su ley de mayo 8 de 1818, al mandar grabar una lámina conmemorativa del hecho, emplea constantemente la palabra Maypo; y el poder ejecutivo, al conceder al ejército cordones de honor por él, dice «llanuras de Maypo».—La costumbre ha hecho prevalecer el nombre de Maipú en la República Argentina, mientras en Chile se ha conservado inalterable el nombre geográfico de Maypo.—Tratándose de un hecho en que la gloria es común de dos pueblos, ámbos debieran uniformar su nomenclatura histórica.—Para armonizar estas disonancias, hemos adoptado escribir MAIPU, que no cambia la fisonomía ortográfica de la denominación argentina y se diferencia muy poco de Maipo en su sonido, ajustándose más á su etimología, *mápu.*

le impedía medir la importancia de las respectivas fuerzas organizadas. Por otra parte, su caballería, muy inferior en número y calidad, estaba fatigadísima y muy mal montada. Á pesar de esto, todo le aconsejaba seguir adelante para recoger los frutos de la victoria, y cediendo al primer impulso, vadeó el Lircay y avanzó hasta Pangue. Desde este punto, desprendió al mando de Ordóñez una columna de dos batallones, dos escuadrones y tres piezas de artillería de montaña, regresando con el resto á Talca para reorganizar su ejército. Cuando Ordóñez llegó á Quechereguas el 21, Las Heras, que le llevaba una jornada ganada, había cruzado el Lontué. De allí para adelante, era necesario prepararse para una campaña formal, y en estos preparativos se pasaron cuatro días. (2) El 24 pudo por fin Osorio ponerse en marcha con el grueso de su ejército é incorporarse á su vanguardia en Quechereguas en el siguiente día, cuando el Ejército Unido, rehecho en número de 4,000 hombres se replegaba sobre Santiago para esperarle. La nueva campaña estaba abierta.

Desde Quechereguas empezó el general español á dudar de la importancia de su victoria. El ejército independiente había desaparecido de su frente, pero sabía que una columna, que componía la mitad de él, habíase retirado hecha del campo de batalla. No pudo dar alcance á ningún grupo importante, y sus partidas avanzadas apenas consiguieron tomar algunos dispersos aislados. El país estaba desierto, los caminos inundados por el desborde de las acequias que los patriotas habían roto al retirarse, y nadie le suministraba noticias de la posición del enemigo. Venciendo dificultades y marchando á ciegas, llegó el 26 á orillas de Teno, y solo el 28 alcanzó á San Fernando, que encontró abandonado y exhausto de recursos de movilidad. Desde este punto empezó á tentar el terreno, y al efecto, hizo adelantar un destacamento de 200 hombres de caballería, cuya avanzada encontróse el día 30 en la Requinoa con otra de 60 granaderos á caballo de la vanguardia patriota de Rancagua que cubría la márgen derecha del Cachapoal. La avanzada realista se puso en retirada; pero el capitán Miguel Cajaraville (argentino) que mandaba los granaderos, la persiguió hasta su reserva, á la que cargó

(2) Véase la nota del capítulo XVII en que se esplican las causas del retardo de Osorio.

valientemente acuchillándola y matándole 30 hombres, y entre ellos uno de sus jefes, cuya casaca fué remitida como trofeo al cuartel general. (3) Este encuentro fué la primera noticia que tuvieron los realistas de que hallarían enemigo con quien pelear.

El 31 de marzo, el ejército realista, fuerte de 5,500 hombres, atravesó el río Cachapoal, límite de la antigua conquista quichua sobre los araucanos. Osorio mandó explorar el terreno de vanguardia, midiendo más cautelosamente sus marchas, por manera que, solo el 2 de abril á la tarde pudo alcanzar á la márgen izquierda del Maipo. En la mañana del 3 cruzó este río por el vado Lonquén, apartándose diez kilómetros al oeste del camino central que llevaba, y acampó sobre su márgen derecha en una antigua hacienda de los Jesuitas denominada la Calera. Su plan de campaña era dominar por su frente el camino de Melipilla á Santiago, estenderse por su izquierda por el que de la Calera conduce á Valparaíso, amagando la capital por sud-oeste, y con este propósito avanzó hasta la hacienda de «Espejo», donde se estableció en la misma noche, reconcentrando allí sus bagajes. (4)

---

(3) Parte del comandante Santiago Bueras de 30 de marzo de 1818, incluido en of. de San Martín de 31 del mismo, imp. en h. suelta.

(4) Véase el plano de la batalla de Maipu, Lam. núm. XI. Este plano ha sido coordinado, sobre la base de uno muy completo, confeccionado en 1818 sobre el campo, por el ingeniero del ejército de los Andes Bacler D'Albe, y confrontado con otro hecho en el mismo año en Buenos Aires por el ingeniero argentino José Arenales, según datos de San Martín á lo que parece, pues este lo conservaba con cuidado entre sus papeles, y en él se encuentran algunos datos topográficos y tácticos que faltan en el de D'Albe. Además, he tenido presente un croquis rectificado por el general Las Heras con esplicaciones del ingeniero del ejército Antonio Arcos. El plano de Maipu que Miller trae en sus «Memorias», que representa un simple é imaginario cambio de frente del ejército argentino-chileno, no tiene ningún valor histórico ni militar, carece de datos topográficos, y es radicalmente errado por lo que respecta á la formación del ejército realista. El que trae Torrente en su «Hist. de la Revol. Hisp. Amer.» dá una idea general de la batalla, y me ha sido de alguna utilidad para determinar la formación de los españoles en sus posiciones y algunos de los movimientos de sus columnas. El que trae Gay en su «Hist. de Chile», es una imperfecta cópia del plano de D'Albe, en que ha omitido pormenores de importancia que hacen precioso este documento gráfico. Además, hemos tenido presente un croquis anotado por el general Las Heras con esplicaciones del ingeniero del ejército Antonio Arcos. Combinando todos estos elementos con los documentos históricos correlativos y nuestras observaciones sobre el campo de batalla, hemos coordinado el plano adjunto, que es simplemente el de D'Albe, complementado en algunas de sus partes y rectificado en algunos detalles, agregándole las explicaciones de que carecía.

El general realista, vacilante como siempre, al saber que tenía á su frente en actitud de pelea al ejército que consideraba anonadado en Cancharrayada, reunió una junta de guerra el día 4, y propuso la retirada á Valparaíso, á la sazón bloqueado por la escuadra española, con el objeto de establecer una nueva base de operaciones que ofreciese mejores probabilidades de buen éxito. Sus principales jefes, y á su cabeza Ordóñez y Primo de Rivera, se opusieron enérgicamente; y quedó decidido que la batalla se empeñaría al siguiente día. (5) La distancia que mediaba entre los ejércitos beligerantes no alcanzaba á cuatro kilómetros.

II

El teatro en que se desenvolvían estas operaciones, es una llanura, limitada al este por el río Mapocho que divide la ciudad de Santiago; al norte, por la serranía que la separa del valle de Aconcagua, y al sur por el Maipo que le dá su nombre. Hacia al oeste se levanta una série de lomadas y algunos montículos que corren de oriente á poniente, y se destacan en monótonas líneas prolongadas en el horizonte, rompiendo la uniformidad del paisaje algunos grupos de arbustos espinosos en un campo cubierto de pastos naturales, y en lontananza, las montañas que circundan el valle y le dan su perspectiva. Al sud de Santiago, se prolonga por el espacio como de diez kilómetros, en la dirección ántes indicada, una lomada baja de naturaleza caliza que por su aspecto lleva el nombre de Loma Blanca. Sobre la meseta de esta lomada evolucionaba el ejército patriota. En su estremidad oeste y á su frente, se alza otra lomada más alta, que forma un triángulo, cuyo vértice sud-oeste se apoya en la hacienda de Espejo, ántes mencionada, conduciendo á ella un callejón en declive como de veinte metros de ancho y trescientos de largo, cortado por una ancha acequia en su fondo, y limitado á derecha é izquierda por viñas y potreros que cierran altos tapiales. Esta era

---

(5) Torrente: «Hist. de la Revol. Hisp. Amer.» t. II, p. 427—Barros Arana: «Hist. de la Indep.» t. IV, p. 348—Relación sobre la batalla de Maipu por el general Las Heras. M. S.

la posición que ocupaba el ejército realista. Las dos lomadas están divididas por una depresión plana del terreno ú hondonada longitudinal como de un kilómetro en su parte más ancha y doscientos cincuenta metros en la más angosta. Al este del vértice ó puntilla de las lomas del sud se estiende un grupo de cerrillos aislados, y entre ellos uno más elevado, en forma de mamelón, que hace sistema con el triángulo ocupado por los realistas. El vértice Este de esta posición, que era su parte más elevada, se destacaba como un baluarte, y hacía frente á un ángulo truncado fronterizo de la Loma Blanca, que lo flanqueaba por una parte y lo enfilaba por otra. (Véase el plano) En este campo iba á decidirse la suerte de la independencia sud-americana. (6)

El general San Martín, situado en la estremidad Este de la Loma Blanca á diez kilómetros de Santiago, dominaba en su conjunción los tres caminos que comunican con los pasos del Maipo y amagaba el de Valparaíso, asegurándose una retirada, á la vez que cubría la capital por sus dos únicos puntos vulnerables, la cual para mayor garantía hizo atrincherar, guarneciéndola con 1,000 milicianos y un batallón bajo la dirección de O'Higgins, á quien su herida impedía asistir al campo de batalla. Su plan era atacar al enemigo sobre la marcha, sin darle tiempo á combinaciones, si se presentaba por los caminos del frente; correrse por su flanco derecho si tomaba el de la Calera, é interceptarle el de Valparaíso, maniobrando á todo evento con seguridad sobre la meseta de la loma en terreno ventajoso para dar y recibir la batalla. Al efecto, dividió su ejército en tres grandes cuerpos formados en dos líneas: el primero á órdenes de Las Heras, cubriendo el ála derecha; el segundo á las de Alvarado á la izquierda; y un tercero en reserva en segunda línea á cargo del coronel H. de la Quintana.

---

(6) En dos ocasiones he reconocido el campo de batalla de Maipu: la una, acompañado del general Las Heras, principal actor en ella, y la otra, con los historiadores chilenos Barros Arana y Vicuña Mackenna que han descripto la batalla, sirviéndonos de guia un anciano de noventa años, dueño á la sazón de parte del terreno, que tenía 17 años el día de la batalla, que él presenció. En 1818 era un campo abierto, á escepción de la hacienda de Espejo rodeada de viñas, y potreros cercados. Al presente conserva la fisonomía inalterable que le imprimen los relieves del terreno y las largas líneas que lo señalan en el horizonte, pero cortado por cercas que entonces no existían.

Confió á Balcarce el mando general de la infantería, reservándose el de la caballería y la reserva. El primer cuerpo lo formaban los batallones núm. 11 de Las Heras (argentino), los Cazadores de Coquimbo, comandante Isaac Thompson (chileno); los Infantes de la Patria, comandante Bustamante, (chileno); el regimiento de caballería argentino Granaderos á caballo, á que se había agregado un escuadrón provisional de artilleros montados del ejército argentino por no tener piezas que servir, y la artillería chilena compuesta de 8 piezas de campaña á cargo del mayor Blanco Encalada. El segundo cuerpo lo componían : los batallones núm. 1º de cazadores (argentino) de Alvarado; el núm. 8 de los Andes (argentino) comandante Enrique Martínez; el núm. 2 de Chile, comandante Cáceres; los Cazadores y Lanceros de Chile (argentinos y chilenos), á órdenes de Freyre (7) y Bueras, con nueve piezas ligeras de artillería chilena á cargo del mayor Borgoño. La reserva constaba: de los batallones núm. 1º y núm. 3 de Chile, comandantes Rivera y López; núm. 7 de los Andes (argentino) comandante Conde, y cuatro piezas de batir de á 12, mandadas por De la Plaza, y servidas por los artilleros argentinos que habían perdido su artillería en Cancharrayada.

Contando con el triunfo, el general de los Andes supo infundir á todos su confianza, y en este concepto, dió instrucciones detalladas á sus jefes en vísperas de la batalla, á ejemplo de Federico. En ellas disponía que, la dotación de municiones de cada soldado sería cien tiros y seis piedras; que antes de entrar en pelea se les daría una ración de vino ó aguardiente, y los jefes perorarían con denuedo á su tropa, imponiendo pena de la vida al que se separase de las filas avanzando ó retrocediendo, y previniéndoles á la vez, de un modo claro y terminante, que si veían retirarse algún cuerpo, era por que el general en jefe lo mandaba así por astucia, según su plan. Preveníales : que los batallones de las álas debían siempre formar en columna de ataque, desplegando solo en caso de necesidad ó con espresa orden suya; y que todo cuerpo de infantería ó

(7) El comandante Mariano Necochea era el jefe nato de los Cazadores de los Andes; pero habiéndose herido una mano él mismo por accidente con una pistola, por esta causa no asistió á la batalla de Maipu, tomando Freyre el mando del cuerpo, y en seguida el de toda la caballería de la izquierda por muerte de Bueras durante la acción.

caballería cargado al arma blanca, no esperaría la carga á pie firme, y á la distancia de cincuenta pasos, debía salir al encuentro á sable ó bayoneta. No se recojería ningún herido durante el fuego, porque, decía : « necesitándose cuatro hombres para cada herido, se debilitaría la línea en un momento ». La enseña del cuartel general sería una bandera tricolor, y cuando se levantasen tres banderas, « la tricolor de Chile, la bicolor argentina y una encarnada, gritaran todas las tropas *¡Viva la Patria!* y en seguida cada cuerpo cargara al arma blanca al enemigo que tenga al frente ». Indicaba los uniformes y banderas de los cuerpos del ejército realista, (8) y al referirse al Burgos, agregaba : « Á este regimiento se le debe cargar « la mano, por ser la esperanza y apoyo del enemigo ». Recomendaba á los jefes de caballería, tomar siempre la ofensiva, por ser esta la índole del soldado americano, y llevar á su retaguardia un peloton de veinte y cinco hombres para sablear á los que volvieran cara y perseguir al enemigo. Por último les decía : « Esta batalla va á decidir de la suerte de toda la Amé- « rica, y es preferible una muerte honrosa en el campo del ho- « nor á sufrirla por manos de nuestros verdugos. Yo estoy « seguro de la victoria con la ayuda de los jefes del ejér- « cito á los que encargo tengan presente estas observacio- « nes ». (9)

Tomadas estas disposiciones y dictadas estas prevenciones, formó su ejército en dos líneas : en primera línea las divisiones 1ª y 2ª, con sus respectivas baterías desplegadas á cada uno de los flancos y su caballería escalonada, poniendo la reserva en segunda línea y su artillería de batir al centro de la primera. En este orden permaneció los días 2, 3 y 4 de abril, con una vanguardia volante mandada por Balcarce, en observación de la línea del Maipo. Al tener noticia de que el

(8) La infantería española vestía uniforme de brin blanquecino, con fornitura blanca y morrion cono invertido ; los dragones del rey, chaqueta colorada, calzon claro y botas fuertes á la europea, y el resto de su caballería, uniforme azul. El ejército independiente vestía todo de azul : la infantería con correaje blanco cruzado, lo mismo que la caballería, y morriones bajos cono invertido. (Véase cuadro pintoresco de la batalla de Maipu, iluminada en Lóndres, según indicaciones del ingeniero Alvarez Condarco).

(9) « Instrucciones dadas á los jefes para el caso de una batalla », sin fecha, firmadas por San Martín. Doc. del archivo de guerra de Chile. M. S.

enemigo vadeaba el río inclinándose hacia el poniente, desprendió toda su caballería con orden de atacar sus puestos avanzados, hostilizar sus columnas en la marcha y mantenerlo durante la noche en constante alarma. El fuego de las guerrillas, aproximándose cada vez más, y los repetidos partes, anunciaban que los realistas seguían avanzando. La noche del 4 se pasó así en alarma, rodeando los soldados patriotas grandes fogatas de huañil, que iluminaban todo el campo. ([10]) San Martín dormía mientras tanto en un molino á la orilla del camino, envuelto en su capote militar.

Al amanecer del día 5 de abril, las guerrillas patriotas al mando de Freyre y Melián se replegaban, dando parte que el enemigo avanzaba en masa, en rumbo al camino que entronca con el de Santiago á Valparaíso. San Martín, que lo había previsto por su dirección en el día anterior, pensó que no podía tener por objeto sinó cortarle la retirada sobre Aconcagua, ó efectuar un movimiento de circunvalación interponiéndose entre él y la capital, ó reservarse una retirada más segura en caso de contraste, pues la larga distancia y los ríos que tendría que atravesar, la hacían dificilísima hacia el sud. ([11]) Lo primero estaba previsto y se neutralizaba por un simple cambio de frente; lo segundo era impracticable, pues tenía que describir un arco, de cuya cuerda era dueño, y lo último, una promesa más de triunfo completo. Para cerciorarse por sus propios ojos de este error estratégico y concertar sus movimientos tácticos, disfrazóse con un poncho y un sombrero de campesino, y acompañado por su inseparable ayudante O'Brien y el ingeniero D'Albe, seguido de una pequeña escolta, se dirigió á gran galope al ángulo truncado de la Loma Blanca señalado ántes, y desde allí pudo observar á la distancia de cuatrocientos metros con el auxilio de su anteojo, la marcha de flanco que en perfecto orden ejecutaban las columnas españolas á tambor batiente y

([10]) Arbusto espinoso y florido, originario de Chile y el Perú, de que está sembrado el llano de Maipo. El botánico español Lagasca, lo dedicó al célebre químico Proust, y su denominación científica es *Proustia*—Lagasca. V. Gay, «Hist. de Chile. *Botánica*», t. III, p. 296 y Philippi. «Elem. de Bot.» p. 334.

([11]) Parte detallado de la batalla de Maipu por San Martín, de 9 de abril de 1818, publicado en la «Gaceta de B. Aires», núm. 67, 1818.—Relación de Las Heras sobre la batalla de Maipu. M. S. cit.

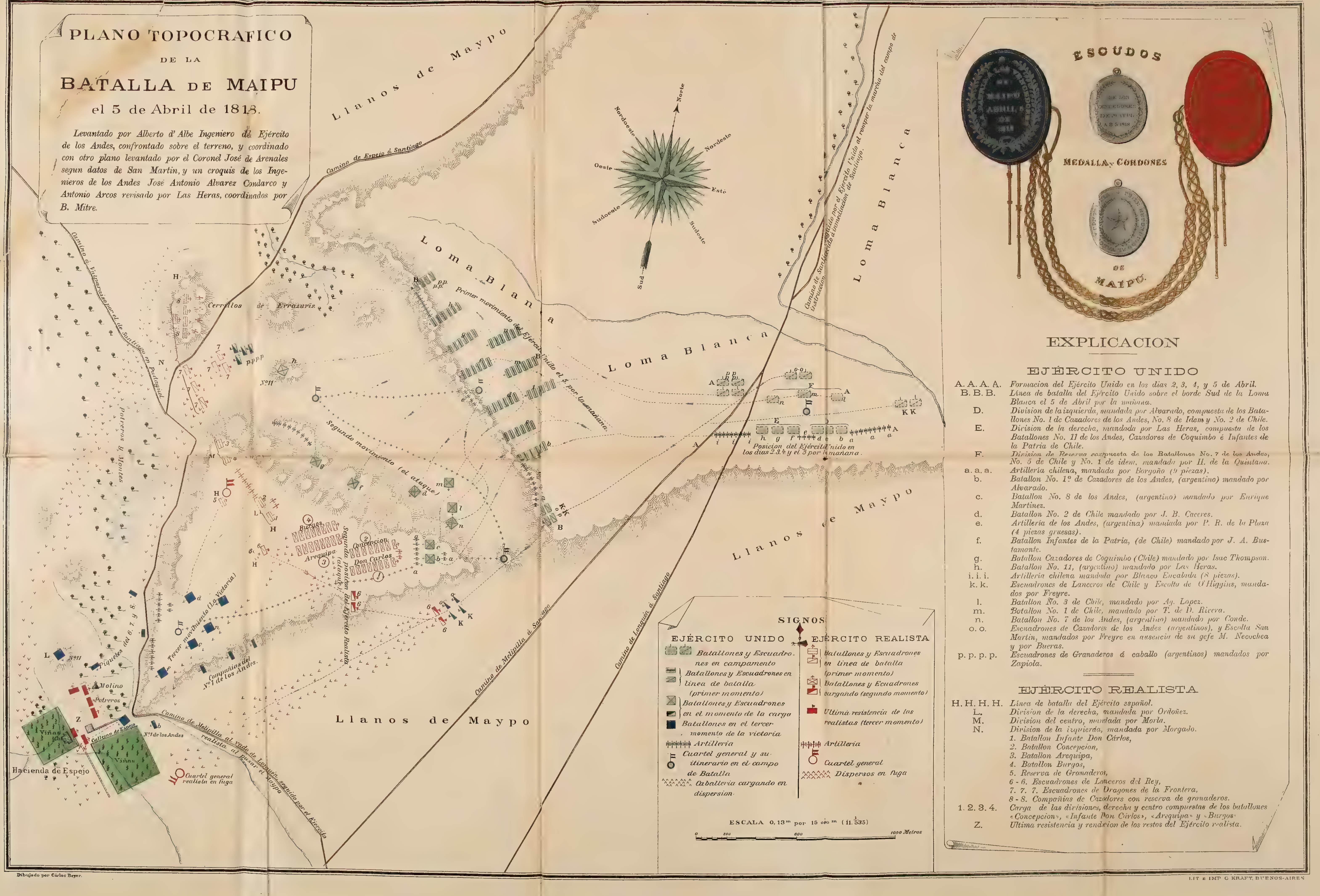
banderas desplegadas, al posesionarse de la lomada triangular fronteriza prolongando su izquierda sobre el camino de Valparaíso.—«Que brutos son estos godos!»—exclamó con esa mezcla de resolución y buen humor que caracteriza á los heroes en los momentos supremos. Y agregó:—«Osorio es más tor-«pe de lo que yo pensaba».—Dirigiéndose luego á sus acompañantes, les dijo:—«El triunfo de este día es nuestro. El sol «por testigo!»—El sol asomaba en aquel momento sobre las nevadas crestas de los Andes. (12) La mañana estaba serena; ninguna nube empañaba el cielo, el aire estaba cargado de perfumes, y las áves cantaban entre los espinos en florescencia. (13)

III

Á las diez y media de la mañana el ejército argentino-chileno rompió una marcha de flanco en dos columnas paralelas, caminando rumbo al oeste por encima de la meseta de la Loma Blanca. En el curso de la marcha, ocurrió un episodio, que la historia debe recojer por la espectabilidad de los personajes, y da idea del temple de alma del General en ese momento. Á medio camino, presentose el mariscál Brayer solicitando licencia para pasar á los baños de Colina. San Martín le contestó fríamente:—«Con la misma licencia con que el señor ge-«neral se retiró del campo de batalla de Talca, puede hacerlo

(12) El general O'Brien, que á pesar de su larga residencia en América, nunca pudo hablar correctamente el español, decía treinta años después (en 1849 en Valparaíso) relatándonos esta escena histórica, que San Martín había esclamado: «*Que bruta esta goda Osorio. Triunfo nuestra. Sol testigo*».—Eran estas, formas proverbiales en el estilo familiar de San Martín, y siempre que pronosticaba algo, tenía por costumbre agregar, como consta de diversas cartas suyas:—«El tiempo por testigo».—Barros Arana y Vicuña Mackenna que oyeron relatar esta escena á O'Brien, la confirman en todos sus pormenores.

(13) El viajero inglés Haigh, antes cit. que en ese momento se hallaba en el campo de San Martín, dice: «It was sunday morning, the 5 t. of. «april, the most delightful time of the year in Chile, not á cloud obscu-«red the bright and everlasting blue of the sky; the birds were singing, «and the fragrance of the orange blossoms shed a delighful perfume in «the breeze; there was that balmy softness in the air so peculiar to the «clime». (*Sketches*, p. 219) Cuando en abril de 1883 visité el campo de batalla, precisamente en el mes de abril, el paisaje presentaba el mismo aspecto.


PLANO TOPOGRAFICO
DE LA
BATALLA DE MAIPU
el 5 de Abril de 1818.
Levantado por Alberto d' Albe Ingeniero de Ejército de los Andes, confrontado sobre el terreno, y coordinado con otro plano levantado por el Coronel José de Arenales segun datos de San Martin, y un croquis de los Ingenieros de los Andes José Antonio Alvarez Condarco y Antonio Arcos revisado por Las Heras, coordinados por B. Mitre.
Llanos de Maypo
Loma Blanca
Camino de Espejo á Santiago
Cerrillos de Errazuriz
Primer movimiento del Ejército Unido el 5 por la mañana
Segundo movimiento (el ataque)
Tercer movimiento (la Victoria)
Segunda posicion del Ejército Realista (ataque)
Posicion del Ejército Unido en los dias 2.3.4 y el 5 por la mañana.
Camino de Santiago seguido por el Ejército Unido al romper la marcha del campo de Ortuzar, á inmediacion de Santiago.
Camino de Melipilla á Santiago
Camino de Longuen á Santiago
Camino de Melipilla al vado de Lonquen seguido por el Ejército realista al buscar el Maypo
Potreros y Montes
Piquetes del 6, 7 y 8
Compañias del Nº 1 de los Andes
Nº 1 de los Andes
Burgos
Concepcion
Arequipa
Don Carlos
Molino
Potreros
Callejon de Espejo
Viñas
Hacienda de Espejo
Cuartel general realista en fuga
Norte
Nordeste
Este
Sudeste
Sud
Sudoeste
Oeste
Noroeste
ESCUDOS
MEDALLA Y CORDONES
DE MAIPU.
SIGNOS
EJÉRCITO UNIDO
Batallones y Escuadrones en campamento
Batallones y Escuadrones en linea de batalla (primer momento)
Batallones y Escuadrones en el momento de la carga
Batallones en el tercer momento de la victoria
Artilleria
Cuartel general y su itinerario en el campo de Batalla
Caballeria cargando en dispersion
EJÉRCITO REALISTA
Batallones y Escuadrones en linea de batalla (primer momento)
Batallones y Escuadrones cargando (segundo momento)
Ultima resistencia de los realistas (tercer momento)
Artilleria
Cuartel general
Dispersos en fuga
ESCALA 0,13m por 15 o/o m (11.535)
1000 Metros
EXPLICACION
EJÉRCITO UNIDO
A. A. A. A. Formacion del Ejército Unido en los dias 2, 3, 4, y 5 de Abril.
B. B. B. Linea de batalla del Ejército Unido sobre el borde Sud de la Loma Blanca el 5 de Abril por la mañana.
D. Division de la izquierda, mandada por Alvarado, compuesta de los Batallones No. 1 de Cazadores de los Andes, No. 8 de Idem y No. 2 de Chile.
E. Division de la derecha, mandada por Las Heras, compuesta de los Batallones No. 11 de los Andes, Cazadores de Coquimbo é Infantes de la Patria de Chile.
F. Division de Reserva compuesta de los Batallones No. 7 de los Andes, No. 5 de Chile y No. 1 de idem, mandada por H. de la Quintana.
a. a. a. Artilleria chilena, mandada por Borgoño (9 piezas).
b. Batallon No. 1º de Cazadores de los Andes, (argentino) mandado por Alvarado.
c. Batallon No. 8 de los Andes, (argentino) mandado por Enrique Martinez.
d. Batallon No. 2 de Chile mandado por J. B. Caceres.
e. Artilleria de los Andes, (argentina) mandada por P. R. de la Plaza (4 piezas gruesas).
f. Batallon Infantes de la Patria, (de Chile) mandado por J. A. Bustamante.
g. Batallon Cazadores de Coquimbo (Chile) mandado por Isac Thompson.
h. Batallon No. 11, (argentino) mandado por Las Heras.
i. i. i. Artilleria chilena mandada por Blanco Encalada (8 piezas).
k. k. Escuadrones de Lanceros de Chile y Escolta de O'Higgins, mandados por Freyre.
l. Batallon No. 3 de Chile, mandado por Ag. Lopez.
m. Batallon No. 1 de Chile, mandado por T. de D. Rivera.
n. Batallon No. 7 de los Andes, (argentino) mandado por Conde.
o. o. Escuadrones de Cazadores de los Andes (argentinos), y Escolta San Martin, mandados por Freyre en ausencia de su gefe M. Necochea y por Bueras.
p. p. p. p. Escuadrones de Granaderos á caballo (argentinos) mandados por Zapiola.
EJÉRCITO REALISTA
H. H. H. H. Linea de batalla del Ejército español.
L. Division de la derecha, mandada por Ordoñez.
M. Division del centro, mandada por Morla.
N. Division de la izquierda, mandada por Morgado.
1. Batallon Infante Don Cárlos,
2. Batallon Concepcion,
3. Batallon Arequipa,
4. Batallon Burgos,
5. Reserva de Granaderos,
6 - 6. Escuadrones de Lanceros del Rey,
7. 7. 7. Escuadrones de Dragones de la Frontera,
8 - 8. Compañias de Cazadores con reserva de granaderos.
1. 2. 3. 4. Carga de las divisiones, derecha y centro compuestas de los batallones «Concepcion», «Infante Don Cárlos», «Arequipa» y «Burgos».
Z. Ultima resistencia y rendicion de los restos del Ejército realista.
Dibujado por Cárlos Beyer.
LIT. E IMP. G. KRAFT, BUENOS-AIRES

« á los baños; pero como en el término de media hora vamos á « decidir de la suerte de Chile, y Colina está á trece leguas y « el enemigo á la vista, puede V. S. quedarse si sus males se « lo permiten ».—El mariscál contestó:—« No me hallo en es- « tado de hacerlo, por que mi antigua herida de la pierna no « me lo permite ».—San Martín le repuso en tono airado:—« Se- « ñor General, el último tambor del Ejército unido tiene más « honor que V. S. »—Y volviendo su caballo, dió orden á Balcarce que sobre la marcha, hiciese saber al ejército, que el general de veinte años de combates quedaba suspenso de su empleo por indigno de ocuparlo. (14) Después de este inciden-

---

(14) He aquí la versión del general San Martín, en su « Contestación al Manifiesto » de Brayer, p. 20-21:—« Desde el 20 de marzo no se volvió á « presentar el señor Brayer hasta el 5 de abril á las 11 de la mañana. Las « columnas marchaban al enemigo, y nuestros tiradores estaban empeñados « con los suyos. En este momento crítico se me presentó el señor Brayer « cogeando y solicitando, *le concediese licencia para pasar á los baños de Coli-* « *na:* mi contestación fué, que con la misma que se había retirado de Talca « á Santiago, podía hacerlo á los baños; pero que, respecto á que en el tér- « mino de media hora íbamos á decidir la suerte de Chile, podía quedarse si « sus males se lo permitían: el señor Brayer me contestó que no estaba en « estado de hacerlo, por que la antigua herida de su pierna no se lo permi- « tía. Esta respuesta me exaltó en verdad: mi primer impulso fué el de « pasarlo por las armas; pero no pude contenerme de decirle: *Señor General,* « *el último tambor del Ejército unido tiene más honor que V. S.* En seguida dí « vuelta mi caballo, y dí orden al señor Balcarce, para que sobre la marcha « se hiciese saber al ejército, que el señor General de veinte años de com- « bates quedaba suspenso del empleo por indigno de obtenerlo. El señor « Brayer se retiró á la capital, y mientras que estaba cargando su equipaje « con escándalo público, batimos en Maipo esa misma tarde los enemigos « de nuestras libertades »—Los jefes del Ejército de los Andes en su « Contestación al Manifiesto de Brayer», p. 15, confirman esta versión.—O'Higgins en la paj. 10 de su « Rectificación á la cita del General Brayer en su Manifiesto », dice:—« El señor Brayer se me presenta en la antevíspera del 5 « de abril por la noche y me habla en términos semejantes: «*Mis conocimien-* « *tos me hacen ver, sin duda alguna, que todo está perdido. Nuestro ejército for-* « *mado de una tropa derrotada y dispersa, no es capaz de batirse con un enemigo* « *vencedor y orgulloso. La persona de V. importa mucho : póngase en situación de* « *salvarse de un contraste, que creo inevitable* ». Mis edecanes y algunos oficiales « de la secretaría fueron testigos de esta vergonzosa sesión que luego se es- « parció en el pueblo. Él tomó el partido más seguro».—Brayer en su «Exposición» paj. 13, se limita á decir:—« Indignamente se ha esparcido la voz de « que rehusé entrar en el asunto de Maypo : mentira abominable ! » .... En su « Manifiesto », impreso en Montevideo, p. 15, véase como relata él mismo « la escena:—« Llegado el momento de batirnos, se habían designado los « puestos, y aún no se me había señalado el que debía ocupar ! .... Indig- « nado, mi primer impulso fué retirarme; pero vencido por mi caracter, « quise hacer en persona un nuevo esfuerzo presentándome al general San « Martín. Me repelió, y olvidando su dignidad, reventó entónces en odio, « acompañado de los acentos de la intemperancia, del delirio y del fu- « ror .... Le opuse la firmeza, serenidad y moderación ; .... y me fuí ».— En una publicación posterior del mismo Brayer, publicada en Montevideo

te, que hizo el efecto de una proclama, el ejército continuó su marcha hasta enfrentar la posición enemiga. Allí desplegó en batalla en dos líneas de masas por batallones, con la artillería de batir al centro de la primera; la volante á sus dos estremos y la caballería cubriendo las dos álas en columnas por escuadrones, situándose la reserva plegada en columnas paralelas cerradas á 150 metros á retaguardia. (Véase el plano)

El general realista, que había ocupado el promedio de la meseta de la loma triangular del sud, al observar el movimiento de los independientes, desprendió sobre su izquierda una gruesa columna compuesta de ocho compañías de granaderos y cazadores con cuatro piezas de artillería al mando de Primo de Rivera, que ocupó el mamelón destacado por aquella parte, con el doble objeto de amagar la derecha patriota y tomar por el flanco sus columnas si avanzaban, á la vez que asegurar su retirada por el camino de Valparaíso según su idea persistente.

El intérvalo entre el mamelón y la puntilla norte del triángulo, fué cubierto por Morgado con los escuadrones de dragones de la Frontera. Sobre la loma formó en batalla en la proyección nor-oeste sud-oeste, en línea quebrada con el mamelón, pero sin cubrir todos los perfiles de la altura por el nordeste. Colocó los batallones Infante Don Cárlos y Arequipa formando división, al mando de Ordóñez; y sobre la izquierda, el Burgos y el Concepción, á órdenes del comandante Lorenzo Morla, con cuatro piezas de artillería abscriptas á cada una de las dos divisiones. La estrema derecha fué cubierta por los Lanceros del Rey y los Dragones de Concepción. (Véase el plano)

En esta disposición se hallaron frente á frente los ejércitos beligerantes al sonar las doce del día, separados únicamente por la angosta hondonada que promedia entre los dos

---

por la Imprenta federal de William P. Griswald y John Sharp, en 1819, el mariscál, no solo no rectifica la versión de San Martín, sinó que la confirma implícitamente: «Cuando un general no tiene empleo, y que este « general no se halla en tal ó cual acción, no debe dar cuenta del motivo « cualquiera que sea, de no haber tomado parte en ella personalmente. Fué « después de haber pedido un mando (el 27 de marzo según doc. que in- « serta) que me rehusaste. ¿Tienes la audacia (se dirige á San Martín) que « yo debía combatir en las filas como soldado? No. Yo te despreciė con « una mirada, es verdad: este solo lenguage del desprecio y la indignación « es el que pude tener contigo; es un hecho.» (Respuesta del teniente general Brayer al general San Martín»).

cordones de lomas que ocupaban independientes y realistas. Los dos ejércitos permanecieron por algún tiempo inmóviles, en sus respectivas posiciones, como esperando que el adversario tomase la iniciativa. (15) Todas las probabilidades parecían estar contra el que llevase la ofensiva: tenía que atravesar un bajo descubierto sufriendo el fuego de la fusilería y el cañón que lo barría, y trepar las alturas del frente para desalojar de ellas al enemigo. Para los patriotas la desventaja era aún mayor, pues su derecha tenía que desalojar préviamente las fuerzas que ocupaban el mamelón avanzado ó recorrer un espacio de mil metros flanqueados por los fuegos de sus cañones. Ámbas posiciones eran fuertes, y bien calculadas para la defensiva, y la de los realistas más ventajosa aún. En cuanto á las fuerzas físicas y morales, estaban casi equilibradas, siendo igual la decisión de parte á parte, si bien la de los realistas era numéricamente mayor. Por lo que respecta á las armas, la superioridad de los independientes era incontestable en artillería y caballería en número y tambien en calidad, y aún cuando estos tenían nueve batallones de infantería, algunos de ellos no formaban sinó 200 hombres, mientras los cuatro gruesos batallones con que contaban los primeros, divididos en ocho compañías, levantaban cerca de mil bayonetas cada uno. Lo único que inclinaba la balanza de las probabilidades, era el peso de las cabezas de los generales; pero ya se había visto como, en Cancharrayada, las más hábiles combinaciones que aseguraban el triunfo, dieron por resultado la derrota. El plan de San Martín no era precisamente el de una batalla de orden oblícuo, y sin embargo, resultó tal por el atrevimiento, el arte consumado y la prudencia con que fué conducida. Fué una inspiración del campo de batalla, sugerida por errores del enemigo y peripecias de la acción en el momento decisivo, y esto realza su mérito como combinación táctica. El mismo San Martín jamás se atribuyó otro, y des-

---

(15) Osorio declara en su parte de la batalla de Maipu: «En esta dis-« posición permaneció el ejército más de una hora, esperando conocer cua-« les eran las ideas del enemigo, quien desde luego puso en movimiento « dos columnas de infantería y caballería en varias direcciones amenazando « los flancos y nuestra posición por diferentes partes, haciendo avanzar su « artillería que no cesó de hacer fuego á nuestras columnas». (Parte oficial del general Osorio, de 17 de abril en Talcahuano, publicado en la *Gaceta de Lima).*

deñando con orgullosa modestia adornarse con laureles prestados, insinua incidentalmente, que al orden oblícuo se debió en parte la victoria, sin agregar que, más que todo, se debió al uso oportuno que hizo de su reserva, como se verá luego. ([16]) Las relieves de las respectivas posiciones y las proyecciones de las dos líneas de batalla, eran casi paralelas; pero los realistas habían retirado su derecha formando en el promedio de la loma, sin cubrir sus perfiles, como queda dicho, y de aquí resultaba que la izquierda independiente desbordase la derecha realista en su posición y en su formación, y que teniendo que recorrer por esa parte la menor distancia de la hondonada intermedia, pudiese llevar con ventaja un ataque oblícuo ó de flanco con el apoyo de la reserva. Tal es la síntesis táctica de la batalla de Maipu en sus preliminares.

El general en jefe que había levantado su enseña en el centro de la primera línea, observando la inacción del enemigo, mandó romper el fuego con las cuatro piezas de batir servidas por los artilleros argentinos, con el objeto de descubrir sus fuegos de artillería y sus planes. Una de las balas mató el caballo del general en jefe español. En el acto, la artillería española contestó este fuego con el suyo, manteniendo su formación, y suministró á San Martín el dato que necesitaba. Era evidente que Osorio se preparaba á una batalla defensiva, y lo indicaba claramente, además de su formación, la circunstancia de no haber ocupado el perfil de las lomas de su posición, á fin de utilizar por más tiempo los fuegos de su infantería y aprovechar el espacio para dar con ventaja en su

---

([16]) El doctor V. F. López en su «Hist. de la Revol. Argentina», t. II, p. 331, relata una conversación de San Martín con Las Heras, en que leyéndole aquél el parte detallado de Maipu, el segundo le observó: «General, esto que Vd. dice aquí, que nuestra línea se inclinaba sobre la derecha del enemigo, presentando un orden oblícuo sobre ese flanco, fué, como Vd. sabe, todo el mérito de la victoria; y puesto así como Vd. lo pone nadie lo va á entender.» El General se sonrió, y dijo: «Con eso basta y sobra. Si digo algo más han de gritar por ahí que quiero compararme con Epaminondas ó con Bonaparte. Al grano, Las Heras, al grano! Hemos amolado á los godos y vamos al Perú! El orden oblícuo nos salió bien? pues adelante, aunque nadie sepa lo que fué.» Y refregándose las manos, agregaba: «Mejor es que no lo sepan, pues aún así mismo, habrán muchos que no nos perdonarán haber vencido.» Puedo confirmar en sustancia la verdad de esta anécdota, por habérmela contado el mismo general Las Heras en Santiago de Chile en 1850, la que además está comprobada por el parte detallado de Maipu como concepción, y por la historia como hecho incontestable.

oportunidad una carga á la bayoneta con sus gruesos batallones, así que aquellos hubiesen diezmado los de los independientes. El general San Martín, tuvo entónces la intuición de la victoria, que debía decidir de los destinos de la América independiente. Dió audazmente la señal del ataque, mandando levantar en alto la bandera argentina y chilena, y en medio de ellas, la bandera encarnada como una llamarada sangrienta. Su ojo penetrante había descubierto el flanco débil del enemigo, que era su derecha. Las «columnas se descolgaron», según la pintoresca espresión del mismo general en su parte, y «marcharon á la carga, arma al brazo sobre la línea enemiga», con entusiasmo, á paso acelerado. La reserva y la artillería permaneció en su puesto, esperando las órdenes del general. (17)

IV

El movimiento se inició por la derecha; pero no era este el verdadero punto de ataque. Su objeto era doble: desalojar la izquierda del enemigo destacada sobre el mamelón y amenazar el frente ó la izquierda de su centro, concurriendo así al ataque de la izquierda, que tenía que recorrer la menor distancia entre las alturas para cargar sobre el flanco más desguarnecido. Según el éxito de una ú otra ála, la batalla se empeñaría por la derecha ó por la izquierda, interviniendo convenientemente la reserva en sostén de la que llevase la ventaja ó la desventaja: en el primer caso, sería una batalla de frente, cortando la izquierda y desbordando la derecha enemiga, y en el segundo, un verdadero ataque oblícuo de la derecha flanqueando ó tomando por retaguardia Las Heras las columnas realistas, y esto era lo que se proponía San Martín, aprovechando el error cometido por Osorio, que iba á verse obligado á entrar en combate con todas sus fuerzas alterando su formación. En estas condiciones el secreto de la victoria estaba en el uso oportuno de la reserva.

Las Heras avanzó gallardamente sin disparar un tiro, á la

---

(17) Parte detallado de Maipu por San Martín, cit.—Relación de Las Heras sobre Maipu, cit. M. S.

cabeza del núm. 11 de los Andes, que era el nervio de la infantería del ejército, sostenido por los dos batallones que formaban su brigada, y lanzó al llano los escuadrones de granaderos montados, amenazando la posición del mamelón. La batería de cuatro cañones del mamelón rompió el fuego sobre el núm. 11 asi que este se presentó á la vista, causándole bastantes estragos en sus filas ; pero siguió avanzando con rapidez seguido por los cazadores de Coquimbo y los Infantes de la patria de Chile, mientras la artillería de Blanco Encalada, que había quedado en posición sobre la loma, apoyaba el ataque lanzando sus proyectiles por encima de las columnas patriotas que marchaban por el terreno bajo. Primo de Rivera, que comprendió que el propósito de Las Heras era aislarlo de su línea de batalla, lanza á su vez su caballería situada entre el mamelón y la lomada triangular. Morgado carga con ímpetu á la cabeza de los dragones de la Frontera. Las Heras se cierra en masa y espera, dando órdenes á Zapiola que cargue por su derecha con la caballería. Los dos primeros escuadrones de granaderos á órdenes de los comandantes Manuel Escalada y Manuel Medina, salen al encuentro sable en mano, y hacen volver caras á los ginetes realistas, que reciben en su huida los disparos de la artillería de Blanco Encalada, y se ven obligados á refugiarse trás de su anterior posición. Escalada y Medina son recibidos por los fuegos de fusilería y de metralla del mamelón; remolinean, pero se rehacen con prontitud; dejan á su derecha la altura fortificada, y apoyados con firmeza por los dos escuadrones de reserva mandados por Zapiola, siguen adelante en persecución de los derrotados, que se dispersan ó se repliegan en desorden á la división de Morla sobre la loma. Las Heras se establece sólidamente con el núm. 11 en un cerrillo intermedio, fronterizo al mamelón y al ángulo nordeste del triángulo, en actitud de atacar el mamelón y concurrir al ataque de la izquierda. El ála izquierda de los realistas quedaba así aislada, y la izquierda de su centro amagado. (18)

---

(18) Las Heras : « Rel. sobre la batalla de Maipu. » M. S. cit. Parte detallado de San Martín, etc., cit. Torrente, haciendo una confusión de momentos, confiesa empero la derrota de la caballería del costado izquierdo realista, diciendo: « Dáse orden que los Dragones de la frontera man-« dados por Morgado, carguen á la caballería enemiga; pero la tardía y « torpe ejecución de esta maniobra correspondió tan desgraciadamente á la

Casi simultáneamente con la carga de los granaderos á la derecha, el ála izquierda trepaba las alturas de la posición realista por su ángulo Este, iniciando un movimiento envolvente sin divisar todavía los cuerpos enemigos. Los realistas, apercibidos del error de haber retirado su derecha perdiendo las ventajas que les daba el terreno, ó arrastrados por su ardor, se decidieron á tomar la ofensiva. Ordóñez, á la cabeza de los batallones «Infante don Carlos» y el «Concepción», con dos piezas de artillería, salió atrevidamente al encuentro de los patriotas en dos columnas de ataque paralelas; siendo seguido muy luego por los batallones «Burgos» y «Arequipa», mandados por Morla, en la misma formación y escalonados por su izquierda. Osorio, que llegó á temer por su derecha y notando que quedaba sin reserva, mandó reconcentrar al centro de la línea la columna de granaderos destacada sobre el mamelón con Primo de Rivera. Ordóñez, al encimar con su división una de las colinas del campo, se encontró á distancia como de cien metros al frente de la de Alvarado, trabándose inmediatamente un combate de fusilería que causó estragos en ámbas filas. Por desgracia para los independientes, dos de sus batallones,—el núm. 8 de los Andes y el núm. 2 de Chile,—que ocupaban en un bajo la zona peligrosa de los fuegos contrarios, sufrieron considerables bajas en los primeros momentos: el núm. 8, compuesto de los negros libertos de Cuyo, mandado por Enrique Martínez, se desordena después de perder la mitad de su fuerza, y se retira en dispersión; el núm. 2 intenta cargar á la bayoneta para restablecer el combate, y al ejecutar esta operación se dispersa también. Alvarado, que cubría la izquierda con el núm. 1º de cazadores de los Andes, despliega en batalla y rompe el fuego; pero á su vez se ve obligado á ponerse en retirada para evitar una total derrota. ([19]) La victoria parecía declararse en aquél costado por las armas españolas.

Ordóñez y Morla, con sus cuatro gruesos batallones escalonados en dos líneas de masas, levantando como 3,500 bayonetas, se lanzan en persecución del ála izquierda independien-

---

« intrepidez de los soldados, que fueron acuchillados horrorosamente, y « aún muchos fueron víctimas de los fuegos de los Cazadores por la confu- « sión con que se replegaron sobre ellos. » «Hist. de la Revol. Hisp. Amer.» t. II, p. 429.

([19]) Relación, etc. de Las Heras, cit. M. S. Parte detallado de San Martín.

te casi deshecha, y sus cabezas de columna descienden impetuosamente los declives de la lomada, con grandes aclamaciones de triunfo. En ese momento la artillería chilena de Borgoño, que con sus nueve piezas ligeras había quedado ocupando el perfil opuesto en la Loma Blanca, rompe sobre los vencedores un vivo fuego á bala rasa, que los hace vacilar; reaccionan éstos inmediatamente, pero al pisar el llano son recibidos por una lluvia de metralla que rompe sus columnas, haciéndolas retroceder, apesar de los valerosos esfuerzos de Ordóñez y Morla. (20) Al observar estas peripecias, Las Heras ordena á los «Infantes de la Patria» de Chile, que carguen sobre el flanco de la división de Morla; pero son rechazados y retroceden en algún desorden. Hacía veinte minutos que la lucha se mantenía en este estado incierto, cuando se oyó el toque de carga de la reserva independiente, y vióse á sus columnas moverse á paso acelerado hacia el ángulo Este de la posición enemiga.

San Martín, que se había mantenido en la altura de la Loma Blanca, en observación de los primeros movimientos de su derecha dictando con sangre fria sus órdenes según las circunstancias, adelantóse con el cuartel general hasta la proximidad de la posición avanzada ocupada por Las Heras, para dirigir de más cerca las operaciones de su línea. Al notar desde este punto el rechazo de su izquierda, dió orden á la reserva que cargase en su protección, dirigiéndose con su escolta al sitio donde iba á decidirse la acción por un último y supremo esfuerzo. (21) El coronel H. de la Quintana, á la cabeza de los batallones núm. 1º y 7º de los Andes, y el núm. 3 de Chile, descendió la loma, atravesó la hondonada efectuando con sus columnas una marcha oblícua sobre su izquierda, y llegó al ángulo Este de la posición enemiga, en circunstancias que las columnas españolas se habían replegado á ella rechazadas por los certeros fuegos de la artillería de Borgoño. (22) Á vista de la reserva, los batallones 8

(20) Torrente: «Hist. de la Revol. Hisp. Amer.», t. II, p. 429. Rel. de Las Heras, cit. M. S.

(21) Véase en el plano de Maipu, el trayecto del cuartel general de San Martín sobre el campo de batalla.

(22) Quintana, en su opúsculo titulado «Relación», p. 51-52, que es una reseña documentada de su vida y servicios militares, dice: «Ataqué « con la reserva sin orden del general San Martín, apesar de que el gene-

de los Andes y 2 de Chile se rehacen y sobre la base de los cazadores de los Andes, que no habían perdido del todo su formación, entran en línea, mientras Quintana trepa la altura del triángulo un poco á la derecha del punto por donde lo había efectuado antes Alvarado. (Véase el plano, segundo movimiento). El ataque oblícuo se iniciaba, y la batalla iba á cambiar de aspecto.

V

Aislada la izquierda realista, privada del apoyo de la caballería que la ligaba con su línea de batalla y debilitada de las compañías de granaderos que por orden de Osorio habían acudido á formar la reserva general, Las Heras se disponía á arrebatar su posición, cuando Primo de Rivera que la mandaba, emprendió su retirada, dejando abandonados en el mamelón sus cuatro cañones. El núm. 11 de los Andes y los cazadores de Coquimbo, convergieron entónces hacia el centro, persiguiendo activamente las fuerzas de Primo de Rivera, y toman la retaguardia enemiga, mientras el batallón «Infan-

---

«ral había prevenido no se ejecutase movimiento alguno por las divisio-«nes sin que él lo comunicara personalmente.» San Martín, en su parte detallado dice expresamente: «Al instante, (del rechazo de la izquierda) «dí orden al coronel Quintana, para que con su reserva cargase al ene-«migo, lo que ejecutó del modo más brillante.» Es posible que Quintana iniciara el movimiento de avance antes de recibir la orden de San Martín para ganar tiempo, pues él mismo declara en su «Relación» (pág. 51): «En «este momento ví al mayor de ingenieros D'Albe, y le dije: *Vaya vd. y «avise al general que voy á atacar con mi reserva sin su orden, pues si me dejo «estar un solo momento sin moverme, todo es perdido.*» D'Albe que hacia las veces de ayudante de campo del general, fué tal vez el mismo que le dió ó confirmó la orden de cargar. De todos modos, la reserva no pudo recorrer 1,500 metros efectuando movimientos complicados, sin que San Martín, que se hallaba presente sobre el terreno, autorizase esta operación decisiva, cuando precisamente se había reservado el mando inmediato de esa fuerza para emplearla en el momento oportuno según su plan. Esto conciliaria la aparente contradicción, que en nada afecta al hecho en sí mismo; debiendo tenerse presente, que Quintana, aunque valiente y probo, era un tanto jactancioso y confuso en sus reminiscencias, como se ve por su misma Relación; que no reclamó del parte de la batalla de Maipu; que se conformó agradecido con un informe que le expidió San Martín declarando que «la batalla de Maipu se debía á su coraje», y que sólo veinte años después, hizo por la primera vez mención de la circunstancia de cargar sin orden, omitiendo advertir que no pudo haberlo verificado sin que ésta fuese dada expresamente por el general, como éste lo afirmó oficialmente en su presencia.

tes de la Patria» de Chile, rehecho, vuelve á concurrir al ataque de la izquierda. La batalla se concentraba en breve espacio sobre la meseta triangular de la lomada de Espejo, donde iba á decidirse. (Véase el plano.)

Casi simultáneamente, el combate se renovaba con más encarnizamiento por una y otra parte en la extremidad opuesta de la línea. Para despejar el ataque por este lado, San Martín ordena á los Cazadores montados de los Andes y á los Lanceros de Chile, que arrollen la caballería de la derecha enemiga. Bueras y Freyre cumplen bizarramente la orden: llevan una irresistible carga á fondo á los Lanceros del rey y los Dragones de Concepción que salen á su encuentro, los hacen pedazos y los persiguen largo trecho en desbande hasta dispersarlos completamente. Bueras muere en la carga, atravesado de un balazo. Freyre, tomando el mando de todos los escuadrones, trepa la altura y amaga el flanco derecho de Ordóñez. La caballería realista de ámbos costados ha desaparecido. El combate final se traba entre la infantería argentino-chilena y la española.

Los tres batallones de la reserva mandados por Quintana, forman en línea de masas: el 7º de los Andes más avanzado á la izquierda; el núm. 3 y núm. 1º de Chile al centro y la izquierda, un poco más á retaguardia. Al trepar la altura, encuéntranse casi á quema ropa con las columnas de Ordóñez y Morla, que ocultas por un pliegue del terreno oblicuaban en aquél momento sobre su izquierda para hacer frente al nuevo ataque, sin cuidarse de la deshecha división de Alvarado. (23) El «Burgos», que no había entrado en pelea en el primer encuentro, hace flamear su secular bandera, laureada en Baylén (24) y sus soldados entusiasmados gritan: «Aquí está el «Burgos»! Diez y ocho batallas ganadas! Ninguna perdida»! (25) La batalla se empeña con nuevo ardor á los gritos de *¡Viva la Patria!* y *¡Viva el Rey!* (26) Independientes y realistas hacen esfuer-

---

(23) «Relación» del general H. de la Quintana, cit. p. 52.

(24) El sobrenombre del Burgos era «El Sol» por llevar en su bandera este emblema en oro sobre campo azur, bordura en gules, con la leyenda tomada de Isaías: «*Civitas solis, vocabitur una*», ó sea «una sola será llamada ciudad del sol.» (Clonard: «Hist. orgánica de las armas de infantería y caballería españolas), t. X, p. 365-366.

(25) Informe verbal del general Espejo, actor en la batalla.

(26) Haigh: «Sketches», etc., p. 224.

zos heróicos para alcanzar la victoria. Las distancias se estrechan. Los independientes atacan con impetuosa intrepidez. Los realistas resisten tenazmente, sin retroceder un solo paso. « Con dificultad, dice San Martín en su parte, se ha visto un « ataque más bravo, más rápido y más sostenido, y jamás se « vió una resistencia más vigorosa, más firme y más tenaz. »

La división de Alvarado, rehecha en gran parte, entra al fuego por el mismo punto por donde habia trepado antes la lomada, y concurre al ataque de la reserva, á la vez que Borgoño con ocho piezas marcha al galope á ocupar la puntilla del Este. La derecha patriota con la artillería de Blanco Encalada avanzada, converge al centro y toma la retaguardia de los realistas. La caballería de Freyre vencedora, amaga su flanco derecho. El «Burgos» agita su bandera, y pelea como un leon. (27) El batallón Arequipa, mandado por Rodil, mantenía impávido su posición. Los batallones Infante don Carlos y Concepción, dirigidos personalmente por Ordóñez, se baten con desesperación. En esos momentos, el general en jefe del Rey, abandona el campo de batalla y se entrega á la fuga. Ordóñez, el más digno de mandar á los realistas en la victoria y en la derrota, toma la dirección de la formidable columna de la infantería española, é intenta desplegar sus masas; pero el terreno le viene estrecho, y se envuelve en su propias maniobras. El núm. 7 de los Andes y el núm. 1° de Chile cargan á la bayoneta, á los gritos de *¡Viva la libertad!* y la escolta de San Martín, al mando del mayor Angel Pacheco, juntamente con Freyre cargan sobre su flanco derecho. (28) El Burgos forma cuadro, y rechaza las cargas, aunque con grandes pérdidas. Hacía media hora que duraba el porfiado combate. Los realistas, circundados, sin caballería que los apoye y exhaustos de fatiga, vacilan y empiezan á cejar, pero sin desordenarse. (29)

---

(27) Clonard, en su « Hist. orgán. de las armas españolas », antes cit. dice en el t. X, p. 389 : « Burgos pelea, como peleaba en Finisterre y Bay-« lén, como un león; pero la fortuna vuelve la espalda al ejército europeo.»

(28) Haigh : « Sketches », etc., p. 224.—« Relación » del general H. de la Quintana, p. 52.—Informe verbal del general Las Heras.

(29) San Martín lo declara así en su parte detallado, haciendo honor al valor del enemigo : «Este primer suceso parecía debía darnos por sí solo « la victoria ; más no fué posible desordenar enteramente las columnas « enemigas. Nuestra caballería acuchillaba á su antojo los flancos y re-« taguardia de ellas; pero marchando en masa, llegaron hasta los callejones « de Espejo. »

La última esperanza, es la reserva de granaderos desprendida de la izquierda que no pudo llegar á tiempo, y los cazadores de Morgado que perseguidos de cerca por Las Heras, quedan cortados y se precipitan en fuga sobre el callejón de Espejo. (30) Ordóñez, con sus filas raleadas emprende con serenidad la retirada hacia la hacienda de Espejo, formado en masa compacta. San Martín redobla sus órdenes para que la persecución se haga vigorosamente á fin de impedir toda reacción, y condensa su ejército. Ordóñez continúa impávido su movimiento retrógrado, y con sus últimos restos se refugia en la hacienda de Espejo. La batalla estaba decidida por los independientes. San Martín, con el laconismo de un general espartano, dicta desde á caballo el primer parte de la batalla, y el cirujano Paroissiens lo escribe, con las manos teñidas en la sangre de los heridos que ha amputado: «Acabamos de «ganar completamente la acción. Un pequeño resto huye: «nuestra caballería lo persigue hasta concluirlo. La patria es «libre.» (31) Los enemigos del gran capitán sud-americano han dicho, que San Martín estaba borracho al escribir este parte. Un historiador chileno lo ha vengado de este insulto con un enérgico sarcasmo: «Imbéciles! estaba borracho de gloria!» (32)

En ese instante oyéronse grandes aclamaciones en el campo. Era O'Higgins que llegaba. El director, al saber que la batalla iba á empeñarse, devorado por la fiebre causada por su herida, monta á caballo y al frente de una parte de la guarnición de Santiago, se dirige al teatro de la acción. Al llegar á los suburbios, oye el primer cañonazo y apresura su marcha. En el camino, un mensagero le da la noticia que el ála izquier-

---

(30) En el plano de la batalla de Maipu se coloca la reserva de los granaderos españoles, en el punto que ocupó al final, después de haber sido destacada á su izquierda y retirada de ella. Osorio, en su parte detallado, cit. dice: «Dí órdenes que á retaguardia, como cuerpo de reserva se co-«locasen las compañías de granaderos y cazadores. El jefe de estado ma-«yor (Primo de Rivera) á quién se le repitió tres veces por mis ayudantes «de campo para que se concentrara sobre la 1ª y 2ª división, á fin de «apoyar en reserva al flanco izquierdo de esta, no lo verificó, y sí sobre «la columna de granaderos; pero ya tarde.»

(31) Parte de San Martín sobre el campo de batalla. El viajero inglés Haigh, que presenció la escena, fué el encargado de conducirlo á Santiago, y en su libro describe el entusiasmo popular, cuando al atravesar la alameda de la ciudad con el papel ensangrentado en la mano, anunció la victoria. *V. Sketches,* p. 228-229.

(32) Vicuña Mackenna: «Rel. Hist» art. «La batalla de Maipo», 1ª parte.

da patriota ha sido derrotada, y sigue adelante sin trepidar; pero al llegar á la loma tuvo la evidencia del triunfo. Adelantóse á gran galope con su estado mayor, y encuentra á San Martín á inmediaciones de la puntilla sud-oeste del triángulo, en momentos que disponía el último ataque sobre la posición de Espejo: le echa al cuello desde á caballo su brazo izquierdo, y esclama: «Gloria al salvador de Chile!» El general vencedor, señalando las vendas ensangrentadas del brazo derecho del director, prorumpe: «General: Chile no olvidará jamás su sacrificio presentándose en el campo de batalla con su gloriosa herida abierta.» Y reunidos ámbos adelantáronse para completar la victoria. Eran las cinco de la tarde, y el sol declinaba en el horizonte.

La batalla no estaba terminada. Ordóñez, sin desmayar, se había posesionado del caserío de Espejo, dispuesto á salvar el honor de sus armas con la resistencia, ó la vida de sus soldados en una retirada protegida por la oscuridad de la noche. Reconcentró allí las compañías de granaderos y cazadores casi intactas, y los restos del Burgos, el Concepción y el Infante don Carlos, habiéndose el Arequipa retirado hecho del campo con su comandante Rodíl. El valeroso general español, con una admirable sangre fría, lo dispone todo personalmente con habilidad y decisión. Coloca en el fondo del callejón, tras una ancha acequia frente de un puentecillo, los dos únicos cañones que le quedaban, sostenidos por cuatro compañías de fusileros. Forma el grueso de su infantería sobre una pequeña altura fronteriza á las casas, dando cara á los dos frentes vulnerables; reconcentra en el patio de las casas su reserva, pronta á acudir á todos los puntos amenazados; cubre con destacamentos los callejones laterales, y estiende en contorno, protegidos por las tapias y emboscados en las viñas, un círculo de cazadores. En esta actitud decidida espera el último ataque.

Las Heras es el primero que persiguiendo á los cazadores de Morgado, llega á la puntilla sud-oeste, fronteriza á la boca alta que domina el callejón de Espejo. Dióse cuenta inmediatamente de la situación, y prudentemente dispuso que el batallón descendiera al llano y se ocultase tras de un pequeño mamelón al oriente del caserío (izquierda española) y esperase la señal de un toque de corneta para coronarlo y romper el fuego. Á medida que fueron llegando otros batallones, les se-

ñaló sus puestos, y estableció convenientemente la artillería en la parte alta de la puntilla, á fin de cañonear la posición antes de dar el asalto. En esos momentos se presenta el general Balcarce, y ordena imperiosamente que el batallón Cazadores de Coquimbo ataque sin pérdida de tiempo por el callejón. El comandante Thompson, da la señal y penetra resueltamente en columna al desfiladero. Allí es recibido por la metralla de las dos piezas que lo defendían. Pretende avanzar; pero nuevas descargas de fusilería del frente y de los flancos, lo detienen, y al fin lo hacen retroceder en derrota, dejando en el sitio 250 cadáveres, salvando con todos sus oficiales heridos. Volvióse entónces al bien calculado plan de Las Heras. Los comandantes Borgoño y Blanco Encalada rompieron el fuego con diez y siete piezas, que en ménos de un cuarto de hora desconcertó las resistencias, obligando á los realistas deshechos por el cañoneo, á refugiarse en las casas y en la viña del fondo. La señal de asalto se da: el núm. 11, sostenido por dos piquetes del 7º y 8º de los Andes, carga por el flanco rompiendo tapias, y pasa á la bayoneta cuanto se le presenta. La batalla estaba terminada. Los realistas se dispersan en pelotones en las encrucijadas, viñas y potreros adyacentes. En ese momento hace su aparición en la lucha final, un regimiento auxiliar de milicias de Aconcagua, que lazo en mano se apodera de centenares de prisioneros como de reses en el aprisco. Los vencedores irritados por el sacrificio del Coquimbo, continuaban matando, cuando se presentó Las Heras, y mandó cesar la inútil carnicería. Pocos momentos después le entregan sus espadas como prisioneros, el heróico general Ordóñez, el jefe de estado mayor Primo de Rivera, el jefe de división Morla, los coroneles de la caballería Morgado y Rodríguez, y con excepción de Rodíl, todos los oficiales de la infantería realista, Laprida, Besa, Latorre, Jiménez, Navia y Bagona, y multitud de oficiales. Las Heras alargó ámbas manos á Ordóñez, y lo saludó como á un compañero de heroismo, ofreciéndole noblemente su amistad, y amparando con su autoridad á sus compañeros de infortunio. (33)

---

(33) Torrente, tan procaz siempre que nombra á los jefes independientes, hace justicia á la caballerosa conducta de Las Heras en esta ocasión. «Los orgullosos insurgentes, dice, mancharon la victoria con varios «actos de crueldad cometidos sobre los desgraciados prisioneros: estos

VI

Los trofeos de esta jornada fueron, doce cañones, cuatro banderas, 1,000 muertos contrarios; un general, cuatro coroneles, siete tenientes coroneles, 150 oficiales y 2,200 prisioneros de tropa; 3,850 fusiles, 1,200 tercerolas, la caja militar, el equipo y las municiones del ejército vencido. Esta victoria, la más reñida de la guerra de la independencia sud-americana, fué comprada por los independientes á costa de la pérdida de más de 1,000 hombres entre muertos y heridos, pagando el mayor tributo los libertos negros de Cuyo de los cuales quedó más de la mitad en el campo. (34) Más que por sus trofeos, Maipu, fué la primer gran batalla americana, histórica y científicamen-

---

« cesaron sin embargo á la llegada de Las Heras, quién animado de senti-« mientos más generosos, empleó todo su influjo y autoridad para conte-« ner á la desenfrenada soldadesca.» (*Hist. de la Revol. Hisp. Amer.*, t. II, pág. 451.)

(34) Tomamos los datos numéricos de una relación oficial, (original), firmada por el general Las Heras en Santiago de Chile el 20 de junio de 1818, que incluye sólo 8 piezas de artillería tomadas,—4 de batalla y 4 de montaña,—y da 172 jefes y oficiales y 2,289 individuos de tropa prisioneros; 3,844 fusiles, 1,200 tercerolas y 2,400 cartuchos tomados, además de otros artículos de material de guerra que detalla. Respecto de la caja militar dice Las Heras en su mencionada relación: «La caja militar y « varios útiles tomados en el momento de la acción, no van inclusos, en « razón de haber sido tomados indistintamente por los soldados del ejérci-« to y tropa de milicias.» (Arch. San Martín, vol. LXVI. M. S.) En su «Relación» descriptiva, M. S. antes cit. dice: «La fuerza del enemigo pa-« saba de 5,500 hombres en cuatro batallones y *doce piezas de artillería* » que son las que declara Osorio en su parte, lo que corrige la omisión de su relación oficial. Para la descripción general de la batalla y sus peripecias y episodios, hemos consultado y comparado, además de los documentos así americanos como españoles citados, (y otros no citados que figuran en el Arch. San Martín, vol. cit.), los testimonios de los siguientes actores en la batalla: Las Heras, jefe de la derecha; Alvarado, jefe de la izquierda; Zapiola, jefe de la caballería de idem; Freyre, jefe de la caballería de la izquierda; Blanco Encalada, jefe de la artillería de la derecha; Plaza, jefe de la artillería del centro; Enrique Martínez, jefe del núm. 8 de infantería de los Andes; O'Brien, ayudante de campo de San Martín; Escalada, (Manuel) de granaderos á caballo; Arcos, ingeniero del ejército, y otros jefes y oficiales de las tres armas, á saber: Generales Espejo, Olazábal (Felix), Juan Apóstol Martínez y Dehesa; y coroneles, Olavarría, Olazábal (Manuel), Pedro José Díaz y Zado. He tenido presente, y me ha sido muy útil, la narración que de esta batalla hace Barros Arana, basada en gran parte en la «Relación» M. S. del general Las Heras que hemos citado, así como la que en sus «Relaciones históricas» hace Vicuña Mackenna respecto de algunos episodios y pormenores, sin olvidar la Memoria de Sanfuentes varias veces citada, que fué la primera exacta y bien coordinada que se publicó sobre ella.

te considerada. Por las correctas marchas estratégicas que la precedieron y por sus hábiles maniobras tácticas sobre el campo de la acción, así como por la acertada combinación y empleo oportuno de las armas, es militarmente un modelo notable sinó perfecto, de un ataque paralelo que se convierte en ataque oblícuo, por el uso conveniente de las reservas sobre el flanco más débil del enemigo por su formación y más fuerte por la calidad y número de sus tropas, inspiración que decide la victoria, siendo de notarse, que San Martín, como Epaminondas, sólo ganó dos grandes batallas, y las dos, por el mismo orden oblícuo inventado por el inmortal general griego. Por su importancia trascendental, sólo pueden equipararse á la batalla de Maipu, la de Boyacá, que fué su consecuencia inmediata, y á la de Ayacucho que fué su consecuencia ulterior y final; pero sin Maipu, no habría tenido lugar Boyacá ni Ayacucho. (35) Vencidos los independientes en Maipu, Chile se pierde para la causa de la emancipación, y con Chile, probablemente la revolución argentina, encerrada dentro de sus fronteras amenazadas por dos ejércitos vencedores por sus dos puntos más vulnerables, desde entónces inmunes. Sobre todo, sin Chile, no se obtiene el dominio naval del Pacífico, la expedición al Bajo Perú se hace imposible, y Bolivar no hubiera podido converger hacia el sud, aún triunfando en el norte de los ejércitos españoles con que luchaba, y de hacerlo, se habría encontrado con 30,000 hombres que le hicieran frente y el mar cerrado. Además, Maipu quebró para siempre el nervio militar del ejército español en América, y llevó el desánimo á todos los que sostenían la causa del rey desde Méjico hasta el Perú, dando nuevo aliento á los independientes. Chacabuco había sido la revancha de Sipe-Sipe: Maipu, fué la precursora de todas las ventajas sucesivas. Tuvo además, el singular mérito de ser ganada por un ejército derrotado é inferior en número á los quince días de su derrota, ejemplo singular en la historia militar. (36)

---

(35) El viajero inglés Haigh, cuya opinión puede citarse como imparcial, dice: «The batle of Maypo paved the way for the batle of Ayacucho» *Sketches, etc.*, p. 239.

(36) Son los mismos militares y mandatarios españoles en América los que reconocen esto. Osorio en su parte oficial, cit. declara: «Este des-
« graciado suceso, que en lo humano era imposible preveer á vista de unas
« tropas que en cuantas ocasiones se presentaron al enemigo, lo batieron y
« arrollaron, y que formadas por mí en persona al frente de las banderas
« 24 horas antes, se hallaban llenas de entusiasmo protestando morir en el

Solo salvaron del campo de batalla, el batallón de Arequipa, que mandado por Rodíl se retiró en formación dispersándose al pasar el Maule, y los dispersos de la caballería. El general en jefe español atribulado, había abandonado el campo á las tres de la tarde, seguido por su escolta, así que vió que su derecha y centro se replegaban vencidos, sin pensar más que en la seguridad de su persona. (37) Señalada su fuga á San Martín, por un poncho blanco que llevaba, desprendió á su ayudante O'Brien con una partida para que lo persiguiese sin descanso. Osorio pudo salvar tomando el camino de la costa, pero dejando en poder de O'Brien su equipaje y toda su correspondencia oficial y reservada. El vencido general llegó á Talcahuano al frente de catorce hombres, (14 de abril) y allí se le reunieron como 600 más escapados á la derrota, último resto del ejército vencedor en Cancharrayada. El general San Martín reincidió, como después de Chacabuco, en el error de no activar la persecución sacando de su victoria todos los resultados inmediatos. Se ha dicho en su disculpa, que el gobierno chileno se hallaba en la imposibilidad de suministrar

---

« campo, antes que retroceder, de lo cual dió pruebas la infantería en el « momento del ataque á la bayoneta que fué horroroso, presenta á la vista « del hombre el cuadro más lastimero, y admira al más diestro y valeroso « guerrero, manifestando con bastante claridad cuán distante estaba de su- « ceder semejante acontecimiento. » El general Camba, dice : « San Mar- « tín reunió con actividad sus dispersos, sacó refuerzos y artillería de la « capital, reanimó su abatido espíritu público, y se puso en disposición de « aventurar el 5 de abril siguiente (desde 20 marzo) la memorable batalla « de Maipu, en la que fueron los realistas completamente derrotados, y la « España perdió definitivamente el reyno de Chile.» (Memorias de las armas españolas» etc., t. I, p. 271.) El virey del Perú, Pezuela, aún antes de tener la evidencia de la estensión del desastre de Maipu, reunió las corporaciones, y en una arenga que se estractará más adelante, dijo debía dar por perdido para siempre el reyno de Chile y prepararse contra la invasión que los independientes traerían inmediatamente al Perú. (Arch. San Martín, vol. LXVI.) Torrente confiesa paladinamente la importancia de la derrota en estos términos : «Todo se perdió..... un desenlace tan fatal « aterró el ánimo de todos los realistas», y después de atribuir el contraste á la emulación y errores de los jefes realistas, agrega : «Estas fueron las « causas que más influyeron en aquella horrible derrota, y á ellas se debió « que la victoria pasara rápidamente, y en el momento que ménos podía « esperarse, á fijarse en las filas de la rebeldía.» (Hist. de la Revol. Hisp. Amer., t. II, p. 432.)

(37) El mismo general Osorio lo declara en su parte : «Se dispersó el « ejército de mi mando.... En este estado se dirigió el ejército hácia las « casas de Espejo.... En vista, emprendí mi retirada hácia la costa, tenien- « do noticia que en la referida casa de Espejo se refugió en desórden par- « te de la infantería y algunas piezas de artillería con el general Ordóñez, « cuya suerte ignoro hasta el día. »

prontamente los recursos para la continuación activa de una nueva campaña al sud, siendo lo probable, que ocupado de más vastos planes, sobre todo, del armamento naval que proyectaba para dominar el Pacífico embargaba toda su atención, descuidó esto completamente, sin darle la debida importancia. Limitóse en los primeros momentos á desprender á Freyre con un destacamento de caballería de línea, y sólo cuando las partidas de milicianos que perseguían á los fugitivos empezaron á cometer depredaciones, dió orden al coronel Zapiola para que al frente de 250 granaderos montados se dirigiese al sud y se mantuviera en observación del enemigo sobre la línea del Maule, acantonándose en Talca. (38) La victoria era tan grande, que daba para todo, hasta para cometer y corregir errores. Por su parte, Zapiola desempeñó su cometido con inteligencia y actividad. Desarmó las guerrillas irregulares que deshonraban la causa de la independencia, creándole resistencias en el sud del país. Estrajo todo el material de guerra de los depósitos de Talca, que los enemigos en su fuga habían arrojado al río Maule. Estableció un servicio de vigilancia y de espionaje sobre la línea del Maule y el territorio dominado por el enemigo al sud del Ñuble, y por último, dió organización á las milicias de la localidad, preparándose á tomar la ofensiva parcial. Era todo cuanto podía hacerse con tan escasos elementos. (39)

Osorio aprovechó el respiro que le daba el vencedor para allegar algunos elementos militares y sostenerse en Concepción y Talcahuano, tomando por línea de defensa el Ñuble. Reunió las guarniciones de la frontera de Arauco y ordenó al coronel Sánchez que se mantuviese firme en Chillán, consiguiendo á mediados de mayo contar con una fuerza organizada de 1,200 hombres; pero con sólo 600 fusiles. En esta actitud pidió nuevas instrucciones y auxilios al Perú. El virey Pezuela había dado por perdido definitivamente á Chile después de Maipu, y sólo pensaba en proveer á la defensa de su territorio amenazado. Á la primer noticia de la derrota, convocó en Lima una junta de corporaciones, y en una arenga

---

(38) Barros Arana dice que Zapiola llegó á Talca el 18 de abril. Tenemos á la vista varias notas originales de Zapiola, fechadas en Talca el 19 de abril. (Arch. San Martín, vol. LXVI, M. S.)

(39) Papeles de Zapiola. (Arch. San Martín, vol. LXVI. M. S. S.)

que les dirigió, dió á la batalla la importancia continental que tenía, y que da testimonio de la profunda impresión que ella causó en los ánimos de los realistas en América. «Nuestros « cálculos ulteriores, dijo, deben partir del segurísimo concepto « de que los enemigos siempre activos, atrevidos y emprende- « dedores, no desperdiciarán momento para poner en ejecución « cualesquiera planes agresivos, cuyo éxito favorable les facilita- « rán sus recientes ventajas. Estos planes no son otros que de « apresurarse á mandar expedición á estas dilatadas costas pa- « ra introducir el desórden y la revolución en los pueblos, y « propagarla de unos en otros hasta lograr hacer sucumbir á es- « ta misma capital (Lima), objeto de sus perpétuas miras, por « cuanto de su inagotable seno han salido desde el principio de « la revolución, y para todos los puntos contaminados, las dis- « posiciones y medios contra los cuales tantas veces han esco- « llado sus obstinados esfuerzos. Me consta que tales han si- « do sus aspiraciones en todos tiempos, y me hallo cerciorado « que se agitan actualmente con el más extraordinario empeño « por realizar cuanto antes este su favorito proyecto. Para pro- « meterse un próspero suceso en sus tentativas, sé que cuentan « con algunos adictos á sus ideas que ocultos existen en los « pueblos más fieles; y cuentan con mayor fundamento con la « pronta concurrencia de la numerosa esclavatura que hay aquí, « deseosa de libertad, así como lo han practicado en Buenos « Aires. Sé tambien, que para realizar lo proyectado, han com- « prado dos navíos, que su intención era batir nuestra escua- « dra, y en seguida, hechos dueños de la mar, mandar con ma- « yor desahogo sus expediciones de desembarco á los puntos de « la costa. Las providencias defensivas del gobierno han de- « bido abrazar por tanto dos distintos medios de resistencia.» (40) Fué tal el pavor que la derrota de Maipu produjo en el Perú, que Pezuela, para aquietar los temores de las tropas del país reunidas en los alrededores de Chile, entre las cuales se anunciaba una nueva expedición á Chile, vióse obligado á dirigirles una proclama aquietándolas: «Ha llegado á mi noticia que

---

(40) «Arenga del virey del Perú á la junta de corporaciones que se celebró en Lima por las primeras noticias de la acción de Maipu, el 4 de mayo de 1818.» Esta arenga, que se hizo pública en Lima, fué comunicada manuscrita á San Martín por sus agentes secretos. El extracto del texto, es tomado de una copia auténtica con la firma autógrafa de Balcarce. (Arch. San Martín, vol. LXVI.)

« muchos de vosotros vienen disgustados, creyendo que han de « marchar para Chile á incorporarse al ejército del rey que allí « ha quedado. Yo os aseguro, que el objeto de vuestra venida « á la capital, no es otro que mantener la tranquilidad pú- « blica. » (41) El orgulloso virey, vencedor en Vilcapugio, Ayohuma y en Sipe-Sipe tres años antes, al ponerse á la estricta defensiva solicitaba en los términos más angustiosos prontos auxilios del virey Sámano y de Morillo en Venezuela y N. Granada. « El tenor de las comunicaciones ha reagravado la dolorosa im- « presión del fatal suceso (de Maipu), resistiéndose la imagina- « ción á convencerse cómo pudo suceder que un ejército com- « pletamente dispersado en un punto se rehiciese á los quince « días en otro, ochenta y más leguas distante, en disposición de « batir á sus vencedores, que no dejaron de perseguirlos de « muy cerca por el mismo hecho del corto número de días que « medió entre ámbas acciones. Pero es demasiadamente cierto « el final del funesto resultado, y que Osorio después de perdido « todo habiendo emprendido su retirada con mil hombres, únicos « del ejército que pudieron salvarse, pudo llegar á Concepción « con sólo catorce, por haber sido muertos ó dispersados por la « caballería enemiga que los persiguió acuchillando en tan larga « distancia. Por de pronto, mis incesantes fatigas tienen por « objeto la colectación é instrucción de los reclutas destinados « á la defensa de la capital y costas del distrito para resistir á « cualquier agresión marítima, cuya diligencia presenta no po- « cas dificultades. Reitero, pues, mi súplica sobre cuanto pedí « en mi último oficio, persuadiéndose que mis apuros han lle- « gado hasta el grado sumo. » (42) El virey Sámano de Nueva Granada le contestaba: «La fatal derrota que han sufrido las « tropas del rey, nuestro señor, cerca de Santiago de Chile, po- « ne á aquél vireynato (del Perú), y á todo este continente por « la parte del sur en consternación y peligro, » (43) y junto con estas palabras le enviaba el batallón Numancia, fuerte de 1,200 plazas que á la sazón se hallaba en Popayán, refuerzo que á la vez que debilitaba á los realistas en este punto, facilitaba la

---

(41) Proclama del virey Pezuela de 20 de setiembre de 1818.

(42) Nota del virey del Perú al de Nueva Granada de 29 de agosto de 1818 en Lima.

(43) Notas del virey de Nueva Granada al del Perú, de 6 y 29 de julio de 1818 en Santa Fe de Bogotá.

invasión de Bolivar á Nueva Granada. Era un nuevo contingente á la causa de la independencia americana, como más adelante se verá. El general Morillo, que al frente de una expedición peninsular de diez mil hombres había arribado á Costa Firme, extenuada en Venezuela, al conocer los detalles de la batalla de Maipu, pronunciaba palabras melancólicas que hacían presentir la derrota fatal: «El desgraciado suceso « de las armas de S. M. cerca de Santiago de Chile, me llena « del más amargo pesar. Yo entiendo que el ejército del rey « victorioso en Lircay con 5,000 hombres sobre 10,000 enemi-« gos, habría sido batido igualmente contando con 55,000, por « las mismas tropas y los mismos jefes que lo han destruido en « el llano de Maipo. » (44) Así, el plan de campaña continental, cuya intuición tuvo San Martín en 1814 en Tucumán, era al fin comprendido en todas sus consecuencias por el enemigo, que al anuncio de su segunda etapa, ya no se consideraba seguro ni en la tierra ni en los mares, y presentía su total derrota en toda la extensión de la América meridional. Jamás una concepción militar tuvo tan decisiva influencia moral en los acontecimientos, hiriendo de pavor al adversario con sólo su amago, aún antes de experimentar de cerca sus efectos finales. Son estas concepciones de largo alcance, metódicamente ejecutadas, las que caracterizan el verdadero génio militar.

VII

Aún bajo la impresión desalentadora que produjo la batalla de Maipu en las filas realistas, en toda la extensión del continente americano, el virey Pezuela, á no haber perdido la serenidad, debió fomentar eficazmente la guerra en el sud de Chile, como un medio de retardar la invasión que temía, sobre todo, teniendo la preponderancia marítima del Pacífico y estando á la espera de una expedición de 2,500 hombres que había salido de España con tal objeto. Léjos de esto, no pensó sinó en reconcentrarse en el Perú, abandonar definitivamente á Chile como teatro de la guerra y activar la guerra ofensi-

(44) Ofi. del general Morillo al virey del Perú de 28 de julio de 1818 en Barquisimeto (Venezuela).

va por el Alto Perú, donde contaba con un ejército de 9,000 hombres, que por ese camino no encontraría sino derrotas. Apesar de esto, Osorio se sostenía ayudado por la opinión del país, como ántes se había sostenido Ordóñez después de Chacabuco, aunque no con la misma energía. Alentado por la inacción de los independientes y sabedor de la corta fuerza situada en Talca á órdenes de Zapiola, se resolvío á tomar la ofensiva parcial. Un grueso destacamento de milicias al mando del capitán Manuel Bulnes, chileno partidario del rey, atravesó el Ñuble, y en la mañana del 21 de mayo, sorprendió el pueblo del Parral al norte de este río, pasando á cuchillo gran parte de su guarnición local. Casi simultáneamente, otro destacamento cruzaba el río Itata y ocupaba el puerto de Quirihue, estendiendo sus correrías hasta Cauquenes en la misma zona con el objeto de proporcionarse víveres, y haciendo grandes estragos en la comarca.

Al tener noticia Zapiola de estas incursiones, desprendió una columna de 200 hombres de caballería, entre granaderos y milicianos, á órdenes del valiente capitán Cajaravilla, con orden de recuperar á todo trance la posición del Parral. Cajaravilla marchó durante cinco noches por caminos estraviados, ocultando su movimiento, y en la madrugada del 27 de mayo estaba sobre el pueblo. Dividió su fuerza en dos grupos: hizo ocupar todas las boca-calles con los milicianos á cargo del capitán Domingo Urrutía para cortar toda retirada, y por la retaguardia atacó personalmente el punto á la cabeza de los granaderos. Avanzó el cuartel, puso en fuga á su guarnición, y obligó al resto á encerrarse en las casas circunvecinas, donde la rindió á sangre y fuego, tomando 70 prisioneros, y entre ellos varios oficiales y un coronel, y esterminando el resto. [45] El otro destacamento realista que había cruzado el Itata, fué atacado en Quirihue el 21 de mayo por el teniente de granaderos Juan Estévan Rodríguez, obligándolo á refugiarse en la población, donde lo rindió por completo, tomándole 36 prisioneros, entre ellos un teniente coronel, y 17 fusiles, con la sola pérdida de un muerto y un herido. Estos dos pequeños triun-

---

(45) Partes del combate del Parral, publicados en el núm. 43 de la «Gazeta ministerial de Chile.» Los originales de estos partes se encuentran en el Arch. general, legajo: «Gral. del Exto. de los Andes, Guerra 1818.» En vez de un herido que da el parte publicado, se dan dos en el original, M. S.

fos bastaron para quebrar por el momento las últimas fuerzas morales de los realistas en el sud de Chile, y la línea del Ñuble quedó inmune.

Reforzado Zapiola con el total de los granaderos montados, el batallón de Cazadores de Coquimbo y dos piezas de artillería, decidió tomar la ofensiva, teniendo por objetivo á Chillán. (46) Al efecto, desprendió de nuevo al capitán Cajaravilla con 100 granaderos á caballo, una compañía de infantería montada del Coquimbo y 150 milicianos, con orden de reunir todas las guerrillas volantes de ultra-Maule. (47) Cajaravilla atravesó el Ñuble el 21 de julio y el 31 avanzó en tres columnas sobre Chillán. Mandaba este punto el coronel Clemente Lantaño, oficial distinguido de inteligencia y valor, muy conocedor de la localidad, que hace su aparición en la escena, y que estaba destinado como Elorreaga y Sánchez, á alcanzar renombre manteniendo en el sud de Chile la bandera del rey. Tenía á sus órdenes como 500 hombres de infantería y caballería, y al anuncio del movimiento de Cajaravilla, salió á su encuentro al frente de un escuadrón de Dragones. Al avistarse ámbas fuerzas, Cajaravilla le intimó rendición. El jefe realista contestó, que no era de caballeros rendirse sin pelear, y se replegó sobre la plaza en buen orden. El oficial patriota avanzó hasta la ciudad en el orden que llevaba, y arrastrado por su ardor, más que bien aconsejado por la prudencia militar, atacó simultáneamente por tres boca-calles con guerrillas de infantería sostenidas por piquetes de granaderos montados; asaltó las trincheras y llegó hasta el recinto de la plaza principal, donde sus defensores se resistieron con ventaja posesionados de los fuertes edificios que la dominan, sosteniéndose el fuego por una y otra parte hasta entrada la noche. Estaba escrito que Chillán sería siempre funesto á las armas independientes. Cajaravilla se vió obligado á desistir de su tan valeroso como impremeditado ataque, y emprendió su retirada á San Carlos con 14 prisioneros, dejando tres muertos en el campo, y llevando

(46) Parte del teniente Rodríguez, en la «Gaz. M. de Chile», núm. 44. El original en los papeles de Zapiola. Arch. San Martín, vol. XXXVIII. M. S.

(47) Nota de Balcarce de 7 de julio. Arch. gral.—Papeles de Zapiola. Arch. San Martín, vol. XXXVIII, M. S.

23 heridos. [48] Esta ventaja, reanimó un tanto el abatido espíritu de los realistas; pero les hizo comprender lo peligroso de su situación.

Osorio, desmoralizado por su derrota, sin esperanzas de recibir auxilios, y temeroso de ser atacado en la primavera por el ejército chileno-argentino, resolvió retirarse al Perú. El 25 de agosto reunió una junta de guerra en Talcahuano, y ante ella manifestó que las instrucciones del virey Pezuela le prevenían evacuar el territorio con sus fuerzas de línea en el caso que los independientes preparasen una expedición contra el Perú, dejando en el sud de Chile tan sólo las tropas nativas para mantener la guerra de partidarios. Todos opinaron por la retirada; pero poseídos de tanto temor como incertidumbre, dejaron la responsabilidad de la resolución al general en jefe. Este, sin ánimo y sin ideas, delegó el mando político y militar en el famoso coronel Juan Francisco Sánchez (5 de setiembre), dejándole 1,600 hombres del país, con 400 fusiles y 100 tercerolas; desmanteló las fortificaciones de Talcahuano, embarcó 35 cañones de posición con gran cantidad de pertrechos de guerra, y al frente de 700 hombres, último resto de la expedición con que había invadido, dió la vela al Callao en la mañana del 8 de setiembre. [49] Tales fueron las consecuencias inmediatas de la batalla de Maipu al sud de Chile: luego se dirá cuáles fueron respecto de la América.

---

[48] Parte de Cajaravilla de 1º de agosto de 1818 en San Carlos, publicado en la «Gaz. de B. Aires», de 16 de setiembre de 1818. El original existe en el Arch. general y en los papeles de Zapiola, M. S. El general Balcarce, en ofi. de 19 de agosto de 1818 á Zapiola, desde Santiago, á la vez de hacer honor á la intrepidez de Cajaravilla, le reprueba su imprudencia en estos términos: «Nuestras tropas han presentado un nuevo testimonio « del valor que las distingue; más las empresas militares aunque no sean « funestas, no dejan de ser censuradas cuando tocan en la raya de temera- « rias. Un ataque dirigido á las calles de una población cubierta de fosos « y trincheras, nunca podrá graduarse de prudente y arreglado, cuando « su ejecución se encomendase á fuerzas de caballería. Este es el caso « sucedido; y aunque es verdad que los excesos de valor son las faltas más « disculpables del militar, no por esto dejan de exponer á males de conse- « cuencia. Haga V. S. conocer al capitán Cajaravilla, que en el ataque que « ha dirigido, no se han consultado las precauciones que eran propias de « un oficial de pericia y meditación, manifestándole, que si aprecio sus es- « fuerzos con el designio de escarmentar al enemigo, tendré sentimiento si « su honor se vé comprometido por arrojarse á los lances con demasiada « precipitación. » (Papeles de Zapiola, Arch. San Martín, vol. XXXVIII.

[49] Torrente dice que Osorio se reembarcó con 729 hombres, y Barros Arana que con 689: el primero hace ascender el número de los que quedaron con Sánchez, á 1,100, y el segundo á 1,618 fundándose en documentos.

CAPÍTULO XIX

SAN MARTÍN DESPUÉS DE MAIPU

AÑO 1818

Fatalidad histórica—La tragedia de los Carrera en Mendoza—Nuevas noticias sobre el proceso de los Carrera—Perdón tardío—San Martín y los Carrera—Rasgo de magnanimidad de San Martín—San Martín se dirige á Buenos Aires en prosecución de sus planes—Zañartu enviado de Chile en Buenos Aires—Agitaciones políticas en Chile—Chile inicia una reforma constitucional—Muerte trágica de Manuel Rodríguez—Honores por la batalla de Maipu—Arreglos en Buenos Aires para la expedición del Perú—Se acuerda un empréstito de 500 mil pesos para la expedición—Incidente entre O'Higgins y Guido—Influencia internacional de la Logia de Lautaro—Fracasa el empréstito de 500 mil pesos—Momentos psicológicos de los grandes hombres de acción—Renuncia terrible de San Martín—Se hace efectivo el empréstito—Arbitrio de San Martín para proporcionarse dinero—Bosquejo del plan de expedición al Perú trazado por San Martín—Misterios diplomáticos—Estado de la guerra americana en 1818—San Martín repasa la cordillera al occidente—Nuevo proyecto naval.

I

Por una fatalidad, que tiene su esplicación en la lógica brutal de los hechos y en la dureza de la época, la celebración de la batalla de Maipu tuvo dos víctimas inmoladas por la desapiadada justicia política de la alianza chileno-argentina, que ha proyectado en la historia una sombra siniestra sobre los vencedores. El mismo día en que llegaba á Mendoza el parte de la victoria, eran allí fusilados los dos hermanos Carrera, Luis y Juan José. Estos infortunados jóvenes, anhelantes de vivir en la patria aún á costa de la vida como Foscari, y figurando como actores en un drama de fantásticas conjuraciones

contra el destino; que tenían por numen á una muger de alma intrépida y de imaginación ardiente, hallábanse á la sazón presos en la cárcel de Mendoza por causas que han sido ya relatadas. (Véase cap. XV, § VII.) El episodio trágico que puso fin á sus días en la flor de la edad, ha sido varias veces narrado con criterio contradictorio y con documentos incompletos por los historiadores chilenos y argentinos, aunque acordes en su crónica, y al proyectar sobre su fondo tenebroso una nueva luz con severa imparcialidad, nos guiaremos por los documentos inéditos de que estamos en posesión, para fijar el fallo equitativo de la conciencia histórica.

La causa de los dos hermanos Carrera, habíase seguido en Mendoza y en Santiago de Chile de un modo tan irregular como excéntrico. Acusado y convicto don Luis, de haber violado la balija del correo de Cuyo; sindicado don Juan José de haber dado muerte á un niño postillón que le acompañaba, y que murió á su lado en la soledad de la pampa en medio de una tempestad, sin más testigo que él; y procesados ámbos por conato de conspiración contra Chile en territorio argentino, y en Chile por «delito de alta traición», la causa revestía un caracter internacional, criminal y político á la vez, y tramitábase simultáneamente sin acuerdo entre dos jurisdicciones extrañas, interviniendo en él por accidente el gobierno argentino, y de una manera indirecta la autoridad moral y militar de San Martín. El gobernador de Cuyo, Luzuriaga, al poner los presos á disposición del gobierno argentino, apresuróse á comunicarlo al general, diciéndole: «Satisfecho V. E. de mi vigilancia, puede «reposar sobre las medidas que he tomado para que los agen-«tes de la rebelión no contaminen la forma de nuestro sistema «en esta provincia. V. E. por su parte, sabrá consultar los «medios para prevenir los ataques en ese Estado» (Chile.) Iniciadas las causas por los respectivos gobiernos, el de Buenos Aires dirigióse á San Martín en estos términos: «Me or-«dena el gobierno avise á V. E., recomendándole las mas celo-«sas y activas providencias en asunto tan importante, á fin de «que no queden impunes atentados tan execrables, como dig-«nos del castigo más ejemplar.» El general del Ejército Unido en su caracter de tal, ofició al gobernador de Cuyo, ordenándole que, «á los efectos de la causa que por disposición del gobierno de Chile se seguía á los Carrera, en la conjuración tramada por ellos, debían estos permanecer presos en Mendoza»,

y terminaba con esta prevención: «La seguridad, la vigilancia, «el cuidado sumo que debe tenerse con Juan José Carrera, fa- «moso criminal, y con su hermano don Luis, quedan al eficaz «celo de V. S., en tanto que el arresto de sus personas es el «garante de la quietud y del actual y futuro engrandecimiento «de este país.» Y en carta privada, recomendábale: «tratase con toda consideración á Luis Carrera», por quien tenía simpatías. (1) El gobierno de Chile, remitiendo copia del proceso al gobernador de Mendoza, dirigió á este carta de ruego, á fin de tomar las confesiones á los reos y notificarles nombraran defensores que debían apersonarse en Santiago de Chile en el término de veinte días, con apercibimiento de proceder en rebeldía, y comunicando esta providencia al director Pueyrredón, solicitó se le diese conocimiento de lo actuado bajo la jurisdicción argentina. (2)

Pendiente el exhorto internacional, que era el nudo de la cuestión jurídica, aún cuando de las actuaciones se diese por el gobernador de Cuyo conocimiento testimoniado al gobierno de Chile, el sumario de Mendoza marchó lentamente sin sujeción á ninguna regla, y el proceso de Chile solo estuvo terminado á principios de 1818. En este estado, y no abierta aún la acusación fiscál, el gobierno de Chile lo pasó al general del

(1) Extracto de los siguientos documentos inéditos: 1º Ofi. reservado de Luzuriaga á San Martín de 9 de agosto de 1817. 2º Ofi. reservado del ministro de guerra Irigoyen á San Martín, 25 de agosto de 1817. 3º Ofi. de San Martín á Luzuriaga, 10 de setiembre de 1817. 4º Carta de Luzuriaga á San Martín de 13 de agosto de 1817, con una anotación de letra de San Martín en que se lee: «Recomendación á Luzuriaga trate con toda «consideración á Luis Carrera.» (Arch. San Martín, vol. XIII, núm. 6. M. S. S. originales.) V. el Apénd.

(2) Ofi. de la Junta de Chile de 5 de noviembre de 1817 al director de las Provincias Unidas, con inclusión de la carta de ruego al gobernador Luzuriaga. (Doc. del Arch. general. M. S.) Esta comunicación que no hemos encontrado en el legajo de la correspondencia entre ámbos gobiernos, se registra en un cuerpo de autos agregado con posterioridad á la causa de los Carrera, después de su ejecución, y de que no han tenido conocimiento los historiadores que se han ocupado de ella, versa sobre el punto jurídico más importante que envolvía, cual es, la competencia de las respectivas jurisdicciones bajo el aspecto del derecho de asilo con relación á la nación que lo debía y á los reos que lo invocaban. Lo encontramos por acaso en el Arch. general en un pequeño legajo suelto, con este resúmen: «Gobernador de Mendoza (pendiente,) Remita testimonio de la causa seguida contra los Carrera, mandada agregar á sus antecedentes, que son las gestiones de doña Francisca Xaviera de Carrera—Octubre, 1818.» De las gestiones de doña Javiera Carrera, de que tampoco han tenido conocimiento los historiadores, se hará uso más ámplio en este capítulo.

Ejército Unido, para que lo formalizase, mandando convocar el consejo de guerra que debía entender en él. San Martín, contestó, que la notoria enemistad con los Carrera y la prevención de los jefes del ejército contra ellos, daría á la sentencia el caracter de una imposición de su influencia, y por lo tanto, pedía que él y ellos fuesen exhimidos de este compromiso, «que dejaría su honor en descubierto.» (3) El director sustituto Cruz, accedió á esta excusación, «encontrándola justa», y en este estado quedó la causa. Pero al mismo tiempo escribía San Martín á Luzuriaga: «Redoble su vigilancia por la seguri-« dad de los Carrera, pues se me repiten los avisos de que se « trata de promover su fuga.» Se ha dicho con este motivo que San Martín representó en esta ocasión un doble papel, propio de su génio astuto y reservado, y que á la vez que todo lo dirigía y avivaba las odiosidades hacia los perseguidos, excusaba dar su nombre ó comprometer su representación oficial. Indudablemente, el retraimiento de San Martín, implicaba en sus términos generales una condenación tácita de los acusados, cuando era el verdadero árbitro de la situación, y por otra parte no ocultaba que consideraba á los Carrera, no solo incompatibles con la paz pública, sinó tambien criminales; pero su proceder era correcto como general aliado, y se inclinaba por temperamento y por sistema, más á la moderación que al rigor, como lo prueba el hecho de paralizarse el proceso después de su excusación. En realidad, el proceso no probaba nada, y el mismo San Martín había interpuesto su poderosa influencia para hacer poner en libertad á los complicados, pues cuando más podía deducirse de él un conato informe de conspiración contra el orden interno. Fundado en esto, y con motivo de la declaratoria de la independencia de Chile, el defensor de los Carrera solicitó el indulto de sus protegidos con sentidas palabras: « En el gran día en que el Estado de Chile rompe las cadenas « de un millón de ciudadanos, y consuela los manes de millares « que forman las generaciones de tres siglos de esclavitud, no « es dable consentir la aflixión y los tormentos de dos ilustres

---

(3) Ofi. del director sustituto Cruz á San Martín de 17 de enero de 1818, previniéndole formar consejo de guerra á los Carrera. Contestación de San Martín á la anterior, excusándose en 18 de enero de 1818. Réplica de Cruz, conformándose, de 19 de enero de 1818. (Arch. San Martín, vol. XIII, núm. 6. M. S. S. originales.)

« chilenos, que cualesquiera que sean los errores que se les su-
« pongan, no puede negárseles la gloria de haber emprendido y
« protegido á toda costa la obra de su redención. Al disolver
« los antíguos vínculos y formar un nuevo Estado social, con
« cuyo caracter se presenta Chile al universo, parece consi-
« guiente queden extinguidos y olvidados los errores políticos
« de la anterior sociedad que ya no existe. Jamás se ha insta-
« lado un nuevo pacto social y una nueva forma de gobierno,
« sin proclamar una amnistía general de cuanto puede perju-
« dicar al estado público de la sociedad regenerada. » (4) Esta súplica no fué atendida. El alma enconada de O'Higgins se resistía al perdón, como se ha visto. A la política militar de San Martín convenía mantener en seguridad á los dos procesados, como rehenes de la quietud de su turbulento hermano mayor, dejando al tiempo que la conciliación porque había abogado antes (véase cap. XV, § III) se abriese camino, cuando dejasen de ser un peligro para la consolidación del orden de cosas que sostenía, que era una de las bases de su plan de emancipación continental.

Mientras esto pasaba en Chile y en Mendoza, la fiel hermana de los perseguidos, que condensaba el espíritu de la familia, no cesaba de hacer en Buenos Aires gestiones en favor de sus hermanos, denunciando sus crueles padecimientos en la prisión y reclamando para ellos el amparo de las leyes, tocándole promover, bien aconsejada por su corazón, el punto que constituía el fondo jurídico de la cuestión de forma, cual era el caracter territorial de la causa que se invocaba Chile sin derecho, en menoscabo de la soberanía argentina. Desesperanzada de obtener gracia del gobierno de Chile, se dirigió al gobierno argentino pidiendo justicia, pues contaba encontrar en él más clemencia que en el de su propio país. Así, con motivo de la gestión del gobierno chileno para procesar á sus hermanos bajo su jurisdicción, exponía: «No dudo por un momento del
« asilo que hoy los escuda y aunque sin otra representación que
« la que me da la misma naturaleza, expondré que es de extra-
« ñar que el gobierno de Chile quiera hacer valer un fiat, que

(4) Representación del procurador de los Carrera en Chile, el doctor Manuel Araoz, al director O'Higgins. Inserta en «Aviso á los pueblos de Chile», imp. en Montevideo en la imprenta de los Carrera en 1818. y firmado por José Miguel Carrera.

« estando en oposición con los principios sostenidas por las na-« ciones más cultas del orbe, mancharía la dignidad del gobier-« no de las Provincias Unidas. Sería de desear, que en toda « la extensión del globo no hubiese ningún lugar fuera de la « dependencia de las leyes, y que al modo que la sombra sigue « al cuerpo, su fuerza persiguiese al culpado. Sin embargo, to-« das las naciones, rindiendo el debido homenage á la humani-« dad, no han creído deber ventajoso el volverse recíprocamen-« te sus criminales, por no constarles que todas las leyes eran « conformes á la razón y las penas no traspasarían la medida « de los delitos, lastimando la arbitrariedad de los jueces los « derechos del inocente oprimido. No podrá decirse que los « Carrera se han sustraido á la protección del gobierno de Bue-« nos Aires. Ellos fueron aprehendidos en el territorio de las « Provincias Unidas, y si el haber salido de la capital sin pasa-« portes se gradua delito, su conocimiento corresponde exclusi-« vamente á su jurisdicción; y el conato de alejarse de su ter-« ritorio, no es motivo suficiente para entregarlos á manos de « sus mortales enemigos.» (5)

La argumentación era irrefutable, y los intérpretes de la ley tenian necesariamente que ser consultados. Sometido el exhorto del gobierno de Chile al fiscál de la Suprema Cámara de Justicia, este se pronunció abiertamente contra su preten-sión de avocarse la causa: «Aunque por el estado informe del « expediente, dice, correspondía se agregasen los antecedentes « que han motivado la prisión de los Carrera, traslúcese en él « lo bastante, que su fundamento lo deriva de principios de « conjuración contra las autoridades del Estado de Chile, y no « puede dudarse que es un asunto que conviene se ventile en « la capital con presencia personal de los reos, sin hacer lugar « á la toma de las confesiones que solicita el gobierno de Chile, « pues son un acto de dependencia y jurisdicción que en modo « alguno se le debe permitir ejerza en el territorio de las Pro-

(5) Representación de doña Francisca Javiera de Carrera al director de las Provincias Unidas. Cuerpo de autos antes cit., agregado en Buenos Aires á la causa de los Carrera en Mendoza. Las representaciones de doña Javiera son cuatro, y todas ellas en el mismo sentido. Los historiadores que han escrito sobre este punto, no las han conocido, y las gestiones de ella á que se refieren son dos, publicadas por su hermano José Miguel en el opúsculo ya cit. «Un aviso á los pueblos de Chile», en que hace referen-cia á su derecho de asilo invocado en lo que se extracta en el texto. (Doc. del Arch. general, M. S. original.)

« vincias Unidas del Río de la Plata. » (6) Consultado el asesor de gobierno, doctor Valle, afirmó en términos más esplícitos aún: «Pretender que se tome confesión á los Carrera y se les « notifique nombren apoderados para sus defensas, con calidad « de presentarse ante el gobierno de Chile y apercibimiento de « proceder en rebeldía á la resolución definitiva y ejecución, no « puede permitirse, porque recibir la confesión al reo es un ac- « to de la jurisdicción que el juez ejerce sobre él por habérsele « sujetado de algún modo, y los Carrera no han cometido delito « en el Estado de Chile. » (7)

El gobierno argentino, perplejo ante su responsabilidad nacional, sus deberes políticos para con el aliado, y sus sentimientos que lo inclinaban á la lenidad, se abstuvo de resolver el punto en cuestión, y limitóse á encargar al gobernador de Cuyo aliviara la prisión de los dos hermanos. Luzuriaga contestó que había tenido con ellos todas las consideraciones, pero que no le era posible relevarlos de la prisión, pues de otro modo no podría responder de sus personas, cuando estaban encausados por crímenes comunes, y le constaba se hacían trabajos para favorecer su fuga. (8) En estas tramitaciones de mera forma, pasáronse los últimos meses de 1817 y los primeros días de 1818, quedando la causa pendiente ante las dos jurisdicciones, y de hecho, bajo la de Chile en su parte principal, aunque sin definirse el punto esencial de la competencia. La vida de los Carrera parecía garantida, pero la fatalidad hacía su camino aún á despecho de los mismos que eran árbitros de las víctimas predestinadas.

II

Pendiente el proceso y adormecida su prosecución á ámbos lados de la cordillera, límite de las dos jurisdicciones en

---

(6) Dictámen del fiscál de la Cámara de Justicia de 23 de diciembre de 1817. (Doc. del Arch. general, en autos cit. M. S. original.)

(7) Vista del asesor doctor Valle de enero 24 de 1818. (Doc. del Arch. en autos cit. M. S. original.)

(8) Ofi. del gobierno de 8 de noviembre y contestaciones de Luzuriaga de 4 y 12 diciembre de 1817, y 1º y 13 de enero de 1818. (Doc. del Arch. general, en autos cit. M. S. original.)

conflicto, don Luis, de acuerdo con algunos soldados milicianos de la guardia que lo custodiaba, imaginó fraguar una revolución en Mendoza, con el propósito de apoderarse del mando de la provincia de Cuyo, armar en ella un cuerpo de ejército, negociar en esta actitud un arreglo con O'Higgins y San Martín, y en caso de negativa de estos, expedicionar al sud de Chile en alianza de los indios de Arauco y hacer por su cuenta la guerra á espaldas del ejército realista con la bandera de *la patria vieja* caida en 1814. (9) La conjuración disipada, era el sueño de una muger: el proyecto de revolución, era un delirio del cautiverio. Denunciado su intento por uno de sus cómplices en vísperas de su ejecución (25 de febrero de 1818), se abrió un nuevo proceso á los dos hermanos como perturbadores del orden público. Juan José, amilanado, renegó á su hermano, negando tener participación en el plan y suministrando nuevos cargos contra los conspiradores. Luis, despechado, ó movido por su nativa generosidad, lo confesó todo, bajo la promesa del perdón de sus cómplices, echando sobre sí toda la responsabilidad. Esto sucedía en los primeros días de marzo: el 29 del mismo llegaba á Mendoza la noticia del contraste de Cancharrayada. Lleno de zozobra el gobernador, pidió autorización al gobierno para despachar á la capital los reos con su causa. (10) Era la salvación de los Carrera. Por desgracia para ellos, llegaba en esos momentos á Mendoza entre los fugitivos del campo de batalla, poseído de los pavores de la derrota, el doctor Monteagudo, auditor del ejército de Chile. (11)

---

(9) Confesión de Luis Carrera en el folleto: «Extracto de la causa criminal seguida contra los Carrera ante el gobierno de Mendoza», impreso en Santiago de Chile en 1820. Esta publicación, que se atribuye á Monteagudo, contiene las piezas principales del proceso, y algunas notas y consideraciones sobre él.

(10) Ofi. del gobernador Luzuriaga al gobierno de 31 de marzo de 1818, inserto en el «Extracto», etc., del proceso publicado, cit. imp. en Santiago.

(11) Se ha dicho, que Monteagudo pasó á Chile enviado por Pueyrredón y llamado por San Martín, quien lo ocupó en el ejército argentino dispensándole su confianza, lo que es inexacto. Habiéndose quejado Pueyrredón á San Martín, de que se hubiese empleado á Monteagudo como auditor, y contestando el segundo que lo había sido por O'Higgins, replicóle aquél: «Que Monteagudo sirva á ese Estado (Chile), nada tiene de « extraño ni de chocante, porque en él no tiene los comprometimientos « que en el nuestro; y lo que yo escribí á V. fué en concepto de ser em- « pleado de nuestro ejército. Él llegó aquí como V. sabe; gritó contra él « inmediatamente el partido de oposición que tiene, solicitando que se le « expulsase: yo tomé sobre mí el internarlo á Mendoza en clase de confi- « nado: se pasó á Chile sin mi licencia ni consentimiento: se supo que ha-

Este personage, cuya figura aparece en todas las hecatombes de la revolución, terrorista por temperamento y por sistema, era el genio fatídico que iba á decidir con su influencia de revolucionario y jurisconsulto de la suerte de los presos. ([12]) El 6 de abril un número considerable de dispersos

« bía sido por su propia resolución, porque yo no lo oculté á los muchos « que me lo preguntaron. Si después de estos antecedentes, se viese colo- « cado en nuestro ejército, se inferiría con razón que yo obro una intriga « con mengua de mi circuspección y verdad.» (Carta de Pueyrredón á San « Martín de 2 de abril de 1818. (Arch. San Martín, vol. XL. M. S. autógrafo.)

([12]) Se ha dicho que San Martín envió á Monteagudo á Mendoza después de Cancharrayada, con órdenes secretas sobre la causa de los Carrera. El primero que formuló esta acusación fué José Miguel Carrera, en su opúsculo «Un aviso á los pueblos de Chile», p. 3, cuyo testimonio carece hasta de valor moral. Vicuña Mackenna fué el primer historiador que lo recogió en su «Ostracismo de los Carrera», p. 146, pero poco después en su «Ostracismo de O'Higgins», p. 321, se rectificó á sí mismo publicando una carta de Monteagudo á O'Higgins, en la cual decía aquél el 26 de marzo desde la Guardia Vieja (dentro de la cordillera): «Después de haber sido « testigo de nuestro contraste, llegué á Santiago, y en el conflicto de no- « ticias adversas que por momentos se recibían, al paso que ignoraba la « suerte de ustedes (O'Higgins y San Martín), resolví salir para Mendoza, « con la idea de ayudar á aquél gobernador en el estado difícil en que debe « hallarse, sugeriéndole algunas medidas que nacen de nuestras circuns- « tancias. Deseo mostrar toda la energía de mi caracter. En Mendoza « indicaré cuanto las circunstancias exijan.» Queda anulado por sí mismo el testimonio vago de Vicuña Mackenna, con un documento, que según sus propias palabras, «absuelve de una inmensa responsabilidad á O'Higgins y San Martín.» («Ost. de O'Higgins, p. 320») El segundo historiador que se hizo eco de la acusación desautorizada de J. M. Carrera, fué Amunátegui en su «Dict. de O'Higgins», p. 153 (2ª ed.), sin citar documento alguno, y desconociendo los hechos, por cuanto después de Cancharrayada es de notoriedad que no se vieron San Martín y Monteagudo, como luego se verá. El grave historiador Barros Arana, aunque con más reserva, asienta empero un hecho notoriamente inexacto, al aseverar que «después de Can- « charrayada, Monteagudo se retiró con San Martín hasta San Fernando, « desde donde se puso en precipitada marcha para Mendoza, sin que se haya « podido averiguar nada acerca del objeto de este viaje ni de las instruc- « ciones que llevaba.» («Hist. de la Indep.» t. IV, p. 399.) Las fechas y los documentos contradicen en todas sus partes este vago aserto. Según el mismo Barros Arana (t. IV, p. 293) en la noche del 20 de marzo llegaron á San Fernando San Martín y O'Higgins, y en la mañana del 21 escribió aquél su primer parte sobre la sorpresa. Entre tanto, en la tarde de ese mismo día llegaban á Santiago los primeros dispersos, y entre ellos Monteagudo, según consta de una relación de testigo ocular que inserta Vicuña Mackenna en la pág. 310 del «Ost. de O'Higgins.» En esa fecha, se ignoraba en Santiago la suerte que hubiesen corrido San Martín y O'Higgins, como el mismo Monteagudo lo declara en su carta escrita dos días después en marcha hacia Mendoza y dentro de la cordillera. Con esto, queda tambien refutada por sí misma la aseveración del sesudo Barros Arana, que no conocía en la época en que publicó su libro (1858) el documento concluyente antes citado, exhibido por Vicuña Mackenna en 1860, que prueba: 1º Que después de Cancharrayada no se vieron San Martín y Monteagudo, y que por consecuencia, el primero no pudo comisionar ni dar instruccio-

del ejército, difundía el pánico en la provincia de Cuyo. Todos consideraban posible y aún probable, una nueva derrota del ejército unido, y preveían una emigración de chilenos como la anterior, que se dividiría en bandos, poniendo uno de ellos á su cabeza á los caudillos chilenos. La numerosa cantidad de desterrados de ultra cordillera y de prisioneros y confinados españoles, que empezaba á agitarse, aumentaba estas alarmas, á lo que se agregaba el anuncio de una expedición que Osorio preparaba al sud de Mendoza. La guerra civil que asomaba en el litoral y las campañas inundadas por el bandalaje, eran otros tantos peligros que perturbaban los ánimos. La municipalidad de Mendoza, haciéndose el órgano de estos terrores, requirió del gobernador, en nombre del pueblo, la inmediata terminación de la causa de los Carrera, señalándolos como víctimas propiciatorias de la paz pública, para prevenir un nuevo revés de las armas independientes. En vano el defensor de los reos, el doctor Manuel Vázquez de Novoa, (chileno), hablando por boca de la ley, alegaba que los simples conatos «non deben haber pena ninguna aún quando fuesen sucedidos con tal que non maten á otro» (marzo 29.) El fiscál de la causa (con caracter militar para mayor confusión), sordo como la opinión apasionada, invocando los padres de la iglesia, los historiadores romanos, los juristas antiguos y modernos, los filósofos desde Platón hasta de la Mirándola, el caballo de Troya y los libros sagrados, pedía «el último suplicio para los Carrera» (4 de abril), por el crímen de alta traición contra la seguridad de los dos Estados. ([13]) Luzuriaga, se asesoró de una junta de tres letrados, de la que formaba parte Monteagudo, los que unánimemente opinaron, que el gobernador «en tan terrible y « extraordinario conflicto, estaba autorizado, no sólo para con- « cluir sumariamente la causa, sinó para proceder á la ejecu- « ción de la sentencia, sin prévia consulta á la superioridad

---

nes algunas al segundo. 2º Que en el mismo día en que San Martín estaba en San Fernando y pasaba desde allí su parte, Monteagudo llegaba fugitivo á Santiago. 3º Que al salir de Santiago Monteagudo ignoraba la suerte que hubiesen corrído San Martín y O'Higgins. 4º Que la decisión de Monteagudo de pasar á Mendoza, fué tomada motu propio, sin acuerdo con O'Higgins ni San Martín, y que sólo la comunicó á O'Higgins.

([13]) Este estado de la opinión pública por estas causales, consta del dictámen de los letrados de 7 de abril de 1818, consultados por el gobernador Luzuriaga. (Docúmentos sobre la ejecución de don Juan José y don Luis Carrera, pág. 4-5.)

« por ser el peligro inminente », lo que presuponia una sentencia de muerte, (abril 7.) Todo se conjuraba para amontonar las maldiciones sobre las cabezas de los infortunados hermanos. El gobernador, «estrechado por los peligros públicos» según sus propias palabras, pidió á los letrados formulasen la sentencia según el mérito del proceso, y éstos fulminaron su fallo condenatorio en virtud «de las circunstancias extraordinarias, no « obstante no haberse consultado en favor de los reos los me- « dios ordinarios que pudieran disminuir el rigor de la ley.» El dictámen, convertido en fallo definitivo y sin remisión, fué firmado el 8 de abril á las 3 de la tarde. Á las 5 del mismo día, los dos hermanos Carrera eran fusilados. (14) Media hora después llegaba con la noticia de la victoria de Maipu, el sargento mayor de granaderos á caballo Mariano Escalada, hermano político del general vencedor. Las campanas de la ciudad se echaron á vuelo al mismo tiempo que los cadáveres de las dos víctimas eran sepultados, haciendo más odioso el estéril y cruento sacrificio. (15)

---

(14) «Docs. sobre la ejecución de J. José y Luis Carrera, cit. págs. 3-34.

(15) Es un punto dudoso el día y la hora en que la noticia de la batalla de Maipu llegó á Mendoza. Siguiendo la tradición más acreditada, aseveramos en el texto que fué media hora después de la ejecución de los Carrera, aún cuando algunos establecen sin pruebas que llegó en la mañana del mismo día, y otros que al día siguiente, estando casi todos los historiadores contestes que fué en la tarde del 8 de abril de 1818. El gobernador de Cuyo, Luzuriaga, principal actor en este drama, no da luz alguna sobre el particular, ni en el Manifiesto que publicó entonces justificando la ejecución, que lleva la fecha de 9 de abril, ni en la Memoria manuscrita suya en que la menciona por incidente, y existe en el Arch. San Martín, vol. LXXII, M. S. Al dar cuenta del hecho al director O'Higgins y comunicarlo á San Martín con inclusión del manifiesto original, agrega con la indicada fecha 9 de abril: «La influencia que puede tener este suceso sobre las « circunstancias políticas de ese país (Chile) me mueven á comunicarlo con « la brevedad posible; y espero que el orden público de ámbos Estados « quedará asegurado por el temor que debe imponer á los turbulentos este « ejemplar castigo.» (Arch. San Martín, vol. XIII, núm. 9.) Estos conceptos indican que el manifiesto era un documento preparado ántes de recibirse las noticias de Maipu. Vicuña Mackenna, en el «Ostracismo de los Carrera», pág. 149, exhibe una comunicación de Luzuriaga, que dice ser fecha 8 de abril, tomada del libro copiador de correspondencia de Mendoza, de la cual resultaría, según él, que la noticia llegó tres horas ántes de la ejecución, y cuyo tenor es como sigue: «En este momento, que son las dos « de la tarde, acabo de recibir con el sargento mayor don Mariano Escalada « el parte del señor director del Estado de Chile.» Esta versión, de dudosa documentación, no ha sido aceptada por ningún historiador, y todos ellos de conformidad con la unánime tradición de los contemporáneos de Mendoza, que hemos consultado, aseguran que la noticia de Maipu llegó después de la ejecución, y es lo verosímil, según se deduce de las fechas y las

La fatalidad perseguía á las víctimas inmolatorias, aún después de muertas. Por una ironía de su destino, veinte y cuatro horas después de la ejecución, (9 de abril) el Director Supremo de las Provincias Unidas, firmaba un decreto, en que sin pronunciarse aún respecto de la cuestión pendiente sobre competencia jurisdiccional, ordenaba al gobernador de Cuyo «continuar la causa de los Carrera, interin se le remitían las facultades convenientes para proceder conforme á las circunstancias.» ([16]) Dos días después, la jóven viuda de Juan José Carrera, Ana María Cotapos, imploraba de San Martín la vida de su muerto esposo, al que había consagrado una profunda y tierna pasión. ([17]) El vencedor de Maipu conmovido, puso en

---

horas. La batalla de Maipu terminó á las 6 de la tarde del 5 de abril: San Martín fechó su parte en el campo de batalla á las 6 1/2 de la tarde á 15 kilómetros al sud de Santiago, y su conductor, el mayor Mariano Escalada, salió con él en la noche: según unos, después de las doce de la noche, y según otros á las tres de la mañana del siguiente día: de todos modos, para atravesar la inmensa distancia entre Maipu y Mendoza, teniendo que cruzar la cordillera, en que no es posible forzar la marcha de las cabalgaduras, y llegar á Mendoza el 8 después de las 5 de la tarde, empleó ménos de dos días y medio, lo que se consideró entonces un viaje rapidísimo. Tanto Amunátegui en su «Ost. de O'Higgins» p. 155, como Barros Arana en su «Hist. de la Indep.», están conformes en que la noticia llegó media hora después de la ejecución. Hudson, que fué testigo de la ejecución, siendo muy jóven y que ha compulsado cuidadosamente los archivos de Mendoza, dice en sus «Recuerdos de la provincia de Cuyo» (t. IX, p. 58 de la «Rev. de Bs. As.» «El día siguiente, 9 de abril, llegó á manos del gober- « nador el parte de la victoria.» V. Perez Rosales, chileno y amigo de los Carrera, en sus «Recuerdos del pasado», p. 33-34, dice que se hallaba á la sazón en Mendoza, y formó en el cuadro presenciando la ejecución. He aquí su relato: «El día 8 de abril á las tres de la tarde, se notificó á los « desgraciados presos que á las cinco de ese mismo día debían morir. Á la « misma hora de la notificación se tocó á tropa, y á las cuatro de la tarde « se encontraba esta formada en la plaza. Á las cinco y tres cuartos, el « movimiento de la guardia nos dió á entender que el atroz desenlace del « drama iba á principiar y un instante después, aparecieron bajo el portal « de la cárcel rodeadas de bayonetas las dos ilustres víctimas.... Entre el « humo de una sola descarga volaron las almas de aquellos desdichados ha- « cia el cielo.» No hace ninguna mención de la llegada de la noticia de Maipu á Mendoza en ese día, siendo á la vez tan minucioso y preciso en su narración, en la que no omite ni las horas. Parece, pues, comprobado que la noticia de Maipu, llegó á Mendoza después de las 5 de la tarde del día 8 de abril de 1818.

([16]) Doc. del Arch. general, en el cuerpo de autos cit. M. S.

([17]) En el cuerpo de autos cit. figuran tres cartas de la esposa de Juan José Carrera, doña Ana María Cotapos, llenas de la más esquisita ternura y de apasionada abnegación. Estas cartas llegaron á manos del preso por intermedio del gobernador Luzuriaga, según lo declara la misma señora. En una de ellas, le dice: «Yo sé bien que tus delitos no son otros, « más que el deseo de reunirte á mí. Lo que más me aflige es no estar ma- « terialmente contigo en tu prisión; pero mi corazón no se separa un ins- « tante de ella. Esta va bajo la cubierta del señor Intendente.» En otra:

sus manos una carta para O'Higgins, accediendo á sus ruegos. «Exmo. señor: «Si los cortos servicios que tengo rendidos á «Chile merecen alguna consideración, los interpongo para su- «plicar se sobresea en la causa que se sigue á los señores Car- «rera. Estos sujetos podrán tal vez ser algún día útiles á la «patria, y V. E. tendrá la satisfacción de haber empleado su «clemencia uniéndola en beneficio público.—JOSÉ DE SAN «MARTÍN.» O'Higgins, siempre airado, concedió la gracia pedida, pero con reservas, haciendo al general responsable ante el futuro de los peligros á que exponía al país con su poderosa interposición, y le contestó en una nota oficial, que los historiadores chilenos no han conocido: «Exmo. señor: La res- «petable mediación de V. E. aplicada en favor de los Carrera, «no puede dejar de producir en toda su extensión los efectos «que V. E. se propone, y aún cuando la patria peligrase por la «existencia de estos hombres, V. E. en quien descansa la sal- «vación de este Estado, sabrá conciliar su peligro con el objeto «de su pretensión—Santiago, 10 de abril de 1818.—*Bernardo* «*O'Higgins*—Exmo. señor General en Jefe de los Ejércitos Uni- «dos.» [18] Al día siguiente el director de Chile dirigía al gobernador de Cuyo un oficio, en que desistiendo de toda acción contra los Carrera por su delito contra la seguridad del Estado, le recomendaba aplicase toda la indulgencia conciliable con los progresos de la revolución, expresando que «no había podido

« Tengo el consuelo de que nos comunicaremos mediante la generosidad « del señor Intendente. Si supiese yo, mi amado Juan, que en mi muerte « pendía mejorar tu suerte, la rendiría gustosa; sí, hijo mio, así lo debes « creer ¡ojalá todas las desgracias del mundo cayesen sobre mí! me serían « dulces con tal que tú no las sufrieses. Quiero acabar mis días contigo, y « seguir tu suerte cualquiera que sea: de este modo será más larga mi « vida, porque separada de tí, duraría muy poco. Qué terrible ha sido para « mí el día ocho de este, (noviembre de 1818) que hace un año que fué de « nuestra cruel separación. Este año nos ha doblado los pesares.» En otra: « Me han prometido que se te oirá, y que en este correo irá orden para ali- « vio de las prisiones de los dos. Dios quiera que así sea para que tu pobre « Ana pueda respirar. Procura tranquilizar tu ánimo, para tener algún día « el placer de unir nuestros brazos, que será el más feliz de tu amante fina « y triste—*Ana María.* » (Proceso de los Carrera, cit. M. S. Arch. San Martín, vol. XIII.)

(18) Tanto la súplica de San Martín que antecede, como la nota de O'Higgins á Luzuriaga que sigue, han sido publicadas varias veces, pero no así este notable documento, que por no haberlo conocido los historiadores que han escrito antes, han abrigado dudas á su respecto. Este documento lo hemos encontrado entre los papeles de San Martín. (Arch. San Martín, vol. XIII, núm. 7, M. S. original.)

« resistirse ni al poderoso influjo del general San Martín, ni á « las circunstancias en que se hacía esta súplica, no conside- « rando el gobierno justo que el placer universal de la victoria « no les alcanzase. »

La solemnidad de la nota de O'Higgins, que ha permanecido inédita por más de setenta años, esparce una nueva luz sobre el fondo oscuro de este cuadro melancólico, y muestra que al conceder la gracia, se violentaba y la reducía á términos condicionales, haciendo responsable á San Martín de sus consecuencias ante la historia. Por no haberla conocido, algunos historiadores han llegado á insinuar que el general y el director no procedieron de buena fe; pero en presencia de ese documento todas las dudas se disipan, y vése que el perdón fué solicitado y otorgado con la profunda convicción de que iba á surtir sus efectos. Nada absolutamente autoriza, ni aún á sospechar siquiera, que estos hombres ilustres representasen en tal ocasión con palabras tan solemnes, una farsa indigna, haciendo vana ostentación de sensibilidad, cuando ni uno ni otro excusaba manifestar sus sentimientos respecto de los agraciados. El general San Martín, en un proyecto de manifiesto, sobre este incidente, que tambien ha permanecido inédito, declara: «Después de la jornada de Maipo, interpuse ante el go- « bierno de Chile todo mi valer á favor de los Carrera, y con- « seguí gracia. Más ya fué tarde. » Y en una exposición igualmente inédita, contestando á cargos que don José Miguel le hacía en una correspondencia, afirma: «No he mandado ejecutar á sus hermanos.» Y para que no se piense que lo hace para rehuir responsabilidades, agrega á renglon seguido: «Yo « he sido árbitro de la vida de sus hermanos, y le aseguro, que « así como era un general auxiliar, hubiese nacido en Chile, hu- « biera ahorrado al gobernador de Mendoza el trabajo de haber- « los ejecutado; y aún cuando repito, no haber tenido la menor « parte en la ejecución, si me hubiese hallado de gobernador de « Mendoza, mucho antes habría tenido lugar.» Esta terrible declaración, en cierto modo póstuma, confrontada con la solemne nota de O'Higgins, y que el general conservó entre sus papeles para que la posteridad la leyese, derrama una luz plena sobre el papel que ámbos representaron en este drama sombrío, abdicando de sus sentimientos en nombre de la victoria, cuando sus adversarios no eran ya un peligro para la causa á que se

habían consagrado, sin retroceder ante la responsabilidad de sacrificarlos en caso necesario. [19]

Un historiador chileno asevera, «que O'Higgins mandó pagar al padre de los Carrera la cuenta de las costas del proceso seguido á sus hijos, pasada con tal objeto por Luzuriaga, y que en ella figuraba esta partida: *Diligencias de presenciar la sentencia y ejecución de ella y otras intimaciones...... 4 pesos.*» [20]

III

Al día siguiente (domingo 12 de abril) de obtener el tardío perdón de los Carrera, que sus enemigos convertirían en un nuevo capítulo de acusación, San Martín se apeaba de su caballo á inmediaciones de un rancho, en un pintoresco sitio á diez kilómetros de Santiago denomidado «El Salto», para consumar silenciosamente uno de aquellos actos de magnanimidad que son reveladores de una naturaleza superior. Como se dijo antes, la cartera que contenía la correspondencia secreta del general Osorio, había sido tomada por O'Brien en la persecución de Maipu, quien la entregó cerrada. Allí estaban las pruebas escritas de la traición de muchos chilenos, que aterrados por el desastre de Cancharrayada habían abierto comunicaciones

---

(19) El proyecto de manifiesto como la exposición citada en el texto, son borradores encontrados entre los papeles del general San Martín con notas autógrafas para su redacción y enmendaturas de su puño y letra. En el manifiesto, se contrae principalmente á explicar el orígen de sus disidencias con don José Miguel en Mendoza en 1814. En la exposición hace una reseña de su carrera, y comparándola con la de Carrera, dice: «El se-« ñor don José Miguel Carrera me permitirá hacer un parangón entre « su conducta y la mia: él perdió por su culpa el Estado de Chile, y yo por « dos veces he ganado su libertad. Él sólo ambiciona dominar á su país « como si fuese un vínculo de su propiedad, y yo no deseo más que verlo « independiente.» (Arch. San Martín, vol. XIII, núm. 10, M. S. autógrafo.

(20) Amunátegui: «Dictadura de O'Higgins», p. 156-157.—En la Memoria inédita de Luzuriaga antes citada dice este: «No hubo más referente « á cuentas que la nota que pasé al gobierno de Chile á consecuencia de « diligencias de don Manuel Novoa sobre los bienes de los Carrera, y en « que solo aparecen asistencias para su mantención de cantidades recibidas « por el depositario nombrado por el gobernador, don Manuel Muñoz de « Ursua, vecino de Chile, residente en Mendoza, emigrado con los Carrera « en 1814, y reclamaciones de los escribanos de derechos de actuación, y « así se ve de la providencia de 20 de julio de 1818.» (Arch. San Martín, vol. LXXII, M. S. original.)

con el enemigo triunfante, declarándose entusiastas realistas. Este fué el único botín de la victoria que el generalísimo se reservó, y que á nadie comunicó. Otro hombre ménos sagaz, como lo observa un historiador, habría convertido cada uno de esos papeles en un auto cabeza de proceso contra sus autores, llenando las cárceles de patriotas bien intencionados, cuyo único delito era la pusilanimidad. El taciturno vencedor sentóse al pie de un árbol solitario, y leyó una por una todas las cartas. En seguida pidió que hiciesen una fogata á sus pies, y quemó todos aquellos testimonios acusadores, que convertidos en cenizas se llevó el viento del generoso olvido. Al consumar este acto, hallábase sentado en una tosca silla de madera, que fué en tal ocasión el trono de la magnanimidad modesta del que, al trabajar por la libertad de un continente, perdonaba ante su conciencia á los que habían dudado de su genio. Fué único testigo de esta escena, su fiel ayudante de campo, á quien ordenó imperiosamente guardara silencio sobre lo que había visto ó podido leer. ([21]) Un día después, (13 de abril) se puso en marcha hacia Buenos Aires para buscar en el Río de la Plata, como después de Chacabuco, los medios para asegurar la dominación del mar Pacífico y realizar la expedición al Perú. ([22]) El lúnes 11 de marzo, á las 6 de la mañana, estaba en su hogar al lado de su esposa, sustrayéndose por segunda vez á la entrada triunfal que se le había preparado, y que el director le rogara aceptase. La *Gazeta* decía con este motivo: «No

---

([21]) Conversación con el general O'Brien. Véase Barros Arana: «Hist. de la Indep.», t. IV, p. 377, y Vicuña Mackenna: «Rel. Hist.», 2ª parte, p. 653-654. En el mismo sitio donde pasó la escena relatada en el texto, O'Brien hizo construir una cabaña de recreo, y entre sus muebles figuraba la tosca silla de madera en que estuvo sentado San Martín al quemar las cartas: en el respaldo de este mueble histórico se leía esta inscripción: «SAN MARTIN'S CHAIR» *En este mismo lugar San Martín quemaba toda la correspondencia que ha tenido Jenl. Osorio con los de Santiago, y tomada después de la batalla de Maipo, 18-12.*»

([22]) Vicuña Mackenna, en «Rel. Hist.» 2ª parte, p. 653, dice: «No ha « quedado constancia fija del día en que el generalísimo del ejército de los « Andes, que tuvo la pasión del incógnito, emprendió su segundo viaje á « Buenos Aires. » Hemos encontrado por acaso esa fecha en un oficio de Balcarce dirigido á Zapiola desde Santiago con fecha 19 de abril, en que se lee: «Hoy ha marchado para Buenos Aires el Exmo. Sr. Capitán General.» (Arch. San Martín. vol. XXXVIII, M. S. original.) En cuanto al objeto de su viaje, lo había anticipado San Martín en una carta de 9 de abril, dirigida al director Pueyrredón, quien le contestaba con fecha 1º de mayo: « Me dice V. que se venía para que acordásemos lo necesario á dar el últi- « mo golpe á los enemigos.» (Arch. San Martín, vol. XL, M. S. autógrafo.)

« puede caber la pequeñez de solicitar los honores del triunfo « en el que ha tenido la gloria de merecerlos. »

Hacía pocos días que el generalísimo de los Andes se encontraba en Buenos Aires ocupado en allegar recursos para su grande empresa, cuando recibió una breve carta de O'Higgins, en que después de hablarle de los aprestos de armamentos navales que ocupaban la atención preferente de ámbos, dábale noticia como por incidencia y en términos indiferentes, de una trajedia más lúgubre que la de Mendoza que había tenido lugar en Chile. «Rodríguez,—le decía,—ha muerto en el ca« mino de esta á Valparaíso, recibiendo un pistoletazo del ofi« cial que lo conducía por haberlo querido asesinar, según cons« ta del proceso que me ha remitido el comandante de cazado« res de los Andes, Alvarado. » (23) Precisamente en el mismo día en que Rodríguez moría, San Martín, sabedor de algunos alborotos que aquél había promovido, escribía á O'Higgins, implorando alguna clemencia en favor de su antiguo emisario y precursor de la reconquista de Chile, por quien siempre tuvo simpatías, como antes lo había hecho en favor de los Carrera. (24) La ausencia de San Martín del teatro del suceso, los acontecimientos que lo provocaron posteriores á su partida de Santiago, y estas dos misivas que se cruzaban en el camino por una ironía del destino, no han impedido que se le haya hecho responsable del sacrificio de Rodríguez, incluyéndolo en el catálogo de sus víctimas. He aquí lo que había sucedido.

La victoria de Maipu, al asegurar la independencia chilena consolidando su orden interno, despertó en el pueblo un espíritu de oposición que estaba latente, y que revestía un doble caracter. Los ciudadanos más moderados, limitaban sus aspiraciones á una regularización administrativa, y cuando más pedían una constitución cualquiera que pusiese coto á la dictadura omnímoda de un solo hombre. Los más exaltados, creían que había llegado el tiempo de iniciar una reforma radicál, y exigir en nombre del pueblo que tomasen participación en el gobierno nuevas influencias. Formaban entre estos

(23) Carta de O'Higgins á San Martín de 17 de mayo de 1818. M. S. autógrafo. (Arch. San Martín, vol. XLI.)

(24) Lo dice con estas mismas palabras el historiador chileno Vicuña Mackenna, poseedor del archivo completo de O'Higgins, en el que puede encontrarse el documento. («Rel. Hist.» 2ª parte, p. 656.)

todos los antíguos carrerinos, los que por espíritu de exagerado patriotismo local eran enemigos de la alianza chileno-argentina y de la influencia del general San Martín. Rodríguez era uno de ellos, y aspiraba á ser el caudillo de la reacción. Su base, era el escuadrón Húsares de la muerte, cuerpo irregular, compuesto de hombres en su totalidad desafectos á la situación, y según su jefe lo propalaba, estaba destinado á imponer respeto á los mandones de la patria, ya libre de españoles. O'Higgins mandó disolver el cuerpo, que era un principio de desmoralización en la disciplina del ejército y un foco de conspiración armada, que pretendía erigirse en entidad político-militar. Rodríguez pretendió resistir la orden de disolución y la entrega del armamento por él acopiado, pero hubo de ceder ante la actitud firme del director. Fué entonces cuando empezó á acentuarse la agitación oposicionista que despertó el triunfo de Maipu. Rodríguez, guerrillero audaz y tribuno demagógico, con diploma de abogado y charreteras de coronel, era una mezcla confusa de militar montonero, político de aventuras y letrado populachero, con los vicios y cualidades de una naturaleza desequilibrada, poseído de un patriotismo indígena sin juicio y sin previsión, que sólo se inspiraba en las simpatías por el partido carrerino y en su odio á la alianza argentina, cuyos propósitos á haber prevalecido habrían dado por resultado una derrota más desastrosa que la de los Carrera en 1814. Con estos instintos y un temperamento de conspirador consuetudinario, lanzóse en el movimiento agitador, al que imprimió el caracter desordenado de su genio alborotador.

El cabildo de Santiago, que tan principal papel representara en los comienzos de la revolución, se hizo el órgano de los deseos cívicos de los ciudadanos, pensando quizá reconquistar la posición de asamblea deliberante que había perdido. Al efecto, recabó del director con arreglo á la ley municipal, la convocatoria de un cabildo abierto ó asamblea de vecinos notables para explorar la opinión y buscar los arbitrios que reclamaban las circunstancias. Reunióse el 17 de abril, tres días después de la partida de San Martín para Buenos Aires. Asistieron en mayoría los desafectos al gobierno, y á su cabeza Rodríguez como tribuno, exigiendo que el cabildo asumiera el caracter de representación nacional mientras se convocaba un

congreso y que se le concediese la facultad de nombrar los ministros de Estado, con excepción del de la guerra, con el aditamento que se obligara á los gobernantes á condescender con los votos del pueblo. Así se acordó. El plan de Rodríguez era imponer á O'Higgins por medio de una pueblada. El director recibió de mal talante estas exigencias, amonestando severamente á los cabildantes por haber encabezado un alboroto escandaloso, y sabedor que Rodríguez se hallaba en el patio del palacio á la cabeza de un grupo de sus parciales, alentándolos para que apoyasen al cabildo, lo mandó prender con un edecán, y todo quedó aquietado.

Queriendo empero O'Higgins dar una satisfacción á los anhelos legítimos de la opinión, aún cuando comprendiese que el país necesitaba todavía de un gobierno fuerte y vigoroso, investido de facultades latas para dominar la situación revolucionaria, expidió un decreto (18 de mayo) en que, después de declarar que no queria «exponer por más tiempo la suerte del Estado al alcance de su solo juicio, y resistiendo sus principios la continuación de un poder con facultades indefinidas, nombraba una comisión de siete ciudadanos ilustrados para que le presentasen un proyecto de constitución provisional, mientras las circunstancias permitían la reunión de un congreso nacional, que dictase «una constitución estable que arreglara los poderes, señalase los límites de cada autoridad y estableciese de un modo sólido los derechos de los ciudadanos.» En consecuencia, promulgose una constitución, que fué sometida al voto de los propietarios é industriales y padres de familia, por la cual, sin innovar en cuanto á la existencia del gobierno establecido con sus amplias facultades, ni fijarle término, se deslindaban los tres poderes, y mientras no se convocase el congreso, un senado de cinco miembros, elegidos por el director, desempeñaría las funciones legislativas, con atribuciones suficientes para velar por el fiel cumplimiento de la constitución y reformarla en caso necesario. (25) El decreto que inició esta reforma, que era una promesa de normalización, ó por lo ménos, de moderación en el ejercicio del poder, fué manchado con la sangre de una víctima inmolada contra toda justicia y toda ley. Esta víctima fué Rodríguez.

---

(25) Véase Briseño: «Mem. hist. crít. del der. pub. chileno», p. 359.

La trágica muerte de Rodríguez es una leyenda, que ha sido contada con numerosas variantes en sus detalles, pero de cuyo fondo sombrío se desprende uniformemente la luz siniestra de un asesinato alevoso. Detenido en el cuartel de cazadores de los Andes que mandaba Alvarado, su custodia fué encomendada al teniente Manuel Navarro del mismo cuerpo, español de nacimiento. Al día siguiente del arresto, con orden de marcha el batallón, fué llamado Navarro por Alvarado, á quien encontró en compañía de Monteagudo, y le intimaron que lo hacían responsable de la seguridad del preso, informándole que se trataba de darle escape. Á las diez de la misma noche, fué vuelto á llamar Navarro por Alvarado y Monteagudo, y ámbos le significaron sigilosamente, según él, que el gobierno se interesaba en «la exterminación de Rodríguez» por la tranquilidad pública y la existencia del ejército. En la mañana del 23 de mayo salió el batallón de cazadores de Santiago, llevando preso á Rodríguez, para ser juzgado militarmente en Quillota por perturbador del orden público. En el camino, uno de los oficiales se acercó al preso, y le ofreció un cigarro de papel, con estas palabras escritas con lapiz: «Huya que le conviene.» En la tarde del 24, acampó la columna al margen de un arroyo á medio camino entre Santiago y Quillota. El piquete que custodiaba á Rodríguez, se situó á dos cuadras más adelante, en la boca de una quebrada que lleva el nombre de Til-til, desde entónces tristemente famoso. El preso estaba desasosegado, como presintiendo su fatal destino. Al oscurecer, el teniente Navarro, con un cabo y dos soldados armados de carabinas, se internaba en la quebrada de Til-til en compañía de Rodríguez, y á poco andar, á inmediaciones de unos molinos que se alzaban al lado del camino, sonaba un pistoletazo. «Ya murió Rodríguez!» exclamaron algunos oficiales que desde el campamento oyeron el disparo. Al día siguiente, su cadáver fué encontrado á la sombra de unos maitenes, cubierto de piedras y ramas, con una herida en el cuello y ultimado por una cuchillada en la cabeza. Díjose, que el preso había intentado fugar, haciendo armas contra sus guardianes, y así se hizo constar en un sumario fraguado al efecto. El silencio se hizo en torno de la víctima y los victimarios. Así murió Manuel Rodríguez á la edad de treinta y dos años, y alcanzó la inmortalidad del mártir que sus merito-

rios servicios no le habrían dado, aún prolongando por largo tiempo su vida. (26)

San Martín, ageno á este crimen, lo deploró como un error aunque lo aceptó como un hecho que suprimía un obstáculo, que había procurado apartar de su camino sin violencia. Los

(26) Para confeccionar esta misteriosa página histórica, hemos tenido á la vista las versiones de los historiadores chilenos Barros Arana, Amunátegui y Vicuña Mackenna contestes en el fondo, aunque discrepen en los detalles, los cuales se fundan en el proceso formado con tal motivo al teniente Navarro en Chile en 1823, cuyas piezas principales inserta Barros Arana en el apénd. de su «Hist. de la Indep.», t. IV. Además, una confesión sobre este suceso, hecha al tiempo de morir en 1872, por el comandante José Antonio Maure, teniente del batallón de cazadores en 1818 cuando ocurrió el suceso, que se publicó en 1880 en el núm. 100 de «El Nuevo Ferro-carril», en la que dice, refiriéndose á confidencias hechas á él por los soldados que acompañaban á Navarro en la noche del 24 de mayo, que fué este quien disparó alevosamente el pistoletazo sobre Rodríguez. Del proceso de 1823, no consta claramente esto, aunque se deduce; pero la carta inédita de O'Higgins á San Martín, antes cit. que recien se publica, no deja duda al respecto: «Rodríguez ha muerto recibiendo un pistoletazo del oficial que lo « conducía», y Navarro era el oficial que lo conducía, según su propia confesión. Alvarado hizo instruir el sumario, y en carta confidencial de 28 de mayo de 1818 decía á O'Higgins: «Ella (la sumaria), bien claro manifiesta « la buena conducta del oficial Navarro y las intenciones de Rodríguez: su « muerte creo que haya á vd. causado la alteración más terrible, como tam- « bien á todo ese pueblo; pero estoy persuadido que todo el mundo que « haya conocido á Rodríguez hará justicia y creerá cuanto se expone á fa- « vor del oficial.» (Vicuña Mackenna: «Ost. de O'Higgins», p. 330. O'Higgins recibió friamente la noticia de la muerte de Rodríguez, y por su carta á San Martín vése que la consideró así: la opinión pública le acusó entonces como autor de ella, y posteriormente, en 1833, renovándose esta acusación, la repelió, pero manifestando á la vez que Rodríguez era un malvado, lo que importaba reconocer implícitamente que mereció su muerte. San Martín guardó entre sus papeles la carta de O'Higgins citada, con esta sola anotación de su puño: *Contestada*, y la contestación no ha sido encontrada en el archivo de O'Higgins. Años despues, en 1827, encontrándose en Bruselas el general Miller con San Martín, preguntóle este qué cargos se le hacían en América, y aquél le dijo que se le atribuía participación en la muerte de Manuel Rodríguez. San Martín le replicó: «Queria mucho á « Rodríguez: me hizo importantes servicios desde Mendoza: era inteligen- « te y activo. Cuando supe su muerte en Buenos Aires, me impresionó « mucho, porque la sentí y porque calculé que me culparían por ella. Per- « seguido por una conspiración, se me presentó una noche disfrazado (lo « que confirma O'Brien que era el edecán de servicio), y me empeñé con « él para que se fuera del país, pues lo creía peligroso para el ejército de los « Andes, cuyos jefes aborrecía.» (Conversación de Miller con don Domingo de Oro en Lima en 1844, y comunicada por este al autor en La Paz (Bolivia en 1847.) Vicuña Mackenna, dice refiriéndose á una conversación con el mismo Miller, que la muerte de Rodríguez fué decretada por la Logia de Lautaro en Chile: que se vió á Las Heras para que se encargase de su ejecución, y que habiéndose rehusado este, se encomendó á Alvarado (nota M. S. de Vicuña Mackenna en la correspondencia autógrafa de O'Higgins y San Martín.) Interrogado por mí el general Las Heras en Santiago de Chile en 1847, me contestó con cierta reserva, no obstante nuestra franca amistad, que en efecto, había sido visto para encargarse de la custodia

hombres de acción poseídos de una idea, que persiguen un objetivo fijo y representan una fuerza histórica contínua, aunque sean magnánimos, no tienen tiempo para ser sentimentales ni para detenerse en su camino por las desgracias individuales que directa ó indirectamente causan: son como las fuerzas de la naturaleza, que obedecen á su ley, sin cuidarse si un hombre se ahoga en la oleada tempestuosa que levantan ó si es devorado por los fuegos que encienden.

IV

En medio de estas escenas trágicas, que hacen recordar la fatalidad antígua, se levantaba armonioso en las orillas del Plata un coro de poetas que entonaba el himno triunfal de la batalla de Maipu, haciéndose oír en él las voces de Luca, que había cantado el triunfo de Chacabuco; de López, el inspirado autor del himno nacional; de Lafinur, que producía su más hermoso canto; de Fray Cayetano Rodríguez, el maestro de

---

del preso, de lo que se excusó, y que fué Alvarado quien se encargó de ella, dando sus instrucciones al teniente Navarro, aconsejándose de Monteagudo, insinuándome que obedecían á sugestiones de O'Higgins, pero negando que la Logia, de que era miembro, hubiese tomado resolución ninguna al respecto. Al regreso de San Martín de Buenos Aires, á fines de 1818, Navarro, á quien se le seguía causa por el hecho, solicitó le diese una colocación fuera del país, «porque se le tildaba de la muerte de Rodríguez « sin poder vindicarse públicamente», (según su confesión en 1823), y que San Martín le concedió su pase al ejército del Perú, con recomendaciones de O'Higgins y oficio de aquél para el general Belgrano, lo que consta de documentos del Arch. general M. S. S. He aquí el oficio de O'Higgins á San Martín, interesándose por la traslación de Navarro, que original se encuentra en el Arch. San Martín, vol. XVI: «*Reservado*—Exmo. señor: « No pudiendo hacerse conciliable la existencia en este Estado del teniente « don Antonio Navarro, agregado al núm. 1º de cazadores de los Andes, « con la respetabilidad de una familia de consideración de esta capital, cu- « ya insinuación no puede desatender este gobierno; me veo en la preci- « sión, apesar del mérito de dicho oficial, de suplicar á V. E. que haciéndo- « lo pasar á la otra banda de los Andes, se le destine á continuar sus servi- « cios donde le considere más útil, no debiéndole perjudicar esta mudanza, « pues no resulta cosa alguna que diga contra su buen nombre, y sólo es « una medida precautoria, que por su propia delicadeza he reservado.—Pa- « lacio Directorial, enero 21 de 1819.—*Bernardo O'Higgins.*—Exmo. señor « Capitán D. José de San Martín. » (Este oficio está escrito todo él de puño y letra de O'Higgins, y lleva esta anotación de San Martín: *Archívese.*) Como queda dicho, Navarro regresó á Chile en 1823, caido O'Higgins, y allí se le abrió nuevo proceso por los antíguos amigos de Rodríguez, resultando de él lo expuesto en su lugar.

Moreno numen de la revolución de Mayo y el inspirador del congreso de Tucumán que declaró la independencia argentina bajo los auspicios de San Martín, y de Juan Cruz Varela, el más joven de todos, que se revelaba como un genio poético, todos ensalzaban al dos veces vencedor,

Que con esfuerzo doble,
Con arduo empeño, con valor osado,
En Maypo se labró doble corona. (27)

Esta glorificación poética era la expresión del sentimiento público de que los poderes públicos se hacían órgano. Todas las municipalidades de la república le dirigían sus felicitaciones. El gobierno le enviaba el despacho de brigadier, que él devolvía, consecuente con su promesa de no recibir ascensos, y retirarse á la vida privada después de terminar su obra de emancipación americana. (28) El director supremo, que se había presentado personalmente ante el congreso para felicitar al pueblo por el triunfo de Maipu, sometía á la representación nacional la renuncia del vencedor, y el congreso decretaba que se le tributase un voto de gracias á nombre de la nación con presencia de todas las autoridades del Estado, y que, para perpetuar tan glorioso hecho, «se abriese una lámina, en cuyo centro resaltara el retrato del general San Martín, teniendo á cada lado un genio: el de la libertad al lado derecho y el de la victoria al izquierdo, sosteniendo una corona de laurel levantada sobre el retrato; á su pie las banderas de Chile y de las Provincias Unidas del Río de la Plata, y con esta inscripción en su contorno: LA GRATITUD NACIONAL AL GENERAL EN JEFE Y EXÉRCITO VENCEDOR EN CHACABUCO Y MAYPO, con el cuadro

(27) En la «Lira Argentina», p. 142 á 243, se registran los cantos de los poetas contemporáneos argentinos á Maipu, que han sido reproducidos con los nombres de sus autores en el libro «El General San Martín», de Juan M. Gutierrez. Uno de los biógrafos de San Martín, poeta tambien (J. M. Gutierrez) al reseñar estas composiciones bajo el título de «Corona poética de San Martín», púsoles por epígrafe:

Hermandad de la lira y de la historia,
Abrazo de la gloria con la gloria.

(28) Nota de San Martín al director de 14 de mayo de 1818. Doc. del Arch. general, M. S.

de estas batallas en la parte más visible de la lámina.» [29] El 17 de mayo, presente el director y todas las corporaciones, en medio de un inmenso pueblo que lo aclamaba con entusiasmo, el heroe de Chacabuco y Maipu se presentó ante el congreso, el cual, por la primera y última vez en los fastos parlamentarios de la nación argentina, le dió las gracias «por sus servicios que con tanto honor del nombre americano merecía.» Puesto de pie el modesto general, contestó, en medio de grandes aplausos, que la victoria se debía á sus compañeros de armas; que él no había sido sinó el órgano del Ejército de los Andes, y que renovaba su juramento de salvar la patria ó de morir en la demanda. [30]

Pero San Martín no había venido á Buenos Aires para recibir honores, sinó para trabajar por la emancipación de todo el continente americano, que era la idea fija que lo llevara de Tucumán á Cuyo y de Cuyo á Chile, con el Perú por objetivo. Para ello necesitaba formar una escuadra que dominase el mar Pacífico, y retemplar los resortes del ejército expedicionario. Todo el mes de junio lo empleó en conferenciar con los miembros de la Logia sobre este punto, objeto principal de su viaje. [31] En los primeros días de julio, reuniéronse en la pintoresca quinta de Pueyrredón en San Isidro, á veinte kilómetros de Buenos Aires, el general, los ministros de Estado y los miembros más influentes de la logia lautarina. El asunto de que se trató fué: los recursos con que el gobierno argentino debía concurrír «á la concertada expedición al Perú.» Quedó arreglado por unanimidad, que se acordarían 500,000 pesos al ejército de los Andes, los que se obtendrían por medio de un empréstito, aún cuando el director manifestó creer imposible poderse reunir tal cantidad, sin por esto hacer oposición al proyecto, en que entraba de lleno [32] no faltando algunos con-

---

[29] Sesiones del 18, 21 y 27 de abril y 2 de mayo de 1818, en el núm. 32 del «Redactor del Congreso Nacional», p. 3-4.

[30] Sesión del 27 de mayo de 1818, en el núm. 33 de «El Redactor del Congreso Nacional», p. 2.

[31] En carta de O'Higgins á San Martín de 20 de junio de 1818, le escribía aquél: «Quedo impuesto de cuanto V. me dice sobre la próxima « sesión (de la Logia) que iban á tener los amigos acerca del *principal ob-« jeto de su viaje*. Lo mismo me dice Pueyrredón, y tanto por lo uno como « por lo otro, quedo impaciente esperando la resolución.» M. S. autógrafo. Arch. San Martín, vol. XLI.

[32] El mismo Pueyrredón se encarga de hacerlo constar así en carta posterior á San Martín de 1º de mayo de 1819, en que le decía: «Miro con

sejeros que asegurasen que hasta un millón de pesos podrían proporcionarse; pero el general se dió por satisfecho con los 500 mil. (33) Arreglado este punto, San Martín se ausentó de incógnito como había entrado. Ya no volvería vivo á la capital del Plata, sinó una vez más, para ser silvado en sus calles después de realizar su grande empresa.

Con estos grandes intereses, cruzábase como telaraña entre gruesos cables tendidos, un incidente de caracter cuasi diplomático, de que nos hemos ocupado antes fuera de su orden cronológico y que por referirse á la alianza argentino-chilena, tiene su valor histórico, pues da mucha luz sobre el modo como cultivaban confidencialmente los dos gobiernos sus relaciones internacionales. Como antes se explicó, (cap. XV, § VI) el enviado argentino en Santiago por un exceso de argentinismo, se mezclaba por demás en las cosas internas de Chile, lastimando el orgullo nacional. O'Higgins, aunque manso, era altivo, y considerando deprimida su autoridad ante su país, escribió á San Martín quejándose de Guido (34) y escribió á Pueyrredón, pidiendo su inmediata separación «por no ser « conciliable la permanencia del diputado argentino en Chile « con su puesto de director.» (35) El gobierno argentino se apresuró á dar satisfacción al director chileno, en homenage á los intereses de la alianza, y Guido fué destituido, ordenándole se pusiera inmediatamente en viaje para Buenos Aires. (36) San Martín, siempre prudente, y en el deseo de salvar á Guido, se encargó de arreglar amigablemente esta diferencia, hacien-

---

« más confianza la empresa á Intermedios que á Lima, y ella remediará in-« mediatamente los ahogos en que nos tiene la escasez de numerario. Cinco « mil hombres con armamento para igual número, son irresistibles no « siendo en Lima. Esta fué mi opinión cuando nos juntamos en mi chacra.» (Arch. San Martín, vol. XL, M. S. autóg.)

(33) Carta de San Martín á Guido, de 7 de setiembre de 1818, publicada en «El Constitucional» de 1874, núm. 10.—Carta de Pueyrredón á San Martín, de 25 de agosto de 1818. (Arch. San Martín, vol. XL, M. S. autóg.)

(34) Carta reservada de O'Higgins á San Martín, de 15 de julio de 1818. (Arch. San Martín, vol. XLI, M. S. autóg. cit.)

(35) Carta reservada de O'Higgins á San Martín, de 22 de julio de 1818. (Arch. San Martín, vol. XLI, M. S. autóg.)

(36) Cartas de Pueyrredón á San Martín, de 7 y 25 de agosto y de 2 de setiembre de 1818. (Arch. San Martín, vol. XL.)—Carta de Pueyrredón á O'Higgins, de 6 de agosto de 1818, comunicando la destitución de Guido y adjuntándole para su satisfacción una comunicación de la Logia de Buenos Aires á la de Chile, inserta en el «Ost. de O'Higgins» por V. Mackenna, p. 298-299.

do intervenir á la Logia, y calmando á O'Higgins. Este le contestó noblemente: «Es tan común equivocarse un hombre « en cuanto á la opinión y genial de la vida agena, como es débil « y variable la juventud exaltada y sin tino. He escrito á Gui-« do dandomele solo por entendido en pequeñeces, que en cuan-« to á lo principal, es mayor mal su esclarecimiento que el di-« simulo. Con los antecedentes y cartas de Buenos Aires, re-« visado todo en O-O (sesión de la Logia) se acordó por el « bien de la paz cortar nuestras diferencias. Yo admití gusto-« so la reconciliación sellando este negocio con un olvido eter-« no, sin recelo de que por esto se vuelva á alterar la buena ar-« monía entre los amigos.» ([37])

Para estrechar esta unión y cooperar á los trabajos político-militares, Chile, de acuerdo con San Martín, nombró en calidad de agente diplomático en Buenos Aires á don Miguel Zañartu, acreditado á la vez ante el gobierno argentino y ante la Logia de Lautaro que dirigía la política de ámbos países, y de la que era miembro. El enviado chileno, al presentar sus credenciales (2 de agosto de 1818) manifestó que «adoptaba el « lenguaje del reconocimiento como ministro de un gobierno « libre y feliz, que en unión con los sentimientos de su pueblo, « bendecía con él la mano bienhechora que había introducido « en su seno la prosperidad, la abundancia y la paz.» El direc-rector contestó: «Las únicas tropas aliadas que han pisado « nuestro territorio han sido las de Chile. Las Provincias Uni-« das del Río de la Plata han tenido á su vez la gloria de acre-« ditar su gratitud.» El diario oficial, al comentar este acto de mera forma al parecer, le daba largo alcance, señalándolo como una nebulosa, anuncio de un nuevo astro de primera magnitud: «Este suceso, mirado con el telescopio del tiempo, ten-« drá mayor tamaño del que por ahora se puede alcanzar. ([38])

Al mismo tiempo que esta nubecilla se disipaba en el occidente de los Andes, una complicación más grave amenazaba al oriente el fracaso de los planes concertados de la alianza argentino-chilena. Al llegar San Martín á Mendoza (fines de julio de 1818), recibió cartas confidenciales de Pueyrredón y co-

---

([37]) Cartas de O'Higgins á San Martín, de 17 y 27 de agosto de 1818. M. S. S. autóg. (Arch. San Martín, vol. XLI.)

([38]) Véase «Gaz. de Bs. As.», de 12 de agosto de 1818, en que se inserta la discusión y el comentario.

municaciones oficiales del gobierno argentino, en que le anunciaban que el empréstito de los 500 mil pesos era irrealizable, y no debía contar con este recurso para su proyectada empresa. «La grandeza de los planes que ha concebido V. E. en « bien de la causa común,—decíale oficialmente el director,— « tan dignos de los auspicios de este gobierno, me decidieron, « por falta de otros arbitrios, á calcular sobre los capitales en « circulación del comercio de esta capital, para que introdujese en arcas hasta la suma de 500 mil pesos, con que debía « auxiliarse á V. E. según lo resuelto. Me es sensible anunciarle que al hacer realizable el entero, han resultado ineficaces las providencias dictadas; de suerte que ha sido forzoso « moderar la cuota, y bien puede afirmarse, que el empréstito de « los 500 mil pesos, apenas se hará exequible en una tercera parte. Estas y las anteriores causas, deben persuadir del conflicto « á que me reducen las actuales circunstancias, deben persuadir á V. E. que hay un fundado motivo para suspender todo « cálculo que se apoye en la existencia de los expresados fondos: en esta virtud, he resuelto prevenir á V. E. en precaución de todo comprometimiento, que absolutamente omita el « giro de letras contra tesorería. Más repose V. E. en la esperanza que por cuantos medios me sean posibles, intimamente « persuadido de cuanto es importante la realización de las empresas que sabiamente medita, continuaré en la reunión de « todo género de artículos y dinero que me proporcienen los « desahogos. » (39) Pueyrredón comentaba confidencialmente la palabra oficial: «Ya habrá visto lo que le digo sobre los 500 « mil pesos: no hay remedio, no se sacan de aquí aunque se « llenen las cárceles de capitalistas.» (40) Este era el desahucio del dominio naval del Pacífico, de la expedición al Perú y del complemento de la emancipación sud-americana.

V

Un historiador ha analizado con profundidad los momentos desesperados de ciertos grandes hombres, que con una

(39) Nota *reservada* de 22 de agosto de 1818, firmada por el director Pueyrredón y el ministro de hacienda Estévan Agustín Gazcón. M. S. original. (Arch. San Martín, vol. XLIII, núm. 6.)

(40) Cartas de Pueyrredón á San Martín, de 25 de agosto y 2 de setiembre de 1818. M. S. S. autóg. (Arch. San Martín, vol. XL.)

grande idea dentro de su cerebro tropiezan con la imposibilidad material de realizarla: como Colón, que por falta de un mal buque no podía dar un nuevo mundo; como Napoleón, que con la cabeza llena de batallas nuevas, no podía ganarlas por falta de un pequeño ejército. Con tal motivo se ha dicho, que esas pérdidas de fuerza de la potencia humana en el vacío son irreparables. Tal debió ser el trance por que pasó San Martín, cuando después de cuatro años de trabajos, de operaciones maravillosas por su exactitud geométrica y victorias nunca vistas ni soñadas en el nuevo mundo, contaba de seguro, que el plan á que había consagrado su vida iba á realizarse y en ese momento todo le falla por la carencia de un montón de oro! Pero quinientos mil pesos plata, era entónces una cantidad fabulosa para las pobres y nacientes repúblicas sud-americanas.

San Martín no trepidó, entre abdicar su misión redentora ó forzar la mano de los que negaban el oro necesario para realizar su gran empresa continental. Al aviso de no ser posible suministrarle el medio millón de pesos ofrecido, contestó oficialmente, señalando con una aterradora concisión las consecuencias inmediatas, en estos términos: «Creo de mi deber ex-«poner, que si el Ejército de los Andes no es socorrido, no so-«lamente no podrá emprender operación alguna, sinó que está «muy expuesto á su disolución.» [41] Y en seguida formuló su renuncia, con una melancolía que refleja el estado de su alma en ese momento: «Resuelto á hacer el sacrificio de mi vida, «marchaba á encargarme del Ejército Unido, no obstante que «el facultativo don Guillermo Colisberry que tambien me asis-«tió de mi enfermedad en el Tucumán, me asegura que mi «existencia no alcanzará á seis meses; sin embargo, lo arros-«traba todo en el supuesto de que dicho ejército tendría que «operar fuera de Chile; pero habiendo variado las circunstan-«cias, ruego se sirva admitirme la renuncia que hago del ex-«presado mando. Mis débiles servicios estarán en todo tiem-«po prontos para la patria en cualquier peligro que se ha-«lle.» [42]

---

[41] Ofi. reservado de San Martín al director, de 2 de setiembre de 1818. M. S. orig. (Doc. del Arch. general.)

[42] Ofi. de San Martín, de 4 de setiembre de 1818, en el Arch. secreto de gobierno. (Doc. del Arch. general, M. S. autóg.)

La terrible dimisión se leyó en la Logia de Buenos Aires, y sus miembros, sorprendidos, acusaron al gobierno de fria apatía por no haber cumplido el compromiso contraido con su acuerdo. (43) El enviado chileno Zañartu, manifestó, que los sacrificios que hacía su gobierno debían nivelarse con los del argentino en una empresa de utilidad común. (44) O'Higgins profundamente impresionado escribió á San Martín: «Cuando, « me preparaba á estrecharlo en mis brazos, recibo la amargura « de su resignación! San Martín es el héroe destinado para la « salvación de la América del Sur y no puede renunciar la pre- « ferencia que la providencia eterna le señala.» (45) El gobierno quedó aterrado. Aquello era la disolución. La alianza argentino-chilena fallaba; el ejército de los Andes se deshacía; la causa del rey triunfaba en el Alto y Bajo Perú; y dominante en el mar Pacífico, Chile quedaba en peligro y la revolución de las Provincias Unidas aislada y amenazada por el norte; la gran fuerza eficiente de la época desaparecía y con ella la esperanza de generalizar la emancipación sud-americana en el hemisferio sud. Ante esta perspectiva y la tremenda responsabilidad que asumía, el gobierno sobrecogido reaccionó inmediatamente, y sacando fuerzas de flaqueza, se apresuró á hacer efectivo el solemne compromiso contraido para con la América. Como lo ha dicho un chileno y lo repite un peruano, con este motivo, «San Martín no tenía otro pensamiento, otro anhelo, otro trabajo que el de la organización de una expedición contra Lima, sin cuya caída él juzgaba con alto y acertado juicio, que jamás la América española podría conquistar su independencia. Chile no era para él ni un desenlace ni una conquista; era simplemente una ruta militar que le era preciso seguir hasta golpear las puertas del poderoso vireynato que tenía en jaque á los independientes por todas sus fronteras. Todo lo que él pedía eran soldados, armas y buques, sin querer por nada en el mundo apartar sus ojos á otra parte, fijos en las almenas

(43) Carta de Zañartu á O'Higgins, de 28 de julio de 1818, apud. V. Mackenna «El. Gral. D. José de San Martín», p. 25.

(44) Carta de Zañartu, cit. en la nota anterior.

(45) Carta de O'Higgins á San Martín, de 20 de setiembre de 1818. (Arch. San Martín, vol. XLI. M. S.) Vicuña Mackenna copia un fragmento de esta carta, tomándola de un borrador de los papeles de O'Higgins, pero sin dar la fecha, y Paz Soldán en su obra «Hist. del Perú Independiente», p. 34, la toma de allí, suponiéndola equivocadamente dirigida á Pueyrredón.

de la ciudad de los reyes, en cuyo recinto trazaba ya con su vista de águila la sepultura del coloniage. No fué un hombre, ni un político, ni un conquistador; fué una misión alta, incontrastable, terrible á veces, sublime otras, que él llenó; y es sólo bajo ese aspecto providencial como la historia deberá hacerse cargo de su grande nombre y de su gran carrera, llena de una unidad tan admirable en el decenio cabal que duró su papel histórico de libertador.» ([46])

Quince días despues de su renuncia, (16 de setiembre) el gobierno le escribía, que «á costa de nuevos sacrificios se habían dictado providencias muy eficaces para facilitar el buen suceso del plan combinado, presintiendo un resultado feliz, y que por lo tanto podía girar desde luego contra la tesorería general hasta el lleno de la suma convenida.» ([47]) Pueyrredón por su parte le decía confidencialmente: «Como se quedaría V. cuan-
« do recibió mi comunicación sobre suspensión de libramientos!
« No sé como no me he vuelto loco cuando ví cumplirse los tres
« plazos dados para el empréstito, y que no había entrado la
« sexta parte en caja. Mi espíritu tocaba ya en el término de
« la desesperación, porque preveía el trastorno que debían pa-
« decer nuestras operaciones militares; pero yo encontré el re-
« medio en mi misma desesperación, y hoy puedo asegurar á V.
« que se hará efectivo el empréstito. Por lo demás, dejémonos
« ahora de renuncias, que si fué disculpable la de V. por las cir-
« cunstancias, no lo es ya: y porque tambien juro á V. por mi
« vida,que si llegase V. á obstinarse en pedirla, en el acto haré
« yo lo mismo. Hemos de salir con honra del empeño, ayudán-
« donos recíprocamente. Aliento, pues, mi amigo: cuente V.
« con todos los recursos que puedan proporcionarse de aquí» ([48])
De este modo, el general de los Andes, empeñado en su idea, sacudía con una hoja de papel la pasagera inercia de los suyos, retemplaba el fuerte espíritu de Pueyrredón, comprometía á Chile y aseguraba la expedición al Perú, salvando así la revolución sud-americana en peligro de paralizarse ó retrogradar. Bien se ha dicho por eso, que fué una misión incontrastable la

---

([46]) Vicuña Mackenna: «Ostrac. de O'Higgins», p. 294. Paz Soldán: «Hist. del Perú Indep.», p. 33.

([47]) Ofi. del ministro de guerra Irigoyen, de 16 de setiembre de 1818. M. S. orig. (Arch. San Martín, vol. XLIII, núm. 6.)

([48]) Carta de Pueyrredón á San Martín, de 16 de setiembre de 1818. M. S. aut. (Arch. San Martín, vol. XL.)

que se había impuesto, y que impuso á pueblos y gobiernos.

San Martín, como hombre de acción deliberada, no se paraba en medios á fin de allegar recursos para sus fines. Munido de la autorización de girar contra el tesoro general, encontró inmediatamente la mina de donde había de sacar los primeros dineros que le prometían. Acababa de llegar á Mendoza el correo de Chile con caudales de particulares con destino al comercio de Buenos Aires. Dando por razón que los caminos del tránsito eran inseguros,—lo que era exacto,—y que se facilitaba la doble operación haciéndolos llegar por medio de letras de crédito, se apoderó de ellos, y giró por su importe contra el gobierno. (49) Pueyrredón recibió este libramiento como un escopetazo, pero hizo honor á su compromiso. «Me ha puesto V.—decíale con este motivo,—en las ma«yores angustias con las libranzas que ha dado por los cauda«les de los correos que ha detenido. Ha sido preciso pagarlas «á la vista, porque de otro modo padecía el crédito de V., el «mio y el de la administración toda; y para ello, gradue cómo «me habré visto para hacer de modo que fuesen todos los ac«cionistas pagados antes que se despachase el correo. He bar«rido al Cabildo, Consulado, Aduana y cuanto había con al«gún dinero ageno. Si viene otra, hago bancarrota y nos fun«dimos.» (50) Simultáneamente el gobierno le remitía primeramente 11,200 pesos y con posterioridad 100 mil pesos en libranzas avisándole haber cubierto sus giros por 12,000 pesos; y su comisionado en Buenos Aires para recibirlos le anunciaba que sería conductor de 27,500 pesos más. De este modo hacía ingresar á la caja del ejército la cantidad de cerca de 200 mil pesos, lo bastante para dar impulso á sus planes por el momento, cuando el empréstito proyectado había ya producido 300 mil pesos. (51) La situación estaba salvada, merced á la

---

(49) Ofi. de San Martín al gobernador de Cuyo, de 16 de octubre de 1818, con dos relaciones individuales adjuntas sobre el monto de las cantidades detenidas y libradas. M. S. orig. (Arch. San Martín, vol. XLIII.)

(50) Carta de Pueyrredón á San Martín de noviembre de 1818. M. S. aut. (Arch. San Martín, vol. XL.)

(51) Vicuña Mackenna en su opúsculo «El Gral. San Martín», pág. 20, al referirse á los incidentes de este empréstito, dice: «La dificultad se ar«regló con nuevas promesas que al parecer nunca se cumplieron.» Los documentos inéditos que este historiador no conoció, prueban lo contrario. Son los siguientes: 1º Ofi. de San Martín á Luzuriaga, de 16 de octubre de 1818, de cuyas relaciones adjuntas consta que los caudales del comercio de Chile detenidos en el correo de Mendoza, ascendían á 58,148 pesos.

firmeza de propósitos de San Martín y á la consumada habilidad con que supo manejar este complicado negocio financiero político-militar, que tradicionalmente se designa por antonomasia con la denominación de «el empréstito de quinientos mil pesos», y sobre el cual por la primera vez se hace la luz.

VI

Al llegar á Mendoza el ánimo de San Martín era atravesar los Andes en pleno invierno, á fin de activar los preparativos de la proyectada expedición, contando con los recursos, y lo intentó por dos veces, (en julio y agosto), pero rechazado por las nieves, exclamaba con impaciencia: «De todos modos meto « el diente á la cordillera, para que pronto salgamos de apuros « y hagamos los aprestos que son necesarios.» (52) Para alimentar su actividad en la espera, ocupóse en construir el armazón del plan de campaña que tenía en su cabeza, á la manera que Miguel Angel empezaba por bosquejar el esqueleto de sus gigantes que después vestiría de carne, poniendo de pie la estátua humana. Según su plan, la expedición al Perú,—una vez dominado el mar Pacífico,—debía componerse de 6,100 hombres, además de las tripulaciones de los buques, á saber: 5,400 infantes, 400 artilleros con 24 piezas de campaña, 200 de caballería y 100 zapadores y un cuadro de oficiales y clases para formar un batallón peruano. Llevaría además 8 lanchas cañoneras para protejer su desembarco, un tren de seis caño-

---

2º Ofi. del ministro de hacienda Gazcón á San Martín, de 24 de setiembre de 1818, avisándole haber cubierto tres libramientos suyos por valor de 12,158 pesos. 3º Ofi. del mismo al mismo, anunciando la remisión de tres libranzas por valor de 11,224 y 3/4 pesos. 4º Ofi. del ministro de guerra Irigoyen, de 13 de enero de 1819, avisando el envio de 100 mil pesos en libranzas. 5º Ofi. del ministro de hacienda Gazcón, de la misma fecha, confirmando el anterior y detallando las partidas. 6º Ofi. del capitán José Caparrós, comisionado de San Martín para recibir los fondos, desde diciembre de 1818 á febrero de 1819 (son cuatro oficios, en que le comunica que el empréstito ha producido 300 mil pesos y es portador de 27,500 pesos más en libranzas. M. S. S. orig. (Arch. San Martín, vol. XLIII, núm. 6.) Parte del resto fué enterado por la República Argentina en pertrechos de guerra para Chile, buques para la escuadra del Pacífico y suplementos al enviado chileno en Buenos Aires.

(52) Carta de San Martín á Guido, de 3 de julio de 1818, en la «Rev. de Bs. As.», t. IV, p. 197. Idem del mismo al mismo, de 7 de agosto de 1818, en «Vind. histórica», p. 140.

nes de batir, dos morteros de plaza y dos obuses de 9 pulgadas con los elementos necesarios de sitio,—teniendo en mira la fortificación del Callao,—con herramientas de zapa, sacos de tierra para trincheras, faginas incendiarias, antorchas y escalas de asalto, granadas de mano con más un puente de maromas para atravesar los ríos de la sierra del Perú. Por complemento de armamento, 3,000 fusiles con fornituras para organizar un nuevo ejército en el país que se proponía revolucionar, y 1,000 carabinas, 1,600 lanzas enhastadas y 500 sables para armar las partidas de paisanos que se levantasen en él. Como de costumbre, ningún detalle estaba olvidado, desde los útiles de maestranza, los víveres y las ambulancias para los soldados hasta las sopandas para suspender los caballos durante la navegación, con sus herraduras y sus clavos y los cohetes de señales. Como último complemento: 200,000 mil pesos en dinero para la caja militar. ([53]) Mas tarde hubo de reducir este plan por falta de recursos, limitándolo á 4,000 hombres,—igual número al del ejército con que atravesó los Andes y con que realizó por fin su invasión al Perú,—en lo que se ve la previsión y la economía con que calculaba matemáticamente las fuerzas con relación á las resistencias, para producir resultados eficientes en los límites de lo indispensable. ([54]) Esos 2,100 hombres más, calculados en aquella época como necesarios para producir el efecto buscado, habrían suprimido cuatro años quizás en la lucha por la independencia, ahorrando probablemente Ayacucho; pero los 4,000 bastarían al fin para preparar la victoria final.

Teniendo presente, que antes de emprender ninguna operación ofensiva sobre el Perú era necesario terminar la campaña del sud de Chile, donde los españoles aún se mantenían en Concepción y en la frontera de Arauco, escribía en tal sentido á O'Higgins: «6,000 caballos deben estar prontos: si ese Esta« do no se halla en disposición de comprarlos, lo verificaremos « de los 500 mil pesos que deben venir de Buenos Aires, siem« pre que esta erogación no haga falta para las ulteriores ope-

---

([53]) Plan de San Martín que lleva la fecha de 3 de julio 1818 en Mendoza, M. S. (Arch. San Martín, vol. XXVII.)

([54]) Documentos con el título «De lo indispensablemente necesario para una expedición marítima fuera del Estado de Chile.» Libro copiador de ofis. reservados. M. S. S. (Arch. San Martín, vol. XXVII.)

«raciones que tenemos que emprender.» Pueyrredón, instruido de esta compra, la apoyaba en términos calurosos: «Exce-«lentemente dispuesta la compra de los 6,000 caballos: con es-«ta arma seremos invencibles.» ([55]) Mientras el general de los Andes arreglaba sus planes, el gobierno argentino, cooperando á su empeño de dominar el Pacífico, le anunciaba que dos bergantines de 18 cañones armados en guerra en el puerto de Buenos Aires, uno por cuenta de Chile y otro por cuenta de las Provincias Unidas, iban á reforzar la escuadra chilena. El fracaso del empréstito de 500 mil pesos paralizó momentáneamente estos trabajos. Arreglado este punto, según queda explicado, otro incidente de caracter fantástico vino á interrumpirlos de nuevo, disipando inútilmente el tiempo y las fuerzas morales que valían más que el dinero.

En los primeros días de octubre, recibió San Martín una carta enigmática de Pueyrredón, en que le hablaba de un nuevo teatro que se abría á los negocios públicos, que haría variar ó suspender las principales disposiciones respecto de la expedición, señalándole en esta emergencia un gran papel al general, para terminar de un sólo golpe mágico la guerra, asegurar para siempre la independencia y obligar á los portugueses á evacuar el territorio de la Banda Oriental que ocupaban. ([56]) La esplicación de esta carta le fué dada por un emisario secreto que simultáneamente llegó á Mendoza con el encargo de darle su clave. Era este el doctor Julian Álvarez, redactor de la «Gazeta oficial», empleado en el ministerio de gobierno, secretario de la Logia de Lautaro y confidente de todos los secretos de Estado de aquél tiempo, que guardaba con discreción hasta los últimos años. ([57]) Álvarez, á la vez del encargo de dar explicaciones verbales sobre el nuevo plan

---

([55]) Carta de Pueyrredón á San Martín, de 25 de agosto de 1818. M. S. Arch. San Martín, vol. XL.

([56]) Carta de Pueyrredón á San Martín, de 24 de setiembre de 1818. M. S. aut. Arch. San Martín, vol. XL.

([57]) Cuando en 1842 interrogamos en Montevideo al doctor Julián Álvarez sobre esta misión, á que ostensiblemente se dió otro significado, nos contestó con cierta reserva,—debido tal vez á la diferencia de edades, pues entonces tenía yo poco más de veinte años,—pero nos dijo lo bastante para formar juicio de su objeto y de sus resultados, que posteriormente hemos podido completar con las noticias que acerca de ella hemos encontrado en la correspondencia de Pueyrredón y San Martín, que nos permite relatarla correctamente por la primera vez.

anunciado en términos tan pomposos, era portador de comunicaciones secretas para el gobierno de Chile, que por mano de San Martín debían serle entregadas, propiciándolas con su influencia.

El plan de Pueyrredón reposaba sobre una quimera. Hombre impresionable y de poca penetración en los complicados negocios políticos, había exagerado el alcance de las noticias favorables que á la sazón le comunicaron sus agentes diplomáticos, el doctor Manuel José García en Río Janeiro, y Rivadavia en Europa, y los consejeros públicos y secretos participaron de sus ilusiones. Halagado con la esperanza de contar con el apoyo de la Francia, por las promesas vagas del gabinete del Brasil, por oberturas en el sentido de una transacción hecha por el embajador español en Londres latamente interpretada, por la neutralidad del gobierno y las simpatías del pueblo británico que podía convertirse en protección eficaz, por la actitud al parecer benévola de la diplomacia rusa, las buenas disposiciones de los Estados en favor de la independencia, y por último, por la importancia de los intereses del comercio y la paz universal comprometidos en la lucha entre España y sus colonias y complicados por la cuestión del Portugal en ámbos hemisferios, creyóse posible una intervención ó un acuerdo de las grandes potencias europeas, que resolviese de hecho, según sus autores, la cuestión de la guerra, desarmando á la España y pacificando á las colonias revolucionadas. Según el plan, un monarca constitucional propiciado por las potencias, resolvía desde luego la cuestión de la independencia americana ante el mundo, salvaba la libertad ante la ley, y daba estabilidad al orden interno dominando la anarquía. Un acuerdo así garantido y sostenido, con el consentimiento firme y voluntario de la España, resolvía la cuestión territorial del Río de la Plata, incluyendo en los límites de la flamante monarquía las provincias perdidas del Alto Perú, el territorio de la Banda Oriental ocupado por las armas, á Chile si entraba en la combinación y tal vez al Bajo Perú. Se pensaba que en todo caso bastaba que una sola de las grandes potencias prohijase este plan para que produjera algunos de sus efectos, y á poco andar, aún suponiendo que no se realizase la negociación, se paralizaba la acción militar de España, deteniendo las expedicio-

nes que se encontraban prontas á salir de la península con destino á América. ([58])

Este grandioso plan, si bien no carecía de intención y objetivos, dadas las circunstancias y el modo como lo encaraban los contemporáneos, era tan débil en sus fundamentos como errado en política. En estos proyectos de diplomacia universal que pretendían amalgamar los intereses de dos mundos, todo se había tomado en cuenta, ménos la marcha de los acontecimientos y el país sobre que debía operarse, reduciéndose en último resultado, á una intervención extraña para establecer un orden de cosas que era rechazado por el país, á fin de obtener una victoria sin sangre: *victor sine sanguine*, según la divisa de Monk, cuyo papel se asignaba á San Martín en cierto modo. Era que, á medida que la democracia se difundía y se constituía por instinto como hecho genial en la masa de la población, la idea monárquica como solución teórica se difundía en las esferas superiores del gobierno, en presencia de los peligros exteriores que amenazaban á la revolución y de los desórdenes internos que la trabajaban, produciéndose así dos corrientes superpuestas, una en la región de los hechos y de la razón pública, la otra en la región de las nubes que se perdían en el vacío, como se ha esplicado ya en este mismo libro. (Véase cap. XI, § V.) Así, el congreso compuesto de los hombres más eminentes de la revolución, cuya mayoría era monarquista, dictó instrucciones al efecto de buscar un príncipe europeo sostenido por algunas de las potencias de primer orden, que asegurando la independencia de la América, fundase la monarquía constitucional en el Río de la Plata, con cargo de someter todo á su deliberación: ([59]) la Logia, nombró para realizar el milagro al doctor don Valentín Gómez, más literato que político, y el director, alucinado, escribió á San Martín: «Muy con«veniente es la presencia de V. en Chile, para dar impulso á «las cosas; pero debe quedar V. expedito dentro de dos, ó dos

---

([58]) No entra en el plan de este libro insistir sobre el pormenor de las complicadas negociaciones diplomáticas que con este motivo tuvieron lugar en aquella época, las que hemos ilustrado suficientemente en otro libro histórico, limitándonos ahora á condensarlas ó ampliarlas en la parte pertinente y extractar algunas de las consideraciones con que entonces las acompañamos. Véase «Hist. de Belgrano y de la Indep. Arg.» 4ª edic. t. III, p. 118 y sig.

([59]) Véase: «Hist. de Belgrano y de la Indep. Arg.» (4ª edic.) t. III, p. 122 y sig.

« y medio meses, para venir á completar los deseos de los ami-« gos (de la Logia, para ser el campeón de la nueva monarquía) « para completar y asegurar para siempre la independencia y « el descanso de las Provincias Unidas, pues son incalculables « los bienes que disfrutará nuestro país por un medio tan lison-« gero. » (60) San Martín, monarquista de oportunismo como Pueyrredón, no obstante sus instintos republicanos que lo llevaban á fundar una república democrática toda vez que alcanzaba una victoria militar, aceptó la idea como acción cooperativa de su empresa, que no por eso perdió un instante de vista, pues tenía en ella más fe que en la diplomacia. En tal sentido se dirigió al gobierno de Chile y á O'Higgins confidencialmente: « Por mi oficio verá V. la comisión dada á Gómez para que se « presente ante el congreso de los soberanos y demás naciones, « á fin de establecer nuestra independencia. La representación « de ámbos Estados (Chile y las Provincias Unidas) debe ser de « gran peso en el citado congreso. » (61) Defiriendo á la indicación de San Martín, el director de Chile nombró á su ministro Irizarri en calidad de agente diplomático en Inglaterra, munido de las competentes instrucciones para representarlo indirectamente ante el congreso de soberanos, que se decía iba á tratar la cuestión de la independencia americana. (62)

---

(60) Carta de Pueyrredón á San Martín, de 24 de setiembre, cit. M. S. autóg.

(61) Carta de San Martín á O'Higgins, de 13 de octubre de 1818, en Vicuña Mackenna, «Rel. Hist.», 2ª parte, p. 661.

(62) Es un hecho averiguado, aún cuando los documentos capitales se hayan hecho desaparecer, que Chile entró de lleno en el plan, por influencia de San Martín, y es fácil determinar su filiación y comprobarla. Cuando en 1817 fué nombrado Irizarri para representar al gobierno de Chile en Europa, se le expidieron instrucciones para que «guarde la más íntima re-« lación y armonía con el diputado de las Provincias Unidas en Londres « meditando y combinando cuanto haya de proponerse ó suscribirse por « Chile.» (Véase cap. XV, § V.) Esta prevención se hacía precisamente en circunstancias en que Rivadavia era habilitado con más amplios poderes por el gobierno argentino, sobre la base subentendida del establecimiento de una monarquía en América, en consecuencia de lo cual abriose la negociación que dió origen á la misión del doctor Valentín Gómez. (Véase nuestra «Hist. de Belg.» 4ª edic., t. III, p. 184 y 683.) Las instrucciones de Irizarri en 1817, fueron comunicadas por Guido al gobierno argentino en nota de 20 de diciembre de 1817, «escribiendo, dice, el artículo « secreto, según la clave, *por su gravedad.*» (Docs. del Arch. general, leg. *El diputado de Chile.* M. S.) He aquí el misterioso artículo, tal cual lo trascribe Guido en clave: «Art. 10. En las sesiones ó entrevistas que tu-« viere con los ministros de Inglaterra y con los embajadores de las poten-« cias europeas, dejará entrever que 12 sfnyrrufn g16lur8uln als 487-

VII

Estos artificios diplomáticos y estos sueños monarquistas, se producían en el momento supremo, en que las dos grandes masas guerreras de la revolución sud-americana, convergían hacia el centro del continente para unificar su acción, y obte-

---

«rlv28 al 9mrst 126uf g2r58uln als 487rlv28 al 9mrst 126ul
«g2r58uyfu ls Δ frnfs nrn6lyf 9826r2126fs al sf lgu8 Δ foygf
«28 ln6furf arn6f2bl al ja 8 Δ 6fu g2f Y82fuí6rf Y28alufaf 8982-
«nbrbg9r8fs, 9g6 58 uf al48rlu28 Yfn ygl 85uf bn f2f184f f sf
«slgrnsf9r82, 98n6g Y7uln Δ ul899 Δ r82ln, 4 lufuygrfu, Y68d8..
«al Δ 871f9r8ln O fg2 fsf 68 Δ 84uf5rf al ls Ln6fa8 9mrsl28,
«Δ lu8 ygl 28olbrn brl2a8 12 ng nl28 g2 Δ aur291 Δ lf 290f ar-
«ul99r82 nl 129fu241 ls Δ frn ln6f Δ a8268 ul9r7u 7f38 sf 982n-
«6r6g9r82 ygl nl Δ ul Δ fuf fg2 Δ ur291 Δ l al ígfsygrluf al sfn
«Δ 86129rfn, igl 7f38 la sombra del la ar2fn6rf fígl Δ g1612f91 O
«982 ls r251936 al ngn vlsf9r82ln 12 18n 4f7r216ln lgu8 Δ ln
«5r3l ng OY Δ lur8 12 9mrst Δ fuf 982nbu7fu ng rzal Δ 12 al 29
«rf al 5lu2f2de8 nl Δ br78 ngu ng99ln8uln o Ylbu8 Δ 81r o 68a8
«86u8 Δ 8alu lb6u f2flu8. Ls Ar Δ g6fuf sf Δ 81r6r9f 12 ln67
«fng 28 982 68 af sf 9ru9g2n Δ 199r82 ó 4uf7tafa ygl Ylulnl ls
«fng268 o fg2ygl Δ 8auf f91 Δ 6fu Δ u8 Δ 8nr9r82 ln, jamás con-
«vencionar sin prévio aviso del Gobierno y sin órdenes terminantes para
«ello. Sfn 9fnfn al 7u62n7rf, al 7uf4f2nf, al 8uf251 Δ aulnl 26-
«f2 r26lulnln Yfn arul968n g2f6grfstn Δ fuf sf ulsrnf9r82 als
«Δ v801968 r2ar9fa8 12 ygl nl 49fuafaf ls Yfn r27r81f7sl nr4r18
«O Δ fuf990f arul99r82 nl r191gal sf 91f71 Nº 1º» (Doc. del Arch. general, M. S.) Irizarri, fué llamado á ocupar el ministerio del interior de Chile, y al emprender un año después su viaje á Europa para continuar la negociación proyectada, fué munido de instrucciones secretas concordantes con ella, según consta de testimonio del mismo y del director O'Higgins que las firmó. Barros Arana, en su «Hist. de la Indep. de Chile», t. IV, p. 519-520, sólo habla de las instrucciones ostensibles que llevó, y sólo dice que llevaba encargo de entenderse con el gabinete inglés respecto del anunciado congreso de soberanos europeos para asegurar el reconocimiento de la independencia de Chile. Vicuña Mackenna, mejor informado y con presencia de documentos fehacientes del archivo de O'Higgins, establece el hecho de una manera indudable. En el «Ostrac. de O'Higgins», p. 368, se trascribe una carta de Irizarri á O'Higgins, de fecha 30 de diciembre de 1818 en San Luis, que dice así: «El camino que llevo es el de las guardias de frontera. Por esto y por no comprometer los intereses del Estado «á un riesgo que no está remoto, remito las instrucciones que traía con el «fin de que se me dirijan á Inglaterra por duplicado.» Las instrucciones, vueltas á poder del gobierno de Chile, fueron revocadas y destruidas, pero se omitió comunicarlo á Irizarri, que continuó trabajando en el sentido de ellas. Así, cuando en 1819 don Valentín Gómez negoció en nombre de las Provincias del Río de la Plata la coronación del príncipe de Luca, sus comunicaciones fueron conducidas á Buenos Aires por don Mariano Gutierrez Moreno, emisario de Irizarri, quien era portador de iguales proposiciones para el gobierno de Chile hechas por Irizarri, quien había tomado par-

tener las victorias que debían forzar la mano á la diplomacia de los soberanos europeos, haciendo triunfar ante el mundo la causa de la república. El paso de los Andes y la batalla de Chacabuco, había empezado á inclinar la balanza de la lucha de la revolución americana: la batalla de Maipu, le dió la preponderancia, y su consecuencia inmediata debía ser el dominio del Pacífico y la redención del Perú. Esto por lo que respecta al sud, cuyas armas eran llevadas por el ejército argentino-chileno. Por la parte opuesta, la revolución del norte estaba encerrada en los límites de Venezuela, donde Bolivar luchaba heroicamente con Morillo; pero realizando á su vez la gran operación de San Martín, pasaría los Andes ecuatoriales, daría en Bocayá un año después otra batalla americana como la de Maipu, y conquistaría la Nueva Granada acercándose al Pacífico, en marcha tambien hacia el Perú como San Martín. Chile y las Provincias Unidas del Río de la Plata eran ya invencibles y sus fronteras inmunes. La revolución armada del norte obtendría por su parte idénticos resultados en Venezuela, Nueva Granada y Quito. La lucha quedaba así circunscripta á un solo punto central del continente. De este modo la guerra se simplificaba y sistemaba, y los realistas vencidos en los dos extremos, se reconcentraban vencidos en su último baluarte colonial para capitular allí. Mientras estas grandes evoluciones estratégicas se preparaban y llegaba el momento de la batalla final, los realistas sólo ocupaban el Bajo y Alto Perú al sud, y Quito y Nueva Granada al norte, haciendo el último esfuerzo para mantenerse en Venezuela de donde iban á ser expulsados. Comparando este prospecto guerrero con el prospecto diplomático-monarquista de que hemos dado cuenta, vése

---

ticipación, aunque indirecta en el negociado. (Véase «Hist. de Belgrano», 4ª edic. t. III, p. 96 (nota) y págs. 128 y 314-315.) Tres años después, el 16 de marzo de 1822, O'Higgins dirigió á Irizarri una carta semi-oficial, en que refiriéndose á las instrucciones de 1818, y revelando incidentalmente su objeto y contenido, le dice: «Todo lo insertado en las instrucciones reservadas que vd. devolvió de la Punta de San Luis, concernientes á la forma de gobierno que por entonces se creyó podría adoptarse, si la revolución sufriese contrastes que amenazasen ruina, tuvo á bien el Senado revocarlas, y comisionar al senador Cienfuegos para que en mi presencia se quemasen las actas y acuerdos referidos que en aquella época tuvieron á bien dictar, y quedó todo deshecho.» (Véase Vicuña Mackenna, «Ost. de O'Higgins», p. 378-379.) El último historiador chileno en el orden cronológico, Gonzalo Bulnes, en su «Hist. de la Exped. libert. del Perú», (1888) afirma el hecho en el t. I, p. 86 y 114, refiriéndose á pruebas de que dice estar en posesión.

que San Martín tenía razón en fiar más en la espada que en la diplomacia, cuyo concurso aceptaba en teoría, pero perseverando siempre en la prosecución de sus vastos planes.

La España, triunfante en Europa, merced á su valerosa resistencia contra Napoleón y á la alianza inglesa, había agotado sus fuerzas en atender á la insurrección americana, y sus intereses políticos, acordes hasta cierto punto en el viejo mundo con su vecino el Portugal y con su aliado británico, estaban en abierta oposición en el nuevo mundo, hallándose profundamente trabajada por una lucha intestina entre el absolutismo imperante y el liberalismo comprimido, que por efecto de los triunfos de los independientes americanos, debía hacer al fin estallido y poner punto final á las expediciones de tropas de la península. Durante los ocho años de guerra que iban corridos, la España había enviado á la América diez y seis expediciones armadas, cuyos soldados sumaban un total de 42,126 con un costo de 1,500.000,000 de reales, ó sean 75 millones de fuertes. ([63]) De estas tropas, veteranas todas ellas, vencedoras de las armas napoleónicas en la península, unas habían capitulado en Montevideo, otras fueron completamente destruidas en Chacabuco y Maipu ó diezmadas en sus malogradas tentativas de invasión sobre el norte argentino.

La expedición de 10,000 hombres al mando de Morillo con destino á Costa Firme en 1815, fué el último y más gigantesco esfuerzo que hizo la metrópoli para equilibrar la lucha. Esta expedición, que en un principio era destinada al Río de la Plata, cambió de destino, y en la época á que hemos llegado, sus últimos restos se agotaban en vanos esfuerzos para contrarestar la insurrección colombiana. ([64]) Sin embargo, la España contaba todavía en América con 100 mil soldados de línea y de milicias, desde Méjico al Perú, y se preparaba á organizar una nueva expedición de 20 mil hombres contra el Río de la Plata antes de darse por vencida. Por el momento, alistaba en Cádiz una expedición de 3,000 hombres con destino á Chile y al Perú, sin tener todavía noticia del desastre de Maipu. Luego se verá cuál fué su suerte.

([63]) «Memoria» del ministro de guerra, marqués de Amarillas, presentada á las Cortes españolas el 14 de julio de 1820.—Presas: «Pintura de los males que ha causado á España el gobierno absoluto.»—Vadillo: «Apuntes» etc., p. 282.

([64]) Ofi. de Morillo al virey Pezuela, de 29 de julio de 1818, cit.

Tal era el estado de la guerra americana en los últimos meses de 1818, en momentos en que por una parte la diplomacia capitulaba con la monarquía, y San Martín y Bolívar se preparaban para herir de muerte el poder colonial en el Perú, después de anonadarlo al sud y al norte del continente.

Prosiguiendo estos grandes propósitos, San Martín terminaba su misteriosa campaña unipersonal de 1818, atravesando por la quinta vez los Andes. El 29 de octubre, se apeaba de su mula de viaje á la puerta del palacio de los obispos de Santiago, lleno de grandes esperanzas, sustrayéndose como de costumbre á las ovaciones que le había preparado el pueblo. Allí le alcanzaron las últimas cartas de Pueyrredón, que le aseguraban el próximo dominio del Pacífico. Este voto acababa de ser cumplido: las naves independientes dominaban los mares americanos, desde Buenos Aires hasta el Callao.

CAPÍTULO XX

LA ESCUADRA CHILENA—PRIMERAS CAMPAÑAS NAVALES DEL PACÍFICO

Año 1818

Las previsiones del génio—Chile considerado como país marítimo—Origen de la escuadra chilena—«El Pueyrredón»—«La Lautaro»—La escuadra española en el Pacífico—Primer combate naval—El capitán O'Brien—Se levanta el bloqueo de Valparaíso—Prosecución de los armamentos navales de Chile—Se refuerza con un navío de línea—«El San Martín»—Se anuncia una nueva expedición marítima de España—Sublevación de «La Trinidad»—La escuadra sale á la mar—La bahía de Talcahuano—Toma de la fragata «María Isabel»—Apresamiento del convoy español—Refuerzos que recibe la escuadra chilena—Honores á los vencedores—«La O'Higgins»—La escuadra chilena domina el mar Pacífico—Llegada de lord Cochrane á Chile—Blanco Encalada y Cochrane.

I

Las previsiones del genio estaban cumplidas: el camino marítimo del Perú estaba abierto á las armas independientes. En 1814, San Martín estudiaba en Tucumán los caminos militares de la revolución, y buscando cual era el que debía conducir sus armas hasta la capital del Bajo Perú, para herir de muerte el poder español en América, tuvo la primera intuición de su gran plan de campaña continental, que formuló en términos generales: «Mi secreto es: pasar á Chile, acabar allí con los godos, y aliando las fuerzas, pasar por mar á tomar á Lima» [1] En la época en que se enunciaba como posible esta com-

[1] Carta de San Martín á Rodríguez Peña, de 22 de marzo de 1814, cit. (V. Apénd. núm. 7, letra A.)

plicada operación, las escuadras españolas dominaban los mares americanos desde California hasta el golfo de Méjico, y la marina chilena sólo estaba representada por las balsas de pescadores de los Chonos y Chilotes que cruzaban los solitarios canales de sus archipiélagos, ó por la barca costanera que no se atrevia á perder de vista su punto de partida. Dos años después (1816), precisando su idea, bosquejaba su plan de campaña continental: «Chile, por su situación gèográfica y por la « natural valentía de sus habitantes, es el pueblo capaz de fijar « la suerte de la revolución. Es el fomento del marinage del « Pacífico. En este concepto nada interesa más que ocuparlo. « Lograda esta grande empresa, el Perú será libre. Desde allí « irán mejor las legiones de nuestros guerreros. Lima sucum- « birá.» (2) Una vez ocupado Chile, su objetivo inmediato es el Perú, su camino el mar, y su vehículo una escuadra: «Nada « debemos reparar en lo que se ha hecho, sinó adelantar el « Ejército Unido sus empresas. Es preciso llevar nuestras ar- « mas al Perú. Esto supuesto, se hace necesario combinar los « términos y preparar el éxito de la empresa. Lo primero es « moverse con seguridad, y no puede hacerse sin una fuerza « naval que domine el mar Pacífico.» (3) Estas previsiones, se fundaban como todos sus planes concretos, en la observación del territorio que debía ser teatro de la doble guerra, terrestre y marítima.

La estrecha y prolongada faja que forma el territorio chileno al pie de los Andes, con su cordillera marítima bañada por las olas del mar, da la idea de un gran malecón continental dibujado por la naturaleza. Un escritor humorístico ha descrito gráficamente esta configuración, diciendo que sus habitantes tienen que asirse á las montañas para no caer en el mar. Así, el mar es la dilatación del territorio chileno, y esta circunstancia tiende á difundir el génio nacional en los espacios marítimos, obedeciendo al instinto y la necesidad. Desde el desierto de Atacama hasta el estrecho de Magallanes, su litoral acantilado y sinuoso es una série no interrumpida de caletas, golfos, ensenadas y puertos de fácil acceso, en que se abren magníficas bahías, verdaderos estuarios, dentro de los cuales se en-

---

(2) Ofi. de San Martín al director de las P. U. de 29 de febrero de 1816. V. Apénd. núm. 9.

(3) Carta de San Martín de 22 abril de 1817. (Véase cap. XV, § II.)

cierran varios puertos. Las islas de Juan Fernandez, inmortalizadas por las aventuras de Robinsón, son sus centinelas avanzadas en el occeano. Sus archipiélagos, ramales marinos de la cordillera en parte sumergida, son miembros integrantes y articulados de su configuración territorial. Una corriente polar, á la manera de un inmenso río encajonado en masas de agua inmóviles, fluye eternamente de sud á norte en el paralelismo de sus costas, facilitando sus comunicaciones marítimas con la América meridional.

Como el país no tiene navegación interior y algunas de sus zonas están obstruidas por obstáculos naturales, el mar es el camino usual de sus habitantes para comunicarse entre sí. En sus litorales, se forman desde temprano marineros vigorosos y valientes, capaces de afrontar las tempestades del grande occeano, sin arredrarse ante los peligros de la guerra. En los bosques de Arauco, se alza gigantesco el pino y el roble. En sus valles crece el cáñamo y el lino. En las entrañas de la tierra se encuentra el cobre, el hierro y el carbón de piedra. Poseía astilleros donde se habían construido con maderas de la tierra, hasta navíos y fragatas. Era, pues, un país esencialmente marítimo, con elementos de construcción propios, con atracciones hacia la mar y con la materia prima de un personal de marina militar, á que sólo faltaba un material adecuado para llegar á ser relativamente una potencia naval. Era, como lo decía San Martín en su enérgico lenguage, «una posición geográfica con predisposiciones nativas en sus habitantes, para fijar los destinos de la revolución, como fomento del marinage del Pacífico.»

En el plan trazado por San Martín en 1816 para la reconquista de Chile, debía operar simultáneamente con el ejército de tierra que atravesase los Andes, una expedición marítima que dominara las costas del territorio conquistado, y así lo consignó posteriormente Guido en la Memoria, en que condensó las ideas formuladas con anterioridad por el general. (Véase cap. XI, § II) «Oportunamente deberán zarpar de las playas de « Buenos Aires (decía en febrero de 1816) dos buques de consi- « deración y porte, armados por cuenta del Estado, y sujetos « á órdenes del general en jefe, los que cruzando las costas de « Chile, contengan el escape de los enemigos. (4) Las dificulta-

(4) Ofi. de San Martín de 29 de febrero de 1816. Véase Apénd. núm. 9.

des del erario no permitieron por entonces atender esta exigencia, y como lo observa el autor de la citada Memoria, la falta del concurso naval «impidió terminar la guerra con el triunfo de « Chacabuco, ocupando los puertos por donde se salvó un buen « número de vencidos», [5] como lo había previsto el general. Dos años se necesitaron para completar el plan, concebido en todas sus partes por el que lo ejecutó, y con esta idea fija había pasado y repasado dos veces la cordillera, después de Chacabuco y Maipu, como se explicó antes, con el objeto de crear la escuadra independiente del Pacífico. Sin ella, el triunfo de la independencia sud-americana era imposible.

II

El primer buque en que se enarboló la bandera que debía imperar en las aguas del Pacífico, fué el bergantín español «Águila», de 220 toneladas. Después de la batalla de Chacabuco, habíase dispuesto que los castillos del puerto de Valparaíso mantuviesen izada la bandera española. El «Águila», engañado por esta estratagema, penetró al puerto, y fué apresado. Armado en guerra con 16 cañones y tripulado con gente de mar, confíose su mando al teniente del ejército de los Andes Raymundo Morris, irlandés de nacimiento. Bautizóse con el nombre de «El Pueyrredón», en honor del director supremo de las Provincias Unidas que decretara la expedición á Chile, impulsándola con todo su poder. Su primera campaña naval, fué el rescate de los patriotas chilenos confinados en la isla de Juan Fernandez por Osorio y Marcó, que hacía cuatro años sufrian duro cautiverio. Entre los primeros rescatados, contábase el futuro almirante de la escuadra chilena, que debía darle la primer victoria naval.

El enviado argentino don Tomás Guido, penetrado de la

(5) Guido: «Primer combate naval de la marina chilena», en la «Rev. de Bs. Aires», t. III, p. 490. En la «Memoria» de Guido, escrita á fines de mayo de 1816, tres meses después del ofi. de San Martín cit. en la nota anterior, se dice: «Es indispensable apoderarse del mar para obrar en combi- « nación con las fuerzas de tierra. Al efecto se habilitarían cuatro buques « mayores ó más, por cuenta del Estado.» Es la misma idea del general, salvo poner cuatro buques en vez de dos, pero en las mismas condiciones y con el mismo objeto.

importancia de complementar el plan de San Martín, tal como lo había explanado él mismo en su celebrada Memoria, no cesaba de hacer gestiones cerca del gobierno de Chile, á fin de que diera impulso al armamento naval. Por su inteligencia y el ardoroso empeño que mostraba, fué comisionado por el director O'Higgins para adquirir un buque de fuerza superior, que diera respetabilidad á la naciente marina, poniéndose á su disposición una gruesa suma de dinero. Al efecto, trasladose á Valparaíso, donde se hallaba la fragata «Windham», de la compañía de las Indias orientales, de 800 toneladas, con 44 cañones, que por instigaciones del comisionado en Londres, Álvarez Condarco, habíase dirigido á las costas chilenas para negociar su venta. El erario se hallaba en imposibilidad de cubrir el importe total. Guido consiguió asociar á la empresa á los comerciantes de Valparaíso, interesados en que se levantase el bloqueo que mantenía la escuadra española en el Pacífico, los cuales contribuyeron con 25 mil pesos, contratando el gobierno su compra en 180 mil, pagando al contado 130 mil pesos. Esto sucedía á los pocos días de Cancharrayada y en vísperas de la batalla de Maipu (marzo 30 de 1818.) El vendedor receloso del éxito de la próxima batalla, exigió la garantía del gobierno argentino por el saldo pagadero en Buenos Aires en el término de cuatro meses. Guido, contrajo el compromiso á nombre de su gobierno, autorizado por San Martín, quien contando con la victoria, le decía: «Dada la importancia « de esta empresa y la seguridad que ofrece la respetabilidad « del ejército combinado, no dudo preste desde luego la garan- « tía pretendida, en el concepto que el buen resultado influya « en la suerte de ámbas repúblicas.» (6) El «Windham», tomó el

(6) Guido: «Primer combate» etc., cit., p. 492.—Ofi. de San Martín á Guido, de 30 de marzo de 1818, en «Rev. de Bs. Aires», t. III, p. 516.—Respecto del precio en que fué comprada la «Windham», García Reyes en su Mem. sobre «La primera escuadra nacional», dice en el Apénd. núm. 14, que fué por 180 mil pesos. Barros Arana en su «Hist. de la Indep.» etc., t. IV, p. 333-334, que escribió con posterioridad, y parece no haberse fijado en este dato, incluido en un estado numérico, declara «no haber podido encon- « trar ninguna noticia sobre el valor pagado por la «Windham», y que los comerciantes «contribuyeron con más de 25 mil pesos de su valor.» Guido, en su «Primer combate» etc. cit. dice, trepidando y escribiendo de memoria 45 años después: «Conseguí reunir con el concurso del comercio y de « algunos capitalistas chilenos la suma, si no me equivoco, de 200 mil pe- « sos », lo que está en contradicción con su propia documentación en que se dice haberse puesto á su disposición una fuerte suma del gobierno. Lo indudable es, que quedaron 50 mil pesos á pagar, y por esta cantidad se responsabilizó condicionalmente el gobierno argentino, representado por su enviado, según consta del oficio de San Martín de 30 de marzo, antes cit.

nombre de «Lautaro», el famoso guerrero americano inmortalizado por Ercilla, en honor de la poderosa Logia lautarina, que había consolidado la alianza argentino-chilena, y gobernaba secretamente la política de ámbos países.

Obtenida la victoria de Maipu, el director O'Higgins decidió que era llegado el momento de utilizar la fuerza naval organizada, y ordenó que la «Lautaro y el «Águila», se hiciesen á la mar en busca del crucero español que bloqueaba á Valparaíso. Dominaban á la sazón las aguas del Pacífico desde el Perú hasta el cabo de Hornos, las fragatas de primer orden «Esmeralda »y «Venganza», de 44 cañones cada una; las corbetas mercantes armadas en guerra con 18 cañones, la «Milagro», la «San Juan Bautista» y la «Begoña»; las fragatas inferiores la «Gobernadora» con 16 cañones, y la «Comercio», la «Presidenta», la «Castilla» y la «Bigarrera», con 12 cada una; las corbetas la «Resolución» y la «Sebastiana», de 34, y la «Veloz», con 22, y por último, el bergantín «Pezuela» de 18, y algunos otros buques menores con 37 cañones, sumando un total de 17 buques con 331 cañones. Esta poderosa escuadra debía ser reforzada por la «María Isabel», hermosa fragata de 44, convoyando once trasportes (dos de ellos armados en guerra, con 22 cañones), que conducian un refuerzo de 2,500 hombres, que en esos momentos debía zarpar de Cádiz con dirección á Chile. El bloqueo de Valparaíso era mantenido por la «Esmeralda», la «Venganza» y el «Pezuela.»

La «Lautaro» fué tripulada con 100 marineros de todas nacionalidades recogidos en los buques del puerto, y 250 chilenos, entre soldados, lancheros y pescadores, mandando la infantería de marina el capitán Guillermo Miller del ejército de los Andes, de nacionalidad inglesa, destinado á alcanzar nombradía. El mando de la «Lautaro» y de la expedición, fué confiado al capitán Jorge O'Brien, que se había distinguido en servicio de la marina inglesa, (7) y como segundo jefe, al teniente José Argent Turner. Los oficiales, eran en su totalidad ingleses ó norte-americanos, que no hablaban una palabra en español, de manera que, á excepción de Miller, no había uno sólo que pudiese dar una voz de mando á los chilenos que compo-

(7) No debe confundirse este oficial, cuyo nombre es Jorge, con el edecán de San Martín John Thomond O'Brien.

nían la mayoría de la gente de guerra. «Sin embargo, dice el « mismo Miller, diez horas después de su salida se batió, y bien, « la fragata «Lautaro.» (8)

III

Las tres naves españolas que mantenían el bloqueo, voltegeaban incesantemente á inmediaciones de Valparaíso, hostilizando á los buques neutrales que salian ó entraban al puerto. A veces se acercaban á tierra, y hacían algunos disparos de cañón, y luego se hacían mar afuera perdiéndose de vista. En los últimos días de abril, el comandante de la «Esmeralda» Luis Coig, que mandaba el bloqueo, dispuso que la «Venganza» se dirigiese al Callao conduciendo los enfermos de escorbuto que tenía á su bordo. Fué este el momento elegido para el ataque. Aprovechando una fresca ventolina del norte, en circunstancias en que los buques bloqueadores estaban fuera de la vista, la «Lautaro» y el «Águila», modificada su pintura externa y su arboladura de manera de asemejarse á los buques de guerra ingleses, levaron anclas el domingo 26 de abril, dos horas después de medio día, mostrando tanto ardor los tripulantes chilenos, que para alcanzarlos muchos de ellos se arrojaron á nado á la mar. Al amanecer del 27, la «Lautaro» siguiendo al sud encontróse con la «Esmeralda» que navegaba en vuelta de tierra á pocas leguas de Valparaíso, hallándose el «Pezuela» distanciado algunas millas al norte. La nave chilena, con bandera inglesa enarbolada, aproximóse á la fragata española, la que hubo de tomarla por un buque de guerra británico, y la esperó en facha, afirmando su bandera. En esta disposición, ganóle la cuarta de popa de barlovento, arrió la bandera inglesa, izó la chilena, metióle el bauprés y le rompió el aparejo de mesana, recibiendo una andanada de todo el costado enemigo de sotavento, á que contestó con otra de sus baterías de estribor. El capitán O'Brien, arrastrado por su ardor, saltó al abordage seguido por treinta ó cuarenta hombres, sostenido por el fuego de fusilería del castillo de popa y de las cofas de la «Lautaro» y se posesionó del puente de la «Esmeralda», arreando su

(8) Miller: «Memoria», t. I, p. 161.

bandera. La tripulación española, sorprendida, hizo una descarga y huyó al entrepuente, continuando empero el fuego con trabucos y pistolas por las boca-escotillas, que causaron algunos estragos en los asaltantes. Una bala hirió mortalmente á O'Brien, y al morir su último grito fué: «No hay que abandonarla, muchachos! La fragata es nuestra!»

Durante el combate, un golpe de mar separó las dos fragatas que los asaltantes no habían tenido la precaución de amarrar. El teniente Turner, considerando tomada la «Esmeralda», cuya bandera había visto arrear, desprendió un bote con diez y ocho hombres para reforzar el ataque, y se dirigió sobre el «Pezuela», que al solo amago arrió su bandera en señal de rendición. El comandante Coig, que en el intérvalo había armado su gente para reconquistar el puente perdido, aprovechó este momento, y atacó decididamente á los asaltantes, los que desalentados por la muerte de O'Brien, hicieron debil resistencia, hasta que reducidos á muy corto número, se arrojaron al mar. La «Lautaro» volvió entonces sobre la «Esmeralda», con el objeto de abordarla otra vez más, pero limitóse á cañonearla con sus miras de proa. La «Esmeralda» con uno de sus costados en esqueleto y la cámara de popa incendiada, se puso en fuga, juntamente con el «Pezuela» que enarboló de nuevo su bandera, y merced á su marcha superior pudieron los dos buques españoles evadirse, dirigiéndose á Talcahuano á reparar sus averías. De regreso, la flotilla independiente apresó en la tarde del 27, un bergantín español, cuyo valor cubrió con esceso los costos de la «Lautaro.» La fragata chilena entró al puerto con la bandera á media asta y las vergas á la funerala, en señal de duelo por la muerte de su heroico comandante. Aún cuando la empresa no tuvo el éxito esperado, el triunfo era suyo, y dió por resultado hacer levantar el bloqueo de Valparaíso, intimidando á los marinos españoles. (9)

---

(9) Los documentos que hemos tenido presentes para esta narración, son los siguientes: 1º Parte del comandante español de la «Esmeralda», de 2 de mayo de 1818, cuya versión sigue Torrente en su «Hist. de la Revol. Hisp. Amer.», t. II, p. 434. 2º Parte del gobernador de Valparaíso, de 30 de abril de 1818. 3º Idem del comandante de marina de Valparaíso de la misma fecha. 4º Parte del segundo comandante de la «Lautaro», de 29 de abril. 5º Exposición del mismo, justificándose de los cargos que se le hicieron con tal motivo, confirmada por los oficiales de la «Lautaro». 6º «Memoria» de Miller, (actor en el combate) t. I, p. 162 y sig. 7º «La fragata «Lautaro» pub. en la «Rev. de B. Aires», t. III, p. 481, por don Tomás Guido, que se hallaba á la sazón en Valparaíso. Todas estas relaciones están

El gobierno rescató las acciones de los comerciantes de Valparaíso en la compra de la «Lautaro», y la convirtió en buque de guerra del Estado, tripulándolo con 200 marineros extranjeros, 100 grumetes chilenos, y una guarnición de infantería y artillería de marina sacada del ejército, y confió su mando al capitán inglés Juan Higginson. En seguida (julio de 1818), adquirió la corbeta «Coquimbo», de 20 cañones, armada en corso en los Estados Unidos, cuyo mando dió al capitán Francisco Díaz, español, de la artillería del ejército de los Andes, y le puso el nombre de «Chacabuco» en memoria de la batalla que libertara á Chile. Poco después llegaba á Valparaíso el bergantín «Columbus» de 16 cañones, mandado por un distinguido oficial de marina norte-americano, Carlos Guillermo Wooster, quien ofreció en venta su buque á la par de sus servicios, que fueron aceptados, y entró á representar la nacionalidad chilena con el nombre de el «Araucano.» Por último, (en agosto de 1818), fué comprado en 140 mil pesos, el buque de más poder que hubiese surcado los mares sud-americanos, contratado en Londres por Álvarez Condarco para ser pagado en Chile, al cual se dió el nombre de «San Martín» en glorificación del libertador, poniéndolo bajo las órdenes del capitán inglés Guillermo Wilkinson. (10) La escuadra chilena estaba

---

conformes en el fondo, aunque difieren en algunos puntos, como por ejemplo, en el número de hombres con que O'Brien saltó al abordage, que unos dicen fueron 25, otros 30; en las causas de la separación de las dos fragatas, que unos atribuyen á un golpe de mar y otros á órdenes del teniente Turner para dar caza al «Pezuela», así como en el número de muertos de una y otra parte.

(10) Hemos tenido á la vista por lo que respecta á la negociación del «Cumberland», la correspondencia oficial y confidencial de Álvarez Condarco en Londres y del agente de los armadores en Chile, con San Martín, á saber: 1º Cartas de Álvarez Condarco de 22 de noviembre de 1817 y 13 de enero de 1818. 2º Carta de Ricardo E. Price, agente de los armadores, de 6 de julio de 1818. 3º Prop. de Price al director O'Higgins sobre las condiciones de venta del buque. 4º Memoria sobre la contrata del mismo, de 25 de noviembre de 1817. 5º Cartas de O'Higgins á San Martín, de 27 de mayo, 12 de junio y 23 de julio de 1818, sobre compra del mismo. (Arch. San Martín, vol. XLIII, «Marina de guerra», M. S. S. originales.) Barros Arana en su «Hist. de la Indep.», t. IV, p. 484, dice que el «Cumberland» llegó á Valparaíso el 22 de agosto de 1818 y fué comprado por el gobierno en 200 mil pesos. De los docum. cit. consta: 1º Que llegó á dicho puerto el 24 de mayo de 1818. 2º Que fué contratado en Londres por el precio de 160 mil pesos. 3º Que fué vendido por la cantidad de 140 mil pesos, de los cuales 70 mil al contado y el resto pagadero en cobres de Coquimbo á razón de 13 pesos quintal, en el término de seis meses, ó bien en libranzas sobre los derechos de aduana. De las cartas de O'Higgins consta, que el «Cumberland» fué comprado por instancias de San Martín, y que los armadores hicieron al fin una rebaja como de 20 mil pesos.

creada como por encanto, y podía competir con la española en el Pacífico. La revolución americana se dilataba en el mar del sud después de terminar su primera campaña terrestre, para ir á llevar la independencia á otras regiones con arreglo al plan preconcebido de San Martín.

El mando de estas fuerzas navales, fué encomendado al teniente coronel de artillería Manuel Blanco Encalada (conocido tambien por Blanco Cicerón) á quien hemos visto figurar en las dos derrotas de Cancharrayada, distinguirse en Maipu y ser rescatado del cautiverio de la isla de Juan Fernandez por la primera nave chilena armada en guerra. Era Blanco hijo de Buenos Aires, y de madre chilena, pero chileno por elección, que había alcanzado el grado de alférez de navío en la armada española, y contaba á la sazón 28 años de edad. El jóven almirante de la naciente escuadra correspondió á las esperanzas en él depositadas.

IV

En 1818, la guerra marítima y terrestre de la España y sus colonias insurreccionadas se había circunscripto á dos centros terrestres y á dos mares: al norte, en Venezuela, Nueva Granada y Quito, con el mar Caribe por base de operaciones: al sud, en el Alto y Bajo Perú, con el Pacífico por teatro de las operaciones marítimas. La metrópoli, después de realizada la gran expedición de Morillo sobre Costa Firme, comprendió el error de no haberla dirigido al Río de la Plata en 1815, como se pensó en un principio. Cuando quizo reaccionar, ya era tarde. Los portugueses habíanse apoderado de la plaza fuerte de Montevideo, punto de apoyo indispensable de toda expedición para contar con probalidades de éxito, y sus ocupantes, de acuerdo secretamente con el gobierno argentino, estaban comprometidos á no permitir á los españoles poner el pie en su territorio. Empero, no renunciaban estos al propósito primitivo, y mientras tanto, se empeñaban en reforzar al Perú con buques de guerra y tropas de línea, á fin de reconquistar á Chile, en circunstancias en que la noticia de la derrota de Maipu no había llegado aún á la península.

El 21 de mayo,—antes de cumplirse un mes de la batalla

de Maipu,—una expedición española de once trasportes,—dos de ellos armados en guerra,—y convoyados por la fragata «María Isabel» de 50 cañones, zarpaba del puerto de Cádiz con destino al Pacífico, conduciendo dos batallones del regimiento Cantabria con 1,600 hombres, un regimiento de caballería de 300 plazas y 180 artilleros y zapadores, en todo 2,080 hombres, y un cargamento de 8,000 fusiles. Mandaba la expedición marítima el capitán Dionisio Capaz, y la tropa, el teniente coronel Fausto del Hoyo. Su primer contratiempe fué tener que dejar uno de los trasportes en Tenerife, por su mal estado, y repartir la gente en los demás buques. Al salir de las Canarias, el convoy se fraccionó á los 5 grados latitud norte, á causa de los vientos. Para mayor desgracia suya, el 25 de julio llegó á Buenos Aires con 56 días de navegación, el bergantín inglés «Lady Warren», conductor de avisos oportunos de los agentes secretos del gobierno argentino en Cádiz, cuyo capitán dió noticia haber dejado la expedición en los días 21 al 25 de junio á los dos grados de latitud norte, comprobando su informe con la exhibición de su diario de viaje. En consecuencia, el gobierno argentino dispuso la salida de los bergantines el «Lucy» y el «Intrépido» armados con diez y ocho cañones cada uno en el puerto de Buenos Aires, el primero con la bandera chilena y el segundo con la argentina, con órdenes ámbos de correr las costas del sud, doblar el cabo de Hornos é incorporarse á la escuadra chilena. Simultáneamente, se previno á San Martín por la vía terrestre, que «invitase al gobierno de Chile á echar á la mar toda su escuadra, á fin de salir al encuentro de la expedición.» (11)

Un mes después, (el 26 de agosto de 1818), arribaba al puerto de la Ensenada de Barragán una fragata con 180 hombres de tropa y 500 fusiles. Era la «Trinidad», uno de los trasportes de la expedición española. Habíase separado del convoy á los cinco grados norte, y á esta altura se sublevó la tropa que conducía encabezada por dos sargentos y un cabo, que desde Cádiz venían complotados al efecto. Apesar de la resistencia que hicieron los oficiales apoyados por una parte de la tripulación y tropa, que amenazaron dar fuego á la santa-bárbara, los sublevados se hicieron dueños del buque, fusi-

(11) Docs. del Arch. general, cit. en la «Hist. de Belgrano» (4ª edic.) t. III, p. 367, M. S. S.—Véase Torrente, t. II, p. 435 y sig.

laron á los oficiales y dieron orden al capitán de poner la proa á Buenos Aires. Por este medio, el gobierno argentino tomó conocimiento del plan de señales y punto de reunión del convoy, que se apresuró á trasmitir á Chile. La expedición española estaba perdida, y para establecer definitivamente el predominio de la marina independiente en el Pacífico, llegaba al mismo tiempo á Buenos Aires la fragata «Horacio» de 36 cañones, comprada en Estados Unidos por Aguirre en cumplimiento de su comisión, debiendo seguirla en breve otra de igual porte con el nombre de «Curacio.» ([12])

V

El 19 de octubre á las 9 de la mañana zarpaban del puerto de Valparaíso: el navío «San Martín», con 60 cañones, capitán Wilkinson, en el cual el vice-almirante había enarbolado su insignia; la fragata «Lautaro» con 46 cañones, capitán Wooster; corbeta «Chacabuco» con 20 cañones, capitán Díaz; bergantín «Araucano», con 16 cañones, teniente Morris. La escuadra chilena así organizada, contaba 142 cañones y estaba tripulada por 1,100 hombres, chilenos en gran parte, y el resto marineros extranjeros reclutados en Valparaíso. Los oficiales eran en casi su totalidad ingleses ó norte americanos. Un viento fresco sud-oeste henchía sus velas, y el castillo de la ciudad y la población agrupada en la playa contestaba sus saludos con sus cañones y sus aclamaciones. El director O'Higgins, que se había trasladado á Valparaíso para activar la salida de la expedición, tomaba en aquél momento el camino de Santiago, y al subir las montañas que dominan la ciudad y distinguir á la distancia los cuatro buques con bandera chilena que se hacían á la mar, exclamó: «Cuatro buques dieron á la España «el continente americano: esos cuatro buques se lo quitarán.»

([12]) Estos detalles, desconocidos antes que los publicásemos en nuestra «Hist. de Belgrano», son tomados de los documentos reservados allí citados, y se comprueban con la correspondencia de Pueyrredón con San Martín, (Arch. San Martín, vol. XL), con la de O'Higgins con el mismo, (Archivo idem vol. XLI), y otras que figuran en extracto en el vol. II, del referido archivo, M. S. S. originales.—Véase: «Comp. hist.» por B. Mitre, parte 2ª, pág. 304 y sig.

Al perder de vista la tierra, Blanco Encalada abrió el pliego reservado de instrucciones que se le había entregado, y encontró que se le prevenía ir á estacionarse en la isla de Mocha por donde necesariamente debía pasar el convoy español, según las noticias trasmitidas desde Buenos Aires. La escuadra tomó rumbo al sud. Los marinos chilenos que en casi su totalidad pisaban por primera vez la tabla de un buque, se adiestraban durante la travesía en las maniobras y el ejercicio de cañón. Miller, que formaba parte de la expedición, dice de ellos: «Los soldados de marina y los marineros cholos, des« cubrieron las calidades que constituyen un buen soldado ó « marinero, pues eran subordinados, y pronto probaron que eran « valientes. Manifestaban deseos de que se les instruyese y « aprendian con prontitud. Sólo faltaba que sus oficiales cum« pliesen bien con sus deberes para ser capaces de todo.» Un viento recio que sopló por el espacio de dos días, separó á la «Chacabuco.» El 26 de octubre descubrióse la isla de Santa María señalada como uno de los puntos de reunión del convoy. Desde allí fué despachado el «Araucano», para reconocer la bahía de Talcahuano, que demora 62 kilómetros al norte.

La escuadra navegaba con bandera española. Un bote de la costa, engañado por esta circustancia, dirigióse á ella y puso en manos del almirante las instrucciones que el jefe del convoy dejara allí para los trasportes que se fueran reuniendo. Por este conducto se confirmaron las noticias que se tenían por un buque ballenero. La «María Isabel» había tocado en la isla cinco días antes, acompañada de los trasportes «Atocha», «San Fernando», «Especulación» y «Escorpión» y seguido inmediatamente para Talcahuano. El resto del convoy quedó rezagado al doblar el Cabo de Hornos, con sus tripulaciones enfermas y faltas de provisiones. Blanco Encalada, decidióse á ir en busca de la «María Isabel», contando tener suficiente tiempo para apoderarse en seguida del resto del convoy. En consecuencia enderezó la proa á Talcahuano, diciendo: «Es necesario que la marina chilena señale con gloria la época de su nacimiento.» El 27 por la noche, llegó á la boca del puerto, con el «San Martín» y la «Lautaro» y allí supo que solo la «María Isabel» se encontraba dentro de la bahía. Los otros trasportes habían seguido al Callao, después de desembarcar unos 800 hombres. El 28 por la mañana, sopló una fresca brisa del norte, y los dos buques patriotas penetraron á la gran bahía,

una de las más espaciosas del litoral de Chile. Con más de once kilómetros en su mayor extensión y ocho kilómetros de ancho, encierra dentro de su perímetro cuatro puertos y tres caletas. Uno de los puertos, como en otro capítulo se indica, responde á lo que propiamente se llama Talcahuano, situado sobre la península que cierra la bahía por la parte del sud. La isla Quiriquina, alta y boscosa, de cinco y medio kilómetros de largo y medio de ancho, cierra la entrada dejando á derecha é izquierda de sus extremidades dos bocas practicables para penetrar á su interior. La entrada del norte mide cinco kilómetros y se denomina la Boca Grande: la llamada Boca Chica al sud, mide dos kilómetros.

Al doblar la punta sud de la Quiriquina, los independientes pudieron ver en el puerto á la fragata española anclada, bajo la protección de las baterías de tierra guarnecidas por una fuerza respetable. La «María Isabel», inmediatamente de divisar los dos buques patriotas, afianzó su bandera con un cañonazo sin bala, como pidiendo la suya á los chilenos. El «San Martín» contestó con otro cañonazo sin bala izando la bandera inglesa, y siguió navegando con el propósito de abordarla. Reunidos los dos buques, dirigiéronse sobre la «María Isabel», y á tiro de fusil izaron la bandera chilena, cuya ascensión saludaron con entusiasmo los tripulantes. La fragata española que había permanecido por algún tiempo indecisa, bien que apercibida al combate, disparó un cañonazo á bala que fué inmediatamente seguido por una andanada de todo su costado de babor. El «San Martín», contestó el fuego con todos sus cañones de estribor y echó el ancla á tiro de pistola del enemigo. La fragata española, desesperando desde ese momento del éxito del combate, picó sus amarras y fué á encallar en tierra. Una parte de la tripulación se salvó en las embarcaciones menores, y el resto permaneció haciendo fuego desde el álcazar de popa para impedir el abordage. Los buques independientes, concentraron sobre ella todos sus fuegos de artillería, contrarrestando á la vez las baterías de tierra, hasta obligarla á arriar su bandera. Pocos momentos después era abordada por dos lanchas tripuladas con 50 marineros al mando de los tenientes Guillermo Santiago Compton y Nataniel Bélez, tomando 70 prisioneros del regimiento de Cantabria con cinco oficiales, que no tuvieron tiempo de salvarse echándose al agua como lo hicieron otros.

Las tropas realistas parapetadas por las tapias de la población de Talcahuano, continuaron hostilizando la fragata capturada. Para desalojarlas y asegurar su presa, el vice-almirante dispuso el desembarque de dos compañías de soldados de marina, que se posesionaran de una garganta inmediata, con el objeto de interceptar los refuerzos que de Concepción podían venir á la península. El coronel Sánchez, reforzado con las tropas que acababan de desembarcar, avanzó á la cabeza de 1,600 hombres, obligando á la infantería patriota á reembarcarse con algunas pérdidas. Todos volvieron á ocupar las posiciones que precedieron al combate. Pero fueron vanos los esfuerzos que se hicieron para poner á flote la «María Isabel.» El viento y la maréa favorables para la entrada, eran desfavorables para la operación. Prosiguiéronse empero, los trabajos bajo la protección del «San Martín» y la «Lautaro», sufriendo siempre el fuego de las fuerzas que guarnecían la costa. Llegó la noche sin que por una ni otra parte hubiera podido adelantarse nada. El combate cesó por el momento, sobreviniendo una copiosa lluvia; pero independientes y realistas empezaron á tomar nuevas disposiciones para continuarlo al día siguiente.

Los realistas tenían en Talcahuano, además del castillo de San Agustín que defendía la entrada, cuatro piezas de artillería traidas de Concepción. Con ellas establecieron dos baterías de costa, cruzando sus fuegos al frente de la fragata encallada, á medio tiro de fusil. El vice-almirante Blanco Encalada por su parte, echó un anclote por la popa de la «Lautaro» y lo fijó en tierra, colocándose en actitud de apagar los fuegos del castillo y de las baterías improvisadas. Durante toda la noche, continuóse en el empeño de poner á flote la fragata, permaneciendo todos sobre las armas. Amaneció el día 29. Independientes y realistas ocupaban sus respectivos puestos apercibidos al combate. Rompiose el fuego por una y otra parte, casi á tiro de pistola. Muy luego reconoció el almirante chileno la superioridad de su artillería y renovó con más vigor su ataque, consiguiendo apagar los fuegos de algunas baterías de tierra. En lo más recio del fuego levantose una brisa del sud, que barrió repentinamente las nubes de humo que oscurecían la bahía. El viento de la fortuna que había benchído las velas chilenas favoreciendo su entrada, sopló en sentido contrario favoreciendo su salida.

Eran las once de la mañana, y el éxito del combate, que dependía de un casco inerte, permanecía aún indeciso. Por algún tiempo creyóse que sería indispensable abandonar la presa, incendiándola. La brisa del sud que continuaba soplando, fué trasformándose poco á poco en fresca ventolina. Apercibido de ello Wilkinson, mandó soltar las armas de combate. Toda la tripulación como movida por un resorte, acudió al timón, trepó á las vergas, cazó las velas, se asió al cabrestante, y concentrando todos sus esfuerzos sobre un calabrote que á prevención se habia colocado á popa de la fragata, esta se puso gallardamente á flote y tomó arrancada. La operación se hizo con tal rapidez, que los realistas sorprendidos no acertaron ya á continuar el combate. Mientras tanto, los marinos chilenos celebraban su triunfo con un entusiasta *¡Viva la patria!* que los marineros ingleses acompañaban con estruendosos *¡Hurras!* La escuadra chilena celebró su primer triunfo con una salva de 21 cañonazos, y abandonó la bahía de Talcahuano, reforzada con una fragata más, que en honor del que la había fundado prediciéndole la victoria, tomó el nombre de «La O'Higgins».

VI

Los cuatro buques de la escuadra chilena reuniéronse en la isla de Santa María, donde se incorporaron á ellos el bergantín argentino «El Intrépido» (conocido tambien con el nombre de «Maipu») comandante Tomás Carter, (13) y el «Galvarino», capitán Martín Jorge Guise y Juan Spry, experimentados mari-

(13) Á solicitud del gobierno de Chile la marinería argentina de el «Intrépido» ó «Maipu», pasó á tripular la fragata «María Isabel» de acuerdo con San Martín, nombrándose á Carter comandante de la fragata chilena la «Lautaro», según consta de oficio de Guido de 19 de noviembre de 1818. El gobierno argentino aprobó la medida con fecha 12 de enero de 1819, pero previno á Guido: «Siendo muy propio y de no ménos interes ante la « gloria y honor de estas Provincias, que en la escuadra de Chile haya si- « quiera un buque que participe de sus triunfos en la alta empresa á que « está destinada, empeñe todo su celo á efecto de que el «Intrépido» logre « el objeto que se propone.» (Docs. del Arch. general, M. S. S. originales.) Antes de la llegada del «Intrépido», el gobierno argentino había remitido á Chile como auxilio de guerra, dos morteros, 3 obuses y 4 cañones con sus correspondientes dotaciones de municiones. M. S. (Arch. San Martín, vol. XXVII.)

nos de la armada británica. La escuadra constaba á la sazón de nueve buques de fuerza, incluso la «María Isabel», con 234 cañones.

Sucesivamente fueron cayendo en poder de los independientes los demás trasportes de la expedición hasta el número de cinco, tomando á su bordo como 700 prisioneros. Así terminó esta expedición en la que España agotó sus últimas fuerzas para reconquistar sus colonias insurreccionadas, y que por mucho tiempo tuvo en alarma á toda la América del Sud. De los once trasportes, uno quedó abandonado en Canarias, según se dijo antes; otro se entregó en Buenos Aires; cinco fueron apresados, incluso la fragata que los convoyaba, y los cuatro restantes escaparon con 800 hombres, habiendo sucumbido durante la travesía como una cuarta parte de la tripulación devorada por el escorbuto. (14) Fué un golpe de muerte para la metrópoli. Desde ese día las naves españolas perdieron para siempre el dominio del Pacífico, y el camino de la expedición al Perú, calculado cuatro años antes por San Martín, quedó franqueado por la marina chilena cuya influencia en los destinos de la revolución americana había adivinado el genio observador y paciente del grande hombre de guerra.

Á los 38 días de haber zarpado de Valparaíso las cuatro naves que iban á conquistar el dominio del Pacífico, trece velas republicanas formaban en línea bajo los fuegos del castillo que las saludaba, en medio de las aclamaciones de un pueblo que tributaba al vice-almirante Blanco Encalada y á sus compañeros las ovaciones del triunfador. El gobierno, en premio de esta gloriosa campaña naval, decretó un parche de honor color verde mar, con un tridente en su centro orlado de palma y laurel, y en su contorno esta leyenda: «Su primer ensayo dió á Chile el dominio del Pacífico.» (15)

---

(14) Los trasportes entregados ó apresados fueron la «Trinidad» en Buenos Aires, y la «Dolores», la «Magdalena», la «Helena», la «Jerezana» y la «Carlota» en la isla de Santa María, á más de la «María Isabel» en Talcahuano. Los trasportes que se salvaron fueron: el «Atocha», el «Escorpión», el «San Fernando» y la «Especulación.»

(15) Para confeccionar esta página histórica, hemos tenido á la vista los partes oficiales del vice-almirante Blanco Encalada, publicados en la «Gazeta» de Chile, y los informes verbales que me comunicó verbalmente el mismo en Valparaíso en 1849. La correspondencia oficial y confidencial de San Martín y de Guido con el gobierno argentino sobre el particular, que original existe en el Arch. gral. y en el Arch. San Martín, vol. LXIII. M. S. S. Como obras de referencia hemos tenido presentes: las «Memorias»

Para coronar esta victoria, pocos días después, (28 de noviembre de 1818), fondeaba en Valparaíso un buque que traía á su bordo uno de los primeros marinos de la Gran Bretaña, destinado á acrecentar su fabulosa fama en el nuevo mundo con beneficio para la libertad humana. Llamábase Thomas Alejandro Cochrane. Su nombre había resonado en todos los mares, vinculado á extraordinarias hazañas. Natural de Escocia, con título de alta nobleza y miembro del parlamento inglés, formaba en las filas de la oposición radical. Complicado en operaciones bursátiles de caracter dudoso, fué enjuiciado y condenado á ser expuesto en la picota y expulso de la cámara de los comunes á que pertenecía. No obstante que el pueblo cubriera por suscrición la multa que se le impuso, y el condado que representaba lo reeligiese, el altivo prócer prefirió la expatriación y las aventuras heroicas, y decidiose á ofrecer sus servicios á la causa de la independencia sud-americana, aceptando las ofertas que le fueron hechas por Álvarez Condarco y Álvarez Jonte agentes de Chile y de San Martín en Londres. (16) Al ausentarse de la patria, hizo una ruidosa manifestación de sus principios radicales en política, en medio de grandes aplausos populares. Con motivo de un banquete de protesta y despedida que le fué ofrecido, levantó su copa rebosando de amargura, y dijo á sus conciudadanos: «El parlamento debe ser re-« formado por el pueblo: él no se reformará jamás dentro de « sí mismo. En las grandes poblaciones como Londres, se cam-« biarán algunos nombres, pero su caracter será siempre el « mismo. La única esperanza que le queda á la patria es que « la extravagancia y opresivas medidas del gobierno llevarán á « tal punto la miseria y la degradación, que ya el pueblo no po-« drá sufrir más. Reuníos y comunicaos vuestros sentimien-« tos, y no presenteis peticiones. Dicen que estoy arruinado: « no estoy arruinado en el ánimo, pues resisto á la opresión. « Voy á ausentarme de la patria, pero no siento dejar á los que « edifican iglesias con el dinero que quitan á otros: no siento

---

de Miller, que formó parte de la expedición; la «Memoria sobre la primera escuadra chilena» por García Reyes; los nuevos datos que agrega Barros Arana en su «His. de la Indep.» y la «Crónica de la marina militar de la república de Chile» por Sayago.

(16) Correspondencia de Álvarez Condarco y Álvarez Jonte con San Martín en enero de 1818. (Arch. San Martín, vol. XLIII. M. S. S.)

« dejar á los propagandistas religiosos, porque sé que son unos « bribones: no siento dejar á los inventores de nuevos impues« tos, porque son una plaga del país que sólo sirve para ser des« truida como los insectos dañinos: no á los espías del gobier« no, ni á los que cortan los pescuezos de los ingleses para jus« tificar las providencias opresoras. Lo que siento es dejar á « la patria en que yacen las cenizas de mis abuelos, que pelea« ron por la libertad del pueblo inglés, y dejarla oprimida y ro« bada por hombres sin misericordia y sin prudencia. Aunque « me aparto de la patria, no me aparto de la libertad. Si llegá« seis á necesitar de mis servicios y condenáseis á los opresores « de la patria al mismo destino que sufre un tirano ilustre (Na« poleón), volveré al momento y los conduciré á Santa Hele« na. » [17] Esta resolución generosa y esta arenga amarga, da idea del temple de alma, del caracter y del temperamento de este nuevo personage que entra en escena, apasionado y extremado en todo, así en el heroismo como en el odio y el amor, y cuyo retrato completaremos cuando lo veamos entrar en acción.

El vice-almirante chileno, sin infatuarse por su reciente triunfo, se inclinó modestamente ante el héroe británico, y reconociéndolo más capaz que él para llevar á cabo la empresa por él iniciada, renunció el mando de la escuadra, declarando: « El respeto que me inspira la incontestable superioridad de « este ilustre marino, me hace cederle gustoso mi puesto, y pro« seguir bajo sus órdenes la obra comenzada. » Cochrane fué nombrado jefe de la escuadra chilena con el grado de vice-almirante, y reconociendo la nobleza del proceder de Blanco Encalada, consignó más tarde en sus Memorias este recuerdo: « El almirante Blanco me cedió con generosidad patriótica « su puesto, aún cuando la heroica acción que acababa de « ejecutar le diese derecho para conservarlo; siendo además « tan franco, que en persona anunció á la tripulación de los bu« ques el cambio que se había efectuado.» Blanco Encalada era casado con una de las más hermosas mugeres de Chile, y la esposa de Cochrane que le acompañaba, era un tipo simpático de la belleza británica, que fué otra de las grandes pasiones del

---

[17] El discurso íntegro de Cochrane, publicose en el «Times» de 5 de junio de 1818 y en el «Censor» de Buenos Aires, núm. 157.

héroe. Las dos jóvenes esposas fueron en aquella época las estrellas de la sociedad chilena, mientras los dos almirantes sostenían con honor en los mares la estrella de la república naciente, que brillaba con su pabellón al tope de los mástiles de la escuadra dominadora del Pacífico.

CAPÍTULO XXI

EL REPASO DE LOS ANDES

Años 1818-1819

Soluciones y complicaciones en 1818 y 1819—Campaña final del sud de Chile—Los realistas evacuan Concepción y Chillán—Combate del Bío-Bío—Los realistas se encierran en Valdivia—La conjuración de Carrera llamada de los franceses—Proceso y ejecución de los conspiradores—Síntomas de reacción chilena con relación á la política americana de San Martín—San Martín y O'Higgins prometen la libertad del Perú—Pacto de alianza argentino-chilena para libertar al Perú—La reacción chilena se acentúa—Actitud que asume San Martín—Invención del repaso de los Andes—Caracter dramático de este episodio—Narración documentada de la idea del repaso de los Andes—Correspondencia secreta de San Martín con el gobierno argentino y el de Chile—Concentración del ejército de los Andes en Curimón—San Martín repasa los Andes—Repaso de parte del ejército de los Andes—Los hilos ocultos de una trama histórica—Coincidencias y peripecias—Intervención de la Logia de Lautaro en el repaso de los Andes—La doble retirada de los ejércitos del Norte y de los Andes—Belgrano y San Martín en esta emergencia—Órdenes y contra órdenes para el repaso de los Andes—Conflictos del gobierno de Chile—Notable carta de Guido—La lógica del acaso—El repaso de los Andes y la guerra civil—Correspondencia de San Martín con los caudillos de la guerra civil—Mediación de Chile en la guerra civil argentina—Posición falsa de San Martín en la mediación chilena—Nuevas complicaciones del repaso—Notables cartas de Pueyrredón á San Martín—Retiro de Pueyrredón del gobierno y juicio acerca de su administración—La conjuración de los prisioneros españoles en San Luis—El capitán Carretero—Matanza de los prisioneros—Las maniobras secretas de San Martín durante el repaso—Chile se decide á llevar la guerra al Perú—La Logia de Lautaro invita á San Martín á trasponer otra vez los Andes—Acuerdos para realizar la expedición al Perú—Nuevo prospecto.

I

Los años de 1818 y 1819, fueron años de soluciones para Chile y para la América, de complicaciones internas para la

República Argentina y de crisis para la propaganda de la revolución por medio de las armas redentoras. La independencia de Chile, reconquistada en Chacabuco, asegurada en Maipu y garantida por el dominio del mar Pacífico, consolidose definitivamente con la feliz terminación de su guerra del sud, cuya prolongación era como el hierro de un dardo roto clavado en el pie del vencedor, que le impedía moverse. Al mismo tiempo que así se dilataba la insurrección austral de la América en la tierra y en los mares, la del norte atravesaba á su vez los Andes ecuatoriales y se estendía hasta Nueva Granada, estrechando el círculo de resistencia de los realistas. Simultánea ó sucesivamente con estos faustos sucesos, que se desenvolvían obedeciendo á la fuerza inicial de la revolución argentina y á la idea guerrera de un grande hombre, el horizonte del Río de la Plata se nublaba y la guerra civil recrudecía en su litoral; oscuras conjuraciones de los emigrados chilenos en Buenos Aires y Montevideo, revelando planes de asesinato contra los primeros hombres de la situación, se descubrían, y un sordo rumor de desconfianza hacíase sentir al occidente de los Andes; la política chilena reaccionaba contra la política americana de San Martín, tendiendo al quietismo, y San Martín luchaba á uno y otro lado de los Andes con obstáculos al parecer insuperables para el desenvolvimiento de sus planes, que había creído próximos á realizarse. Esta situación tan próspera como confusa, complicóse con el anuncio de una poderosa expedición española de 20 mil hombres, que hizo oscilar por un momento la balanza del destino, antes que el peligro se disipase por sí mismo. En medio de estas varias emergencias, el grande hombre de guerra que domina el movimiento colectivo de la época por la fijeza de sus ideas y la penetrante claridad de su golpe de vista, se presentará bajo una faz nueva y original, y envuelto en una tempestad política, organizará su última empresa libertadora, precursora del triunfo final.

El sud de Chile, fué siempre el talón vulnerable de la insurrección chilena, así por la predisposición de sus habitantes en favor de los realistas, como por el apoyo que le prestaban las plazas de Valdivia y Chiloe con sus comunicaciones marítimas libres, por donde podían recibir todo género de auxilios para volver á invadir el país. Chillán y Talcahuano, fueron los baluartes de los realistas, y Concepción el centro de la reac-

ción. El doble error de no emprender con vigor la campaña final del sud, después de Chacabuco y Maipu, tuvo por consecuencia la reacción de Ordóñez, el rechazo de Talcahuano, la invasión de Osorio, la derrota de Cancharrayada y el punto de apoyo encontrado por la última expedición española, que reforzara con 800 peninsulares el ejército de Sánchez, compuesto de tropas criollas que mantenían alzada la bandera del rey en el sud del Ñuble. Aunque esta guerra crónica no fuese una amenaza seria para la existencia de Chile, bastaba que una parte importante del territorio poblado estuviese ocupado por el enemigo para hacer imposible ó por lo ménos peligrosa toda expedición lejana. San Martín lo comprendía así, según se ha visto, y su primer conato al reasumir la dirección de la guerra, fué activar la campaña del sud, á fin de pacificar la república y quedar en aptitud de realizar la expedición al Perú. Al efecto, el coronel Zapiola, á quien dejamos antes con su reserva en Talca y en el Parrál sobre el río Perquilauquén (cap. XVII, § VII), fué reforzado con el batallón núm. 3 de Chile (setiembre 1818) con orden de abrir operaciones. Zapiola atravesó el Ñuble y avanzó hasta Chillán; pero considerándose sin las fuerzas y elementos suficientes para abrir una campaña formal, recibió instrucciones para reconcentrarse en el Parrál. (1) Decidiose entonces la formación de un ejército de operaciones del sud, compuesto de tropas argentinas y chilenas, bajo las inmediatas órdenes del general Balcarce (noviembre de 1818.)

El ejército del sud se compuso de los granaderos á caballo, los cazadores de infantería de los Andes, los batallones Nº 1º y 3º de Coquimbo y los montados de Chile, con 8 piezas de artillería de montaña, que sumaban 3,400 hombres. Freyre, nombrado intendente de la provincia de Concepción y jefe de la vanguardia en reemplazo de Zapiola, se encontró en la misma situación de este y conservó la misma actitud en el Parrál. Al frente de 1,600 hombres, exagerose la fuerza enemiga que computaba en 2,000 hombres, y pidió ser reforzado con dos batallones para emprender operaciones, dando por razón que el plan de Sánchez era dejarlos avanzar de Chillán adelante,

---

(1) Ofi. de Zapiola de 13 de noviembre de 1818, elevado por San Martín en 1º de enero de 1819, que originales existen en el Arch. general, y pub. en la Gaz. de Chile núm. 73.—Ofi. de Balcarce de 20 de noviembre de 1818 sobre suspensión de operaciones de Zapiola, mientras se formaba el ejército del sud. Doc. del Arch. general. M. S.

resistir por el frente en puntos fortificados de antemano, y desprender á Lantaño por la retaguardia de los independientes para sublevar la provincia con montoneras y aislarlos de los recursos de la capital. (2) Mientras llegaban los elementos necesarios para abrir la campaña, San Martín se dirigió á Sánchez por intermedio de Freyre, haciéndole proposiciones pacíficas en términos honrosos: «Nada honra más á un general que « conservar su serenidad en los peligros y arrostrarlos cuando « hay probabilidad de vencer; pero nada eclipsa su nombre como « el derramar inútilmente la sangre de sus semejantes. Sea « cual fuese el sistema de guerra que V. S. se proponga en esa « provincia, yo voy á caer sobre ella y á terminar la guerra. No « es mi ánimo comprometerle por la fuerza de los ejércitos á un « partido indecoroso, sinó evitar las calamidades que debastan « á Chile. Fige V. S. las proposiciones que le sean honrosas. » El jefe español contestóle tercamente que: «en adelante no admitiría parlamentarios en sus avanzadas, por considerarlos exploradores ilegales de la guerra; y que si de buena fe deseaba entablar una transacción recíprocamente ventajosa, se dirigiese al virey del Perú de quien dependía, estando él resuelto á defender hasta el último trance las armas del rey en la fidelísima provincia de Concepción. (3)

En los últimos días de diciembre pusose al fin en movimiento Freyre, reforzado con los dos batallones pedidos. El 24 atravesó el Ñuble el coronel Manuel Escalada al frente de sus granaderos á caballo, y llegó á Chillán en circunstancia en que el enemigo evacuaba la plaza, alcanzando una partida al mando del capitán Cajaraville á picar su retaguardia, matándole 30 hombres, tomándole 20 prisioneros y cantidad de armas y municiones. Freyre se mantuvo estacionado en Chillán hasta los primeros días de enero de 1819, en que llegó Balcarce con el resto de las fuerzas, y se abrió la campaña. Balcarce, con el grueso de las fuerzas marchó á ocupar la línea de fuertes del Bío-Bío, mientras Freyre dirigíose con una pequeña

(2) Ofi. de Freyre á San Martín, de 20 y 26 de noviembre de 1818, y estado de fuerza de la fecha firmado por el mismo, en que manifiesta tener en el Parrál 1,603 individuos de tropa disponible, con 42 oficiales y cuatro piezas de artillería. (Arch. San Martín, vol. XXXVIII *bis* M. S.)

(3) Ofi. de San Martín á Sánchez, de 18 de noviembre, y carta contestación de Sánchez de 3 de diciembre 1818 en los Angeles. M. S. S. (Arch. San Martín, vol. XXXVIII *bis*.)

división por los caminos de la costa á posesionarse de Concepción. Pero era ya tarde para alcanzar todos los resultados que una campaña rápida y mejor combinada habría dado, aún cuando se consiguiese el objeto inmediato de conquistar la provincia de Concepción, obligando á los realistas á refugiarse en los confines desiertos de la frontera de Arauco. El testarudo Sánchez, al frente de sus 1,600 hombres, acobardados por los últimos reveses, aunque engrosados por los restos de la expedición de la «María Isabel», que habían introducido en su ejército un elemento de perturbación, que enervaba su mando, no se consideraba seguro en las posiciones que ocupaba, y previendo que sería atacado por fuerzas superiores, evacuó el 14 de noviembre á Concepción y Talcahuano y replegose á los Angeles entre el Río Laja y nacientes del Bío-Bío. Ejecutábase este dificil y peligroso movimiento de flanco, á tiempo que Freyre avanzaba sobre Chillán, asi es que, cuando Balcarce se dirigió hacia el Este para cerrar el paso á Sánchez, este ya estaba en salvo con su retirada franca hacia el sud, de manera que, el plan con que se abrió la campaña se limitó á una marcha de frente con retardo, sin más perspectiva que alcanzar por acaso la retaguardia enemiga, como sucedió.

Á mediados de enero de 1819, moviose Balcarce de Chillán, y avanzó hasta las márgenes del río Laja, que vadeó sin dificultad, obligando á la división de Lantaño que defendía su paso á replegarse á los Angeles, tomándole algunos prisioneros. Sánchez, que con 800 hombres, resto de su ejército, ocupaba este punto, retirose precipitadamente á las orillas del Bío-Bío. La operación principal estaba frustrada. El general patriota, con la esperanza de darle alcance, desprendió el regimiento de granaderos con Escalada á fin de que lo persiguiera en su retirada, y lo entretuviese mientras el resto del ejército le seguía de cerca (18 de enero.) Escalada avanzó cinco kilómetros hacia el Bío-Bío sin ver un solo enemigo, pero una avanzada de 60 granaderos al mando del teniente coronel Benjamín Viel (oficial francés del ejército de Napoleón), encontró á su margen norte un escuadrón de 80 hombres, al que destrozó completamente, dando noticia que los realistas atravesaban el río, operación que Escalada no podía impedir con sus escuadrones, y permaneció en inacción á la espera de la infantería. El 19 á medio día, se le reunió el coronel Alvarado con el batallón de cazadores de los Andes, quien tomó el mando de la

división, y resolvió atacar inmediatamente. Al efecto, dispuso que la caballería marchase por el camino de su derecha que era el mas descubierto, mientras él seguía por la izquierda al través de un espeso bosque con la infantería y una pieza de artillería, con el intento de dominar el paso. Pero ya Sánchez estaba con el grueso de su fuerza al sud del Bío-Bío, donde estableció una batería de tres cañones sostenida por una línea de infantería para proteger el pasage de su retaguardia. Á la llegada de Alvarado, sólo algunas partidas rezagadas de infantería y un escuadrón de caballería quedaban en la orilla norte, que fueron rendidas á discreción, sableadas por los granaderos: el resto, cruzaba el río á nado ó en lanchas y balsas, que fueron cañoneadas con acierto por el teniente Felix Olavarría con su única pieza, echando á pique algunas de ellas, tomándose como 70 prisioneros y cinco cañones. El combate de artillería trabose de orilla á orilla. El capitán Eustaquio Brueys, hijo del célebre almirante frances del mismo nombre, se lanzó al agua á caballo al frente de su compañía, pero al llegar á una isleta intermedia en que se habían refugiado algunos fugitivos, fué mortalmente herido por una bala de cañón, como su padre en Aboukir, y sus soldados se retiraron salvándole moribundo.

A fines de enero, el ejército expedicionario atravesó el Bío-Bío en balsas preparadas de antemano, que descendiendo la corriente del río Huaqui reuniéronse en el punto del combate, y se posesionó de la fortaleza de Nacimiento, donde se tomaron algunos dispersos y siete cañones. Sánchez, con su ejército en esqueleto, cruzó la Araucania y se encerró definitivamente en la plaza de Valdivia. Balcarce dió por terminada la campaña, y retirose á Santiago con las tropas argentinas y con la muerte latente en el corazón: el que alcanzó el primer laurel de la revolución argentina y el último de las campañas libertadoras de Chile, tenía sus días contados. Así terminó la que se ha llamado la campaña final del sud de Chile, que mejor conducida pudo dar mejores resultados. No fué, empero la última, pues la lucha á muerte de partidarios, indios y bandidos se prolongaría por tres años más en aquel teatro de continuo guerrear desde la época de la conquista. Pero para los efectos de la independencia de Chile y de la América, la campaña estaba terminada, pues cuadraba el territorio que la república ocuparia por medio siglo más, y permitía disponer de los recursos del país pacificado para realizar la expedición li-

bertadora del Perú, y esto es lo que buscaba San Martín. Lo que quedaba por hacer era una guerra de mera policía. (4)

II

Hallábase San Martín de regreso en Chile, cuando recibió una carta de Pueyrredón, sobre una conjuración contra su vida: «De oficio le impongo del afortunado descubrimiento que « acabo de hacer de los asesinos mandados por don José Miguel « Carrera. Tres que iban destinados á concluir con V. y con « O'Higgins salieron de aquí hace nueve días, y tras los que sa- « lió en toda diligencia una partida con la orden de seguirlos has- « ta el mismo Mendoza, y de traérmelos vivos ó muertos.» Al correo siguiente escribía otra: «Dije en mi última había descu- « bierto una nueva conspiración de José Miguel Carrera contra « la vida de V. y O'Higgins. La partida que fué en seguimien- « to de los que iban en camino para Chile, ha regresado trayén- « dolos. Se continúa la causa.» (5) Qué sucedía? Era una nueva complicación del destino fatal de Carrera en pugna con el de San Martín, como si estos dos nombres estuviesen predestinados á pasar á la historia vinculados á conjuraciones tenebrosas, destierros, cárceles, asesinatos y cadalsos!

Refugiado José Miguel Carrera en Montevideo, después de fugar de su prisión según se dijo antes (cap. XV, § III), ocupábase en conspirar contra el orden de cosas establecido en el Plata, sin renunciar á la ambición de reconquistar el poder en Chile, manteniendo una activa correspondencia con sus partidarios. Reunido con Alvear que perseguía análogos propósitos, buscaron un acuerdo con los caudillos anárquicos de la Banda Oriental, Entre Rios y Santa Fe, sublevados contra Buenos Aires, y daban pávulo á la guerra civil con las publicaciones que hacían por medio de la imprenta traída de los Es-

(4) Para relatar la campaña final del sud de Chile hemos consultado en los originales los partes oficiales de Balcarce, Alvarado y Freyre, algunos de ellos publicados: correspondencia oficial y confidencial de Balcarce con San Martín: correspondencia oficial de Freyre con San Martín: «Memoria» de Alvarado, y otros docum. inéditos del Arch. general. (Arch. San Martín, vols. II, XXXVIII, XXXIX y XLVI. M. S. S. orig.)

(5) Cartas de Pueyrredón á San Martín, de 24 de noviembre y 2 de diciembre de 1818. M. S. S. (Arch. San Martín, vol. XL.)

tados Unidos establecida allí al amparo de la bandera portuguesa. La batalla de Maipu hubo de desarmarlo, haciéndole perder toda esperanza; pero la ejecución de sus hermanos en Mendoza, encendió de nuevo en su pecho las iras de la venganza, y fulminó públicamente con su firma la sentencia de muerte de los que consideraba sus asesinos: «¿En dónde estan nues«tros hermanos, nuestros compatriotas Juan José y Luis Car«rera? Ya no existen! Perecieron con la muerte de los trai«dores y de los malvados, víctimas de la tiranía más detesta«ble! Pueyrredón, San Martín y O'Higgins: ved aquí sus «bárbaros asesinos. Están decretados los destinos de Chile: «una provincia oscura de la capital del Río de la Plata! ¿Los «chilenos sucumbirán cobardes al despotismo de tres asesinos? «Que mueran los tiranos para que la patria sea libre é inde«pendiente! Ya no tiene Chile otros enemigos que esos viles «opresores.» Y en un manifiesto que publicó poco después, agregaba: «El ultraje hecho en la sangre de los Carrera á la «nación entera, agitará vuestra justa indignación, y la familia «y sus amigos que lloran hoy sobre sus sepulcros, bendecirán «un sacrificio que afirme para siempre la independencia de la «patria sobre las cenizas de sus bárbaros opresores.» (6) Confidencialmente escribía á su hermana doña Javiera: «Voy á mo«verme, á vengarte y á vengarme.» (7)

Poseído de estos tumultuosos sentimientos de ambición y de venganza pasaba Carrera las sombrías horas del destierro, cuando por este mismo tiempo entabló relación con un emigrado francés, que le fué presentado por el mariscal Brayer, refugiado tambien allí. Llamábase Carlos Robert, oriundo de una familia distinguida de Bretaña, que se titulaba coronel, y había sido prefecto del departamento de la Nievre durante la dominación napoleónica. Era un hombre de espíritu cultivado, pero desequilibrado; de caracter inquieto, con ideas visionarias y escaso de dinero. Rivadavia que lo cono-

---

(6) «Á los habitantes libres de los pueblos de Chile», hoja suelta en fol. firmada por J. M. Carrera. «Aviso á los pueblos de Chile», ap. antes cit. que lleva la fecha de 21 de junio de 1818.

(7) Carta de Carrera de 31 de julio de 1818, cit. por Vicuña Mackenna en «Ost. de los Carrera», p. 178.—Informe del fiscál de Chile Hipólito Villegas de 27 de noviembre de 1818 sobre la correspondencia sorprendida á Carrera, pub. en la «Gaz. de Buenos Aires» núm. 102. Véase «Gazeta de Buenos Aires» núm. 105.

ció en Europa, recomendolo al gobierno argentino, y en Buenos Aires publicó el primer periódico en lengua francesa, que sólo duró seis números. Mal avenido con su suerte y procurando mejorar de fortuna, uniose á algunos compatriotas para trasladarse al Brasil, y en Montevideo se encontró con Carrera, con quien simpatizó ardientemente. Los compañeros de Robert, franceses todos ellos, eran un Juan Lagresse, hombre reposado, que vino al Plata con el propósito de fundar una colonia agrícola; un ingeniero llamado Narciso Parchappe, que ha dejado su nombre vinculado á la geografía argentina; Agustín Dragumette, dueño de una goleta que traficaba en el río, y Marcos Mercher, antiguo oficial del ejército de Napoleón, á quienes se agregó un tal Young, que decía haber sido uno de los más señalados jefes de la resistencia después de Waterloo. Robert entró de lleno en los planes de Carrera, y este, siempre dispuesto á esperarlo todo de las aventuras y creer en los aventureros, lo constituyó en su principal agente de conspiración en Buenos Aires y en Chile. Cuáles fueron esos planes, es un punto que faltan documentos para determinar; pero de los conocidos se deduce, que no podían ser otros que una revolución en Buenos Aires en combinación con los caudillos en guerra contra el gobierno argentino y un golpe de mano en Chile apoyados por sus partidarios. Aún cuando tal vez no se decidiese el asesinato de San Martín y O'Higgins, era evidente que su sacrificio no podía menos de entrar en ellos, siquiera como una probabilidad, dados los sentimientos de venganza públicamente manifestados de que estaba poseído el caudillo chileno.

Los cinco conspiradores reuniéronse en el mes de octubre en Buenos Aires. Robert hospedose en la casa de doña Javiera, que se convirtió en foco de la conjuración. Robert, Mercher y Young, en compañía de un chileno llamado Mariano Vigil que regresaba á la patria después de catorce años de ausencia en Europa, partieron con destino á Chile en una tropa de carretas á mediados de noviembre: Lagresse quedó en Buenos Aires en calidad de agente para trasmitir la correspondencia de acuerdo con doña Javiera, la que debía mantenerse entre Montevideo, Buenos Aires y Chile con claves convenidas y por emisarios seguros. Era otro sueño de muger, sugerido por el espíritu revoltoso de un ambicioso liviano, y servido por visionarios, que como el de 1817 debía empujar fatalmente nuevas víctimas al cadalso.

La conjuración fué denunciada por uno que estaba en el secreto por confidencias de Robert, el que le había manifestado que el plan era asesinar á O'Higgins y San Martín. Enviose una partida en persecución de los expedicionarios á Chile, la que les dió alcance á pocas jornadas del camino: Young se resistió, y fué muerto de un pistoletazo por el oficial que la mandaba, según la orden que llevaba. Procediose en seguida á sorprender la correspondencia, y encontráronse en poder de Dragumette seis claves y nueve cartas de doña Javiera, Robert, Lagresse y otros oficiales, dirigidas todas á Carrera. Robert escribía: «Cien hombres se apoderarían en una noche de « la fortaleza (de Buenos Aires.) Si llegamos á Chile, nuestro « encargue será fácil y el resultado pronto. No se trata sinó de « deshacerse de dos hombres: cuando se está decidido la cosa « no es difícil. Creo, pues, asegurar que muy pronto será V. « dueño de sus enemigos y nosotros habremos probado nuestro « celo y nuestra adhesión de la manera menos equívoca.» Con estos elementos empezó á instruirse el proceso. Parchappe y Dragumette fueron considerados como intermediarios inofensivos: Mercher como un auxiliar impremeditado, y Vigil como un compañero casual de viaje de los dos principales conspiradores. Robert y Lagresse, fueron sometidos al juicio de una comisión militar, que con arreglo á una ley del congreso debía entender en todas las causas de conspiración.

Los dos reos, reconocieron sus cartas; pero negaron que su intento fuese perpetrar un asesinato. Lagresse observó respetuosamente, que siendo extranjero y particular, extrañaba ser enjuiciado por una comisión militar y no por un tribunal civil; que en cuanto al delito de conspiración, podría cuando más acusársele en rigor de ley de complicidad en un plan en que no tomara participación directa; y en cuanto al crimen de asesinato, no podía cometerlo á 400 leguas de distancia, habiéndose quedado en Buenos Aires. Robert invocó los antecedentes honrosos de su carrera; que de su carta no podía deducirse prueba alguna de hecho existente ó de un comienzo de ejecución; que ante una nación que proclamaba la libertad no podía imputársele á delito el pensamiento, tratándose de opiniones políticas, que podían ser cuando más un error; que no creía que el gobierno argentino quisiera encargarse del oficio de ejecutor de las leyes de países vecinos, pues Chile no había sido declarado provincia argentina; terminando por declarar, que al encar-

garse gustoso de dar cuenta á Carrera del estado de Chile, era porque su situación le había inspirado la más tierna simpatía, y que si era un crímen ser amigo de un desgraciado, se confesaba culpado, y se resignaba á la sentencia en la esperanza que la generación presente y la posteridad serían los jueces de su causa, escusando generosamente á su compañero Lagresse.

El fiscál pidió contra ámbos reos la pena capital. El defensor imploró la equidad del tribunal en favor de ellos, como extranjeros proscriptos y refugiados en el territorio, exponiendo, que si bien los crímenes de que estaban acusados eran graves, el proceso no arrojaba sinó meros indicios, compensables con la larga prisión y la muerte de Young que resultaba inocente; y que por lo tanto, era del honor del gobierno perdonar, y pidió el indulto. El tribunal y el gobierno se mostraron inexorables, y fueron condenados á la pena de horca que se conmutó en fusilamiento, sin más prueba que la carta de Robert, pues el testimonio del denunciante no se hizo público en el juicio aunque figuró anónimo en el proceso. Antes de salir al suplicio escribieron despidiéndose de sus familias, (Robert escribió á su madre) protestando que morian inocentes; pidieron comer juntos, y brindaron por la libertad universal. Murieron con entereza el día 3 de abril de 1819 en la plaza del Retiro á las 10 de la mañana. (8) Fué otra mancha de sangre como la de los hermanos Carrera en Mendoza, pues aún probadas las acusaciones, no pasaban de meros conatos y conatos vagos de dos visionarios, que no conocían ni el país ni sus hombres.

Carrera desde Montevideo protestó tibiamente y con argumentos de casuista contra su participación en un complot que calificó de desatinado, haciendo notar con razón, que «los miserables franceses,—como él los llama,—«habían sido asesinados con barbaridad inaudita por un *tal vez*, y por unas cartas que, escritas á otro que no se llamase José Miguel Carrera, habrían sido despreciadas, extrañando cuando más á sus autores como enemigos del partido del gobierno. (9) Sean cuales fue-

(8) «Resúmen documentado de la causa criminal seguida y sentenciada contra los reos Robert, J. Lagresse, A. Dragumette, N. Parchappe y M. Mercher, por delito de conspiración contra las supremas autoridades de las Provincias Unidas y de Chile.» Buenos Aires, 1819, op. de 30 págs.

(9) «Segunda carta del ciudadano José Miguel Carrera á uno de sus corresponsales en Chile.» Op. pub. en Montevideo en la imprenta federal de Carrera, por William P. Griswold y John Sharpe.

sen sus sentimientos respecto de O'Higgins y San Martín y las fulminaciones públicas y privadas contra ellos, del proceso no resulta en realidad ni una tentativa de asesinato, por más que el anhelo de la venganza se anidase en su corazón y pueda suponerse que la muerte de sus dos enemigos le sería grata.

III

Como corrientes opuestas y superpuestas, visibles unas y ocultas otras, simultaneamente con estos acontecimientos empezarónse á sentir secretamente á fines de 1818 y principios de 1819, los síntomas de una desinteligencia profunda entre el gobierno de Chile y el general San Martín respecto de la política americana de propaganda armada. Á su regreso de Mendoza, el general vió, que el dominio del mar Pacífico, en vez de facilitar la realización de sus planes como lo había pensado, enervaba la voluntad del gobierno chileno para cooperar á la empresa del Perú, por la seguridad de no ser invadido como tantas veces lo fuera, y lo inclinaba al quietismo reconcentrándose en la vida nacional. Pacificado el país y expulsado el enemigo del sud, la desinteligencia se acentuó por las dificultades financieras con que luchaba la administración chilena y el descontento consiguiente del ejército de los Andes, mal atendido en sus sueldos y en sus reemplazos. Este descontento, refluía sobre la opinión pública, que consideraba al gobierno de Chile únicamente sostenido por las bayonetas argentinas. San Martín se hizo cargo desde luego de la poca ó ninguna cooperación con que podía contar para llevar adelante la expedición al Perú, según lo convenido con él y con el gobierno argentino, que acababa de hacer grandes sacrificios para procurarse una parte del medio millón de pesos prometido con tal objeto, y tomó una resolución propia de su génio determinado, que debía influir en los destinos de la América. Inventó el repaso de los Andes, reverso de la medalla de su inmortal paso.

No era ciertamente combatientes lo que faltaba para ejecutar la árdua empresa proyectada. El ejército unido constaba á la sazón de cerca de ocho mil hombres (7,850 según los estados), de los cuales 4,000 formaban bajo la bandera argen-

tina, aún cuando la mitad de sus soldados fuesen chilenos incorporados en sus filas según convenio internacional, en reemplazo de los muertos é inutilizados en las batallas peleadas en pro de Chile y de la América. El general de los Andes, que tenía en sus manos estos elementos bélicos y probado su temple, pulsando los recursos de los dos países á que pertenecían, no era hombre de renunciar á la idea de llevarlos al Perú, que consideraba salvadora, no obstante las dificultades que se oponían á la realización inmediata de sus designios, precisamente en el momento en que los grandes obstáculos habían sido allanados. Para eso había trabajado cinco años, y para eso solamente quería vivir y mandar. Firme en su propósito, quiso comprometer á ámbos gobiernos ante la América, y enarboló la bandera redentora del ejército de los Andes con una proclama: «Habitantes del Perú! Los Estados independientes de « Chile y de las Provincias Unidas me mandan entrar en vues- « tro territorio para defender la causa de vuestra libertad. Mi « anuncio no es el de un conquistador. La fuerza de las cosas « ha preparado este gran día de vuestra emancipación. La « unión de tres Estados independientes acabará de inspirar á « la España el sentimiento de su impotencia. Los anales del « mundo no recuerdan una revolución más santa en su fin, más « necesaria á los hombres. Lanzémonos confiados en el des- « tino que el cielo nos ha preparado á todos. Cuando se ha- « llen restablecidos los derechos de la especie humana, per- « didos por tantas edades para el Perú, yo me felicitaré de po- « derme unir á las instituciones que las constituyen, habré sa- « tisfecho el mejor voto de mi corazón y quedará concluida la « obra más bella de mi vida.» (10) Esta proclama fué confirmada por otra del director O'Higgins, anunciando á los peruanos que «formarían una nación, cuyo gobierno establecerían ellos mismos como propios legisladores, consultando sus costumbres, su situación y sus inclinaciones.» Estos documentos, fueron difundidos en todas las costas del Pacífico por la escuadra chilena al mando de Cochrane. Desde entonces quedó contraído ante el mundo el compromiso moral de dar libertad al Perú. Por el momento, empero, todo ello no pasaba de palabras y de operaciones marítimas para establecer el dominio del Pacífico.

---

(10) Extracto de la extensa proclama de San Martín, de 13 de noviembre de 1818, pub. en la «Gaz. de Chile» núm. 85, de 20 de marzo de 1819.

La diplomacia de los dos gobiernos aliados movida por San Martín, puso el sello internacional á este solemne compromiso. En febrero de 1819 el enviado de Chile Irisarri, en tránsito para Inglaterra, firmó en Buenos Aires un pacto de alianza con el gobierno argentino, «para poner término á la dominación española en el Perú por medio de una expedición combinada y costeada por las dos naciones, respondiendo á los votos manifestados por los habitantes del país dominado, á fin de establecer por la libre voluntad de los peruanos el gobierno más análogo á su constitución física y moral, garantiendo mútuamente la independencia del nuevo Estado.» (11) Estas estipulaciones, al dar forma política al pensamiento militar de San Martín, consagraban los principios fundamentales del programa emancipador de la revolución argentina, que, destinados á triunfar como sus armas redentoras, debían constituir la base del nuevo derecho público americano con la misma fórmula consignada en las instrucciones para la reconquista de Chile. (Cap. XII, § VII.)

Por este mismo tiempo, los dos grandes centros revolucionarios de la América meridional al sud y al norte se pasaban por la primera vez la palabra y reconocían su solidaridad. El gobierno argentino, al declarar su independencia en 1816, lo comunicó á los gobiernos americanos establecidos, y entre ellos al de Venezuela. Dos años después, (junio de 1818) contestaba Bolívar esta comunicación, en su calidad de jefe supremo de Venezuela, calificándola de «paso adelantado, que daba nue-« va vida á ámbos gobiernos haciéndolos conocer recíprocamen-« te.» Y agregaba revelando desde entonces sus tendencias unificadoras: «Una sóla debe ser la patria de los americanos ya que « en todo hemos tenido una perfecta unidad. Cuando el triun-« fo de las armas de Venezuela complete la obra de su inde-« pendencia, nos apresuraremos á entablar el pacto americano, « que formando de todas nuestras repúblicas un cuerpo po-« lítico, presente la América ante el mundo con un respeto « de magestad y grandeza. La América así unida, podrá lla-

---

(11) «Tratado particular entre Chile y las Provincias Unidas para libertar al Perú», firmado en Buenos Aires el 5 de febrero de 1818 y ratificado por el gobierno de Chile con acuerdo del senado, el 15 de marzo del mismo año. Véase: «Col. de tratados celebrados por la Rep. de Chile», t. I, p. 1 y 4, y «Col. de tratados celebrados por la República Argentina», t. I, p. 39-41.

«marse madre de las repúblicas. El Río de la Plata con su «poderoso influjo, cooperará eficazmente á la perfección del «edificio político á que hemos dado principio desde el primer «día de nuestra regeneración.» Y asumiendo una representación americana, dirigió una proclama á los habitantes del Río de la Plata: «Vuestros hermanos de Venezuela han seguido «con vosotros vuestra gloriosa causa, que desde 1810 ha «hecho recobrar á la América la existencia política: ha visto «con admiración vuestra sábia reforma, vuestra gloria militar «y vuestra felicidad pública. En todo hemos sido iguales. «Sólo la fatalidad anexa á Venezuela la ha hecho sucumbir dos «veces, y su tercer período se disputa con encarnizamiento. «Ocho años de combates, de sacrificios y de ruinas han dado á «nuestra patria el derecho de igualarse á la vuestra aunque «infinitamente más espléndida y dichosa. La sabiduría del go«bierno del Río de la Plata, sus transacciones políticas con las «naciones extranjeras y el poder de sus armas en el fondo del «Perú y en la región de Chile, son ejemplos elocuentes que «persuadirán á los pueblos de América á seguir la noble senda «del honor y la libertad. Venezuela, aunque de lejos, no os «perderá de vista, y cubierta de luto os ofrece su hermandad; «cuando cubierta de laureles haya extinguido los últimos tira«nos de su suelo, entonces os convidará á una sola sociedad, «para que nuestra divisa sea: *Unidad en la América meridio«nal.*» (12)

Á fines de 1818, la fama de San Martín vencedor en Maipu, se extendía al norte del Ecuador, y la de Bolívar aclamado libertador de Venezuela llegaba hasta Chile y el Río de la Plata. O'Higgins, tomando la iniciativa en la formación de una liga guerrera de las colonias insurreccionadas, se dirigió á Bolívar felicitándolo por sus triunfos y proponiéndole una alianza de acuerdo con las ideas continentales de San Martín: «La causa «que defiende Chile, es la misma en que se hallan compromе«tidos Buenos Aires, la Nueva Granada, Méjico y Venezuela; «es la de todo el continente de Colombia. Las armas de Chi«le y Buenos Aires pronto darán libertad al Perú, y la escua«dra chilena puede franquear las comunicaciones con Nueva

(12) «Documentos para la historia de la vida pública del libertador de Colombia y Bolivia», núms. 1428 y 1429, t. VI, p. 401-403.

«Granada y Venezuela por el Chocó y Panamá, y ayudar á los «patriotas de esos países.» (13)

Cuando estos actos externos se producían, la situación argentino-chilena hacía crísis. Casi simultáneamente con la terminación de la campaña del sud, la signatura del tratado de alianza, las declaraciones y proposiciones de O'Higgins al Perú y á Venezuela y la publicación de la proclama de San Martín á los peruanos, este iniciaba secretamente su repaso de los Andes, invención sorprendente por la atrevida simplicidad de sus medios y admirable como su famoso paso estratégico por la precisión de sus resultados. Dueño de la fuerza que constituía el nérvio del ejército unido y sostenedor de la situación política, munido de la autorización para expedicionar y comprometidos los dos gobiernos en la realización de sus planes militares, él obrará simultáneamente sobre ámbos países por medio de presiones poderosas y combinaciones variadas, sin perder de vista su gran objetivo, aún cuando al parecer le diera la espalda. Esta acción dupla y el misterio que por muchos años lo ha envuelto, da á sus procederes de aquella época un caracter doble, en que el guerrero, manejando los hilos delicados de una trama complicada, á la vez de dar impulso á las masas, parece tomar á los hombres como instrumentos de sus designios haciéndolos concurrir á ellos por la gravitación natural de las voluntades opuestas. Y no obstante esto y su aparente doblez á veces, su proceder es siempre tan serio que á veces llega á ser terrible; así como sus palabras son siempre sinceras y coherentes los propósitos que persigue, convergiendo constantemente á un fin determinado. Es un hecho complejo, que nunca ha sido bien explicado en sus causas y efectos, ligándolo á la historia en la que determinó nuevos rumbos, y provocó una crísis cuyas acciones y reacciones quedaron envueltas en la sombra, conociéndose únicamente sus movimientos ostensibles, que al confundir á los contemporáneos ha engañado á los historiadores. (14)

Considerado por su faz externa y en sus relaciones con los

---

(13) «Docums. para la vida del libertador de Colombia», cit. vol. VI, p. 492-493, núms. 1463 y 1464.

(14) Este misterio histórico, aclarado por la primera vez en nuestra «Hist. de Belgrano», cap. XXXVIII, y en nuestras «Comp. hist.» parte 2ª, cap. XIX y XX, quedará definitivamente ilustrado con los nuevos documentos que se exhibirán en este capítulo.

hombres y las cosas de su tiempo, este interesante episodio, es un drama complicado con accidentes de sublime comedia, que por momentos reviste un caracter trágico. Lleno de peripecias y alternativas, con coincidencias singulares, situaciones equívocas y efectos sorprendentes, rodeado de misterios pavorosos y explicándose de distinto modo cada uno de los actores el papel que desempeñaba, los protagonistas son dos naciones, dos gobiernos, dos ejércitos, dos asociaciones secretas que gobiernan á los gobiernos y á los ejércitos, y un hombre impasible como el destino, que maneja con mano firme los resortes secretos de su potente máquina, variando sus combinaciones según las circunstancias. Guardando su terrible secreto, maniobrará de modo de hacer servir á los dos gobiernos á sus profundas miras, sacando nuevos recursos del territorio para su expedición al Perú, y obligando á Chile á que le suplique llevarla á cabo, poniéndose á su discreción y presentándole allanados todos los obstáculos que á su ejecución se oponían. Así, el general de los Andes, representando un doble papel, pondrá un pie en Chile y otro en las Provincias Unidas: tendrá dos caras, una para cada gobierno; y lógico consigo mismo, obrará alternativa y simultáneamente sobre la política de ámbos países persiguiendo un propósito, obedeciendo unas veces á repulsiones sistemáticas y cediendo á atracciones patrióticas. Envuelto por acaso en sus propias redes, las desatará sin romperlas, y cuando por fin tenga que optar entre dos partidos extremos, las romperá, determinando un nuevo rumbo en la historia, al lanzarse á cumplir su destino en la trayectoria constante de la impulsión inicial de sus designios americanos. La narración documentada de los hechos pondrá en evidencia el caracter complejo de este drama histórico en que intervienen múltiples y variados elementos.

IV

Desde Mendoza, habíase dirigido San Martín al gobierno de Chile y á Balcarce, comunicándoles su plan de expedición al Perú sobre la base de un ejército de 6,100 hombres, fijando el término de tres meses para el apresto de los pertrechos de

guerra que determinaba en una relación adjunta. (15) A su llegada á Santiago, nada se había hecho, y todo indicaba que nada serio pensaba hacerse. Entonces, sin confiar á nadie su secreto, y aconsejándose de sí mismo, dió su primer paso en el sentido de provocar la crísis para buscar una solución. Dirigió al gobierno argentino una nota aterradora, haciendo la más triste pintura del estado financiero de Chile. «Me veo en la « precisión de manifestar que el ejército de los Andes en Chile, « está muy próximo á ser disuelto y anonadado por la miseria, « de la que siempre son consecuencias seguras la desmoraliza- « ción y la relajación de la disciplina. El Estado de Chile se « halla en una positiva bancarrota, en una destitución absoluta « y sin recursos ni en la esperanza. Tiene empeñadas y aún « consumidas sus rentas del año entrante. En descargo de to- « da responsabilidad, y en cumplimiento de mi obligación y de « mi honor, lo hago presente, suplicando quiera considerarse el « conflicto de mi espíritu á la vista de la marcha progresiva que « hace el ejército á su ruina, estando yo hecho cargo de él.» (16) Á la vez dirigió otra nota al gobierno de Chile, manifestándole que «las necesidades del Ejército Unido iban subiendo á punto « de producir males de difícil reparación, que traerían conse- « cuencias graves, pues la existencia de la fuerza y la discipli- « na era incompatible con la falta de socorro del soldado.» (17)

Después de la deplorable situación financiera, he aquí el sombrío cuadro que del estado político de Chile presenta el general de los Andes al finalizar el año de 1818: «Ya es tiem- « po de hablar con claridad. La actual administración de Chile « no es respetada ni amada, y sólo se sostiene por las bayone- « tas del ejército de los Andes; pero este apoyo desaparecerá « por la falta de medios, en razón de que no hay como soste- « nerlo. Mutación alguna en el gobierno de este país no puede « hacerse, pues no hay hombres capaces de tomar las riendas del « gobierno. Sólo puede mantenerse el orden y seguir los pro-

(15) Ofis. de San Martín al director O'Higgins y al general Balcarce, de 31 de julio de 1818, adjuntando el plan y relación de pertrechos de guerra. Ofis. del mismo al director Pueyrredón, de 12 de enero de 1818. M. S. S. (Arch. San Martín, vol. XXVII.)

(16) Ofis. de San Martín al director de las P. U. de 15 de diciembre de 1818 (dos de la misma fecha), M. S. (Arch. San Martín, vol, XXVII.)

(17) Ofi. de San Martín al director de Chile, de 17 de diciembre de 1818. M. S. (Arch. San Martín, vol. XXVII.)

« gresos que las favorables coyunturas nos presentan para « acabar con el virey de Lima, y como los aprestos indispen- « sables para la expedición al Perú no se fomentan por falta de « recursos, y por lo que veo, creo que serán irrealizables, soy « de opinión que de no ser protegido pecuniariamente este « ejército por las Provincias Unidas, se le mande repasar los « Andes.» ([18]) Y en los primeros días de enero de 1814, recargaba la sombra del cuadro: «El gobierno de Chile en su « conducta pública manifiesta una bancarrota total: su admi- « nistración es odiosa y aborrecida por todos estos habitantes: « la apatía, el desgreño, la desconfianza tanto del gobierno « como de sus habitantes con respecto al Ejército de los An- « des es demasiado marcada. En fin, desde el momento en que « la escuadra de este Estado ha tomado la superioridad en el mar « Pacífico, se han creído que los brazos del Ejército de los An- « des no les son ya necesarios, pues se consideran, y con razón « libres de todo ataque, y su objeto es el de aburrirnos con las « miserias con que nos bloquean.» ([19]) Último toque al sombrío cuadro: «La conducta que observa este gobierno, no es « nada adecuada ni al agradecimiento que debía tener al Ejér- « cito Unido, ni al plan para atacar al enemigo en Lima. No « hay la más remota esperanza de que se verifique la expedi- « ción al Perú. La conducta de este gobierno está manifiesta- « mente clara de que su objeto es, no sólo de que no se verifi- « que la expedición proyectada, sinó el de desprenderse del « Ejército de los Andes, poniéndonos en un estado de desespe- « ración tal, que tengamos que pasar la cordillera ó compróme- « ternos á disgustos de la mayor trascendencia.» ([20])

Exhibida la llaga política y financiera de Chile, dando por irrealizable ó aplazada la expedición al Perú; señalada la causa del mal; indicado su remedio,—que era la expedición,— y apuntada la idea del repaso de los Andes, el astuto general proponía un paliativo, en que eliminando su persona, hacía más tirante la situación, y bosquejaba los preliminares de una campaña, que sólo él podía realizar, porque sólo él podía dar cohesión

([18]) Ofi. de San Martín al director de las P. U. de 31 de diciembre de 1818. (M. S. Arch. San Martín, vol. XXVII.)

([19]) Ofi. reservado al director de las P. U. de 12 de enero de 1819. M. S. (Arch. San Martín, vol. XXVII.)

([20]) Ofi. *muy reservado* de San Martín al director de las P. U. de 12 de enero de 1819. M. S. (Arch. San Martín, vol. XXVII.)

á sus elementos: «Concepción necesita de 1,500 hombres en el « término de un año para su tranquilidad; la capital de Santia- « go, Coquimbo y Valparaíso necesitan una guarnición de 2,500 « hombres. Sólo puede contarse con 3,000 hombres disponibles « para la expedición. Con esta fuerza no puede emprenderse « ataque formal sobre ningún punto del Perú, ni menos sobre « Lima: lo más que podrá hacer será reducir sus operaciones, « (prévia la destrucción de la escuadra enemiga) á desembarcos « parciales sobre puertos intermedios, y que este ejército y es- « cuadra viva sobre las costas del mar Pacífico. Dispuesto á « encargarme de la expedición sobre el Perú con los auxilios « que debían serme facilitados, lo que no se ha verificado, no « creo que mi persona sea tan interesante, supuesto que el plan « proyectado varía enteramente, la que sólo podría ser útil para « una expedición formal, pero no para la especie de hostilida- « des que propongo, y que son las únicas que pueden adoptar- « se. El general Balcarce puede desempeñar mi encargo á sa- « tisfacción de ámbos gobiernos. El partido que tomo, no es « hijo del comprometimiento público en que me hallo, y aun- « que conozco que los ojos de la Europa y de la América están « pendientes sobre mí, y sin duda alguna creerán que la inac- « ción de las fuerzas que mando no es efecto de la falta de au- « xilios por parte del gobierno argentino y el de Chile, sabría « sacrificar mi reputación por la felicidad de mi país; pero me « es absolutamente imposible continuar en el mando del ejérci- « cito sin que mi muerte sea muy próxima.» (21)

Resuelto á definir la situación, perseveró aún en buscar un acuerdo haciendo presión, antes de llegar á un extremo que no deseaba, y que consideraba funesto para todos, y en este sentido se dirigió por la última vez al gobierno de Chile exigiendo categóricas explicaciones sobre el cumplimiento de lo acordado: «Soy responsable á la nación chilena de mis ope- « raciones, como jefe de su ejército. Los ojos de la Amé- « rica ó por mejor dicho, los del mundo, están pendientes « sobre la decisión de la presente contienda con los españo- « les respecto á la expedición del Perú. Todos aguardan « sus resultados, y saben que el general San Martín es quien « está nombrado para decidirla. Ante la causa de la Amé-

(21) Ofi. reservado de San Martín al director de las P. U. de 14 de enero de 1819. M. S. (Arch. San Martín, vol. XXVII.)

«rica está mi honor; y no tendré patria sin él, y no pue«do sacrificar don tan precioso por cuanto existe en la tier«ra. Tengo dicho, que para esperar un suceso favorable de la «espedición se necesitan 6,100 hombres. Espero se me diga «si el Estado de Chile se halla en disposición de aprontarme los «efectos que tengo pedidos, y en que tiempo.» ([22]) El director O'Higgins contestó esta exposición y este emplazamiento con una larga y prolija explicación, que importaba una negativa disimulada, y podría tomarse como una burla á no ser la gravedad del documento. En resumidas cuentas, se reducía á decir á San Martín, que en la imposibilidad de verificar la operación con los recursos con que se contaba, y en la necesidad absoluta de hacerlo, no quedaba otro medio que buscar fuera de Chile 600 mil pesos, y concluía con estas palabras: «Si «V. E. puede proporcionarse esta adquisición, nada habrá en«tonces que este gobierno no allane por su parte para llevar á «cabo una obra cuyo desenlace tiene en suspenso la suerte de «la América.» ([23])

Al mismo tiempo que estas notas secretas se cruzaban, se fijaban carteles públicos anunciando la venta de las cinco fragatas tomadas al convoy español, que estaban destinadas para trasportes de la expedición, y aún cuando San Martín reclamó contra ello, y se suspendió en consecuencia la enagenación, fueron completamente despojadas. Desengañado que nada tenía que esperar ya del gobierno chileno, al menos por el momento, para llevar adelante su obra emancipadora, á la vez que indignado, decidiose á apelar á los medios extremos, á fin de que la situación hiciese crisis y con tal resolución se dirigió al gobierno argentino en los siguientes términos: «No hay «respeto humano que deba guardarse cuando se trata de la «seguridad y libertad americana. Está visto que la conducta «que observa este gobierno es la de no hacer el menor esfuer«zo para que se realice la tan decantada expedición al Perú, «no digo de los 6,000 hombres pedidos, pero ni aún de otro «plan que podría realizarse con 3,000. Todo el objeto es que «las Provincias Unidas costeen la expedición. Si se ha de es-

---

([22]) Ofi. de San Martín al director de Chile, de enero 16 de 1819. M. S. (Arch. San Martín, vol. XXVII.)

([23]) Ofi. del director de Chile á San Martín, de 20 de enero de 1818. M. S. (Arch. San Martín, vol. XXVII.)

« tacionar el Ejército de los Andes en Chile, es necesario que « el gobierno argentino lo mantenga, pues de lo contrario se di- « suelve. La armonía que creo necesaria á la felicidad de la « América, me ha hecho guardar la mayor moderación, y no « recurrir á medidas violentas que comprometiesen á ámbos « Estados. En atención á lo expuesto, es de necesidad repasar « los Andes sin perder un sólo momento. [24]

Terminada la campaña del sud, escribió reservadamente á Balcarce, se retirase con las fuerzas argentinas en disposición de repasar los Andes. Balcarce le contestó: «Estoy convenci- « do de que hay necesidad dejemos el país, tanto por la impo- « sibilidad que tiene de mantenernos, como porque cada día se « ha de hacer más pesado el gasto de una fuerza que ya no nece- « sitan.» [25] Pero á la vez que se manifestaba dispuesto á romper, reanudaba la correspondencia cortada, presentando al gobierno de Chile un nuevo plan, en el que, ratificándose que «eran necesarios 6,100 hombres para expedicionar con éxito sobre el Perú», explicaba como podría ejecutarse y las ventajas económicas y militares que de él resultarían.» [26] Y á fin de no quedar inhabilitado para soldar un rompimiento, escribía á su gobierno: «En el caso que se decida el repaso de los An- « des, es preciso que se alegue el pretexto de que alguna expe- « dición española se dispone á invadir á Buenos Aires, pues de « ese modo se concilia todo mejor.» [27]

Todo esto no era sinó la distribución de los papeles principales en el drama que iba á representarse, asignando á cada actor su caracter: al gobierno argentino el de promotor de una medida de que no se daba cuenta; al de Chile, el de agente pasivo de su plan por medio de la presión, y de víctima en el conflicto; á Balcarce, el de ejecutor de la reconcentración del ejército de los Andes; á las dos naciones y á los dos ejércitos, el de coros mudos; reservándose él el de árbitro, que según las circuns-

---

(24) Ofi. de San Martín al director de la P. U. de 28 de enero de 1818. M. S. (Arch. San Martín vol. XXVII.)

(25) Ofis. de San Martín de 28 y 30 de enero de 1818 al director de Chile y al de las P. U. M. S. S. (Arch. San Martín, vol. XXVII.)

(26) Carta de San Martín á Balcarce, de 27 de febrero y contestación del segundo, de 11 de febrero de 1818 en Nacimiento (Arauco), M. S. S. (Arch. San Martín, vol. XLVI.)

(27) Ofi. de San Martín al director de las P. U. de 28 de enero de 1818. M. S. (Arch. San Martín, vol. XXVII.)

tancias podía cambiar las respectivas posiciones, persiguiendo siempre su propósito fijo de expedicionar al Perú. Faltábale ensayar los medios terribles y los artificios ingeniosos, llegar al parecer hasta los últimos extremos, conciliar provisionalmente todo, alcanzar el resultado que buscaba brindándosele, deshacer su propia trama y combinar los elementos para llevar á cabo una resolución suprema que decidiría de su destino y en cierto modo del de la América. Son los documentos los que hablan.

V

Preparado así el terreno de maniobras, hizo una consulta *reservadísima*, aterradora por su frío laconismo: «En el caso « que este Estado (Chile), tratase de mudar su administración « ¿cuál es la conducta que debo observar? Sostener con la fuerza « de los Andes á este gobierno ó mantenerme neutral en las « oscilaciones que pueden ocurrir?» (28) Esta consulta, tenía por comentario una carta confidencial suya al director Rondeau, más aterradora por las consecuencias del paso que aconsejaba: « Conozco los males que van á resultar de la separación del « Ejército de este país, por el desorden que se va á introducir « en él. Si V. E. decide por que marche á las Provincias Uni- « das, *estoy seguro que al mes se ha introducido la anarquía en todo « el reyno,* pues lo que los contiene son las tropas de las Pro- « vincias Unidas.» (29)

Era la ruptura de la alianza argentino-chilena en perspectiva, el desmoronamiento de la situación política de Chile y la deposición implícita del gobierno de O'Higgins; era al parecer la destrucción de su propia obra; pero todo ello no pasaba de fintas para dominar moralmente la situación. Mientras tanto se reconcentró el ejército de los Andes en Curimón, en la parte superior del valle de Aconcagua que engarganta con el paso de la cordillera por Uspallata, secuestrándolo de todo contacto

(28) Ofi. *reservadísimo* de San Martín al director de las P. U. de 28 de enero de 1818. M. S. (Arch. San Martín, vol. XXVII.)

(29) Carta de San Martín al director Rondeau, de 28 de enero de 1819. M. S. (Arch. San Martín, vol. XXVVII.)

con el país. (30) Sin indicarles objetivo determinado, el General saludó á sus viejos soldados con palabras afectuosas: « Compañeros de los Andes! Habéis regresado al punto de que « salisteis para la reconquista de Chile. Cerca de tres años de « fatigas no han podido abatir vuestro corage. La conducta « observada y vuestra disciplina no tiene ejemplo en el mundo. « Moderados en la victoria y constantes en la desgracia, habéis « manifestado el colmo de las virtudes. » (31) En esta actitud espectante, sin provocar desde luego una ruptura, la hacía entrever, dejando empero una puerta entreabierta para el futuro.

Á mediados de febrero dirigiose al director O'Higgins *oficialmente* y por la vía *reservada* anunciándole que, «la guerra civil encendida en las provincias argentinas y el interes que le inspiraban la suerte y felicidad de la América, lo movían á trasladarse á Cuyo, para ponerlo á cubierto del contagio de la anarquía, llevando el propósito de mediar en una contienda que ponía en peligro la causa común», y terminaba con estas palabras preñadas de promesas y amenazas: «Tendré la mayor « satisfacción en volverme á poner á la cabeza del Ejército « Unido, luego que los aprestos para las operaciones ulteriores « que tengo propuestas y están confirmadas, estén listos. » (32) Públicamente confirmó estas palabras con una proclama de despedida á los chilenos: «Mi separación es momentánea: su « objeto es el bien general de la América. Con la unión y el « orden hemos vencido á nuestros enemigos: con ello afirmare- « mos la independencia. Conservadle, y los resultados serán « palpables á la felicidad pública. Os ofrezco volver á emplear

---

(30) La fuerza del ejército de los Andes el 1° de enero de 1819, al tiempo de operar su reconcentración en Curimón, era de 4,408 hombres, incluso jefes y oficiales, que se descompone del modo siguiente: Batallón 1° de cazadores, 773 hombres de tropa.—Batallón núm. 7° con 589 id.—Batallón núm. 8° con 714 id.—Batallón núm. 11 con 584 id.—Batallón de artillería 371.—Reg. de granaderos á caballo 776.—Reg. de cazadores montados 415, y 160 jefes y oficiales de todos los cuerpos. RESÚMEN: Artillería 371 hombres; Infantería 2660; Caballería 1191.—Cuartel general y Estado mayor 186 jefes y oficiales.—Jefes y oficiales de los cuerpos 160.—Total: 4,408 hombres. (Estado de fuerza de fecha 1° de enero, remitido al gobierno por San Martín con nota de 11 de enero de 1819. (Docs. del Arch. gral. M. S. S.)

(31) Orden del día de San Martín de 14 de febrero de 1818. M. S. aut. Arch. San Martín, vol. XXXVII, núm. 4.

(32) Ofi. *reservado* de San Martín al director O'Higgins, de 14 de febrero de 1818. M. S. (Arch. San Martín, vol. XXVII.)

«mis trabajos en beneficio vuestro: no soy capaz de faltar á «mi palabra, y bajo esta confianza debéis estar.» ([33])

El director O'Higgins, no dió á la intimación encapotada de San Martín toda la trascendencia que tenía, y prestando únicamente atención al incidente de mediar en la guerra civil argentina, le comunicó confidencialmente, que prévia consulta á la Logia de Lautaro,—que era su consejo aúlico secreto,—había acordado nombrar una comisión para que acercándose á los caudillos anarquistas que hacían guerra al gobierno argentino, mediase en ella á nombre de Chile bajo su dirección. ([34]) Antes de que llegara á sus manos esta carta, el general habíase dirigido á Mendoza, dejando á Balcarce encargado del mando en jefe del cantón de Curimón pronto á atravesar los Andes á la primera orden. Hízose seguir por lo pronto por 50 cazadores á caballo, 50 artilleros con 8 piezas y 500 fusiles, marcando con esto el movimiento inicial del repaso. Desde Mendoza hizo conocer á O'Higgins su resolución. Este, diose cuenta entonces de la gravedad de la situación, y debe decirse en su honor, que uno de los papeles más simpáticos en lo que este episodio dramático tiene de sublime comedia, es el suyo. El deseaba sínceramente la expedición al Perú y estaba penetrado de su importancia, y únicamente consejos desmoralizadores lo habían hecho flaquear; pero comprendiendo que su gobierno peligraba sin el apoyo de las bayonetas argentinas, á la vez de reconocer el derecho de las Provincias Unidas para pedir lo que era suyo, daba expansión á sus sentimientos en términos tan angustiosos como nobles, en el supuesto de que una expedición española amenazaba el Río de la Plata: «Terrible cosa es mover el ejército de los Andes á la otra banda, «le decía, y más terribles los riesgos á que este país queda «expuesto: las fracciones se reaniman y el virey Pezuela in- «tentará una nueva invasión. Peligra la libertad chilena res- «tablecida con el trabajo de usted mismo. Pero si es induda- «ble la expedición española al Río de la Plata, es justísimo que «todos los esfuerzos se ocupen de salvar al pueblo de donde «recibimos la libertad, y de donde en nuevas adversidades

---

([33]) Pub. en la «Gazeta ministerial de Chile» de 20 de febrero de 1818, núm. 80.

([34]) Carta de O'Higgins á San Martín, de 17 de febrero de 1818. M. S (Arch. San Martín, vol. XLI.)

«pueden volver á traerla.» ([35]) La Logia de Lautaro,—verdadero y único gobierno de Chile durante la ocupación argentina,—se ponía en movimiento movida por el mismo O'Higgins y por Guido, y su decisión fué que se satisfaciesen las exigencias de San Martín en el sentido de la inmediata prosecución de la guerra continental. Compuesta esta asociación, mitad de argentinos y mitad de chilenos, representaba la alianza político-militar de ámbos países, y tenía su ramificación en el ejército de los Andes que se hallaba penetrado del pensamiento fijo que su general le inoculara, que era expedicionar al Perú, á cuya empresa estaban ligados todos sus jefes por pasión y por juramento. O'Higgins, al comunicarle que un enviado de la Logia iba á Mendoza á conferenciar con él, le repetía lleno de zozobra y generosas expansiones: «Estoy sin tino, no sé lo «que hago, con el repaso de las tropas de los Andes. Bien me «hago cargo de las necesidades de Buenos Aires y de los ries«gos que le amenazan; pero este Estado queda en un inminen«te riesgo. Conozco que Buenos Aires pide lo que es suyo, y «nuestra gratitud nos obliga no sólo á auxiliar esta medida, «sinó, á pesar de la pérdida de Chile, á prestar las fuerzas que «tengamos.» ([36])

La contestación de San Martín fué ordenar que una división de 1,200 hombres repasase la cordillera y se estacionara en Mendoza. En esta actitud, á caballo sobre los Andes,—usando de esta palabra en su rigurosa acepción estratégica,—se colocaba en disposición de servir mejor la causa de la América en uno ú otro teatro, según las circunstancias, y cumplir con sus deberes para con su país, llenando á la vez otros objetos que no perdía de vista. En un caso, ejercía presión sobre Chile, obligándolo á decidirse por la inmediata expedición al Perú ó á renunciar á las ventajas de la alianza argentina. En otro caso, aseguraba su base de operaciones, que era las provincias de Cuyo, sustrayéndolas á la anarquía; influía moralmente sobre la pacificación del país,—como sucedió,—al mismo tiempo que remontaba su caballería,—como lo hizo,—en el ter-

---

([35]) Carta de O'Higgins á San Martín, de 15 de marzo de 1819 en contestación á dos de San Martín de 5 y 9 del mismo. M. S. (Arch. San Martín, vol. XLI.)

([36]) Carta de O'Higgins á San Martín, de 17 de Marzo de 1819. M. S. (Arch. San Martín, vol. XLI.)

ritorio que poseía los mejores elementos en esta arma. De todos modos, quedaba habilitado para hacer repasar el resto del ejército al oriente ó reconcentrarlo al occidente de los Andes, ya para concurrir á contrarrestar la anunciada expedición española en el Plata, ya para acudir al Pacífico á reforzar la expedición al Perú. Los resultados correspondieron á sus cálculos, no sin algunas complicaciones que hubieron de frustrarlos.

VI

Varios hilos multicolores formaban esta complicada trama que se cruzaban en la oscuridad sin enredarse, manejados aisladamente por la mano diestra del silencioso artífice, que llevaba de frente una doble correspondencia oficial y confidencial con los directores O'Higgins y Pueyrredón, con el ministro de guerra y con Balcarce, y una reservada con el agente argentino en Santiago, Guido, por cuyo intermedio hacía llegar á oídos del gobierno de Chile lo que le convenía, comunicándose indirectamente con las Logias de ámbos lados de la cordillera; y de este modo imprimía á cada uno de sus corresponsales la dirección conveniente á los fines que perseguía. Así, á la primera indicación del repaso de los Andes, el gobierno argentino desprevenido y sin acertar á tomar una resolución, limitose á manifestarle, que «detenía su contestación hasta que con más reflexivo examen se le comunicase una resolución, dada la importancia de la proposición, recomendándole que mientras tanto no hiciese novedad en el Ejército Unido.» ([37]) Pero sucedió que lo que San Martín había imaginado como pretexto, se convertía en realidad, y que la propuesta del repaso coincidía con la amenaza de una expedición española al Río de la Plata. El director Pueyrredón, que en lo que ménos pensaba era en retirar el ejército argentino de Chile, lo autorizó ante esta nueva emergencia. «En otras circunstancias, decíale, habría sido ma-
« yor mi conflicto al ver la pintura que hace de ese país (Chile)

([37]) Ofi. del ministro de guerra de las P. U. (Irigoyen) á San Martín, de 13 de febrero de 1819, contestando al de San Martín de 14 de febrero del mismo año. (M. S. Arch. San Martín, vol. XXXVII, núm. 1.)

« y de su falta de cooperación al sostén del ejército de los Andes; pero como no queda duda que se prepara una expedición « española á nuestras playas, mi sentimiento ha sido menor en « firmar la orden para la muy pronta retirada de nuestras fuer- « zas al oriente de la cordillera.» (38) En este sentido dirigiose el gobierno argentino al de Chile, comunicándole haber resuelto «dar de mano á la proyectada empresa combinada sobre Lima, dejándola para más favorable oportunidad, y que en vista del peligro inmediato que amenazaba á las Provincias Unidas, disponía el inmediato regreso del ejército de los Andes á territorio argentino, después del más serio y detenido acuerdo, terminando por solicitar sus auxilios para la defensa común.» (39)

El director de Chile por su parte, al recibir la nota de San Martín anunciando su determinación, la puso en conocimiento del senado; pero obedeciendo á las sugestiones que el general le hacía en su correspondencia privada, pidió autorización para enviar á la provincia de Cuyo un auxilio de 1,500 hombres, á fin de preservar esta provincia de los progresos de la anarquía. El senado se apresuró á dársela, manifestándole que «era de necesidad que las tropas chilenas traspasasen los Andes, tomando una parte activa para introducir el orden y restituir la unión, que debía ser el fundamento de la libertad», palabras sin sentido y sin alcance práctico, que sólo se explican por las sugestiones secretas de San Martín, como luego se verá. (40) Entre tanto, continuaba lentamente el repaso de las tropas, quedando subsistente el campamento de Curimón á cargo de Las Heras,—pues Balcarce se retiraba moribundo á Buenos Aires,—y se pedía á Chile la remisión de diversos pertrechos de guerra para la formación de un nuevo ejército en Mendoza. Guido, aunque poseedor tan solo de una parte del terrible secreto, lo encaraba ampliamente bajo sus diversos aspectos, y coadyuvaba eficazmente en su esfera de acción á los propósitos de San

(38) Carta de Pueyrredón á San Martín, de 1º de marzo de 1819, en contestación á una de San Martín de 28 de enero del mismo en Curimón, dirigida al general Rondeau, que desempeñaba interinamente el cargo de director por enfermedad de Pueyrredón. (M. S. Arch. San Martín, vol. XL.)

(39) Ofi. del director de las P. U. al de Chile, de 1º de marzo de 1819. (M. S. Arch. San Martín, vol. XXXVI.)

(40) Mensage del director O'Higgins al senado de Chile de 15 de febrero de 1819, y contestación del senado de 16 de febrero del mismo año. (M. S. en la biblioteca de Santiago de Chile.)

Martín. Á mediados de marzo le comunicaba: «Esta noche «se reunirán los amigos (la Logia), á tratar sobre el paso del «ejército de los Andes. Si esto se ha de verificar (para des- «gracia de este país y de toda la América) costará doble no «estando usted aquí. El tiempo es tan angustiado que apenas «nos deja partido que tomar.» (41) Tres días despues le dirigía una extensa carta, en que con largas vistas y suma habilidad, abogaba ante San Martín por la permanencia del ejército de los Andes, como necesaria á Chile y conveniente á la causa de la independencia, aún en el supuesto de realizarse la expedición española al Plata. «Eche una ojeada á este desgraciado «país, le decía, y considérelo perdido sin remedio. Pese las «desgracias que caerán sobre él y las execraciones que mere- «ceremos por no haberlas prevenido en tiempo. Veo perdidas «sus fatigas, la sangre de sus compañeros y los desvelos de sus «amigos, después de los esfuerzos más generosos por la liber- «tad del continente; veo, en fin, que el repaso del ejército de «los Andes, prepara peligros para nuestro país y la ruina ge- «neral de la América. Perdidos Chile y el Perú, una consun- «ción lenta basta para concluirnos. Compárense los bienes que «se propone Buenos Aires aumentando algunos hombres para «su defensa con los precipicios en que cerca á toda la Améri- «ca.» (42) Á los dos días, O'Higgins esforzaba oficialmente esta representación, dirigiéndose al gobierno argentino: «La «aflicción ha sido general en el momento que se ha trascendido «la noticia de la partida del ejército, lo que prueba no sólo que «todos ansian que se verifique la expedición á Lima, como el «único medio de asegurar la liberrtad de ámbos Estados, sinó «que no se mira á los individuos de ese Estado con los zelos «que se han hecho creer á V. E.» (43) Bien sabido tenía San Martín todo cuanto Guido le exponía respecto de las consecuencias desastrosas del retiro del ejército de los Andes, y de su eficacia para obligar al gobierno de Chile á decidirse por la expedición al Perú por este medio coercitivo, manteniendo la mitad de él al oriente y la otra mitad al accidente de la cordi-

(41) Carta de Guido á San Martín de 15 de marzo de 1819. (Arch. San Martín, vol. LVIII. M. S.)

(42) Carta de Guido á San Martín de marzo 18 de 1819, M. S. autóg. (Arch. San Martín, vol. LVIII.)

(43) Nota del director de Chile al de las P. U. de 20 de marzo de 1819. (Doc. del Arch. general, leg. «Director Supremo de Chile» M. S. orig.)

llera. Así es que, cuando vió que el gobierno argentino asumía la responsabilidad de la medida justificándola, que las Logias internacionales se ponían de su parte, y que O'Higgins y Chile se decidían por la expedición, empezó á aflojar los tornillos de su máquina de presión, escribiendo á Pueyrredón y al ministro de guerra (25 de marzo 1818), que en vista de las comunicaciones recibidas de ultra-cordillera, suspendía el repaso del ejército, y que, desde que la amenaza de una expedición española parecía disiparse por sí misma, debían variarse los planes concertados. (44) El general afectaba olvidar que él había sugerido como pretexto la especie de la expedición, que por acaso se convirtiera en causal pasagera.

El acaso, que en esta ocasión coincidía con la lógica de los hechos, vino á dar al laborioso plan de San Martín una influencia inesperada en el sentido de sus propósitos indirectos. Hemos dicho que la guerra civil había recrudecido por esta época en la República Argentina. Los caudillos anarquistas de las provincias del litoral del Plata, coaligados contra el gobierno general, habían obtenido ventajas sobre las tropas nacionales enviadas á combatirlas, y los restos de su ejército expedicionario se encontraban sitiados en el Rosario por el gobernador de Santa Fe, Estanislao López. El gobierno en tal conflicto, había ordenado que acudiese el ejército del norte mandado por Belgrano para sofocar de un golpe la rebelión, antes que San Martín apuntase la idea del repaso de los Andes. (45) En esta situación, el correo que conducía la carta de San Martín á Pueyrredón con copia de la de Guido y las comunicaciones de O'Higgins y del senado de Chile, fué interceptado por las montoneras de Santa Fe. El gobernador López se impuso con sorpresa de tan importantes noticias. Ignorando las verdaderas disposiciones de San Martín, se persuadió que la marcha del ejército de los Andes tenía por objeto la guerra de Santa Fe, y que iba á verse obligado á hacer frente á tres ejércitos á la vez. Con una sagacidad que le era nativa, se dió

---

(44) Ofi. de San Martín al ministro de guerra de 25 de marzo de 1819, y carta del mismo á Pueyrredón en igual fecha. (Arch. San Martín, vol. XXXVII, M. S.)

(45) Tocamos nuevamente este punto para correlacionar los hechos por lo que respecta al repaso del ejército de los Andes, que además de no entrar sinó por incidente en el cuadro de este libro, hemos narrado extensamente en nuestra «Hist. de Belgrano», t. III, cap. XXXVIII, (4ª edic.)

cuenta clara de su situación, y adoptó una resolución en armonía con sus instintos de caudillo personal y el sistema gauchipolítico de equilibrio que le era aconsejado por su situación territorial. Comprendiendo que no podía resistir al ejército de Belgrano que avanzaba en masa sableando sus montoneras, y obrando tal vez en él los sentimientos de argentino que no había desertado la causa común contra los españoles, se decidió á hacer la paz por sí con independencia de sus aliados en la Banda Oriental, Entre Rios y Corrientes para conjurar los peligros que le amenazaban. La entrega de los pliegos interceptados dió motivo á un acercamiento de los beligerantes domésticos, á que se siguió un armisticio, que por el momento puso término á la guerra civil, aunque no fué sinó una tregua pasajera. (46) Así se llenó uno de los objetos que San Martín tuviera en vista al repasar los Andes.

Como se dijo antes, desde Curimón San Martín había anunciado á O'Higgins su intención de mediar en la guerra civil, á la vez de hacer la intimación de que se ha dado cuenta ya. Contrariado el vencedor de los Andes por el caracter crónico que tomaba la guerra en las Provincias Unidas, perturbando sus vastos planes, todo su anhelo era ponerle término de cualquier modo. Su pasión era la independencia americana, á ella posponía todo, y su horror por las luchas intestinas había llegado á convertirse en una manía sistemática. Hallándose en Mendoza fué instruido de la bajada del ejército de Belgrano, que contrariaba por otra parte sus planes combinados sobre el Alto y Bajo Perú. Con anticipación había incitado á la logia lautarina de Chile por medio de Guido, á que comprometiese al gobierno de ultra-cordillera á fin de que mediara en la guerra civil argentina. El director O'Higgins, obedeciendo á esta impulsión secreta nombró una comisión con tal objeto, con encargo de que se acercase á don José Artigas, jefe de los caudillos coaligados contra el gobierno argentino é interpusiese sus buenos oficios, la que fué propiciada por San Martín, como que era el verdadero autor de la idea. (47) El

---

(46) Carta de Pueyrredón á San Martín, de 9 de abril de 1819, M. S. (Arch. San Martín, vol. XL.)—Véase «Historia de Belgrano», cap. citado en la nota anterior.

(47) Carta de O'Higgins á San Martín, de 17 de febrero de 1819. En ella le dice: «El amigo Guido le ha escrito la resolución de la O-O *(signo « que designaba la Logia')* para que nuestro amigo Cruz y el regidor Cavare-

director Pueyrredón, justamente ofendido de que se enviase una misión internacional ante un caudillo rebelde, que hacía una guerra de bandalaje, antes de dirigirse á él, y se reconociese por el hecho á las montoneras como beligerantes á riesgo de ensoberbecerlas más, previno formalmente á los diputados chilenos: que suspendiesen todo paso en ejercicio de su comisión, y así lo significó á San Martín, reprobando confidencialmente su avanzado proceder. (48) Esto tenía lugar en el mes de marzo en que el ejército de Belgrano abría sus operaciones sobre las montoneras de Santa Fe.

En su impaciente anhelo por un arreglo inmediato de la contienda doméstica, San Martín se dirigió á Artigas y á don Estanislao López antes de conocer las disposiciones del director Pueyrredón. Decía á Artigas: que la bajada del ejército del norte, con el cual contaba para operar contra los españoles en el Perú, desbarataba sus planes militares. Hablábale de la expedición española y lo incitaba á la unión; y mostrándose prescindente en la lucha intestina, lo incitaba á recibir la mediación, terminando por declarar: «Mi sable jamás se sacará de la « vaina por opiniones políticas, como estas no sean en contra de « los españoles y en favor de la independencia.» (49) La carta á López, concebida en el mismo sentido, pero en términos más expresivos, como si adivinara que este caudillo estuviese mejor dispuesto á la paz, le indicaba que no tendría inconveniente en celebrar una conferencia con él para arreglarlo todo patrióticamente. (50)

Estas declaraciones avanzadas de San Martín, eran imprudentes y aún ligeras, y sólo pueden ser disculpadas por su

---

« da, comisionados por este gobierno, pasen á verse con Artigas ó el jefe « que manda las fuerzas que hostilizan la campaña de Buenos Aires, esta- « blezcan una mediación á nombre de Chile, pidan cesación de hostilidades « y ofrezcan á nombre de este Estado garantir los tratados que se estipulen « entre el supremo gobierno de Buenos Aires y Artigas; pero que todo se « convenga con usted para que tenga acierto. » (Arch. San Martín, vol. XLI, M. S.

(48) Ofi. de San Martín al director, de 28 de febrero de 1819. M. S. (Arch. San Martín, vol. XLIV—Carta de Pueyrredón á San Martín, de 11 de marzo de 1819. Arch. idem. M. S.—Ofi. de San Martín á la comisión mediadora de Chile, de 3 de abril de 1819. M. S. (Arch. San Martín, vol. XLIV.)

(49) Carta de San Martín al gobernador Estanislao López dándole el título de «Comandante de las fuerzas de Santa Fe», de 13 de marzo de 1819. M. S. (Arch. San Martín, vol. XLIV, núm. 4.)

(50) Carta de San Martín á Artigas, de 13 de marzo de 1819. M. S. (Arch. San Martín, vol. XLIV, núm. 4.)

preocupación de los grandes intereses americanos, que anteponía á las formas del decoro nacional. La imparcialidad que afectaba era un reproche indirecto á la autoridad suprema de su patria, que sostenía la guerra en nombre del orden social. Su afirmación absoluta de no tomar parte en ninguna guerra civil, además de ser un acto contrario á su caracter militar, importaba debilitar la fuerza moral del gobierno, alejando de sus enemigos la amenaza del ejército de los Andes. Felizmente las cartas fueron detenidas por Belgrano, quien tan sorprendido como San Martín por la doble retirada, le escribía lleno de resignación: «Si usted se conmovió con mi bajada, figúrese « cual me habrá sucedido con la noticia de que su ejército de- « bía repasar los Andes. Tanto más me admiraba esto, cuanto « el director nada me dice de su movimiento, que va á retardar « la ejecución de los mejores planes, y quien sabe hasta qué « punto puede perjudicar la causa y afirmar el yugo español! « Pero lo dispone quien manda, y no hay más que obede- « cer. » (51) La trama se complicaba y sus hilos parecían enredarse en las manos del general de los Andes, precisamente en los momentos que se ocupaba en deshacerla, una vez llenado su objeto.

VII

Como el gobierno argentino no consideraba por entonces inminente el peligro de una expedición española, y por otra parte, no sabía que hacer con el ejército de los Andes que iba á gravitar sobre su exhausto tesoro, á la primera insinuación de San Martín de suspender el repaso, (25 de marzo de 1819), lo autorizó á dejar en Chile 2,000 hombres, (9 de abril de 1819) es decir, la mitad de su fuerza, y así lo comunicó al director O'Higgins en contestación á sus instancias. (52) Esto bastaba por el momento para los fines que se proponía San Martín, manteniéndose en equilibrio con un punto de apoyo sólido y

---

(51) Carta de Belgrano á San Martín, de 13 de marzo de 1819. M. S. (Arch. San Martín, vol. XLVI, M. S.)

(52) Ofi. del ministro de guerra á San Martín, de 9 de abril de 1819. M. S. (Arch. San Martín, vol. XXXVII.)

un pie á cada lado de la cordillera, sin perder de vista un instante su gran objetivo: el Perú. Pero las peripecias y complicaciones no habían pasado. Antes de trascurrir ocho días, (15 de abril de 1819) el mismo ministro de guerra que lo autorizaba á suspender parcialmente el repaso, manteniéndose á la espectativa, le ordenaba terminantemente y con urgencia, que la parte del ejército que se hallaba en territorio argentino, engrosado con 2,000 reclutas chilenos en reemplazo de los 2,000 hombres de los Andes que debían permanecer en Chile, marchase sin dilación á Tucumán, á hacer frente al ejército realista del Alto Perú, que según avisos del general Belgrano, se disponía á invadir la frontera del norte. ([53]) San Martín, conformándose ostensiblemente con esta orden, contestó, tal vez para hacer mayor presión sobre Chile, «que impartía las órdenes más positivas en consecuencia,» pidiendo instrucciones respecto al tren de artillería que quedaría en Cuyo. ([54]) En seguida hizo presente confidencial y oficialmente por la vía reservada, que tal medida importaba la disolución del ejército de los Andes, y elevó su renuncia. ([55]) Á esta fecha las fuerzas reunidas en Mendoza que habían repasado la cordillera, alcanzaban como á 1,200 hombres, permaneciendo al occidente de ella en Curimón como 2,200 hombres. ([56])

Aturdido Pueyrredón con las idas y venidas de San Martín, con su aparente variación de resoluciones, y las órdenes y contra-órdenes que le hacía firmar, obedeciendo al impulso del general de los Andes, tuvo un momento de noble impaciencia y le dirigió una carta que compendia la historia del oscuro episodio que venimos exponiendo, á la vez que la inalterable fidelidad del director argentino á las grandes ideas del gran general: «Como ese gobierno ha sido tan vário en sus deliberacio-

---

([53]) Ofi. del ministro de guerra á San Martín, de 15 de abril de 1819. M. S. (Arch. San Martín, vol. XXXVII.)

([54]) Ofi. de San Martín de 30 de abril de 1819, M. S. orig. en el Arch. gral. y en copia en el Arch. San Martín, vol. XXVII.

([55]) Ofi. de San Martín de 11 de mayo de 1819. (Arch. San Martín, vol. XXVII. M. S.)

([56]) Estado de fuerza de 11 de mayo de 1819. Doc. del Arch. general. M. S. He aquí su detalle: Artillería, 83 de tropa; Nº 1º de cazadores de infantería, 567; Granaderos á caballo, 213; Cazadores montados, 305, y á más 85 jefes y oficiales. Total: 1,253. En el campamento de Curimón en Chile se hallaban los batallones 7º, 8º y 11º con la mayor parte del batallón de artillería y un escuadrón de granaderos á caballo, sumando un total de 2,148 hombres de tropa.

« nes sobre la expedición á Lima, me ha puesto tambien en la « necesidad de variar mis órdenes alternativamente por los mo- « vimientos de ese ejército. Me dijo usted que convenía lo hi- « ciese venir: así lo mandé. Se me representó el peligro de « Chile, si quedaba abandonado á sus solas fuerzas; y dispuse « quedasen dos mil hombres para su guarnición y seguridad. « Con pocos días de intermisión se me repitió con interes, que « Chile se había decidido á realizar la empresa, procurando el « dinero necesario: por duplicado fué la orden para que sus- « pendiesen las tropas su regreso. En este estado me dice us- « ted, que habían empezado á pasar las tropas á esta parte de « los Andes. ¿Qué puedo determinar yo con acierto? Si la ex- « pedición se ha de realizar y la cordillera lo permite, quisiera « que volviesen á Chile los que están de esta parte. No hay « más remedio que hacer la expedición por el Pacífico ó reunir « nuestras fuerzas para entrar de un modo irresistible por el « Alto Perú.» (57) Insistiendo sobre estos tópicos le decía doce días después: «Todo se ha trastornado por las variaciones de « Chile, y nos ha agarrado la cordillera con el ejército dividido. « Sabe usted que su dictamen ha sido siempre la regla de mis « deliberaciones en todo lo relativo al ejército de los Andes. « Obre usted con la misma franqueza en adelante. Por último: « supuesto que nuestras empresas sobre Lima no pueden rea- « lizarse hasta la primavera que viene, sería conveniente diese « usted un paseo para conferenciar y allanar lo necesario al sos- « tén, elevación de fuerzas y mejora de la división que está en « Mendoza.» (58)

El director Pueyrredón dirigía estas palabras al general que había ilustrado con sus grandes victorias el período de su administración, en vísperas de dejar de ser hombre público. El 19 de junio de 1819, abandonaba el gran escenario y se perdía en su penumbra, circundado por esa sombra que acompaña á los mandatarios que resignan el poder en tiempos difíciles. (59) Sólo insistiremos sobre él en la parte que se relaciona con el asunto de este libro. Fué como gobernante el hombre de su partido y el

(57) Carta de Pueyrredón á San Martín, de 18 de mayo de 1819. M. S. (Arch. San Martín, vol. XL.)

(58) Carta de Pueyrredón á San Martín, de 29 de mayo de 1819. M. S. (Arch. San Martín, vol. XL.)

(59) Véase «Hist. de Belg.» t. II, cap. XXXIX, (4ª edic.)

gobernante nacional, representando una autoridad impersonal, por cuanto su base era parlamentaria y su acción estuvo subordinada á un centro aúlico directivo, lo que caracteriza políticamente su administración. Armado de un poder dictatorial, contrapesado por una oligarquía inteligente y patriota, sus actos llevaron el sello de la moderación, sin manifestar tendencias á la arbitrariedad caprichosa, y este es su rasgo moral como magistrado. Sin ser una personalidad marcada, ni tener la potencia propia que domina los acontecimientos y les imprime dirección, fué el representante de los elementos conservadores, que mantuvo el centralismo revolucionario necesario para sostener la lucha por la independencia. En su época y por sus afanes, se fundó la independencia argentina; adquirió respetabilidad exterior la nueva nación; se echaron los cimientos del gobierno parlamentario; se crearon dos grandes ejércitos nacionales que sostuvieron la república sin resabios de pretorianismo; tuvo lugar la valerosa resistencia de Salta en la frontera norte; llevose á cabo la reconquista de Chile atravesando los Andes; consolidose la alianza argentino-chilena, formulando el plan emancipador de la revolución argentina americanizada; preparose la expedición al Perú; los laureles de Chacabuco y Maipu orlaron el escudo de las Provincias Unidas, y estas son las luces, que en contraste con sus sombras, iluminan las páginas de su gloriosa administración, verdaderamente histórica.

VIII

Una sangrienta tragedia que se enlaza con los sucesos de esta época, y que debía tener una estruendosa repercusión en toda la América exacerbando los odios entre independientes y realistas, ocurría en una oscura población de las pampas argentinas á tiempo que el drama del repaso de los Andes empezaba á desenvolverse según el plan de su autor.

Encontrábase San Martín en Curimón pronto á emprender su viaje á Mendoza, cuando le llegó la noticia de que en la ciudad de San Luis había estallado una conjuración de prisioneros españoles, á que se atribuían vastas ramificaciones en ámbos lados de la cordillera. Alarmado con esta novedad, escribió confidencialmente á O'Higgins: «Ahora más que nunca se

« necesita haga usted un esfuerzo para auxiliar á la provincia « de Cuyo. Chile no puede mantenerse en orden y se contagia « si no acudimos á tiempo. El orden interno nos es más intere- « sante que cincuenta expediciones.» Al llegar á Uspallata le alcanzaban nuevos detalles sobre este suceso, y volvía á insistir sobre los auxilios pedidos, ordenando que se activase la marcha de la división argentina que debía iniciar el repaso. (60) Su gran interes por el momento era asegurar su base de operaciones y fuente de recursos subsidiarios, y hacer concurrir á Chile á este objeto, dejando para después la prosecución de sus planes sobre el Perú, que posponía al orden interno de los dos países, cuyo concurso eficiente necesitaba para realizarlos. Empero, el hecho no tenía la trascendencia que se le atribuía.

Como se explicó antes, (cap. IX, § I), el valle de San Luis en que se asentaba la ciudad de este nombre, es un oasis en medio del desierto, que ligaba las comunicaciones del litoral del Plata con la cordillera de los Andes por el camino de Chile. Hallábanse allí confinados como en una isla mediterránea del océano petrificado de la pampa argentina los prisioneros españoles de Chacabuco y Maipu, entre los cuales se contaba el pusilánime Marcó del Pont y el heroico Ordóñez, Primo de Rivera, Morgado y Morla, y casi toda la oficialidad del famoso regimiento Burgos. Por recomendaciones expresas de San Martín eran tratados con toda consideración por el teniente gobernador Dupuy, quien deponiendo su ceño adusto, les dispensó las más amistosas atenciones, á punto de corregir con su autoridad la inconveniencia de algunos oficiales nacionales, que en presencia de ellos entonaron una canción patriótica que lastimaba sus sentimientos de realistas en la desgracia. (61) Fueron alojados y atendidos generosamente con las comodidades que ofrecía la pobre ciudad cuyana, se les permitió conservar sus ordenanzas de servicio, y gozaban de una relativa libertad sin ser humillados ni molestados por una incómoda vigilancia. (62) Un corto piquete de milicias, mandado por un

(60) Carta de San Martín á O'Higgins, de 13 de febrero en Curimón, y 18 del mismo de 1819 en Uspallata, pub. por Vicuña Mackenna en «Rel. Hist.» parte 2ª, p. 667-669. (Arch. de O'Higgins.)

(61) «Memoria» de Manuel B. Álvarez, testigo y actor en el suceso. M. S. en el Arch. del Dr. Angel J. Carranza, cit. por Fregeiro en «Estud. histór.» sobre Monteagudo, p. 212.

(62) En comprobación del aserto del texto, copiamos á continuación dos cartas de los dos principales prisioneros españoles—*Carta de Ordóñez:*

oficial puntano llamado José Antonio Becerra, componía toda la guarnición de San Luis. El desierto era el centinela que los vigilaba. Ordóñez y Primo de Rivera, que vivían juntos, se entretenían en cultivar un huerto, y lo mismo que sus compañeros de desgracia mantenían relaciones sociales con las familias de la población, en cuyo seno eran acogidos con simpatía, endulzando su cautiverio las hijas de San Luis, renombradas por su belleza.

Los prisioneros vivian resignados, y aún felices según confesión propia, en medio de suculentos banquetes, bailes, amoríos y tertulias de juego,—una de ellas la del teniente gobernador,—cuando llegó á San Luis, confinado como ellos, pero por otras causas, el doctor Bernardo Monteagudo. Ordóñez, Primo de Rivera y Monteagudo, se ligaron por una fría pero cortés relación, y juntamente con un sobrino de Ordóñez, de edad de diez y siete años, llamado Juan Ruiz Ordóñez, empezaron á frecuentar una casa de familia atraídos por tres bellas jóvenes, hermanas del alférez de milicias de San Luis, Pedro Pascual Pringles, que llegaría á ser famoso como guerrero. Según la tradición, una de las hermanas, encendió una ardien-

---

« Sr. General D. José de San Martín—San Luis y setiembre 24 de 1818— « Señor de todo mi afecto: Uno de sus más reconocidos tiene la osa- « día de importunarlo, y aunque lleno de experiencia de que todo lo que « es frívolo molesta á las personas gobernantes, no quiero privarme por « más tiempo de este placer, que mucho más antes debiera haber intenta- « do. Tenga usted la bondad de no atribuirlo á otra cosa sinó á una mode- « ración sin límites, y de la cual me ha sacado la visita del amable y gene- « roso D. Manolito Escalada, quien me debe un militar afecto de que no « prescindiré en cualquier caso á que mi suerte me conduzca. Debo inmen- « sas atenciones á mi finísimo jefe el Sr. D. Vicente Dupuy, y no dudo que « en la superficie de mi pequeño círculo no pueda caber mayor agrado. Mis « compañeros de armas con igual motivo así lo preconizan, y todo refluye « en mi satisfacción.—Su afmo. y muy reconocido amigo, Q. B. S. M.—*José « Ordóñez.*»—*Carta de Morla*—San Luis, julio 18 de 1818—Señor D. José de « San Martín. Muy señor mío y amigo de mi mayor respeto: La más in- « grata de las criaturas sería yo, si perdiese un momento sin manifestar á « Vd. el cordial agradecimiento que respira mi corazón, por la multitud de « beneficios á que le soy deudor. Á Vd. debo una nueva existencia, respi- « rar un aire puro y gozar en fin de una suerte feliz en medio de mis des- « gracias. Mucho envidio una elocuencia ciceroniana para poder expresar « con alguna dignidad mis sentimientos; pero la bondad de vd. suple la es- « casez de mis palabras y los yerros de mi escrito. Hoy he sido llamado del « teniente gobernader D. Vicente Dupuy, el que ha tenido la bondad de « hospedarme en su casa y socorrerme con más fuertes cadenas que las que « me acompañan en mi prisión. Adios, mi general y bienhechor, el cielo « quiera prosperar su vida dilatados años para consuelo de los desgraciados, « como se lo pide su affmo. y reconocido amigo, Q. B. S. M.—*Lorenzo López « de Morla.*» (M. S. S. aut. Arch. San Martín, vols. XLIV y LXIX.)

te pasión en Monteagado á la vez que en Ordóñez ó en su jóven sobrino (que era el destinado á poseerla),. despertándose en ellos la rivalidad política y amorosa. Coincidieron con esto las alarmas que se difundieron en todo el territorio con motivo de la generalización de la guerra civil, y con un bando que expidió el teniente gobernador (1º de febrero de 1819) prohibiendo á los prisioneros salir de noche y visitar las familias, fundándose en que con su trato extraviaban la opinión pública. Esparciose al mismo tiempo la voz de que iban á ser separados y trasladados á diversos puntos, y desde entonces los prisioneros exasperados se ocuparon seriamente de poner en ejecución un plan de sublevación y fuga, que hacía como cuatro meses tenían meditado. Casualmente, al día siguiente del bando, llegaron de Mendoza veinte prisioneros más, con los que, y cincuenta y tres presos y detenidos en la cárcel y el cuartel de la guarnición, con que creían poder contar, consideraron asegurado el golpe. El número total de los conjurados, incluso ordenanzas y paisanos, no pasaba de cuarenta. El plan era prender al teniente gobernador y á Monteagudo, apoderarse de la población y de las armas, proporcionarse cabalgaduras y lanzarse á la pampa, en busca de las montoneras, según unos, pero mas probablemente en dirección al sud de Chile donde la guerra de partidarios volvía á encenderse. Al efecto, apalabraron baqueanos, prepararon arreos de monturas, se proporcionaron algunas armas (luego se verá cuales eran), y listo todo, quedó resuelto que el 8 por la mañana darían el golpe.

El alma de la conjuración era un simple capitán de infantería, llamado Gregorio Carretero, que es la más interesante figura de este trágico episodio. Un historiador español (Torrente) se limita á apellidarlo de valiente, sin dar más noticias acerca de él, y los historiadores americanos no las adelantan. El acaso nos ha hecho descubrir un documento que proyecta una luz nueva y simpática sobre este personage de alma intrépida, que apesar de su inferior graduación ejercía un predominio moral sobre sus compañeros de infortunio. Carretero había pertenecido al primer batallón del famoso regimiento Burgos, que tanto se distinguió en la guerra de la península contra los franceses, y en 1817 pasó á América con su cuerpo como capitán de la compañía de granaderos. En España era conocido por el ardor de sus ideas liberales y su odio al rey absoluto, y estaba afiliado á las sociedades secretas que preparaban

el levantamiento liberal de España acaecido en el mismo año en que él moriría mártir oscuro de una bandera caida que no amaba. Antes de embarcarse en Cádiz en 1817, él y varios oficiales de su batallón habíanse concertado con uno de los agentes secretos del gobierno argentino que residía en esa ciudad, y aceptado con entusiasmo bajo juramento la idea de un plan, que tenía por objeto entenderse con los independientes del Río de la Plata á fin de promover un arreglo pacífico con ellos levantando la bandera liberal en el Perú. ([63]) Sabido es, que, cada expedición militar que zarpaba de España, traía este gérmen liberal, cuyo foco estaba en Cádiz, y que las sociedades secretas de los constitucionalistas españoles tenían sus ramificaciones en los ejércitos realistas de América, que trabajaban en un sentido análogo á este plan. ([64]) La expedición á que pertenecía Carretero, de que ya hemos dado cuenta (cap. XVI, § III) arribó al Callao y fué destinada á formar parte del ejército de Osorio que invadió á Chile en 1818, triunfó en Cancharrayada y fué vencida en Maipu, donde cayó prisionero con todo su batallón. Tal era el hombre, que fiado en su ascendiente, concibió el plan de conjuración, comunicándolo únicamente á los más decididos para no comprometer el secreto. Fué tal la reserva, que prescindieron de Marcó del Pont, no obstante su categoría, probablemente por no considerarlo hombre de acción, y á esto debió su salvación.

En la noche del domingo 7 de febrero, invitó Carretero á sus camaradas á un almuerzo en la madrugada del día siguiente, diciéndoles que era para entrenerse luego en matar bichos en el huerto de su casa. El 8, á las seis de la mañana, estaban reunidos allí unos veinte oficiales de los prisioneros. El jefe de la conjuración los invitó á pasar al huerto, poblado de árboles. Reunidos allí á la sombra de una higuera, les brindó un ligero desayuno de pan y queso y un trago de aguardiente sanjuanino, regalo de otro prisionero español confinado en San Juan. En seguida, desenvainando un puñal y con ademán re-

---

([63]) Carta del agente de Buenos Aires en Cádiz, de 30 de julio de 1819 dirigida al director Pueyrredón, con inclusión del plan á que se hace referencia en el texto, en que se dan sobre el capitán Carretero estas interesantes noticias. (Papeles de Pueyrredón en nuestro Arch. M. S. autóg.)

([64]) Véase el opúsculo «El general Iriarte ante el tribunal de la opinión pública», p. 6, 18 y 20, en que se dan algunas noticias auténticas sobre el particular.

suelto y voz imperativa les dijo: «Pues señores, me tomo la «palabra—Los bichos que vamos á matar es que dentro de «una hora vamos á ser libres ó á morir. Todas las medidas «están tomadas, y al que se vaya ó no siga, lo mato!» Y sin esperar respuesta, procedió á distribuir unos diez cuchillos que había comprado en una pulpería á cuatro y seis reales cada uno, ordenando que los que no tuviesen armas agarrasen palos para pelear. Los más valientes, prorrumpieron en exclamaciones sordas, y los más tímidos se sintieron dominados ante la perspectiva de la libertad. Acto contínuo procedió á organizar las partidas que debían atacar los diversos puntos de antemano señalados. Á un capitán Felipe La Madrid con diez hombres, lo destinó para asaltar el cuartel; al capitán Dámaso Salvador con seis hombres, para posesionarse de la cárcel y dar libertad á los presos; al capitán Ramón Cova con dos más para apoderarse de la persona de Monteagudo. Dioles la seña y contraseña convenida, y después de decirles que el teniente gobernador corría de cuenta suya y de los jefes superiores, fuese á reunir con Ordóñez, Primo de Rivera y Morla que lo esperaban impacientes con sus ordenanzas armados.

Entre 8 y 9 de la mañana, la partida destinada á asaltar el cuartel llegó á sus puertas, y á los gritos de *¿qué es esto? ¿qué es esto?* que era la palabra de orden, desarmaron al centinela, penetraron por sus puertas, trabaron una lucha cuerpo á cuerpo con la guardia, á la que vencieron al fin, apoderándose de sus armas, y ocupando las puertas de las cuadras. Entre los asaltantes hacíase notar el teniente del batallón de Arequipa José Maria Riesco, natural de Chile, quien con un puñal ensangrentado en una mano y una hacha en la otra, se dirigió á la cuadra donde se hallaban los montoneros con que creían poder contar. Al tiempo de llegar á la puerta, saliole al encuentro un hombre de fisonomía hosca con rasgos acentuados de feroz hermosura, mirada torva, melena poblada y larga barba renegrida, quien armado de un cabo de lanza lo contuvo. Llamábase Juan Facundo Quiroga, era natural de la Rioja, tenía á la sazón treinta y un años, había sido blandengue de la frontera á órdenes de San Martín en el fuerte de San Cárlos, de donde desertara, prestando en seguida algunos servicios al ejército del norte y enroládose por último en la montonera, por cuya causa se hallaba preso. Tal fué la aparición en la historia del hombre destinado á alcanzar una aterradora celebridad como

caudillo en los fastos sangrientos de la guerra civil argentina. Su ejemplo alentó á los presos que cargaron sobre los asaltantes. Al mismo tiempo que los soldados del cuartel reaccionaban, de todos los puntos de la población acudía multitud de paisanos armados, estrechando en el patio al pequeño grupo, que fué exterminado. Salvose únicamente Riesco mal herido. Entre los muertos, contábase al intendente del ejército realista en Chile Miguel Berrueta, que se había unido al grupo, y cayó peleando con las armas en la mano al lado del capitán La Madrid. El ataque al cuartel estaba frustrado.

La partida destinada á posesionarse de la cárcel, al llegar á la plaza, vió cruzar un hombre á caballo, que sable en mano gritaba *¡á las armas!* á cuya voz salían de los ranchos hombres armados que se le reunían. Era el comandante Becerra, cuya sola presencia bastó para dispersarla, siendo muertos por el pueblo los que la componían, con excepción de uno que se había rezagado. Los destinados á prender á Monteagudo, no alcanzaron á llegar á su casa y fueron sacrificados aisladamente en distintos puntos, menos uno, el teniente Juan Burguillos, que se reunió á Ordóñez.

Poco antes del asalto del cuartel, presentábanse á la puerta de la casa del teniente gobernador,—que se hallaba situada en una esquina de la plaza,—Carretero, Morgado y Morla, solicitando una audiencia, que les fué concedida en el acto. Al entrar á su despacho, lo encontraron en compañía de su secretario el capitán de milicia Manuel Rivero, y el doctor José María Gómez, médico español confinado, de temperamento tan tímido, que por no comprometerse intimando relaciones con sus compatriotas enfermos, les tomaba el pulso sin apearse de su mula, (según confesión propia), por lo que había sido reprendido por Dupuy, recomendándole los asistiese con más cuidado. Después de cambiar saludos, Carreterro, sacando un puñal del pecho se precipita sobre Dupuy, quien con un golpe violento le hace saltar el arma de la mano. Atacado por Morgado, hombre corpulento y de fuerza herculea, lo rechaza de un puñetazo. Acude Morla, y entre los tres lo derriban al suelo, sin herirlo, lo que prueba que no querían atentar contra su vida. En ese momento aparecen Ordóñez y Primo de Rivera, seguidos por sus dos ordenanzas que traían al soldado que guardaba la puerta, la que por precaución dejaron cerrada. Pero antes de entrar, habíanse encontrado con el médico Gó-

mez y el capitán Rivero que salían dando gritos de alarma, recibiendo este último una puñalada que le asestó Burguillos por la espalda. Cuando se creían dueños de la situación y se disponían á imponer al teniente gobernador sus condiciones, oyeron ruidosos golpes y grandes gritos á la puerta de calle: *¡mueran los godos!* Era el pueblo encabezado por el alférez Pringles, que después de acabar con las tres partidas asaltantes en el cuartel y las calles, venía en auxilio del teniente gobernador. Sintiéndose perdidos los jefes de la conjuración, parlamentaron con Dupuy, y este empuñando un sable salió al patio y abrió la puerta. La multitud enfurecida precipitose sobre los gefes conjurados, matando á Ordóñez, Morla y Carretero. Morgado fué muerto por el mismo Dupuy. Primo de Rivera se refugió en el aposento de Dupuy, y encontrando allí una carabina cargada, se hizo saltar el craneo.

El proceso fué instruido por Monteagudo, avezado á este genero de procedimientos, tocándole por la tercera vez desempeñar el papel de juez sangriento. Como en la causa de los Carrera en Mendoza, formuló el dictámen y la sentencia de muerte, aconsejando que se ejecutase sin demora ni prévia consulta. Así se hizo. De los cuarenta conjurados, veinte y cuatro habían muerto en la refriega. De los diez y seis que sobrevivieron, algunos de ellos heridos, siete fueron fusilados, presenciando el suplicio ocho que eran meros cómplices pasivos. El único que salvó de esta hecatombe, fué el sobrino de Ordóñez, cuya sentencia se suspendió en consideración á su corta edad ó tal vez cediendo á las influencias tiernas que fueron causa inocente de la catástrofe, sometiéndolo á la decisión del general San Martín. Este, llegó á San Luis en los primeros días de marzo, llamó á su presencia al joven Ruiz Ordóñez, que le fué presentado con un grillete y una gruesa cadena á la cintura; condolido de su situación, le hizo sentar en una silla, llamó un herrero que le limase los hierros y le perdonó la vida. Después de hacer poner en libertad á Juan Facundo Quiroga, que desde ese día le profesó una entusiasta admiración y afecto, el general regresó á Mendoza, adonde lo llamaban urgentemente las complicadas atenciones del repaso de los Andes.

La matanza de San Luis, bien que justificada por las duras leyes de la guerra, levantó un grito de ira y de venganza en las filas de los ejércitos españoles que peleaban en América.

La guerra á muerte entre los partidarios recrudeció en las fronteras de Arauco y en las montañas del Alto Perú. Mantúvose empero en condiciones regulares la que continuaron haciéndose los ejércitos beligerantes, merced á la política humana iniciada por San Martín, que sus victorias hicieron prevalecer. ([65])

IX

Á su regreso á Mendoza, encontrose á fines de marzo y principios de abril con comunicaciones de Guido, de O'Higgins y de la Logia de Lautaro en que le avisaban que el gobierno y el pueblo de Chile estaban decididos por la expedición, pidiéndole determinase sus condiciones para ponerse al frente de ella como generalísimo y árbitro de la suerte del país y de la América. Guido, que tenía encargo de comunicarle lo que ocurriese cada dos ó tres días, le decía el 19 de marzo: «El director « ha pasado ayer una nota al senado manifestándole los peligros « que amenazan á Chile si el ejército de los Andes repasa. Creo « que sus miembros están decididos á una expedición á las cos- « tas del Perú aunque sea de 2,000 hombres, siempre que estos « queden de nuestro ejército. Quieren tambien, según hoy se « me ha insinuado, que todo corra por una comisión separada « de la secretaría de guerra. Algunos se explican ya contra « Zenteno (ministro de guerra y marina), y los más, que la expe- « dición no se ha hecho por la falta de energía del gobierno. En « fin, excepto los pícaros, todos están persuadidos que no hay « salvación si no se conmueve el Perú.» ([66]) Tres días después,

---

([65]) Esta narración, se funda en los siguientes documentos: 1º «Causa criminal» seguida contra los conjurados y docs. correlativos del Arch. general, M. S. S. 2º Correspondencia oficial de Dupuy y Luzuriaga con San Martín sobre el particular. M. S. Arch. San Martín, vol. XLIV. 3º Carta de Ruiz Ordóñez sobre el suceso, escrita en Barcelona en 1867. M. S. Arch. idem, vol. cit. 4º Docs. oficiales sobre lo mismo, publicados en la «Gazeta de Bs. Aires», núms. 110, 111 y «Extraordinaria» de 22 de febrero de 1819. Compárese con las narraciones que de este suceso han hecho: Vicuña Mackenna en «Rel. Hist.» y «Guerra á muerte»; Fregeiro: «Estudios históricos» sobre Monteagudo; Pelliza: en «Monteagudo: su vida y escritos»; V. F. López: «La Revol. Argentina»; Iñiguez Vicuña: «Vida de Monteagudo»; y Torrente: «Revol. Hisp. Amer.»

([66]) Carta de Guido á San Martín, de 19 de marzo de 1819. M. S. (Archivo San Martín, vol. LVIII.)

le decía: «Esta noche se reunirán los amigos (la Logia de Lau-«taro) para decidir que cuerpos quedan del ejército de los An-«des. Yo me veo negro para dar mi opinión sobre este punto, «porque veo que todos hacen falta. El convencimiento de que «todo se pierde desastrosamente si nuestro ejército repasa, es «ya sentimiento general de todos los que piensan.» ([67]) O'Higgins movido por la Logia, le escribía desesperado en esos mismos días: «Anoche se resolvió O-O (signo que significa gran «reunión de la lógia) que don Manuel Borgoño salga hoy con «toda diligencia á convenir con V. varios puntos de que dicho «amigo le instruirá verbalmente. Aseguro que estoy sin tino, «no sé lo que hago con el repaso de las tropas de los Andes. «Bien me hago cargo de las necesidades de Buenos Aires y los «riesgos que le amenazan; pero este Estado queda en inminen-«te riesgo. Conozco que Buenos Aires pide lo que es suyo, y «nuestra gratitud me obliga no solamente á conciliar esta me-«dida, sinó, apesar de la pérdida que debe esperarse de Chile, «prestar las fuerzas que tengamos.» ([68])

Á fines de marzo llegó el mayor Borgoño á Mendoza en calidad de representante de la Logia, plenamente autorizado por ella para convenir con San Martín todo lo relativo á la realización de la expedición al Perú y aceptar las condiciones que el general impusiera. Borgoño manifestó, que el almirante Cochrane había salido con la escuadra chilena en busca de la española para asegurar el dominio del Pacífico, de lo cual dependía la posibilidad de realizar la expedición, pero que cualquiera que fuese el resultado de su campaña marítima, la expedición se haría con arreglo á los planes del General. San Martín declaró, que se necesitaban de 4 á 6 mil hombres para la empresa; pero que se comprometía á llevarla á cabo hasta con 4,000 hombres solamente (como lo hizo), y además 500 mil pesos, de los cuales él podría proporcionar 200 mil pertenecientes á la parte del empréstito del medio millón realizado por el gobierno argentino con tal objeto. Así quedó convenido, y el generalísimo, para dar una prenda que sellase este pacto, aceptó el grado de brigadier general de Chile, que nuevamente

---

([67]) Carta de Guido á San Martín, de 22 de marzo de 1819. M. S. (Archivo San Martín, vol. LVIII.)

([68]) Carta de O'Higgins á San Martín, de 17 de marzo de 1819. M. S. (Arch. San Martín, vol. XLI.)

se le brindaba, y que antes rehusara, como rehusó el ofrecido antes por su patria. (69)

Fué en tales circunstancias cuando entregándose por completo á la gran empresa á que había consagrado su vida, dispuso que su esposa regresase á Buenos Aires, no obstante la inseguridad de los caminos interceptados por las montoneras, acompañándola hasta Río Quinto, donde le dió el eterno adios, pues ya no volverían á verse más en el mundo. San Martín ya no tenía más esposa que la América: se preparaba á renunciar á la patria, y empezaba por renunciar á la familia. Á su regreso á la tierra natal, después de libertar un continente, fundando nuevas repúblicas y contribuir á la consolidación de una tercera, encontraría su esposa muerta, su patria que le volvía la espalda, y por único premio de su amor y sus fatigas, una hija, que tomaría en brazos para ir al eterno destierro, apostrofado por sus compatriotas como desertor de la bandera que había cubierto de gloria!

Á vuelta de correo recibió la ratificación de lo convenido con Borgoño, por medio de una comunicación de la Logia, acordada en sesión solemne, que revela la decisiva influencia de esta misteriosa institución en la dirección de la política argentino-chilena y de los destinos de la América. En ella le decía: que oído el mayor Borgoño, habíase resuelto que el ejército de los Andes permaneciese en Chile, con el fin de realizar la expedición de armas al Perú en número de cinco mil ó más hombres, dentro de dos meses y medio á más tardar, contados desde la fecha del acuerdo. Agregaba, que al efecto, el gobierno hacía los preparativos necesarios, empezando por realizar trescientos mil pesos en dinero, completar la fuerza de los cuerpos, promover la construcción de útiles de guerra y acopiar víveres, contando para completar medio millón con los

(69) He aquí el texto del oficio de aceptación: «Exmo. señor: Ya sería «una ingratitud si no admitiese el despacho de Brigadier con que nueva- «mente me condecora el Estado de Chile que V. E. me remite en 20 del pró- «ximo pasado. Mi protesta de no admitir otro empleo que el de Coronel «Mayor, era con relación á las Provincias Unidas; mi delicadeza me había «hecho renunciar el que en 15 de junio de 1817 me remitió V. E. con igual «condecoración. Esté V. E. persuadido que la admisión que hago de este «empleo no es nominal, y que sabré sostenerlo en beneficio de ese Estado «con el mismo interes y decisión que si hubiese nacido en él. Reciba V. E. «mis expresivas gracias por el favor con que me distingue y honra.—Men- «doza, 1º de abril de 1819.—*José de San Martín.*—Exmo. Supremo Direc- «tor del Estado de Chile.» (Arch. San Martín, vol. XXVII. M. S.)

200 mil pesos que por parte del gobierno de Buenos Aires tenía el general recibidos. Por último: «Sobre todo se aguar-«da á V. lo más pronto, para que con autoridad plena se encar-«gue de todos los preparativos en toda la parte militar, par-«tiendo del principio, que cualquiera que fuese el resultado de «la escuadra chilena, no debe dejarse de la mano la obra in-«teresante de la expedición, debiéndose trabajar incesantemen-«te bajo cualquier aspecto que tomen las cosas.» (70) Juntamente con la misiva de la Logia, le escribía confidencialmente O'Higgins: «Conviene que V. venga cuanto antes á poner en «movimiento todos los resortes conducentes á la expedi-«ción.» (71) El ministro de Chile don Joaquín de Echeverría, uno de los más decididos partidarios de la empresa, decíale: «Aca-«bese de persuadir que no debemos perder un tiempo tan pre-«cioso. Su presencia es aquí absolutamente necesaria para «poner en movimiento todos los recursos del país y llevar á «cabo la expedición. Véngase, y viva persuadido que sin V. «no se puede emprender nada; y ni aún cuando se pudiera, «nunca tendría tan feliz resultado.» (72) Borgoño, después de darle cuenta del éxito de su misión ante la Logia, le agregaba: «Se ha acordado el nombramiento de una comisión facultada «para hacer el acopio de dinero, víveres y todo lo necesario, «para que quede V. con todo el poder conducente á facilitar, «ejecutar, mandar, conforme lo exige la celeridad del caso, y «hasta se propuso la creación de un ministerio para los nego-«cios puramente de la expedición, á fin de que la complicación «de otros no paralizase como hasta ahora este interesante «asunto.» (73) La carta de Guido era más explicativa: «Ano-«che se acordó unánimemente (en la Logia) que la expedición «al Perú se hiciera con cinco mil hombres, conviniendo en los «puntos siguientes: 1º—Que la comisión que hizo la distribu-

(70) M. S. orig. (Arch. San Martín, vol. XXVII.) Este es el único documento oficial de la Logia de Lautaro que hasta el presente se haya publicado, y que hicimos conocer por la primera vez en nuestras «Comprobaciones históricas», parte 2ª, p. 366-367. Puede verse su texto íntegro en el Apénd. núm. 19 juntamente con todos los demás documentos correlativos.

(71) Carta de O'Higgins á San Martín, de 3 de abril de 1819. M. S. (Arch. San Martín, vol. XLI.)

(72) Carta del ministro de gobierno de Chile Joaquín de Echeverría á San Martín, de 16 de abril de 1819. M. S. (Arch. San Martín, vol. XXVII.)

(73) Carta del mayor (después general) José Manuel Borgoño á San Martín, de 5 de abril de 1819. M. S. (Arch. San Martín, vol. XXVII.)

« ción de los 300 mil pesos fuese encargada de la recaudación « en un término perentorio. 2º—Que el dinero que se recolec- « tase fuera depositado en la casa de moneda bajo la responsa- « bilidad de la comisión, que igualmente sería la depositaria de « los víveres, etc. 3º—Que para adelantar los trabajos de la « maestranza se exigiese un empréstito de los extranjeros, del « numerario suficiente para ello, hipotecando la contribución « directa para su pago en un corto término. 4º—Que se delega- « se en V. la dirección para el apresto de la expedición dispo- « niendo ampliamente cuanto conviniese para ello. Nuestra « situación es tal, que si tirando un dado á la fortuna, no sali- « mos á buscar recursos al Perú, vamos á perecer de consun- « ción, y llegará tiempo en que las fuerzas actuales no bastarán « ni aún para la seguridad de este país. Todos están conven- « cidos de esta verdad, y muy especialmente de que sólo San « Martín puede realizar el proyecto. Vamos, pues, á dar la « última mano, y si nos toca perecer será en actitud más honro- « sa que la de la inacción.» (74)

La invención del paso de los Andes producía los resultados previstos por su astuto inventor. En presencia de ellos, puede decirse que pocas veces un hombre de acción trazó con más segura mano la línea del destino, al amalgamar elementos dispersos y remover obstáculos, ayuntando voluntades, allegando recursos, y por la sóla potencia de su génio individual y de su autoridad moral combinar tan vastos planes á la vez de dirigir ingeniosas y complicadas maniobras concurrentes cuyo secreto se reservaba. Merced á su decisión, su claridad de vistas y su poderosa influencia puesta al servicio de su causa, los destinos de la revolución sud-americana quedaron fijados desde ese momento: Lima caería, el Perú sería independiente, los últimos restos del poder español en el Nuevo Mundo serían vencidos, y San Martín cumpliría su misión redentora al frente de las armas argentinas y chilenas, según el plan de campaña continental concebido por él cinco años antes y ejecutado ya en sus tres grandes etapas: el paso de los Andes: la reconquista de Chile: el dominio del Pacífico. Quedaba solo el imperio esclavizado de los Incas por conquistar y libertar.

---

(74) Carta de Guido á San Martín de 3 de abril de 1819. M. S. (Arch. San Martín, vol. LVIII.)

Fué entonces cuando San Martín se puso á deshacer pacíficamente la red que tan pacientemente había tegido, cortando los nudos que no pudo desatar, algunos de cuyos hilos hubieron de envolverle á él mismo. Fué en tal ocasión cuando, Pueyrredón aturdido é impacientado con sus idas y venidas, le escribió, que él lo había hecho y deshecho todo, y que hiciese lo que le pareciera mejor. Así, con las seguridades recibidas de Chile y con esta autorización del director argentino, dirigiose al ministro de la guerra y desentendiéndose de los antecedentes, le participó: que en virtud del armisticio del Rosario había suspendido el repaso del ejército de los Ándes, por quedar sin efecto los motivos que lo impulsaron á aconsejar esta resolución. (75) El ministro le repuso: «Cuan- «do el gobierno acordó que el ejército de los Andes repasase «la cordillera, tuvo en consideración, no la disidencia de Santa «Fe y sus hostilidades, sinó otras causas que lo impulsaron á «esa medida, consecuente á las exposiciones de V. E. en el «particular; y sobre todo, los grandes obstáculos que presen- «taban irrealizable la expedición proyectada sobre Lima; pero «como el gobierno del Estado de Chile parece que en el día «calcula mejor sus intereses y se dispone á los esfuerzos y sa- «crificios que demanda la expedición, ha acordado quede sin «efecto en la parte que á V. E. pareciese oportuno; es decir, «que si en aquella previno quedasen en Chile sólo 2,000 hom- «bres del ejército de los Andes, podrá disponer que todo él se «detenga, y aún que los escuadrones de cazadores á caballo re- «gresen á aquel Estado si tambien se creyesen necesarios para «la expedición, quedando igualmente sin efecto la providencia «relativa al paso de las tropas de Mendoza á Tucumán.» (76)

Era necesario hacer esta prolija historia documentada, respecto de un suceso que ha sido por largos años un misterio mal interpretado que por la primera vez se pone en claro, y que tan trascendental influencia tuvo en los destinos de la emancipación sud-americana.

---

(75) Ofi. de San Martín al ministro de guerra, de 16 de abril de 1819. M. S. Doc. del Arch. general.

(76) Ofi. del ministro de guerra á San Martín, de 1º de mayo de 1819. M. S. Doc. del Arch. general.

CAPÍTULO XXII

COCHRANE—EL CALLAO—VALDIVIA

Años 1819-1820

El dominio del mar Pacífico—Previsiones de San Martín—Caracter de Cochrane—Sus extraordinarias hazañas en Europa—Su primera campaña naval en el Pacífico—Descripción de la bahía del Callao—La escuadra española se encierra en el Callao—Cochrane ataca por tres veces consecutivas el Callao—Establece el bloqueo—Se dirige á los puertos del norte—El vice-almirante Blanco abandona el bloqueo del Callao—Terminación de la primera campaña marítima—Segunda campaña naval de Cochrane—Reto á la escuadra española—Ataca de nuevo por dos veces al Callao—Desembarco y combate de Pisco—Extiende su crucero hasta Guayaquil—Apresa dos fragatas armadas—Terminación de la campaña naval del norte—Cochrane lleva su crucero al sud de Chile—Descripción de la bahía y fortificaciones de Valdivia—Toma de Valdivia—Ataque malogrado sobre Chiloe—El camino del mar franco para la expedición al Perú.

I

El dominio del mar Pacífico era condición indispensable de éxito para la expedición al Perú. El mismo San Martín lo había dicho dos años antes, después de Chacabuco: «Sin una « fuerza naval que domine el mar Pacífico, yo no expondré al « ejército expedicionario á ser desbaratado por dos á tres bu- « ques de guerra, que pondrá el Perú en precaución de la inva- « sión que es el mayor mal que puede venirle á su existencia.» (1) La captura de la «María Isabel» y de los trasportes de guerra que convoyaba, había dado preponderancia á la naciente mari-

(1) Carta de San Martín á O'Higgins, de 22 de abril de 1819, antes cit.

na chilena, pero no el predominio absoluto del mar y de las costas desde Chiloe hasta Panamá, ni reducido á la impotencia las fuerzas navales españolas en el Pacífico, que podían medirse con ella, aunque con desventaja, y que según noticias que se tenían de la península iban á ser reforzadas con dos navíos y una fragata. Nombrado Cochrane jefe de la naciente escuadra chilena después de aquél feliz ensayo, recibió por instrucciones, afirmar definitivamente ese dominio, destruyendo la escuadra enemiga, si era posible, ó encerrándola en sus puertos, batir en la mar el anunciado refuerzo. El nuevo almirante al desplegar su insignia en la «O'Higgins» «pudo como los viejos almirantes holandeses enarbolar una escoba en lo alto de sus mástiles.» Él barrería el mar Pacífico de naves españolas, que como bandada de pájaros amilanados, se encerrarían en sus puertos para sucumbir en ellos, uno por uno, desde el primero hasta el último.

Era lord Cochrane el tipo ideal del héroe de aventuras extraordinarias. Como el Teseo de Plutarco, el Hércules de la fábula ó el Aquiles épico, diríase que fué el engendro de alguna diosa liviana de la mitología que incorporara su fuego sagrado á la arcilla humana. Alma soberbia que no admitía la superioridad de nadie, ni aún de la asamblea soberana de su patria, como se ha visto (cap. XX, § VI), naturaleza poderosa ávida de acción y de emociones y presa de apetitos complicados; figura atlética cuya varonil belleza con rasgos de enérgica fealdad realzan luces resplandecientes contrastadas por sombras que las oscurecen: era uno de los primeros entre los héroes de la primer marina del mundo y fué el primero sin disputa en los fastos navales de la independencia de tres naciones sud-americanas. Pero este génio singular, animado por la potencia individual que domina los acontecimientos dentro de una determinada esfera de acción, no dominó nunca su propio destino, ni fundó escuela siquiera para prolongar su espíritu en su posteridad. Dotado de notables facultades intelectuales y morales, aunque sin talentos políticos ni método en sus operaciones, llevó á cabo hechos prodigiosos sin conquistar en la historia esa página comprensiva que da una significación moral y una potencia intelectual á las acciones humanas. Heroe universal, por el dilatado campo de sus hazañas marítimas y por las diversas banderas que en ámbos mundos adoptó como suyas, no tuvo patria ni se identificó por el amor con los pue-

blos que después han levantado estátuas á su fama póstuma. Su patria lo repudió con ira y menosprecio, y él se separó de ella maldiciéndola como una prostituta. De Chile, del Perú, del Brasil y de Grecia se alejó con enojo, después de contribuir en primera linea á su independencia, y en su testamento histórico los estigmatizó,—no sin razón para ello,—como ingratos, estimando en oro, como una mercancía, el precio de sus trabajos. (2) Gobernado por su caracter impetuoso, por una imaginación ardiente unida á un ingenio fecundo en expedientes, era un heroe de aventuras, mas bien que un hombre de guerra metódica, aún cuando todas sus empresas y golpes de mano fueran bien concebidos y perfectamente calculados hasta en sus más minuciosos detalles, aún aquellos que rayaban en lo imposible. Faltole empero, á su grandeza moral una pasión más ideal y desinteresada, un sentimiento más austero del deber, un espíritu más equitativo y un juicio más equilibrado, cualidades sin las que, el heroismo es cuestión de temperamento y el mismo génio una luz intermitente.

Este hombre singular amaba por temperamento el peligro, y su alma intrépida permanecía tranquila en medio de las tempestades ó de los combates. Amaba el oro con sensualidad, y á esto debió el perder su patria natal, y enagenarse en vida el amor y la estimación de los que premiándole con parcimonia, le cuentan en el número de los ilustres fundadores de su independencia. Amaba la gloria con imperio, sin admitir émulos y sin elevarse siempre hasta el principio generador que da su caracter moral á las hazañas dignas de memoria por su ejecución y por su significación. Amaba en abstracto la libertad, y su génio y su espada sólo se pusieron al servicio de las grandes causas de su tiempo, combatiendo contra Napoleón y en pro de la Grecia contra el despotismo turco en Europa; y por la

(2) En sus «Memorias», dice Cochrane que, gastó 95,000 pesos fuertes de su bolsillo, que Chile le quedó debiendo. El hecho positivo es, que Chile le donó una hacienda de 4,000 cuadras en recompensa de la toma de Valdivia, la misma de que después fué directamente despojado, sin que se le acordase ningún otro premio extraordinario en el curso de su carrera, fuera de la parte de botín de guerra que alguna vez se apropió, y de su sueldo de 10,000 pesos al año, que era el que correspondía al de un almirante inglés. En sus últimos años, fueron arregladas en parte sus cuentas con Chile, y después saldadas generosamente en sus descendientes. Al morir, aún no habían sido arregladas sus reclamaciones al Brasil. Del Perú se apropió una vez sus caudales, pagándose por sí mismo; pero fué para gastos de la escuadra.

emancipación del Nuevo Mundo en sus luchas contra la España y el Portugal. Amaba, sobre todo, á su esposa, cuya belleza fascinadora según algunos contemporáneos, hacía prorumpir en gritos de entusiasmo á los soldados americanos, cuando pasaba delante de sus filas manejando graciosamente su caballo en traje de amazona. (3)

Una de sus primeras y más señaladas proezas á la edad de 26 años, fué la captura del «Gamo», fragata española de 32 cañones con 219 hombres de tripulación, por el bergantín «Speedy« de 158 toneladas y 14 cañones, que él mandaba con 54 tripulantes. Cerrando alternativamente las vergas de su barquichuelo sobre los aparejos del buque enemigo y tomando distancia para hacer jugar su artillería, se resolvió al fin á abordarla. Dejó el «Speedy» á cargo del cirujano en el timón, y con el resto de su diminuta tripulación, dividida en dos partidas, condujo personalmente el ataque, y se apoderó de la fragata con la sola pérdida de cuatro muertos y diez y siete heridos, tomando más prisioneros que combatientes tenía á sus órdenes. Sus últimas hazañas en el viejo mundo, antes de entrar al servicio de Chile, (1806-1809) son memorables, La primera de ellas fué el combate que con un sólo buque sostuvo contra una fragata y tres bergantines franceses protegidos por las baterías de la isla de Aix, obteniendo los honores del triunfo, lo que según los historiadores difícilmente será igualado y nunca sobrepujado. La segunda fué la destrucción de parte de la escuadra francesa en la misma bahía de Aix (ó de Basques) por medio de tres brulotes cargados con 1,500 barriles de pólvora á que puso fuego por su propia mano. Estas acciones llamaron sobre él la atención de la Europa casi á la par de Nelson, é hicieron estremecer al mismo Napoleón, quien tributó á su audacia la merecida justicia. Durante su crucero por las costas de Francia, envió en una ocasión sus botes tripulados con el objeto de destruir una batería de costa. La expedición regresó al anochecer, declarando el jefe de ella,—que había acompañado á Cochrane en sus más temerarias empresas, —que la operación era impracticable. Lord Cochrane, lo interpeló con benevolencia en presencia de los tripulantes:—

(3) Miller: «Memorias», t. I, p. 180. Existe un retrato al óleo y de tamaño natural en el Museo de pintura de Chile, que no justifica este entusiasmo, aunque la fisonomía no carezca de rasgos delicados de belleza.

«Bien, Jack, *vos* creeis imposible hacer volar la batería?» Veinte voces respondieron al mismo tiempo: «No, mylord, no es imposible; podemos hacerlo si *vos* vais?» Poco después, la expedición conducida por él en persona, llevando Jack un barril de pólvora al hombro, hacía volar la batería. (4)

Tal era el héroe que en 1819 tomaba el mando de la escuadra de Chile en el Pacífico, y cuyos antecedentes personales hemos dado en otro capítulo (V. cap. XX, § VI.)

II

Á los veinte días de recibirse Cochrane del mando de la escuadra (14 de enero de 1819) zarpó del puerto de Valparaíso con cuatro buques: el navío «San Martín», de 60 cañones, capitán Wilkinson; las fragatas «O'Higgins» (capitana) y «Lautaro», con 48 cañones la primera y 46 la segunda, al mando de los capitanes Forster y Guise, y 283 hombres cada una, y la corbeta «Chacabuco», capitán Carter, con 109 hombres, sumando un total de 174 cañones y 1,131 tripulantes entre marineros y soldados. El contra-almirante Blanco debía incorporársele en las aguas del Perú con parte de los buques restantes. El 10 de febrero hallábase la escuadra chilena á inmediaciones del puerto del Callao, y se dispuso todo para atacar á la enemiga en su fondeadero, debiendo la «O'Higgins» abordar á la «Esmeralda» y la «Lautaro á la «Venganza», permaneciendo los otros dos buques en reserva.

Para que pueda formarse una idea clara de las operaciones que van á seguirse, se hace necesario dar una descripción del teatro de ellas.

El Callao es una de las más espaciosas bahías del mar del sud. Las montañas de la cadena occidental de los Andes que corre paralela á las costas del Pacífico, forma en lontananza el fondo del paisage, grandioso, pero triste y desolado en el primer plano, como toda la región marítima del Perú. Á su pie, en una planicie baja, está fundada la ciudad del Callao sobre el terreno de aluvión que se conoce con la denominación de

(4) «The naval chronicle», vol. XXII.—Allens: «Life of the Eard of Dundonald», p. 103. (London 1861.)

costa. Á poco más de cinco kilómetros de distancia, se encuentra la entrada del risueño valle del Rimac en que se asienta la ciudad de Lima, cruzada por el río del mismo nombre que se derrama en el seno de la bahía del Callao, en cuya boca los buques hacen su aguada. Lo que propiamente se llama el puerto, es una gran rada cerrada por dos islas. La más grande de estas islas lleva el nombre de San Lorenzo y dista como once kilómetros y medio de la población. Situada al extremo austral de la bahía, prolóngase del sud-este al nord-este en una extensión de otros once kilómetros, rompe la mar tendida, abrigándola de todos los vientos del cuadrante con excepción de los del oeste hasta el sud-nord-este que nunca soplan con fuerza en aquella latitud. Entre la punta sud del Callao (que es la lengua de tierra baja) y la extremidad sud de la isla de San Lorenzo, encuéntrase una pequeña isla que lleva el nombre del Frontón, y entre esta y la tierra un canal estrecho, algo peligroso, que puede navegarse bordeándolo en cinco brazas de agua, pero que hasta entonces no había sido practicado. Esta entrada, sembrada de escollos, lleva la denominación de Boquerón para distinguirla de la gran entrada abierta por donde pueden penetrar buques de mayor calado. Por último, al norte de la boca del Rimac existen varias lagunas que rebalsan en el mar y forman un banco de arena que se extiende como dos kilómetros, cuyo bajo se denomina de Bocanegra, que es el nombre de las lagunas. (5)

Las fortificaciones bajo cuyos fuegos se proponía atacar Cochrane la escuadra española, eran las que habían reemplazado las antíguas murallas de que estaba rodeada la primitiva ciudad, destruida como Lisboa por un terremoto en 1746. Tres gigantescos castillos circulares, coronados de altos torreones, y ligados entre sí, cubrían los extremos de las fortificaciones, y entre ellos se extendían las líneas de las baterías del Arsenal y de San Joaquín, artilladas con más de 165 piezas de grueso calibre, que barrían con sus fuegos toda la bahía. (6) Bajo la

---

(5) Véase Frezier: «Voyage dans la mer du sud»—Jorge Juan y Antonio de Ulloa: «Noticias secretas de América»—Caldeleugh: «Trávels in Sout-America»—Lafond: «Voyages»—«Derrotero de las costas de América» por King y Fitz-Roy, y plano de los oficiales de la «Beagle», *shee* XIV.

(6) Los castillos eran: el «Real Felipe» que tomó después el nombre de *Independencia;* el «San Miguel» que tomó el de *Castillo del sur,* y el «San Rafael», que fué arrasado por el general Rodíl durante el famoso sitio del Callao que sostuvo con tanta tenacidad.

protección de estas formidables fortificaciones estaba anclada la escuadra española compuesta de las fragatas «Esmeralda» y «Venganza» de 44 cañones cada una; la corbeta «Sebastiana» de 34; los bergantines «Pezuela», el «Maipú» y el «Potrillo» de 18 cañones; la goleta «Motezuma» de 7, el pailebot «Aranzazú» de 5, y 26 lanchas cañoneras, además de seis buques mercantes armados en guerra, á saber: la «Resolución» de 36, la «Cleopatra» de 28, el «San Fernando» de 26, el «Mocha» de 20, el «Huarmey» y el «San Antonio», con 18 cada uno, formando un total de 350 cañones. (7)

El 28 de febrero al amanecer, que era el día señalado por Cochrane para dar el ataque, una densa niebla cubría la bahía, que se disipaba por intervalos á proporción que el sol se elevaba en el horizonte tras de las montañas del oriente. Era precisamente el día elegido por el virey Pezuela para pasar revista á sus fuerzas navales y ejecutar con ellas un simulacro de combate. El virey presenció el comienzo del simulacro desde tierra, y poco después se embarcó en el velero bergantín «Maipu» (corsario independiente apresado por los realistas) para presenciarlo más de cerca. Á las once de la mañana había cesado el fuego del simulacro, cuando habiéndose aproximado el «Maipu» á la isla de San Lorenzo, descubrió á sotavento al través de la niebla que comenzaba á elevarse, una hermosa fragata que navegaba en demanda del fondeadero orillando el bajo de Bocanegra, con larga bandera española, las portas cerradas y las velas con ese color oscuro que toman en las largas navegaciones, y que al avistarlo se puso en facha. *¡Buque de España!* gritaron los tripulantes del «Maipu». El virey pidió al comandante del bergantín se acercase á la fragata, pero este le contestó que le estaba prohibido reconocer ningún buque teniendo la primera autoridad del reino á su bordo, y que además, perdería la línea de barlovento, de manera que ni á las cinco de la tarde podría ganar el fondeadero. El virey desistió, y salvose así de caer prisionero de Cochrane. La fra-

(7) Estos con poca diferencia son los buques que declara el historiador español Torrente, t. II, p. 492, variando un tanto en el número total de cañones. En cuanto á las piezas de las baterías de tierra, el mismo historiador las hace subir á 165 (Camba dice que eran más de 150) y es la cifra que hemos adoptado, aún cuando los historiadores americanos las hagan ascender á 200.

gata avistada era la «O'Higgins», (antes «María Isabel») capitana de la escuadra chilena. (8)

La niebla había separado los buques independientes. Atraídos por el cañoneo del simulacro, encontráronse á eso de las dos de la tarde reunidos á la entrada de la bahía, sobre la cabeza norte de la isla de San Lorenzo, pero algo distanciados unos de otros. La «O'Higgins», que era la más velera y llevaba la delantera, penetró al puerto, y apresó una lancha cañonera del enemigo tripulada por veinte hombres que había quedado retrasada. Sin esperar á las demás embarcaciones, la capitana chilena avanzó sola seguida de cerca por la «Lautaro», y con el «arrojo más temerario»,—dice un historiador español, testigo presencial,—se puso dentro del tiro de cañón de las baterías á favor de la niebla. Á la distancia, como de novecientos metros, echó un anclote por la popa, izó la bandera chilena (hasta entonces llevaba bandera norte-americana) y rompió el fuego sobre los buques y castillos españoles, que fué vigorosamente contestado por ellos. En esos momentos empezó á disiparse un tanto la niebla, y viose que el «San Martín» y la «Chacabuco» habían quedado á retaguardia fuera de tiro por falta de viento. El desigual combate se prolongó así por espacio de una hora, interrumpido por las intermitencias de la niebla que separaba de tiempo en tiempo á los combatientes de la vista. La situación de los buques independientes llegó á ser muy crítica bajo los fuegos de 500 piezas de artillería de grueso calibre (declaración española), de las cuales, 250 por lo menos funcionaban activamente. El capitán Guise de la «Lautaro» se hallaba gravemente herido, y su teniente maniobró tan mal, que se separó al principio del combate y no volvió á entrar en línea. La «O'Higgins» tenía el botalón tronchado y la járcia despedazada. Pero Cochrane no era hombre de retroceder ante ningún peligro. Quería dominar moralmente al enemigo con su golpe de audacia, establecer su ascendiente sobre sus subordinados, y notando la mala puntería de los españoles, sostuvo solo el combate una hora más; pero aproximándose la noche y habiendo caido el viento, retirose al fin lentamente con muy pocas pérdidas de muertos y heridos. Al día siguiente, reparadas las averías, volvía á entrar á la rada inte-

---

(8) Camba: «Memor. para la historia de las armas españolas en el Perú», t. I, p. 303-304.

rior con la «O'Higgins» y la «Lautaro», rompiendo el fuego sobre la línea de lanchas cañoneras que obligó á refugiarse maltratadas bajo sus baterías. Los realistas asombrados, decían, que el mismo diablo debía haber tomado el mando de la escuadra chilena: luego supieron que era el lord Cochrane, y su sólo nombre bastó para mantenerlos al ancla y á la defensiva dentro de sus puertos al amparo de sus baterías de tierra, y aún allí mismo no seguros.

Malogrado el proyecto de un ataque por sorpresa, pensó renovar en el Callao la hazaña de Aix. Al efecto, se posesionó de la isla de San Lorenzo, y estableció allí un laboratorio de mixtos para armar dos brulotes á fin de incendiar la escuadra española en su fondeadero. El 22 de marzo estaba todo listo para la nueva empresa que meditaba. En la noche, se hizo á la vela con los cuatro buques, y se dirigió con ellos sobre los fuertes para ocultar la marcha de uno de los brulotes, que se había dejado ir á la deriva á merced de las olas que lo llevaban á la costa. La «O'Higgins» penetró hasta la proximidad del muelle, desafiando los fuegos combinados de los fuertes y las embarcaciones. Cuando el brulote se hallaba como á tiro de fusil, encalló, y una bala de cañón de las baterías de tierra le abrió un rumbo. Habiendo caído en ese momento el viento y hallándose muy distantes de la capitana los demás buques que debían sostenerla, el almirante hubo de renunciar á su ataque y dejar que el brulote se fuese á pique.

Dos días después (24 de marzo) intentó Cochrane un nuevo ataque parcial, en que fué más feliz, consiguiendo apresar la goleta «Motezuma» y algunos buques mercantes, apoderándose de algunas lanchas cañoneras. Los marinos españoles despechados, al ver que una sola nave había quedado de centinela en el puerto, hicieron una salida con las fuerzas sutiles con el objeto de abordar á la «O'Higgins». Á favor de una espesa niebla y de una calma, acercáronse á ella á remo como á tiro de pistola, pero recibidos por algunas andanadas bien dirigidas y habiéndose levantado una ventolina que permitió á la fragata dar la vela, los asaltantes volvieron á refugiarse bajo sus baterías, escapando con dificultad.

«No habiendo producido más que demostraciones inútiles las tentativas hechas», dice el mismo Cochrane en sus «Memorias», y hallándose su escuadra falta de agua y de provisiones, dirigiose con ella al puerto inmediato de Huacho, dejando á la

«Chacabuco» en San Lorenzo para cruzar y dar avisos. El 1º de abril se incorporó en este punto el vice-almirante Blanco Encalada con el «Galvarino» de 22 cañones y el «Pueyrredón» de 16. El almirante resolvió dividir sus fuerzas, y ordenó á Blanco Encalada que con el «San Martín», la «Lautaro», la «Chacabuco» y el «Pueyrredón» mantuviese el bloqueo del Callao, mientras él con el resto de los buques se dirigía á los puertos del norte.

El almirante extendió su crucero hasta el último puerto del Perú al norte, donde hizo un desembarco y apoderose á viva fuerza de la plaza y de la artillería de bronce de sus fuertes, haciendo varias presas y exparciendo en las costas las proclamas de O'Higgins y San Martín que anunciaban una próxima expedición libertadora, (cap. XXI, § III) que acompañó con una suya en que decía á los peruanos: «Los repetidos ecos de « la libertad que resonaron en la América del Sur, fueron oídos « en la Gran Bretaña, en donde no pudiendo resistir al deseo de « unirme á su causa, determiné tomar parte en ella. La repú« blica de Chile me ha confiado el mando de sus fuerzas nava« les. Á ella compete cimentar la soberanía del Pacífico. Con « su cooperación serán rotas vuestras cadenas.» Á su regreso al Callao encontró abandonado el bloqueo de este puerto. El vice almirante Blanco Encalada, dando por razón hallarse escaso de víveres, lo había levantado y regresado con sus cuatro buques á las costas de Chile. Cochrane resolvió entonces dar por terminada su primera campaña marítima, que consideró como un simple reconocimiento, habiendo conseguido uno de sus principales objetos, que era encerrar la marina española en el Callao y reducirla á la impotencia, dominada moralmente.

III

El 17 de junio de 1819 entraba Cochrane con sus dos buques á Valparaíso, decidido á tentar nuevamente la destrucción de la escuadra enemiga, poniendo en práctica un plan que tenía meditado. (9) Desde Inglaterra traía en su cabeza dos

(9) La relación de esta campaña marítima se funda en el testimonio de los historiadores españoles y americanos y en los documentos oficiales correlativos. V. «Memoramda of naval services in the liberation of Chili

ideas: introducir en la guerra marítima la novísima invención de buques á vapor aún no generalizada en la navegación, y emplear como principal agente de destrucción los cohetes á la congreve ensayados con tanto éxito por Nelson en Copenhague y usados por él mismo en el ataque de Aix pocos años antes. No dudaba que con este nuevo proyectíl incendiaría la flota española del Callao, y diole preferente atención durante tres meses, encomendando su elaboración al ingeniero Goldsack, que había trabajado en el arsenal de Woolich con el mismo inventor, y al efecto le acompañara desde Inglaterra. [10] En presencia del almirante se hizo un ensayo de los cohetes en la bahía de Valparaíso, y quedó plenamente satisfecho de su buena dirección, alcance y terribles efectos. [11] Uno de los morteros de nueve pulgadas remitidos por el gobierno de Buenos Aires con tal objeto, fué agregado al material de la escuadra. Esta se aumentó con la fragata «Curacio» de 28 cañones de que antes se dió noticia, la que tomó el nombre de *Independencia;* organizose para su servicio militar una brigada de marina de 400 plazas, cuyo comando se dió á un distinguido oficial inglés Jagrae Charles, que había hecho la guerra en toda la Europa,

---

and Peru from the spanish domination», traducido al castellano con notas con el título de «Memorias» de lord Cochrane.—Miller (testigo presencial) «Memorias», t. I, p. 184 y sig.—Camba, historiador español cit. dice refiriéndose al primer ataque del Callao: «Retirándose Cochrane con sus bu-«ques para reparar las averías que habían experimentado, pocas y de corta «entidad para el fuego que se les había hecho y la corta distancia á que lo «aguantaron.» t. I, p. 304.—Torrente, op. cit. t. II, p. 493 da igual testimonio.—Stevenson (secretario de Cochrane): «A historical and descriptive narrative of twenty years' residence in South-America», t. III, p. 150 y sig.—Véase además por vía de complemento, García Reyes: «Memoria», citada, y Sayago: «Crónica de la marina militar de la república de Chile.» *passim.*

(10) En carta de Álvarez Condarco á San Martín desde Londres, de 22 de noviembre de 1818, antes cit. le dice: «Para hacer ir al lord Cochrane «me fué preciso entrar en sus planes del buque de vapor, cuya opera-«ción debía hacerse con tres mil libras de mis fondos, tres idem del «lord Cochrane, otro tanto más suplido por la casa de Clice, la que no tu-«vo embarazo en entrar en esta nueva empresa, al mismo tiempo que con «quinientas libras con destino á las máquinas y todo el aparato para los «cohetes incendiarios.» (M. S. Arch. San Martín, vol. XLIII.) Cochrane en sus «Memorias» hace mención del proyecto del buque de vapor, y en la correspondencia de Guido se encuentran referencias á él apoyándolo. (Doc. del Arch. general. M. S.)

(11) Carta de Guido á San Martín, de 28 de agosto de 1819 en que dice: «El ensayo de los cohetes últimamente hecho en Valparaíso desde el mar «ha correspondido cumplidamente. La dirección es muy certera, su alcan-«ce considerable y sus efectos terribles.» (M. S. Arch. San Martín, vol. LVIII.)

y por segundo al mayor Miller. Listo todo, el «Pueyrredón», comandante Prunier, el «Intrépido», (argentino) comandante Carter, y la «Motezuma» capitán Casey, fueron despachados á los puertos del sud para vigilar el paso de la expedición naval de la península que se esperaba. La escuadra expedicionaria zarpó de Valparaíso dos días después (12 de setiembre) organizada del modo siguiente: la fragata «O'Higgins», almiranta; navío «San Martín», con el vice-almirante Blanco Encalada y capitán Wilkinson; fragatas «Independencia» y «Lautaro», comandantes Forster y Guise; bergantines «Galvarino» y «Araucano», capitanes Spry y Tomas Crosbie, y dos de las fragatas apresadas al convoy español, la «Victoria» y la «Jerezana» destinadas para brulotes. La confianza del almirante en el éxito de su empresa era tal, que en víspera de dar la vela escribía al director O'Higgins: que el 24 de setiembre á las ocho y minutos de la noche estaría ardiendo la escuadra española surta en el Callao, y que recibiría el parte de su destrucción el 15 de octubre sin falta. (12)

El 28 de setiembre llegó la escuadra chilena al fondeadero de San Lorenzo, y el 30 envió un parlamentario á tierra retando á la escuadra realista á salir fuera del puerto con los buques que quisiera y ofreciéndose á atacarlos buque á buque y cañón á cañón. «Esta propuesta de dudosa regularidad en « los usos de la guerra, dice Miller, recibió una lacónica nega- « tiva; y la medida tambien inútil, de enviar un cohete á tierra « en el bote de parlamento para enseñarlo á los realistas, pro- « dujo una impresión diferente de la que se esperaba.» Los españoles estaban bien preparados á la resistencia: habían aumentado sus defensas con una estacada de maderos flotantes que cubría sus embarcaciones y perfeccionado á sus artilleros en el tiro, preparando hornillos de bala roja.

---

(12) Referencia en carta de O'Higgins á San Martín de 20 de setiembre de 1819. (M. S. Arch. San Martín, vol. XLI.) He aquí el texto del párráfo de carta de O'Higgins que es interesante y curioso: «Salió el lord Cochra- « ne. Más de cuatrocientos mil pesos ha costado su habilitación, de lo « cual se queda debiendo más de las dos terceras partes. El mismo Cochra- « ne confiesa que ni en Inglaterra se equipan mejor los buques. (En sus « Memorias dice este lo contrario.) Han sobrado marineros, y llevan víve- « res para cuatro meses. En carta particular al dar la vela, Cochrane me « dice, que el 24 del presente mes á las ocho y minutos de la noche se ha- « llará ardiendo la escuadra del Callao, y que el día 15 de octubre recibiré « su parte. Yo vivo en la seguridad que no faltará Cochrane á lo que me « ofrece.»

El plan del almirante era hacer penetrar al puerto, hasta ponerse á tiro de los buques españoles, con cuatro balsas de maderos de fuertes esplanadas, remolcadas, dos de ellas con coheteras, una con el mortero y otra con el depósito de bombas y municiones, permaneciendo el grueso de su escuadra al ancla á la espera del incendio que ya veía arder en el horizonte. Después de dos reconocimientos prévios, situose Miller en la noche del 2 de octubre á vanguardia del ála izquierda de la línea de ataque, hacia Bocanegra, con una balsa remolcada por el «Galvarino» llevando el mortero, y el «Pueyrredón» con el depósito. Seguían á la derecha las dos balsas con cohetes á remolque del «Araucano» y de la «Independencia», mandadas por el capitán Hind y el comandante Charles. Los tripulantes de las balsas iban provistos de salvavidas. Roto el fuego por el mortero á distancia como de setecientos metros, viose que las bombas llegaban hasta los fuertes, y una de ellas echó á pique una de las lanchas cañoneras del enemigo; pero inutilizado su afuste y fallando las trincaduras de la balsa quedó fuera de combate. Los cohetes no surtieron ningún efecto, así por la mala construcción de estos proyectiles, como porque no era posible que las balsas se aproximasen lo bastante á tierra sin ser echadas á pique, y á la distancia á que funcionaron poco daño podían causar aún con mejores elementos. ([13])

Los españoles tiraban á bala roja y con bastante acierto. Uno de sus proyectiles, ó acaso un accidente, produjo una explosión en la balsa del capitán Hind, resultando este y doce de sus tripulantes con graves quemaduras. El «Galvarino» recibió algunas averías y tuvo varios muertos, entre ellos su teniente Tomás Baylie que fué dividido por una bala de cañón. Convencido el almirante de la ineficacia del ataque mandó retirar las balsas al amanecer. La pérdida total de los indepen-

---

([13]) He aquí la crítica que hace O'Higgins de esta operación, informado sin duda por algunos de los oficiales ingleses de la escuadra, enemigos de Cochrane: «Según opinión de muchos, aún cuando todos los cohetes « hubiesen sido buenos, habría acontecido lo mismo. 330 piezas de grueso « calibre en tierra y los buques de guerra, es más que fuerza suficiente pa« ra no permitir buque alguno ni menos á balsas aproximarse dentro del « tiro de cohetes, y asi es que, muchos que eran buenos no alcanzaron á « surtir efecto. » Carta de O'Higgins á San Martín, de 20 de noviembre de 1819. M. S. (Arch. San Martín, vol. XLI.) Cochrane, en sus «Memorias» atribuye el mal éxito únicamente á la mala construcción de los cohetes, sin embargo de haber estado á cargo de un ingeniero de toda su confianza y haber quedado satisfecho del ensayo hecho en Valparaíso.

dientes fué de veinte hombres, entre muertos y heridos. Empeñado el almirante en la destrucción de los buques enemigos, resolvió llevar un nuevo ataque combinado de las balsas con uno de los brulotes para hacer volar la valla de maderos flotantes que los protegía. El resultado fué el mismo de los cohetes. El brulote, conducido valientemente por el teniente Morgall, no pudo avanzar por falta de viento, y acribillado á balazos desde las baterías de tierra, con rumbos de agua, hubo que dar fuego á la mecha antes de tiempo, estallando lejos de la estacada. El almirante tuvo al fin que desistir de su intento; pero sin desanimarse por estos fracasos.

Al día siguiente del último malogrado ataque, avistose mar afuera una vela extraña, que luego se reconoció ser una fragata. La escuadra salió á darle caza; pero distanciada, y tomándola por un ballenero norte-americano, volvió á su anclage. El buque avistado era la fragata *Prueba* de 50 cañones, que formaba parte del refuerzo que de la península debía recibir la escuadra del Pacífico. Más adelante se verá cuál fué su suerte. De los dos navíos que la acompañaban, uno de ellos, el «Alejandro», retrocedió desde la línea á causa de su mal estado, y el otro, el «San Telmo», fuése á pique al doblar el Cabo de Hornos. Siendo uno de los objetos del crucero chileno interceptar esta expedición, que unida á la escuadra del Callao habría dado la preponderancia marítima á los españoles, el almirante que ignoraba lo sucedido, y suponiendo hubiese recalado á Arica, se dirigió á este puerto con toda la escuadra. De regreso de esta inútil excursión, volvió á presentarse por dos veces en el horizonte la «Prueba» á la manera del buque fantasma; pero después de inútiles tentativas para penetrar al Callao desprendió un bote con oficios para el virey, en que anunciaba su retirada á Guayaquíl para ponerse en salvo. Cochrane decidió ir en su busca. Al efecto, despachó á Valparaíso con el vice-almirante Blanco Encalada el «San Martín» y la «Independencia», conduciendo los enfermos, que eran numerosos por efecto de las calenturas malignas de aquella región que se habían propagado en las tripulaciones. Dispuso, que mientras él se dirigía á las costas del norte, el capitán Guise con la «Lautaro», el «Galvarino» y el trasporte «La Jerezana», llevando un destacamento de 350 hombres de infantería de marina, verificase un desembarco en Pisco con el objeto de proveerse á costa de los realistas, de víveres frescos y de los renombrados

aguardientes de aquella comarca. Llegado á la boca de la ría de Guayaquíl (27 de octubre) con los tres buques restantes, encontrose allí con dos fragatas, que atacó y rindió después de un vivo cañoneo de veinte minutos: eran el «Águila» y la «Begoña» dos de los trasportes salvados del convoy de la «María Isabel», armados de 20 cañones cada uno, con un rico cargamento de maderas. Por los prisioneros supo, que la fragata que buscaba, aligerada de su artillería, había remontado el Guayas, y se hallaba en bajo fondo fuera de su alcance bajo la protección de las fortalezas de tierra. Dejando al «Pueyrredón» y al «Galvarino» posesionados de la isla de Puná que domina todo el golfo de Guayaquíl, en observación de los movimientos de la «Prueba» y despachando la «Lautaro» á Valparaíso con las presas, puso la proa al sud con la almiranta.

Mientras tanto, Guise con su expedición había practicado la operación que se le encomendara. Pisco, según los españoles, hallábase guarnecido por 400 infantes, 80 caballos y 4 piezas de campaña, y contaba con un fuerte artillado para la defensa del puerto, y según el testimonio de los oficiales patriotas, la fuerza pasaba de 800 hombres. Á pesar de la superioridad numérica, Charles y Miller con sus infantes, apoyados por un destacamento de marineros con coheteras, desembarcaron y atacaron gallardamente á la bayoneta sin disparar un tiro, arrollando la fuerza enemiga, que se refugió en el pueblo, de donde fué desalojada á vivo fuego. En este encuentro fué mortalmente herido el comandante Charles, que terminó allí una carrera llena de esperanzas, quedando atravesado Miller por tres heridas. Por cuatro días permanecieron los independientes dueños de Pisco. Reunida poco después toda la escuadra en el puerto de Santa al norte del Callao, formó Cochrane allí su resolución. Él no volvería á Valparaíso sinó triunfante, y triunfaría sólo. Con este propósito, se desprendió de todos los buques de la escuadra, que enderezó como los demás á Valparaíso, y quedó sólo con la «O'Higgins». (14) Una nueva y fabulosa hazaña, digna de las que habían ilustrado su nombre, iba á inmortalizar este crucero comenzado bajo tan desfavorables auspicios.

---

(14) Compárese la narración de esta segunda campaña marítima de Cochrane, con las autoridades en que se funda la de la primera mencionadas en la nota de este capítulo, además de los documentos inéditos en su lugar citados.

IV

Oigamos al mismo Cochrane en este momento que iba á decidir de su destino americano. Al dispersar el crucero, había escrito al gobierno de Chile: «Me hallo cansado de estas « operaciones, y enfermo de disgustos y de sentimiento, siendo « imposible inventar medio alguno de hacer daño al enemigo» (15) Reconcentrándose en sí mismo, se decía: «Me hallaba contra- « riado por no haber conseguido mi intento en el Callao. El « pueblo de Chile esperaba imposibles, y á fin de satisfacer mi « amor propio herido, trabajé por encontrar un hecho que eje- « cutar y que correspondiese á tales esperanzas. No tenía más « que un buque, y por consiguiente no había que consultar á « nadie. Tenía el designio de capturar con la almiranta y de « un sólo golpe de mano, los numerosos fuertes y la guarnición « de Valdivia, punto que se había creído hasta entonces ines- « pugnable. Estaba resuelto á no emprenderlo antes de haber- « me asegurado de su practicabilidad. La temeridad, bien que « se me haya imputado muchas veces, como una cualidad, no « es inherente á mi caracter. Hay temeridad en aquellas em- « presas en que no se calculan las consecuencias; pero cuando « estas son previstas, la temeridad desaparece.» (16)

Pasada la latitud de Valparaíso, paseábase taciturno sobre el puente de la «O'Higgins» sumergido en profunda meditación. De improviso, acercose al mayor Miller, que no bien repuesto de sus recientes heridas, mandaba la guarnición de la almiranta y le dijo en ingles: «¿Qué dirían si yo con es- « te sólo buque me hiciese dueño de Valdivia?» Como lo observa un historiador, estas preguntas que indican una resolución tomada, no se contestan por los subalternos, y Miller se limitó á inclinar la cabeza en señal de obediencia. Él se contestó á sí mismo, agregando: «Dirían que soy un loco!» Y en seguída, con acento reposado y con una lógica en que las probabilidades militares y morales se combinaban, empezó á desenvolver su teoría de la prudencia en la temeridad, como

(15) García Reyes: «Memorias», en «Hist. general de la Rep. de Chile» t. IV, p. 65.
(16) Cochrane: «Memorias» cit., p. 37-38.

condición de éxito seguro. «Calculando friamente, díjole, apa«rece á primera vista una locura la toma de Valdivia; pero es«to mismo es una razón para intentarlo, puesto que los espa«ñoles consideran imposible que lo intentemos siquiera. Las «operaciones que no espera el enemigo son casi seguras, cuan«do se ejecutan bien, cualquiera que sea la resistencia, y la «victoria justifica siempre la empresa de la imputación de te«meraria.» (17)

La posición que Cochrane se proponía atacar, era reputada como el Gibraltar de América, por sus fortificaciones y por sus defensas naturales. Su bahía es un estuario, con dos pequeñas ensenadas en su fondo. El río Valdivia al derramar sus aguas en ella se abre en dos canales á manera de dársenas, tomando el del sud el nombre de Torna-galeones, rodeando ámbos una isla en forma de delta que se denomina del Rey. Su extensión longitudinal es como de doce kilómetros; en su entrada mide un ancho de poco más de cinco kilómetros, y va gradualmente estrechándose hasta 1,700 metros, dilatándose luego en una expansión, que es lo que propiamente constituye la bahía. En el centro de esta, hállase la pequeña isla de Mancera, de un kilómetro de largo y 600 metros de ancho, fronteriza á la punta occidental de la del Rey de mucha mayor dimensión. Dentro de este seno solo hay un puerto (el del Corral) y varias caletas de díficil acceso, siendo sus costas muy fragosas, acantiladas y pobladas de selvas. Por esta descripción se vé, que la bahía de Valdivia tiene dos costas, una al sud y otra al norte que sólo pueden comunicarse por agua, hallándose interceptadas, además de las dificultades del terreno, por los dos brazos del río de Valdivia y la isla intermedia del Rey. La parte exterior del norte, es inaccesible por los arrecifes que se prolongan en el mar y la rompiente que continuamente la bate: la del sud solo tiene un desembarco en su extremidad oeste, denominado Aguada del inglés, por ser el punto donde los buques hacían su aguada fuera del puerto. Este era el punto débil de la posición, y el que Cochrane con su penetrante golpe de vista descubrió luego.

Valdivia, como el primer puerto de costa firme en el mar

(17) Miller: «Memorias», t. II, p. 211.—Vicuña Mackenna: «La guerra á muerte». p. 128.

del sud, después de doblar el Cabo de Hornos, llamó la atención de los primeros navegantes que lo frecuentaran, especialmente de los holandeses, que intentaron fundar allí una colonia á mediados del siglo XVII, proyecto que se abandonó. Á consecuencia de esto, los vireyes del Perú ordenaron que la posición fuese convenientemente fortificada y se constituyó en plaza militar. En la época á que hemos llegado, Valdivia estaba defendida por nueve fortalezas y baterías situadas sobre ámbas costas, artilladas por ciento veinte y ocho piezas del calibre de 8 á 24, que cruzaban sus fuegos sobre la bahía. Dos de estas fortalezas estaban situadas en la isla del Rey y de Mancera, enfilando con sus fuegos las naves que penetrasen á ellas y defendiendo las bocas de los canales del Río Valdivia. Por la parte del norte, la entrada estaba defendida por un castillo inexpugnable, llamado de La Niebla, tallado en la roca viva, y una batería llamada Fuerte Piojo, que cruzaba sus fuegos con las islas de Mancera y del Rey. Por la parte del sud, estaban: el fuerte del Inglés, que dominaba la caleta del mismo nombre; el de San Carlos, situado en una pequeña península, y el Amargos, que cruzaban sus fuegos con el Niebla de la banda opuesta; y por último, el reducto Chorocamayo y el castillo del Corrál,—único cerrado por la gola,—que defendían el puerto del mismo nombre, combinando sus fuegos en la bahía central con la batería Piojo y los fuertes de Mancera y del Rey. El bosque que cubre ámbas costas hasta la orilla del agua, y que enmascaraba estas fortificaciones, era tan impenetrable y el terreno es tan fragoso, especialmente del lado del sud, que los fuertes no podían comunicarse entre sí por tierra, sinó por un camino estrechísimo y escarpado, que sólo permitía pasar á un hombre de frente. Este sendero, que ondulaba entre las rocas de la costa y el bosque virgen de la montaña adyacente, estaba interceptado por un hondo barranco, que enfilaban tres cañones del reducto Chorocamayo y del reducto del Corrál. Valdivia estaba guarnecida como por ochocientos hombres de línea, y otros tantos milicianos que á la sazón se hallaban en el interior del país. Tales eran las posiciones, las fortalezas y las fuerzas que Cochrane se proponía atacar y rendir. (18)

---

(18) Véase en la colec. de mapas de Fitz-Roy «Sout-America, Chile», el plano «Port of Valdivia by the officers of H. M. S. Beagle», que es el más exacto.—«Instrucciones sobre el puerto del Corrál y del río Valdivia»;

V

El 18 de enero de 1820, la «O'Higgins», enarbolando bandera española, descubría la punta de la Galera, promontorio meridional del litoral de Valdivia, y poco después penetraba al puerto. Los españoles la tomaron por la fragata «Prueba», tanto tiempo por ellos esperada. Hizo señales de pedir piloto, que inmediatamente le fué mandado de tierra con una escolta de honor. Por este medio, obtuvo el almirante todos los informes que necesitaba, y supo que el bergantín «Potrillo» estaba próximo á llegar conduciendo desde Lima el dinero para el pago de la guarnición. Cochrane, montando su falua, se ocupó en reconocer los canales bajo los fuegos de los fuertes, apercibidos de que el buque que tenían al frente era enemigo. Dos días después, fué apresado el «Potrillo» en la boca del puerto con 20,000 pesos que conducía. Pero Cochrane se convenció de que no tenía las tropas suficientes para emprender con éxito el ataque, y resolvió irlas á buscar á Talcahuano.

El día 22 llegó la «O'Higgins» á Talcahuano, donde se encontró felizmente con el bergantín argentino el «Intrépido» y la goleta chilena «Motezuma», que inmediatamente se pusieron á órdenes del almirante. Mandaba allí el coronel Freyre, quien entró de lleno en el plan de Cochrane, y le proporcionó 250 hombres de los batallones 1° y 3 de Chile, al mando del mayor Beauchef, el mismo que con tanto denuedo había subido al asalto de Talcahuano, recibiendo una herida. (Cap. XV, § XI) Con este refuerzo puso otra vez la proa á Valdivia. Al salir del puerto de Talcahuano, la «O'Higgins» tocó en una roca y gruesos trozos del forro y fragmentos de la falsa quilla empezaron á flotar al rededor de la fragata. El almirante, sin perder su serenidad, la puso á flote, echando una espía por la popa; pero el carpintero dió parte que el buque tenía tres pies de agua en la sentina. Media hora después la sonda acusaba cinco pies de agua. Esto sucedía á treinta kilómetros de la costa. Las bom-

en el t. V del «Anuario hidrográfico de la marina de Chile», p. 97 y sig.—«Derrotero de las costas de la América meridional» por King y Fitz-Roy.—Miller: «Memorias», t. II, p. 203 y sig., cuyo plano es bastante bueno.—Astaburuaga: Diccionario geográfico de Chile»—Camba: «Memorias» etc., t. I, p. 321.—Cochrane: «Memorias», p. 44.

bas estaban fuera de servicio. El agua inundó la santa-bárbara. La opinión general era abandonar el buque. Cochrane, que entendía su oficio, se quitó la casaca, habilitó las bombas, y después de repetidos sondages, preguntó al carpintero: ¿Aumenta el agua?—«No mylord», le contestó.—«Adelante! flotaremos hasta Valdivia! Es preciso tomar á Valdivia! Mejor sería que nos ahogásemos todos que volver atras.»—Y proclamando enérgicamente á su tripulación y explicándole su plan, le infundió su heroica resolución.

Antes de tomar tierra al sud de Punta-Galera, el almirante hizo trasbordar la tropa de la «O'Higgins», que dejó fuera de la vista del puerto, y con la «Motezuma» y el «Intrépido» enarbolando banderas españolas púsose al habla del fuerte Ingéls, y pidió práctico, declarando pertenecer al convoy del «San Telmo» naufragado en el Cabo de Hornos (febrero 3.) Descubierta la estratagema por un accidente, el fuerte Inglés rompió el fuego, y una de sus balas atravesó los costados de el «Intrépido», matándoles dos hombres. Entonces resolvió el desembarco á viva fuerza, á pesar del mar de leva que lo dificultaba, no contando para efectuarlo sinó con dos lanchas y un esquife de seis remos que montó personalmente el almirante para dirigir la operación.

Todos los fuertes estaban protegidos por una muralla sólida y un foso profundo á excepción del Inglés, que por lo escarpado del terreno sólo tenía una muralla cubierta por una estacada con seis piezas de menor calibre, que dominaba el desembarcadero á la distancia de quinientos metros. A los primeros cañonazos de alarma, el grueso de las guarniciones de los fuertes del sud de la bahía se reconcentraron en el Inglés, en número de 360 hombres. Un destacamento de 65 hombres, descendió á defender la caleta.

Al ponerse el sol, Miller con 50 artilleros de la «O'Higgins» y 25 soldados y marineros de el «Intrépido» mandados por el capitán Francisco Erézcano y el teniente Daniel Cazón (ámbos de Buenos Aires) y el sub-teniente Francisco Vidal (chileno), efectuó su desembarco, y á pesar del fuego de la infantería enemiga abrigada por las rocas de la costa, saltó en tierra, la desalojó y se hizo firme en el puerto. Apoyada inmediatamente por Beauchef con sus 250 infantes, quien tomó el mando superior, la vanguardia de Miller trepó en desfilada el estrecho sendero batido por las olas del mar, orillando el bosque,

que conducía al fuerte, en momentos en que el destacamento derrotado se refugiaba á su interior y subía por una escala que retiró en el acto. La artillería y la fusilería de la muralla empezó á jugar en medio de la oscuridad, pero mientras que sus tiros se dirigían á un punto donde la gritería de los asaltantes se hacía oír, el subteniente Vidal con un piquete de soldados se deslizaba silenciosamente por debajo del ángulo entrante del fuerte, descubría una entrada tapada con ramas y emboscada por los árboles que tocaban su flanco, hizo una descarga repentina, que seguida por un ataque vigoroso dirigido por Beauchef, derramó el espanto en la guarnición que huyó en desbande abandonando la posición. Los 300 hombres de los demás fuertes, que formados en una plaza de armas á espaldas de la muralla servían de reserva, huyeron tambien contaminados por el pánico, siguiendo una senda tan estrecha y escabrosa como la del desembarcadero, perseguidos de fuerte en fuerte por los patriotas. Un resto de 200 hombres de los fugitivos, se refugió en el «Corral», sin alcanzar á hacer jugar las tres piezas que enfilaban el barranco intermedio entre el castillo y el fuerte Chorocamayo, siendo arrebatada la posición á la bayoneta á la una de la noche, á favor de un lienzo desmoronado de su muralla. Allí terminó la resistencia porque allí terminaba la comunicación por tierra con la banda del norte: como cien hombres se salvaron en las embarcaciones del puerto del Corral; otros tantos fueron muertos en el combate, y el resto quedó prisionero ó huyó á los bosques. Al amanecer del día 4, los patriotas eran dueños de los cinco fuertes, el Inglés, San Carlos, Amargos, Chorocamayo y Corral con la sóla pérdida de 9 muertos y 34 heridos.

En la mañana del 4 penetraron á la bahía el «Intrépido» y la «Motezuma» recibiendo los fuegos de los fuertes del norte en que aún se sostenían los españoles. Para desalojarlos de estas últimas posiciones, embarcáronse 200 hombres en el bergantín y la goleta; pero el «Intrépido», al atravesar el canal, varó en un banco fronterizo á la isla Mancera, y se fué á pique. Así terminó su carrera el único buque de guerra que con bandera argentina figuró en la memorable escuadra chilena del Pacífico. Poco después apareció la «O'Higgins», y los españoles alarmados, abandonaron todos los fuertes del norte y de las islas, retirándose por el río á la ciudad de Valdivia, mientras la almiranta casi llena de agua tenía que bararse en fondo

cenagoso para no irse á pique como el «Intrépido.» La ciudad de Valdivia fué ocupada al día siguiente, sin que los enemigos intentasen hacer resistencia. Así perdieron los realistas su base de operaciones en el sud de Chile, y Chile conquistó todo su territorio poblado, con excepción del archipiélago de Chiloe. ([19])

Cochrane pensó coronar su glorioso crucero apoderándose de Chiloe como se había apoderado de Valdivia. Al efecto, hizo que el capitán Carter con la marinería y tropa argentina del «Intrépido» tripulase un trasporte capturado denominado «Dolores», embarcando en él y la «Motezuma» 200 hombres y se dirigiese á Chiloe. Gobernaba allí el coronel Quintanilla, destinado como Rodíl, á hacerse memorable, prolongando su resistencia aún después que toda bandera española hubiese caído rendida en todo el continente americano, y á mantenerla en alto en esta ocasión. Cuando el 17 de febrero se presentó Cochrane frente á la bahía de San Carlos, en cuyo fondo se asienta la capital del archipiélago, el gobernador español estaba mejor apercibido á la defensa que el de Valdivia. Miller, con 170 hombres de desembarco, tomó tierra en una pequeña ensenada inmediata, se apoderó de una pieza de campaña situada en su playa protegida por 100 infantes, y en seguida del fuerte Corona y de una batería, que defienden el puerto principal; pero sus esfuerzos se estrellaron contra la principal fortificación, que era el fuerte Agui, artillado con 12 piezas de á 18. Llevado osadamente el ataque, fué rechazado, cayendo herido Miller con 38 de sus soldados, de los cuales 20 quedaron muertos bajo los fuegos de la metralla y la fusilería. El capitán Erézcano que con la guarnición argentina de el «Intrépido» formaba parte de la columna de asalto, sucedió en el mando á Miller, dispuso la retirada con arreglo á las órdenes del almirante, y la sostuvo con valentía, salvando todos sus heridos, después de clavar los cañones de las baterías tomadas; acompañándole en ella el subteniente Vidal que junto con él

---

([19]) Docum. de testigos presenciales consultados: Partes oficiales de Cochrane, Beauchef y Miller, pub. en la «Gaz. min. de Chile»—«Memorias» de Cochrane.—«Memorias» de Miller.—«Diario» M. S. de Beauchef, citado por Vicuña Mackenna en la «Guerra á muerte».—Stevenson (secretario de Cochrane:) «A historical and descript. narrative», etc., t. III, cap. VII. —Testimonios españoles: Torrente: «Hist. de la Rev. Hisp. Amer.» t. III, p. 62 y sig., y Camba: «Memorias», etc., t. I, p. 320 y sig.

tanto se había distinguido en la toma de Valdivia. (20) Así terminó este memorable crucero, en que Cochrane agregó un lauro más á su corona naval.

El territorio de Chile estaba cuadrado y garantido de toda agresión seria. El mar Pacífico estaba dominado. Cochrane recibía en recompensa los merecidos honores del triunfador. Al llegar á Santiago se encontraba allí con San Martín, que en los primeros días de enero de 1820, precisamente en los momentos en que él atacaba á Valdivia, había salido de Mendoza y atravesado los Andes, buscando el camino de la expedición al Perú franqueado por el heroico almirante.

---

(20) Los partes oficiales se publicaron en la «Gaz. min. de Chile», sirviendo además de fundamento á esta breve narración los testigos presenciales citados en la nota anterior.

CAPÍTULO XXIII

LA DESOBEDIENCIA DE SAN MARTÍN

AÑOS 1819-1820

Momento psicológico—Los tres grandes deberes de San Martín—Coincidencias históricas—Proyecto de una gran expedición española contra el Río de la Plata—Agentes secretos del gobierno argentino en España—Dificultades de la expedición—Se desorganiza por sí misma—Actitud de San Martín ante el anuncio de la expedición—Su plan para atacar la expedición en el mar—Otro plan de resistencia terrestre—Alternativas de la expedición española—El fantasma de la guerra civil—Actitud espectante de San Martín—Situación y fuerza de la división de los Andes en Cuyo—Plan de reconcentración de todos los ejércitos de la república en Buenos Aires y crítica de él—Fines siniestros á que responde—Planes de monarquía—Momento psicológico en la vida de San Martín—Situación de las Provincias Unidas á fines de 1819—Indecisiones de San Martín—Se decide por la desobediencia—Situación política perdida—Impotencia del gobierno central—Última renuncia de San Martín—Regresa enfermo á Chile—Juicio acerca de la desobediencia de San Martín.

I

Llegamos al momento verdaderamente psicológico de la vida de San Martín, en que los deberes que se impusiera, y eran su norma, se encontrarían en conflicto con sus tendencias, y por un acto extraordinario de voluntad deliberada, decidirá definitivamente de su destino y variará el curso de los acontecimientos ordinarios.

Tres grandes deberes habíase impuesto el General San Martín en la difícil posición en que se colocara al iniciar la idea del repaso de los Andes y dar principio parcial á su ejecución. El primero, para con la América, perseverando en sus

planes libertadores: el segundo, como soldado ante la guerra civil y sostenedor del orden legal: el tercero, como argentino, ante el amago de una inminente expedición española al Río de la Plata. Respecto de lo primero, su fórmula era esta: «Si no se realiza la expedición al Perú, todo se lo lleva el diablo», América y patria inclusas. Respecto de lo segundo, sentía invencible repugnancia á tomar parte en la cuestión intestina. Sin pasiones locales, divorciado de los partidos, sin ambición política, y lastimado en el fondo de su alma por el alejamiento de la opinión hacia él,—que era una consecuencia del suyo,—esperimentaba cierta indiferencia fatalista respecto de las mutaciones intestinas, con tal que se asegurase la independencia del país, y su temperamento de libertador lo impulsaba á la acción en el dilatado espacio de la emancipación sud-americana. En cuanto á la España, sea que se tratase de vencer su último ejército en el Pacífico ó repeler su última expedición en el Plata, en ámbos casos se encontraba frente á frente de su objetivo y de su pasión, y por último, no trepidaba desde que sus deberes de americano se combinasen con los que tenía como general argentino, aún saltando por encima de ellos en prosecución de su gran objetivo. Estas tres tendencias, opuestas unas y armónicas otras, que se deducen de sus confidencias secretas confrontadas con sus actos públicos explicarán las alternativas por que pasó su espíritu, así como las encontradas acciones y reacciones en el curso de la difícil aventura del paso de los Andes, desde que concibió la idea, la empezó á poner en práctica, retrocedió después, para volver en seguida al propósito primitivo, hasta decidirse al fin por el partido á que lo llamaban sus inclinaciones y su destino.

Ya se ha hecho notar, que por una rara coincidencia, cuando San Martín indicaba al gobierno argentino la conveniencia de que diese por causal ostensible al repaso del ejército de los Andes el amago de una expedición española al Río de la Plata, el pretexto imaginado se convertía en realidad,—al menos por el momento,—de manera que, la retirada de Chile parecía obedecer á una exigencia positiva que hubiese tenido su origen en el gobierno, cuando en realidad este era simplemente parte pasiva, y á veces violentada. Así, cuando por medio de la Logia de Chile, hubo obtenido de parte del gobierno de ultra-cordillera lo que anhelaba en prosecución de sus planes continentales, y empezó á dudarse de la expedición española, escribió al

director Pueyrredón, haciéndole observaciones, tanto sobre la inconveniencia de que el ejército de los Andes tomase parte en la guerra civil, cuanto sobre la traslación de parte de este á la frontera del norte, y presentole entonces un nuevo plan de campaña. El general predicaba á un convertido, y las contestaciones oficiales y confidenciales no se hicieron esperar en el sentido de sus planes. (1) Pero el peligro de la expedición española aún no había pasado, y su sólo anuncio perturbaría por algún tiempo todas las combinaciones políticas y militares, á la vez que su preparación en España desarmaría por siempre á la metrópoli en su lucha con las colonias insurreccionadas.

Como se dijo antes, (cap. XIX, § VII) la España envió desde 1811 á 1818 para sostener la guerra en sus colonias, diez y seis expediciones con más de 42,000 soldados veteranos, con un costo de 75 millones de pesos, que habían capitulado en Montevideo, sido vencidos en Chile, y cuyos restos estrechados luchaban aún en Venezuela, Quito, el Alto y Bajo Perú, convergiendo todos sus ejércitos derrotados hacia el Perú, donde debía librarse el combate final. La gran expedición de 10,000 hombres de Morillo en 1815 sobre Costa Firme, que en un principio era destinada á Buenos Aires, fué su último esfuerzo. Al intentar renovarlo en doble escala con el primitivo objeto, la España se proponía herir en el corazón la revolución sudamericana, pensando que subyugadas las Provincias Unidas del Río de la Plata, todas las colonias insurreccionadas recibirían su ley. Pero las circunstancias habían variado. En 1815, la revolución de las Provincias Unidas estaba aislada. Los realistas se encontraban en posesión de Chile, con un ejército sobre las fronteras del oeste; sus armas triunfantes en el Alto Perú, amagaban la frontera del norte; el Bajo Perú, irradiaba su acción al sud y al norte del continente y la guerra se sostenía con fortuna varia en Venezuela, Nueva Granada y Quito, dominando la España todas las costas americanas. En 1819, la España había perdido la preponderancia marítima en América; el ejército realista del Alto Perú era impotente para invadir la frontera norte argentina; Chile estaba en poder de los independientes y el Perú se mantenía á la defensiva á la espe-

---

(1) Ofis. de San Martín y del ministro de guerra cit. en el cap. anterior. Cartas de Pueyrredón á San Martín, de 1°, 18 y 29 de mayo, publicadas en nuestras «Comp. hist.» 2ª parte, p. 374 y sig.

ra de una invasión de los vencedores de Chacabuco y Maipu; y Venezuela y la Nueva Granada, formando la nueva república de Colombia, iba á dar el último golpe al poder español en el norte. Esto por lo que respecta á la América del Sud en general. Con relación al Río de la Plata en particular, las condiciones estaban fundamentalmente alteradas. En 1815, la España contaba para emprender su expedición, con un aliado natural en el Brasil y un punto de apoyo en Montevideo, bases que en 1819 habían desaparecido. El Portugal habíase desligado de la política colonial española á consecuencia de sus desavenencias en Europa, y garantido por la Gran Bretaña de una invasión en la Península Ibérica, habíase apoderado de la plaza de Montevideo, haciendo una alianza tácita con los intereses argentinos respecto de la metrópoli, en el hecho de precaber que no se permitiera desembarcar á ninguna fuerza española que llegase á sus playas, permaneciendo por lo demás neutral en el caso de una agresión al Río de la Plata. Fallando estas dos bases, la expedición era, si no imposible, por lo ménos muy contingente.

No se ocultaban á la España estas dificultades, pues estaban á la vista. El jefe nombrado para mandar la expedición, consultó al gobierno, como debía mirar la plaza de Montevideo, llave del Río de la Plata á la sazón ocupada por los portugueses. La respuesta del gobierno fué que considerase á Montevideo como si no existiera. Replicó el general que esto era imposible, por cuanto Montevideo existía en realidad, y no podía por lo tanto dejar de considerarlo como plaza amiga ó enemiga, y que en uno ú otro caso, debía estar munido de instrucciones para expugnarla ó recibir de ella los auxilios necesarios, previendo tambien la neutralidad; pues de no desembarcar en Montevideo, sólo podría verificarlo en la Ensenada de Barragán ó en la playa de Quilmes,—como los ingleses en 1806 y 1807,—puertos que no permitían el acceso de buques mayores, y que los buques menores que pudiesen acercarse á ella no resistirían á una batería de tierra, sostenida por numerosa caballería, cuando los expedicionarios no contarían con un sólo caballo. Agregaba juiciosamente el general, que aún superados estos obstáculos, la expedición, no contando con un punto de apoyo en la banda oriental del Río de la Plata y retirándole el enemigo los recursos, carecería absolutamente de provisiones de boca, y lo que era más, de un ancladero seguro y de

un lugar de descanso para las tropas después de una larga navegación, en que los temporales podían dispersar el convoy. La última contestación del gobierno español á tan sólidas razones, fué repetir: «que se mirase á Montevideo como si no existiera.» Así resolvió la dificultad que dejaba subsistente. ([2])

II

La España quería hacer su último esfuerzo antes de darse por vencida, luchando contra la resistencia armada de sus adversarios y contra la opinión propia que le era adversa. El contraste del convoy de la «María Isabel», seguido por el dominio marítimo del Pacífico por los independientes, causando profunda impresión en la península, había hecho más impopular en el ejército y el pueblo la guerra contra las colonias. Estos síntomas se hicieron notar desde la expedición de Morillo en 1815, en que fué necesario embarcar desarmadas algunas divisiones para prevenir que se sublevasen, y sus desastrosos reveses en Costa Firme á la par de la noticia de los triunfos de los independientes al sud del ecuador, hacían esa guerra cada vez más odiosa y repugnante á los españoles en la península. Agregábase á esto el espíritu liberal que fermentaba en la nación y principalmente en el ejército, que contaminaba las tropas que hacían la guerra en América, como queda dicho, y se tendrá una idea de las resistencias con que tenía que luchar el gobierno español para realizar su propósito. Á pesar de esto, empeñado en dominar la insurrección americana por las armas, aprestó una expedición de seis navíos y seis fragatas, con 6,000 hombres de desembarco, que sucesivamente fué elevada hasta 6 navíos, 13 fragatas, 3 corbetas, 10 bergantines, 3 goletas, 29 lanchas cañoneras y 40 trasportes con 18 á 20 mil hombres de tropa de las tres armas. Confiose el mando al conde del Abisbal, más conocido en la historia con el nombre de José O'Donnell, y señalose por centro de ella el puerto de Cádiz. Fué en tal ocasión, cuando seriamente alarmado por esta amenaza el gobierno argentino, ordenó que todo el ejército de los

---

([2]) Vadillo: «Apuntes de los principales sucesos que han influido en el estado actual de la América del Sud», p. 64-65. (ed. de Londres, 1829.)

Andes repasase la cordillera á fin de hacerle frente, en circunstancias que el repaso se iniciaba por indicaciones de San Martín, aconsejando se cubriese con el anuncio de una expedición española, teniendo en vista forzar la mano del gobierno de Chile para decidirlo á la expedición del Perú.

El gobierno argentino, tenía sus agentes secretos en Cádiz, que le instruían con puntualidad de todo lo relativo á la expedición, y además se ocupaban en trasmitir otras noticias importantes, obrando sobre el espíritu de los oficiales expedicionarios, según se ha visto (cap. XXI, § VIII.) Tres eran los principales agentes secretos, y los tres argentinos: don Juan Lagosta de quien hemos hecho antes mención; don Andrés Arguibel, establecido en Cádiz, que fué quien comunicó oportunamente la salida de la expedición de la «María Isabel», y el más caracterizado de ellos, don Tomás Antonio Lezica, comerciante que gozaba de gran crédito en aquella plaza, y que de acuerdo con Arguibel se ocupaba en sondear las disposiciones del ejército expedicionario. Los tres se comunicaban directamente con el director Pueyrredón. Autorizados por el gobierno argentino (agosto 1819) para librar contra el tesoro por el importe de los gastos que impendiesen en su comisión, pudieron cerciorarse de lo impopular que era la guerra de América en las fuerzas acantonadas en la isla de Leon, el descontento de que estaba animado el pueblo contra el gobierno absoluto del rey, tomando conocimiento de los proyectos de insurrección de sus principales jefes con el objeto de proclamar la constitución del año XII. Los agentes penetraron en las juntas secretas donde se elaboraba la gran revolución liberal española, que debia cambiar la faz de la madre patria, siguiendo el ejemplo dado por las colonias insurreccionadas, que reaccionaba á su vez sobre ella. Comunicadas estas noticias al gobierno argentino, fueron sus agentes autorizados á adelantar sus trabajos en el sentido de iniciar relaciones con los jefes de la revolución, ofrecerles recursos en nombre de la nación, y promover por todo los medios el espíritu de insurrección que ya cundía por toda la Península. Sin que pueda decirse que á esto se deba el alzamiento que sobrevino, es indudable que la República Argentina tuvo una parte, aunque mínima, en ese gran acontecimiento. (3)

(3) En nuestra «Historia de Belgrano» (de la que estractamos parte de las noticias referentes á la proyectada expedición española en cuanto se re-

La aglomeración del ejército expedicionario en la isla de León, Cádiz y sus inmediaciones, fué la ocasión de que los liberales españoles se comunicasen sus ideas y se pusieran de acuerdo para producir un movimiento, explotando el sentimiento público y la repugnancia del servicio militar en la guerra contra las colonias. Desde 1814 hasta 1818, cinco revoluciones con las mismas tendencias habían estallado en la península, y algunos de los que tomaron parte en ellas se refugiaron en Buenos Aires, tomando servicio en sus ejércitos. Los jefes militares de la conspiración se organizaron en sociedades secretas, y Cádiz se hizo el centro de los trabajos revolucionarios. El general O'Donnell, fué iniciado en estos planes, y pareció en un principio dispuesto á ponerse á la cabeza del ejército para hacerlos triunfar. Próximo á estallar el movimiento, O'Donnell, despues de conferenciar con el ministro de marina, que lo era el ex-virey de Buenos Aires don Baltazar Hidalgo de Cisneros, decidiose á sofocarlo, ayudado eficazmente por el general Sarsfield de origen irlandés, que se había interiorizado en los planes de los conjurados, afectando aprobarlos. El general en jefe proclamó una parte de las tropas, ofreciéndoles en premio de su fidelidad lo que más podía halagarlas,

---

lacionan con esta historia) hemos tratado extensamente este punto, exhibiendo los documentos comprobatorios, y que por vía de ilustración adicional ampliaremos.—Pueyrredón: «Refutación á la calumnia hecha por A. H. Everrett», en que afirma el hecho de la cooperación prestada á los trabajos preparatorios de la insurrección de la isla de León, invocando el testimonio oficial de Quiroga, el compañero de Riego, y del intendente general del ejército español en Cádiz, que á la sazón se hallaba en Buenos Aires. Alcalá Galeano, actor en el movimiento, niega en sus «Apuntes sobre el alzamiento del ejército de ultramar», que los americanos contribuyeran á él con dinero; pero en su «Historia del levantamiento de España», en que reproduce textualmente aquel escrito, guarda silencio sobre el particular. Torrente en su «Hist. de la Rev. Hisp. Amer.», t. III, p. 6, dice categóricamente: «Pueyrredón.... ayudó con sus intrigantes y artificiosos « manejos el fuego de la sedición entre las tropas españolas destinadas á « la conquista de Buenos Aires; y á su pestilencial influjo se debió en « parte la sedición de la isla de León.» Lafuente, en su «Historia de España», más imparcial ó mejor informado que Alcalá Galeano, al referirse á este acontecimiento, repite como Torrente: «Los americanos no se descui- « daron en fomentar la repugnancia y el desconteuto de los militares.» Á más del testimonio oficial del general Quiroga, citado por Pueyrredón, en el *Boletin Nº 4* de su ejército proclamaba á este diciéndole: «Nuestros her- « manos de la América meridional se juntarán á nosotros para la defensa « de nuestra causa; y nosotros recibiremos de ellos poderosos auxilios.» Los gastos hechos por Lezica y Arguibel en esta comisión fueron cubiertos por el tesoro argentino en vista de un expediente, en que «justificó Arguibel « sus servicios en la insurrección de la expedición de Cádiz, para obtener el « reembolso de lo que gastó con este objeto.»

que era quedar exentas de marchar á América, y á la cabeza de ellas rindió sin resistencia los cuerpos complotados, arrestó á sus jefes y desbarató la conjuración, desbaratando al mismo tiempo la expedición. Poco después, introdújose en Cádiz la fiebre amarilla importada de la Habana, y se propagó en el ejército expedicionario (julio 1819.) El primer peligro estaba conjurado: la expedición se hacía por el momento imposible, ó por lo ménos no se realizaría con el poder suficiente para asegurar el éxito; pero esto no se sabía en Buenos Aires al tiempo de iniciar el repaso de los Andes, que coincidió con el primer aviso con que ostensiblemente se cubrió. El rey estaba sin embargo resuelto á llevar á cabo á todo trance la expedición. Al efecto, fué nombrado general en gefe de ella don Felix Callejas, antiguo virey de Méjico, conocido con el título de conde de Calderón. Fué este el general que hizo presente al gobierno español las dificultades que tocaría, no contando con un punto de apoyo en las costas del Río de la Plata y la contingencia de encontrar allí dos enemigos en vez de uno, según queda relatado (§ I), á las que se agregaban otras de mayor gravedad, por cuanto afectaban la existencia misma de las tropas expedicionarias. Diseminados los cuerpos con motivo de la propagación de la fiebre amarilla, el batallón denominado «Asturias», mandado por el coronel Rafael del Riego, se acantonó en el pueblo de las Cabezas de San Juan, que debía ser teatro de uno de los hechos más memorables de la España moderna. El gobierno español empeñado, á pesar de todo, en su plan de expedición al Río de la Plata con los elementos á la sazón disponibles, dispuso que el ministro de marina, Cisneros, activase el embarco. Tal era el estado de cosas en España en setiembre de 1819.

III

El anuncio formal de una gran expedición española con destino al Río de la Plata, fué el fantasma al rededor del cual giró el movimiento político y militar de las Provincias Unidas durante el año de 1819. Su primer aviso determinó la confirmación del repaso de los Andes, y las noticias sucesivas, según eran alarmantes ó tranquilizadoras, motivaron las órde-

nes y contra-órdenes expedidas en consonancia, determinando en la diplomacia combinaciones trascendentales. La primera noticia de que una expedición se formalizaba en Cádiz, recibiose en Buenos Aires cuando ya el general Rondeau se hallaba al frente del gobierno en reemplazo del director Pueyrredón (julio 1819.) Exaltado al mando supremo por los votos de la Logia lautarina, la situación política no se había alterado: la misma oligarquía,—aunque muy disminuida en su influencia eficiente,—con los mismos hombres y las mismas ideas seguían al frente de los negocios públicos, y San Martín era siempre el hombre de guerra de la época. Así, su primer providencia fué llamarle como á un salvador. «Entre las angustias « que afligen al director supremo,—decíale el ministro de guer« ra,—en las apuradas circunstancias de hallarse el tesoro ex« hausto y repetirse las noticias anunciadas de una fuerte ex« pedición española contra estas provincias, no es la menor « dificultad la salud de V. E. cuyas virtudes y conocimientos « militares reputa el gobierno como un antemural de la libertad « de la patria. La nación está persuadida que cualquiera que « sea su estado, consagrará toda su sangre en defensa del país, y « es de necesidad se pongan todos los medios para que no sean « estériles tan nobles sacrificios. Por esto es que, contando el « gobierno, como contará siempre con su heroico esfuerzo, de« searía y quiere, cuando su salud se lo permita, se trasfiera á « la brevedad posible á esta capital con sólo el único, urgente é « importantísimo fin de consultar con el gobierno y demás jefes « militares de la nación, el plan de defensa y demás providen« cias que deban y puedan adoptarse en el alto empeño á que « tales ocurrencias nos precisan.» (4) El general contestó, que « por muchos que fuesen los servicios que hubiese prestado á su patria, quedaban más que recompensados por los conceptos con que era honrado, y que pronto á hacer el sacrificio de su vida en bien de la causa, se pondría en marcha á recibir las órdenes de su gobierno.» (5) Su salud era en aquellos momentos deplorable: su afección al pecho y sus dolores reumáticos y neurálgicos habían vuelto á atacarle con intensidad, al punto de

(4) Doc. del Arch. general, leg. «Capitán Gral. San Martín, 1818-1819» Idem orig. en el Arch. San Martín, vol. XXVII. M. S. S.

(5) Doc. del Arch. general, leg. citado. M. S. y libro copiador de San Martín, vol. XXVII. M. S. S.

verse obligado á delegar el mando militar en Alvarado, y sólo encontraba alivio á sus males en el abuso del opio, pasando largas noches de insomnio. (6)

Desde las primeras noticias, San Martín no dudó que la expedición era un hecho, y meditando en una de sus noches de vigilia sobre los medios de contrarrestarla, tuvo la inspiración de un plan atrevido, que si bien no pasó de un conato, da la medida de la amplitud de sus concepciones. Doblar el Cabo de Hornos con la escuadra chilena al mando de Cochrane y atacar la expedición española en el Atlántico, tal fué el plan que San Martín propuso reservadamente al gobierno de Chile bajo la base de correr de cuenta de las Provincias los gastos de la escuadra chilena y ofreciendo adelantar á la vista 50 mil pesos para su apresto, bajo el compromiso de que la división de los Andes que se hallaba en territorio chileno sería atendida por el gobierno argentino y permanecería en Mendoza una fuerza de 2,500 veteranos para resguardo de Chile. Las consideraciones militares en que fundaba la excelencia de su plan además de las políticas, son dignas de la historia: «Siendo in« dudable,—decía,—la salida de Cádiz de tres navíos y dos fra« gatas con destino al Pacífico, quiero suponer que la fortuna « de la marina de Chile apresase uno de los navíos por la sepa« ración consiguiente que deben experimentar al paso del Ca« bo; de toda suerte la escuadra de Lima quedaría muy supe« rior á la chilena, y en tal caso esta se vería en la necesidad de « encerrarse en uno de sus puertos, con la gran dificultad de « poderla sostener. El virey de Lima podría entonces expedi« cionar contra Chile, donde encontraría fuerzas escasas, pues « si los españoles atacan á Buenos Aires, necesariamente deben « repasar la cordillera las fuerzas del ejército de los Andes que « se hallan en Curimón, de lo que resultaría quedar débiles en « todas partes. En las críticas circunstancias en que se presen« ta la América, yo no encuentro mas arbitrio que el que la es« cuadra de Chile salga sin pérdida de momento á destruir la « expedición española que debe salir de Cádiz en todo agosto, « escoltada á lo más por dos fragatas, pues nada tiene que temer

(6) El general Alvarado en su «Memoria», cit. dice: «Los males del « General se agravaban notablemente, y habían llegado á punto de hacerse « preciso ocultarle todas las comunicaciones que se le dirigían y que yo con« testaba. Su estado era amenazante á su conservación, y llegué á deses« perar de ella.» M. S. (Arch. San Martín, vol. LXXII.)

« de las fuerzas marítimas de las Provincias Unidas, debiendo « suponer á las de Chile ocupadas en el Pacífico.» (7) Al mismo tiempo escribía á O'Higgins: «El destino de la América del « Sur está pendiente de Chile. Si convencido de mis razones « hace usted partir la escuadra para batir la expedición, San « Martín ofrece bajo su palabra de honor y como amigo los ar- « tículos que oficialmente le propongo. Es la ocasión de que sea « vd. el libertador de la América.» (8) Al enviado argentino en Santiago, Guido, le decía: «Entre mis reflexiones de esta noche « se me ha ocurrido lo único capaz de salvar el país. Por no per- « der un tiempo precioso no se las copio, pero véalas en el ofi- « cio que dirijo á O'Higgins. El amor de la patria me hace « echar sobre mí esta inmensa responsabilidad: si contribuyo á « salvarla, aunque después me ahorquen. Como verá por el « oficio, está usted facultado por mí para esta negociación. Los « cincuenta mil pesos ofrecidos los tengo prontos, y por el po- « der que le incluyo puede tomarlos de los amigos. Del sigilo « pende el buen éxito: O'Higgins, usted y Cochrane son los « únicos que están en el arcano. Cuando la escuadra salga, se- « ría conveniente echar la voz de que marchamos á destruir á « Lima.» (9)

Esta empresa era para tentar un génio audaz y aventurero como el de Cochrane, pero cuando las comunicaciones de San Martín llegaron á Chile (agosto 6) su cabeza estaba ocupada con el plan de destruir la escuadra española en el Callao. Así, aún cuando la idea era aceptada por O'Higgins y Guido la apoyó calurosamente, el almirante se opuso abiertamente á ella, declarando que antes de todo era necesario incendiar la escuadra española del Callao, de lo que «respondía con su cabeza» con el auxilio de los cohetes á la congreve que había hecho construir (véase cap. XXII, § III), llegando á decir: «Con mi escuadra « y mis cohetes, no temo ni á toda la escuadra inglesa.» Por

---

(7) Ofi. de San Martín al gobierno de Chile, de 28 de julio de 1819 en Mendoza. M. S. (Arch. San Martín, vol. XXVII.)

(8) Carta de San Martín á O'Higgins, de 28 de julio de 1819, publicada por primera vez por Vicuña Mackenna en «Rel. históricas», 2ª parte, p. 683. (Este es el único documento referente al plan que encontró Vicuña Mackenna en el archivo de O'Higgins, y el único que hasta hoy se haya publicado. La série completa la hemos encontrado original en el archivo de San Martín, y se inserta en el Apénd. núm. 25.)

(9) Carta de San Martín á Guido, de 28 de julio de 1819. M. S. (Arch. San Martín, vol. XXVII.)

último, expuso: «que destruida la escuadra del Perú, la destrucción de los navíos españoles era segura aunque fuesen seis en vez de tres, y se presentasen unidos, y consignó su opinión por escrito en estos términos: «Estando ya casi prontos los « cohetes, es necesario quemar primero la escuadra y trasportes del Callao. Todo esto puede hacerse, y la escuadra de « Chile tocando en Valparaíso á su vuelta, puede estar en el Río « de la Plata ó en Río Janeiro en tiempo para frustrar los planes de los españoles; pues repito por escrito, que con sólo los « cohetes podemos destruir una fuerza naval superior, y que debe construirse sin pérdida de tiempo, además de la cantidad « ordenada, toda la que sea posible, para destruir la expedición « que se espera de España, restándome sólo agregar que creo « infalible la aniquilación de los buques del Callao, desde que « la emprendamos.» Á San Martín le decía confidencialmente que «le era agradable cooperar á su grande obra, pudiendo asegurarle, que en un mes más, la escuadra y trasportes del « enemigo en el Callao habrían dejado de existir.» (10) El plan no tuvo ulterioridad y quedó sepultado en el secreto de los tres personages que tomaron conocimiento de él.

El director Rondeau seriamente alarmado por nuevo aviso trasmitido por los agentes de Cádiz, redobló sus instancias á fines de agosto, asegurándole: «que la expedición era indubitable, y que á principios de setiembre debía dar la vela, pues así lo hacían saber los enviados argentinos de Paris y Río Janeiro, aconsejando poner el país en estado de defensa sin pérdida de momentos; y que por consecuencia, la presencia del general se hacía cada vez más necesaria en Buenos Aires para concertar el plan de resistencia, por ser el indicado para mandar en jefe el ejército que debía formarse.» (11) El general, que tenía las mismas noticias por su agente en Londres, Álvarez Condarco, comprendió que «todo se lo llevaba el diablo»,

---

(10) Forman serie con los documentos sobre este plan cit. en la nota anterior,—todos los cuales se insertan en el Apénd. núm. 25,—los siguientes: Carta de O'Higgins á San Martín, de 7 de agosto de 1819, contestando á la del segundo de 28 de julio. Ofi. *reservado* de Guido, de la misma fecha. Carta *muy reservada* de Guido, de la misma fecha. Carta de Cochrane á San Martín (en inglés) de 6 de agosto de 1819, sobre sus planes. Ofi. de Cochrane á O'Higgins, de la misma fecha, fundando su opinión sobre el plan de San Martín. M. S. S. (Arch. San Martín, vol. XXVII.)

(11) Cartas del director Rondeau á San Martín, de 17 de junio, 26 de julio y 17 de agosto de 1819. M. S. S. (Arch. San Martín, vol. XXVII.)

según su expresión proverbial, si los españoles se posesionaban del Río de la Plata, aún cuando se conquistase el Perú, pues perdía la América su base de operaciones; y renunciando por el momento á esta empresa, contrajo toda su atención á la defensa del territorio argentino, punto de apoyo de la resistencia continental. La contestación al director Rondeau sobre este tópico, tiene el timbre del clarín del vencedor de San Lorenzo, que en más vasta escala y con iguales brios se preparaba á renovar en las márgenes del Plata la hazaña con que se ensayó en el Paraná, echando al agua á los españoles. Le ofrece por contingente un ejército de 4,000 hombres, de los cuales cerca de tres mil de caballería, que estaría pronto en el mes de octubre, aconsejándole se armase de resolución para exigir del pueblo los sacrificios que eran indispensables. «Si « somos libres, le decía, todo nos sobra, y por consiguiente los « ciudadanos serán recompensados de sus esfuerzos. Yo estoy « firmemente persuadido que si el pueblo de Buenos Aires y el « resto de las provincias hacen un corto sacrificio, y ponemos « diez mil veteranos, como podemos hacerlo en cuatro meses, « batimos al enemigo, y no son los españoles los que nos bajan « la ceviz. Diez y seis escuadrones con 30 piezas volantes nos « aseguran la victoria.» (12) La combinación de la caballería con la artillería ligera, contra un enemigo invasor desprovisto de medios de movilidad en un país llano, he ahí la idea nueva, que aún no se había acreditado en el mundo militar como principio de táctica combinada. Por eso daba tanta atención á la caballería, alterando su proporción con las demás armas á la inversa de lo que practicara en la organización de sus ejércitos durante la campaña de Chile. Pero estos planes, como los anteriores, debía llevárselos el viento, y quedar simplemente bosquejados como una muestra del génio militar de su autor, á la vez que de las diversas alternativas por que pasó su espíritu en medio de las peripecias de la época. La cronología de los hechos explicará estas peripecias y estas alternativas.

Á fines de octubre recibiose en Buenos Aires la falsa noticia de que O'Donnell á la cabeza del ejército de Cádiz, se había sublevado y marchaba sobre Madrid. El director supremo dispuso en consecuencia, que el ejército del norte acantonado

(12) Carta de San Martín al director Rondeau, de 27 de agosto de 1819. M. S. (Arch. San Martín, vol. LVII.)

en las inmediaciones de Córdoba regresase á Tucumán, y escribió á San Martín: «Por ahora fué á tierra el proyecto de invadirnos.» [13] Á principios de octubre vuelve á renacer la alarma al saberse que O'Donnell ha sofocado el levantamiento militar próximo á estallar; pero antes de finalizar el mes, el gobierno tenía la evidencia de que la expedición estaba desbaratada en gran parte, y que era cuando más un peligro remoto. Así lo demostraba el periódico oficial [14] y lo ratificaba confidencialmente el mismo director: «Remito copia de la última comunicación que he recibido de Gibraltar sobre movimiento de la Península y estado de la expedición hacia esta parte. Por ella se deja conocer que si insisten en su proyecto, no será tan pronto realizable, y así tendremos siempre tiempo suficiente para prepararnos.» [15] En los primeros días de noviembre súpose positivamente que la peste se había propagado en el ejército expedicionario, diseminándose en sus cuerpos [16] aún cuando más tarde se anunció,—por la última vez,—que el gobierno español persistía en su propósito á pesar de todo. Desde entónces se tuvo la evidencia de que la expedición era imposible ó por lo ménos muy problemática. En efecto, la España estaba agotada, y la última conmoción abortada de su ejército, la había quebrado militarmente, aumentando su malestar político. La metrópoli ya no enviaría á América un sólo soldado. Su último ejército expedicionario, se convertiría en ejército revolucionario. El último de sus ejércitos, que á la sazón levantaba el estandarte del rey en sus colonias independizadas, estaba circunscrito á las montañas del Perú. Allí lo iría á buscar San Martín, obedeciendo al impulso inicial de la revolución argentina, y en remotas playas continuaría defendiendo el suelo nativo, que ya nadie atacaría.

IV

Si la expedición española fué en casi todo el curso del año de 1819 el fantasma al rededor del cual giró la política exterior

---

(13) Carta del director Rondeau á San Martín, de 26 de setiembre de 1819. M. S. (Arch. San Martín, vol. LVII.)

(14) Véase: «Gaz. de Bs. Aires», núms. 143 y 144, de 20 y 27 de octubre de 1819.

(15) Carta del director Rondeau á San Martín, de 27 de octubre de 1819. M. S. (Arch. San Martín, vol. LVII.)

(16) Véase: «Gazeta de Buenos Aires» núm. 147, de 10 de noviembre de 1819.

del Río de la Plata, la guerra civil fué el espectro pavoroso que dominó toda la política interna. Esta guerra, era obstáculo para el desarrollo de los planes de San Martín, y por eso, antes de repasar los Andes y después de poner el pie en tierra argentina, todos sus conatos tienden á suprimirla, de cualquier modo que sea, primeramente, al promover por medio de la misteriosa Logia la mediación del gobierno de Chile,—en que tan falsa posición asumió,—y posteriormente, incitando á los caudillos disidentes de Santa Fe, Entre Ríos y Banda Oriental á la paz y á la unión, en nombre y en el interes primordial de la causa americana, de que era el hombre representativo. El armisticio doméstico entre el gobernador López de Santa Fe y las tropas del gobierno nacional en el Rosario, provocado indirectamente por él, y por la marcha del ejército de Belgrano sobre las montoneras, lo halagó por algún tiempo, haciéndole creer que pacificado el país obtendría nuevos recursos para proseguir las empresas lejanas, que consideraba salvadoras. Autorizado por el gobierno para abrir negociaciones pacíficas con los disidentes en su tránsito por el territorio de Santa Fe, «estipulando y concluyendo los pactos mas confor« mes al interes general y particular de los pueblos», [17] abrió nueva correspondencia con los caudillos del litoral, recabando de los cabildos de Cuyo el nombramiento de diputados que lo representasen ante aquellos. [18] Bajo esta confianza, y cuando consideraba disipada la amenaza inminente de la expedición española, recibe la noticia de que se habían roto de nuevo las hostilidades entre Santa Fe y Buenos Aires sobre la frontera de ámbos territorios, entrando en la liga de los caudillos anárquicos los de Entre Ríos y Banda Oriental. En tal conflicto, el gobierno le llama urgentemente por la tercera vez, confirmándole la autorización anteriormente dada para arreglar pacíficamente las desavenencias domésticas y le reitera la orden de marchar á Buenos Aires con toda la división de los Andes acantonada en Mendoza, teniendo en vista el doble objetivo de la expedición española, caso de que se realizase, y la guerra

---

(17) Ofi. del ministro de guerra á San Martín, de 8 de octubre de 1819. M. S. (Arch. San Martín, vol. XXVII.)

(18) Ofi. circular de San Martín de 22 de octubre, y contestación de los cabildos de San Luis y Mendoza de 29 de octubre de 1819, avisando haber nombrado diputados al efecto. M. S. S. (Arch. San Martín, vols. XXVII y XLIV.

civil que de cerca lo afligía. ([19]) Estas ocurrencias llegaban simultáneamente con la seguridad de que todo estaba listo en Chile para emprender la expedición del Perú, en prosecución de lo acordado por la Logia ([20]) y de conformidad con lo anteriormente convenido con el gobierno argentino. Contestó oficialmente, que aceptaba gustoso la dirección de una empresa de que pendía la suerte decisiva de la América, y se pondría inmediatamente en marcha si la renovación de la guerra civil no se lo impedía. ([21]) En su correspondencia confidencial con O'Higgins se expresaba en el mismo sentido; pero anunciábale que en vista de estas novedades suspendía su proyectado viaje al litoral. ([22])

En medio de esta situación confusa, trepidó nuevamente el ánimo resuelto del general de los Andes, entre sus obligaciones para con la patria, sus deberes estrictos de la disciplina y su visión clara de que la suerte de la revolución americana estaba en Lima, y de que antes de que la España pudiese poner un soldado en el Río de la Plata, él habría conquistado el Perú. Sea que la inminencia del peligro de la expedición, según las últimas noticias, lo decidiese; sea que aprovechándose de la nueva alarma procurase aumentar los elementos de que necesitaba para su grande empresa, ó lo que es más probable, que asumiera por el momento una actitud espectante, el hecho es que contestó al gobierno que se ponía en marcha desde San Luis con seis escuadrones de caballería de línea y dos de milicias con 8 piezas de artillería, que formaban un total de 2,000 hombres, dejando en Cuyo su infantería por falta de cabalgaduras, según decía. Á la vez pedía al gobernador de Córdoba le preparase 4,000 caballos para su pronta marcha á Buenos Aires. ([23]) Todo estaba preparado para responder á la al-

---

([19]) Ofis. del ministro de guerra á San Martín, de 8, 13 y 16 de octubre de 1819. M. S. S. (Arch. San Martín, *(Correspondencia reservada)* vol. XXVII. Véase Apénd. núm. 24.)

([20]) Ofi. de San Martín al gobierno de Chile acusando recibo de la nota en que se le participa haberse celebrado la contrata con la compañía encargada de los aprestos para la expedición del Perú. M. S. (Arch. San Martín, vol. XXVII.)

([21]) Ofi. de San Martín al ministro de gobierno de Chile, de 19 de octubre de 1819. M. S. (Arch. San Martín, vol. XXVII.)

([22]) Carta de San Martín á O'Higgins, de 19 de octubre de 1819, pub. por Vicuña Mackenna en «Rel. hist.», parte 2.ª (Véase Apénd. núm. 26.)

([23]) Ofis. de San Martín al gobernador de Córdoba, y al gobierno general de 22 y 24 de octubre, y contestación del primero, de 31 de octubre

ternativa atención de acudir al litoral ó tomar definitivamente el camino de Chile. Había levantado en masa la provincia de San Luis, alistándola en escuadrones de caballería para concurrir á su segundo plan contra la invasión española, en número de 2,000 hombres. [24] La fuerza de la división veterana de 1,200 hombres que había repasado los Andes en marzo y abril, elevábase á la sazón á 2,200. [25] Los granaderos estaban estacionados en San Luis, donde se remontaban por alistamientos voluntarios y reclutamientos. El Nº 1º de infantería hallábase acantonado en San Juan, recibiendo una nueva organización calculada para la expedición al Perú. [26] La artillería y los cazadores á caballo permanecian en Mendoza donde se hallaba el cuartel general. En esta actitud le sorprendió el anuncio de estar todo listo en Chile para la expedición del Perú, la noticia de haberse roto las hostilidades entre Buenos Aires y Santa Fe y la orden triplicada de acudir presurosamente á la capital con todas las fuerzas disponibles en Cuyo.

El plan del gobierno era reconcentrar todos los ejércitos de la república en la provincia de Buenos Aires, y formar una masa de ocho á diez mil hombres, teniendo en vista el peligro ya remoto de la expedición española, y por objetivo inmediato la guera civil. Considerado este plan bajo el punto de vista moral, militar y político, era una cobardía, en presencia de poco más de 1,500 montoneros mal armados que lo amenazaban; una imprevisión, entregar todo el resto del país al enemigo, circunscribiéndose á un sólo punto, que por sí mismo estaba garantido; era una abdicación del poder, abandonar á la anarquía todo el territorio, donde su acción se dilataría naturalmente y sin resistencia, y una verdadera deserción de la causa de la revolución, desguarnecer la frontera del norte que hacía

---

de 1819. M. S. S. (Arch. San Martín, vols. XXVII y LVII.) Véase Ap. núm. 26.

(24) Ofi. de San Martín al gobierno, de 27 de agosto de 1819, aconsejando el alistamiento general de San Luis, en número de 2,185 hombres. Doc. del Arch. general. M. S. (publicado en la «Gaz. de Bs. Aires» núm. 139, de 15 de setiembre de 1819.)

(25) Estado de fuerza de 15 de octubre de 1819. He aquí su detalle: Artillería, 116 plazas; Granaderos á caballo, 635; Cazadores á caballo, 577; Nº 1º de cazadores de infantería, 808; Jefes y oficiales etc. 70—Total 2,200 hombres. M. S. (Arch. San Martín, vol. LI.)

(26) Arenales: «Mem. histórica», etc. cit. p. 188.—Espejo: «Bosquejo biográfico de Pringles.»

frente al ejército realista del Alto Perú, renunciar á la alianza con Chile y á la expedición del Alto Perú, y lo era mucho más tomando en cuenta las tenebrosas maniobras á que respondía, como luego se verá más claro. Á haberse realizado tal reconcentración,—como lo hemos observado en otro libro histórico, —y aún suponiendo preservada á la provincia de Buenos Aires de los males de la anarquía, este resultado negativo habría importado la disolución nacional de hecho, el aislamiento del poder general, y el divorcio con los intereses de las demás provincias. Aún triunfando en una batalla, la cuestión no se decidía. Había que emprender una nueva guerra de conquista contra todo el país insurreccionado, en que los ejércitos se gastarían estérilmente si es que no concurrían al desorden. Todas estas consecuencias, si bien no rigurosamente lógicas y necesarias, eran fatales, dados los antecedentes de la situación general y el estado de los espíritus. La guerra civil era un fenómeno espontáneo, una enfermedad del tiempo que no podía curarse con amputaciones parciales operadas por el sable. Concurrían á encenderla, no sólo los instintos selváticos de las multitudes y de sus caudillos semi-bárbaros, sinó tambien el descontento de las clases ilustradas de la sociedad, en presencia de una situación política perdida que reaccionaba contra las tendencias de la revolución, y esta influencia deleterea se extendía hasta las filas de los mismos ejércitos. Todo presagiaba una catástrofe inmediata, que la fuerza militar era impotente para prevenir.

V

El director supremo, Rondeau, perseverando en su plan, habíase puesto en campaña al frente del ejército de Buenos Aires, superior en número aunque no en brios al de los montoneros, y marchaba á la frontera para hacerles frente allí, donde debía verificar su unión con el del norte, que desde Córdoba se dirigía con tal objeto á la espera del de Cuyo. Por lo tanto, el llamamiento de las fuerzas de Cuyo no respondía á una exigencia militar imperiosa. ¿Cuál era el verdadero objeto de la reconcentración de todos los ejércitos de la nación? Una comunicación enigmática dirigida á San Martín y firma-

da por el director Rondeau en su cuartel en campaña (10 de noviembre) responde á esta interrogación. Decía así: «*Reser-*« *vadísimo*—Todos los motivos que hacían urgente su aproxi-« mación con el ejército de su mando, son un átomo respecto « de los que han ocurrido estos últimos días. Ellos son de un « orden superior á todo lo que se puede imaginar, y ponen en « el más grande de los conflictos, no ya á la presente adminis-« tración, sinó directamente toda la existencia de todas las pro-« vincias. Las comunicaciones de Europa novísimamente re-« cibidas, nos anuncian próximamente y de un modo indudable « un mal mayor que el de la expedición española; pero no pu-« diendo aventurarse al papel en ninguna forma, es preciso que « acelere sus marchas para imponerse y prepararnos extraor-« dinariamente y con urgencia, para que el Estado pueda ser « salvado. Es un negocio de la última importancia; es inútil « decir más.» ([27])

Cuál era este negocio magno, que se calificaba de conflicto, no siendo ni la expedición española, ni la guerra civil como se decía, y que afectando la existencia del Estado, debía salvarlo? Era el establecimiento de una monarquía, sigilosamente complotada entre los poderes públicos del Estado, que se procuraba imponer al país por sorpresa y con el auxilio de la fuerza armada. Nada había sucedido en Europa que importase un conflicto para las Provincias Unidas, y por el contrario, las últimas comunicaciones de sus agentes diplomáticos anunciaban que la expedición española no sólo era irrealizable sinó que en todo caso quedaría neutralizada. Era que el D.r Valentín Gómez, de cuya misión hemos dado cuenta antes, (véase cap. XIX, § VI) había concertado en París un informal convenio *ad referendum* con el gobierno francés para la coronación de un príncipe de la casa de Borbón,—el duque de Luca,—como soberano del Río de la Plata, bajo la protección de la Francia, con la condición de allanar sus dificultades con la España dando *otra dirección* á su expedición, y de interesar al Portugal en el plan por medio del enlace de una princesa del Brasil con el presunto candidato al trono argentino, á fin de

---

([27]) Nota del director Rondeau á San Martín fechada en el cuartel general de Lujan el 10 de noviembre de 1819. M. S. original, conservado entre los papeles del general San Martín, y que ha permanecido hasta hoy desconocido. (Arch. San Martín, vol. XXVII. Véase Apénd. núm. 25.)

facilitar la evacuación de la Banda Oriental ocupada por los portugueses. El congreso, pasando por encima de la constitución republicana jurada, traicionaba el programa de la revolución, contrariaba la voluntad nacional, inconsulta la opinión, al sancionar en secreto como una conjuración, lo que calificaba de «gran proyecto», (3 de noviembre) cuatro días antes de firmar el director supremo la enigmática comunicación antes trascripta. Cuatro días después, (12 de noviembre), autorizaba al enviado argentino en París para proseguir la negociación iniciada, sin más restricción que pactar la absoluta independencia, y proponer la reintegración de la Banda Oriental como límite del territorio nacional. (28) Las fechas son acusadoras, y proyectan su luz siniestra sobre ese oscuro documento, cargándolo con una sombra negra. No sólo se aceptaba la monarquía para lo ulterior, renegando del credo republicano de la América, sinó que como fin inmediato, al desviar del Río de la Plata y Chile la amenaza de la expedición española, dejábase á la España en libertad de dirigirla para reforzar el Perú ó para sofocar las insurrecciones de Méjico, Venezuela y Nueva Granada, de cuyos agentes en Europa se había prescindido estudiosamente, y esto era más que una deserción de la causa de la América independiente, una verdadera hostilidad indirecta á su revolución.

San Martín, que era como se ha visto, monarquista de oportunismo, aunque republicano por temperamento y por convicción, y que había aprobado la misión de Gómez y aún propiciádola ante el gobierno de Chile, decidiéndolo á concurrir diplomáticamente á ella, (véase cap. XIX, § VI) no tuvo conocimiento por entonces de este resultado, y su resolución estaba ya tomada de antemano. Desobedeceria.

Había llegado para San Martín el momento psicológico que modificaría el curso de los acontecimientos por un acto deliberado de su voluntad, acto que lo divorciaría de su patria decidiendo de su destino y tambien de los de la revolución sud-americana.

---

(28) Los documentos en que se fundan estas fechas y los hechos que con ellas se relacionan, los hemos publicado en el Apéndice número 48 de nuestra «Historia de Belgrano», (4ª edición), ilustrándolos en los capítulos XXXVII y XLII de ella, donde las negociaciones y los acuerdos secretos del congreso y las resoluciones del ejecutivo se detallan con todos sus pormenores.

Hasta entonces su proceder había sido lógico consigo mismo, con un plan, con un objetivo fijo y con medios de acción apropiados para mover hombres y cosas como máquinas en el sentido de sus designios. Desde este momento, su conducta es doble, como lo fué al iniciar el repaso de los Andes; pero vacilante, cediendo á fuerzas latentes que lo atraían al exterior y poderosos impulsos que lo empujaban hacia el interior. El americanismo, y el patriotismo combinado con el americanismo, pugnaban en su alma, y de aquí las alternativas de su espíritu y las variadas combinaciones que respondían á las diversas situaciones en que se encontraba sucesivamente envuelto por los acontecimientos supervenientes, por el acaso y por la misma complicación de sus misteriosos manejos. Al ponerse en pugna con el gobierno de Chile, que era su obra, hasta el extremo de pretender anonadarlo, retirándole su apoyo, con el objeto de obligarlo á realizar la expedición al Perú, que lo atraía irresistiblemente, su conducta es consecuente con sus propósitos, y sus medios, aunque ambíguos, eran adecuados á sus fines. Al asumir ante el gobierno argentino el doble papel de acusador del gobierno de Chile por su falta de cumplimiento á los compromisos internacionales, y hacerlo servir de instrumento de sus secretos manejos, era tambien consecuente con los objetos que perseguía á la luz del día. Al deshacer su laboriosa trama, haciendo servir á uno y á otro gobierno á encaminar las cosas en el sentido de sus planes, y obtener de Chile todo lo que buscaba con la terrible presión por él ejercida sobre ámbos, no hacía sinó colocarse en la situación que de antemano previó. Pero al encontrarse envuelto en las dificultades que surgieron del amago de la expedición española al Río de la Plata, su marcha empieza á ser vacilante, y se le ve oscilar entre dos corrientes encontradas. Ora se resigna á permanecer á la espectativa de los sucesos ó se decide por la inmediata marcha al Perú, cuando la expedición anunciada parece disiparse; ora renuncia francamente á la empresa del Perú, le pide su escuadra á Chile para contrarrestar la invasión peninsular y combina nuevos planes para rechazarla en las márgenes del Plata, cuando considera amenazada la base de operaciones de su campaña continental; y cuando parece que va á tomar un rumbo, trepida y se detiene, y luego que se penetra que la expedición española no es un peligro serio, ó que puede conjurarse atacándolo como Scipion en Cartago

para salvar á Roma, retrocede y permanece á la espectativa. Por último, cuando comprende que la guerra civil que le repugna, y que juzga con criterio de fatalista, va á arrastrarlo á su vorágine, á disolver su ejército, esterilizándose sus fuerzas para su patria y para la América, vuelve como la ahuja imantada á tomar su dirección y se lanza resueltamente á cumplir su destino americano. Desde este instante, guardando su impenetrable secreto, su papel vuelve á ser doble en lo ostensible, y como el símbolo de dos caras y sin pies de los antíguos, marca el doble término en los Andes, presenta al mundo la cara iluminada por la gloria, y á la patria de que se divorcia, la cara oscura, llevándose él su programa revolucionario, sus armas y su bandera emancipadora. Tal es el gran momento psicológico famoso en la vida de San Martín, el momento que presagia su desobediencia, la determina y marca el punto culminante de su carrera de libertador americano.

VI

Al finalizar el año XIX, las Provincias Unidas se hallaban en plena descomposición política. Sin un gobierno eficiente que dominase la situación, y con un gobierno sin ideas ni punto de apoyo en el país, sublevado en el litoral y pronto á levantar sus armas contra él todo el interior; enervado el espíritu público de la capital, centro del poder; minados los ejércitos; extraviados los poderes públicos en planes insensatos de monarquismo, que asumían el caracter de una tenebrosa conjuración, para corregir la anarquía que fomentaban por tales medios; revelada moralmente la opinión de todas las clases del pueblo contra el gobierno general; era una situación perdida, que el director Pueyrredón entregara sin fuerzas, después de agotarlas en la tarea del gobierno, y que debía perderse fatalmente en manos del director Rondeau, último representante enfermizo del vigoroso centralismo gubernamental que había dado su impulso á la revolución. La revolución argentina, obedeciendo á su impulsión inicial y á los instintos populares, ejecutaba en ese momento su doble y peligrosa evolución, diseñándose sus dos tendencias características: la propaganda emancipadora en el exterior por las armas y los prin-

cipios americanos por ella formulados:—la descomposición del mundo colonial en el interior, por la guerra social y el choque de las masas agitadas, impregnadas del espíritu disolvente de disgregación, que envolvía en el fondo un principio de trasformación.

El ejército de los Andes era en aquél momento el último y único representante de la propaganda americana, que conservaba en medio de esta dispersión de las fuerzas morales y materiales, la bandera y la espada redentora de la revolución argentina, con que los primeros ejércitos llegaron hasta el Desaguadero en marcha hacia Lima, y libertaron á Chile teniendo por objetivo lejano el Perú al través del mar Pacífico. Máquina de guerra y organismo calculado para realizar los objetos de esa vasta propaganda, el ejército de los Andes estaba dotado por su creador de las armas adecuadas á tal propósito y penetrado de la pasión de su empresa. Su permanencia en tierra extraña, lo había preservado del contagio de las pasiones deletéreas que trabajaban á los ejércitos argentinos en su territorio, y que ya habían contaminado por la acción del medio, las tropas que repasaran los Andes. El ejército de los Andes era, pues, una fuerza en el exterior y un peligro en el interior, y tenía que ser, ó pretoriano ó revolucionario en la patria ó libertador en América, y fué libertador obedeciendo á la impulsión inicial de la revolución argentina, cuya evolución completó en tal sentido.

En aquella situación confusa, San Martín, lo mismo que su ejército, no tenía sinó dos papeles: ó montonero ó régulo en la patria, ó libertador en América; á menos de desertar de su puesto de combate, arriando su bandera y abandonando á sus soldados al frente del enemigo tradicional. Optó por lo segundo, y tuvo la inspiración salvadora de la revolución americana, y así salvó la gloria de su patria, realizándose en él lo que el poeta dijera de otro grande hombre de fama europea:

Faltar pudo su patria al grande Osuna
Pero no á su defensa sus hazañas.

Á la espectativa del desarrollo de los sucesos ó trepidando aún respecto del partido que definitivamente debía adoptar en esta coyuntura, había anunciado al general del ejército del norte, que el 10 de diciembre se pondría en marcha con direc-

ción á Buenos Aires, y que en obediencia de las instrucciones del gobierno era su ánimo tomar el camino de la frontera que conducía directamente al Pergamino. [29] Tres días después (el 25 de noviembre), anunciada por la orden general la marcha de la división con destino á la capital, recibía la noticia de haber estallado una revolución en Tucumán, apoyada por las tropas del ejército auxiliar acantonadas allí, con deposición de sus autoridades civiles, proclamación de su independencia provincial y prisión del general Belgrano. Comunicaciones que simultáneamente recibía de Córdoba, le confirmaban haberse descubierto la existencia de un plan de conspiración tramado por varios oficiales del ejército situado en Córdoba, de acuerdo con el movimiento de Tucumán, el que tenía ramificaciones en todas las provincias del interior, incluso la de Cuyo. [30] Este hecho lo alarmó seriamente, y confirmole en su propósito de alejarse del teatro de la guerra civil, á la que no encontraba remedio. En consecuencia, después de tomar sus precauciones á fin de que su provincia no fuese invadida por la anarquía general, ofició al gobierno: «La sublevación de las tropas « que guarnecían el Tucumán, unida á los avisos que he reci- « bido por la vía de Córdoba, de que el movimiento de aquella « provincia estaba de acuerdo con el que debía ejecutarse en « esta (Cuyo) luego que se verificase la salida del Ejército, me « han hecho suspender la marcha que debía emprender el 11 « por la mañana con dirección á la capital. Pesadas estas cir- « cunstancias, espero se sirva comunicarme las órdenes que « tenga por conveniente sobre el movimiento de esta División.» Agregaba que un nuevo ataque que había sufrido, le obligaba á ir á tomar los baños de Cauquenes en Chile por disposición de los facultativos, y que tenía la esperanza de hallarse mejorado y de regreso antes de recibir contestación á su oficio, participando á la vez quedar encargado del mando de las fuerzas de Cuyo el coronel Alvarado. [31]

---

(29) Ofi. de San Martín al gobernador de Córdoba y al general del ejército del Perú en Córdoba, de 22 de noviembre de 1819. M. S. S. (Arch. San Martín, vol. XXVII. Véase Apénd. núm. 25.)

(30) Ofi. de San Martín al teniente gobernador de San Luis, de 25 de noviembre de 1819. (Arch. San Martín, vol. XXVII. Véase Apéndice núm. 25.)

(31) Ofi. de San Martín al Gobierno, de diciembre 7 de 1819. M. S. (Arch. San Martín, vol. XXVII. Véase Apénd. núm. 25.)

Cuando esto escribía el General de los Andes, su resolución estaba tomada de antemano, aún cuando todavía trepidase ante la inmensa responsabilidad que iba á echar sobre sus hombros. El 9 de noviembre, así que viera que empezaba á disiparse la tempestad señalada en el horizonte lejano, por el desbarate de la expedición española, escribía á O'Higgins, por mano de su secretario: «Tengo la orden de marchar á la capi« tal con toda la caballería é infantería que pueda montar; pero « me parece imposible poderlo realizar, tanto por la flacura de « los animales, como por la falta de numerario.» Y á renglón seguido borroneaba de su puño y letra en gruesos caractéres y profusión de mayúsculas, estos renglones: «*Reservado para « usted solo.*—No pierda tiempo un sólo momento en avisar« me el resultado de Cochrane, para sin perder un sólo momen« to marchar con toda la División á esa, excepto un Escuadrón « de Granaderos que dejaré en San Luis para resguardo de la « Provincia. Se va á descargar sobre mí una responsabilidad « terrible; pero si no se emprende la Expedición al Perú, todo « se lo lleva el Diablo. Dígame cómo está de artillería de Ba« talla y Montaña para la expedición, pues si falta, podemos « llevar la que tenemos en esta. Los montoneros se reunian el « 14 en el Rosario, y su plan era invadir la campaña de Buenos « Aires. Tengo reunidos 2,000 caballos sobresalientes, los que « marcharán á esa con la División. Si vienen noticias favora« bles de la Escuadra, haga estar prontas todas las Mulas de « Silla y Carga del Valle (de Aconcagua) para que trasporten « los Cuerpos del Pie de la Cordillera á esa Capital.» ([32]) Pero aún después de adoptada esta resolución, todavía daba espera á su ejecución.

VII

El oficio de San Martín participando su contramarcha (del 7 de diciembre) llegó á manos del director Rondeau en momentos en que este al frente del ejército de Buenos Aires y

---

([32]) Véase Apéndice núm. 19. (Correspondencia confidencial entre San Martín y O'Higgins.)

próximo á dar la batalla final, recibía de todas partes avisos de que la república estaba en estado de disolución.

El general Cruz, jefe interino del ejército del norte, hombre recto, de juicio frío y decidido sostenedor del orden, escribía al director: «Córdoba se halla en su mayor parte dispuesta « á romper los débiles lazos que la unen al gobierno supremo: « sus habitantes proclaman con desvergüenza la federación, y « como son los más audaces y muy poco contrarrestados, logran « extender más y más su opinión. Si esta provincia se man- « tiene en una aparente dependencia, es por temor del ejército « que mando; pero tengo por evidente que poniéndome á una « distancia en que no corran riesgo, harán un movimiento es- « trepitoso. La revolución sucedida en Tucumán ha puesto á « los perturbadores en la mayor animosidad; ya cuentan con « este apoyo más, y sería en vano alejar algunos de sus princi- « pales corifeos, porque la enfermedad es general, y cada día « se extiende el contagio. Veo una conspiración de todas las « Provincias contra el Gobierno; ninguna se acuerda que exis- « ten españoles con quienes pelear: su primera y única aten- « ción es sustraerse á la autoridad central, y pensar como han « de sostenerse contra cualquiera fuerza que se destine á ha- « cerlas entrar en su deber, aunque para ello sea preciso que el « país se desole. Agotado el remedio de la prudencia, juzgo « que no hay bastante fuerza contra tanto conspirador, y aún « cuando la hubiese, todo es arruinar estos desgraciados terri- « torios. Ellas proclaman una federación que no entienden y « que confunden con la anarquía, y siendo uno de los mayores « males el concederla, por razones que están á la vista, parece « mayor el negarla cuando no se puede sostener lo contra- « rio.» (33)

El gobernador de Córdoba, don Manuel Antonio Castro, inteligencia penetrante y jurisconsulto profundo, animado de sano patriotismo, que observaba el desorden más de cerca, escribía á su vez: «Los anarquistas con el nombre de federales « habían tomado antes un caracter de animosidad muy notable, « sin que la inmediación del Ejército Auxiliar haya sido bas- « tante á imponerles respeto. Después del acontecimiento de

(33) Ofi. del general Cruz al director Rondeau fechado en Córdoba, 22 de noviembre 1819. M. S. (Arch. San Martín, vol. XXVII. Véase Apénd. núm. 25.)

« Tucumán ponen en juego todo arbitrio para minar el gobier- « no, y sólo esperan el momento de realizar sus designios. No « es la fuerza la que puede contener este torrente, sinó mien- « tras ella está encima, y la necesidad de mantener la fuerza « en esta provincia aumenta el descontento y la disposición á « abrazar una mudanza, que siempre creen favorable por huir « de las exacciones presentes. Y aún cuando la fuerza fuera « un medio de evitar el sacudimiento que necesariamente debe « esperarse, yo me voy á quedar sin ella, pues el Ejército Au- « xiliar se pondrá en marcha dentro de pocos días, y no lo ten- « go para asegurar el orden. El Gobierno sabe el estado de la « provincia de Salta; está impuesto del de Tucumán; é infor- « mado ahora desde Córdoba, debe persuadirse que la separa- « ción se acerca tan pronto como se retire el ejército. Todo el « que observe de cerca á estos pueblos, conocerá con exactitud « el estado de la opinión: han olvidado el primer objeto de « nuestra revolución: desconocen los peligros que todavía cor- « re la existencia de la nación con respecto al enemigo común, « y han declarado á la actual forma de gobierno un odio inex- « tinguible, cuyo contagio se propaga de día en día, y en razón « directa que disminuye la fuerza moral pierde su eficacia la « física. Ahora combatimos contra dos clases de enemi- « gos. » (34)

Jamás la pluma de ningún historiador argentino trazó con rasgos más acentuados, y puede decirse elocuentes, á la par que con sano é imparcial criterio, el estado de disgregación de las Provincias Unidas en aquellos días angustiosos, diagnosticando la enfermedad moral de los pueblos y la impotencia del gobierno para curarla, en presencia de la fatalidad de las cosas y de los tiempos que se sobreponía á las voluntades, que daban razón de ser á la anarquía, explicada por la lógica brutal de los hechos invencibles, reconociéndose la ineficacia de la fuerza armada para contener «el torrente de la opinión», que se desbordaba del cauce revolucionario. Y cuando se piensa que los personages espectables que hacían esta palpitante pintura, eran testigos conscientes que tenían por delante el original; que uno era el general de un ejército,—última esperanza del recurso de la fuerza,—cuyas tropas estaban complotadas con

---

(34) Ofi. del gobernador de Córdoba M. A. Castro al director Rondeau, de 30 de noviembre de 1819. M. S. (Arch. San Martín, vol. XXVII.)

la anarquía con sus principales gefes á su cabeza; y el otro, un partidario de buena fe del sistema monárquico,—última áncora de esperanza de los políticos sin rumbo, extraviados en la tempestad,—vése que el mal no tenía remedio por las armas, y que razón tenía San Martín cuando lo buscaba por otro camino y por otros medios, y preveía que la intervención de los ejércitos en la lucha social no haría sinó agravar el mal interno, aumentando los peligros exteriores. Esto que veían claramente los hombres de acción y los pensadores de la época, no lo alcanzaban los poderes públicos de aquél tiempo, pues habían llegado á ese estado de cristalización en que, sin la noción de las cosas, carecían hasta de las ideas que ellas sugieren ó de la habilidad rutinera de los expedientes que las suplen. Así es que el director supremo, en víspera de la batalla inmediata que iba á decidir del destino de la situación, y de la catástrofe que estas revelaciones sombrías anunciaban, encontrose atribulado, y buscó sus inspiraciones en el Congreso, representante legal de la sabiduría nacional.

El Congreso Nacional, tomada en consideración la consulta del director en campaña, con presencia de las exposiciones del gobernador de Córdoba y del general del ejército del norte, dió en su contestación la medida de su altura. Sin darse cuenta del estado del país, ni encontrar dentro de sí una sola inspiración, aconsejó que todo se entregase al acaso, sin acertar siquiera á trazar un rumbo ni á indicar por lo ménos una medida acertada. Para evitar los riesgos que se temían, «parecíale (son sus palabras) que bastaba dejar una guarnición en la ciudad de Córdoba y exhonerar al gobernador de su cargo político, sustituyéndolo por un gobernador militar,» cuando precisamente el peligro que se señalaba era la impotencia de la fuerza, y cuando el gobernador que se eliminaba era por su autoridad moral la única garantía de orden pacífico. Como complemento de esta gran medida político-militar, indicaba al gobierno tomase contra los principales promotores del desórden las medidas que considerase oportunas, usando de los medios á su alcance, mientras se aproximaban las tropas que debían sostenerlo, cuando el gobierno lo que pedía eran los medios que le faltaban para dominar la situación, y cuando el concurso de la fuerza militar era el problema que se trataba de resolver, para aplicar su potencia allí donde fuese más eficien-

te. ([35]) Jamás congreso alguno en el mundo demostró ménos conciencia de su situación, más carencia de ideas ni mayor ineptitud política, administrativa y militar. Era, en realidad, una situación perdida por el agotamiento de fuerzas intelectuales, morales y materiales, á lo que se agregaba el germen de disolución que los poderes públicos llevaban en su seno por la confabulación del plan monarquista á cuyo triunfo pretendían hacer concurrir los ejércitos de la República, violentando la opinión, justamente irritada contra este plan, producto del cansancio y de la cobardía republicana.

El director Rondeau, más atribulado que antes con las soluciones del congreso á su complicada consulta, no encontró tampoco en sí inspiraciones nuevas, y entregó á su vez las cosas á la corriente de los acontecimientos, sin dirigirlos ni preverlos. En consecuencia, contestó á San Martín repitió la lección insipiente del congreso, y aplicando á Cuyo lo recetado para Córdoba como remedio para prevenir los males que amenazaban al país, le ordenó dejase una guarnición á su espalda, y marchase á Buenos Aires con todo el resto del ejército de los Andes sin pérdida de tiempo, encomendando su mando á alguno de sus jefes en el caso que él personalmente no pudiese por el estado de su salud ponerse á su frente. ([36]) La medida de la incapacidad gubernativa estaba colmada, y en verdad era una situación perdida, no sólo por la fatalidad de los hechos, sinó tambien por la lógica de las cosas tal como desgraciadamente se combinaban.

Mientras tanto, O'Higgins atraía á San Martín con seguridades halagadoras. «La fortuna propicia,—le decía,—nos está « convidando á dar la última mano á la libertad de América; « y le proporciona una ocasión y un motivo justo para resistir « la orden de su gobierno. Sin la libertad del Perú, está usted « convencido que no podremos salvarnos, y ahora es el momen- « to de venir á Chile con las tropas de Cuyo, en la seguridad « de que á los dos meses estamos en camino para lograr el ob- « jeto tan deseado. Véngase, amigo, vuele, y se coronará la

---

([35]) Dictamen del congreso, de 10 de diciembre de 1819. M. S. (Arch. San Martín, vol. XXVII.) Véase el texto de este documento en el Apénd. núm. 25.

([36]) Ofi. del director Rondeau á San Martín, de 18 de diciembre de 1819. M. S. Arch. San Martín, vol. XXVII. (Véase el oficio íntegro en el Apénd. núm. 25.)

« obra. » (37) Guido por su parte, la Logia de Lautaro en Chile, sus compañeros de armas, todos le escribían en el mismo sentido, y él obedeciendo á sus aspiraciones geniales, estaba en su conciencia definitivamente decidido á la gran desobediencia, que consideraba á la vez que un sacrificio, un deber con toda su tremenda responsabilidad ante la historia.

Aún no se resolvió San Martín á romper el freno saludable de la disciplina que lo sujetaba. Limitóse á disponer de su persona con arreglo al aviso que había dado al ministerio de la guerra al desistir de su proyecto de marcha á Buenos Aires, en virtud de la revolución de Tucumán y de los avisos trasmitidos desde Córdoba, que le anunciaban otra revolución así que él se moviese con su ejército, lo que luego se verá que era exacto. Su estado físico, bien que pretexto ostensible para cubrir su retirada, era en verdad cada vez más deplorable. Imposibilitado físicamente de atender al mando militar, lo había delegado en Alvarado, y este le ocultaba las comunicaciones que podían agravar su excitación nerviosa. Empero, en una ausencia de Alvarado, llegaron á sus manos los oficios que lo instruyeron de la sublevación de Tucumán, y la impresión que esto le produjo agravó de tal manera sus males, que se llegó á desesperar de su vida. Sus fieles subalternos, previendo los inconvenientes de la travesía de la cordillera, hicieron preparar una camilla, que conducida en hombros de sus soldados, llevara al general al occidente de los Andes. (38) Fué entonces cuando San Martín escribió con mano temblorosa su última renuncia. « He reclamado en vano, dice en ella, por el es-
« pacio de tres años mi separación del mando del Ejército. Ya
« no es necesaria nueva reclamación: mi postración absoluta me
« hace separar de este encargo.» (39) El gobierno le contestó que había dejado siempre á su arbitrio la elección del clima que más conviniese al restablecimiento de su salud, sin aceptar su dimisión del mando de un ejército cuya organización y triunfos le eran debidos, y que por las mismas razones al concederle licencia para pasar á Chile á los baños de Cauquenes, era con la

(37) Carta de O'Higgins á San Martín de 4 de diciembre de 1819. M .S. Arch. San Martín, vol. XLI. (Véase Apénd. núm. 19.)

(38) «Memoria» de Alvarado, en que se consignan todos estos hechos. M. S. (Arch. San Martín, vol. LXXII.)

(39) Doc. del Arch. general. (Véase el texto en el Apénd. núm. 25.)

investidura de capitán general del ejército de los Andes, sea que estuviese reunido ó seccionado, en la inteligencia que, en cualquier punto que se hallase debía proveer á su fomento y disciplina, por exigirlo el buen servicio del Estado y el honor debido á sus relevantes servicios. [40] Este oficio debía llegar á manos de San Martín cuando el gobierno que lo expedía ya no existiera, y sólo existiera la sombra de las Provincias Unidas envueltas en la más desastrosa anarquía, de cuyo seno debía surgir la vida nueva, después de tormentosas pruebas que casi aniquilaron los principios morales de la vida social. En los primeros días de enero de 1820, el general de los Andes atraviesa por penúltima vez la cordillera, tendido en una camilla llevada en hombros de sus soldados, como Mauricio de Sajonia cuando marchaba inválido por pies agenos para ir á vencer en Fontenoy. Los baños de Cauquenes estaban en Lima, y allí debía ir á buscar la salud de la América.

VIII

Antes que exhibiésemos parte de los documentos que hoy completamos, respecto de la famosa desobediencia de San Martín, su conducta ha sido juzgada con criterio diverso, así del punto de vista del estricto deber militar como del patriotismo previsor; pero este criterio sin base, respondía más al instinto que al conocimiento perfecto de los hechos y á la conciencia de la situación en aquél solemne momento histórico. Hemos formulado nuestro juicio al respecto antes de ahora, y como ha tenido sanción americana y ha sido generalmente aceptado como fórmula por casi todos los escritores americanos que de este punto se han ocupado, lo consignaremos con las mismas palabras en las páginas de la historia del hombre objeto de él.

Si bien sean difíciles de determinar las variadísimas combinaciones á que un hecho modificado puede dar lugar, por cuanto las causas son más complejas en el orden moral que en el físico, empero, cuando se toman en cuenta las causas vi-

---

[40] Ofi. del gobierno á San Martín, de 8 de enero de 1820. M. S. Doc. del Arch. general. (Véase el texto en el Apén. núm. 25.)

sibles y tangibles, desentrañándolas de los hechos comprobados, y se comparan con los resultados, puede llegarse á conclusiones positivas, que habilitan á formar juicio correcto con conocimiento de causa, de manera de poder apreciar las que son del dominio de la historia real y no de la historia hipotética. Y admitiendo como elemento de juicio, que el instinto conservador de toda nacionalidad,—especialmente en sus grandes conflictos internos,—debe consultar ante todo sus conveniencias y sus facultades, y que nadie tiene el derecho,—ménos que todos el depositario de su fuerza pública,—de imponer sacrificios á un pueblo, aún tratándose de designios generosos, en que la gloria puede ser mayor que el provecho, aún así, el juicio equitativo de la posteridad ha sido favorable á la desobediencia de San Martín. El último fallo,—que sin duda confirmará la posteridad,—es, que la resolución del general San Martín al no dar pábulo á la guerra civil y emprender la expedición á Lima, no sólo consultó las previsiones políticas y militares, sinó tambien los instintos conservadores de un patriotismo elevado, que se hermanaba con la propaganda guerrera de la revolución argentina de que fué el último campeon, llevando su bandera redentora hasta la línea ecuatorial de la América del Sud, con gloria para su país y beneficio para la América.

Es punto que tiene el consenso universal, que San Martín salvó la revolución sud-americana con su atrevida resolución de expedicionar al Perú, después de haber reconquistado y asegurado su independencia, dominando el mar Pacífico. Sobre esto no hay dos opiniones.

El Perú era el último baluarte del poder español en Sud-América, como las Provincias Unidas constituían la base y el nervio de la insurrección continental. La campaña de San Martín á Chile tuvo por objetivo á Lima; y las jornadas de Chacabuco y Maipu, no fueron sinó dos grandes etapas en su itinerario sud-americano. Dominado el Pacífico por la marina independiente, con arreglo á este plan, la expedición del Perú era una consecuencia necesaria y una condición de triunfo. Realizarla, era herir al poder español en el corazón, obedeciendo al programa inicial de la revolución argentina. Una nueva república se incorporaba al movimiento revolucionario, y encerrados los últimos ejercitos republicanos y realistas en el recinto montañoso del territorio del Perú, ese territorio se con-

vertía en el palenque cerrado, dentro del cual debía decidirse por un supremo y definitivo esfuerzo la causa de la emancipación del Nuevo Mundo. Esto por lo que respecta á los deberes para con la América.

La prosecución de esta gran concepción preparada en el curso de cuatro años contínuos de trabajo, y ejecutada bajo la responsabilidad de su autor, daba gloria á su patria y la salvaba del oprobio en momentos en que se hallaba en completa desorganización, sin un gobierno que pudiese dominar ó siquiera moderar su anarquía interna, y de este modo salvaba sus últimas armas de perderse estérilmente en la guerra civil, en que todos quedarían derrotados. Mostraba así, que la República Argentina representada por un puñado de sus hijos fieles á su tradición revolucionaria, aún tenía alientos para irradiar su acción y su espíritu al resto de la América del Sud, —incluso á Colombia,—en unión con las armas chilenas. Esta era la corona americana de la revolución argentina.

Considerado San Martín en esta emergencia como ciudadano y como soldado, que debía ante todo sus servicios y la obediencia á su gobierno, es posible, que ahora como antes, y quizá después, las opiniones se dividan aún en presencia de los hechos supervenientes, que recien empiezan á caer bajo la pluma del historiador. Sería empero muy pobre criterio histórico el que atribuyese el resultado definitivo de la guerra social en que las provincias argentinas estaban empeñadas entonces, á la ausencia de dos mil soldados argentinos (gran parte de ellos chilenos con su uniforme), que con San Martín á su cabeza y en unión de otros dos mil chilenos, iban á combatir contra 23,000 españoles, que amenazaban á la república por su frontera norte.

Sin el concurso del contingente argentino, y sobre todo de su general, la expedición á Lima era irrealizable y la guerra sud-americana se paralizaba. Sin necesidad de él, podía el gobierno salvarse, si es que no estaba irremisiblemente perdido, desde que contaba con diez mil guardias cívicos en la capital de Buenos Aires y más de cinco mil hombres de las tres armas en campaña, contra 1,500 montoneros escasos y mal armados. Con el duplo y triple de estas fuerzas, el gobierno no había podido ejecutar una sóla campaña feliz contra las provincias disidentes, que proclamaban la federación de hecho ó sea la independencia de su autoridad. Derrotado en el em-

peño de avasallarlas, una vez en el Paraguay, otra en la Banda Oriental, tres en Entre Ríos y cuatro consecutivas en Santa Fé, no había podido ni siquiera dominar militarmente á la última, aún contando con el concurso de tres mil veteranos que dirigió contra ella.

El ejército del norte al mando del general Belgrano, obedeció á la primera orden del gobierno para combatir la guerra civil, como obedeció en esta ocasión, y el resultado fué perderse miserablemente en ella sin combatir, como se verá despúes, haciéndose más desastrosa la derrota del gobierno central y proporcionando á la anarquía fuerzas militares organizadas con que antes no contaba. Lo mismo se habría perdido el ejército de los Andes, como á su tiempo se verá tambien, salvándose parte de él al ménos, merced á la desobediencia de San Martín. Estos dos ejemplos, son dignos de la admiración de la posteridad, no obstante sus opuestos resultados, pero no pueden medirse por el cartabón ordinario.

Y si se tiene en cuenta, que el llamado hecho á los ejércitos de la república, respondía,—como se ha visto,—no sólo á la guerra civil, sinó á un plan siniestro de los poderes públicos complotados contra la opinión democrática del país, desviando la revolución de su curso, veráse que la intervención de las bayonetas, al complicar la lucha, provocaba otra lucha entre la anarquía y la oligarquía, en pugna las masas populares contra el pretorianismo, aún en el caso que los ejércitos permaneciesen fieles al poder central. Dado que la presencia del ejército de los Andes al intervenir en la guerra civil, hubiese podido influir en el éxito de las batallas, es seguro que se habría gastado, aún triunfando en una contienda cuyo resultado debía ser la ruina del país y el aniquilamiento de sus fuerzas militares, políticas y sociales. Ni una ni dos batallas ganadas podían inocular nueva fuerza al gobierno nacional, enervado como la opinión, y que en esos mismos momentos buscaba su punto de apoyo fuera del país contra el país, apelando á una combinación tenebrosa, que importaba á la vez que una intervención extraña inspirada por el desaliento ó la impotencia, una reacción contra la revolución democrática de la América. Ni las armas podían extirpar las raices que alimentaban la lucha, ni privar á las fuerzas explosivas de la democracia semi-bárbara de la ventaja del número, del espacio y del tiempo que estaba de su parte, además de la razón que la asistía como hecho

vivaz y la que le daban los deplorables errores políticos de los mandatarios legales. Por otra parte, la simple lucha interna encerrada en el círculo vicioso de las acciones militares y de las reacciones populares, habría sido tal vez más larga, sin duda más dolorosa, pero no habría normalizado la cuestión política y social, que sólo el tiempo y la gravitación de las grandes masas impulsadas por la concurrencia de las voluntades debía y podía resolver. Aún para obtener tal resultado incoherente, había que romper desde luego la alianza americana con Chile, en el hecho de separar sus fuerzas unidas al renunciar á la expedición del Perú. Entonces la República Argentina quedaba sola, con sus fronteras abiertas por la parte del norte (Salta) y el desórden en su seno.

Los realistas, que contaban á la sazón con más de 23,000 hombres de buenas tropas en el Alto y Bajo Perú, libres del cuidado de una invasión por el Pacífico, habrían concentrado la mayor parte de sus fuerzas en el Alto Perú (Bolivia), habrían podido dirigir un ejército de 10,000 hombres sobre las provincias argentinas, que en el estado de desorganización en que se encontraban no hubieran podido oponer una resistencia eficiente. Las provincias del interior de la república, sublevadas en masa contra el gobierno general á imitación de Tucumán y Córdoba, y los ejércitos en la capital luchando brazo á brazo con el litoral, tal es la situación que habrían encontrado los españoles al invadir nuevamente la frontera del norte.

Los sucesos que se produjeron en aquella época de desorganización espontánea y trasformación radical, y los fenómenos políticos y sociales que se desenvolvieron obedeciendo á la lógica del bien y del mal, reconocen causas más complejas que la ausencia de dos mil veteranos con sables afilados en los campos de la guerra civil. Dos mil soldados más ó ménos, no podían modificar de un sablazo la naturaleza del pueblo argentino tal como era, ni alterar las eternas leyes del tiempo y del espacio á que obedece el desenvolvimiento gradual de las naciones, sea que obren guiadas por sus instintos brutales ó busquen su equilibrio en sus propios elementos orgánicos. La revolución argentina, que en obediencia á su impulsión inicial, había gastado casi todas sus fuerzas en la propaganda americana, al utilizar las últimas que le quedaban á fin de realizar la expedición al Bajo Perú, aseguraba el triunfo de la causa continental y su propia independencia de la España, quedando en

pugna dentro de sus fronteras con sus árduos problemas de organización interna, que hacía tres años la trabajaban. Ejecutada esta peligrosa y decisiva evolución en el trascurso de diez años, la nueva nación dueña de sus propios destinos, tenía que crear nuevas fuerzas reparadoras y conservadoras con que hacer frente á la revolución interna, que al echar por tierra el orden viejo, amenazaba atacar el gobierno de la sociedad en su esencia, barbarizándola y aniquilando los principios vitales del organismo nacional.

Así, pues, las Provincias Unidas del Río de la Plata, al cumplir para con la América la misión redentora que ellas únicamente podían llenar, y coronarla, enviando al Perú su último ejército con el más grande de sus generales, completaban históricamente el programa de la revolución argentina, preservándose á sí mismas de un peligro inminente. Las armas libertadoras de Chile y del Río de la Plata, se darían la mano con las armas de Colombia traídas desde el norte del continente por Bolívar, y en la línea del Ecuador la emancipación de Sud quedaría por siempre asegurada. Tal fué la misión que San Martín se impuso en bien de la América y del pueblo argentino, al echar la «terrible reponsabilidad» de su desobediencia ante la historia. Toca á la posteridad, ante la cual él apeló del juicio de sus contemporáneos, pronunciar el último fallo.

CAPÍTULO XXIV

EL ACTA DE RANCAGUA

AÑO 1820

Caracter universal de la revolución sud-americana—Acciones y reacciones continentales—Estado de la revolución sud-americana en 1820—El alzamiento liberal de España y su faz sud-americana—Planes de San Martín sobre el Perú—Sublevación del ejército del norte argentino—Sublevación de una parte de la división de Mendoza—Nuevos planes—Caida del gobierno general de las Provincias Unidas—San Martín renuncia el mando en jefe del ejército de los Andes—Noble actitud de su ejército al confirmarlo en el mando—El *Acta de Rancagua*—Reflexiones sobre este acontecimiento—San Martín urge por la realización de la expedición al Perú—Queda esta definitivamente arreglada—Contra-proyecto de Cochrane—Cochrane aspira á mandar la expedición al Perú—Rivalidad entre Cochrane y San Martín—San Martín es nombrado generalísimo de la expedición al Perú—Razones políticas de la expedición.

I

La desobediencia indirecta de San Martín de que hemos dado cuenta en el capítulo anterior, y que asumirá su caracter decidido en el presente, no era simplemente un acto aislado de la voluntad individual en obediencia á la impulsión inicial de la revolución argentina, que le imprimía su movimiento y dirección: era un síntoma de los tiempos. En 1820, la revolución sud-americana empezó á mostrar su caracter universal, y de aquí esas acciones y reacciones lejanas de las fuerzas de la época en actividad y esas atracciones de las grandes masas que se buscaban al través del continente americano. Hemos explicado antes como se había operado la revolución moral en las almas de los colonos hispano-americanos, predispuestos á

la independencia, aún antes de estallar la insurrección general de 1810; como el estado de la metrópoli obró en doble sentido sobre las colonias, primero por la desaparición ocasional del monarca que era el vínculo que las ataba, después por el ejemplo de los principios proclamados por la España liberal; y queda explicado tambien, como al cumplirse la primera década revolucionaria, la América del Sud empieza á su vez á reaccionar sobre la Europa, á hacer sentir su influencia oculta, como un astro hasta entonces invisible para el telescopio de los diplomáticos, que interviene de una manera decisiva en la dinámica del mundo político (véase cap. I, Int. § II y XIII.) Según se ha hecho notar, en 1820 la llama revolucionaria de la libertad estaba extinguida en toda la tierra, con excepción de las colonias hispano-americanas insurreccionadas, donde ardía hacía diez años, alimentada por un soplo revolucionario, mientras el despotismo triunfaba en Europa bajo las banderas de los reyes absolutos coaligados contra la libertad de los pueblos. Este es el momento solemne de la expectativa histórica señalado antes, al ocuparnos en términos generales de la época á que hemos llegado. (Véase cap. I, § XIII.)

La ofensiva tomada por San Martín en 1817 al atravesar los Andes meridionales y poner en jaque al Perú, determinó la primera acción revolucionaria de la América sobre sí misma y sobre la Europa. La ofensiva tomada á su vez por Bolívar al atravesar los Andes ecuatoriales en 1819, dió mayor consistencia á esta doble acción. En 1820, todo el sud del continente estaba emancipado de hecho y de derecho, y dos repúblicas aliadas,—Chile y las Provincias Unidas del Río de la Plata,—convergían hacia el centro del poder colonial. En esa misma época, se constituía al norte la república de Colombia, que iba á dar cuenta de los últimos restos de la gran expedición de Morillo, expulsada de la Nueva Granada y reducida á la impotencia en el territorio de Venezuela. La España absolutista, vencida por todas partes en sus colonias, en la tierra y en los mares, sólo se mantenía á la defensiva en Quito y Venezuela al norte, y en el Alto y Bajo Perú al centro. Desde entonces, la política de los Estados Unidos de la América del norte, empezó á mostrarse simpática á la revolución sud-americana, hasta hacer causa común con ella, considerando su independencia y su republicanización como cuestión continental y de vida nueva para el Nuevo Mundo. El gobierno de la In-

glaterra, en obediencia á esta impulsión y acompañando su opinión pública, hubo de mirar la insurrección de las colonias hispano americanas, como un hecho de influencia universal, destinado á restablecer el equilibrio perdido de mundo moderno, y empezó á separar su causa de la de los reyes absolutos, hasta que llegase el día de consagrar el hecho desde lo alto de la libre tribuna británica. (V. cap. I, § II.)

La España liberal, bien que observara una conducta contraria á los principios que proclamaba para la península, había reconocido desde 1811 por el órgano de sus primeros hombres de estado, que la revolución de la independencia sud-americana era un hecho inevitable, y que la separación entre la madre patria y sus colonias sería un beneficio para ámbas, por cuanto la unidad despótica era incompatible con el régimen representativo y la igualdad de los ciudadanos en la vida política. (Véase cap. I, Int. § XIII.) La España absolutista por el contrario, perseveraba en su empeño de subyugar de nuevo á viva fuerza sus colonias insurreccionadas, y desde el regreso de Fernando VII, el gobierno español despachó con tal propósito varias expediciones, que sumaban más de 42 mil hombres, y casi otros tantos combatientes mantenían la bandera realista en Méjico y en las tres partes indicadas: Perú, Quito y Venezuela (véase cap. XIX, § VII.) Perseverando en este empeño la España había organizado la gran expedición de 18 mil hombres contra el Río de la Plata, de que hemos dado cuenta antes, y que fué durante todo el año de 1819 el fantasma al rededor del cual giró toda la política exterior del continente austral.

Estos esfuerzos habían agotado á la España, y esparcido el descontento en toda la nación. El horror de las poblaciones y del ejército contra la guerra en las colonias rebeladas, era general, á lo que se agregaba el fermento liberal que la trabajaba y que había hecho ya varias explosiones parciales, precursoras de un gran sacudimiento. La reunión de un poderoso ejército en Cádiz, cuna del liberalismo español, fué la ocasión de que los liberales se pusiesen de acuerdo y combinasen sus planes para producir un movimiento revolucionario, explotando el sentimiento público y la repugnancia del servicio militra-ultramarino según se explicó antes. Ya se ha visto cual fué el resultado de esta primer tentativa. (Véase cap. XXIII, § II.) Dispersado el ejército expedicionario por la conjuración abor-

tada y por la invasión de la fiebre amarilla, difundiose en sus filas la noticia de que Bolívar había atravesado los Andes como San Martín lo había verificado un año antes reconquistando á Chile; que la Nueva Granada estaba reconquistada á despecho de la gran expedición de Morillo, que á la sazón se consumía en Venezuela; que las Provincias Unidas del Río de la Plata en alianza con Chile y dominadoras del mar Pacífico, iban á conquistar el Perú. Estas noticias, aumentando el descontento producido por la epidemia y la resistencia contra la marcha, decidieron el movimiento. [1]

En el capítulo anterior, dejamos al coronel don Rafael del Riego acantonado en el pueblo de las Cabezas de San Juan con el batallón de Asturias que mandaba. El 1º de enero de 1820 dió allí Riego el grito que lo ha inmortalizado, al proclamar al frente de las banderas la constitución española del año XII, abriendo así la era de la libertad para su patria, á la vez que cerraba el período de la guerra de la América con su antigua metrópoli. El coronel Antonio Quiroga, nombrado jefe superior del ejército revolucionario, al proclamarlo por la primera vez, pronunció la palabra que la condenaba por siempre: «Soldados! Nuestra España iba á destruirse: con vuestra «ruina iba á completarse la de la Patria. Vosotros estábais «destinados á la muerte, no para realizar *la conquista ya imposi-«ble de la América*, sinó para libertar al gobierno del terror que «de vuestro valor ha concebido.» [2] La revolución liberal triunfante, obligó al rey absoluto á jurar la constitución de 1812, y por común acuerdo del pueblo y del gobierno, esperose que la metrópoli inauguraria una nueva política respecto de sus colonias insurreccionadas buscando por la paz la solución del problema que las armas no habían hecho sinó complicar.

Tal fué el momento en que San Martín, con su desobediencia deliberada, salvó de perder miserablemente en la guerra civil el único y último ejército emancipador que podía decidir la contienda americana, lanzándose á ella bajo su responsabilidad, en obediencia, como lo indicamos antes, no sólo á

---

[1] Así lo reconoce un escritor español: véase Vadillo: «Apuntes de los sucesos que han influido en el estado de la América del Sud» cap. IV, p. 2 *passim*, y especialmente pág. 280-282.

[2] Proclama del coronel Antonio Quiroga, de 5 de enero de 1820.

su voluntad movida por el impulso de la revolución argentina, sinó tambien al movimiento general de la época.

II

Trasladado el general San Martín á Chile en los primeros días de enero de 1820, ocupose inmediatamente en concertar, de acuerdo con O'Higgins, los medios de realizar la grande empresa que lo llevaba de nuevo al occidente de la cordillera. « Sería inútil, le decía, probar la necesidad de la expedición so- « bre el Perú, y que de no hacerla, la suerte de la América está « espuesta, si no á sucumbir, por lo ménos á que se forme en « su seno una horrenda anarquía.» Partiendo de esta base, proponía una expedición de 6,000 hombres, inclusos los dos mil hombres de Cuyo, que declaraba estar prontos á pasar los Andes, así como diez piezas de artillería existentes en Mendoza. (3) En medio de estos trabajos preparatorios le llegaron dos terribles noticias que dificultaban sus planes: el ejército auxiliar del Perú se había sublevado en masa contra el gobierno general de las Provincias Unidas, y hecho la paz con los montoneros que estaba encargado de combatir: el batallón Nº 1º de cazadores acantonado en San Juan, se había sublevado tambien con dos días de diferencia. Las mismas causas producían los mismos efectos: era la repercusión del motín de Tucumán y el principio de descomposición que estaba en la atmósfera y que obraba sobre las pasiones de los hombres, como inherente á la naturaleza de las cosas. San Martín, que al desobedecer indirectamente la orden del gobierno de acudir á la capital, temeroso que á su espalda estallase la revolución como lo decía, creyó haber garantido á la provincia de Cuyo de la invasión de la anarquía, al mantener una actitud espectante sobre la base de la disciplina de sus tropas y distribuir sus fuerzas en las tres jurisdicciones, vió que todo estaba minado en el territorio argentino, y que la división de los Andes, corría el riesgo de per-

---

(3) Plan de San Martín de 15 de enero de 1820, presentado oficialmente al director O'Higgins. M. S. (Arch. San Martín, vol. XL.)

derse en su totalidad si no se salvaba en tiempo. Faltaba el nervio del gobierno, no había espíritu público ó militar que le diera tono, y hombres y cosas, trabajados por la acción disolvente de la anarquía reinante, concurrían á la descomposición política, abandonando al poder central. Era una situación irremisiblemente perdida como lo había previsto. Y en efecto, cuando se ven ejércitos tan virtuosos como el de Belgrano, probado por ocho años de duros trabajos, y fuerzas tan sólidas como las de San Martín, enrolarse en el desórden, figurando á la cabeza de las sublevaciones militares hombres ilustrados de responsabilidad moral que se daban la mano con los caudillos semi-bárbaros, es necesario reconocer, sin aceptar por esto el fatalismo de los hechos brutales, que aquello era una verdadera disolución que reconocía causas profundas que las armas eran impotentes para contener.

El ejército auxiliar, en obediencia á la orden del gobierno, habíase puesto en marcha desde Córdoba en dirección á la capital bajo el mando del general Cruz. Era esta agrupación, un cuerpo sin alma en ausencia de su general Belgrano, agitado por los estremecimientos de la época, trabajado por una larga série de desgracias militares, compuesto de la misma masa de las poblaciones conmovidas que la anarquía había penetrado profundamente. Una parte de sus jefes principales y la mayoría de sus oficiales eran desafectos al gobierno central, que miraban con repugnancia la guera civil y resistían la marcha del ejército á Buenos Aires. De aquí nació la idea de una conspiración, cuyo único programa era «no tomar parte en la guera civil.» Con este lema negativo en su bandera, se sublevó el ejército del norte en la posta de Arequito, sobre la márgen del Carcarañá (jurisdicción de Santa Fé), en la noche del 8 al 9 de enero, celebró una tregua con los montoneros, se replegó á Córdoba y fundó allí un nuevo sistema de caudillaje militar, sustrayéndose desde entonces, no sólo á la guerra civil sinó tambien á la lucha por la independencia. [4]

El 9 de enero de 1820, casi el mismo día y á la misma hora en que la nefasta revolución de Arequito se consumaba en la márgen del Carcarañá, se sublevaba en San Juan el batallón Nº 1º de cazadores del ejército de los Andes, sin que me-

---

[4] Para mayores detalles de este acontecimiento véase nuestra «Hist. de Belgrano» (4ª edic.) cap. XLI.

diase acuerdo entre ámbos movimientos. Era que el principio disolvente flotaba en todas partes, y que todas las fuerzas que se ponian en movimiento concurrían por gravitación á la catástrofe política y social, que no estaba en la mano del gobierno central prevenir ya. Los mismos medios de que se valía para apuntalar su autoridad bamboleante, se volvían contra ella, como sucedía con la guarnición veterana de Tucumán dejada allí para guardar el orden; con el ejército auxiliar llamado para salvarlo; y ahora con la división del ejército de los Andes acantonada en Mendoza con la cual se habría creído contar para contrarrestar la guerra civil; como se habría vuelto en contra el ejército de los Andes, á no haberlo salvado San Martín con su previsión, lanzándolo á la expedición del Perú.

El batallón de cazadores había pasado á San Juan para remontarse, según se explicó antes. Constaba á la sazón de más de 900 plazas. Recibió allí una nueva organización calculada para la expedición del Perú, en cuya composición entraban las tres armas, bien ejercitado en la táctica de dragones. Mandábalo en ausencia de su jefe nato, el coronel Alvarado, el teniente coronel Severo García Sequeira (salteño), oficial de mérito y de grandes esperanzas, pero implacablemente duro con la tropa, á la par que tolerante con las faltas de los oficiales. Este sistema, al dar demasiada tensión á los resortes de la disciplina, los había roto, y la anarquía que todo lo penetraba en la atmósfera argentina, le inoculó su mal espíritu. (5) Existía agregado al batallón un capitán llamado Mariano Mendizabal, natural de Buenos Aires, que por su mala conducta se hallaba separado de sus filas. Valiente, corrompido, bullanguero, había asistido á la defensa de Buenos Aires contra los ingleses y hecho casi todas las campañas de la revolución. Complotado con los tenientes Morillo (porteño) y Francisco del Corro (salteño), en confabulación con algunos federalistas de San Juan y enemigos de la autoridad local, se propusieron sublevar el batallón, sin más plan por el momento que apoderarse del mando de las armas y de los dineros del tesoro municipal. Explotando el disgusto de la tropa, las pasiones locales, la idea de que el general San Martín se hallaba en desacuerdo con el gobierno general y ausente en país ex-

(5) Memoria hist. biog. de Alvarado. M. S. citado. (Arch. San Martín, vol. LXXIII.)

tranjero, y de que sublevándose no irían á Chile, los oficiales complotados adelantaron sus trabajos, y á principios de enero de 1820,—precisamente cuando San Martín trasponía los Andes al occidente,—todo estaba pronto para dar el golpe. Un sordo rumor presagiaba la conmoción, pero el comandante Sequeira, fiado en su coraje y en el ascendiente que creía poseer sobre su tropa, despreció los avisos que en tal sentido le dió el teniente-gobernador La-Rosa.

El batallón, encabezado por sus sargentos, se amotinó silenciosamente en la madrugada del 9 de enero, como sucede cuando una masa está poseída de una pasión ó de un propósito instintivo, que no necesita los estímulos de la palabra agena. Dirigiose en seguida á la plaza en número de 800 hombres, dejando en el cuartel una compañía de custodia. Un grupo de amotinados se destacó con el objeto de atacar la guardia de prevención de uno de los cuarteles cívicos de la guarnición mandada por el teniente Bernardo Navarro, quien resistió á la intimación de rendirse. Trabose un combate á la bayoneta, en que Navarro cayó traspasado de heridas. Cuando los fusilazos que produjo este choque despertaron á la población alarmada, ya la sublevación estaba triunfante en todas partes y preso el teniente-gobernador. Mendizabal, Corro y Morillo al frente de la tropa amotinada ocupaban la plaza principal, dando *vivas á la federación* y *mueras al tirano.* Mendizabal, en medio del tumulto y rodeado de algunos vecinos mal afamados, que asumían la responsabilidad civil del movimiento, impartía sus órdenes á caballo. La mayoría de la población, amedrentada ante el aspecto de la soldadesca ébria, habíase concentrado á sus hogares. El comandante Sequeira y los oficiales presos en el cuartel, hacían mientras tanto esfuerzos por organizar una contra revolución, ganándose la guardia que los custodiaba y algunos soldados dispersos. Descubierta su tentativa, la misma tropa que parecía apoyarlos, corrió á las armas al primer grito dado por Corro, maltratando á los jefes y oficiales, cuya vida llegó á estar en peligro. Esto mostró que el motín no era efecto de una sorpresa, sinó un movimiento espontáneo que tenía su origen en las pasiones de los soldados.

El motín, aunque decididamente hostil á la autoridad de San Martín y federalista en sus tendencias, no entrañaba ningún pensamiento militar ni político, y entre sus promotores no había uno sólo capaz de darle dirección. Movidos por sus

instintos y aspirando los esporos mórbidos que estaban en la atmósfera, dieron al motín el caracter de revolución federal, en obediencia á la impulsión descentralizadora de la época. La soldadesca se entregó á la más desenfrenada licencia. Los caudillos, sin autoridad real sobre ella, se enemistaron entre sí. Mendizabal procuró deshacerse de Corro, como de un estorbo. La tropa se pronunció por Corro. Mendizabal, alarmado, ofreció al coronel Alvarado hacerle entrega del batallón, y temeroso de una reacción, soltó al comandante Sequeira, al mayor Lucio Salvadores, (de Buenos Aires), al capitán Camilo Benavente (de Chile) y al de la misma clase Juan Bautista Bosso, italiano, que había militado con Napoleón, disponiendo fuesen remitidos á la cordillera por el camino de Uspallata, para que se incorporaran al ejército de los Andes. Estos desgraciados oficiales, fueron alcanzados por una partida despachada por Corro en su persecución, al mando de un sargento español llamado Catalino Biendicho, perteneciente á los sublevados de la fragata «Trinidad», quien los ultimó con sus manos bárbaramente á sablazos en cumplimiento de las órdenes de Corro. Los cadáveres fueron arrojados á una acequia que entre unas peñas corría á inmediación del sitio del sacrificio.

El coronel Alvarado había intentado sofocar el motín, y al efecto adelantose hasta San Juan al frente de dos escuadrones de cazadores á caballo con dos piezas de artillería, contando que á su aproximación la tropa reaccionaría. Á poco más de quince kilómetros antes de llegar á la ciudad, le fué intimado, que si daba un paso adelante, los oficiales presos serían degollados, y pudo convencerse á la vez que la tropa estaba dispuesta á resistirle á todo trance, por lo cual se decidió á retrogradar, como cediendo á las instancias del cabildo que le suplicó no avanzase para evitar un conflicto al vecindario y una muerte segura á los rehenes. Creyendo notar que su misma tropa estaba poseída de un mal espíritu, se apresuró á reconcentrar en Mendoza el regimiento de granaderos á caballo destacado en San Luis. El general San Martín por su parte, procuró salvar de este naufragio los restos del Nº 1º y envió un comisionado para reducirlo á la obediencia, ofreciéndole indulto, pero escolló en la tentativa. (6)

(6) En nuestra «Hist. de Belgrano», cap. XLI (4ª edic.) hemos relatado estensamente este episodio, con otros pormenores, que aquí nos limita-

III

La anarquía de Tucumán, Córdoba y San Juan, extendiose á Mendoza y San Luis, que á ejemplo de los demás pueblos siguieron el movimiento disolvente, y se convirtieron de hecho en provincias autónomas. El gobernador intendente de Cuyo, Luzuriaga, se vió obligado á resignar su autoridad, en medio de la odiosidad acumulada por las exacciones necesarias de que fué instrumento en manos de San Martín. El teniente gobernador Dupuy fué depuesto. Corro procuró ponerse de acuerdo con los caudillos del litoral, y marchó sobre Mendoza, pero sus vecinos armados, á las órdenes del general Cruz que después de la sublevación de Arequito se refugiara allí, lo obligaron á retrogradar, y su horda se disolvió en el bandolerismo, dejando á San Juan libre de su brutal tiranía, que aprovechó esta ocasión para declararse independiente.

No quedaban á San Martín sinó dos partidos: ó lanzarse á la lucha intestina espada en mano, ó sustraer sus elementos militares de ella, salvándolos de una disolución segura. Con su acostumbrado golpe de vista, comprendió lo que hoy se ve claramente, que permanecer á la espectativa ó tomar parte en la guerra civil, era dar mayores combustibles al incendio. Ante aquella situación, habría flaqueado un ánimo ménos resuelto que el del general de los Andes; pero en ese momento de prueba no le abandonaron su fortaleza ni su serenidad, y en vez de deplorar estérilmente su mal, ocupose activamente en

---

mos á estractar. Anotaremos las autoridades que le sirven de fundamento. 1° Memoria de Alvarado, M. S. Arch. San Martín, vol. LXXIII.—Correspondencia de San Martín con Godoy Cruz. M. S. Arch. San Martín, vol. XLII.—Correspondencia del enviado de San Martín, el mayor Domingo Torres. M. S. Arch. San Martín, vol. LVII.—«Gazeta de Mendoza» de agosto y setiembre de 1820.—Docum. publicados en la «Gazeta de Buenos Aires» de marzo de 1820.—Ofis. de Mendizabal en el Arch. gral. M. S. S. —«Biografía del general Vega» (uno de los actores en este episodio. Op— «Memorias póstumas» del general Paz, etc., etc. Como complemento ilustrativo agregaremos: que Mendizabal, remitido más tarde por el gobernador de la Rioja á disposición de Güemes, y entregado por este á San Martín, fué fusilado en la plaza principal de Lima el 30 de enero de 1822. Cuatro de los asesinos de los oficiales sacrificados, que fueron tomados despues y remitidos al Perú, á disposición de San Martín, fueron igualmente fusilados en la plaza de Huaura, prévia sentencia de un consejo de guerra. Véase Arenales: «Mem. histórica» etc., p. 188.

remediarlo. Decidiose definitivamente por retirar á Chile los últimos restos de la división de Cuyo, ordenando que repasasen inmediatamente los Andes, sin comprometer hostilidades inútiles contra los sublevados de San Juan, una vez fracasada la negociación de indulto. En consecuencia, Alvarado, con los regimientos de granaderos y cazadores á caballo y algunos dragones del Nº 1º con dos piezas de artillería y el parque, repasó inmediatamente al occidente de los Andes, llevando un contingente como de 1,000 hombres, más importante que por su número, por ser la única caballería con que se contaba para la expedición al Perú. Al mismo tiempo San Martín escribía á su amigo Godoy Cruz, nombrado gobernador de Mendoza: «El incidente ocurrído en la provincia y su actual situa-« ción, me han llenado de desconsuelo. Ya no hay otro arbitrio « que el de remediarlo por los medios que sean posibles. ¡Qué « males á la causa general del país! Todos los Elementos de « la Gran Expedición se hallaban en el mejor estado; pero veo « mal semblante á las cosas. En fin, mi Amigo, mi partido « está tomado. Voy á hacer el último esfuerzo en beneficio « de la América. Si esto no puede realizarse por la continua-« ción de los desórdenes y Anarquía, abandonaré el País, pues « mi Alma no tiene un temple suficiente para presenciar su « ruina.» (7)

Mientras tanto, el director Rondeau, afligido por la guerra que los caudillos le llevaban de Entre Ríos y Santa Fé, con un ejército que no pasaba de 1,500 hombres, reiteraba sus órdenes á los ejércitos del norte y de los Andes para operar una reconcentración de fuerzas en Buenos Aires. Era el síntoma seguro de la derrota, que los ejércitos pudieran haber retardado, pero no impedir en definitiva. En efecto, antes de cumplirse los dos meses de la disolución del ejército del norte y de la sublevación de Cuyo, el ejército de Buenos Aires, mandado por el director en persona, era derrotado en los campos de Cepeda (1º de febrero de 1820), el congreso se disolvía en seguida, y el orden nacional se derrumbaba. Cada provincia era una republiqueta ó un cacicazgo independiente; la nación no tenia gobierno, y la nacionalidad era un abstracción. De este caos debía, empero, debía surgir la vida nueva con sus lími-

---

(7) Carta de San Martín á Godoy Cruz en Santiago de Chile, de 31 de enero de 1820. M. S. (Arch. San Martín, vol. XLII.)

tes territoriales, su fisonomía propia y un espíritu de cohesión general; pero por el momento, el ejército de los Andes quedaba huérfano de toda autoridad, sin más punto de apoyo que el territorio de Chile, bien que con la bandera redentora que la nación argentina le confiara y el genio del general que le inoculó su pasión americana.

En tal situación, el general San Martín dirigiose oficialmente al director O'Higgins, (28 de enero) interrogándole, si después de los sucesos de Cuyo podría aún expedicionarse al Perú con 6,000 hombres, que eran los que siempre había considerado necesarios, ó al ménos con 4,000 hombres que eran los estrictamente suficientes, y propuso á la vez varias medidas para remontar el Ejército Unido. O'Higgins se mostró á la altura de la situación, y contestó decididamente, que podía contarse con 4,000 hombres y con los recursos necesarios al efecto. [8] Al ser interrogado San Martín bajo que bandera se llevaria la invasión, contestó decididamente que bajo la chilena; puesto que ella la cubría con su responsabilidad nacional, además de que representaba los mayores elementos navales y pecuniarios; pero conservando el ejército de los Andes su nacionalidad y su pabellón en representación de las Provincias Unidas del Río de la Plata.

Bien que la expedición al Perú hubiese sido el objetivo constante de la alianza argentino-chilena, y que su realización fuera un compromiso internacional, los sucesos la habían aplazado de hecho, y en realidad estaba suspendida en virtud de las últimas órdenes trasmitidas por el gobierno á San Martín para marchar con todas sus fuerzas á la capital. Así, al resolverla por sí, dejando á su patria envuelta en la guerra civil, el general de los Andes consumaba su desobediencia, aún cuando todavía no lo hubiese declarado públicamente. Pactaba con el gobierno de Chile, disponía sin autorización expresa de su gobierno de su persona, de las tropas y de los elementos militares que le estaban confiados á título de general argentino, y comprometía su bandera en una empresa lejana y arriesgada, asumiendo el caracter de árbitro internacional. Él, que no había retrocedido ante «la terrible responsabilidad que se echaba

---

[8] Barros Arana: «Desobediencia de San Martín», en la «Revista Chilena», t. III, p. 636.

sobre sus hombros», según sus mismas palabras, comprendía lo anómalo de su posición, y procuró regularizarse, coronando su desobediencia con un acto original, que marca el momento supremo de su carrera de libertador americano.

V

La posición del ejército de los Andes y la de San Martín, era doblemente anómala. El ejército, con la bandera nacional, no tenía gobierno á quien obedecer, y sólo dependía de un general que había desobedecido al gobierno que acababa de desaparecer. El general, bien que confirmado en su mando en el concepto de una nueva licencia, se atribuía facultades supremas, y al realizar sus designios, se encontraba sin patria en cuyo nombre obrar, y sin gobierno ante quien justificarse ó que diera sanción á sus actos. Para regularizar esta situación, como él lo entendía, ó para habilitarse con nuevos poderes, entregó á la deliberación de sus subordinados su autoridad militar y la prosecución de sus designios.

El 26 de marzo, de regreso en Santiago de los baños de Cauquenes, donde había encontrado un ligero alivio á sus dolencias, escribió secretamente una nota, aconsejándose sólo de sí, y la selló con tres sellos. Su sobre llevaba este rótulo: «*Al señor coronel don Juan Gregorio de Las Heras, Jefe del Estado Mayor del Ejército Expedicionario. Este pliego no se abrirá hasta que se hallen reunidos todos los SS. oficiales del Ejército de los Andes, y solo á su presencia se verificará.*—SAN MARTÍN.» (9) Sin confiarle su contenido, la puso en manos de Las Heras en presencia del coronel Alvarado, recomendándole el puntual cumplimiento de lo ordenado en el sobre, y se encerró en el mutismo. (10)

Hallábase á la sazón acantonado en Rancagua el ejército de los Andes, y allí fué abierta públicamente el día 2 de abril con las formalidades prescriptas, la nota de San Martín en

(9) Existe este sobre original, con el certificado de su apertura al reverso autorizado con la firma del Jefe del Estado Mayor. (Arch. San Martín, vol. LVII.)

(10) Informe verbal del general Las Heras.

presencia de todos los jefes y oficiales expresamente congregrados por la orden general. Dentro se encontró un pliego autógrafo que contenía su renuncia fundada del cargo de general en jefe del ejército en forma de manifiesto, y una instrucción sobre el modo de proceder para elegir al que debiera mandarlo. «El congreso y director supremo de las Provincias Uni-« das,—decía en ella,—no existe. De estas autoridades emana-« ba la mía de general en jefe del ejército de los Andes, y de « consiguiente, creo de mi deber y obligación el manifestarlo al « cuerpo de oficiales para que ellos por sí y bajo su espontá-« nea voluntad, nombren un general en jefe que deba mandarlos « y dirigirlos, y salvar de este modo los riesgos que amenazan « á la libertad de la América. Me atrevo á afirmar que esta « se consolidará, no obstante las críticas circunstancias en que « nos hallamos, si conservan, como no dudo, las virtudes que « hasta aquí los han distinguido.» (11) La instrucción prevenía que el jefe más antiguo convocara al cuerpo de oficiales, y en su presencia se procediese á la lectura del pliego. En seguida, bajo la regla de prohibirse toda discusión que pudiese predisponer los ánimos en favor de un candidato, se procedería á la votación secreta para general en jefe, verificándose el escrutinio en presencia del jefe principal y del oficial más antiguo de cada cuerpo. El acta sería firmada por todos los jefes y el oficial más antiguo de cada clase, proclamándose inmediatamente por bando solemne en todo el ejército al general que resultase electo con un saludo de quince cañonazos. Después de estas prevenciones, agregaba: «Estoy bien cerciorado del ho-« nor y patriotismo que adorna á todo oficial del ejército de los « Andes, sin embargo, como jefe que he sido de él, y como « compañero, me tomo la libertad de recordarles que de la ín-« tima unión de nuestros sentimientos pende la libertad de la « América del Sud. A todos es conocido el estado deplorable « de mi salud, que me imposibilita entregarme con la contrac-« ción que es indispensable á los trabajos que demanda el em-« pleo, pero no de ayudar con mis cortas luces y mi persona en « cualquiera situación en que me halle, á mi patria y á mis « compañeros. » (12)

(11) Manifiesto-renuncia de San Martín, de 26 de marzo de 1820. M.S. (Arch. San Martín, vol. LVII.) Véase el texto en el Apénd. núm. 26.

(12) Doc. cit. en la nota anterior. Véase Apénd. núm. 26.

No había general posible del ejército de los Andes, después de San Martín. Era su cabeza, su alma y su brazo; sólo él era capaz de uniformar en tan anómala situación todas las voluntades y llevar á término la grande empresa que le estaba encomendada; el único que á la par de un renombre americano, poseía la confianza del pueblo y del gobierno de Chile. Pero del modo como su autoridad fuera confirmada, dependia que el acto asumiese un caracter personal, pretoriano ó revolucionario, que la desvirtuase en vez de robustecerla. El congreso de oficiales, árbitros del destino de la América, de el de su general y del suyo, aunque sorprendidos por aquella inesperada renuncia, encontraron dentro de sí la inspiración del momento, y dieron al solemne acto su fórmula correcta, patriótica y americana, sin alterar la base de la disciplina obligatoria, sin romper los vínculos para con la patria, y aceptaron como una obligación impuesta por sus antecedentes históricos sus deberes para con la emancipación de la América del Sud, en cuyo nombre y en cuyo interés eran consultados.

Apesar de estar prohibida toda discusión respecto del candidato, el coronel Enrique Martínez, tomó la palabra y expuso: que no debía procederse á la votación, por cuanto era nulo el fundamento que se aducia de haber caducado los poderes del general en jefe. Apoyado en esta objeción por los coroneles Mariano Necochea, Conde y Alvarado, se procedió á votar la cuestión prévia, conviniendo todos unánimemente en esta fórmula: «Queda sentado como base y principio, que la autori- « dad que recibió el general de los Andes para hacer la guerra « á los españoles y adelantar la felicidad del país, no ha cadu- « cado ni puede caducar, pues que su origen, que es la salud « del pueblo, es inmudable», y que bajo esta base y principio, debía seguirse la sucesión del mando en jefe del ejército de los Andes en prosecución de la gran tarea redentora que le fuera encomendada. ([13]) Labrose en consecuencia el acta en estos términos, que firmaron todos los jefes y oficiales. Este es el documento conocido en la historia con la denominación de ACTA DE RANCAGUA, que por más de medio siglo ha per-

([13]) Acta firmada en Rancagua el 2 de abril de 1820 por los jefes y oficiales del ejército de los Andes. M. S. (Arch. San Martín, vol. LVII.) El texto por que nos guiamos es la copia certificada por el jefe de Estado Mayor, que San Martín conservaba entre sus papeles, comparado con el original con las firmas autógrafas que nos fué dado por el general Espejo.

manecidosecreta, y que sólo en estos úl timos tiempos ha sido publicada. ([14])

Las Heras, al comunicar á San Martín la decisión tomada, le reprochó respetuosamente la falta de confianza que parecía haber abrigado el general respecto de la fidelidad de sus subordinados á sus deberes: «Al asegurar á V. E. el orden que se «observó en el acto por la oficialidad del ejército, debo agre- «gar la sorpresa que causó el contenido de la nota, dejándose «ver bien el justo sentimiento que le causaba la idea, de que «su general pudiera desconfiar de su subordinación y respeto «ú olvidar alguna vez sus sacrificios en honor de la causa co- «mún del país.» ([15]) Y esplayándose con mas franqueza, en carta confidencial le decía: «Á la verdad, mi general, que yo «nunca hubiera creído que V. me hubiese puesto en tanto y «tamaño aprieto. En fin, ya está hecho, y por el resultado se «acabará de convencer que clase de hombres son sus amigos; «pero si he de hablarle la verdad, ellos están tan resentidos, «que les he oído hablar de un modo decidido y fuerte, y se «creen agraviados, pues con el paso dado por V. ellos estarían «en la necesidad de hacer otro tanto cada uno por su par- «te.» ([16]) La conclusión era lógica, pues si había caducado el mando del general en jefe, caducaba de hecho la gerarquía militar en sus diversos grados, y hasta la existencia del ejército mismo como colectividad orgánica; pero felizmente la fórmula adoptada por el congreso de oficiales salvó este punto fundamental, salvando ilesa la autoridad, la disciplina y el deber reconocido, no como una convención, sinó como una obligación inalterable y absoluta. Sin duda preveía este resultado San Martín, al hacer la prueba que sólo un general dueño de una situación y de las voluntades de todos podía arriesgar, teniendo en mira por el momento al dar esta muestra de su poder, ejercer presión sobre el gobierno chileno que volvía á mostrarse poco activo en los preparativos de guerra convenidos. Así, al aceptar nuevamente el mando, declaró que era con la condi-

---

([14]) El primero que la publicó fué Barros Arana en 1875 en la «Revista Chilena», t. III, p. 639.

([15]) Nota de Las Heras á San Martín, de 3 de abril de 1820. M. S. original. (Arch. San Martín, vol. LVII.)

([16]) Carta de Las Heras á San Martín, de 3 de abril de 1820. M. S. original. (Arch. San Martín, vol. LVII.)

ción expresa de realizar inmediatamente la expedición al Perú. (17)

No obstante la fórmula adoptada, que daba á la ratificación del mando el caracter de una obediencia obligatoria, que no había caducado ni podía caducar, según las palabras del Acta de Rancagua, era un acto revolucionario, que sancionaba por el voto de un congreso militar una desobediencia declarada, ligando un ejército á la persona y á los designios de su general, levantado sobre el escudo de sus soldados como un *imperatur* romano. El ejército se hacía solidario de su desobediencia y de la gloria del general, por una adhesión entusiasta y llena de confianza hacia él, y el general á su vez reconoció en principio que su autoridad emanaba del voto de sus soldados. Era un acto de doble insubordinación, que comprometía á la vez la disciplina y la autoridad, y que fué causa que desde ese momento el general no mandase á sus subordinados sinó á título del consentimiento y del compañerismo, teniendo que consultar las voluntades de todos y cada uno. Empero, la autoridad moral del gran capitán americano, se sobrepuso á todo, y pudo conciliar la dirección del mando absoluto y supremo con la confianza que era condición de obediencia. Fragmento de la patria, animado de la velocidad de la masa en movimiento, el ejército de los Andes prolongaba la acción de la revolución argentina, llevando su bandera y su programa fiel al génio que le diera vida al inocularle su pasión americana, y á esto debía su cohesión.

El ejército de los Andes al firmar el acta de Rancagua, agregó á su título el significativo de «Ejército expedicionario.» La expedición al Perú era la misión que se imponía. Al celebrar el segundo aniversario de Maipu, el director O'Higgins la anunciaba en una proclama á sus soldados: «Acordaos que en « este día hicísteis esconder en el polvo á los tiranos y dísteis « la libertad á Chile. El que os condujo á la victoria aún vive, « y vive vuestro coraje para que con él deis libertad á la Amé- « rica.» (18) Apesar de esto, los preparativos no adelantaban: ni se habían reunido los fondos necesarios al efecto, ni hecho efectivos los contingentes para completar el ejército. El ge-

---

(17) Informe del general Las Heras.

(18) Proclama del director O'Higgins, inserta en la orden del día del ejército de los Andes. M. S. (Arch. San Martín. vol. XXXII.)

neral se resolvió á despejar la situación, emplazando al gobierno de Chile á poner decididamente manos á la obra ó renunciar á su cooperación: «Decidido á hacer cuantos sacrificios « caben en lo humano en favor de la libertad de la América del « Sud, me puse en marcha desde Mendoza en el estado de sa- « lud que es notorio, sin más objeto que verificar la expedición « al Perú. Á mi arribo, quedé convencido que en todo abril « y á más tardar en mayo, podría realizarse; pero, bien sea por « las inmensas atenciones que gravitan sobre el Estado, ó bien « por la falta de numerario, los aprestos para dicha expedición « muy poco han adelantado. La recluta pedida para el ejérci- « to á razón de 900 plazas cada batallón, no llegan á 250 hom- « bres lo que se ha recibido. En estas circunstancias, ruego, « que si el numerario para los gastos de la anunciada expedi- « ción no se halla reunido en el término de quince días de la « fecha, se nombre otro general que se encargue de ella.» (19) Era una conminación como la que había precedido al repaso que produjo el mismo efecto. El ministro Zenteno se apresuró á contestarle al día siguiente: «Dentro de quince días como « lo solicita V. E. ha protestado el señor director supremo que « se hallará colectada la partida que del empréstito de trescien- « tos mil pesos mandado exigir para realizar la expedición, « corresponde á los vecinos de esta capital. Las providencias « á este respecto se agitan del modo más eficaz y ejecutivo, « pero si ellas no son bastantes, S. E. ofrece por sí mismo ha- « cer en persona la recolección. En la seguridad de que estas « medidas satisfagan los justos deseos de V. E. y sus altos « compromisos acerca de la más pronta realización de la em- « presa, espera el gobierno que no será por nuevas demoras ó « entorpecimientos, no siendo posible subrogarse su persona « por otro en la dirección de este árduo y delicado empe- « ño.» (20)

V

La exigencia de San Martín tenía otro objeto á que el oficio del ministro de guerra respondia, al declarar que su per-

(19) Ofi. de San Martín al director O'Higgins, de 13 de abril de 1820. M. S. (Arch. San Martín, vol. LX.)

(20) Ofi. del ministro de guerra y marina, Zenteno, á San Martín, de 14 de abril de 1820. M. S. (Arch. San Martín, vol. LX.)

sona no podía ser subrogada por nadie en la proyectada empresa. Era que el almirante Cochrane, ensoberbecido con su reciente triunfo sobre Valdivia, soñaba con los tradicionales tesoros del Perú, y mirando en ménos los hombres y las cosas americanas, aspiraba á mandar en jefe la expedición, con el propósito de suplantar al vencedor de Chacabuco y Maipu. Si alguna prueba se necesitase de la falta de juicio y aspiraciones codiciosas de este genio desequilibrado, bastaría esta para juzgarle. Héroe de aventuras, con las inspiraciones súbitas del relámpago que herían como el rayo, pero sin plan de conjunto ni largos propósitos, su golpe de vista era de corto alcance, aún en el círculo de su acción propia. Además de que no poseía todas las cualidades militares que requería una campaña tan complicada como la del Perú, y estaba totalmente desprovisto de los talentos políticos como es de notoriedad, le faltaba el reposo para madurar sus planes y la paciencia para ejecutarlos, arrastrándolo su temperamento á buscar el triunfo pronto más que el éxito seguro. Habría jugado todo al azar de una batalla, que habría ganado ó perdido, pero nunca hubiera fundado nada, además de que no estaba animado de la intensa pasión que lo identificaba con los hombres y las cosas de la revolución americana, de la que sólo era un heroico auxiliar. San Martín, era el hombre americano y el hombre necesario, el señalado por todo el continente para libertar al Perú; era el árbitro de Chile que tenía á sus órdenes un ejército suyo, que constituía el nervio de la empresa, sin cuyo concurso nada podía ejecutarse. Así, la pretensión de suplantarlo, sería simplemente un rasgo de insensatez ó de necia infatuación, si no se explicara por otros móviles de interés personal, para convertir la expedición libertadora en una aventura lucrativa en favor del héroe que la dirigiese, como se demuestra por la desatinada conducta del almirante en este conflicto creado por él.

El sueño dorado de Cochrane, como lo atestiguan sus Memorias y lo prueban los documentos que citaremos, fué siempre tener á su bordo una división de desembarco para poner á contribución todas las costas del Pacífico, viviendo á costa del enemigo, y enriquecerse, enriqueciendo á sus marinos. Sus planes de campaña eran la repetición de las irrupciones de los antiguos filibusteros, y se inspiraban en el ejemplo de sus compatriotas Drake y Anson, que combinaron gloriosas haza-

ñas con provecho propio. Desde su segunda campaña marítima, pretendió que se pusiese á su bordo una fuerza de 600 hombres de tropa, además de los 1,200 tripulantes de su escuadra y de un cuerpo de 400 plazas de infantería que formaba parte de ella, cuando las operaciones que debía ejecutar eran puramente navales, pensando que con esas fuerzas podría asaltar y tomar los castillos del Callao. (21) En julio de 1819, el director O'Higgins se dirigía al senado, urgiendo por el despacho de la autorización competente para emprender « la prometida y deseada expedición al Perú, retardada por una fatalidad inexplicable », en cumplimiento de las decisiones de la Logia y de sus compromisos con San Martín, consignando en su mensage estas palabras: «Lentamente nos vamos con- « sumiendo hasta que reciba su muerte el cuerpo político en el « momento que se le acabe su sangre, que es el dinero. El « senado no debe ocuparse de otra cosa que de proporcionar « recursos para sostener la nueva actitud que vamos á tomar, « para efectuar la expedición al Perú, que yo miro como el eje « sobre que gira la libertad de América, y la felicidad de las « generaciones presentes y futuras. Si no llevamos la guerra « al Perú, es imposible sostenernos, es preciso que sucumba- « mos. » (22) Un año después, el almirante presentaba al gobierno de Chile un contra-proyecto de expedición, que el director pasó igualmente al senado, á fin de que este cuerpo «meditase sobre las razones de conveniencia ó de oposición que envolvía.» El proyecto, formulado por escrito en un sólo artículo de veinte renglones, se reducía á dotar á la escuadra con 800 hombres escogidos de las tres armas, y una plana mayor de oficiales para organizar otros tantos, con víveres para cuatro meses y las armas y municiones necesarias para hacer la guerra de corso en el Pacífico y « exigir contribuciones de los « enemigos en el Perú, con el triple objeto de beneficiar al go- « bierno de Chile, pagar á los individuos empleados en su ser- « vicio marítimo y rehabilitar la escuadra para otros desti-

---

(21) «Memorias» de lord Cochrane, etc., p. 27.

(22) Mensage del director O'Higgins al senado, de 21 de julio de 1819. Véase: I. Zenteno (hijo del ministro J. I. Zenteno) «Docum. justificativos sobre la expedición libertadora del Perú. Refutación de las Memorias de lord Cochrane», p. 51. Los documentos citados por el hijo de Zenteno, son tomados del archivo de guerra de Chile, y los que se refieren á Cochrane, copiados de los originales.

« nos. » [23] Era un plan sin alcance político ni militar, contrario al honor de Chile y á los intereses de la América, que convertía la bandera libertadora en bandera de corsario, y como lo dice enérgicamente el escritor chileno que exhibe este documento «era fiar el crédito de la naciente república á una flotilla « aventurera, sin otra misión que destrozar las propiedades « particulares para poder vivir. » [24] El proyecto fué rechazado.

Resuelta la expedición, después del terminante emplazamiento de San Martín, todavía persistió el almirante en su propósito de embarazarla ó apropiársela, aún cuando fuera en punto menor, procurando disuadir al gobierno de Chile que, más conveniente que enviar un ejército de línea al corazón del Perú, era hacer una excursión marítima sobre sus costas, para cuyo efecto pedía 2,000 hombres «fuerza más que suficiente, « decía, para asegurar la independencia de Guayaquíl, y logra- « do esto, si Chile tiene los medios *que algunos suponen* (aludien- « do á San Martín) para formalizar una gran expedición al Pe- « rú, nunca sería excusado tener los recursos en los extremos « para asegurar el éxito en el centro.» Extendíase sobre el proyecto de dirigir «un ejército pesado sobre Lima», y lo comparaba «con las ventajas que resultarían de una fuerza *trasportada de un punto á otro*, cuyas intenciones y destino ignoraría el enemigo.» [25] Esto equivalía á inmovilizar la guerra de la emancipación americana, y reducirla á lo sumo á la ocupación pasagera de un punto; era subordinar las operaciones militares al lucro personal, burlando las esperanzas del Perú y aún las del mismo Chile. Como lo observa un historiador chileno: las dos campañas marítimas del almirante habían demostrado, que para destruir el poder español en el Perú, no eran suficientes las sólas fuerzas navales de la república. Las naves enemigas habían abandonado su natural elemento y entregado á la discreción de la escuadra de Chile el comercio español y las costas peruanas. Más en el interior del país, un ejército podero-

---

(23) «Proyecto» de lord Cochrane, de 31 de julio de 1819, inserto en la citada «Refut. á las Memorias de Cochrane», por I. Zenteno, cuyo original existe en el archivo de guerra de Chile.

(24) I. Zenteno: «Refutación» etc., citada, p. 53.

(25) I. Zenteno: «Refutación» etc. citada. Nota de Cochrane al director O'Higgins, de 24 de abril de 1820. M. S. en el archivo de guerra de Chile.

so y disciplinado ahogaba el patriotismo de los habitantes y mantenía dominadas las extensas y ricas comarcas donde España había asentado la base de su imperio secular. La protección que la escuadra podía ofrecer á los patriotas peruanos era débil, comparada con la obra inmensa que se tenía que derribar, y si bien ella habría alarmado los ánimos, hostilizado las costas, destruido el comercio y ajado el prestigio de los dominadores, no podía ofrecer un centro de acción en cuyo torno se reuniesen los esfuerzos del pueblo peruano. Era preciso que el gobierno pensase seriamente en una expedición terrestre.» (26) Por consecuencia, el nuevo proyecto del almirante, fué igualmente desechado, y el 6 de mayo de 1820 era nombrado San Martín generalísimo de la expedición al Perú, por el voto del pueblo y del senado chileno.

Aún después de resuelta definitivamente la expedición terrestre y nombrado San Martín generalísimo de ella, continuó el almirante oponiéndole obstáculos. El ministro de guerra y marina, Zenteno, refutando las especiosas observaciones del almirante, le decía oficialmente: «Sería largo demostrar « las poderosas é imprescindibles causas que han decidido al « gobierno, al senado y á todo el pueblo por el proyecto de rea- « lizar la expedición al Perú con la fuerza de 4,000 hombres ó « más si se pudiese. El voto general la tiene sancionada, la au- « toridad suprema la ha decretado, y es deber de los agentes y « funcionarios públicos el cooperar activamente á la ejecución « de esa unánime y expresa voluntad del pueblo. No pudién- « dose revocar este acuerdo, tampoco es obstáculo la dificultad « que apunta V. S. que entre los buques de guerra y trasportes « sólo hay capacidad para 2,500 hombres de desembarco, porque « para el completo de las toneladas, no sólo son obligados los « empresarios á tomar á flete todos los buques de nuestra ban- « dera, sinó los de cualquier otra.» (27) Entonces el almirante pretendió que se le confiara el mando en jefe de la expedición, que antes había declarado inconveniente ó imposible, y con tono altanero exigió «que se entregase á sus sólas manos la es-

---

(26) García Reyes: «Primera escuadra nacional», en la «Hist. general de la Repúb. de Chile», t. IV, p. 81.

(27) Nota del ministro Zenteno, de 4 de mayo de 1820 en contestación á otra de Cochrane de 18 de mayo del mismo. (Arch. de guerra de Chile.) Véase I. Zenteno: «Refutación» etc., citada, p. 41.

cuadra y el ejército de Chile y la suerte del Perú.» (28) La nota del almirante no fué contestada, pero se le hizo entender que su pretensión era inadmisible; y como insistiera nuevamente en sus pretensiones, haciendo presión con sus multiplicadas renuncias, se le significó cortesmente que si se obstinaba en llevar adelante sus propósitos, no sería difícil encontrar quien pudiera sucederle en el mando de la escuadra. (29) El candidato para reemplazarle era Guise, quien apoyado por Spry y una parte de la oficialidad inglesa, le hacía oposición, y de aquí el rencor que él abrigó siempre contra estos dos marinos. El gobierno de Chile estuvo por un momento decidido á destituir á Cochrane, pero la interposición de San Martín, que se empeñara porque se le conservase en el mando, lo salvó de este ultraje. (30) El altivo marino hubo de resignarse á obedecer, aunque de mala voluntad.

Esta rivalidad caprichosa del almirante Cochrane, puso en conflicto al gobierno de Chile, que lo consideraba necesario para asegurar el éxito de la empresa; pero San Martín era indispensable, y no podía vacilar en la elección. «Razones de « justicia, dice un escritor chileno, de gratitud, y sobre todo de « alta política, inducían á confiar la dirección de la empresa al « general San Martín, al vencedor de Chacabuco y Maipu, al « jefe poderoso y lleno de prestigio que estaba colocado por sus « victorias y su talento al frente de miles de soldados ad- « miradores de su gloria, al generalísimo de un ejército que « como un volcán habría estallado al menor desaire, envolvien- « do á la nación en los horrores de la guerra civil, en los mo- « mentos mismos en que la concordia y la paz interior de Chile « eran indispensables para coronar la independencia continen- « tal. Sólo un extranjero, extraño á la situación, podía soñar

---

(28) Nota de Cochrane, de 13 de abril de 1820, en el archivo de guerra de Chile, cit. en estracto por Zenteno en «Refutación» etc., p. 57. Véase García Reyes: «Primera escuadra nacional», p. 81.

(29) Nota del ministro Zenteno al almirante Cochrane, de 23 de julio de 1820. (Arch. de guerra de Chile.) Citado en extracto por I. Zenteno, en «Refutación» etc., p. 61.

(30) Así lo ha reconocido Cochrane bajo su firma y el mismo gobierno de Chile oficialmente. El primero en una carta famosa, escrita en inglés, fecha 4 de agosto de 1821, de que se hará especial mención más adelante, dice: «Y would neverthelss perform this act of frienship towards « you, in repagment for the support you gave me at a time when the ba- « sest plans and plots were laid to effect my dimissal for the Chilean ser- « vice.» M. S. autóg. (Arch. San Martín, vol. LXIV.)

« que hubiese otro general para la expedición libertadora, que « no fuese San Martín. » (31)

Frustrado en sus aspiraciones, el almirante intentó despertar el espíritu nacional, buscando un candidato chileno que oponer á San Martín. «El ejército chileno, según confesión de « un historiador del país, no contaba con ningún jefe de bastan- « te prestijio que pudiera colocarse á su cabeza, ni sobre el ejér- « cito argentino podía soplarse la desunión, tan insubordinado « como era, sin exponerse á un cataclismo.» (32) Otro escritor chileno, es más esplícito aún: «Es preciso hablar con franque- « za, y sobre todo, desprendernos del espíritu estrecho de na- « cionalismo, confesando que en el año 20 no había entre nos- « otros ningún general que arrastrase consigo la gloria, el « prestigio y la merecida reputación de hombre de genio que « acompañaban á San Martín. La empresa de libertar al Pe- « rú requería indispensablemente mandar un hombre hábil, « sagaz, y que ya hubiese dado pruebas de ello. San Martín « había reducido á cenizas el poder español en Chile, y bien « podía hacerlo en el Perú.» (33) Apesar de esto, Cochrane trabajó por que se diese el mando en jefe de la expedición á Freyre, que si bien era la primera espada del ejército de Chile era tambien una completa nulidad militar y política que habría sido un instrumento en manos del almirante. (34) Así terminaron por el momento los trabajos de Cochrane para embarazar la expedición al Perú y suplantar á San Martín, lo que presagiaba una desinteligencia futura entre los dos principales jefes de la expedición, desinteligencia que más adelante veremos estallar, y que estos antecedentes explicarán en parte. Por el momento, conseguido su objeto de definir la situación, comprometiendo á Chile en su empresa, y dueño de su dirección, quiso remover con prudencia los obstáculos que el almirante oponía á ella. Comprendiendo la importancia de

---

(31) I. Zenteno: «Refutación» etc., citada, p. 57-58.

(32) García Reyes: «Memoria sobre la primera escuadra nacional», cit.

(33) I. Zenteno: «Refutación» etc., citada, p. 57.

(34) Vicuña Mackenna, en su «Guerra á muerte», p. 129, dice: «Cochra- « ne quiso levantar á Freyre como rival de San Martín, exigiendo que « fuese aquél quien mandara en jefe el ejército libertador que sus quillas « iban á llevar al Perú.» Cochrane en sus «Memorias», guardando silencio « sobre estos incidentes, dice: «El general San Martín, con gran contrarie- « dad del general Freyre (que entonces era coronel) fué nombrado ca- « pitán general del Ejército Libertador. »

la cooperación del ilustre marino, que por su parte era el dueño de la escuadra, se dirigió á Valparaíso con el objeto de activar los preparativos de marcha y tener una conferencia amistosa con él. « Mylord, le dijo, nuestro destino es común, « y yo le protesto que su suerte será igual á la mia. » ([35]) En seguida trató de persuadirlo que una formal expedición terrestre era exigida por las circunstancias y los intereses generales de la América, y sobre todo, una resolución firme del pueblo, del gobierno y del senado, que debía emprenderse de cualquier manera. ([36])

Otras razones políticas aconsejaban á Chile la expedición al Perú, siendo la principal que ya San Martín y su ejército no cabian en Chile, y que de no realizarla su situación interna experimentaría un trastorno. «Aunque San Martín, (dice Zen- « teno) hubiese rehusado el mando de la expedición, estaba en « nuestros intereses no dispensar medio alguno *para hacerlo salir « al frente del ejército*, según las palabras de una nota del senado, « (de mayo 1820). San Martín y sus soldados no eran sólo una « carga materialmente gravosa para el erario agotado, que mal « podía soportar el pago de más de 8,000 hombres de línea, « eran además un elemento de desconfianza y de compromisos. « San Martín era el Cochrane de tierra, con la diferencia que « no pedía dinero, sinó poder é influencia. La ambición de « mando, este pecado de los grandes hombres, dominaba tam- « bien al libertador á quien tanto debemos, y á quien casi no « podríamos pagar por más que fuese nuestra disposición ha- « cia él. El proyecto de expedición al Perú lo allanaba todo: « poder y gloria, grandes hazañas, un nuevo teatro de nobles « servicios en favor de la libertad oprimida, todo lo ofrecía el « Perú, al ejército y á la escuadra. Al concebir, pues, el plan

---

([35]) Carta de San Martín á Cochrane, de 13 de agosto de 1821, publicada por el mismo Cochrane en «Contestación de lord Cochrane á los cargos que le hizo el general San Martín», p. 4.

([36]) Carta de San Martín á O'Higgins en Valparaíso, de 28 de mayo de 1820, en que dice: «Ayer tuve la última sesión con Cochrane, y apesar de « que él inculca que la expedición de 4,000 hombres es embarazosa, le he « hecho ver que es indispensable se verifique, pues así lo requieren las cir- « cunstancias y los intereses de la América: ha convenido, y me parece « que sobre este punto no tendremos más que hablar. Le he dicho que la « resolución del Gobierno, Senado y Pueblo, es que marche la expedición « con el número indicado, y que aunque ella carezca de algunos renglones, « es preciso emprenderla de cualquier manera. » Véase Vicuña Mackenna: « General San Martín», etc. p. 28.

«del ejército expedicionario á las órdenes de San Martín, el «gobierno de Chile no sólo acometió una hazaña heroica y dig-«na de la gratitud de la América: dió tambien un paso profun-«damente político para salvar la situación. Si no hubiera es-«tado el Perú en poder de los españoles el año 20, no se sabe «lo que hubiera sido de Chile, y es difícil calcular los resulta-«dos del descontento ó de la ambición. (37)

De este modo fué como el ACTA DE RANCAGUA, al sostener la autoridad moral de San Martín, le dió su punto de apoyo fuera de la patria, lo acreditó ante la América, lo habilitó para emplazar al gobierno de Chile en término perentorio á fin de realizar sin más demora la expedición al Perú, y lo constituyó en árbitro de la situación, que de hecho estaba en sus manos, permitiéndole realizar la gran aspiración de su vida, por que venía batallando hacía años y que era el coronamiento de su gran plan de campaña continental, que debía decidir, y decidió de los destinos de la América del Sud. Pero el Acta de Rancagua debía dar con el tiempo otros resultados contrarios, que estaban en la lógica de las cosas, como se verá á su tiempo.

---

(37) I. Zenteno: «Refutación» etc., citada, p. 59.

CAPÍTULO XXV

EL PERÚ

Año 1820

La conjunción revolucionaria—Antecedentes históricos y políticos del Perú—La Corte de Lima—Climatología peruana—El Perú en la lucha de la Independencia—Sociabilidad peruana—Reacción del Perú contra la revolución emancipadora—Preponderancia militar del Perú bajo la bandera realista—El virey Abascál y su obra—Los ejércitos peruanos—Impotencia del Perú para redimirse por sí y sus causas—Los primeros mártires de la independencia del Perú, Aguilar y Ubalde—Los primeros conatos revolucionarios del Perú—Riva Agüero—Mateo Silva—Tendencias de la opinión del Perú en los primeros años de la revolución americana—El partido constitucionalista de Baquíjano—Esfuerzos de los peruanos para promover su independencia—Abascál, Pezuela y La Serna—Primera insurrección de Tacna—Levantamiento de Huánuco—Segunda insurrección de Tacna—La rebelión de Pumacahua—El cura Muñecas—El poeta Melgar—La conjuración de Castro—La expedición del general español Ramírez—Últimos conatos revolucionarios de los peruanos—Trabajos preliminares de San Martín para preparar la expedición al Perú—Agentes secretos de San Martín en el Perú—Influencia del liberalismo español en el Perú—Estado político y militar del Perú al tiempo de la expedición de San Martín en 1820.

I

Al tiempo de emprender San Martín su expedición al Perú, la revolución sud-americana iba á condensarse, operando su conjunción militar y política en el punto céntrico del continente. Las dos grandes masas batalladoras del sud y del norte, al seguir opuesto itinerario, se aproximan persiguiendo un mismo objetivo, estrechan el círculo de los realistas y se preparan á dar el golpe de muerte al poder colonial en su último baluarte. Como se operó este movimiento con-

céntrico, cual es el teatro á que van á trasladarse las operaciones militares y políticas, cuales los antecedentes históricos y sociológicos del país que va á ser el nuevo teatro de la guerra, que papeles desempeñó el Perú en la lucha de la emancipación americana, por que medios y modos públicos y secretos se preparó esta grande empresa, tal es el objeto de este capítulo, fundado principalmente en documentos peruanos y testimonios imparciales y auténticos. Es una página complementaria de la historia de la emancipación sud-americana, que constituye el nudo de las acciones y reacciones de su complicado drama y explica su desenlace lógico.

El Perú, fué en la época de la conquista la primera colonia americana donde se despertó el espíritu de insurrección contra la metrópoli según se relató antes, quemando el estandarte real, al enarbolar en el nuevo mundo la primera bandera rebelde y dar batallas en nombre de un nuevo derecho territorial americano. (V. cap. I, Int. § VIII.) Durante la época colonial se hicieron sentir allí fuertes sacudimientos de las razas mixtas movidas por sus instintos antagónicos contra la raza dominadora. Al finalizar el siglo XVIII, estalló en su seno la gran insurrección indígena de Tupac-Amaru que pretendió restaurar el imperio pre-colombiano de los Incas. Estos movimientos eran meros resabios del revuelto espíritu castellano de la conquista y agitaciones dentro de los elementos incoherentes del sistema colonial, ó el estremecimiento de agonía de la antigua raza conquistada y reducida á servidumbre. No tenía raices vivaces en el suelo, y si bien presagiasen la índole de la futura insurrección criolla, no diseñaban el caracter de la verdadera revolución emancipadora con nuevas tendencias políticas y sociales. Sofocadas estas insurrecciones bastardas, la tierra entró en su quietismo. Así permaneció por largos años como esas grandes masas de agua del occeano que yacen estagnadas en medio de las corrientes vivas que las circunscriben. El Perú quedó de este modo aislado del movimiento general de la época. En 1809 y 1810, cuando las colonias se insurreccionaron casi simultáneamente por impulso propio, según se explicó antes, (véase cap. I. Int. § II) los estremecimientos de la gestación de una nueva vida, apenas se hicieron sentir en su seno. No era que le faltara el gérmen de la independencia ni el instinto de la nacionalidad: faltábale la coherencia de sus fuerzas, que por razón de su misma inercia, debían vol-

verse contra la revolución americana, contrarrestar sus progresos, retardar su triunfo y obligarla á mayores esfuerzos para emancipar todo el continente, emancipando al fin al mismo Perú.

Fué el Perú en los primeros tiempos de la conquista, un verdadero imperio colonial, que comprendía casi todo el territorio de la América meridional, sujeto á la corona de España, desde el Cabo de Hornos hasta el Ecuador. Su nombre se hizo sinónimo de riqueza. Erigido el vireynato de Nueva Granada, bajo cuya jurisdicción quedó Quito; creado el del Río de la Plata que separó las Provincias del Alto Perú, é independizada en la forma que antes se explicó, la capitanía general de Chile, el vireynato del Perú, ocupaba todavía al tiempo de estallar la guerra de la independencia, un vastísimo espacio en el promedio del continente, extendiéndose 25 grados al sud del Ecuador, con el Pacífico por límite al occidente y al oriente los Andes hasta tocar con las fronteras del Brasil. En contacto marítimo con Chile y limítrofe con Quito y las provincias del Río de la Plata, su posición central le permitía mantener en jaque los territorios circunvecinos é irradiar su acción al sud y al norte de la América.

Lima era el foco de este imperio colonial. Fundada al pie de la cordillera occidental y á inmediación del mar, en un ameno valle donde no llueve jamás y sólo truena ó brilla el relámpago una vez cada siglo, su aire vital carece de resorte (3), y su sociabilidad participa del caracter de su naturaleza. Un toldo trasparente de nieblas, que templa los ardores del sol, y las brisas húmedas del sud que refrescan la atmósfera, mantienen constantemente una temperatura suave que convida á la molicie. No es una exageración de un clásico poeta gongórico cuando dijo del clima de Lima:

En su horizonte el sol todo es aurora,
El tiempo es todo eterna primavera. (4)

El Callao es su puerto y antemural marítimo, y dueño de las llaves de la navegación y del comercio de monopolio por siglos, podía considerarse por su prestigio como la capital de

(3) Unanue: «Clima de Lima».
(4) Peralta: «Lima Fundada», canto VII.

Sud-América. Rivalizaba en opulencia con Méjico y en importancia con las principales ciudades de España, sin excluir la coronada villa de Madrid. Tenía todos los atributos de una corte, con sus privilegios, su pompa, sus vicios y sus deleites enervantes. Circundada de murallas con su acrópolis ó bastilla, tenía allí su asiento el más alto representante del monarca español, rodeado de una aristocracia indígena, una plutocracia de españoles europeos y una numerosa burocracia gerárquica. En lo temporal, tenía su ejército y su escuadra al amparo de fortalezas inexpugnables erizadas de cañones. En lo espiritual tenía una iglesia oficial, un clero corrompido y un tribunal de la inquisición, que fué el único que en América encendió hogueras para quemar herejes. Tres quintas partes de su población, que formaban su plebe, eran como en la antigua Roma, esclavos, libertos ó indígenas tributarios, sin más pasión popular que las corridas del circo de toros, regalo munificiente de la metrópoli, ó la chicha regalo heriditario de los Incas. Su corona mundana eran sus mujeres, tipos de belleza y de gracia original, que constituían por su naturaleza eléctrica el nervio social, según la expresión de un profundo observador limeño. (5) Su corona mística, era la aureola de rosas siempre frescas de una santa nativa, patrona de las Américas, entre cuyas reliquias se conserva un juego de dados con que echaba suertes con su divino esposo, y que parecería simbolizar otra pasión de la aristocracia limeña importada de España con los primeros conquistadores, que según el histórico proverbio, jugaron el sol (de oro de Cuzco) antes de amanecer.

Situado dentro del trópico de capricornio, el Perú poseía todos los climas de la tierra por sus diferentes altitudes desde el nivel del mar hasta el límite de las nieves perpétuas. Estaba habitado por diversas razas sin cohesión entre sí, con un antagonismo latente hasta en la misma raza blanca, según fuese su procedencia europea ó americana. La influencia étnica del medio prevalecia en las costas, en los valles andinos y las montañas, imprimiendo á los seres su sello nativo. Un

(5) Unanue: «Observaciones sobre el clima de Lima y sus influencias», (2a edic.) p. 83, donde dice: «Bajo el imperio de las causas anteriores (la «enervación) preciso es falte al hombre (de Lima) los rasgos varoniles. «Por el contrario, el sexo femenino debe caminar á su perfección: faccio- «nes delicadas, espresión tierna, ojos negros con pupilas rasgadas animadas «de fuego y sensibilidad, caracteres de un cuerpo endeble pero electrizado.»

sabio peruano, estudiando científicamente la climatología con relación á la naturaleza del hombre, ha dicho: «que un país « situado dentro de la zona ardiente, pero reducido su clima á « un temple benigno por la superabundancia de la humedad de « la atmósfera, deben los que viven en él tener un cuerpo dé- « bil; la animalización sea imperfecta, y que la sangre no se « bata ni anime bien en los pulmones, y sus glóbulos carezcan « de la rubicundez encendida que tiñe las mejillas. Así, la « sangre no tiene en arterias y venas el curso igual que extien- « de la fuerza y la vida por todos los miembros del cuerpo, y « el vigor muscular se abate y debilita. De aquí es ser la pe- « reza inherente á los moradores de estos climas. El cuerpo « enervado sólo desea el reposo y los placeres. Es preciso es- « tímulos muy fuertes para sacarlo de su apatía, y aunque la « juventud fogosa y agitada supere esta fatal inclinación al « ocio, pasados los primeros ímpetus de los años florescientes, « se adelanta por lo común la edad que llaman de la prudencia, « que es la de no hacer nada.» [6] Las fuerzas intelectuales del país, eran empero vigorosas, animadas por la imaginación, en razón misma de la debilidad nerviosa predominante por la influencia del clima, según la observación de uno de los sabios de la época. [7] Los peruanos, eran por naturaleza ingeniosos; cultivaban las ciencias y las artes; tenían una literatura propia y contaban con hombres inteligentes é ilustrados que habían llamado la atención del mundo. [8] Su Universidad era tan famosa como la de Salamanca en España. Las ciencias naturales y matemáticas se cultivaban en ella. Tenía su escuela de

---

[6] Unanue: «Observaciones sobre el clima de Lima y sus influencias en los seres organizados, especialmente sobre el hombre», p. 81-82, (edic. de 1815.) El autor apoya esta teoría en una opinión de Humboldt, y la ilustra con una cita del Tasso: «El ilustre Humboldt me confirmó en la « opinión, de que aún nuestros animales domésticos, como el perro, eran de « condición más tratable, ó ya sea más poltrones que los de Europa:

« La terra molle é lieta é dilettosa
« Símili á sé gli abitator produce.»

[7] Unanue: «Observaciones», etc. p. 101.

[8] En 1797, fueron tomados por un corsario inglés 16 números del «Mercurio Peruano», primer periódico científico y literario publicado en América. Su contenido llamó tanto la atención de la Europa, que al ser traducido al inglés, se pensó fuese un producto de la imaginación del editor, pues no se creía posible que en una colonia sud-americana pudiese existir un caudal tan rico de ciencia y observación original, siendo después vertido al francés y al aleman en varias ediciones.

medicina, y sus médicos eran tan acreditados en América como los Montpellier en Europa.

Esta región así poblada y esta sociabilidad así constituída bajo sus dobles influencias enervantes, fué empero, el centro y el nervio de la reacción realista, á punto de llegar á casi dominar la revolución sud americana por algún tiempo, y prolongar la lucha por el espacio de quince años. Por eso el Perú era el *delenda Cartago* de San Martín, y por eso hacia él convergían los ejércitos americanos del sud y del norte en 1820.

II

Si el Perú se hubiese insurreccionado en 1810, como lo hicieron todas las colonias hispano-americanas casi simultáneamente, la causa de su independencia habría triunfado en su primer campaña, al ménos en el sud, acelerando la emancipación del norte y ahorrándole inmensos esfuerzos y tiempo. Fué por el contrario el centro de la reacción, y esto bastó para paralizarla en un principio, contrarrestarla después, y prolongar últimamente la lucha por el espacio de quince años, haciendo de su territorio el último baluarte del poder colonial en Sud-América. Varias causas contribuyeron á imponerle fatalmente este papel, en que intervinieron las influencias políticas y naturales, y que explican las circunstancias combinadas con las tendencias de su sociabilidad.

No es que el Perú estuviese ménos predispuesto á la revolución que las demás secciones sud-americanas, pues existían allí las mismas causas que debían producir los mismos efectos. Un viajero inglés, testigo presencial de la revolución de Quito en 1809, y que recorría por aquél tiempo el Perú, (1811-1812) dice: «Á mi llegada á Lima, encontré el mismo «espíritu revolucionario diseminado en los criollos de todas «las clases, con excepción de un corto número de empleados «lucradores del gobierno. Los habitantes deseaban, con no mé«nos ardor tal vez que las demás secciones de América, un cam«bio en la forma de gobierno; y por no haberlo establecido, se «les ha considerado por muchos culpables de indolencia y pu«silanimidad, cargando con esta falta sin haberla merecido. Cuando un pueblo se halla bajo la influencia de la fuerza,

«tanto los habitantes como los soldados deben someterse á la «voluntad del que manda. Tal era el estado de Lima.» (9)

Al tiempo de estallar la revolución, el Perú contaba con una población de más de un millón y medio de habitantes, mucho mayor que la de las Provincias Unidas y de Chile juntas, y si se agrega el Alto Perú dominado por sus armas desde 1815, puede computarse en cerca de dos millones. Pero era una población heterogénea, de que los indígenas formaban más de la mitad; los mestizos de indios y africanos, como un quinto; los esclavos negros como cincuenta mil, y los españoles apenas un séptimo. (10) No tenía por lo tanto la cohesión de las dos repúblicas aliadas que en 1820 iban á llevarle la independencia, que los peruanos no podían alcanzar por sí solos, como lo reconoce un historiador nacional. (11) El norte y el sud del Perú eran dos países completamente extraños el uno al otro, y que por la misma similitud de producciones no tenían intercambio, existiendo entre ambos un antagonismo que ha costado neutralizar aún muchos años después de fundada su nacionalidad. Agréguese á esto, que la sierra ó sea la parte montañosa del país y la zona de la costa, eran tambien dos regiones completamente diversas, sin vínculo que las uniese fuera del territorial, y que contrastaban en el orden físico y moral. El clima de la costa es enfermizo y árido salvo en los valles regados por los ríos que descienden de la cordillera. El clima de la sierra es salubre y rico en recursos de todo género. Los

---

(9) Stevenson: «A historical and descriptive narrative of twenty year's residence in South America», t. III, p. 45 y 48.

(10) Según el virey Gil Taboada y Lemos, el Perú tenía en 1791, una población censada de 1.076,122, la que en 1796 estimaba por cálculo en 1.300,000. («Memorias de los vireyes del Perú», t. VI, p. 76-77 y docum. núm. 3 del Apénd.) Unanue en su «Guía Pol. del Perú» de 1793 á 1796, repite el dato del virey Gil y Lemos. Calculando en treinta años un aumento tan sólo de un cuatro por ciento sobre 1.300,000, resulta mas del millón y medio asignado para 1820. Si á esto se agrega el Alto Perú anexado á la sazón al vireynato, cuya población podría estimarse en 300 á 400 mil almas, resultará que tenía entonces cerca de dos millones, cuando las Provincias Unidas y Chile no alcanzaban á tener juntas ni un millón y doscientos mil habitantes. La división de razas apuntada en el texto, se funda principalmente en el censo del virey Gil y Lemos, citado.

(11) Córdoba y Urrutía: «Las tres épocas del Perú», p. 148, t. II. «Doc. Lit. del Perú.» Col. Odriozola—He aquí las palabras textuales del historiador peruano: «Destruido el ejército español en los campos de Mai-«pu, se proyectó expedicionar sobre el Perú: sus habitantes clamaban in-«cesantes este socorro, para poder implantar la emancipación del país, que «por sí eran infructuosos sus esfuerzos.»

hombres del litoral, eran poco aptos para los trabajos de la guerra. Por el contrario, los serranos mestizos, producto del consorcio del indio y del europeo, constituían el nervio militar del país, pues aunque en apariencia endebles y con poca energía individual, estaban dotados de una musculatura elástica eran infatigables en las marchas á pie, con una tendencia á mantenerse agrupados en los peligros comunes, y por lo tanto un buen elemento para formar una excelente infantería, subordinada en el campamento, sobria en los trabajos de la guerra y compacta en el fuego.

La raza europea y criolla, estaba afincada en las ciudades de la costa y en los fértiles valles andinos. La raza indígena, conquistada primero y domada después, estaba reducida á la condición de servidumbre, y ocupaba casi esclusivamente el territorio de la sierra. La raza mezclada,—mulatos, mestizos y negros criollos libertos,—constituía la plebe de las ciudades, que trabajaba para los privilegiados como jornaleros ó artesanos. El resto de la población la formaban negros de África esclavizados que cultivaban las haciendas de sus amos.

Un peruano, que en el año de 1820 á que hemos llegado, explicaba las causas que supeditaban la expansión del patriotismo de sus ciudadanos, decía: «La abundancia de castas ín-« dica y etiópica, la dificultad que hay de reunir los sentimien-« tos que pueden ser uniformes entre los americanos blancos « y los indios, por lo ménos para combinar un plan seguro y « un sacudimiento general; la ignorancia misma á que han sido « reducidos los pueblos; y últimamente, las fuerzas del terroris-« mo de que se han prevalido los españoles para subyugarnos; « no se extrañará, pues, que el Perú en medio de su abundante « población y facilidad de recursos, no haya podido ni pueda « cooperar á la obra de la redención americana, sin una fuerza « (extraña) que apoyase sus movimientos.» (12) Era, pues, una sociabilidad inorgánica, sin coherencia en sus partes componentes, cuyos movimientos revolucionarios tenían necesariamente que ser aislados, y por lo tanto débiles é inconsistentes como se verá por la reseña que de ellos haremos más adelante. Pero estos elementos, por lo mismo que estaban disgrega-

---

(12) Carta de don M. P. Felix Durán, de 4 de febrero de 1820 á don Tomás Guido. M. S. cit. por el historiador peruano Paz Soldán en «Perú Independiente», p. 27, que hace suya esta opinión.

dos y no tenían unidad para la ofensiva, se hallaban dispuestos á ser pasivamente dominados bajo la disciplina de un poderoso centralismo militar y político como el que imperaba en la colonia. Esto explica como la reacción peruana contra la revolución americana en sus comienzos, pudo operarse con tanta eficacia, por su propia inercia como colectividad, y pudo prolongar la lucha en condiciones relativamente ventajosas, concurriendo á ello otras circunstancias que dieron por algún tiempo la preponderancia militar á los realistas.

Al tiempo de estallar en 1810 la revolución sud-americana, ocupaba el vireynato del Perú el general José de Abascál, hombre de edad provecta pero con notables talentos políticos y militares, dotado de un temple de alma en quien la prudencia se unía á la decisión y la perseverancia. Aislado en medio del continente insurreccionado, hizo frente á la tempestad, y convirtió al Perú en la ciudadela del poder colonial y centro de la reacción realista. Si la revolución hubiese podido ser vencida, él la habría vencido, pero hizo lo posible para retardar su triunfo. Reunió tesoros, organizó el vireynato para la resistencia y para la ofensiva, levantó ejércitos numerosos, sofocó al norte el levantamiento de Quito, ocupó militarmente las provincias del Alto Perú conteniendo el empuje de la revolución argentina; reconquistó á Chile, dominó el mar Pacífico, sofocó los conatos revolucionarios en su territorio apenas se hicieron sentir; mantuvo al país en obediencia, y al cabo de seis años de lucha y de trabajos sojuzgó todo el continente alzado con excepción de las Provincias Unidas y una parte de Venezuela. Si en 1817 San Martín no hubiese reconquistado á Chile, Abascál habría invadido las provincias argentinas por el norte y por el oeste con unos doce ó quince mil hombres; habría sostenido á Nueva Granada dándose la mano con Morillo, y contenido los progresos de Bolívar. La insurrección sud-americana, aún no siendo vencida en sus dos últimos focos lejanos, habría quedado aislada en ellos con peligro de consumirse por inanición, ó al ménos sin esperanzas de vencer. Cuando la revolución atravesó los Andes y tomó á su vez la ofensiva, el Perú colonial empezó á retroceder y á encerrarse dentro de sus montañas, pero manteniendo siempre en alto los pendones del rey de España.

Á la eficaz acción del virey Abascál debiose la preponderancia militar del Perú, y los triunfos que coronaron las armas

realistas desde 1810 á 1816. Pero hizo más que eso, y fué crear un partido de acción realista americano, que radicó la lucha en el territorio de las colonias insurreccionadas convirtiéndola en guerra civil, y alimentarla con los hombres y recursos del país, creando así en él un espíritu político y guerrero realista que opuso al espíritu de propaganda de los ejércitos de la insurrección. Sobre la base de las pocas tropas españolas con que contaba, organizó un ejército colonial de nueva creación, reclutado entre los habitantes de la sierra, cuyas singulares cualidades para la guerra supo aprovechar con suma habilidad, infundiéndoles el entusiasmo de su causa y la fidelidad á su bandera. Así comprometió al país en la resistencia, lo dominó, y venció á sus enemigos, manteniendo la guerra por el espacio de cuatro años con elementos puramente americanos. Reforzados más tarde estos ejércitos con tropas peninsulares, las armas realistas adquirieron mayor consistencia, pero los soldados indígenas constituyeron su núcleo por espacio de quince años, y llenaron constantemente sus claros. Mandados por generales peruanos en los primeros tiempos, dirigidos después por hábiles generales españoles probados en la guerra de la Península, esos ejércitos, bien que quebrantados en Chacabuco, Maipu y las fronteras argentinas del norte, eran en su terreno una verdadera fuerza nacional que sostenía una guerra política y de raza, y sólo podía destruirse atacándola en el suelo á que estaba adherida. Mientras tanto, era el Perú armado una esperanza para los realistas y una amenaza constante para toda la América, que obstaba al triunfo de la revolución dividiendo sus fuerzas continentales. Esto es lo que San Martín comprendió desde el principio, al decir que mientras no se conquistase á Lima la guerra no finalizaría, y lo que le hizo insistir en la idea de llevarla al Perú con tanta convicción como perseverancia.

Al emprender San Martín su campaña por tantos años soñada, iba á encontrarse frente á frente de dos nuevos contendores, de los cuales uno sería eliminado por su acción indirecta, y el otro, vencido por los efectos ulteriores de su expedición. Abascál había abandonado la escena americana, cargado de años y de gloria, dejando ocupado el Alto Perú, reconquistado á Chile, triunfante la causa de su rey en Quito y dominado el Bajo Perú sólidamente militarizado. Reemplazado en el mando por el general Pezuela vencedor en Vilcapu-

gio, Ayohuma y Sipe-Sipe, su sucesor continuaba la política que había practicado en la escuela del maestro, aunque no con su inteligencia y su éxito. Menos afortunado en sus empresas lejanas, había perdido á Chile y el dominio del mar Pacífico, y se hallaba amagado en su propio territorio por la revolución triunfante al sud y al norte, y especialmente por el sud. Empero, mantenia en el Perú el poder militar creado por su antecesor, aunque debilitado por sus reveses y destemplado por otras causas que se explicarán á su tiempo. Este era el primer contendor con quien iba á medirse San Martín. El otro, era el teniente general José de La Serna, que en 1816 había llegado de España con un refuerzo de tropas, nombrado por el rey general en jefe del ejército del Alto Perú. Militar de buena escuela con ideas teóricas y larga experiencia de la guerra en África y Europa, dotado de un carácter moderado que lo hacía irresoluto en el mando, y profesando en política principios liberales, era La Serna un elemento nuevo introducido en el ejército realista del Perú, sobre el cual adquirió más tarde gran ascendiente, y que estaba destinado á inocularle un nuevo espíritu.

III

Ya se ha visto como el Perú llegó á ser fatalmente el centro y el nervio político y militar de la reacción realista, y como su resistencia era el único y último obstáculo al triunfo definitivo de la causa de la revolución en la época á que hemos llegado. Falta presentar el reverso de esta medalla, para mostrar como el Perú estaba subordinado á la misma ley histórica que lo llamaba á nuevos destinos. Aún cuando el virey Abascál lo hubiese mantenido en obediencia, alejando la guerra de su territorio y dominádolo por los mismos medios con que la hacía fuera de sus fronteras, no por eso dejó de luchar con resistencias en el interior. El sentimiento americano de emancipación existía latente en el Perú y dió pruebas señaladas de ello no obstante sus desfavorables condiciones y las causas antes apuntadas que comprimían su expansión. Es un hecho que la historia debe consignar, que si el Perú no concurrió desde un principio á la lucha, no es por que faltase á todos sus

hijos el anhelo de la independencia y la fortaleza del sacrificio poniendo los medios á su alcance para sacudir el yugo que los oprimía. El Perú tuvo tambien sus insurrecciones, que respondieron á la insurrección general; pero fueron sofocadas como casi todas las que estallaron durante los primeros cuatro años, muriendo sus autores en los calabozos, en los cadalsos ó en los campos de batalla. Esto quebrantó sus fuerzas revolucionarias, harto débiles por su falta de cohesión y por el poder relativamente incontrastable que las anulaba, y de aquí que el Perú sólo pudiese ser libertado por el auxilio extraño, como lo reconoce el historiador nacional que hemos citado antes. ([13]) Todas las naciones han pasado por estos períodos de impotencia para labrarse su propio destino. Pueblos considerados más viriles, como por ejemplo Chile y la Nueva Granada, en condiciones más ventajosas, quedaron reducidos á la misma impotencia, y no se habrían redimido por sí sólos sin la intervención argentina y colombiana, que los incorporó á la revolución retemplando sus fuerzas nativas. La historia de los esfuerzos hechos por los peruanos para concurrir al movimiento emancipador de la América, es por eso una página que entra naturalmente en nuestro cuadro y que se liga directamente con los trabajos que ejecutaron ó á que cooperaron para preparar la expedición que debía libertarlos, allanarle el camino, prepararle su éxito y propiciarla despues con su opinión eficiente, para concurrir con sus sacrificios al triunfo final.

Cuando á fines del siglo XVIII empezaron á alborear las primeras ideas de independencia y libertad en las mentes oscuras de los colonos hispano-americanos, indicando que una nueva luz acababa de encenderse, en el Perú empezaron á hacerse sentir los primeros síntomas de una elaboración moral en el mismo sentido, aunque con formas veladas. En 1791, un escritor anónimo publicaba un apólogo sobre la corrupción de las colonias, que decía haber traducido de un pergamino antiguo, encabezándolo con un epígrafe de Horacio: «*Mutato nomine de te fabula narratur*,» en que pintaba á «los romanos en« riquecidos con los tesoros de otros reyes subyugados, que « empezaron á mirar con tedio la rigidez de las costumbres y « las virtudes, que poco á poco se relajaron, legitimando su

---

([13]) Córdoba y Urrutía: «Las tres épocas del Perú.» Véase nota número 10 de este capítulo.

« tiranía, las leyes marciales y el derecho de conquista», y acababa diciendo que por fortuna estaba raspado el resto del pergamino, evitándole el riesgo de que el público mirase su traducción como una sátira metafórica. (14) Un año después (1792), con motivo de inaugurarse en Lima un anfiteatro anatómico, un sabio peruano llamado José Hipólito Unanue que tenía nociones claras de los derechos del hombre, y aunque de temperamento tímido, estaba destinado á representar un papel en la revolución, al disertar elocuentemente sobre la «decadencia y restauración del Perú», decía invocando como Montesquieu á las musas, al numen de la política que le dictaba sus palabras: «Los imperios dilatados y sin moradores son cuerpos « fantásticos. De qué sirven los pueblos arruinados? De qué « los países fértiles sin agricultores? Faltando los brazos que « abran las entrañas de la tierra, la miseria hará gemir al país « donde la liberal naturaleza ha derramado los tesoros de su « inagotable fecundidad. Tal es hoy la suerte del Perú. Con- « sumidos sus moradores, sólo presenta cúmulos de ruinas. « ¿Dónde están aquellos pueblos de tan numeroso vecindario « que sostenían su libertad, oponiendo huestes que equilibra- « ban todo el poder de los Incas? Dónde la multitud de ciuda- « des con que los heroes españoles quisieron perpetuar su nom- « bre y sus proezas? Parece que cansada la tierra de la insa- « ciable ambición con que la agitaban los humanos, abismó de « improviso con las vidas sus tesoros. Parece que al ruido de « las cadenas del despotismo y la tiranía que arrastraba el ham- « bre del oro, huyeron los naturales á las cavernas, á las selvas « inhabitables, y desamparadas las provincias, quedaron sacri- « ficadas á la voracidad del tiempo.» (15)

Estas ideas fugaces, envueltas en formas literarias, que revelaban empero una conciencia autonómica que despertaba, cayeron en la cabeza de un visionario, y como la semilla que se modifica según la tierra que la recibe, se convirtieron en un vago plan de independencia monárquica, entroncado en la antigua dinastía de los Incas, que comprendía sus antiguos do-

---

(14) «Mercurio Peruano», t. I, núm. 5, p. 33, año 1791.

(15) «Oración inaugural que para estreno y apertura del Anfiteatro anatómico dixo en la Universidad de San Marcos el 21 de noviembre de 1792, el doctor Joseph Hipólito Unanue.» Véase «Mercurio Peruano» de 1793, t. VII, núm. 218.

minios del Alto y Bajo Perú. Naturalmente este pensamiento debía surgir del seno de la Roma incásica, donde se conservaban las tradiciones indígenas á la par de las revelaciones de una vida nueva que los instintos sugerían y que la imaginación exaltaba. En 1805, un oscuro minero del Cuzco, llamado José Gabriel Aguilar, concibió la idea de emancipar la tierra con el propósito de fundar un gobierno soberano, y confió su proyecto al doctor J. Manuel Ubalde á la sazón asesor del gobierno local, asegurándole que contaba con el apoyo de la Inglaterra para insurreccionar la América. Estos dos conjurados solitarios, comprometieron en sus planes á varios miembros del gobierno y del clero, entablando relaciones con los caudillos indígenas que podían apoyarlos con sus fuerzas populares. Un día, Aguilar comunicó á los iniciados, que había tenído un sueño apocalíptico viendo en él una águila sóla que venía del Pacífico hacia el Cuzco, y otra que le salía al encuentro del seno de las montañas, llevando sobre sus álas cuatro hombres con espadas flamígeras,—que eran los cuatro principales conjurados,—y al embestirse ámbas, se despeñaban en el espacio, surgiendo bajo sus pies legiones de guerreros que aclamaban á sus nuevos caudillos. Denunciados por uno de los iniciados, Aguilar y Ubalde fueron sentenciados á muerte y ahorcados en la plaza del Cuzco, donde pocos años antes había sido ejecutado el caudillo de la sublevación indígena Tupac-Amaru. Aguilar y Ubalde fueron los primeros mártires de la independencia peruana. Diez y ocho años después, el congreso del Perú independiente los declaró beneméritos de la patria, ordenando que sus nombres se gravaran á la par de los precursores y fundadores de la nacionalidad. [16]

La sangre de Aguilar y de Ubalde debía hacer retoñar en el Cuzco la semilla revolucionaria por ellos sembrada, casi con las mismas formas y medios, pero con objetivos más claros y propósitos más deliberados, respondiendo á la insurrección general de la América.

---

(16) Véase Mendiburu: «Diccionario histórico-biográfico del Perú». t. I, p. 69 y sig.—Vicuña Mackenna: «La revolución de la independencia del Perú», p. 94 y sig. donde se relata extensamente esta conjuración según documentos inéditos, así como otras noticias curiosas sobre los primeros conatos de independencia del Perú.

IV

Los primeros estremecimientos revolucionarios del Perú, no asumieron el carácter franco y decidido de las demás secciones sud-americanas. Las conmociones de Chuquisaca, La Paz y Quito en el año de 1809, tuvieron un eco sordo en Lima. Al mismo tiempo que el virey Abascál lanzaba sus expediciones interventoras al sud y al norte del continente para apagar estas primeras chispas precursoras del grande incendio americano, un grupo de patriotas peruanos movido por un español llamado Antonio María Pardo, fraguaba una conspiración con el intento de establecer una junta de gobierno autonómico á imitación de las de España. Algo adelantados sus trabajos secretos, fueron denunciados, sometidos á juicio y condenados á duras penas sus promotores. El más ardoroso de los conspiradores, el joven abogado peruano Mateo Silva, fué sentenciado á diez años de presidio y murió en las casamatas del Callao después de seis años de cautiverio. Á esto debe que su nombre haya sido inscripto en el martirológio político del Perú.

La segunda tentativa revolucionaria, fué igualmente un aborto, que no pasó de la intención; pero tuvo un carácter más definido por sus tendencias patrióticas. La insurrección de 1810, que sin acuerdo prévio entre las partes estalló simultáneamente en todas las colonias hispano-americanas, con excepción del Perú, cual si obedeciese á un impulso ingénito, movió á los patriotas peruanos á reunirse en secreto, comunicarse sus anhelos y preparar los medios de trabajar por su regeneración. Fué entonces cuando empezó á perfilarse en la penumbra política, la figura del único peruano que llegó á concentrar en sí el espíritu nacional, exaltándolo y burlándolo. Era este don José de Riva Agüero, que contaba á la sazón treinta años de edad. Ambicioso, astuto, inteligente y más audaz que valiente, estaba penetrado de un fuerte sentimiento americano y patriótico; tenía las calidades del agitador y del conspirador, pero no las del caudillo ni las del político revolucionario. Había viajado por Europa y recibido una educación esmerada. Á su regreso de España, pasó por Buenos Aires en 1808 donde contrajo relaciones con los que en aquella época se ocupa-

ban de la suerte futura de la América, y se dirigió por tierra á su patria con el objeto de trabajar por su emancipación. Así que se hicieron sentir las primeras conmociones empezáronse á formar bajo su inspiración clubs secretos, que se reclutaban en todas las clases sociales. El centro, lo formaba una tertulia que se reunía en la habitación del presbítero Ramón Eduardo Anchoris, natural de Buenos Aires y mayordomo del arzobispo de Lima. Sentidos en sus trabajos subterráneos por una denuncia anónima, fueron presos en una noche con Anchoris, el cura de Chongos Cecilio Tagle, su hermano Mariano, el abogado Mariano Saravia, un joven José Antonio Miralla, argentinos todos residentes en Lima, y juntamente con ellos, un italiano llamado José Boqui, personage misterioso que había aparecido en Buenos Aires exhibiendo una rica custodia al tiempo de las invasiones inglesas y acababa de llegar á Lima, y un flamenco, Guillermo Ríos, á la sazón editor de la «Minerva Peruana.» Anchoris fué enviado preso á España y los demás extrañados ó sometidos á vigilancia por falta de pruebas. [17] En cuanto á Riva Agüero, supo ocultar su juego con maña, y fué confinado más tarde por sospechoso á una provincia del interior.

La tercera faz de la agitación embrionaria del Perú, fué más compleja. La libertad de imprenta declarada por las cortes españolas en 1810 é inaugurada en el Perú en 1811, vino á dar animación á la vida pública á la vez que imprimir nueva dirección á las corrientes inciertas de la opinión. El primer periódico libre que se publicó en Lima con el título de «El Peruano», exclamaba al ensayar la pluma del publicista: « Rotas las cadenas de la arbitrariedad, podemos desenvolver « libremente el genio de nuestras ideas y dar un curso franco « á la estagnación de nuestro pensamiento.» Y desenvolviendo su doctrina política, establecía: «Los gobernantes no son el « origen de la autoridad. La autoridad debe estar limitada « según la intención de sus súbditos. Los gobernantes son « responsables ante los pueblos. Los pueblos no responden « sinó á Dios, porque ellos mismos son la causa de su miseria

---

[17] «Auto del Real Acuerdo de la Audiencia de Lima por el voto consultivo», de 6 de octubre de 1810, en Lima, en «Expediente relativo á los servicios hechos por José Boqui en promover la causa de la independencia del Perú, año 1821.» M. S. orig. (Arch. San Martín, vol. LXXIII.)

« si acaso siguen algún sistema falso de política. En los pue-
« blos reside originariamente la magestad.» (18) Era la primera pulsación normal de la vida nueva. Por la primera vez se oía hablar públicamente en el Perú de los derechos originarios de los pueblos, en contraposición á los derechos derivados de los gobiernos absolutos, que hasta entonces se consideraban anteriores y superiores á la libertad humana. Pero estas ideas platónicas que flotaban en la atmósfera, no tenían objetivo determinado. La prensa que las difundía, era más bien una cátedra de derecho teórico que una tribuna política. De aquí, que cuando tomando cuerpo, intentose darle una aplicación práctica, contribuyera á variar el curso de la opinión neutralizándola, en vez de servir directamente á la idea revolucionaria.

El primer impulso en este sentido, de una conmistión hispano-americana, fué dado por la incorporación de los diputados peruanos á las cortes españolas, uno de los cuales, el elocuente orador y jurisconsulto limeño, Vicente Morales y Duares, había contribuido á hacer triunfar con su voz y voto la ley de la libertad de imprenta. De aquí surgió la formación de un partido mixto, que puede calificarse de conservador hispano-americano. Fué el producto de la doble influencia de las ideas liberales triunfantes en la metrópoli y de su repercusión debilitada en América. El segundo impulso, fué dado por el establecimiento de los Cabildos constitucionales decretados por la Regencia española en 1812, en que por la primera vez los peruanos hicieron uso del derecho electoral, despertando en ellos el espíritu cívico y señalándoles un objetivo inmediato.

Amalgama de españolismo y americanismo, buscaba la solución del problema identificando los destinos de la madre patria con los de sus colonias, bajo los auspicios del constitucionalismo, que era su fórmula, acercándose á la causa de los

---

(18) «El Peruano». Empezó á publicarse en setiembre de 1811 y terminó en junio de 1812, condenado por propalar «doctrinas tumultuarias, sediciosas y revolucionarias» según sentencia del virey Abascál, en «Gaz. del gobierno de Lima» de 24 de julio de 1812. Al «Peruano» siguió el «Verdadero Peruano» que terminó en agosto de 1813. En 1813 aparecieron sucesivamente el «Argos constitucional» el «Peruano liberal» y el «Investigador del Perú» que alcanzó hasta 1814, publicaciones periódicas que siguieron el movimiento político iniciado en la prensa por el «Peruano» y «El Satélite del Peruano», de que se hace mención más adelante.

realistas en el fondo, cuanto se alejaba del radicalismo de los americanistas, que buscaban su regeneración dentro de sus propios elementos por medio de su emancipación.

Era el jefe de este partido, un peruano eminente: hombre de letras y hombre de mundo, fastuoso, de principios liberales y de saber enciclopédico, cuya fama había atravesado los mares. Llamábase José Baquíjano y Carrillo, y llevaba el título de conde de Vista-Florida en la aristocracia limeña. Según unos, estaba por la revolución de hecho, á la que propendió como miembro de una sociedad secreta, cuyo órgano era el «Satélite del Peruano», redactado por patriotas peruanos, que sucedió á «El Peruano.» Con más franqueza que su antecesor proclamaba la autonomía y señalaba un ideal relativo aunque en lenguaje anfibológico. «Por patria, entendemos la vasta ex- « tensión de ámbas Américas. Cuantos habitan el Nuevo Mun- « do somos hermanos, somos una misma familia, tenemos los « mismos intereses. Unámonos con lazos indisolubles y sere- « mos invencibles, y dignos de componer una nación. No de- « bemos tener por hermanos á los que se oponen á la felicidad « de la América y desean que se continúe el antiguo gobierno « colonial y el cetro de hierro que ha regido por tres siglos « España y las Indias.» ([19]) Según otros, aunque se inclinaba á la independencia en teoría, pensaba que no había hombres capaces para consumar la obra. El hecho es que, su nombramiento de consejero de Estado de la Regencia española, fué ocasión de que el entusiasmo popular estallase en el sentido de las tendencias de su partido. La ciudad de Lima le votó espontáneamente tres días de festejos en su honor, manteniéndose iluminadas las calles por tres noches consecutivas. En las provincias más remotas, su nombre fué aclamado como el representante genuino del patriotismo peruano. Simultáneamente se denunció la existencia de una conspiración, atribuida á los partidarios de Baquíjano, que fueron encarcelados por el virey con gran aparato de fuerza armada en las calles. ([20]) Baquíjano partió á España á ocupar su puesto, y con

---

([19]) «El Satélite del Peruano», número 1º. Fué prohibida su circulación.

([20]) Córdoba y Urrutía: «Las tres épocas del Perú».—Col. Odriozola. Doc. Lit. t. VII, p. 141.—Mendiburu: «Dic. hist. biog. del Perú», t. II p. 9. —Vicuña Mackenna: «La Rev. del Perú» p. 157 y sig.

él acabó el partido hispano-americano constitucionalista del Perú. Los ecos del liberalismo continuaron repitiéndose en la prensa hasta 1814, época en que la libertad de la palabra fué suprimida junto con la constitución española, y la opinión quedó otra vez estagnada y sin rumbo en la capital peruana.

V

En las provincias, el movimiento revolucionario de los patriotas peruanos fué más heroico y más trágico, aunque inconsistente y no ménos desgraciado.

Hemos dicho antes, (cap. V, § III) que al llegar triunfante el primer ejército argentino hasta la márgen sud del Desaguadero en 1811, el representante de la Junta revolucionaria, el doctor Castelli, en observancia de sus instrucciones, despachó emisarios secretos al interior del Bajo Perú, que llegaron hasta Lima, á fin de preparar la insurrección, y que encontró al país bien dispuesto. En efecto, los patriotas respondieron con decisión á este llamamiento. El pueblo de Tacna fué el primero en dar el grito de insurrección á espaldas del ejército de Goyeneche situado al norte del Desaguadero. Es Tacna un oasis, situado en una planicie al pie del Tacora, que tiene por puerto á Arica, y que en comunicación con los valles circunvecinos de la costa y la inmediata región andina, constituye el centro comercial de la sierra del sud del Bajo Perú y del norte del Alto Perú. La mayoría de su población se compone de arrieros de distintas procedencias, que introducían las mercaderías á La Paz, Puno y Arequipa, importaban los azúcares del Cuzco, los aguardientes de Moquegua, las quinas de Calisaya, y eran el vehículo de un activo tráfico de mulas que se efectuaba entre las provincias argentinas del norte y el Alto y Bajo Perú. Por su fisonomía especial y por sus viajes lejanos, su activo contacto con el mundo exterior, y por su fortaleza en las fatigas, los arrieros tacneños formaban una especie de raza nómade dotada de energía moral y con nociones más amplias de las cosas que los que viven aislados en los valles agrícolas y las asperezas de la sierra. Estos fueron los primeros revolucionarios en acción del Perú. Un joven limeño, llamado Francisco Antonio Zela, pusose al

frente de un grupo animoso de patriotas, proclamó la revolución. Por una coincidencia nefasta, en el mismo día en que Tacna se levantaba (el 20 de junio de 1811) las armas argentinas eran derrotadas en el campo de Huaqui. Sofocado el movimiento en su cuna, Zela fué sentenciado á muerte, y conmutada su sentencia, murió como Mateo Silva en un calabozo, al cabo de cuatro años de cautiverio. ([21])

Apenas sosegado el tumulto costeño de Tacna, estalló espontáneamente en un rincon de la sierra un levantamiento más considerable. El importante pueblo de Huánuco y los distritos circunvecinos se alzaron en armas al grito de guerra de *¡Mata-Chapetón!* acaudillados por su regidor Juan José Castillo (13 de febrero de 1813.) Los insurgentes levantaron un ejército allegadizo de 1,500 hombres, pusiéronse en campaña y se situaron sobre el río Huaco, cubriendo el puente de Ambo fronterizo á la villa del mismo nombre. Atacados en esta posición por fuerzas organizadas y mejor armadas á órdenes del intendente de Tacna José González Prada, fueron completamente deshechos, dejando 250 cadáveres en el campo. El vencedor castigó á los pueblos rebeldes de Huánuco, Hyancocha y Ambo, degollando cien personas de todos sexos y edades. Castillo y sus dos coadjutores José Rodríguez y Juan de Haro, fueron fusilados. ([22])

Los contrastes de las armas realistas en Tucumán y Salta (1812 y 1813) y la nueva invasión del ejército argentino al Alto Perú bajo el mando del general Belgrano, reanimaron las esperanzas de los patriotas peruanos. Los capitulados de Salta especialmente, naturales en su mayor parte de las populosas ciudades del Cuzco y Arequipa, al regresar á sus hogares, propalaron por toda la sierra la noticia de la catástrofe del ejército español anunciando el próximo avance del ejército argentino. Según los mismos historiadores españoles, ellos fueron los más activos agentes de la revolución «pregonando el brillo y entusiasmo de las tropas de Buenos Aires y la justicia de la causa que sostenían, á la vez que difundían ideas nuevas

([21]) Véase Paz Soldán: «Hist. del Perú Independiente», p. 27, y Vicuña Mackenna «La Revol. del Perú», p. 180 y sig.

([22]) Córdoba y Urrutía: «Las tres épocas del Perú», p. 141, en Colec. Odriozola, Doc. Lit. t. VII.—Vicuña Mackenna: «La Revol. de la Indep. del Perú», p. 184-185.—Paz Soldán: «El Perú Independiente», p. 27.—«Gazetas de Lima», de abril de 1812.

é ideas subversivas, promoviendo reuniones clandestinas, que predisponían á las poblaciones á la sedición.» ([23]) Un plan de insurrección se proyectó entre varios patriotas del Cuzco, Arequipa, Moquegua y Tacna. Al efecto, salió del Cuzco un Julian de Peñaranda, que se decía descendiente de los Incas, con el objeto de concertar los medios con los habitantes de la costa sud. En Tacna, pusose de acuerdo Peñaranda con el gobernador del distrito, Manuel Calderón, el coronel Cárlos García Rivero y el comandante José Gómez, entrando en el plan las autoridades y los principales vecinos de Moquegua. La mayoría era de opinión que se esperase el resultado de la próxima batalla que iba á dar el ejército argentino en el Alto Perú, recordando el ejemplo de Huaqui; pero cuadró la circunstancia de hallarse allí una partida con 200 caballos de excelente calidad con destino al ejército realista, y tanto por privar de este auxilio al enemigo, cuanto por utilizar este elemento de guerra, decidiose dar el golpe inmediatamente. Ejecutada sin resistencia la revolución, confiose el mando de las armas al capitán Enrique Paillardelle, hijo de madre limeña y de padre francés, nacido por acaso en Buenos Aires, en cuyo ejército se alistara, y que en calidad de emisario del general Belgrano había pasado secretamente á Tacna y Moquegua con el objeto de promover la insurrección de la costa del Perú. Paillardelle á la cabeza de 200 hombres de caballería,—arrieros en su mayor parte,—y 170 de fusil, marchó sobre Moquegua para apoyar su pronunciamiento. Saliole al encuentro la guarnición de Arequipa, y lo deshizo casi sin pelear. Por otra coincidencia no ménos nefasta que la anterior, el 1º de octubre era derrotado el ejército argentino en la pampa de Vilcapugio, y dos días después, el 3 de octubre de 1813, estallaba el movimiento de Tacna, terminando en esta segunda tentativa por una doble derrota como la primera. ([24])

([23]) Torrente: «Hist. de la Revol. Hisp. Amer.» t. I, p. 349.—Camba: «Mem. de las armas españolas en el Perú», t. I, p. 94.—«Apunt. del doctor Estévan Agustín Gazcón», M. S. en nuestro archivo.

([24]) Los detalles, nombres, cifras y fechas relativas á esta tentativa, que tiene su importancia como antecedente revolucionario, no han sido conocidos por los historiadores que se han ocupado de él: los hemos tomado de dos informes inéditos firmados por Julian de Peñaranda en Tucumán el 4 de marzo y 15 de abril de 1815, que figuran en la «Sumaria criminal contra varios individuos del Ejército de la Patria, año 1815.» (M. S. en nuestro archivo.) Esta sumaria se formó á consecuencia de los tumultos

VI

La insurrección peruana, sofocada en Lima en 1810, vencida en Huánuco en 1812, y malograda dos veces en Tacna en 1811 y 1813, reventó como un volcán en el Cuzco en 1814. Vencidas las armas argentinas en las jornadas de Vilcapugio y Ayohuma (1813) y expulsadas por segunda vez del Alto-Perú, el ejército realista invadió por segunda vez tambien la frontera norte de las Provincias Unidas y fué rechazado en 1814 según se relató antes, por los partidarios de Salta y las hábiles combinaciones de San Martín. (Véase cap. V, § VI, y cap. VI, § VII.) Las Provincias Unidas triunfantes en Montevideo y dominadoras de las aguas del Plata, sin enemigos que combatir dentro de su territorio, se disponían á fines de 1814 á invadir por la tercera vez el Alto-Perú, en prosecución del plan militar de ir á Lima por el camino mediterráneo, sublevando todas las poblaciones á su paso. Fué entonces cuando estalló en el Cuzco el gran movimiento popular conocido en la historia con la denominación de «Rebelión de Pumacahua», y cuando, el ejército realista en retirada de la frontera argentina, desprendió á su retaguardia al general Ramírez al frente de una fuerte división con el objeto de combatirla. (Véase cap. VI, § VII.) Si Lima era la capital del Perú colonial, el Cuzco era la capital tradicional donde se había anidado la primera idea de independencia, y era natural que allí hiciese su estallido la revolución americana, levantándose en alianza las dos razas oprimidas: los criollos y los indígenas. La sublevación de Tupac-Amaru, había sido puramente indígena: la tentativa de Aguilar y Ubalde fué un sueño de tradiciones an-

---

al tiempo de la caida del director Alvear en 1815. Paillardelle fué uno de los procesados, y los informes de Peñaranda se presentaron como testimonios acusadores contra la conducta del caudillo militar de Tacna, quien después de salvar del suplicio que le estuvo destinado por sus enemigos, fué injusta y bárbaramente fusilado por sus amigos en Buenos Aires dos años después de su alzamiento, como si un trágico destino persiguiese á todos los caudillos de la revolución del Perú. Véase nuestra «Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina», t. II, p. 223, 328 y 335 en que se dan otras noticias acerca de Paillardelle, que se rectifican en parte en esta por no conocer entonces los documentos antes citados. Véase además, Vicuña Mackenna: «Revol. de la Indep. del Perú», p. 186, y el cap. VI, § II, en la p. 251 del t. I de esta «Historia», en que se hace mención de Paillardelle.

tiguas y aspiraciones nuevas: la rebelión de Pumacahua fué criollo-indígena.

El primer síntoma revolucionario se hizo sentir en el Cuzco con motivo de la instalación del cabildo constitucional por elección popular, otorgado por la Regencia española á las colonias americanas, de que antes se hizo mención. Tres hermanos, llamados José, Vicente y Mariano Angulo, que abrigaban proyectos de independencia y tenían ascendiente sobre la plebe, se pusieron al frente del movimiento electoral criollo. Con los capitulados en Salta, de que se habló antes (§ IV de este cap.) formaron un núcleo de gentes de acción, y en el día de la elección reuniéronse más de mil hombres, atropellaron el cuartel é hicieron triunfar sus candidatos, quedando establecido un gobierno municipal esencialmente criollo (7 de febrero, 1813.) Presos dos de los Angulo con otros conspiradores por nuevas tentativas de sublevación, en que murieron algunos hombres del pueblo que asaltaron el cuartel á pedradas, el Cabildo reclamó su libertad, calificando á las víctimas de la poblada de «mártires de la patria.» Los presos sedujeron á los soldados que los custodiaban, y en la noche del 2 al 3 de agosto de 1814 se sublevaron con la guarnición de la ciudad, deponiendo las autoridades y aprisionaron á los ministros de la Audiencia. Bajo los auspicios de los cabildos secular y eclesiástico, se eligió una junta de gobierno, señalándose como candidato nominal de la revolución por su prestigio entre los indios, al brigadier Mateo Pumacahua, de raza indígena pura, que desempeñaba interinamente el puesto de presidente del departamento, y que había sido elevado á este rango por los distinguidos servicios que prestara contra la gran sublevación de Tupac-Amaru treinta y cinco años antes. José Angulo, que era el verdadero jefe del movimiento, fué aclamado capitán general. El nuevo gobierno levantó dos horcas en la plaza principal en señal de autoridad soberana, inventó un estandarte, levantó un ejército y fundió piezas de artillería que llamó «vivorones» en contraposición de las «culebrinas» españolas, preparándose á la pelea. El pueblo respondió con entusiasmo al pronunciamiento, y la cooperación de parte de los más notables criollos y de los mestizos, imprimió á la revolución un carácter verdaderamente americano, que se acentuó por sus declaraciones, invovocando «una nueva patria» y propósitos de independencia bajo formas convencionales. Una de sus primeras medidas fué

despachar emisarios cerca de las provincias argentinas, buscando su alianza en defensa de la causa común de la América. El obispo José Perez y Armendaris (cuzqueño) bendijo las armas de los rebeldes en sus caudillos. Los curas y los frailes predicaron la rebelión en las provincias circunvecinas, distinguiéndose entre ellos por su ardor el cura del Sagrario del Cuzco, Ildefonso Muñecas, argentino (de Tucumán), que había sido uno de los principales promotores de la revolución, y como su tribuno y su proconsul debía representar en ella un señalado papel. Tuvo tambien un poeta de alma intrépida, que será uno de sus mártires, y que á la edad de veinte y tres años tenía ya un renombre nacional por sus cantos populares, en los que presentía su temprana muerte, y que ha sido llamado «el Moore del Perú.» Era natural de Arequipa, llamábase Mariano Melgar, había hecho buenos estudios, y como jurisconsulto fué nombrado auditor del ejército revolucionario.

Los revolucionarios, desprendieron tres poderosas columnas,—más por su número que por su composición y armamento,—en las tres proyecciones militares de la revolución: al norte, una columna sobre Huamanga (hoy Ayacucho) haciendo frente á Lima; al sud-oeste otra sobre Arequipa para apoyar las insurrecciones de la costa sud; al sud y al norte otra, para ocupar la base de operaciones del ejército realista que operaba sobre la frontera argentina, y cortar sus comunicaciones del Desaguadero introduciendo la insurrección al Alto Perú. La columna de Huamanga, á cargo de un Gabriel Bejar, Mariano Angulo y un Manuel Hurtado de Mendoza, natural de Santa Fé (República Argentina), se posesionó sin resistencia de la provincia, asegurando la retaguardia. La del sud-oeste, al mando de Pumacahua y Vicente Angulo, compuesta de 5,000 hombres con 600 fusileros, batallones y escuadrones de piqueros y lanceros, y guerrillas de honderos y gente armada de macanas con sus baterías de «vivorones», marchó sobre Arequipa. El intendente José Gabriel Moscoso y el general Francisco Picoaga, uno de los héroes de Vilcapugio bajo la bandera del rey, pretendieron hacer resistencia con la guarnición de la ciudad. Atacados en la Apacheta á inmediaciones del pueblo de Cangallo, fueron vencidos y prisioneres, siendo poco después ejecutados en el Cuzco en señal de guerra á muerte y por vía de represalia. Los indígenas de la provincia se sublevaron en masa. Los vencedores entraron á la capital

de Arequipa tres días después, y sus autoridades y habitantes los acogieron con aparente simpatía, tomando partido por ellos muchos criollos y mestizos. El caudillo de la revolución al presentarse ante el cabildo abierto convocado en su honor, sólo pudo pronunciar estas palabras, que dan la medida de sus alcances: «No poder hablar...... me palpita mucho la colazón!» La columna del este y del norte, dirigida por el coronel José Pinelo, llevando por capellán y secretario al cura Muñecas, que era el verdadero jefe de ella, ocupó á Puno rindiendo su guarnición (20 agosto, 1814); cruzó el Desaguadero (11 de setiembre) tomando allí 13 cañones; se apoderó por asalto de La Paz (24 de setiembre) cuya guarnición fué exterminada por el populacho sublevado, que se entregó á todo género de excesos después de rendida la ciudad. La revolución parecía triunfante, y según confesión de un historiador español «los realistas creían con harto fundamento decaida definitivamente en su contra la suerte del Perú, y el edificio del Estado parecía medio desplomado sobre sus cabezas.»

Simultáneamente con estos ruidosos acontecimientos, el coronel Saturnino Castro (salteño) la primera espada de caballería del ejército realista, que había decidido la batalla de Vilcapugio, y á quien hemos visto figurar en la invasión de Salta (cap. VI, § VI), sabedor de la rebelión del Cuzco, se propuso segundarla. La desaparición de los generales americanos que bajo la bandera del rey dirigieron los ejércitos americanos en las primeras campañas, y su reemplazo por generales europeos, había introducido un elemento de discordia entre europeos y americanos. Castro, apasionado de una belleza salteña, cuya ausencia lloraba, y deseando abrirse el camino de la tierra natal ó por el triunfo del rey ó por la defección á sus banderas, intentó sublevar el ejército de que formaba parte, compuesto casi en su totalidad de soldados del Alto Perú, confiado en el ascendiente que tenía sobre el escuadrón que mandaba, y contando que sería apoyado inmediatamente por un batallón de naturales del Cuzco, que constituia el nervio del ejército, acantonado á la sazón en Suipacha. Al efecto solicitó el apoyo armado del general argentino de Tucumán (agosto de 1814) comunicándole su atrevido plan, por medio de un emisario secreto. Descubierto en sus trabajos antes de tiempo, precipitó el movimiento seguido de muy pocos, é intimó rendición al general en jefe español, expidiendo una proclama en el sen-

tido de la revolución. Preso por sus mismos soldados, juzgado y sentenciado por un consejo de guerra, fué fusilado en Moraya (octubre de 1814), reclamando el batallón cuzqueño con que creía contar, ser el ejecutor de la sentencia para dar prueba de fidelidad.

Fué entonces cuando el ejército realista en retirada de Salta, machucado por los partidarios de Güemes y con casi todo el Alto Perú sublevado á su espalda, desprendió una división de dos batallones, dos escuadrones y cuatro piezas de artillería, que componían un total de 1,200 hombres, al mando del entendido general Juan Ramírez, con el objeto de domar la rebelión del Cuzco. Los soldados naturales del Bajo Perú se disputaron el honor de formar parte de esta expedición. Ramírez, con no ménos actividad y resolución que los insurgentes, marchó sobre La Paz, y en el cerro de Chacaltaya á inmediaciones del pueblo de Achocalla (2 noviembre 1814) destrozó la columna de Pinelo, tomándole su artillería. Atravesó en seguida el Desaguadero por el puente del Inca y rescató á Puno, recuperando su base de operaciones perdida. Aprovechando su victoria abrió su campaña sobre Arequipa y Cuzco. Mientras tanto, la columna expedicionaria de Huamanga, que pusiera en conmoción la inmediata provincia de Huancavélica, había sido rechazada y hecha pedazos con gran mortandad en las sangrientas batallas de Huanta y Matará (3 octubre, 1814 y 4 febrero, 1815) por tropas veteranas despachadas de Lima y milicias del país, amagando á los insurrectos por su retaguardia. Á la aproximación de Ramírez, Pumacahua evacuó á Arequipa (30 de noviembre) y se situó en Apo, punto donde se separan los caminos del Cuzco y de Puno, desde donde dirigió una intimación al general realista para que «rindiese sus armas al poder irresistible de la patria.» El general Ramírez continuó impertérrito su avance, y se posesionó de Arequipa, donde fué recibido en triunfo, pues la revolución había empezado á desacreditarse por sus excesos y por la falta de buena dirección política y militar. Después de dar dos meses de descanso á sus tropas, marchó resueltamente sobre el Cuzco. El general insurgente, asistido por Vicente Angulo, reunió sobre el río de Huamachin á inmediaciones del pueblo de Pucara, más de 20 mil hombres, de ellos 600 fusileros con 37 piezas de artillería, y el resto, gente regimentada de á pie y á caballo armada de lanzas, picas, hondas y ma-

canas, en su totalidad indios. Atacado en esta posición, fué completamente derrotado, (11 marzo, 1815.) La ciudad del Cuzco se pronunció por el rey. Pumacahua fué ajusticiado en el pueblo de Sicuani y su cabeza clavada en la plaza del Cuzco. Mariano Angulo murió peleando en Huamanga. Bejar, José y Vicente Angulo fueron fusilados. Tocó igual suerte al poeta Melgar, que había combatido en Humachiri en la artillería, y recibió la muerte con entereza varonil. ([25])

Así terminó la gran rebelión del Cuzco, que fué el más grande esfuerzo hecho por los indígenas y patriotas peruanos para alcanzar la independencia por sí sólos. Desde entonces el Perú quedó completamente sojuzgado y en absoluta impotencia para intentar nuevas insurrecciones. Las sucesivas y repetidas derrotas en el espacio de cinco años habían quebrantado no sólo las fuerzas revolucionarias, sinó tambien demostrado en la prueba la inconsistencia de sus movimientos por la falta de cohesión de los elementos nacionales, su debilidad orgánica por la preponderancia del elemento indígena puro, á la par que la solidez de los ejércitos realistas reclutados en el país que se adhirieron más á su causa. Así lo comprendieron los mismos peruanos según la confesión de sus historiadores. No quedaba más esperanza que el auxilio extraño, y eso mismo era una esperanza remota en 1815. En el año anterior de 1814, había sido reconquistado Chile por la expedición de Osorio salida del mismo Perú. En el mismo año de 1815 caía vencida la revolución de Venezuela y Nueva Granada por la gran expedición de Morillo, y el ejército argentino que había invadido por tercera vez el Alto Perú era completamente derrotado en

---

([25]) Para confeccionar esta página histórica, hemos tenido presente: 1º—«Diario de la Expedición del mariscál don Juan Ramírez sobre las provincias de la Paz, Puno, Arequipa y Cuzco, por Juan José Alcón», Lima, 1815. 2º—«Relación del gobierno del marqués de la Concordia», citada por Camba. 3º—Camba: «Mem. de las armas españolas en el Perú», t. I, capítulo VI. 4º—«Memoria exacta é imparcial de la insurrección del Cuzco en la noche del 2 al 3 de agosto de 1814, con expresión de las causas que la motivaron, formada por orden del gobierno por el oidor Manuel Pardo, regente de la Audiencia del Cuzco.» apud. Vicuña Mackenna: «La Revol. de la Indep. del Perú» p. 195 y sig. 5º—Mendiburu: «Dicc. histór. biog. del Perú», arts. *Angulo, Bejar, Melgar* y *Muñecas.* 6º—Torrente: «Hist. de la Revol. Hisp. Amer.» t. II, cap. II. 7º—Córdoba y Urrutía: «Las tres épocas del Perú», p. 142, en Col. Odriozola, Doc. Lit. t. VII. 8º—Urcullu: «Apuntes para la historia de la Revol. del Alto Perú», cap. V, p. 71 y sig. 9º—«Album de Ayacucho», p. 224-246. 10º—Miller: «Memorias», tom. I, p. 74-75.

Sipe-Sipe. Pero precisamente en esos momentos aparecía San Martín en Mendoza, á fines de 1816. Cuando los planes del general de los Andes sobre Chile y el Pacífico empezaron á ser conocidos, las esperanzas de los patriotas peruanos renacieron.

VII

Derrotados los patriotas peruanos en el terreno de la acción, no desmayaron. Volvieron á ensayar su táctica de propaganda y conspiraciones subterráneas. Lima volvió á ser el centro de esta agitación sorda. Organizáronse al efecto sociedades secretas, á fin de mantener el fuego revolucionario tapado con cenizas. Á su cabeza se pusieron, Riva Agüero, á quien ya conocenos, y los doctores Francisco de Paula Quirós y Fernando López Aldana, conspiradores del mismo temple, á quienes seguía una gran clientela. Al anuncio de la próxima invasión de Chile por San Martín, Riva Agüero escribió un libro, que condensaba las quejas y las aspiraciones de sus compatriotas, que remitido por él á Buenos Aires, se publicó con este epígrafe: «Obra escrita en Lima en el centro de la opresión y del despotismo en el año de 1816.» Este escrito, que hoy sólo tiene el valor de un documento curioso, produjo entonces profunda sensación en América, como manifiesto revolucionario. El autor, que en su introducción dice, que «cansado de sufrir la tiranía, tomaba la pluma, temiendo á cada momento ser conducido al cadalso», expone las causas y los motivos de la insurrección sud-americana, y la justifica con razones históricas, filosóficas, económicas y morales, que condensa y comenta en 28 cargos contra la metrópoli. Su conclusión es esta: «El bien no puede repartirse entre España y Améri-
« ca. Los intereses están en oposición. Así, no le queda á la
« América para su existencia física y política sinó exponerse á
« los riesgos de la revolución. Un esfuerzo extraordinario la
« salvará en un sólo día. Conozcan los americanos sus recur-
« sos, su fuerza y su bien. Á tantos millones de almas opri-
« midas no les queda otro recurso que la venganza. Para cada
« español puede poner la América cien ó más enemigos. Cuan-
« do el amor á la patria ha encendido el entusiasmo, no hay

« que esperar que las crueldades apaguen este fuego sagrado. « Estrechados á elegir entre la victoria y la muerte, prefieren « la suerte de las armas al ignominioso fin que las aguarda si « se entregasen á sus tiranos. No hay composición.» (26)

Á la noticia de la reconquista de Chile, las sociedades secretas de Lima se pusieron en activo movimiento, y la logia matriz que dirigía los trabajos de zapa, movida por los antiguos agentes de Castelli y de Belgrano, que tenían la clave secreta de las correspondencias, se puso inmediatamente en comunicación con San Martín. Uno de sus miembros caracterizados, bajo el nombre simbólico y significativo de *Franklin*, fué enviado á Chile con una carta autógrafa firmada con el pseudónimo de *Caupolican*, autorizada con la cifra del secretario, y fechada en *Salamina* (Lima). «Hemos creído conveniente y conforme á nuestras miras, (decían los patriotas peruanos), daros una idea del estado de aquellas cosas que más « deben influir en vuestras operaciones, que son por lo ménos « tres, á saber: el estado del orden.·. en este hemisferio ó en « España, el de los independientes en toda su extensión política, y el del Perú. Al efecto, iniciamos en nuestros misterios.·. al h.·. Franklin, que es un hijo del país, con representación para ponerse en relación con vos con los signos de « nuestra regeneración, por lo que pueda facilitar nuestros planes en la coadyuvación á la libertad del Nuevo Mundo, ya « que el antiguo está condenado al fatalismo de la esclavitud « por ahora. Nosotros martillamos bajo la borrasca; propagamos la L.·. *(ibertad)* y hacemos prosélitos, capaces por su decisión de llenar algún día los altos designios de los hombres « de bien. Estos resultados serán lentos, tanto por la liga de « los tiranos en Europa, como por la contradicción de principios « que sabéis se encuentran en el ⊡ de Salamina; pero Nemea « (el Perú) firme en sus principios, trabaja conforme á ellos, y « ya tiene la satisfacción de ver el fruto por medio de algunos « de sus hijos destinados al país de la independencia. Este « hemisferio, como campo de los buenos principios, espera de « vos, que unais á los hombres virtuosos de ámbas partes, y

(26) «Manifestación histórica y política de la Revolución de la América y más especialmente de la parte que corresponde al Perú y Río de la Plata. Obra escrita en Lima en el centro de la opresión y del despotismo en el año de 1816, é impresa en Buenos Aires. «Imprenta de los Expósitos», 1818.

« que todos marchen bajo las mismas banderas á combatir el « despotismo. Todo es Asia! Sólo América mantiene la espe- « ranza de los hombres libres. Todos están obligados á fomen- « tar la obra para bien de la humanidad, que en caso contrario « quedaría sentenciada á una esclavitud absoluta.» [27]

La experiencia y la desgracia habían aleccionado á los patriotas peruanos, dando amplitud á sus vistas y consistencia á sus trabajos por la elaboración paciente de sus elementos cívicos. Vése, así por el escrito de Riva Agüero como por la carta simbólica de su logia, el gran progreso que habían hecho las ideas políticas y la trasformación operada en las conciencias. Están convencidos que la salvación debe venirles de fuera, después de los infructuosos esfuerzos hechos para redimirse por sí; aspiran decididamente á la independencia; consideran solidaria la causa del Perú y la de América bajo principios uniformes de buen gobierno; comprenden que la lucha es de vida ó muerte, y declarando que no hay composición posible entre la metrópoli y sus colonias ni más solución al problema que la emancipación absoluta por las armas, alcanzan en medio de su aislamiento con rara penetración, que el mundo todo está esclavizado por los poderes absolutos, que «todo es Asia», y que el triunfo de la América es la última esperanza de la libertad. Por ese tiempo, estas mismas ideas se generalizaban en los Estados Unidos y penetraban en Inglaterra, considerando la cuestión sud-americana bajo el mismo punto de vista, cuando los mismos revolucionarios apenas empezaban á tener la conciencia del gran papel que desempeñaban en los destinos humanos. Era un partido nacional que se formaba, con tendencias americanas, que respondían al plan político de San Martín, que buscaba en el Perú un punto de apoyo para

---

(27) Carta autógrafa con esta dirección: «A ntro. H.·. Inaco.·. S.·. F.·. V.·.» fechada en *Salamina* (Lima) en noviembre 6 de 1817, y firmada *Caupolicán*, con la cifra y rúbricas de presidente y secretario de la logia peruana. Paz Soldán, en su «Hist. del Perú Indep.» p. 118, trae las cifras y claves de los patriotas del Perú con los pseudónimos con que sostenían su correspondencia secreta, y en el «Catálogo de M. S. S.» de la misma, cita varias cartas originales de este género; pero sólo desde 1819 á 1821, sin mencionar ninguna de los años 1817 y 1818, que son las más interesantes, en que los pseudónimos varian, aún cuando algunos se mantengan inalterables durante los cinco años de esta nueva guerra de zapa, llevada tan metódicamente según un plan por los agentes secretos de San Martín en el Perú, á fin de preparar su expedición libertadora, como lo hizo en Chile antes de emprender su reconquista.

terminar allí la obra de la emancipación de todo el continente, como en efecto terminó.

La comunicación de la logia limeña, sugirió á San Martín la idea de preparar su expedición al Perú iniciando una guerra de zapa, como lo había hecho antes de invadir á Chile, sublevando moralmente el país, por la organizacion de centros de conspiración permanente y llenarlo de agentes secretos para preparar así el éxito de la invasión, creándose de antemano una base de opinión que predispusiese á los peruanos á la revolución á que debían cooperar juntamente con las armas libertadoras que fuesen en su auxilio. Desde entonces no dejó de trabajar el general un sólo momento persiguiendo este plan preliminar, como lo comprueba la correspondencia secreta con sus agentes, conservada entre sus papeles. Así, inmediatamente después de Chacabuco, uno de los primeros actos del vencedor, en su calidad de generalísimo de las dos repúblicas aliadas, fué dirigirse al virey del Perú, para proponerle un cange de prisioneros y la regularización de la guerra, asumiendo una representación política y externa ante la América como beligerante y libertador. Bajo esta misión ostensible, se ocultaba otra, que era ponerse en comunicación inmediata con los patriotas peruanos, utilizando sus buenas disposiciones, á fin de organizar un servicio metódico de espionaje, y buscar sus agentes en las mismas oficinas del virey, para penetrar sus planes, como lo había hecho antes con Marcó (V. cap. XVI, § VIII). Como se dijo antes, (cap. XVII, § II), fijose para desempeñar la comisión de parlamentario en el mayor argentino Domingo Torres, oficial oscuro que por lo mismo no despertaría sospechas, pero cuya sagacidad había calado con su habitual penetración de los hombres y de sus aptitudes especiales.

Las instrucciones ostensibles de Torres le detallaban la manera como debía negociar el cange de prisioneros y distribuir entre ellos y los confinados patriotas en Lima la cantidad de diez mil pesos de que era portador. Las instrucciones *reservadísimas* le prevenian, que el objeto principal de su comisión era examinar el estado político y militar de Lima y demás gobiernos del continente meridional; tomar cautelosamente razón de las fuerzas marítimas y terrestres que guarnecian el Perú, así como del número y calidad de sus buques de guerra, y armamento, indagando las opiniones de sus jefes y oficiales;

á cuyo efecto se pondría en relación con los patriotas más señalados, para fomentar sus aspiraciones á la independencia y ofrecerles el apoyo de las armas de las Provincias Unidas, cuyo poder imponente le encarecía hacer conocer, difundiendo secretamente los escritos y proclamas de que era conductor. (28)

El comisionado fué cortesmente recibido por el virey, pero secuestrado en una fortaleza y sujeto á una rigurosa vigilancia dentro de un círculo de centinelas para impedirle todo contacto con la población. Los patriotas peruanos se dieron maña para burlar estas precauciones y ponerse en comunicación directa, suministrándole datos recogidos en la misma secretaria del virey, y noticias detalladas de la expedición que á la sazón preparaba sobre Chile, así como de su plan de campaña, lo que permitió á San Martín apercibirse con tiempo para recibirla y anonadarla en Maipu, según en su lugar queda relatado (cap. XVII, § II).

Por intermedio de una entusiasta patriota limeña que tenía un hijo empleado en la fortaleza, la señora Brígida Silva, —que en ocasión de la conspiración de Anchoris y Tagle, había prestado análogo servicio,—pudo Torres entablar correspondencia con López Aldana, Riva Agüero y Quirós, trasmitirle las instrucciones y la palabra de orden convenida, concertando señales que le imponían de todas las novedades de la ciudad. (29) Relajada algún tanto la vigilancia de que era objeto, el emisario pudo entrar en comunicación directa con otros patriotas que le proporcionaron datos preciosos recojidos en la misma secretaria del virey, uno de cuyos empleados supieron ganarse jugando su cabeza. Por este medio, obtuvo planos, estados exactos de las fuerzas que guarnecían el Perú y situación de ellas, de sus buques de guerra, de las existencias de sus parques y arsenales y hasta de los más secretos

(28) Instrucción de don Domingo Torres de 19 de diciembre de 1818, al comisionado para la distribución de los diez mil pesos para los prisioneros y confinados en Lima, cuyas listas nominales se adjuntan. (Arch. San Martín, vol. XLIII. M. S. S. orig.) «Instrucciones reservadísimas que debe observar el sargento mayor don Domingo Torres en su comisión á Lima», de 27 de octubre de 1817, firmadas por San Martín. (Arch. San Martín, vol. LIX. M. S. orig.) Cuenta de gastos secretos de la comisión del mayor Torres en Lima, rendida reservadamente por el mismo á San Martín, en 19 de enero de 1818. (Archivo San Martín, vol. LIX. M. S. S. original.)

(29) «Expediente de los méritos de la señora Dolores Brígida Silva,» apud. Vicuña Mackenna «La Rev. de la Indep. del Perú», p. 140 (*nota.*)

planes del enemigo. ([30]) Arregláronse los corresponsales que debían comunicarse directamente con San Martín, por medio de claves combinadas; se determinaron los puertos y caletas de las costas peruanas por donde se dirigirían los despachos con un plan de señales convenido, estableciendo estaciones y vigías á lo largo de ellas, y se propagó secretamente la voz por todo el país de que una expedición chileno-argentina iría en el término de un año á libertar al Perú. La misión secreta de Torres, con el pretexto de cangear prisioneros, produjo el efecto de una revolución latente, que puso en ebullición el patriotismo peruano, especialmente en Lima.

Al anuncio de la llegada de un emisario de San Martín á Lima, y trasmitida la palabra de orden á los afiliados en las sociedades secretas, acudieron de varios puntos del país numerosos patriotas buscando entenderse con él. Entre ellos, merece especial mención Mateo Silva, hermano del precursor y mártir Mateo, que había sido secretario de la primera conspiración peruana con tendencias autonómicas, organizada en 1809. Hallábase en Huacho por este tiempo, en compañía del teniente argentino José Bernaldez Polledo, ([31]) de origen español (asturiano) que había asistido á las jornadas contra las invasiones inglesas en Buenos Aires, y decidido por la causa americana concurrió á las batallas de Tucumán y Salta, cayendo prisionero en Vilcapugio. Era un hombre cargado de años, pero de corazón y cabeza. De acuerdo con sus compañeros de infortunio, los prisioneros argentinos, peruanos y chilenos, encerrados en las casas-matas del Callao, había organizado dos conjuraciones con el objeto de alcanzar su libertad y apoderarse de uno de los buques de guerra surtos en el puerto. Fu-

---

([30]) Ofi. de Balcarce, de 11 de enero de 1817, anunciando el regreso de Torres en la fragata «Amphión», y adjuntando las relaciones presentadas por él, á saber: 1º—Estado de fuerza de la expedición, que computa en 3,262 hombres con 10 piezas de artillería. 2º—Número y fuerza de los buques del convoy. 3º—Estado de fuerza de la guarnición de Lima. 4º—Estado de armamento y municiones del Perú. 5º—Detalle del plan de invasión de Pezuela dado á Osorio. (M. S. S. del Arch. general de Buenos Aires.) En el archivo del ministerio de guerra de Chile existen los documentos originales. Véase Barros Arana «Hist. de la Independ. de Chile», t. IV, p. 203-204, y Vicuña Mackenna «La Revol. de la Indep. del Perú», p. 233-235.

([31]) Todos los historiadores escriben incorrectamente este nombre, llamándole generalmente Bernales. Lo tomamos de los documentos originales firmados por él, que existen en el Archivo. San Martín, vol. LIX. M. S. S.

gado por dos veces de su prisión, refugiose en la casa de Silva en Huacho, quien lo ocultó á riesgo de su vida. Torres comprendió el valor de estos dos agentes, los comisionó para que permanecieran en la desierta costa de Huarmey, á 310 kilómetros al norte de Lima, con el objeto de recibir las comunicaciones que condujesen los buques que se harían conocer por señales convenidas, y trasmitirlas á los patriotas de la capital. (32)

VIII

Después de la batalla de Maipu, y asegurado el dominio marítimo del Pacífico por los independientes del sud, San Martín y O'Higgins levantaron resueltamente la bandera redentora del Perú, anunciándole que las armas de las Provincias Unidas del Río de la Plata marcharían en su auxilio, con promesa en su nombre de darle la libertad y la independencia como nación soberana é independiente. (V. cap. XXI, § III). La aparición de la escuadra chilena en las costas del Perú y las proclamas de O'Higgins, San Martín y Cochrane esparcidas en todo el país, reanimaron las esperanzas de los patriotas peruanos, quienes respondieron á ellas trasmitiendo casi diariamente avisos oportunos, que fueron muy útiles al almirante para sus operaciones navales. (33)

Acompañaba á Cochrane en calidad de secretario á la vez que como agente secreto de San Martín cerca de los partidarios de Lima, el doctor Álvarez Jonte, con el encargo especial de preparar el terreno de la expedición por medio de trabajos

(32) Informe del mayor Domingo Torres, de 27 de junio de 1820, en «Copia de un expediente del coronel del Perú Remigio Silva, que presenta al congreso, en que se ven los servicios que prestó desde el año de 1817 hasta el de 1820», folleto impreso en Santiago de Chile, 1840, p. 2 y sig. y p. 17 y 34.—Carta de Bernaldez Palledo á Torres, de 18 de diciembre de 1817 en Lima. M. S. (Arch. San Martín, vol. LIX.)—Véase Paz Soldán: «Hist. del Perú Indep.» p. 30 *(nota.)*—Durante todo el año de 1818, la correspondencia entre San Martín y sus agentes secretos del Perú, fué muy activa, encargándose Guido de llevarla en ausencia del general.

(33) «Memorias» de Cochrane, p. 20, quien dice: «El estado de los áni-«mos de los habitantes del Perú, era por cierto casi unánime en pro de la «emancipación.»—«Expediente» de Silva, citado, p. VIII y 36, é «Informes» de Cochrane y de Álvarez Jonte insertos en el mismo.

secretos. «Estoy en correspondencia con los principales pa-« triotas,—escribía Álvarez Jonte desde el Callao,—y me he « comprometido con ellos sobre la venida del ejército. Si no « se verifica esto pronto, no sólo perderemos una bella oportu-« nidad, sinó que no tendremos derecho á ser creídos en otra. « No hay que temer expedición de España. Demos el golpe al « Perú y deje que se descuelgue la Europa. Aquí, aquí es « donde está el centro del poder, y este está expirante. Todo « lo tengo conmovido y preparado. El Ejército! el Ejército! « aunque sea con cuatro mil hombres y ocho mil fusiles de re-« puesto. Cerrar los ojos y vamos á completar la obra.» (34) Desde entonces, empezáronse á sistemar los trabajos preparatorios para asegurar el éxito de la invasión libertadora. Concertáronse puntos de desembarco, se nombraron comisionados en ellos para preparar el ánimo de los habitantes, reunir cabalgaduras y otros trabajos para propagar por todo el país el espíritu revolucionario. Esta correspondencia, reservadísima por su naturaleza y que sólo se refería á ulteriores operaciones terrestres que en nada se relacionaban con la escuadra, despertaron las sospechas de Cochrane, que creyó ver en Álvarez Jonte un espía cerca de su persona. Depositada por el secretario en su camarote, bajo el sello del almirante, este se consideró autorizado á romperlo é imponerse de su contenido, en ausencia de aquél, reprochándole recibir cartas de San Martín de cuyo contenido no tuviese él conocimiento. (35) Este incidente revela que los celos de Cochrane contra el general de los Andes fermentaban desde entonces en su alma.

Por este tiempo llegaron á Chile varios emigrados peruanos, y algunos de los agentes secretos á dar cuenta del resultado de sus respectivas comisiones, entre ellos Bernaldez Polledo, que con Silva había permanecido dos años en la costa de Huarmey desempeñando con grandes riesgos el encargo que se les confiara. Cada uno de ellos, era portador de planes de campaña remitidos desde Lima, presentándole otros sus ideas por escrito. Estos planes, que revelan más patriotismo que

(34) Carta de Álvarez Jonte á O'Higgins (en ausencia de San Martín) de 10 de abril de 1819, frente al Callao. M. S. (Arch. San Martín, vol. LXIII.)

(35) Carta de Álvarez Jonte á San Martín, de 3 de julio de 1819, en Valparaíso. M. S. (Arch. San Martín, vol. LXIII.)

inteligencia militar y juicio, contenían algunos datos interesantes, y son curiosos como documentos históricos; pero de poca ó ninguna utilidad podían servir al general expedicionario para completar sus ideas, pues no pasaban de ocurrencias escritas por doctores sin nociones de la guerra. Los más racionales fueron los de Bernaldez Polledo y Silva, con Lima por objetivo. El del primero se reducía á desembarcar en Pisco con cuatro á seis mil hombres, sublevar los negros esclavos de los valles inmediatos, inundar el país de guerrillas irregulares y marchar en masa sobre Lima; establecerse en Lurin, y cortarle sus recursos, con lo cual la ciudad se rendiría. (36) El de Silva era más complicado: consistía en efectuar un doble desembarco al sud y al norte de Lima con dos divisiones de 2,500 á 3000 hombres cada una, y converjer sobre ella, mientras la escuadra amagaba un desembarco por el Callao. (37) Merece especial mención uno de estos planes, aunque sea un desatino metódico, redactado por persona inteligente, conocedora del país, que tiene de singular ser la antítesis del plan de San Martín, renovando por el interior del país todas las dificultades que este evitaba por la vía marítima. Según su autor, el Perú debía ser atacado por un ejército de 3,500 hombres que partiese de la frontera argentina del norte (Jujuy) y otro de 5,200 hombres que zarpase el mismo día de Valparaíso. Los puntos de desembarco de este serían Arica é Ilo, á fin de apoderarse de Tacna y Arequipa. Realizado este primer objetivo, y dejando convenientemente fortificadas ámbas ciudades conquistadas, el ejército se dirigiría al Alto Perú, y se situaría en Venta y Media para dominar La Paz, Oruro, Cochabamba y Potosí. Mientras tanto, el ejército de Jujuy picaría la retaguardia del realista situado en la frontera argentina, el cual tomado entre dos fuegos, sucumbiría. Reunidos ámbos ejércitos en

---

(36) «Memoria» de Bernaldez Polledo dando noticia de las fuerzas y recursos militares de los realistas en el Perú, y plan de un desembarco expedicionario, de fecha 17 de diciembre de 1817 en Lima. M. S. (Arch. San Martín, vol. LIX.) En el mismo volúmen se encuentran otros diversos planes M. S. S. del mismo género, todos ellos escritos por peruanos.

(37) El plan de Silva lo inserta Paz Soldán en su «Hist. del Perú Independiente», p. 30 (nota), lleva la fecha de 20 de diciembre de 1819 en Lima, y está firmado *Un Curioso*, que era el pseudónimo de que usaba don Remigio Silva en su correspondencia secreta con San Martín; pero parece que él no fué sinó un mero amanuense, y que lo escribió bajo el dictado de Riva Agüero.

Venta y Media, marcharían sobre el Bajo Perú, procurando atraer al enemigo á Tacna y batirlo. Si no se conseguía, avanzarían por tierra sobre Lima, siguiendo el uno el camino de la sierra por el Cuzco, y el otro por Arequipa, para corverger á Cañete al norte de Lima. Allí, procurarían sacar al enemigo á campo raso fuera de sus murallas, y si no se conseguía esto, incendiar con cohetes la capital del Perú á efecto «de debilitar la defensa», por cuanto, agrega el autor «es operación sencilla, « por ser sus edificios de madera, y que causaría la mayor im- « presión, y tal vez de pavor en un pueblo no acostumbrado á « la guerra.» ([38]) Por aquí se ve, que si los patriotas peruanos dieron un valioso contingente de opinión á la expedición destinada á libertarlos, no sugirieron ninguna idea militar al general que debía mandarla, como se ha pretendido por algunos.

Entre los peruanos residentes por este tiempo en Chile, había dos jóvenes oficiales, llamados Francisco Fernandez Paredes y José García. Ambos presentaron á San Martín un plan para la creación de un batallón de naturales del país, formado de soldados de los mismos batallones realistas que los oprimían, que con la bandera nacional se incorporaría al ejército expedicionario, á cuyo efecto aseguraban tener trabajos adelantados. Paredes había formado parte de la segunda expedición de Osorio, y prisionero en Maipu, tomó partido por la independencia. García había desertado de las filas españolas en el Alto Perú y formaba parte del ejército de los Andes. Ambos eran limeños, y se mostraban dispuestos á sacrificar su vida en servicio de su patria. El general, descontando de su plan lo que tenía de novelesco, quiso utilizar su buena voluntad, y les confió una comisión peligrosa. En un extenso pliego de instrucciones les previno, que su misión tenía por objeto, reunir todos los datos que les suministrasen los patriotas peruanos, tomando por sí mismos los conocimientos necesarios respecto de los recursos de los puntos de desembarco al sud y al norte, especialmente en punto á caballadas y provisiones. «Toda conmoción popular,—les decía en ellas,— « tiene tres momentos difíciles: el de la preparación, en que « se suele pecar por imprudencia; el acto de la ejecución, en

([38]) «Plan de ataque sobre el Perú calculado con 5,250 hombres de desembarco y 3,500 del Ejército Auxiliar del Perú.» M. S. (Arch. San Martín, vol. LIX.)

« que se peca por debilidad, y el posterior, por necia confianza. « Por consiguiente, jamás deben dirigir un plan de revolución « sinó las personas más precisas y decididas, obrando en se- « creto.» Para moderar su ardoroso celo, les prevenía: «Como « puede ser difícil y aún peligrosísimo, que se ejecute una con- « moción general antes de la llegada de mi ejército que la pro- « teja; sería más útil y eficiente el que se preparasen conmo- « ciones parciales distantes unas de otras, para que reventasen « en el momento de mi desembarco, pues sería imprudencia « excitar un movimiento intempestivo, que por su aislamiento « y falta de recursos, no sirviese en último resultado, sinó para « hacer más fuerte al enemigo.» Sabiendo que su sólo nombre bastaba para abrirles crédito en todas partes, como había sucedido antes de emprender la reconquista de Chile, los autorizaba á hacer uso franco de su firma á fin de proporcionarse el dinero necesario para el cumplimiento de su comisión, recomendándoles la economía. Pero cauto y desconfiado siempre, dió instrucciones verbales á cada uno de los comisionados, de manera que cada uno fuese espía del otro, y se controlasen mútuamente. (39) Luego se verá que esta precaución era previsora.

Los dos comisionados, con los nombres de *Cario* y *Mario* que debían usar en su correspondencia, embarcáronse en la goleta «Montezuma», el buque más velero de la escuadra, pedido al efecto por San Martín con todo sigilo. (40) Ambos desembarcaron en la playa de Ancon, donde se encontraron con Silva, enterrando allí su correspondencia, que llevaban acondicionada en tarros de lata soldados. De allí se dirigieron á

(39) «Plan presentado al general en jefe don José de San Martín por José Fernandez Paredes y José García, naturales de la esclava capital de Lima, para la creación de un batallón de sus paisanos, que actualmente sirven en el ejército (realista)» M. S. (Arch. San Martín, vol. LIX.)—«Instrucciones reservadísimas que deberán reglar la conducta de don J. F. Paredes y don J. García en el desempeño de su comisión dentro de la capital de Lima y puntos adyacentes», fecha 1º de enero de 1819. M. S. (Arch. San Martín, vol. LIX.) Al pie del borrador de estas instrucciones, se lee la siguiente nota, autorizada con la rúbrica de Álvarez Jonte: «Cada uno « de los comisionados lleva además instrucciones privadas para ser cada uno « espía del otro, sin que el uno ni el otro se aperciban, y de este modo se « asegura la comportación y fidelidad respectiva.» M. S. (Arch. idem. vol. citado.

(40) Ofi. del ministro Zenteno á San Martín, de mayo 15 de 1820, poniendo á sus órdenes la goleta «Montezuma.» (Arch. San Martín, vol. LIX M. S.)

pie á Lima, burlando la vigilancia de las partidas que celaban la costa. En Lima se pusieron en comunicación con Riva Agüero. Á la exhibición de firma de San Martín, todas las bolsas se abrieron generosamente, poniendo en sus manos una cantidad de más de diez mil pesos, sin más caución que un recibo firmado por *Cario* y *Mario*. Paredes pasó al interior de la provincia de Huaylas, de donde regresó después de desempeñar su comisión. García siguió costa abajo hasta Trujillo, donde detenido por una guardia realista, traicionó á sus amigos por el interés de quedarse con el dinero obtenido con la firma del general. ([41]) En consecuencia de esta delación fueron presos en Lima, Riva Agüero, el cura argentino Tagle y varios patriotas peruanos á quienes se encerró en los calabozos de la inquisición.

Al mismo tiempo que García y Paredes, fué despachado otro agente secreto llamado Rafael Garfias, con el nombre de guerra de Rafael Zelayeta. Desembarcó ocultamente en una caleta inmediata á Arica donde fué recibido por los guardacostas patriotas allí establecidos. Llevaba comunicaciones para uno de los gobernadores de Arequipa, Mariano Portocarrero, que espontáneamente había ofrecido sus servicios á la causa americana, y confirmó su compromiso de propagar el espíritu revolucionario en el sud del Perú. ([42]) Arequipa era el punto elegido por el virey para situar el ejército de reserva contra la invasión, y como su núcleo debía ser formado por tropas del Alto Perú, la misión de Garfias tenía por objeto predisponerlas á la rebelión ó á la deserción, obrando sobre el espíritu de sus jefes. Por este tiempo descubriose allí una conjuración tramada por el coronel José Melchor Lavín, argentino (de Entre-Ríos) quien después de la batalla de Huaqui, hallándose en el Alto Perú se alistara bajo la bandera del rey, distinguiéndose por su valor, que como el salteño Castro se proponía reaccionar en favor de su patria, y que como él mu-

---

([41]) «Expediente» de Remigio Silva, cit. p. 22. Compárese con la relación que de este episodio hace Vicuña Mackenna: «La Revol. de la Independencia del Perú», p. 262-263.

([42]) Nota de don Tomás Guido al gobierno argentino, de enero 7 de 1819, dando noticia de la comisión de Garfias, de quien dice: «individuo, «cuya viveza, instrucción y conocimientos del Perú, son nada comunes.» Carta de Garfias de 11 de agosto de 1819. Carta de Portocarrero original (sin fecha) dando noticias y poniéndose á órdenes de San Martín. M. S. S. (Docs. del Arch. general, leg. «El Diputado Guido, 1819.»

rió trágicamente. (43) Casi simultáneamente, descubriose otra conjuración en el ejército del Alto Perú, que se retiraba á la sazón de la frontera argentina para sostener el ejército de reserva de Arequipa. Estaba á su cabeza el coronel Agustín Gamarra, peruano, que había prestado importantes servicios á la causa realista. Aunque del proceso que se le formó, resultase que estaba en combinación con Belgrano por intermedio de Güemes, mandose sobreseer en él, «porque,—según un historiador español,—el contagio había cundido de una manera tan seria, que no era posible vengar el agravio sin incurrir en males mayores.» (44)

Así, á fines del año 1819 y principios de 1820, el Perú estaba moralmente revolucionado, en cuanto podía serlo, por los agentes secretos de San Martín y las sociedades patriotas que cooperaban á los trabajos preliminares de zapa de la expedición libertadora que se preparaba en Chile. El virey, que sentía minado el suelo que pisaba, escribía confidencialmente por este tiempo al embajador español en Río Janeiro: «Como los enemigos me han dado tiempo y he procurado no perderlo, logro hallarme hoy en estado bastante respetable, y no dudaría de un buen éxito en cualquier terreno que aquellos me buscasen, si los muchos que hay entre nosotros no minaran y se empeñaran tanto en favor de ellos con continuas maquinaciones que alteran la voluntad de no pocos, atrayéndose partido tanto en esta capital como en algunas de las provincias interiores. No obstante, mucho los ha de favorecer su suerte para conseguir su intento, ejecútenlo por donde quieran, y si lo retardan me entenderé con ellos de manera que no está en sus libros.» (45) Un historiador español confirma la existencia de esta sublevación latente del Perú en 1820. «El horizonte estaba cargado de nubes y amenazaba tempestad. Habían desembarcado varios emisarios de San Martín con el objeto de pervertir el espíritu público y conmover las provincias, y aunque algunos habían sido aprehendidos, los

---

(43) Torrente: «Hist. de la Revol. Hisp. Amer.» t. III, p. 55.—Lavín. trasladado al Cuzco, fraguó allí otra conjuración en 1821. y fué muerto en el acto de ejecutarla, como se verá después.

(44) Torrente: «Hist. de la Revol. Hisp. Amer.» t. III, p. 27.

(45) Borrador autógrafo de carta del virey Pezuela al conde de Casa-Flores embajador español en Río Janeiro, de 15 de junio de 1819. M. S. (Arch. San Martín, «Correspondencia interceptada», vol. XXXV, núm. 6.)

«más seguían ejerciendo su pestífero influjo. El país quedó «estremecido con el fuego de la seducción de estas infernales «maquinaciones, y se aumentó con el desasosiego del jefe es- «pañol (el virey) que tenía que luchar más bien con intrigas «que con la fuerza, pues temía fundadamente, que cuando el «enemigo presentara la cara había de contar con el apoyo de «la opinión.» (46)

IX

El fracaso de la expedición de Osorio en 1818 y las agitaciones sordas de la opinión que empezaron á hacerse sentir desde entonces, habían reducido al virey Pezuela á una estricta defensiva, según antes se explicó (V. cap. XVIII, § VI), sin encontrar en su ánimo amilanado ideas salvadoras. «La sal- «vación, decía, de estos reales dominios no depende de los «esfuerzos que se hicieren de este vireynato, aún cuando le «venga de la Península un refuerzo mucho mayor de los que «está recibiendo de tarde en tarde y por pequeñas partidas; y «no es poco hacer el contener por acá los progresos del osado «y activo enemigo que en todas partes, por la adhesión de la «pluralidad, encuentra prontamente los auxilios que necesita, «al paso que por la opuesta razón todo lo oculta para los ejér- «citos del Rey. La redención debe venir por el Río de la Pla- «ta mismo, si es que no se logra más pronto por la interven- «ción de los demás soberanos de Europa.» (47) Y sirviéndose de la clave secreta comunicaba atribulado á su gobierno: «He «descubierto una horrorosa conjuración próxima á estallar en «el Callao y Lima. Los cómplices son muchos. Es casi infali- «ble la próxima venida de la expedición de Chile á atacar este «vireynato por mar y por tierra. (48) Yo no reuno cinco mil

(46) Torrente: «Hist. de la Revol. Hisp. Amer.». t. II, p. 20-21.

(47) Ofi. del virey Pezuela al embajador en Río Janeiro, de 26 de agosto de 1818. M. S. (Arch. San Martín, vol. XXXV.)

(48) Se refiere á una de las conjuraciones de los prisioneros de las casas-matas del Callao, de que hemos hecho breve mención en este capítulo (§ VI) al hablar de Bernaldez Polledo. El jefe de ella fué el coronel peruano José Gómez en unión con los oficiales chilenos y argentinos y algunos vecinos del Callao. El plan era apoderarse de la fragata «Venganza» surta en el puerto, próxima á dar la vela, y dirigirse en ella á Valparaíso. Debió

« hombres para la defensa de esta inmensa costa. Estos datos « y la conocida disposición de los ánimos, pintan bastante mi « cruel situación y el riesgo de estos países. Mi esperanza fin- « ca únicamente en la oportuna llegada de los 2,000 hombres « que debían salir en marzo de Cádiz; y si no llegan á tiempo, « tocaremos en los extremos de la desesperación.» (49)

En este sobresalto vivió el virey Pezuela por el espacio de dos años, desde 1818 á 1820, esperando por momentos la invasión anunciada. Hombre testarudo, absolutista convencido en política, con cualidades de general que había acreditado en sus campañas del Alto Perú, en el gobierno del vireynato mostró no tener talentos administrativos ni militares como director de la guerra, ni serenidad siquiera para conjurar los peligros de su situación. Vencedor en Sipe-Sipe, había juzgado que era empresa arriesgada invadir las provincias argentinas; pero cuando hubo entregado el mando del ejército del Alto Perú á su sucesor el general La Serna, instó á este para que la tentase. El vergonzoso rechazo de La Serna por los gauchos de Salta, había comprometido el crédito militar de este en 1818; pero en esta campaña aprendió una cosa, y fué saber apreciar las raras cualidades de las tropas nativas que hacía seis años sostenían la guerra en pro del rey. Persuadido que el nervio del ejército realista lo constituían los famosos batallones vencedores en la guerra de la Península que le acompañaron, no supo apreciar en un principio el temple del arma que se ponía en sus manos, y pretendió disolver los cuerpos del país interpolando sus soldados con los europeos. Esto le enagenó la buena voluntad de los naturales y produjo dos resultados fenomenales. El primero fué, quitar á la lucha el

---

estallar en la noche del 21 de julio de 1818, pero traicionados por uno de los conjurados llamado Escobar, sus tres principales autores José Gómez, Nicolás Alcazar y C. Casimiro Espejo fueron ejecutados en Lima el 31 de diciembre de 1818. En «La Revol. de la Indep. del Perú», de Vicuña Mackenna, p. 252 y sig. se dan interesantes detalles sobre esta conjuración.

(49) Despacho cifrado del virey Pezuela al embajador español en Río Janeiro, de 18 de agosto de 1818. M. S. (Arch. San Martín, vol. XXXV, núm. 6). He aquí una muestra de la clave con que está cifrado este despacho:

Sohg qr lgdth kje lg ros zcbtgtoh lq ro nosbo
Haré el debido uso de las noticias de la pauta

La expedición á que se refiere este despacho y que constituía su «única esperanza», es la que fué apresada con el convoy de la «María Isabel» tres meses después.

carácter de guerra civil que hasta entonces tenía por la identidad de los combatientes, y darle el de una guerra nacional contra soldados extranjeros. El segundo fué dividir el ejército en dos bandos; pues como los jefes americanos eran francamente absolutistas, y por eso peleaban contra la independencia, y los europeos eran en su mayor parte decididamente liberales, incluso el general en jefe, de aquí provino una rivalidad que alteró profundamente la constitución moral del ejército realista. Este grave error le ha sido reprochado á La Serna por todos los historiadores españoles y hasta por sus mismos partidarios, y á su deletérea influencia atribuyen el lamentable desenlace de la guerra para las armas españolas. ([50])

Ante el amago de la expedición de San Martín, todo el conato del virey fué reforzarse en el Bajo Perú, trayendo á sí parte del ejército del Alto Perú á fin de formar un cuerpo de reserva en Arequipa. De aquí provino una grave desinteligencia entre el virey y La Serna, que empezó por destemplar los resortes de la disciplina, y debía ser más tarde el origen de una doble descomposición, despojando al gobierno supremo de la colonia de su autoridad legal, y destruir la unidad de acción de los ejércitos realistas del Alto y Bajo Perú, según se verá después. El general, en virtud de su nombramiento real directo, sostenía, que como responsable ante el soberano debía tener su libertad de acción en lo relativo á operaciones militares de su ejército. El virey pretendía, que como autoridad suprema y director de la guerra debía ser obedecido sin restricciones. Una agria correspondencia oficial y confidencial sobre estos tópicos y otras accidentales disidencias, se entabló entre ambos, que dió por resultado la renuncia del general. Próximo á regresar La Serna á España, los anuncios de la expedición libertadora de Chile y las instancias de sus compañeros de armas, juntamente con las del mismo virey, le hicieron desistir de su resolución, y en la época á que hemos llegado hallábase inactivo en Lima. De este modo, el mando del ejército del Alto Perú pasó más tarde al general José Antonio Olañeta, absolutista acérrimo y enemigo declarado de los constitucionalistas, que como discípulo de la escuela de los

---

([50]) Camba: «Memorias», etc., t. I, p. 223-225.—Torrente: «Hist. de la Revol. Hisp. Amer.», t. II. p. 296-297.

generales americanos que habían encabezado la reacción realista en el país, y sostenido por un círculo de jefes criollos decididos por la causa del rey, era rival de la preponderancia de los militares europeos y contrario á las opiniones políticas que en su mayoría profesaban. Así se preparaba la doble descomposición que hemos señalado antes, condensándose en dos masas armadas: el liberalismo y el absolutismo español, trasplantado á los ejércitos coloniales.

La influencia del liberalismo español en el desarrollo gradual de la revolución hispano-americana, es un hecho que ha sido señalado como mera coincidencia por unos y como causa eficiente por otros. Algunos historiadores, dominando el conjunto y guiados en el aparente caos de los acontecimientos por las coincidencias cronológicas, han tomado como hilo conductor las estrechas relaciones políticas entre la metrópoli y sus colonias, para deducir leyes ciertas y explicar su doble acción. En efecto, desde 1808 hasta 1820, los mismo hechos se repiten ó se reflejan con variantes de forma ó de tendencias en Europa y en América, obrando primero la España sobre la América desde 1808, ya por la acción del liberalismo, ya por la del absolutismo, hasta que en 1817, al atravesar San Martín los Andes, la idea de la independencia toma forma propia en las colonias y estas reaccionan á su vez sobre la madre patria. (51)

En el Perú fué donde con más intensidad se hizo sentir en el orden militar la doble acción del liberalismo, por efecto de la composición heterogénea y la distribución territorial de los ejércitos que lo defendían. Mientras en el Alto Perú se reconcentraban los cuerpos realistas compuestos de naturales del país, con jefes de opiniones absolutistas á su cabeza, en el Bajo Perú se reunian todos los cuerpos europeos, con generales peninsulares prestigiosos señalados por sus ideas liberales, en abierta oposición con las que profesaba el virey. De estos generales,—que pronto veremos entrar en acción,—conocemos ya á La Serna, en cuyas manos debía mantenerse alzado y abatirse al fin el último pendón real en América. Desempeñaba el puesto de jefe de estado mayor, el general José Canterac, francés de origen, carácter espontáneo y generoso, que

(51) Véase Gervinus: «Hist. du XIX siècle», t. VI, p. 150 y sig.

por sus conocimientos especiales era considerado como el maestro de la caballería realista. Seguían otros de menor importancia por entonces, entre los que se contaban los jefes superiores Mariano Rocafort, Baldomero Espartero, José Carratalá, José Santos La Hera, Juan Lorigá y Andrés García Camba, el futuro historiador de los trabajos de sus compañeros de armas. Dominaba este grupo, por su carácter y su inteligencia, el coronel Gerónimo Valdes, asturiano, que á la sazón contaba treinta y seis años de edad. Era el Bayardo del ejército español, que según la expresión de un adversario suyo, hacía recordar los heroicos militares de Carlos XII. Tipo original por su carácter austero, tan desinteresado como humano, y tan activo como resuelto, poseía á la par de un espíritu bastante cultivado una alma intrépida y serena. Era, en suma, un hombre de guerra con verdadero genio militar en su esfera, que á la inversa de La Serna estimaba en alto grado las tropas indígenas, cuyas raras cualidades para la guerra de montaña supo utilizar, haciéndose amar de ellas, y que ha dejado en América la reputación del más temible y del más noble de sus adversarios.

Los ejércitos que por entonces defendían el Perú bajo la bandera del rey de España, alcanzaban á veinte y tres mil hombres, según declaración de los mismos españoles fundada en documentos oficiales. Sus dos grandes núcleos, sin contar las guarniciones de las fortalezas y tres divisiones volantes, lo constituían el ejército del Bajo Perú que defendía á Lima, fuerte de más de ocho mil hombres, y el del Alto Perú que pasaba de siete mil. [52] En su totalidad estas fuerzas represen-

---

[52] Según el mismo virey Pezuela, el ejército que defendía la costa del Bajo Perú cuando San Martín invadió con 4,000 hombres, (que él computa en 4,500), constaba de 7,815 plazas, sin incluir 400 que guarnecían á Lima, 150 en Cañete y 296 en la costa de Chancay, ó sean 8,661 hombres, más del doble del ejército invasor. (Manifiesto etc. de Pezuela, p. 17 y VII y IX.) García Camba, en oficio de 17 de agosto de 1820 dirigido al mismo virey, que este inserta en el apéndice de su Manifiesto, da al ejército de operaciones del Bajo Perú 7,008 hombres «prontos para formar.» (Manifiesto cit., p. LXV.) Según Torrente en su «Hist. de la Revol. Hisp. Amer.», t. III, p. 23 y 56, que el sólo ejército del Alto Perú «se componía de 6,000 á 7,000 hombres de tropas escogidas.» El mismo historiador español determina la cifra de 23,000 hombres que defendían el Perú, apuntada en el texto. «Sin la adhesión de los pueblos á los principios subversivos no habría sido posible que un ejército extranjero de 4,500 hombres (4,000) hubiera hecho tantos progresos contra un gobierno arraigado por el dominio de 300 años y defendido por 23,000 soldados valientes, mandados por há-

taban cinco tantos y cada uno de sus núcleos aisladamente, el doble del ejército invasor con que iban á combatir. Según documentos auténticos, confrontados con los hechos, el ejército expedicionario de San Martín, apenas pasaba de cuatro mil hombres,—dos mil argentinos y dos mil chilenos.

Tal era la situación política y militar del Perú al tiempo de emprender San Martín la expedición libertadora en 1820, y tales las fuerzas de los beligerantes que iban á medirse en el último campo de batalla de la independencia americana.

« biles generales y esforzados oficiales.» (Torrente «Historia» citada, t. III. p. 58.)—El coronel Ballesteros, historiador realista que sirvió en el ejército español y escribió en Chile, en su «Revista sobre la guerra de la independencia de Chile», da las siguientes cifras sobre el ejército que por este tiempo defendía el Perú: En el Callao y Lima, 7,815 hombres; en Pisco, Cañete y Chancas 700. En el Alto Perú, 6,000. En Arequipa, Trujillo, Guayaquíl, Guamanga, Cuzco y Jauja, 8,885. Total: 23,300 hombres.

APÉNDICE AL TOMO SEGUNDO

DOCUMENTOS JUSTIFICATIVOS

CON INDICACIONES SOBRE SU AUTENTICIDAD

(INÉDITOS)

Todos los documentos que se insertan en los Apéndices, son completamente inéditos ó publicados por la primera vez por el autor de esta obra, quien los ha tomado directamente de los originales auténticos, cuya procedencia se indica en el texto, expresando si son originales, autógrafos ó copias auténticas, así como los publicados ya, que por excepción se insertan, á fin de completar la série de los comprobantes.

APÉNDICE

DOCUMENTOS JUSTIFICATIVOS

(INÉDITOS)

APÉNDICE Nº 17 AL CAP. XII Y SIGUIENTES

CORRESPONDENCIA CONFIDENCIAL DEL DIRECTOR PUEYRREDÓN (1) CON EL GENERAL SAN MARTÍN sobre asuntos públicos, en que se contienen noticias sobre el plan de expedición á Chile, repaso de los Andes, expedición al Perú y otros puntos de interés histórico desde 1816 á 1819. *(Autógrafos).*

Pueyrredón á San Martín—Guerra y política

Buenos Aires, 1º de septiembre de 1816.—Mi querido amigo muy amado.—Veo que está bueno por su última carta del 16 del pasado.

He pasado al Inspector general el proyecto de Estado mayor para que lo examine y me informe. Gazcón *(Inspector de armas)* es hombre de provecho para el destino en que está.

He pedido á Córdoba los mil caballos serranos; pero las

---

(1) Véase en el Apéndice núm. 12, la carta de Pueyrredón de 4 de mayo de 1816, abriendo correspondencia confidencial con San Martín, que es la primera de esta série, compuesta principalmente de las cartas autógrafas del primero, conservadas en el Arch. San Martín, y coleccionadas en el vol. XL bajo el cual se citan en el texto. De las cartas de San Martín á que se refieren, sólo se ha encontrado una entre los papeles de Pueyrredón que me donó su hijo, y las otras son tomadas de copias auténticas que figuran en los papeles del General. Según noticias, las cartas de San Martín á Pueyrredón quedaron entre los papeles de la testamentaría del hijo del segundo, pero no ha sido posible dar con su paradero.

inquietudes de aquel pueblo hacen nulas todas mis disposiciones.

No puedo remitir á V. pronto las 24 ruedas chicas que me pide, porque no las hay hechas; pero he dado las órdenes al efecto.

Está conforme el compromiso de los carreteros; pero como el regimiento Nº 8 que consta hoy de 800 plazas, y debe ir en refuerzo á ese ejército, se halla en Santa Fé, no sé si podrá hacerse uso de las carretas.

Ya digo á V. de oficio que libre todos los meses *ocho mil pesos* en lugar de cinco, y para fines de este mes tendrá V. prontos *treinta mil pesos* que me pidió para la caja militar.

Belgrano representa sobre la falta que le hacían los dos escuadrones de Granaderos; pero me he resistido, y repetido la orden para que vengan á esa, tomando al paso por la Rioja y Catamarca los reclutas que he mandado aprontar con anticipación.

Mi vuelta á Córdoba, aunque importantísima, no ha tenido la aprobación de los amigos. La nueva insurrección de aquella ciudad, hace necesario una medida fuerte; y yo no sé cuál tomar no siendo la de situarse en aquella ciudad.

Va Berutti de Sub-Inspector y Soler de Mayor general: uno y otro lo han solicitado: son en mi concepto buenos para sus respectivos destinos; pero es preciso que V. no deponga su formalidad para tener al segundo en respeto: es muy buen oficial para campaña. Saldrá pronto.

Tambien va la resolución para que Luzuriaga se encargue del mando de la Provincia. V. hará lo que juzgue conveniente para contraerse al Exto. y me dará parte. El nombramiento de Comisario, va igualmente para Lemos.

Insto en esta ocasión á Díaz *(de Córdoba)* para las 4,000 frazadas ó ponchos; pero repito, temo nada se haga en aquella Provincia. El Infierno nos ha introducido la discordia y la licencia; pero yo he de poder más que el Infierno sin medidas infernales.

Nada sé de Santa Fé; pero espero que todo terminará con mis incitaciones pacíficas. He mandado al camarista Dr. Castex, y posteriormente al Deán Fúnes, y espero las resultas. Díaz Vélez, por no haber obedecido mi orden dada en Córdoba, ha comprometido mi decoro, y ha irritado aquel territorio. Los males deben tener un término, y yo lo deseo y lo busco de buena fé. Si mis insinuaciones y gestiones fuesen despreciadas, aunque le pese á mi corazón, tendré que emplear el poder para sostener la dignidad del Poder Supremo. No lo espero, á menos que los de Santa Fé no sean enemigos de nuestra común libertad; pero si sucede, el mal será común, y su ruina segura. Si yo pudiese ir en persona, todo sería compuesto; más no me es posible desatender este punto, cuando los Por-

tugueses han roto ya las hostilidades en la Banda Oriental. Me ocupo en aumentar este ejército para ver venir.

Son las once y media de hoy 1º de septiembre, y acaba de llegar la última comunicación de V. del 21 ppdo., con el estado de todo lo que falta en ese exto. He hecho detener la salida del correo ordinario hasta mañana, para contestar á V. de oficio, porque hoy es Domingo y sólo yo trabajo, porque soy el indigno más desgraciado del Estado: no tengo lugar ni aún para respirar.

V. me pide muchas cosas, y yo estoy ahogado porque no tengo fondos con que proporcionarlas: sin embargo, me esforzaré á todo, y estarán prontos tambien los 30 mil pesos en plata para la caja de ese Exto. á principios de Octubre.

Creo que me será imposible sacar de aquí los esclavos, como habíamos convenido: tal vez el ejemplo de esa Provincia sirva de noble estímulo á esta.

Hoy sale Alvarado, y Necochea le seguirá pronto.

Ya he dicho á V. que vendrán los escuadrones del Perú, porque se ha repetido orden al efecto.

Nada sé de la venida del Congreso á esta; pero celebraría mucho que cuando menos bajase á Córdoba. Allí se necesita una autoridad imponente, porque el gobernador no es respetado.

Adios, mi querido amigo.—*Juan Martín de Pueyrredón.*

Sr. D. José de San Martín.—Buenos Aires, septiembre 2 de 1816.—Mi amado amigo: Por varios partes que he recibido estoy informado de los escandalosos movimientos sucedidos en Córdoba, con motivo, según se aparenta, de la entrada del Ejército de Observación en Santa Fé. El Gobernador intendente de aquella provincia, me ha dado cuenta de ellos, bajo la salvaguardia de no haberlos podido contener, especialmente el último, presidido por el oficial Bulnes.

Yo no puedo mirar estas escenas sin resentimiento por la trascendencia fatal que producen, y porque no he dado un paso que no sea conciliatorio, sincero, y dirigido á cortar de raiz esa división funesta que nos ha llevado al borde del sepulcro. Quisiera imponer con el último temor al malvado que introduzca el desórden y viole el respeto debido á las autoridades, pero la política y la necesidad me atan las manos.

Sin embargo, descubro en los movimientos de Córdoba, miras ulteriores muy funestas á la unidad en que estoy empeñado; y aunque la retirada de las tropas de Santa Fé, que he ordenado repetidamente, pueda inutilizar la combinación que con este pretexto veo venir, es necesario que esté V. prevenido, pues cualquier disidencia de la Provincia de Córdoba, no sólo

inutiliza la expedición á Chile, sinó al Ejército los medios de subsistir.

En este concepto, V. como uno de los más interesados en la conservación del orden, debe oficiar y requerir de un modo imponente al Gobernador de Córdoba y su Cabildo, sobre los males á que arrastraría á todo el País un acto de insubordinación de aquél Pueblo, y la menor tolerancia á los díscolos, haciendo responsables á ambas autoridades de la anarquía en que envuelven la Patria, y de las medidas que se vería precisado á tomar para hacer respetar al Director Supremo del Estado y Soberano Congreso Nacional.

He pasado por extraordinario al mismo Gobernador la contestación que corresponde; pero me parece muy oportuno la requisición de V. desde esa Provincia, como parto suyo é inspirado en su obediencia ciega á las autoridades constituidas. El paso debe darse con prontitud y energía.

Está pendiente el resultado de la Diputación que he enviado á Santa Fé para transar con su gobierno; si aquél fuese favorable, podremos dar impulso más rápido á esta máquina complicada.

Su affmo. amigo.—*Juan Martín.*

Buenos Aires, septiembre 10 de 1816.—Mi amado amigo: Acaba de llegar Escalada con los pliegos de V. y el correo detenido dos días, va á partir. No puedo por consiguiente, extenderme.

El 28 salió el convoy del Salto, y á esta hora, ó está libre del bandido que causa los temores de V., ó ha caido en su poder. Sin embargo, la tropa que lo custodia basta para defenderlo si hace su deber, y la partida que debió salir de San Luis á mérito de su orden, ha podido tambien llegar á buen tiempo si ha sido diligente.

Díaz ha quedado muy manchado en las últimas ocurrencias de su ciudad *(Córdoba)*, y por precaución y satisfacción de los amigos del orden, lo he suspendido de su empleo, que ocupará provisoriamente el alcalde de 1er voto hasta mi resolución con más conocimiento del estado de las cosas.

Es en efecto necesarísima mi traslación á aquella ciudad, pero es imposible: entre tanto, creo se fijará allí el Congreso, si estiman mis últimas advertencias.

Mucho he celebrado la liberalidad con que se ha prestado esa Provincia en la dación de esclavos: voy á ver si tan noble ejemplo produce aquí algún fruto.

Pensaré despacio y avisaré si los 500 ó 600 negros que debe producir la exacción resuelta, deban agregarse para formar un nuevo Batallón en el Nº 8, ó si se destinarán á uno

suelto, y lo avisaré con oportunidad: entre tanto puede V. irlos formando al manejo de armas y movimientos.

La escasez apura á V. y á mí me desespera: no hay aquí arbitrios: yo no he podido tomar un peso de mis sueldos, por que no falte el alimento á las tropas y demás que trabajan para el Estado: todos claman, y yo me ahogo entre apuros.

El establecimiento de Matemáticas *(la Logia de Lautaro)* será protegido hasta donde alcance mi poder. El nuevo secretario interino Terrada, es tambien Matemático, *(afiliado á la Logia)* y por consiguiente me ayudará al fomento de un objeto tan útil.

Con Escalada escribirá á V. largo su íntimo amigo—*Juan Martín de Pueyrredón.*—P. D. Estoy esperando á Dorrego que desembarcó de mi orden en San Pedro con su regimiento, y á Díaz Velez con el resto de su fuerza que debe venir aquí embarcado. Se ha perdido bastante gente en esta maldita expedición formada por un capricho. Luego que se vista el Nº 8, que viene en cueros, y se arme bien, continuará para esa con todo lo que V. me ha pedido, aunque nos quedemos aquí sin pan que comer.—*Adios.*—Sr. D. José de San Martín.

Sr. D. José de San Martín—Buenos Aires, 24 de septiembre de 1816.—Mi amado amigo: Hemos padecido en estos últimos días un cruel temporal, que ha causado estragos en Barracas y sus inmediaciones: han perecido algunas gentes ahogadas y se ha sufrido un gran perjuicio en los intereses almacenados en las casas contiguas. Jamás se ha visto una inundación semejante. Hoy ha vuelto á repetirse el temporal con amagos terribles. Muchos buques han venido á la playa, y entre ellos una presa española cargada de azúcar. El pueblo de la Guardia de Rojas ha sido casi arruinado por un huracán: el comandante me avisa que son muchos los muertos y heridos, estando él mismo con las costillas rotas, y su segundo muerto, por habérseles caido encima la casa en que habitaban juntos. El cielo ha querido solemnizar nuestra Independencia con toda la imponencia de su poder.

Ese ejército en la mejor reputación: me sacan los ojos los oficiales por ir á servir á él. Se está vistiendo el Nº 8, que tiene 900 plazas, y saldrá dentro de quince días.

Nuestros corsarios hacen prodigios: ocho presas hechas delante de Cádiz han empezado á entrar á este puerto.

Adios, mi buen amigo; siempre lo será de V. su affmo.—*Juan Martín de Pueyrredón.*

Buenos Aires, 1º de Octubre de 1816.—Mi amigo muy amado: La última de V. es escrita en la estancia del Carrizal,

y por ella veo que había V. escrito al Gobernador y Cabildo de Córdoba, como se lo insinué. Ya han terminado las inquietudes de aquella ciudad con la remoción de Díaz, que se ha conducido en lo político y militar como un zángano.

Espero el resultado de la entrevista á que V. se dirigía con los indios. Si V. les ha llevado buenos regalos, habrá sido todo consiguiente, porque tal es el mejor agente de sus afectos humildes.

Va á salir el convoy detenido por los malos tiempos, y caminará después con el Nº 8 todo cuanto V. ha pedido, á excepción de las ruedas para las zorras porque no las hay, ni madera para hacerlas por más que se ha buscado: lo aviso á V. para que busque con tiempo el remedio á esta falta.

Esto está quieto, pero no lo está mi corazón, al que agitan la pobreza del Estado y los males inherentes. Espero que V. me abra en Chile un manantial de recursos, porque de lo contrario, nos acabará la necesidad.

Siento sobremanera no poder mandar una expedición marítima por falta de fondos; estoy, sin embargo, arbitrando medios para hacerla, pero dudo del buen éxito.

Siguen entrando presas españolas y se preparan algunos corsarios particulares para ir sobre las costas de Chile.

Adios, mi buen amigo—*Juan Martín.*—Si Soler no anda derecho, ya sabe V. el camino que hay desde Mendoza á San Luis.—Sr. D. José de San Martín.

Buenos Aires, 9 de Octubre de 1816.—Mi amado amigo: La última de V. del 24 ppdo. me anuncia la entrada del convoy para el día siguiente: hace cuatro días que salió de aquí otro escoltado de ciento y más hombres, incluso 25 artilleros: con él va Soler y Berutti. Si estos ú otros no anduviesen con juicio, haga V. que bajen á San Luis á disciplinar las milicias y comer brevas.

Veo que ha dejado V. todo corriente con los Indios: es paso muy oportuno para que sepa Marcó que V. le prepara el camino con anticipación.

Mucho me he reido con las comunicaciones de Chile: su autor es seguramente un gran pillastron: las devuelvo como V. me encarga.

El regimiento 8 saldrá dentro de diez ó doce días, y con él irá el resto de todo lo que me ha pedido, ménos los 30 mil pesos, que los reservaré para el último tiempo; pero es preciso que V. me diga si se los he de mandar yo, ó si encontraré en esa como librar esta cantidad, que será más conveniente y seguro; pero en este caso, es preciso girar las letras con algún plazo, y nunca á la vista, para no ser sorprendido. Ya faltan los guarismos para contar todos los costos de esa expedición, y

será indispensable que el territorio beneficiado nos indemnize.

He repetido las órdenes á Córdoba con ejecución para que se remitan á V. las 4,000 frazadas, y Díaz en los últimos días de su mando me avisó que había mandado ya algunas, y despacharía las restantes; á cuyo efecto libró cantidades sobre estas cajas para hacer los pagos que tenía pendientes.

Extraño que á mí nada se me escriba sobre las fermentaciones en el Congreso, que han avisado á V. los Diputados de esa. Creo que habrá exageración; pero si esto no termina bien, yo no sé donde encontraremos el remedio á los desórdenes que aflijen el interior de nuestros pueblos.

He dado el golpe de los esclavos, y con mucha más suavidad que en esa, y sin embargo hay un clamor infernal de los patriotas contra esta medida; y en tales términos, que tal vez me obliguen á desistir del intento.

Es muy útil, en efecto, la remisión de la guerrilla de espiones á Chile, pero V. me asusta cuando me dice que es necesario mucho dinero para la empresa. Crea V. que esto está en el último grado de pobreza, y que para habilitar la expedición de V. he tenido que suspender desde mi llegada varios pagos que gradué por de menor importancia, y aún así me veo en apuros. Hoy tengo que entregar cerca de 18 mil al Nº 8 entre buena cuenta y pago de hechuras de un vestuario que le he dado. Las libranzas de V. se están tambien cubriendo con preferencia á todo. En tal estado vea V. si se podrá disponer de tres ó cuatro mil pesos de los 30 mil (de la caja) para la dicha guerrilla, y determine, dándome aviso anticipado.

Encuentro estravagante la solicitud de ese Cabildo para que se pongan hijos de esa Provincia en la oficialidad del batallón de esclavos que ha dado. Un cuerpo que va á obrar inmediatamente en campaña, no puede ser dotado de oficiales cívicos; y cuando mucho, podrán colocarse en él algunos subalternos. Esto queda á la prudencia de V., ya para hacer entender razón á ese Cabildo, ya para proponer los jóvenes que tengan aptitud.

Omita V. siempre en sus cartas poner la letra H con que acostumbra á concluir: basta un •, *pour éviter q' une surprise donne lieu á des soupçons.*

El paisano don Manuel Pinto es excelente, y lo creo como V. muy útil para la Academia *(la Logia)*. No lo es ni lo será nunca Soler: es disipado, poco contraido, muy superficial y nada circunspecto: esta es mi opinión y la de todos los amigos que lo conocen.

V. me recomienda á Urzua, y me dice que no haga caso de él. Como yo no tengo á quien volver la pelota, viene á recaer en mí toda la odiosidad de la falta. No me recomiende V. por Christo sinó á quien quiera que sea servido.

El comandante Rojas ha sido servido en su separación de

ese Regimiento: este es de los muchos que hay buenos para doctores ó canónigos y no para militares: sin embargo, lo he dejado en el Estado mayor, y voy á ponerlo de prebendado en la Comisión militar.

Disponga de la íntima amistad de su amigo—*Juan Martín.* —Sr. D. José de San Martín.

San Martín á Pueyrredón

Mendoza y Obre. 3 de 1816.—Mi amigo muy Amado:— Ya tiene V. al toro en medio de la Plaza, con la desobediencia de Díaz. Van las adjuntas, como la carta que él mismo me remite: todo está perdido si esto toma el cuerpo que es de esperar.

La situación es la más crítica en que pueda hallarse la Causa; por lo tanto, le remito esta por un oficial seguro, para que por el mismo conducto ú otro de toda confianza y con precauciones, me conteste, pues yo opino que ya habrán tomado las medidas para interceptar las comunicaciones.

Dígame V. terminantemente como debo obrar. Sin perjuicio de las resoluciones de V., voy á tomar mis medidas para el caso que sea preciso marchar sobre Córdoba, no me encuentre desprevenido.

Lo sensible es el que estos feroces hombres puedan trastornar todo el Plan de operaciones. Sin embargo, he visto cartas particulares, en que todo el Pueblo sensato de Córdoba está en contra. No sé cuál será la opinión de su Campaña.

Cada día me convenzo más y más de lo imposible que es el que nosotros nos constituyamos: es preciso, mi Amigo, tomar un partido que salve al País; todo es menos malo que el ser dominados otra vez por los Matuchos, ó que la anarquía se esparza por todas las Provincias.

Yo no sé lo que escribo á V., pues mi cabeza está trastornada con este golpe; y lo que yo deseo es su contestación para obrar con la actividad correspondiente.

¡Será posible, mi Amigo, que no pueda haber orden en nuestros paisanos! Y será posible que la suerte del País esté sujeta al Capricho de una docena de Malvados! Repito á V. que me mande, para ejecutar sin tardanza.

Tengo á la vista la suya del 16: creo necesario que V. aumente la fuerza que debe escoltar el convoy en que viene Soler, por lo que puede ocurrir en la jurisdicción de Córdoba.

En fin, mi Amigo, la cosa se presenta bajo un pie bastante dudoso: si se verifica la expedición de Chile, el desórden se hace general;—si no se hace, la Causa sucumbe y el Ejército se disuelve por falta de medios, pues la Provincia no tiene medios para sostenerlo, es decir, que si se va ahora á Córdoba,

nuestra vuelta no podrá ser á tiempo de obrar sobre aquél País.

Mucho me ha irritado la insinuación de Díaz sobre la proposición ó indicación sobre el Gobierno. ¡Qué pícaros!

Conteste sin pérdida, y crea es y será su eterno amigo—JOSÉ DE SAN MARTÍN.—Sr. D. Juan Martín de Pueyrredón.

Pueyrredón á San Martín

Buenos Ayres, 14 de Octubre de 1816.—Mi amigo muy querido: El zelo con que V. se singulariza por el sostén del orden, lo hace cada día más estimable á la consideración pública, y cada vez más merecedor del cordial afecto que le profeso.

Cuando el oficial mandado por V. me entregó su carta del 3, con la copia de la representación de Díaz al Congreso, su contestación á mí, y carta original á V., ya tenía yo noticia oficial de estar en el mando de aquella don Ambrosio Funes, y de haberse con este motivo serenado el pueblo y restituido el orden, lo bastante para no ponerme en la necesidad de tomar medidas violentas. Por esto es que no contesté á V. inmediatamente satisfaciendo á las preguntas que me hace sobre la conducta que deberia observar respecto de Córdoba.

Creo que V. tendrá presente la copia de la carta de Díaz á Artigas, que me remitió Díaz Velez, y recibí en Córdoba; y aquél antecedente debe ponerlo á V. al cabo de los acontecimientos del Sr. Díaz. Este hombre enemigo del orden, bajo una máscara de hipocresía, no ha cesado sus comunicaciones con Artígas y con Santa Fé. Él protegió la sublevación de Bulnes para lograr sus inícuas ideas de hostilizar á Buenos Aires, quedando siempre con la máscara de que lo desaprobaba:—él hizo el aparato de salir á batirlo, estando muy conforme en el plan que tenían acordado, y si se rompió el fuego, lo ocasionó un accidente que él no pudo evitar;—él se negó á mandarme los reclutas que á presencia de V. me ofreció:—él ha embrollado el envío de los 4,000 ponchos, que á presencia tambien de V. le ordené remitiera para su ejército, pagándolos con los fondos de la contribución impuesta á los Europeos:—él me hizo desarmar á Caparrós con todos sus oficiales, y toda la recluta que tenía se la entregó á Bulnes. Pero ¿para qué me canso en decir á V. todo lo que ha hecho ese mico, que yo había creído hombre? Creo tambien que á presencia de V. me pidió que lo separase de aquél gobierno, y que yo le contesté, que no era tiempo de largar el fardo. Últimamente, con el suceso primero de Bulnes, me ofició diciéndome, que su autoridad había sido insultada y ajada y que no tenía arbitrios para remediarlo; con cuyo motivo le ordené su cesación con la calidad de provisoria, y hasta que las cosas tomasen un aspec-

to más digno. Mi orden es llena de urbanidad, de consideración á su persona, de expresiones de gracias por su buen desempeño, y tan honrosa como podía ser para un buen servidor, y ya ve V. su contestación.

Díceme que «al fin vomité el veneno que yo encubría contra aquella Provincia.» Bárbaro! Si yo tuviese veneno contra la Provincia ¿habría depositado el mando de ella en la corporación que debe suponerse la más interesada en protejerla, como es su Municipalidad? Si mi alma fuera tan malvada como la suya, que por no dejar el mando que no supo conservar con dignidad, se resuelve á entrar «en *una guerra desastrosa con perjuicio infinito de la causa en general*», entonces podría atribuirme la maligna intención que abrigaba su pecho. Confieso á V. mi querido amigo, no había creído á Díaz tan malo. Él jamás ha tenido conmigo el más leve motivo de disgusto. Cuando yo mandaba aquella provincia, lo distinguí; lo amé, lo confieso á V.; y sin embargo de que había sido complicado en los asuntos de Liniers y Concha, informé al gobierno en su favor y le conseguí el grado de coronel que tiene. Él fué amigo de mi hermano Diego, que me sucedió en aquél gobierno, y nunca, nunca ha recibido de él sinó expresiones de afecto y de gratitud ¿por qué, pues, dice este bribón que yo encubría veneno contra él y su provincia? Pero algo debía decir para disfrazar su corazoncito de lodo.

Yo creo, pues, que á esta hora, estará Córdoba sosegada: pero nunca la consideraré segura mientras no se le ponga un buen Gobernador, y sin relaciones en aquél pueblo. Fúnes es hombre de juicio, pero es muy caprichudo, es cordobés, y es suegro del facineroso Bulnes; de modo que, subsistiendo las mismas ó iguales causas, no será extraño que se repitan iguales efectos. Nuestro pensamiento de situarme en Córdoba, sería el mejor medio para contener aquellos facciosos, que son pocos, pero no puede ser por ahora. Por esta dificultad pasé una nota al Congreso, haciéndole ver la necesidad de que bajara á asentarse en aquella ciudad; y en lugar de determinarlo así, resolvieron trasladarse á esta. He repetido mis observaciones por ver si consigo que se varie esta resolución, pero temo que no produzca efecto.

Yo bien conozco que ha de ser necesario recurrir á la fuerza para contener aquellos enemigos de la paz interior; pero ¿cómo es posible que me resuelva á abandonar la expedición de Chile? Si V. se mueve sobre Córdoba, se perdió infaliblemente esa fuerza, y se perdió tambien el Perú. En un caso extremo sería menos riesgoso que bajase Belgrano con mil hombres; pero aún este paso sería imprudente en las circunstancias. Veremos por fin que semblante toma aquél Pueblo, y obraré según las necesidades; sin pensar jamás en suspender la empresa sobre Chile; porque de su ocupación debe

resultarnos la recuperación del poder, riqueza y consideración política que hemos perdido.

Considero ya distante el convoy en que va Soler, y lo creo seguro, porque á más de que lleva sobre cien hombres para su escolta, no temo que los cordobeses intenten contra él, porque deben prever que no tendrán tiempo de salvarlo en el caso que lo tomasen.

La insinuación de Díaz sobre el Gobierno, es una insidia propia de sus intenciones. Ve á V. al mando de un ejército, calcula los sentimientos de V. por los suyos propios, y cree, que halagado V. por esta esperanza, sería capaz de apoyar sus maldades. No hay medio, amigo mio; ó conseguimos poner á la cabeza de cada Provincia y cada ejército un amigo de la razón, ó perecemos entre guerras civiles. Es menester trabajar con tesón para esto y empeñarnos en aniquilar á los malvados.

Parece indudable la destrucción del Ejército de Morillo: sus últimas comunicaciones al Ministerio Español tomadas en las presas que han entrado, son hasta 30 de marzo, y en ellas, manifestando sus apuros, dice, que si no se le mandan con toda brevedad 4,000 hombres de refuerzo, teme que se pierda todo. Dice, que si el ejército de Venezolanos que se reunía, llega á tener una buena cabeza que lo dirija, es muy temible. Cabalmente es este mismo ejército el que lo ha batido, y en las inmediaciones de Mompox, que es donde se hallaba.

Mucho cuidado con Soler, y no le deje V. pasar ninguna: es orgulloso y fátuo, pero con un bufido que V. le dé, lo pondrá como un cordero. Él no es temible, porque no tiene opinión, porque no es capaz de hacerse amar, y porque le faltan los brios para emprender; pero es insolente á las espaldas y perturbador. He sabido aquí por los amigos, que estaba muy unido á Luis Carrera, y esto debe empeñar más su vigilancia de V. á su conducta. Tambien me han dicho, que él no volverá más á Buenos Aires, y esto sólo puede apoyarse en proyectos que lleve sobre Chile con dicho Carrera. Si le descubre V. la menor maula, que venga para San Luis, y sobre todo, que no vaya Carrera con V. á la expedición, por los justos antecedentes que V. me ha indicado.

Dorrego es malo, malísimo: jamás vivirá en orden, y ya es insufrible entre los amigos.

Adios, mi amigo querido: yo no me siento bueno, pero trabajaré hasta expirar en fiel consecuencia de lo que he jurado; y será eternamente su amigo—*Juan Martín*.—Sr. D. José de San Martín.

Buenos Ayres, 2 de noviembre de 1816.—Mi amigo amado: Antes de ayer llegó el correo con la última carta de V.

del 20 del pasado, y está mi cabeza de tal suerte, que no sé si he contestado á la anterior del 13. Los nuevos movimientos de Bulnes en Córdoba, me tienen sin sosiego.

He mandado en diligencia á un oficial, para que haga retroceder una tropa de carretas que había despachado con armas y municiones para Belgrano, para evitar que caiga en manos de aquellos facinerosos. Tambien he mandado detener la primera división del Nº 8, que estaba en marcha hacía ya cinco días, para que se le reuna la segunda, que saldrá dentro de cuatro ó seis, á fin de que sea más fuerte, y vaya libre de un insulto, etc.

El Congreso parece que resolvió que se mandasen tropas de aquél ejército *(del norte)* sobre Córdoba, y con este motivo Bulnes se ha puesto en armas, y se preparaba á salir de la ciudad para resistir. Si el Congreso no se hubiera metido en esto, habría cumplido su institución, y no me habría hecho el mal que es de costoso remedio. Todo se serenaba; empezaba á renacer el orden, y todo se ha alterado por una disposición intempestiva, imprudente é impolítica. Para remediar estos males, y para persuadir al Congreso del peligro que ofrece su venida á esta Capital, y de la importante conveniencia de que se sitúe en Córdoba, mando en comisión al Dean Fúnes y al amigo D.r Castex: llevan tambien el objeto de pacificar á Córdoba, y de pasar el último á Salta en el designio de persuadir á Güemes la necesidad de que se dedique al estudio de las matemáticas *(que se afilie á la Logia)* para mejor conocer el terreno en que ha de hacer la guerra.

Ya dije á V. en mi anterior la situación en que quedaba Dorrego por su incorregibilidad y por sus instintos inícuos.

Como ayer fué día de Todos Santos, no se ha podido buscar entre los comerciantes libranzas por los 30 mil pesos; pero haré diligencia con empeño, y si no se consigue, remitiré la plata á todo riesgo, aunque sea en oro, por la posta, para el tiempo en que V. me la pide.

Por más que diga Ureta, y por más que se hable en Chile de venir Marcó á Mendoza, yo no lo creeré si no lo veo. Sería preciso considerarlo en un estado de desesperación para que se expusiese á perderlo todo, todo, todo en un golpe de mano.

A más de las 4,000 frazadas remitidas de Córdoba, van ahora 500 ponchos, únicos que se han podido encontrar; están con repetición libradas órdenes á Córdoba para que se compren los que faltan al completo, librando su costo contra estas cajas.

Está dada la orden más terminante al Gobernador intendente *(de Buenos Aires)* para que haga regresar todos las arreas de mulas de esa ciudad y de la de San Juan: cuidaré su cumplimiento.

Veo la enorme fuerza que va á reunir el Nº 8 con la escla-

vatura de esa provincia, y considero que sería muy conveniente dividirlo en dos batallones completos, para hacer más movible su fuerza y mejor dirijida. De ningún modo es conveniente tener un cuerpo tan excedente en fuerza á los demás del ejército: esto lo manda la política militar.

Está dada la orden para que se le remitan á V. las mil arrobas de charqui que me pide para mediados de diciembre: se hará.

Van los oficios de reconocimiento á los Cabildos de esa y demás ciudades de Cuyo.

Van los despachos de oficiales.

Van todos los vestuarios pedidos, y muchas más camisas.

Si por casualidad faltasen en Córdoba las frazadas, ¡toque V. el arbitrio de un donativo de frazadas, ponchos ó mantas viejas de ese vecindario y el de San Juan: no hay casa que no pueda desprenderse sin perjuicio de una manta vieja: es menester pordiosear cuando no hay otro remedio.

Van 400 recados.

Van hoy por el correo en un cajoncito los dos únicos clarines que se han encontrado.

En Enero de este año se remitirán á V. 1,387 arrobas de charqui.

El Secretario de hacienda, Obligado, era un pobre hombre que no sabía más que decir *no*, á todo indistintamente: lo tengo separado con licencia, y este ramo va mejorando con el Oficial mayor; pero es necesario un Secretario, y no lo encuentro.

Van los 2,000 sables de repuesto que me pide.

Van 200 tiendas de campaña ó pabellones, y no hay más.

Va el Mundo.

Va el Demonio.

Va la Carne.

Y no sé cómo me irá con las trampas en que quedo para pagarlo todo. Á bien que en quebrando, chancelo cuentas con todos, y me voy yo tambien para que me dé V. algo del charqui que le mando.

Carajo! no me vuelva V. á pedir más, si no quiere recibir la noticia de que he amanecido ahorcado de un tirante de la Fortaleza.

Si le faltasen á V. oficiales, provéalos con despachos interinos, y deme cuenta para librarlos.

No se descuide V. con sus oficiales y gefes: mire V. que si le arman una zancadilla, nos embroman á todos.

Siempre será de V. íntimo—*Juan Martín.*—Sr. D. José de San Martín.

Buenos Aires, 9 de noviembre de 1816.—Mi amado amigo: Aún no parece el correo de esa, y hoy debe salir el de aquí. Nada hay de extraordinario sinó la entrada ayer á este puerto de otra presa española.

Ya dije á V. que los nuevos disturbios de Córdoba, me habían obligado á mandar detener en la Guardia del Salto la división del Nº 8 que estaba en marcha, por no exponer su interesante convoy. Ya está casi pronto todo lo concerniente á ese ejército, y saldrá dentro de cuatro días el resto del dicho Nº 8, para continuar reunido con la división detenida: llegará á esa del 10 al 15 de diciembre.

No ha sido posible, amigo mio, vencer con más celeridad las infinitas contradicciones que ha sufrido el acopio y preparativos de la gran factura que remito. El dinero (esto es, los 30 mil pesos) no van, porque temo que su ruido provoque la rapacidad de los negros ó algún desórden, que sería favorecido por la facilidad de librarse del castigo pasándose á Santa Fé. Pienso que aquí conseguiré libramientos; y cuando no, lo mandaré por la posta en oro, á cargo de alguna persona de confianza.

Nada absolutamente se sabe de oficio de la Banda Oriental; pero las noticias particulares contextes en que Artigas ha sufrido varios golpes en sus montoneras. Se le ha desertado mucha gente, y empieza á dudarse mucho de su fidelidad á la causa que defendemos.

Sepa V. que el Dictador Francia del Paraguay nos vende á los Portugueses; hoy mismo he sabido este interesante negocio, y luego que haya tomado todas las circunstancias de los hechos, lo manifestaré á los Pueblos.

Adios, mi buen amigo: cuidado con los inquietos de ese ejército. Reciba V. los afectos fraternales de su seguro—*Juan Martín.*—Sr. D. José de San Martín.

Buenos Aires, 16 de noviembre de 1816.—Mi amado amigo: Ya concluyó su corta y engreida carrera el general Bulnes de Córdoba: el cuadro de Cabos y Sargentos del 2º Batallón de Granaderos de Infantería, que bajaba para esta, ayudado de algunas milicias mandadas por el gobernador Fúnes, aunque desarmadas, deshizo completamente á aquél valiente en las inmediaciones de Córdoba, quitándole sus cinco piezas de artillería y casi todo su armamento. Todo su ejército desapareció, pero él y su plana mayor fugó en buenos caballos. Lo persiguen, y si son aprehendidos recibirán su premio. Aprovecho esta oportunidad para afirmar aquella provincia en el respeto; pero me falta reglamento que deslinde mi autoridad, y esto me tiene ligado con enorme perjuicio del orden interior.

Por más que el enemigo lo anuncie en sus preparativos,

yo no entraré por la idea de que Marcó pase la cordillera. ¡ Ojalá lo hiciese ! pero aún batido de esta parte, será preciso que V. pase á Santiago.

Ya va en marcha el Nº 8 reunido : ha sufrido alguna deserción; pero he dejado aquí un piquete para recojer los que vayan cayendo, reunir los enfermos que han quedado, y caminar tambien escoltando otra tropa en que irán los 50 quintales de pólvora que V. ha pedido últimamente: todo, todo lo pedido va. Mi edecán, teniente coronel Vidal, va mandando esta expedición : es de toda confianza, y debe volverse luego que entregue á V. el regimiento.

Tambien han ido los sables que pidió V. en número de 200.

Yo conozco la necesidad que tiene V. de Guido ; pero, amigo mio, mire V. que esta Secretaría se queda sin un hombre que la dirija. Sin embargo, para el correo que viene diré á V. mi resolución en este asunto. Aquí tambien hay negocios reservados muy frecuentes, de que él sólo está enterado, y que él sólo puede despachar.

Oportunamente le remitiré á V. la Instrucción para su conducta política en Chile, para la forma de Gobierno, y para otros objetos de igual importancia.

Ya dije á V. en mi anterior que creia conveniente la división del Nº 8º en batallones; hágalo V. y deme cuenta para librar los despachos á los jefes, etc., con arreglo á lo que V. haga.

La revocación del decreto sobre esclavos ha sido forzosa: como este pueblo ha dado ya tantos, nació un disgusto general, que fué preciso sofocar con tiempo; pero en su reemplazo voy á tomar otra medida, que, dándome la misma fuerza, gravitará toda sobre los europeos españoles.

Veo que Alvarado se ha conducido con honor: yo estoy cierto que siempre se conducirá lo mismo: es excelente joven y debe V. ponerlo en su confianza, y si fuera posible, en la escuela de Matemáticas *(la Logia)*. Estos mozos harán siempre honor al país y á los jefes que los manden.

Ya he mandado á V. diez mil pesos en oro á cuenta de los 30 mil para la caja del ejército : si no encuentro libranzas para los 20 mil restantes, los remitiré por la posta en la misma moneda.

Inste V. á los Diputados de esa Provincia para que apoyen la traslación del Congreso á Córdoba: esta es la oportunidad de sujetar aquél pueblo enemigo del orden.

Adios, mi amigo muy querido: es de V. todo y affmo.— *Pueyrredón.*—Sr. D. José de San Martín.

Buenos Aires, 18 de noviembre de 1816.—Mi amado amigo: Hoy ha llegado el correo de esa con la última carta de V.

del 6, y la contesto por un extraordinario que le despacho, con la noticia de haber ordenado que vengan 500 hombres escogidos del ejército del Perú á reforzar el de V. He visto que Marcó tiene 4,000 hombres, y no quiero que se aventure el golpe que va á decidir de la seguridad del país y de la opinión de V. y mia.

Lo de Córdoba se concluyó felizmente con la total destrucción de Bulnes por el cuadro del 2º batallón de Granaderos y algunas milicias de la ciudad y campaña que se le reunieron: hubieron dos descargas de los Granaderos, y huyó toda la montonera en dispersión, dejando las cinco piezas de artillería y casi todo el armamento que tenía. Con este motivo, va orden á Dupuy para que haga retirar la fuerza que V. manda con aquél objeto. Los Granaderos quedarán en Córdoba para asegurar el orden.

Veo con gusto que llegaron los Cazadores de San Juan sin deserción: del mismo modo los escuadrones de Granaderos con la fuerza de 186 hombres.

Las monturas porque V. está impaciente, van ya en camino, con vestuario y todo lo pedido.

Con la pólvora que saldrá dentro de ocho días, va tambien la imprenta que ahora me indica le sería necesaria, limitándola solo al servicio del ejército para sus proclamas, partes, boletines, etc., y no para uso de doctores.

Me parece muy bien la diversión que V. piensa hacer al enemigo por Coquimbo, pero cuide V. que sea de su confianza el jefe que la mande, y con buenas instrucciones reservadas para su conducta política, que siempre deberá ser de acuerdo con V., etc., etc.

V. es quien ha de poner los jefes al Nº 8 dividido en batallones, como se lo dije anteriormente: escójalos V. y avíseme. Conde no me parece mal.

Parece indudable la destrucción de Morillo.

Á lo de Guido contestaré por el correo venidero como lo he ofrecido: no he querido resolverlo por mí sólo.

Nos hemos reido mucho de la nueva fábrica de clarines de hoja de lata: es menester llevar una factura de repuesto por su fragilidad, y porque aquí no hay más que los dos que le remití á V. por el correo.

Adios, mi amigo querido: yo no tengo tiempo para meditar lo que escribo. Suyo siempre—*Juan Martín.*—Sr. D. José de San Martín.

Buenos Aires, 25 de noviembre de 1816.—Mi más querido amigo: Con el oficial, cuyo nombre no recuerdo, recibí la nota de V. de 9 del actual, en que me pide 500 mil cartuchos á bala ejecutivamente. No había en el Parque más que 100

mil hechos, pero se están trabajando sin excepción de día de fiesta, y caminarán muy breve. Tambien va el plomo en balas labradas ya, pues supongo que será para este uso, cuando no me lo determina. Será imposible que esto, y los demás vestuarios (que tambien remitiré, con concepto á la nueva fuerza que debe venir de Tucumán para reforzar á V.) lleguen á mediados de diciembre; pero será en todo el mes. Guido impondrá á V. pormenor de todo lo que debe ir, sin que V. lo pida: por aquí no nos duelen prendas para que V. salga airoso de su empeño.

Tambien se están trabajando con igual eficacia por todos los herreros de esta capital, las herraduras, que deberán ir 14 mil pares, para completo de los 18 mil, con concepto á que van ya en camino 4,000 mil. Dificulto mucho que se concluyan todas en el tiempo que V. las necesita; pero irán las que se puedan hacer.

Ya dije á V. que dividiese en batallones el Nº 8: hágalo V. en mozos de confianza y honor, y avíseme para librarles los despachos.

Ya sabe V. que Bulnes con su gran plana mayor quedaba en un calabozo á la salida del correo.

Aunque todos los avisos de Chile, y las medidas que toma Marcó, inducen á creer que se dispone á venir sobre nosotros, yo no puedo creerlo. ¿ Será posible persuadirnos que ese hombre esté tan iluso, que no sepa el estado de fuerza de ese ejército, y que no tema perder en una acción todo el suyo, sin tener un punto de apoyo para su retirada? Él no debe ignorar la opinión de los pueblos que oprime, y debe por consiguiente temer, que al menor contraste que padezca, se le volverán en contra, y le cortan la retirada. Por fin, si él lo hace, será un favor de la fortuna para nosotros.

Muy bien hecho que V. remitiese los 4,000 pesos que me avisa para minar las tropas enemigas.

No omita avisarme lo que llegue á saber de lo resuelto en los consejos de guerra que tuvo Marcó. Yo creeré más bien que él toma medidas para ponerse en aptitud de moverse según lo pidan sus circunstancias, pero nunca de esta parte de los Andes.

Ya indiqué á V. el arbitrio de sacar ponchos, frazadas ó mantas para cubrir los soldados. De Córdoba no hay que esperarlos, porque las turbaciones de aquella ciudad por los excesos de Bulnes, no han dejado pensar en nada, y aquí, ya dije á V. tambien que no los hay.

Celebro que las cinco piezas de montaña hayan sido del gusto de V.

Nada me había dicho V. del escuadrón de milicias pedido á San Luis, pero me parece muy bien, y me lo parecerá todo lo que sea aumentar esa fuerza para no errar el golpe.

Aquí hay algunos indicios de inquietud con motivo de la proximidad de las elecciones concejiles, pero no me dan cuidado.—Adios, mi hermano querido.—*Juan Martín.*—Sr. D. José de San Martín.

Buenos Aires, 2 de diciembre de 1816.—Mi amigo querido: Tengo una larga carta de V. de 16 de noviembre y otra del 21 que recibí ayer. Yo no sé si tendré lugar de contestarlas hoy, porque este es un infierno, que ya me tiene poco menos que desesperado.

Ya hace mucho tiempo que caminó el Nº 8, y muy en breve estará en esa.

Caminarán las vetas y anclotes sin demora. Mañana saldrán quince carretas con la pólvora pedida y 250 mil cartuchos de fusil: irán los demás en otra tropa.

Hoy me ha visto el apoderado de ese ejército, Villegas, á quien deben 21 mil pesos, incluso el mes de diciembre, y mañana recibirá 20 mil que anda el Secretario de hacienda buscando prestados en el pueblo. No hay, amigo mio, dinero: esto está agotado. Si los arrieros no se conforman á esperar, será preciso renunciar á Chile, porque en el día no se aprontan los 30 mil pesos para su medio flete, aunque me convierta en Diablo.

Por los apuros de V. puede graduar los mios, en que se incluyen los de V., los de Belgrano, los de Salta, los de este ejército, los de todos los pueblos que ocurren aquí en sus necesidades, y los de todo el país; y agregue V. á esto, los de nuestros enviados del Brasil, Londres, Francia, Norte-América. En fin, yo no sé como hemos de sufrir tantas necesidades, tantos clamores y tan pocos recursos. Hay momentos que quisiera no existir, porque todo viene á mí, y todo me aflige á un tiempo mismo.

Estoy siguiendo aquí una hebra que he tomado á los Sres. Carrera: avisaré á V. de todo oportunamente.

Los Portugueses consiguen en todas partes ventajas sobre Artigas, y este genio infernal, acaba de embargar todos los buques de esta Banda, y cerrar todos los puertos, á pretexto que no tomamos parte en la guerra. Yo tambien he cerrado nuestros puertos, y voy á reunir las corporaciones, con arreglo al Estatuto, para deliberar. Es una crueldad comprometer uno su crédito á la opinión agena.

El Congreso ha comisionado á Belgrano con amplísimas facultades, para entender en los asuntos de Bulnes en Córdoba. Aquí tiene V. un caso en que, si Belgrano no fuese tan de mi confianza, se llevaba el demonio el orden por las ligerezas del Congreso. Belgrano no hará sinó lo que el Director mande: así se los ha dicho. El Congreso se mezcla en todo,

y sin los conocimientos necesarios, hace embarradas peligrosas y se están desopinando á toda prisa.

Al Cabildo se le contestó sobre el grado de Brigadier para V., de modo que quede satisfecho: no es extraño que quieran distinguir á un jefe de su confianza.

El charqui está en camino con el Nº 8.

Yo tambien he tenido noticia de que Moldes dice públicamente, que yo robé una carga de oro, y que quise antes y quiero ahora y trabajo para entregar el País á los Portugueses. He dirigido una fuerte queja al Congreso, pidiendo que justifique esto, y él acredite sus calumnias, ó sea castigado con toda severidad, en inteligencia de que, de no hacerlo así, me debe tener por separado de la dirección del Estado que se encuentra envilecida mientras yo no esté vindicado. Ese pícaro quiere pagar lo que debe, y es ya llegado el tiempo.

Adios, mi mejor amigo—*Juan Martín.*—Sr. D. José de San Martín.

Buenos Aires, 17 de diciembre de 1816.—Amigo mio querido: En la del 30 de noviembre me avisa V. quedar separado Rodríguez del mando del Nº 8 y Martínez de la sargentía mayor, y que Conde, dedicado á las matemáticas *(Logia)*, había ocupado el lugar del primero. Sea en horabuena, y lo celebro: remueva V. todos los estorbos á la confianza y el orden, y mantendrá el respeto en su debido esplendor. También me avisa que en lugar de Martínez ha puesto á don Cirilo Correa, como capitan más antiguo y hombre de juicio, valor y aplicación.

Ya habrá V. visto que no hay que contar con los 500 hombres del Perú.

He contestado el oficio sobre el número que debe ponerse al nuevo batallón del 8º: el más antiguo debe tomar el número 7, y cuando no, sortearlo como V. me propone.

Espero el plan que me ha ofrecido, para poder formar idea de sus operaciones; pero cuidado que no vengan explicaciones que puedan exponer el secreto en el caso de un extravío de la correspondencia.

Aunque no hay un peso en caja, voy á hacer un imposible por remitir á V. los veinte mil pesos en esta semana.

Si la limosna que ha ido á buscar el Dr. Vera á Córdoba no produce el suficiente número de ponchos, hágala tambien en ese Pueblo y el de San Juan: así se manejaban los Franceses en sus necesidades para los ejércitos. Una requisición de ponchos y frazadas no será ruinosa á esos habitantes.

En la del 4 que recibí por extraordinaria, me insta por las pieles de carnero. Se ha corrido toda la campaña, y no se han podido juntar más que las dos partidas remitidas. V. sabe

que aquí se tiran los cueros en todas las estancias, porque no tienen aplicación útil, y es imposible de pronto juntar mucha cantidad. Si V. quiere que le vaya acopiando para más adelante, avísemelo, que se le remitirán, aunque sea á Chile.

Por más que lo anuncia la comunicación de Perales, yo no puedo creer que el enemigo divida sus fuerzas, ni entre en el loco intento de cubrir todo el país con su corta fuerza.

Las herraduras caminarán ya todas: aquí no hay una sóla en los almacenes de ingleses: las primeras que se mandaron son de esta clase, y las demás se han hecho aquí, reuniendo todos los herreros de la ciudad. Estas pueden arreglarse con muy corta operación en la frágua.

Ya digo á V. al principio, que en esta semana mandaré 20 mil pesos. Si esto no bastase, no sé como lo haremos, porque el maldito sistema de librar contra la aduana sin discreción ni economía, me ha encontrado este mes en el último apuro. El Sr. Obligado me ha puesto en este conflicto; y si no lo hubiese contenido luego que advertí la franqueza con que giraba sus libranzas, para pagar á los Españoles sus empréstitos anteriores, me habría dejado sentado.

El malvado Moldes hará siempre males al país, si no se le contiene.

Ya habrá V. visto que es cierto lo del Marqués de Tojo, y también lo de Salta. Salga bien V. de Chile, y luego les compondremos la peluca á todos los pretendientes y facciosos: de otro modo, yo no encuentro remedio á la furiosa manía de mandar de nuestros ignorantes paisanos, que son bárbaros é inmorales sin igual, en lo general.

Después de la formal y muy seria acta celebrada con los Diputados orientales que se remitió á V. impresa, ha salido el Sr. Barreiro con que no estaban facultados para avanzarse á tanto, y que sólo debieron contraerse á pedir auxilios. Anoche se reunió en mi sala la Junta de Observacion, Cabildo y Comisión de Guerra sobre este incidente desgraciado; y aunque nada se ha resuelto, creo que todos conformaremos esta noche en que, si no se reconoce la acta, no se les deben dar ningunos auxilios. Los orientales en la parte sana, desean la unión en toda su extensión; pero los Artigas, Barreiro y demás de su parcialidad, quieren antes ver perecer el país que reconocerse dependientes de el Gobierno de las Provincias Unidas. Qué fatalidad!

Ya me avisa Trillo que estarán prontos (en esta hora que son las 2 1/2 de la tarde) para el sábado los 20 mil pesos para V.; pero estamos en la dificultad de encontrar quien los lleve con seguridad. Ha salido á buscar libramientos, y si no se encuentran, irán por la posta á todo riesgo. Para el mes próximo y en los primeros días de él, aprontaré á V. otros veinte mil. Vea V. si encuentra en esa quien se los dé, y gire libra-

mientos pagaderos á veinte días prefijos de su presentación aquí; á fin de que no vaya V. tan destituido en su caja militar.

Haga V. que se forme en esa un exacto resúmen de todo lo que ha contribuido esa Provincia en dinero, frutos, mulas, caballos, etc., etc., en sostén de ese ejército, porque Chile deberá indemnizarnos de todo con el tiempo, y que se me remita una copia, guardando el original.

Adios, mi amado compañero: estoy formando un derrotero hacia Patagones, para irme con varios amigos, si no salimos bien en la empresa de Chile.

Consérvese V. y mande á su invariable y affmo.—*Juan Martín*—Sr. D. José de San Martín.

Buenos Aires, 24 de diciembre de 1816.—Mi amigo amado: Aún no ha llegado el correo, y va á salir el de aquí hoy, para que no se demore demasiado en los días de Pascua que empiezan mañana.

Ha sido pagado todo lo que se debía al apoderado de esa ciudad *(ejército)* hasta fines de noviembre, en 20 mil pesos que se le entregaron en onzas de oro en días pasados. Él dijo que los mandaba en numerario, y después he sabido que ha tomado varios libramientos: en este caso, debió exigir intereses á lo ménos de 2 °/₀ á beneficio del Estado, para que hubiese este socorro más á las tropas: examine V. como se ha hecho este negocio, y sea con destreza y reserva.

Por el correo de hoy remito libranzas á favor de V. de cuatro mil y pico de pesos que se han podido conseguir, y estas pagan aquí el 2 °/₀, porque reciben de contado su dinero sin costos ni riesgos de camino. También estoy casi resuelto á mandar otros cuatro mil pesos en oro con el mismo conductor de la balija, para ir completando con estos y los diez mil que llevó Vidal, los 30 mil que le ofrecí para la caja militar. En el próximo mes de enero podré mandar algo más, pues por ahora, es tan imposible como ahorcarme yo de buena gana; y sepa V. que el Congreso me critica de que atiendo á ese ejército con preferencia al que los guarda á ellos (esto es los Diputados en sus cartas confidenciales), y aquí me minan atrozmente diciendo que desatiendo á la defensa de esto, y no pago á las viudas, asignaciones y oficialidad (de todos tamaños y colores que están aquí de vagos), por contraerme todo á Mendoza. Sin embargo, nada me arredra, porque yo obro lo que considero en mayor bien del país en general.

Hoy mismo se va á dar principio á dos mil pares de herraduras de caballo, que, concluidas, caminarán por la posta.

Vino el Reglamento del Congreso, y cuando yo esperaba, que en razón de las circunstancias franqueasen las trabas en

que está el Director del Estado, lo ligan cada vez más. Mandan formar una Milicia cívica en todos los Pueblos al mando de los Cabildos; qué desórdenes dimanarán de esta disposición! Dicen que toda la oficialidad cívica, desde capitán inclusive abajo, deben ser nombrados por los soldados; se llevó el demonio el tal cual orden que iba apareciendo, y los pillos de cada población van á ser los electos para oficiales! Al Director no le queda otra acción que la de dar los despachos! El Director no es ya facultado para dar los grados de Coronel mayor y Brigadier, sinó el Congreso. Por fin, el Congreso se ha constituido en Poder Ejecutivo, y yo no puedo continuar así, porque veo inevitable mi descrédito. Le he escrito por extraordinario diciéndole, que es de necesidad ahora su presencia aquí: ellos tocarán los males y verán la necesidad de su remedio.

Admírese V. Después que me tenían sofocado con sus cartas confidenciales, acusándome que no tomaba medidas contra los malvados, han tenido valor para desaprobar completamente lo hecho con Dorrego, por no habérsele formado causa y juzgádolo según las leyes. Es verdad que ha venido con la calidad de reservado, pero esto basta para ligarme ó dejar correr los males, sin atreverme á poner remedio. Sabe V. que en la constitución actual de insusistencia de los gobiernos, todos temen comprometerse, y de aquí resulta, que cuando se trata de esclarecer los hechos por los trámites ordinarios aparecen virtudes en lugar de vicios. No quiero hablar más de esto que me tiene desesperado.

La Escuadra portuguesa bloquea á Montevideo, y el ejército dicen que se ha movido de Maldonado sobre la Plaza. Los orientales se resisten á unirse á nosotros, y yo me resisto á mandarles auxilios, que sólo han de servir para caer en manos de los Portugueses, ó que se convertirán contra nosotros.

Adios, amigo querido: otros tienen más lugar, que le den á V. noticias. Su íntimo—*Juan Martin.*—Sr. D. José de San Martín.

Buenos Aires, 2 de enero de 1817.—Mi amigo muy amado: No he contestado por extraordinario á la de V. de 15 del pasado, porque no ha habido necesidad de hacerlo hasta hoy que sale el correo de esa.

Me dice V. que todo está listo, excepto los últimos pedidos, y que es lo único que lo demora para moverse. Como todo ha caminado de aquí, debo considerar á V. expedito muy pronto, y si no en todo Enero, á lo menos en Febrero puede estar decidida la suerte de Chile. Protesto á V. que estoy con un miedo más grande que yo, y que no sosegaré hasta que sepa que V. ha concluido á ese bárbaro Gallego. Para sere-

nar mis cuidados, sería bueno que V. dejara establecida una carrera de comunicación en la cordillera, situando hombres del país en puntos aparentes, y por su retaguardia, con provisiones, etc., para hacerme volar sus partes hasta Mendoza, y de allí por pliego en posta, de todo lo que ocurra capaz de interesarme en bien ó en mal. Yo no sé si esto es fácil, porque no conozco el terreno, pero lo indico á prevención.

Ya hace tiempo que caminó la asignación hasta diciembre, que V. me pide con insistencia; y también ha ido parte de los 20 mil pesos, y el resto irá por el correo, si no encuentro libranzas.

Como ha de ser! que tengan paciencia los arrieros, y que corran la suerte que nos toque.

Vidal me avisa que ha tenido 32 desertores hasta su llegada á esa: yo no sé que hacer para para cortar este vicio en las tropas.

Hemos tratado de la ida de Guido, y se ha resuelto, que á la primera noticia de haber V. ocupado á Chile, saldrá de aquí. No sabe V. todo el sacrificio que hago en desprenderme de este joven, que es el que me lleva todo el despacho de la guerra.

Los últimos despachos para los oficiales están ya en la Inspección y caminarán por el correo de hoy. También remití ya el despacho para don Manuel Rodríguez de Chile.

Están listos los instrumentos de Matemáticas (1) que V. me pide; pero es imposible vayan por el correo, porque á más de ser voluminosos, se harían pedazos con la violencia del movimiento del caballo, por más que se cuidase de su acomodo. El Teodolito y el Pantógrafo me han costado 425 pesos.

Llegó el correo del 22.—Me ha llenado de ira la crueldad de ese indigno Gallego Marcó. Va la orden para que V. fusile á sus espías aprendidos, procurando que esta ejecución llegue á su noticia. Si la suerte lo llega á poner en nuestras manos, hágalo V. sentir los efectos de su grosera educación en la insolente contestación que ha traido Alvarez. Nada me dice V. de las observaciones de este amigo en Chile.

Celebro que Soler ayude á V.: para mantenerlo en sus deberes, consérvelo en respeto y miedo: ninguna confianza con él, y no perder de vista sus pasos.

Me parece bien que haya V. puesto á Crammer al mando de uno de los batallones del Nº 8.

Veo el estado en que V. me dice que se halla Marcó, esperando á V. por el Sur, dividiendo sus fuerzas, haciendo consejos de guerra diarios, y creyendo á V. con sólo 2,000 hom-

(1) Por esta vez no se hace alusión con este término á la Logia de Lautaro, sinó realmente á instrumentos de matemáticas pedidos por San Martín para uso del cuerpo de ingenieros de su ejército, según se explica en su lugar.

bres. Esto es un bien, pero no puedo recordar sin incomodidad, que por haberse opuesto el Congreso, no han venido los 500 hombres que se había dispuesto del ejército de Tucumán. Con un refuerzo igual sería mayor nuestra confianza; pero los Doctores en todo se han de mezclar. Ellos perderán el País, si Dios no les sugiere, ó no los confirma en la idea que están, de suspender las sesiones hasta mejor tiempo, dejando una Comisión en clase de Senado, cerca del P. Ejecutivo.

Ha llegado el Reglamento, y ha sido preciso suspender su publicación, porque él sólo va á arruinar el poco orden interior que hay, fomentando las causas de la rebelión, y ligando al Director mucho más de lo que estaba por el Estatuto.

Ya caminaron las instrucciones que V. me pidió, y me repite ahora. Sin embargo de lo que en ellas se previene, si V. considera conveniente poner en aquél gobierno á O'Higgins hágalo, con entera seguridad de mi aprobación, así en esto como en todo lo que V. obrase. Tengo de V. la misma confianza que de mí propio, y sobre todo, la presencia de las circunstancias es la única guía que debe tener un General en el caso de V. Lo que importa, sobre todo, es afirmar el orden en aquél territorio, y destruir las cabezas de la inquietud. Establezca V. una rigurosa policía, y estrúgeme bien á los Matuchos para pagar nuestras tropas, vestirme, remitirme los reclutas, é indemnizarnos algo de los empeños en que nos ha puesto esta expedición.

Antes que V. lo dijese, ya sabía yo que el de Córdoba *(don Ambrosio Fúnes)* es inepto para su destino. Yo bien sé que mientras no se le ponga en nuestro lugar un hombre de nuestra confianza, nada se hará de bueno; pero (vuelvo á mis pasteles) los Doctores no quieren que el Director elija los Jefes de las Provincias y pueblos, sinó de los individuos que propongan los respectivos Cabildos ¿se puede esto tolerar? Si V. sale bien de Chile, he resuelto volverme loco, y entonces se remediará todo; y sinó, yo largo sin remedio este lugar para otro zonzo que quiera hacer un sacrificio estéril de su opinión.

No dirá V. que mi carta es corta: quisiera decir aún mucho más; pero conténtese V. con que le asegure que lo ama con todo su corazón su íntimo amigo y frere—*Juan Martín.* —Sr. D. José de San Martín.

Buenos Aires, 18 de enero de 1817.—Tiene V. razón, mi amigo querido, en creer que no puede haber un vecino más perverso que Artigas: él ha despreciado mis oficios, mis insinuaciones, mis auxilios, y ha decretado hacer la guerra á esta Capital, cualesquiera que sea su suerte con los Portugueses. Su intento principal, es introducir el desórden en esta Banda occidental, porque de él únicamente puede esperar su conser-

vación. Esté V. cierto, que el país es salvado, si lo libramos de la anarquía; y que debemos contraer todos nuestros esfuerzos á destruirla y alejarla de nuestro suelo.

Me dice V. que el enemigo ha cargado mucha fuerza al valle de Aconcagua......

He reconvenido al comandante del Parque sobre el desarreglo y falta de numeración de los bultos remitidos á ese ejército, y me ha protextado que es equivocación de V. ó mal informe que le han dado. Yo no estoy contento con él, y quisiera que, si fuese posible, mandase formalizar un expediente que bastase para calificar el desarreglo en que ha remitido las municiones, etc., y me diese cuenta con él.

La montonera de Santiago del Estero se concluyó, y su caudillo Borges (a) Mandinga, fué fusilado: todo se disipó como una tormenta de verano, y se publicó el indulto general, exceptuando sólo á otras tres cabezas que fugaron, y eran perseguidos de cerca. Ya no hay remedio, amigo mio; yo he manifestado hasta aquí toda la lenidad y moderación posible; y si esto ha engreido á los malvados, será muy otra mi conducta.

Tiene V. razón en decir que son muy débiles los Americanos: la experiencia les irá enseñando sus deberes.

He dispuesto que del armamento sobrante que hay en Mendoza se remitan 300 fusiles á Córdoba, porque temo que los Santafecinos no devuelvan los que quitaron: espero contestación de Vera sobre esto. Yo no quisiera ensangrentarme con los habitantes de Santa-Fé, que harto han sufrido con la entrada de Díaz Vélez contra mi orden, por cuya consideración he sufrido más de lo que manda el decoro del destino que ocupo; pero si se obstinan en precipitarme, obraré como un estrago, y será ejemplar el escarmiento.

Yo también presiento como V., ventajas en la expedición sobre Chile: todo se presenta favorable: no obstante, yo temo por la importancia misma de la empresa.

Me deja V. en la curiosidad del pasaje de poca integridad ó cuando menos de abandono de los intereses públicos, que me indica haber ocurrido en esa: en esto debe haber un celo y rigor siempre alerta.

Muy bien hecho en alejar á todo español y sospechoso de esa ciudad: sin estas precauciones, burlarán siempre nuestra vigilancia: sientan ellos el peso del mal que nos hacen.

En su última carta del día 4 me dice V. que iba á ocupar el día siguiente en la bendición de la primera bandera de ese ejército. ¡Dios la haga una santa y bienaventurada!

Me dice V. que recibió muy á tiempo los 4,000 pesos en oro, y los otros 4,000 en libranzas, cuyo cobro ignoraba si se había verificado: avise V. de todo, porque el dinero ha sido entregado aquí al recibir el papel sobre esa.

Por fin ha resuelto el Congreso su traslación á esta capi-

tal, y ha decretado su salida de Tucumán para el 1º de febrero. Ha nombrado una Comisión de tres Diputados para que se anticipe á estar cerca de mí en clase de Consejo, y me anuncian que estará aquí del 20 al 25 actual: los que la componen son los Dres. Darragueira, Castro y Carrasco ¡siempre doctores!. Ellos se gobiernan y pretenden gobernar el país con teorías, y con ellas nos conducen á la disolución. Sin embargo, yo estoy al frente de todo, y teniendo cerca á los congregados, les haré ver la razón. Entre tanto, he suspendido la publicación del Reglamento con acuerdo de la Junta de Observación, hasta la llegada del Congreso, y si fuera necesario tocar los resortes que V. me indica, lo avisaré oportunamente. Yo confio que no será necesario que V. se retire á limpiar botas á un país europeo, porque hemos de establecer el orden en el nuestro, ó ha de cargar el Diablo con todos los que lo amamos.

Espero el oficial que V. me ofrece mandar al ponerse en marcha, con todos los planos, etc., aunque creo que sería mejor no emplear en esto un oficial, que en su venida y regreso, con su socorro al canto, costará lo menos 300 pesos al Estado. Todo puede venir por el correo, y si es posible, como un legajo particular y bajo una dirección privada, por si acaso en el camino y territorio de Santa-Fé hay alguna montonerilla como la que quitó los fusiles.

Aunque digo á V. en la Instrucción, que la Municipalidad de Santiago nombre un Presidente, tambien le digo que obre con arreglo á las circunstancias; y pues que al tiempo de entrar á aquél país, es preciso nombrar un Jefe del Estado, para alejar toda sospecha de intentar dominarlos, me parece muy bien que V. nombre á O'Higgins, si es de su entera confianza. Obre V., mi amigo, con entera libertad, seguro de que mientras yo esté aquí, todo será aprobado como lo ha sido hasta aquí. Conozco la necesidad de llevar un sistema sostenido de unidad, y nada, nada podrá alterarlo: la reconquista de Chile y el establecimiento del orden en él, es nuestro interés, y para conseguirlo no debemos dejar estorbos en el camino.

Adios, mi querido íntimo amigo de su—*Juan Martín*—Sr. D. José de San Martín.

Buenos Aires, 1º de febrero de 1817.—Amigo querido: Tengo las dos cartas de V. de 21 y 24 de enero, que vinieron por el correo y por extraordinario. Veo por ellas con sumo desconsuelo, que al moverse el ejército, tenía V. la baja de 400 hombres entre enfermos, desertores y estropeados por las mulas, apesar de la precaución de estarlas amansando cien milicianos con anticipación. Confieso á V., mi buen amigo, que esto me ha puesto en un grave temor de una resulta desgraciada. Sabemos que el enemigo tiene una cuarta parte

más de fuerzas, y que debe estar más disciplinada que la nuestra, porque ha tenido más tiempo de prepararse; y aunque nos han escrito tantas veces que aquellas tropas están dispuestas en nuestro favor, debemos tambien saber, que el soldado se bate por subordinación y miedo; y no debemos contar con esto para nuestra empresa.

Me dice V. que me envía un cúmulo de comunicaciones, y no ha venido otra cosa que Gacetas de Chile: sin duda fué un olvido, que he sentido, porque hubiera deseado ver algo que tranquilizase ó minorase mis cuidados.

Me anuncia V. que para el día 10 de este mes estará decidida la suerte de Chile, y por más que yo me las prometa felices, no puedo dar tan poco tiempo á una empresa que debe ser precedida de precauciones infinitas por el enemigo. ¡Ojalá sea V. oído por nuestra Madre y Señora de Mercedes!

Esta noche se volverá á tratar sobre el Secretario de confianza que V. me pide: anoche hubo impedimentos para esta resolución, porque no se pudieron juntar los antecedentes.

Yo no he visto en Secretaría la propuesta de oficio para la propiedad de Sargento Mayor en Álvarez (Condarco): si no ha venido por la Inspección, remítalo V. para librarle el despacho. Si todos los que tienen charreteras las mereciesen como este, sería mejor nuestro estado y mayor nuestra confianza.

Bien puede V. decir que no se ha visto en nuestro Estado un Ejército más surtido de todo; pero tampoco se ha visto un Director que tenga más confianza en un General; debiéndose agregar, que tampoco ha habido un General que la mereciese más que V.

Apesar de todo, yo veo que le faltan á V. mil buenos soldados más, para que yo estuviese en más quietud.

Hoy debe estar V. avanzado en la cordillera con ocho días de camino, según su carta del 24.

Para asegurarme de toda responsabilidad ulterior en el intento de alejar á los Carrera, será de suma importancia que V. acumule materiales y me los remita, en términos que justifiquen mi conducta. Sin esto, no podré tomar una medida tan seria, pero sí puedo asegurar á V., que mientras yo mande no se acercarán á Mendoza.

Adios, *mon frere:* sea V. feliz para que también lo sea su invariable amigo—*Juan Martín.*—Sr. D. José de San Martín.

Sr. D. José de Sau Martín.—Buenos Aires, enero 24 de 1817.—Amado amigo mio: Ya va V. en viaje, según su última carta del 13. He visto el plano, pero no he tenido aún tiempo de arreglarlo al detalle que me hace de sus marchas.

Es preciso que Dios sea Godo para que no ayude nuestra empresa.

Me dice V. que me remite á la señora doña Remedios, sin avisarme si ha salido ya ó no, ni como ni con quien viene. Esté V. seguro que no le faltarán mensualmente los 80 pesos que V. le asigna, como tampoco todo lo demás que sea graciable y dependa de mi arbitrio.

Esta noche se tratará sobre la ida de Guido, y si se acuerda por el avenimiento, saldrá sin demora.

No hay duda, amigo, que los DD. nos han de sumergir en el último desórden y en la anarquía. Si no apretamos los puños, estamos amenazados de ver al país convertido en un Argel de hombres con peluca.

Me parece muy bien la amistad de O'Higgins, Necochea y Alvarado: son hombres de honor y de virtudes públicas: al cuarto no lo conozco, pero lo supongo de iguales cualidades.

En el pensamiento de Chile sobre Chile, que también me agrada, se tratará esta noche. (1)

Se dice que Artigas, después de su total destrucción en su territorio, intenta venir, ó se halla ya en Santa-Fé, con el fin de alborotar la campaña y hacernos la guerra. Este hombre corre á su precipicio; y yo me preparo á todo. No contento con haber perdido el Oriente, quiere también concluir con el Occidente del Río de la Plata: se engañará si cree que su partido es el que fué en otro tiempo; al hombre que pierde todos le huyen la cara, y tal va á ser su suerte.

Ádios, amigo mio querido: él saque á V. con bien para salvación del país y gloria de los dos. Suyo—*Juan Martín.*

Sr. D. José de San Martín.—Buenos Aires, 25 de febrero de 1817.—Gloria al restaurador de Chile! Sí, amigo mio querido, la fortuna ha favorecido los heroicos esfuerzos de V. y la América nunca olvidará la valiente empresa de V. sobre Chile, venciendo á la Naturaleza en sus mayores dificultades. Venció, y yo me glorío con V. y lo abrazo con toda la ternura de mi alma reconocida á sus servicios. Esta es la expresión del hermano: la del Director Supremo será de otra calidad.

Ayer ha sido un día de locura para este gran pueblo: no tengo tiempo para expresar á V. los términos con que se ha explicado el sentimiento de regocijo público por la victoria de Chacabuco, cuya noticia llegó á las nueve de la mañana por pliego despachado por Luzuriaga. Eran las 12 de la noche y

---

(1) Todas las veces que se habla en esta correspondencia de reuniones nocturnas indeterminadas, es con referencia á las sesiones de la Logia en que se resolvían los asuntos de gobierno que se expresan en ella.

aún se oía un ruido sordo de vivas y estruendos en toda la ciudad. La Fortaleza y seis buques de nuestra marina hicieron salva triple. Escalada que conduce los pliegos aún no ha llegado, y me tiene impaciente su demora, porque quiero imponerme de algunos pormenores de la acción, en que sé por Luzuriaga que V. con dos escuadrones de Granaderos á caballo tuvo que meterse entre las filas enemigas. De esto infiero, ó que la cosa estuvo apurada, ó que no tuvo V. un jefe de caballería de confianza; porque en todo otro caso, yo acusaría á V. el riesgo en que se puso. Dígame con la franqueza que debe lo que hubo en esto; mientras yo quedo con el más grave cuidado con la noticia que también me da Luzuriaga, que de resultas de la fatiga personal que V. tomó en la acción quedaba muy afligido de su pecho. Por Dios, cuídese V. porque su vida y su salud interesan extraordinariamente al país y á sus amigos.

Tengo cuatro cartas de V. de 29 y 31 de enero y 4 y 9 de febrero; pero como sus contenidos se limitan á darme noticia de sus marchas y operaciones hasta la villa de Aconcagua, nada tengo que decir en contestación, sino celebrar que con tanta maña se haya ensartado el Sr. Marcó. Si por accidente cae en nuestro poder, trátelo V. como caballero, y mándemelo aquí sin demora, para enseñarle yo también, que lo somos más que él.

No olvide de decirme de oficio quienes son los oficiales que más se han distinguido, y todos los que V. considere dignos de premio, expresando el que V. gradue, ya sea en grados, empleos, ó escudos, etc.

Luego que llegue Escalada irá el grado de Brigadier General para el restaurador de Chile.

Son muy lisongeras las noticias de la América del Oeste: parece que van los patriotas dando fin al sargento Morillo y á todo su ejército.

Es ya opinión general en España que no se puede sostener la guerra contra las Américas, y que es preciso negociar con ellas. Para esto han escrito á los ministerios de Inglaterra y de Francia, ofreciendo el comercio libre á los Americanos y otras varias gracias si reconocen á Fernando, é incitándolos á que tomen parte en la mediación bajo tales bases. Ellos se ven ya apurados, y no será extraño que de repente venga algún emisario: yo diré lo mismo que ingleses y franceses: *ya es tarde.*

De Artigas nada sé sinó que estaba en el Hervidero haciendo nuevas reuniones, para hacer sin duda nuevos sacrificios. Me estoy entendiendo con Frutos Rivera.

Adios, compañero y amigo mio: repito á V. que se cuide mucho para corresponder hasta que sea viejo á la íntima amistad que le profesa su—*Juan Martín.*—Descuide V. sobre los

Carrera que no irán á Chile por más que hagan. ¿Quiere V. creer que me han venido á felicitarme por motivo tan plausible para ellos mismos?

Sr. D. José de San Martín.—Buenos Aires, 3 de marzo de 1817.—Amigo muy querido: Acabo de recibir la última de V. del 18, y por todo resulta que sólo Concepción quedaba por el Rey, con su guarnición de 500 hombres. Es imposible que intenten resistirse, y yo cuento que á la intimación que V. les hizo se habrán rendido á discreción.

Supongo que por olvido no ha dado parte O'Higgins de su colocación en la dirección suprema de ese Estado: dígale V. que no omita este paso, si no lo ha hecho ya, porque ya han extrañado aquí los que todos lo glosan.

Veo esa fuerza aumentada á más de 4,300 hombres, con 1,000 más que V. tenía entre prisioneros y presentados. Chile ha visto y sentido los efectos de nuestra liberalidad para salvarlo, y es necesario ahora que concurra con la misma franqueza en nuestros apuros.

Los portugueses han manifestado ya su mala fé. Su objeto y sus miras tan ponderadas de beneficiar á estas Provincias, están ya descubiertas, y no son otras que agregar á la corona del Brasil la Banda Oriental; y si nosotros proclamamos por emperador al Rey don Juan, admitirnos como por gracia bajo su soberano dominio. ¡Bárbaros miserables! Tenemos más poder y dignidad que ellos, y jamás las Provincias Unidas de Sud-América tendrán un monarca tan subalterno. Vea V. mi Manifiesto de ayer y gradúe por él mis sentimientos. El nombre americano y nuestro noble amor propio debe sentirse humillado y ofendido. Yo deseo un soberano para nuestro Estado, pero lo quiero capaz de corresponder á la honra que recibirá en mandarnos: es decir, quiero alguno más grande que don Juan, y lo quiero para sólo nosotros. Es, pues, necesario aumentar este ejército *(de Buenos Aires)*, para hacerles sentir la locura de sus pretensiones, y de oficio digo á V. me mande mil soldados de nuestra fuerza y mil de los chilenos presentados ó prisioneros, pero no godos.

Salga V. al campo, serénese, descargue todo lo prolijo del mando militar en quien V. quiera; cuídese V. por fin, mucho; pero no me vuelva á hablar por Jesu-Christo de separarse del mando de ese Ejército. ¿Qué operación, qué empresa quiere V. que yo confie á otras manos? Ya sea para sostener á ese ejército y á ese país en respeto, ya para llevarlo á nuevas glorias que se presentan tan indicadas, no hay otro que V., San Martín mio. Así, pues, cúidese V., restablézcase, y sacrifiquémonos hasta que no haya más que hacer en la libertad de nuestro país. La suerte nos ha colocado en aptitud de salvar-

lo, y todo promete que lo hemos de conseguir. Aliento, amigo mio, y aprovechemos la fortuna en su hora feliz. Mi corazón me dice que V. no ha de ser víctima de sus males, y que tiene que dar más glorias al país.

Con mis amigos y los de V. *(la Logia)* voy á tratar de la dirección que debe darse á esa fuerza, que deberá V. aumentar hasta cinco mil hombres, y avisaré á V. de todo.

Dentro de pocos días estarán aquí cinco buques armados que vinieron con Carrera á su empresa: estos quedan á mi disposición, y saldrán á recibir órdenes de V. en Valparaíso. sobre lo que le impondré después con más tiempo. Carrera con sus hermanos no se moverán de aquí.

Sé que esos habitantes son frios y obedientes, pero eso no es un mal á nuestros intereses: será más fácil manejarlos, y hacer de ellos soldados subordinados.

Celebro que Alvarado haya correspondido al concepto que hice concebir á V. de él. Despácheme V. cuanto antes la nota de los que V. considere dignos de premio.

Se tratará esta noche *(en la Logia)* sobre Guido; pero hijo mio, yo me quedo inutilizado si él sale de esta Secretaría.

El dinero de la Casa de Moneda pertenecerá á ese Estado, pero el tomado al ejército enemigo, es privativo despojo de nuestras armas: mándeme V. la mitad para equipar á Belgrano que me saca los ojos por la desnudez y miseria de su ejército, que ha estado privado de auxilios necesarios por atender á Chile.

Es preciso indemnizarnos, y sobre todo, atender la nueva guerra que veo indispensable y muy próxima con los portugueses. Dos ó tres cientos mil pesos me son de absoluta necesidad, y muy pronto: vea V. á O'Higgins, y que los apronten los godos sin misericordia.

Adios, *mon frere cheri* de su eterno amigo—*Juan Martín.*—Prevenga V. que los mil reclutas chilenos deben ser escogidos para el Regimiento de Granaderos que quiero completar, á lo menos en los 500, y los otros para Húsares y Artilleros.

Sr. D. José de San Martín.—Buenos Aires, 10 de marzo de 1817.—Amigo y hermano mio: Al tiempo de salir ayer el correo, llegó el capitán Pacheco con la bandera y guión que V. me ha enviado. Cabalmente llegó en el primer día de las funciones que hace el Cabildo, y fueron depositadas en los balcones de la Municipalidad, sirviendo de trofeo entre una lucida iluminación y las músicas de los regimientos, al retrato del General San Martín coronado por una corona de laureles por un genio que representaba la fama: hubo fiesta de pólvora y muchos vivas al vencedor y restaurador de Chile. Con este

motivo se suspendió el despacho hasta hoy, para poder decir á V. algo en contestación.

Muy mal hecho en no haber salido por algunos días al campo, según lo aconsejaban los Galenos: mientras esté V. á la inmediación de los negocios, no le han de faltar ocupaciones: déjelo V. todo por el tiempo necesario, porque lo más importante y ejecutivo es la restauración de su salud.

Haga V. que Marcó y todos los principales prisioneros vengan á San Luis. Marcó fugó varias veces siendo prisionero de los franceses; y si está cerca de las costas del mar, será muy fácil que lo repita. Las mismas precauciones deben tomarse con todos los oficiales europeos, y aún americanos que no sean de confianza.

Se va á tratar de escoger un hombre de amabilidad y talento para Diputado cerca de ese Gobierno: son tan escasos los hombres de estas calidades, que tiemblo cuando me veo en la necesidad de emplear alguno: para ello he pedido el auxilio de mis amigos *(de la Logia)*.

No me parece conveniente que V. separe de ese ejército los oficiales que haya de confianza, para formar el ejército de Chile; pero es muy importante que coloquemos en él personas que estén siempre en nuestros intereses, para que sostengan en todo tiempo á O'Higgins contra cualquier intento de sus paisanos. Para esto he pedido también á mis amigos una nota de los oficiales sueltos que haya aquí, más escogidos por sus costumbres, educación y cuna, y caminarán muy pronto, con varios de los franceses y americanos que vinieron con los Carrera. Entre tanto llegan, puede V. colocar en comisión algunos de su ejército que no sean de suma falta.

Que vengan sin falta y antes que se cierre la cordillera, los dos mil reclutas pedidos, porque aquí está ahora la mayor necesidad; y alguna plata, aunque sea estrujando á los godos.

Espero las resultas favorables de la expedición de 1,200 hombres sobre Concepción, para dar el último suspiro de desahogo y consuelo en los asuntos de Chile.

Muy bien hecho de elevar á Escuadrón la escolta de V.; pero para la aprobación de lo que V. quiere, es preciso que lo proponga de oficio, con el estado de los oficiales para los despachos, que deben expresar su destino; á menos que no deba ser el mismo Regimiento de Granaderos.

Si no pueden devolverse hoy las dos comunicaciones de Pezuela, porque he mandado sacar copias para remitir á Belgrano y dejar aquí, irán en el inmediato correo.

Irán los 400 sables que V. me pide, aunque no tengo en la Sala de armas más que 340, y no vienen á venta, al paso que han cargado las remesas de fusiles.

¿Cómo quiere V., amigo mio, volver á Mendoza para restablecerse? ¿Crée V. que mejoraría de temperatura? Retírese

V. al campo en horabuena por los días que necesite; pero aunque V. no haga nada, su sóla presencia me basta para que yo esté en confianza, y basta también para que haya orden en ese país. Si V. se separa de ese país, aunque sea por poco tiempo, tal vez pueda relajarse la disciplina de nuestras tropas, y tal vez también padezca el respeto en que debe estar O'Higgins.

Qué bella ocasión para irnos sobre Lima, ahora que Pezuela está en calzones blancos! pero desgraciadamente no hay marina que proteja la empresa. Sin embargo, creo que antes de mucho saldrán de aquí los cinco buques N. Americanos, de los que están dos en balizas.

Adios, mi eterno amigo de su—*Juan Martín.*

Sr. D. José de San Martín.—Buenos Aires, 8 de marzo de 1816.—Amigo muy amado: Después que salí del cuidado en que me tuvo por muchos días, el riesgo en que supuse á V. de alguna irrupción de indios, entramos en el temor de que fuese asaltada la tropa en que venía el dinero: corrían voces de que ya se había verificado, y para todo evento habían salido trescientos Húsares de confianza, y el comandante general de frontera á reunir algunas milicias; pero felizmente anoche se me ha avisado, que ya estaba aquél caudal en el Salto, y por consiguiente libre de riesgos, y yo de sobresaltos. Para librarnos de iguales riesgos en los 100 mil pesos más que deben venir, deberá V. remitirlos por el correo y en partidas de 2,000 onzas, con la precaución de que vengan como mandadas por algún comerciante y de su cuenta y riesgo. Los montoneros respetan las propiedades particulares; y aunque yo no temo á los de Santa-Fé por su gobierno, este mismo no podría evitar un desórden de la chusma.

Dentro de una hora se abrirán las sesiones del Congreso: voy á vestirme para felicitarlo. ¡Dios les dé juicio y los saque con bien!

Aún no ha llegado el correo de esa: en inquietud me tiene la suerte de nuestras fuerzas sobre Talcahuano.

La Serna ha bajado hasta Salta. ¡Ojalá viniera hasta Tucumán! Su objeto no es otro en mi juicio, que llamar la atención de los Gauchos, saquear aquella ciudad, y retirarse al interior del Perú.

Yo no tengo tiempo para escribir á O'Higgins: preséntele V. mi memoria y mis afectos.

¿Cómo ha ido á nuestro amigo Guido en la cordillera? Repítale V. mi cordial amistad.

Ayer he tenido comunicaciones de Rivadavia de 22 de febrero último en París. Dice que ha sido recibida con extraordinario aprecio la noticia de que pensábamos declarar por forma de gobierno la Monarquía Constitucional; pero que ha

sido en proporción ridiculizada la idea de fijarnos en la dinastía de los Incas. Discurre con juicio sobre esto, y me insta para que apresure la declaración de la primera parte. Este ha sido mi sentir, pero no sé si los Doctores pensarán de un modo igual.

La señora Remedios sigue muy bien: yo felicito á V. por su conservación.

Los portugueses siguen en la misma inacción y silencio: se me avisa del Janeiro que se disponía un refuerzo de 800 hombres: cuantos más vengan será más difícil su subsistencia en Montevideo. De sus apuros debemos sacar nosotros ventaja, y este debe ser el objeto de nuestra destreza, sin perder de vista la destrucción de la anarquía.

José Miguel Carrera está en Montevideo, y se me avisa de allí que piensa pasarse á Chile para formar montoneras: esté V. prevenido, y adviértaselo á O'Higgins para que pague su merecido si ejecuta este criminal intento.

Adios, mi amigo muy querido, de su—*Juan Martín.*

Sr. D. José de San Martín.—Buenos Aires, 24 de marzo de 1817.—Compañero querido: No ha llegado aún el correo de esa vereda, y nada sé de V. desde su salida de Mendoza. Esto permanece en la misma serenidad en que V. lo dejó.

Salieron Aguirre y Gómez para N. América, y llevan días de muy buen tiempo.

Por los impresos habrá V. visto las ventajas adquiridas sobre el enemigo por La Madrid en Tarija, y por Güemes en Salta: todo nos pronostica un buen éxito al gran golpe de nuestros intentos. Si Aguirre nos manda con prontitud lo pedido, la suerte de nuestro país es hecha. No pierda V. momentos en reunir los cien mil pesos que deben mandarse á nuestros comisionados, para que su demora no entorpezca el más rápido progreso de sus operaciones; cuanto más numerario les vean, tanto más crédito les facilitarán las casas emprendedoras.

La señora Remedios sigue cada día mejor: ya debe V. descuidar enteramente por su vida.

Yo sigo padeciendo con mis dolores, que me atormentan mucho. Me hallo, amigo mio y compañero, en un estado de casi desesperación. Necesito separarme por lo menos algún tiempo para establecer mi curación: el médico me lo ordena indispensablemente, y todos, y todos, todos se oponen. Mis males son de calidad, que de no repararlos prontamente, se dificultan, se hacen crónicos, y harán miserables mis días.

Dirija V. mis expresiones á O'Higgins, á qnien no escribo: delas á Guido y demás amigos, y mande en un todo á su —*Juan Martín.*

Buenos Aires, 2 de julio de 1817.—Mi querido amigo y compañero: Muy mala debe estar la cordillera, pues ya he despachado dos correos sin haber aún llegado los de esa. Entre tanto, crecen mis cuidados sobre Talcahuano por la falta de noticias; y aunque el número y calidad de nuestras tropas me inspira confianza, no puedo alejar de mí el temor de una desgracia, que frustraría nuestros mejores intentos. Si V. ve que se demora con exceso el término de aquella empresa, creo que V. debe hacer un esfuerzo, yendo á concluirla personalmente, y llevando consigo á la ligera dos ó trescientos Granaderos más: la noticia de la presencia de V. y de su refuerzo escogido, aterraría al enemigo y aseguraría la victoria. Creo más, que este sólo paso, seguido de una intimación imponente, lo obligaría á una capitulación, y se concluiría la campaña sin perder un hombre más. Considero como imposible que los enemigos entren por el último trance de entregar las armas, siendo dueños de la mar, y teniendo buques en que retirarse; pero si algun accidente favorable presenta este caso, evite V. cuanto sea posible su traslación á Lima.

El Ejército Real del Perú continúa su retirada con mucha lentitud: á los diez y ocho días de su salida de Jujuí, sólo había andado 14 leguas.

La Madrid, después del golpe que dió en Tarija, había engrosado su división y se dirigía sobre Potosí por caminos extraviados.

Estamos en una noche oscura con respecto á Europa. Los portugueses no hacen movimiento alguno.

La señora Remedios sigue mejor. El país en perfecta quietud, y yo cada día más amigo de V. como su íntimo f.—*Juan Martín.*—Sr. D. José de San Martín.

Sr. D. José de San Martín.—Buenos Aires, 14 de julio de 1817.—Amigo muy querido: Ha aumentado mis cuidados la última carta de V. de 8 de junio sobre la situación de Talcahuano. Ya dije á V. en el correo pasado, que mi opinión era que V. se presentase personalmente á concluir con aquél resto de enemigos, y hoy me afirmo más en mi dictámen. Tengo en este momento presente el plano que V. me ha mandado, y el correo no me da lugar para hacer algunas observaciones que reservo para el inmediato con más detención y exámen. Entre tanto, yo creo juiciosas las reflexiones de V. La calidad del terreno que manifiesta el plano en arenales, facilita la formación de trincheras en muy poco tiempo, para batir los reductos enemigos sin perder nuestra tropa. Un asalto pide mucha superioridad en el número de los combatientes, y nuestros soldados no son experimentados en tales operaciones. El Fuerte Centinela, es un punto aislado que se rendirá forzo-

samente, ocupados que sean los demás reductos, al paso que es el más fuerte por su posición.

Detengo en mi poder la carta de O'Higgins, para mejor examinar el plano.

Adios, mi amado compañero, hasta el próximo correo. Siempre será de V. fino amigo—*Juan Martín.*

Sr. D. José de San Martín.—Buenos Aires, 17 de julio de 1817.—Mi hermano y amigo: Algo dije á V. en el correo pasado sobre Talcahuano, y ahora debo agregar, que por declaraciones de los capitanes de dos bergantines que fondearon antes de ayer en esta rada, y que remito á V. en copia oficial, verá que los españoles se dirigen á ese reino en número de 1,200 á 1,500 hombres: yo los supongo ya en el Pacífico en todo agosto, y que Talcahuano será el teatro de sus primeros trabajos militares. Naturalmente saldrían de Cádiz á principios de mayo, y muy probablemente ignorantes de la conquista de Chile: habrán navegado en convoy por los mares bonancibles, pero luego que entren á la zona fria, seguramente se dispersarán, mucho más en la actual estación. Los que puedan montar el Cabo irán llegando en dispersión al punto de reunión, que verosímilmente será Chile. Allí sabrán la tragedia, y que Talcahuano se conserva aún por el Rey; sabrán sus apuros, y es fácil vayan en su auxilio, si no traen órdenes precisas. Así opino, amigo mio, y bueno será que para contramaniobrar competentemente á sus planes nos pongamos en este caso.

He visto con detención el plano que V. me remitió de Talcahuano. Ciertamente es posición fuerte, y mucho más para nosotros que no podemos tomarla al paso de carga, y destinando algunos centenares de hombres para que cieguen sus fosos. No, amigo mio, estas empresas no nos convienen, porque es preciso economizar los pocos soldados que tenemos, y guardarlos para mejores ocasiones, en que el valor y talentos del General tengan mejor ó más seguro premio; pues bien sabe V. que los godos se pintan para batirse detrás de un parapeto.

No pudiendo tomar esta posición de un modo brusco, bueno será acudir al infalible, aunque más lento y trabajoso. Tengo por indispensable aproximarse al enemigo con un trabajo ordenado: la calidad del terreno, la abundancia de bosques y la cantidad de que puede hacerse O'Higgins, convidan á la tropa volante, y á establecer baterías sobre la palizada de los reductos enemigos. El del morro se presenta el más aparente para la empresa; pues tomado, se dominaba la bahía y la población, y se batian por la cola las baterías Nº 2 y 3. Si esto no fuere practicable, lo sería al menos el establecer baterías

equidistantes avanzadas, con el objeto de estrechar el sitio y reducirlos por hambre, poniéndose el grueso de nuestra fuerza bien atrincherada para librarnos de un golpe de desesperación. Como es preciso hacer algo en todo el próximo mes para quitar este punto de reunión al enemigo, encargue V. mucho á O'Higgins que se atrinchere en el itsmo con una línea de contravalación, y por reductos equidistantes, pues bien sabida es aquella vieja máxima, que todo ejército atrincherado triplica su fuerza. Tomado el morro, veo fácil continuar en la población, y el enemigo cortado no tiene más arbitrio que rendirse. Para esta empresa considero necesarios de 2,500 á 3,000 hombres, supuestos 1,500 al enemigo, etc. Por último, todas mis observaciones sólo deben tener el carácter de tales en la consideración de V., y debe por consiguiente disponer según lo juzgue más útil, porque, sobre que mis conocimientos son escasos, me falta la vista natural del terreno, de cuyas elevaciones respectivas no puedo formar juicio sobre el plano.

En la última de 18 pasado me dice que acababa de llegar de Valparaíso. Es muy bien hecho que haya V. retirado de aquél punto toda la artillería innecesaria. No hay aquí cureñas sobrantes: V. sabe cuanto es cara la madera: veré, sin embargo, si se encuentran algunas de mar, que lo dificulto mucho, porque no vienen buques artillados con piezas de á 24, que son las que V. me pide, y en el caso de hallarlas, las mandaré por el primer buque.

Ya habrá visto lo que resolvió el Congreso sobre de V.; y yo en consecuencia, Camarada, que sea esta la última simpleza de su extremada delicadeza.

Hace tres días que salió la tropa con la pólvora pedida para ese Estado: irá oportunamente la cuenta de su valor y gastos.

Conserve la salud para que aseguremos la suerte de nuestro país, y podamos disfrutar en nuestras chacritas el premio de nuestras fatigas. Adios, mi amigo íntimo—*Juan Martín.*

Sr. D. José de San Martín.—Buenos Aires, 25 de agosto de 1817.—Amigo muy amado: Por el correo que llegó ayer he recibido dos cartas de V. de 22 y 30 de julio pasado: la del 22, que casualmente fué la primera, me puso en la mayor amargura por el estado amenazante en que V. me presenta su salud.

La dificultad de encontrar sujeto de nuestra confianza, que ocupase el actual puesto de don Antonio Balcarce, había detenido la resolución de su marcha á ese país, para que descargando V. en él todo el peso militar, pudiese atender con ménos embarazos á la reparación de su salud; pero veo que ya es preciso hacerlo con brevedad: así se hará, amigo mio.

La del 30 de V. y otra de igual fecha de nuestro Guido, escritas desde la casa de campo, nos han consolado. No dude V. querido amigo, que la separación del laberinto de negocios, la distracción y la quietud del espíritu, restituirán á V. muy pronto á su perfecta salud. Así lo esperamos y así lo deseamos con todo nuestro corazón, los que, tanto por un afecto de pura amistad cuanto por la conveniencia pública, conocemos todo el interés de la conservación de la vida y salud de V.

Veo el aumento que tiene la fuerza del mando de V., pues me asegura que para el próximo septiembre se podrán reunir en el campo de instrucción seis mil hombres largos: supongo que esto será contando con la división que está en Talcahuano. Todo impera la pronta ida de Balcarce para que ayude á V. y así será luego, luego.

En la ocurrencia de los Carrera, cuyos planes é intentos atroces ha recibido V. por Luzuriaga, (pues de todo me dice remitió á V. noticia) se encuentra indudablemente el origen de las inquietudes y alteraciones que V. me avisa se observaban entre los chilenos. Estos eran precisamente los preparativos del gran desórden que debía obrarse, y es preciso obrar con firmeza y energía para aniquilar esta raza de turbulentos.

Al instante que recibí la exposición de Cárdenas que vino de Mendoza, hice cuantas diligencias se presentaron necesarias aquí. Hay algunos presos, pero el Juan José Carrera no ha parecido, sin embargo de que Irigoyen lo vió hace cuatro días. El camarista Oliden está siguiendo el sumario indagatorio, comisionado especialmente para este negocio.

Como el crimen se intentaba contra las autoridades de Chile, y en él están los principales y mayor número de cómplices, yo creo que deberá hacerse el juicio en esa, y remitirse por consiguiente de aquí cuanto se actúe. Prevéngame V. con tiempo.

Ha visto V. qué malvados! pero, amigo mio, no se puede desconocer que andamos de buena fortuna, pues nada se emprende que no sea feliz, y nada se intenta contra el orden que no escolle en sus primeros movimientos.

Cuídese V., amigo, restablezca su salud importante, y no dude que hemos salvado el país, pues los bienes se aumentan progresivamente, y los males se hacen conocer de sí propios para presentarnos la ocasión favorable de extirparlos.

Aquí no hay el menor temor de inquietud. Cada día se afirma más la confianza pública, y se hace sistema la opinión de alejar para siempre las turbulencias y los genios tumultuarios.

Me pide V. noticias de Europa. Lo más interesante va inserto en nuestras Gazetas, esto es, lo público. De privado se sabe el triste, el miserable, el turbulento, el impotente y el afligido estado interno de la España. La Europa toda opina

generalmente por la necesidad y aún la conveniencia de la emancipación de las Américas, ó colonias españolas. Se espera muy fundadamente, pues esta opinión obligará muy pronto á los gobiernos á tomar una intervención en el particular. Todo anuncia que seremos pronto libres del yugo europeo: procuraremos nosotros librarnos del que aquí quieran imponernos los facciosos, y veremos los días de serenidad y descanso, con el mismo tezón é interés que su eterno amigo—*Juan Martín.*—Yo no sé si podré escribir á Guido: que lea esta, y que lo cuide á V. como á su hermano.

Chacra en San Isidro, 22 de octubre de 1817.—Sr. D. José de San Martín.—Amigo de todo mi aprecio: Tengo tres cartas de V. del mes de septiembre que no he contestado: creí que en el campo tendría más lugar que en la ciudad, pero por cierto que ha sucedido lo contrario.

Á esta fecha está ya Balcarce en Santiago, y V. se ha descargado de la suma de atenciones que lo afligía. Váyase V. á una casa de campo, deje todos los cuidados á su retaguardia, pero no piense por Jesu-Christo en venir á Mendoza. No hay un amigo de V., no hay un hombre de los que aman el orden, no hay uno de los de mi consejo privado, que no se interese eficazmente en el restablecimiento de V., pero tampoco hay uno de estos que no haya temblado con la noticia que se vulgarizó, de que V. dejaba á Chile. Mil especies ridículas se suscitaron con tal ocasión, todas malignas, y que afligían á los hombres de bien. El mismo Chile, y ese ejército, sin la inmediación de V. estaría expuesto, y ahora que se va afirmando el imperio del orden, es que más necesita de nuestra asistencia.

Lo que yo quiero, sobre todo, es que se ponga bueno, porque esto importa á la libertad del país y á la confianza y fino afecto de su inolvidable amigo—*Juan Martín.*

Sr. D. José de San Martín.—Buenos Aires, 24 de noviembre de 1817.—Amado amigo mio: Se han pasado varios correos sin que haya podido escribir á V. Antes de ayer á la noche recibí la última carta de V., escrita como otras anteriores por amanuense, á causa de la debilidad de su pulso. Á todas contestaré luego que vuelva á la chacra, donde las tengo.

Ayer tuve el gusto de ver á mi señora doña Remedios: se conoce aún que ha estado enferma, pero sigue reponiéndose, y ya tiene V. una compañera segura.

He recibido las primeras noticias de nuestro Manuel Aguirre, refiriéndose á comunicaciones anteriores que no han

llegado á mis manos. Me incluye una carta para V. y otra al Director de Chile, que van por este correo. Como presumo que el contenido de todas debe ser uno solo, tengo por supérfluo mandar copia de la mia. Se va á encontrar en apuros de gran tamaño, por no habérsele cumplido la promesa de los 100 mil pesos, que están aún en las cajas de Santiago, y su descrédito va á ser trascendental al de estos dos gobiernos. Haga V. por Jesu-Christo que vuele ese dinero á cualquier costo que sea, porque todo es menos que nuestra desopinión. De todos modos, el golpe se ha perdido para el tiempo que lo teníamos dispuesto; pero no lo perdamos para siempre, y con él el resto de crédito que podemos conservar y restablecer con los N. Americanos. Vengan, pues, esos 100 mil pesos para hacerlos volar. Con ese mismo caudal se habrían armado aquí cuatro ó más buques de igual ó mayor fuerza, como lo he dicho á V. repetidas veces y en oportunidad. Hace pocos días se remató el hermoso navío la «Tristán» con todo su velámen en 8,000 pesos. En fin, esto no tiene remedio, á menos que no venga de esa, haciendo un esfuerzo para mandar otros 200 mil pesos sobre los que deben remitirse á Aguirre, pues con ellos se podrá hacer aquí mucho más que en N. América.

Las dos fragatas que aprestará Aguirre, no bastan para nuestra empresa. Las contratas celebradas con los extranjeros, parece que no nos sacarán del apuro, porque ni noticias hay de ellos, y además, es muy inseguro este recurso para descansar y fiar en él nuestras esperanzas. Ábrasele una acequia al Jordán aunque sea con trabajo, y vamos á asegurar la cosa; pues de lo contrario, será preciso variar de ideas.

Mi salud ha ganado mucho con mi salida al campo. Deseo saber que V. se halle en una buena chacra, porque estoy seguro de su completo restablecimiento, que desea con verdadero anhelo y el más cordial sentimiento de afecto, su constante amigo—*Juan Martín.*

Sr. D. José de San Martín.—Buenos Aires, 9 de diciembre de 1817.—Amigo de mi afecto singular: En la última de 14 de noviembre, como en la del 11, me habla V. de mi negativa á la licencia que pidió para venir á Mendoza. Ya dije á V. que todos los amigos *(los de la Logia)* han sido los que lo determinaron así, porque consideraron peligrosa su separación de ese país.

Siguen entrando presas á docenas, y la España cada día más impotente.

Tenemos al célebre Barañao en un cuartel: fué prisionero con su cacao en un buque procedente de Lima.

También está en Buenos Aires el general Milans, y otros oficiales de los que fugaron de Cataluña, para sustraerse á las

maldades y venganzas de Fernando: ha sido bien recibido, como lo serán los que vengan como amigos á vivir entre nosotros.

Ereñú está ya en movimiento contra Artigas, y espero que muy pronto lo estará igualmente todo el Entre-Ríos. Les he mandado armas y municiones.

Yo soy como de lo íntimo amigo de V.—*Juan Martín de Pueyrredón.*

Sr. D. José de San Martín.—Buenos Aires, 24 de diciembre de 1817.—Amigo de mi particular aprecio: En la última del 24 ppdo. me avisa V. que nuestro Balcarce estaba ya posesionado del mando en jefe interino del Ejército Unido, con la aceptación que merecen sus recomendables virtudes. Crea V. que sólo una persona como él podría asegurar mi confianza para ocupar su lugar por el tiempo que V. tenga que separarse.

Me escribe O'Higgins remitiéndome el nuevo plano de Talcahuano y Concepción levantado por D'Albe. Ó los enemigos han aumentado considerablemente sus fuerzas (sobre lo que nada me dice) ó han quedado más débiles aumentando los puntos de atención.

No ha habido más noticias de Aguirre que la comunicada en el anterior correo con copia de su carta. Al fin ha de ser preciso hacer un esfuerzo para armar aquí los buques necesarios. Ya habrá visto que con 200 mil pesos, apenas podría poner en la mar dos fragatas de á 32 piezas, y con el mismo dinero se habrían armado aquí lo menos cuatro de igual fuerza. Yo creo ya perdida esta campaña, por habernos faltado los buques; y si no queremos también perder la venidera, y que nos aniquilen las subsistencias de ese ejército, es preciso buscar del abismo 300 mil pesos, y hacer aquí un armamento capaz de dominar esos mares. Piense V. en esto, que es todo, ó el mayor de nuestros intereses actuales.

Ya se rompió el baile en la Banda Oriental. Ereñú negó la obediencia á Artigas, reconociendo la dependencia de este gobierno supremo. Lo mismo han hecho otros varios jefes y pueblos de Entre-Ríos. Me pidieron auxilios porque Artigas los amenazaba de muerte, y en dos días se aprestó y salió una división de 600 hombres de todas armas en su socorro: sé que llegaron al punto de su destino, y nada más por ahora.

Adios, mi amigo muy querido, de su—*Juan Martín.*

Sr. D. José de San Martín.—Buenos Aires, 9 de marzo de 1818.—Mi amado amigo: Con la de V. de 28 de enero

he recibido la de O'Higgins, que devuelvo impuesto de todo; pero estoy con el gravísimo cuidado que dió Guido en su última comunicación, anunciándome la enfermedad de aquél amigo, con muy pocas esperanzas de su vida. Si ha muerto O'Higgins ¿quién ocupará su lugar?

Sí, mi buen amigo: yo considero la necesidad en que V. está de descansar algún tiempo despues de sus largas fatigas; y convengo en que, destruidos los españoles que han vuelto á atacar á ese Estado, lo conseguirá V. por mi parte. Pregunto ahora ¿quién irá ó llevará el ejército á Lima? Si es Balcarce, es de necesidad que V. venga á sucederme. Por fin, dejemos esto á las circunstancias. Cuídese V. mucho, que es lo que interesa sobre todo.

He visto la declaración de la Independencia de ese Estado con gran gusto. Aquí se ha celebrado con entusiasmo y regocijo público.

Supongo á V. ya instruido de la dedicación de Rondeau á las Matemáticas *(ingreso en la Logia)*.

También lo creo impuesto de los tres Diputados de N. América: mañana empezarán sus negociaciones; pero entre tanto puedo asegurarle que el objeto de su venida es de beneficio común.

Ama á V. con verdadero afecto su amigo—*Juan Martín.*

Buenos Aires, 2 de abril de 1818.—Amigo de todo mi aprecio: Por las noticias que V. me da en su última de 2 de marzo ppdo. en San Fernando, debo suponer dada ya la acción y decidida la suerte de nuestras armas por esa parte. Esperamos entre las mayores inquietudes, noticia tan interesante.

Yo contaba con los 100 mil pesos que el gobierno de Chile me ofreció y en tal concepto tenía comprados ya dos bergantines fuertes; pero por este correo me dice Guido, que no hay como mandarlos, y quedarán paralizadas mis medidas. Vea V., por Dios, de empeñar á esos amigos, para que hagan un esfuerzo, porque aquí no hay arbitrios. Desde que se tuvo noticia de la expedición de Lima sobre este país, hizo el comercio una cruel suspensión á su giro, y la aduana no produce ni la mitad de lo que daba.

Que Monteagudo sirva á ese Estado nada tiene de extraño ni de chocante, porque él no tiene los comprometimientos que en el nuestro; y lo que escribí á V. fué en concepto de ser empleado de nuestro ejército. Él llegó aquí, como V. sabe; gritó contra él el partido de oposición que tiene, solicitando que se le expeliese; yo tomé sobre mí el internarlo á Mendoza en clase de confinado: se pasó á Chile sin mi licencia ni consentimiento: se supo que había sido por su propia resolución, porque yo no lo oculté á los muchos que me lo preguntaron. Si después

de estos antecedentes se viese colocado en nuestro ejército, se inferiría, y con razón, que yo obraba una intriga con mengua de mi circunspección y verdad.

Dios haga á V. feliz en proporción á los deseos de su amante amigo—*J. M. de Pueyrredón.*

Sr. D. José de San Martín.—Buenos Aires, 9 de abril de 1818.—Amigo de mi mayor estimación y confianza: Nada de lo sucedido en la poco afortunada noche del 19 vale un bledo, si apretamos los puños, para reparar los quebrantos padecidos. Nunca es el hombre público más digno de admiración y respeto, que cuando sabe hacerse superior á la desgracia, conservar en ella su serenidad, y sacar todo el partido que queda al arbitrio de la diligencia. Una dispersión es suceso muy común; y la que hemos padecido cerca de Talca, será reparada en muy poco tiempo.

Con fecha 27 me dice Guido, que estaba V. en Santiago, dió sus disposiciones y volvió á partir para el Ejército. Dios dé á V. la salud y fortaleza que necesita.

Mucho me agrada que V. meta en el campo de instrucción á todo el ejército, para restablecer el espíritu de las tropas.

Se dice que muchos oficiales han faltado á su honor: sea V. inexorable con los cobardes: un ejemplo en un oficial producirá efectos admirables en todo el ejército.

Deseo tener un detalle circunstanciado de todo, y una noticia exacta de las fuerzas que háyamos reunido, con más todas las fuerzas que puedan formar la defensa de ese reino.

Mañana saldrá otra tropa en que mando á Luzuriaga 400 tiros por mitad á bala y metralla de á 4, por si puede V. necesitarlos. También mando 25 quintales de pólvora de fusil para su provincia. Avise V. con tiempo todo lo que pueda serle necesario, para poner el ejército en estado de operaciones, y no lo haya en ese Estado. Sabe V. que aquí nada hay reservado.

Acabo de tener noticias seguras de Cádiz del 30 de enero último: nada de expedición grande ni chica para ningún punto de América. Aún no había llegado la decantada escuadra Rusa.

Este pueblo contristadísimo en los primeros momentos de la noticia del 19, está hoy más alentado, con la reunión de las tropas que se me avisa.

Unión y firmeza, amigo mio, y mande V. á su amigo eterno—*Juan Martín de Pueyrredón.*—Sr. D. José de San Martín.

Buenos Aires, 1º de mayo de 1818.—Sr. D. José de San Martín.—Amigo muy querido: Con fecha 9 del ppdo. me dice V. que se venía, para descansar un tanto de sus fatigas en el seno de su familia, y para que acordásemos lo necesario á dar el último golpe á los enemigos; y desde entonces no he tenido la menor noticia de V., y aún ignoro si ha salido de Chile.

Sin embargo de que V. me dice que no quiere bullas ni fandangos, es preciso que se conforme á recibir de este pueblo agradecido, las demostraciones de amistad y ternura con que está preparado. Si yo quisiera evitarlas, haría un insulto al más noble sentimiento; ni V. puede tampoco resistirse, sin ofender la delicadeza de toda esta ciudad, que prepara la carrera de su entrada con arcos y adornos al héroe de los Andes y Maipu. Es, pues, de absoluta, de indispensable necesidad, que V. mida sus jornadas para entrar de día; y de la última parada me anticipe V. aviso de la hora á que gradúe que debe llegar, para que el Estado Mayor, etc., etc., salgan á recibirlo á San José de Flores, donde está situada ya una división de artillería. Una comisión de tres amigos *(de la Logia)* debe también salir á felicitar á V. Por último, hay ciertos sacrificios que es de necesidad sufrir en favor de la sociedad en que se vive y del puesto que se ocupa. Si V. quiere entrar á caballo, adviértamelo y le mandaré uno mio.

Adios, mi amigo, espero con impaciencia el momento de abrazar á V.—*Juan Martín de Pueyrredón.*

Buenos Aires, 10 de julio de 1818.—Amigo mio querido: Desde que V. salió no ha cesado de llover, y con la excesiva humedad se avivaron mis dolores: hoy parece el tiempo más sereno, y también lo está el barómetro de mis piernas. Si á V. han seguido estas lluvias en su viaje, ha debido ser molestísimo, singularmente para mi señora doña Remedios.

He tenido comunicaciones de París hasta el 28 de abril último. Todas las gazetas de aquella corte, refiriéndose á las de Madrid, están llenas de la escuadra Rusa, inmensas tropas para embarque, expediciones formidables, y grandes recursos; al mismo tiempo que me dice Rivadavia que la España sucumbe al peso de su miseria. El duque de San Carlos, embajador de España en Londres, escribe á Rivadavia instándolo á que vaya á aquella corte para tratar de asuntos de la mayor importancia á nuestra América. Qué tal! Ya nos buscan los orgullosos, y en sabiendo lo de Maipu ¿qué harán?

Corria muy válido en las cortes de París, Viena y otras del continente, que Fernando había resuelto conciliar el decoro de su corona con la independencia de estas Provincias Unidas, coronando en ellas como soberano independiente á don

Francisco de Paula, y se sospecha que tales son las proposiciones del de San Carlos. El tiempo nos dirá lo cierto, y entre tanto, vamos apurándolos por este lado.

Se asegura que Artigas ha sido completamente destronado por los portugueses; y que se había refugiado en los bosques con muy pocos facinerosos, dejando en poder de sus enemigos el equipaje todo. Positivamente ha habido algo, pero ignoro si tanto como se dice.

Adios, mi compañero amado: expresiones á Madama, y feliz viaje. De V. todo—*Juan Martín de Pueyrredón.*

Sr. D. José de San Martín.—Buenos Aires, 7 de agosto de 1818.—Amigo el más querido: O'Higgins me dice que en la misma fecha que á mí comunicaba á V. la desgraciadísima ocurrencia con Guido. Tomado este negocio en consideración con la seriedad que exige, se ha resuelto que inmediatamente se separe de Chile el objeto de su disgusto, porque hemos recelado ulterioridades fatales. Urge mucho, amigo mio, que V. se ponga al momento en Chile: me lo insinúan así varios amigos; y la calidad de los sucesos lo pide con prontitud.

Las comunicaciones de Rivadavia sobre que me contesta V. en su última del 25 ppdo. en Mendoza, pasaron al Congreso, para que obremos de acuerdo.

Veo que Pezuela quiere hacer otra montonera, y es en efecto el último recurso que le queda para mantenerse en su silla. Si logramos destrozar el convoy de que ya dí á V. noticia, serán vanos sus esfuerzos; pero sinó habrá que trabajar aún por esa parte.

Como la proclama de Carrera que V. me ha incluido, han aparecido muchas; pero V. se equivoca en creer que ha sido impresa en Buenos Aires: hace mucho que no existe la imprenta de Gandarillas, única á que pudiera atribuirse tal atentado, y además, hace tiempo que se estaba imprimiendo esta y un manifiesto igual en Montevideo, en la casa de José Miguel y con una imprenta particular suya. Á esta digna obra le ayudaba el virtuoso Larrea; y Lecor sabía estos trabajos. Despreciemos estos insultos y vamos á salvar el país. Es todo de V. y eterno amigo—*Juan Martín de Pueyrredón.*—Vaya V. al demonio, y no me vuelva á llamar viejo en su vida, porque V. lo es más que yo y más fundido, etc.

Sr. D. José de San Martín.—Buenos Aires, 25 de agosto de 1818.—Amigo de todo mi afecto: Si Pezuela no hiciera esfuerzos para continuar la guerra en Chile, era concluido su imperio: debemos, pues, contarlo así y prepararnos en conse-

cuencia para hacer un movimiento por tierra, luego que podamos cortarlo por la mar.

Los buques de N. América deben traer á esta fecha como 50 días de navegación; y sin duda van directamente á esos puertos, cuando Aguirre no me dice lo contrario por su última comunicación, en que me anuncia la proximidad de su salida.

La posesión del «Cumberland» es interesante; pero ¿de dónde saldrán los marineros para tripularlo?

Excelentemente dispuesta la compra de los 6,000 caballos para Chile de que V. me habla: con esta arma preferente seremos invencibles.

Ya habrá V. visto lo que le digo de oficio por mi extraordinario anterior sobre los 500 mil pesos. Todos han tocado prácticamente la exactitud de mis cálculos, cuando se trató este negocio; y los que facilitaban con sus proyectos hasta un millón, son los primeros en confesar su error. No hay remedio, amigo mio; no se sacan de aquí los 500 mil pesos, aunque las cárceles se llenen de capitalistas. Los ingleses se han resistido absolutamente; y Staples me aseguró ayer, que iba á persuadirlos á que diesen algo voluntariamente. Los demás no dicen *no quiero;* pero sí el equivalente, *no tengo*, y lo comprueban.

Estoy en el proyecto de sellar cobre, y se está trabajando el plan.

Estoy ansiosísimo por que V. me escriba desde Chile. En cada correo vienen nuevas noticias del disgusto de O'Higgins con Guido: si este no ha salido pronto, yo temo que se generalice la oposición; y las resultas serán fatales. V. podía calmar la irritación que se advierte; su persuación y su ejemplo suavizarán las pasiones; tendremos esto más que agradecer á V.; y será cada día más digno del afecto de sus amigos. Lo es todo de V. su—*J. M. de Pueyrredón.*

San Martín á Pueyrredón

Sr. D. Juan Martín de Pueyrredón.—Mendoza 4 de septiembre de 1818.—Mi amado amigo: Gran satisfacción tendrá V. al leer las comunicaciones de Chile que le incluyo: todo ha quedado transado del modo más sólido. Dios conserve la armonía, que es el modo de que salvemos la nave.

Todo ciudadano tiene una obligación de sacrificarse por la libertad de su país. Así lo iba yo á hacer en inteligencia de que el Ejército de los Andes tuviese que operar fuera de Chile, y que la tal cual opinión que había adquirido, influiría en el buen éxito; pero habiendo variado el plan de operaciones, no creo ya de importancia mi presencia. Por lo tanto, ruego á V. por nuestra amistad y por la misma patria, admita la renuncia que le hago y me deje cuidar un poco de mi salud

para poder repararla algún tanto. En todo tiempo de peligro estaré pronto á marchar al punto que se me diga. Bajo este supuesto, y el de la absoluta imposibilidad de encargarme en el día de mando alguno por las razones expuestas, espero que á vuelta de correo venga conseguida mi licencia.

Adios, mi amigo, lo es de V. y lo será eternamente, su—José de San Martín.

Pueyrredón á San Martín

Buenos Aires, 2 de septiembre de 1818.—Sr. D. José de San Martín.—Amigo querido: Ha debido graduar cuál habrá sido el sentimiento mio y de todos los amigos de la unión, desde el día que recibimos las comunicaciones sobre la ocurrencia de Guido. Estoy cierto que si hubiera V. estado presente, todo habría sido terminado de un modo amigable; pero el diablo siempre ha de meter la cola; y así es preciso vivir siempre alerta, y con la espada desnuda. Por esto es que dije á V. en mi anterior, que apresurase su paso de la cordillera; pues temí por el tamaño de los primeros pasos, que llegase á ponerse tan agria la cosa, que fuese imposible templarla.

Veo por la última de V. del 17 ppdo., que un temporal le impedía ponerse en camino; pero pues impuesto de todo me dice V. que había ya dado sus disposiciones, quedo tranquilo.

Hace tres correos que no he escrito á Guido, suponiéndolo en camino por las órdenes O-O que le fueron por posta: dígale V. si aún lo ve, que venga tranquilo. Yo he hecho correr la voz, que hacía tiempo me instaba por su separación de Chile; y que me había visto precisado al fin á concedérsela.

Ah! amigo! en cuantas amarguras nos hemos visto con el maldito empréstito! Hasta aquí no se han sacado más que 87 mil pesos de los españoles: los ingleses se han rehusado abiertamente, y 141 mil pesos que les cupieron no han entregado más que 6,700. No hay numerario en plaza: los pesos fuertes ganan hasta 4 °/₀ de premio. En suma, es imposible sacar el medio millón en numerario, aunque se llenen las cárceles y cuarteles. Admírese V. al oír, que ayer perdía el papel del empréstito 25 °/₀, cuando no se ha sacado aún la sexta parte.

El resultado de todo esto es, que el Estado no se remedia; que el comercio nacional se arruina; que los ingleses, únicos introductores, utilizan exclusivamente toda la quiebra del papel; que no entra un peso en aduana, porque todos los derechos se satisfacen en dicho papel; y lo peor y más ruinoso que todo es, que el crédito público se destruye de un modo escandaloso.

Estoy ahogado, estoy desesperado. Ayer he dicho que se me proporcionen arbitrios, ó que se me admita mi dimisión de este lugar de disgustos y amarguras.

De oficio verá V. la feliz ocurrencia de la fragata «Trinidad», pasada á nuestras banderas con 183 soldados del regimiento de Cantabria y 52 marineros: ya están en nuestras balizas, y la tropa, que desembarcó en la Ensenada, entrará hoy por tierra.

Guido no me ha dirigido carta alguna para V.; y quedo con el cuidado, de que por esta equivocación, haya llegado á otras manos algún negocio de confianza.

Adios, mi compañero querido: alíviese y mande en lo más puro del afecto de su—*J. M. Pueyrredón.*

Buenos Aires, 16 de septiembre de 1818.—Amigo de todo mi aprecio: Mucho, mucho he celebrado la terminación de los disgustos de Chile; pero me parece, que no descubro en la reconciliación toda la seriedad que debe tener, para que sea permanente; y creo que la presencia de V., y algunas explicaciones amigables restituirán toda la confianza.

¿Cómo se quedaría V. cuando recibió mi comunicación sobre suspensión de libramientos? Aseguro á V. que no sé cómo no me he vuelto loco, cuando ví cumplirse los tres plazos dados para el empréstito, y que no había entrado ni la sexta parte en cajas. Los ingleses se desentendieron absolutamente, y á su ejemplo lo hacían todos los demás comerciantes.

Mi espíritu tocaba ya al término de la desesperación, porque preveía el trastorno que debían padecer nuestras operaciones militares. Pero ya encontré el remedio; y hoy puedo asegurar á V. que se hará efectivo el empréstito, y que puede empezar á girar contra este gobierno las cantidades que encuentre en Mendoza ó Chile, en la seguridad de que serán cubiertas. Prevengo, sí á V., que no gire sus libramientos á menos de 8 á 10 días vistos, para nuestra mayor comodidad.

He echado á un lado toda consideración con los que no tienen ninguna con nuestra situación apurada; y mañana se intimará al comercio inglés, que el que no hubiese cubierto en los 14 días restantes de este mes, la cantidad que le hubiese cabido, será embargado y rematado en sus efectos hasta cubrirla; y además, cerrada su casa y expulso del país. Estoy cierto que no darán lugar á ello; y el dinero se juntará, aunque se lo lleve todo el demonio.

En esta confianza y seguridad, aproveche V., amigo querido, el primer momento de bonanza para pasar la cordillera, y vamos á ver si completamos la seguridad del país, y la gloria propia de V.

Balcarce me escribe largo sobre el estado de cosas de Chile; pero en todas sus cartas y con repetición me dice que, sólo la presencia de V. podrá dar el tono y la actividad que les falta.

Por lo demás, dejémonos ahora de renuncias, que si fué disculpable la de V. por las circunstancias, no lo es ya, habiendo variado; y porque también, juro á V. por mi vida y por los deberes de nuestra amistad, que si llegase á obstinarse en pedirla, en el acto haré yo lo mismo; y se vendrá por tierra toda nuestra obra. Tenemos aún algo que sacrificar, y es preciso hacerlo.

Si V. viera como estoy yo! Hace días que estoy pasando las noches más amargas con mis dolores. Sin dormir, y siempre trabajando sin alivio, se siente mi máquina muy debilitada y mi espíritu muy abatido. Apesar de todo, sigo el empeño, y hemos de salir de él con honra, ayudándonos recíprocamente.

Aliento, pues, amigo mio; cuente siempre con todos los recursos que puedan proporcionarse aquí, y con la eterna amistad de su—*Pueyrredón.*—Sr. D. José de San Martín.

Sr. D. José de San Martín.—Buenos Aires, 24 de septiembre de 1818.—Amado compañero mio: Me fué entregada su carta de 11 ppdo., y posteriormente recibí la última de 9 del corriente.

Muy pronto sabrá V. el nuevo teatro que se presenta á nuestros negocios públicos. Por él deben variarse, ó al menos suspenderse nuestras principales disposiciones respecto de Lima. V. es de indispensable, de forzosa necesidad á este grande interés de nuestro país: él sólo va á terminar la guerra, y asegurar nuestra independencia de toda otra nación extranjera. Por él, haremos que al momento evacuen los portugueses el territorio Oriental. Por fin, son incalculables de pronto todos los bienes que disfrutará nuestro país por un medio tan lisongero.

Por separado escribo á V. lo que ha ocurrido con el Sr. Brayer. Si V. me hubiese mandado su causa, no hubiera estado en esta tan altanero. Dígame V. por pliego en posta su determinación.

Es de toda necesidad, aún para nuestras miras ulteriores, que concluyamos con Talcahuano. Me parecen muy bien las disposiciones que se toman.

Muy convéniente será la presencia de V. en Chile, para dar impulso á las cosas; pero debe V. quedar expedito dentro de dos, ó dos y medio meses, para venir á completar los deseos de sus amigos, y asegurar para siempre la independencia de las Provincias Unidas, y nuestra quietud y descanso, que á la verdad, bien lo necesitamos, después de tantos afanes, y de tantas perradas en nuestros primeros años.

Mis dolores siguen su alternativa, pero mi amistad será tan firme como puede serlo la vida de su amigo—*J. M. Pueyrredón.*

Sr. D. José de San Martín.—Buenos Aires, noviembre de 1818.—Amado amigo mio: En la víspera de su salida para Chile me escribió su última de 11 del ppdo. Á su llegada habrá visto, cuanta era la necesidad de su presencia en ese país; y yo cuento ver remediados los muchos males de que se me han lamentado Balcarce y Guido con repetición.

Por el correo avisé á V. el regreso de Álvarez *(don Julian):* estamos conformes, y se resolverá sobre operaciones ulteriores.

D. Manuel Aguirre llegó antes de anoche en la fragata «Horacio», que dejó enfrente á la Ensenada, esperando práctico para entrar. De un momento á otro llegará también la fragata «Curacio», que salió de N. América á un mismo tiempo. Ambas son de 36 cañones y en extremo veleras; pero su artillería viene en dos buques mercantes, porque no se les permitió salir de otro modo. Me ha hecho ayer una larga exposición de las contradicciones que ha sufrido, y dificultades que ha debido vencer para llegar al término de su comisión. Escribe por este correo á O'Higgins, y sólo espera poner aquí listos los buques, para trasladarlos á Chile, á dar cuenta personalmente de su encargo á ese gobierno.

Los virtuosos de Montevideo han desplegado su furor, inundando esta capital con libelos de varias calidades, llenos de suciedades asquerosas contra mí, contra V., Belgrano, Secretarios de Estado, y en suma, contra cuanto hombre hay de respeto entre nosotros. Han sido mirados con desprecio, y están desesperados. Álvarez (don Julian) está encargado de remitir á V. una colección de los que han salido hasta ahora. Todo está impreso en Montevideo entre Alvear, Murguiondo, Carrera, etc., etc. Dos de dichos papeles se contraen á decir que tenemos dos logias de Franmazones, y en ellos comprenden á medio pueblo. Yo no siento sinó que me hayan asociado á algunos con quienes jamás he tenido, ni podré tener amistad: los demás honran á sus compañeros. Van adjuntos los papelones, por si Álvarez los olvida: muéstreselos á mi compañero O'Higgins.

Es todo de V. y eterno amigo—*Juan Martín de Pueyrredón.*

P. S. Me ha puesto V. en las mayores angustias, con las libranzas que ha dado por los caudales de los correos que ha detenido. Ha sido preciso pagarlas á la vista, porque de otro modo, padecía el crédito de V., el mio y el de la administración toda; y para ello, gradúe V. cómo me habré visto, para hacer de modo que fuesen todos los accionistas pagados antes que se despachase el correo. He barrido el Cabildo, Consulado, Aduana, y todo cuanto había con algún dinero ageno. Si viene otra, hacemos bancarrota, y nos fundimos. Supuesto que por ahora lo que sobre todo interesa es mantener el ejército,

creo que debe V. hacer presente el estado de falta de recursos en que se halla ese gobierno; y pedir que mensualmente se socorra por este al Ejército de los Andes con la cantidad que se gradúe suficiente á sus necesidades, y con cargo de reintegro para ese Estado, pues no es regular ni justo, que se sirvan de nuestras armas, y que también se las mantengamos.—Adios, compañero amado—*Pueyrredón.*

Sr. D. José de San Martín.—Parece, amigo mio, que V. es el horóscopo feliz del reino de Chile: apenas pisa V. su territorio, cuando empiezan á sucederse las prosperidades.

Recibí antes de ayer la noticia del apresamiento de la *María Isabel* en Talcahuano; y aunque viene desnuda de detalles, debo inferir que todo el convoy caerá en nuestras manos, pues supongo que, dividido en el Cabo, no había llegado aún. ¡Qué golpe tan funesto para los Limeños! Permanecerán aún aquellos patriotas en el silencio vil que hasta aquí?

Observamos desde algún tiempo que Godoy *(Cruz)* anda maleando, y vemos con sentimiento que no es amigo de la administración presente. Se nos ha asegurado también, que él y Zañartu han escrito á V. y á O'Higgins chismes y enredos. Debemos esperar que V. nos diga lo que haya con la ingenuidad que debe, y bajo el seguro del más alto sigilo. Marte no puede ocultar su corazón.

No olvide V. mandarme el informe pedido por Álvarez sobre la comportación de Dorrego.

Adios, mi amigo muy querido, de su—*Juan Martín Pueyrredón.*—Buenos Aires, noviembre 24 de 1818.

P. S. De oficio prevengo á V. del afortunado descubrimiento que acabo de hacer de los asesinos mandados por José Miguel Carrera. Tres que iban destinados á concluir con V. y con O'Higgins, salieron de aquí en carretas hace nueve días; y tres que salió en toda diligencia una partida para seguirlos hasta el mismo Mendoza, y traérmelos vivos ó muertos. El principal de ellos es Mr. Robert. Tengo otros tres aquí asegurados con una barra de grillos, y se les sigue la causa con ejecución. Está mezclada la Javiera y otros chilenos. Acuerden Vds. con O'Higgins si quieren que les mande á Chile, ó eche del país á esta muger funesta. Los demás corren de mi cuenta. Tengo en mi poder cartas originales de ella y de ellos que convencen de su delito.—*Pueyrredón.*

Sr. D. José de San Martín.—Buenos Aires, 20 de diciembre de 1818.—Amigo mio querido: Dije á V. en mi última que había descubierto aquí una conspiración de J. M. Carrera con-

tra las vidas de V. y de O'Higgins, y que presos aquí tres franceses, había mandado un oficial de mi confianza en persecución de otros tres que iban ya en camino para Chile. En efecto, ha regresado el oficial, trayendo á dos de los franceses, y á un chileno llamado Vigil, que recien llegado de Europa se había unido á los asesinos. El coronel Young, uno de los tres franceses, se resistió al oficial, y lo dejó muerto en el sitio de un pistoletazo, con arreglo á la orden que llevaba. Entre la correspondencia de uno de estos malvados, al tiempo, ó en la víspera de su embarque para Montevideo, hay unas cartas de la célebre Javiera, en que nos hace mil honores, y está por consiguiente presa incomunicada en San Miguel. Hay otros varios chilenes en la colada, que no están descubiertos. Avisaré á V. los que resulten, si la perversa Javiera los quiere manifestar, porque ella es el eje de esta indigna pandilla.

Llegó hace tres días el extraordinario con las noticias del apresamiento de los tres trasportes del convoy: esperamos que caiga el resto con igual felicidad, y repito á V. lo que le dije en mi última confidencial: V. parece que es la estrella de la fortuna de Chile.

Estoy deseoso de saber la ocupación de Talcahuano, porque debo suponer en aquella plaza la tripulación y tropas que venían en la *María Isabel*, de cuyos detalles en el apresamiento nada me ha dicho V.

Este es el momento de afligir á los Limeños, y de poner á contribución los pueblos de toda su costa.

En vano se tocan aquí arbitrios; no es posible sacar plata: este es el único enemigo poderoso que tenemos que vencer.

Para el apresto de las fragatas me ha pedido ya Zañartu treinta y tres mil y quinientos pesos. Todos son ahogos en este maldito renglón.

Mande V. á su íntimo amigo—*Juan Martín de Pueyrredón.*

Sr. D. José de San Martín.—Buenos Aires, 1º de marzo de 1819.—Amigo muy querido: Tengo en mi poder y contesto á la última de V. de 28 de enero desde Curimón.

En otras circunstancias habría sido mayor mi conflicto, al ver la pintura que V. hace de ese Estado, y de su falta de cooperación al sostén y operaciones de ese ejército; pero como al recibo de esta se hallará V. ya impuesto de la diligencia con que se preparaba en Cádiz una gruesa expedición para nuestras playas, y de la que no nos queda la menor duda, ha sido menor mi sentimiento en firmar la orden para la muy pronta retirada de nuestras fuerzas á esta parte de la cordillera.

Por las comunicaciones á V. y á O'Higgins de que se incluye á V. copia, verá que es de necesidad sacar toda la fuerza posible, ya por lo que pide nuestra situación, ya porque esto

será lo único que nos dará Chile en recompensa de tantos sacrificios que nos ha costado su restauración.

Aunque se pida el auxilio de tropas de línea hasta el completo de nuestra fuerza de 5,000 veteranos, yo creo que convendría más, que sólo se trajesen reclutas para engrosar nuestros cuerpos, porque sus cuerpos de línea vendrán llenos de planas mayores, que nunca serán de nuestra entera confianza; y porque esto nos costaría un duplo el sostenerlas. Me inclino, pues, á que pida V. reclutas, que bajo la dirección de las nuestras serán sin duda de más provecho.

Bien temo la deserción que V. recela al repasar los Andes, singularmente en todo lo que sea soldados chilenos; pero ahí es donde debe V. operar su saber, para traerlos contentos, ó seguros, aunque no sea contentos. Por esto, pues, y por el mayor respeto que impondrá la presencia de V., pienso cual sería muy conveniente, que V. no se separase de ese ejército, hasta dejarlo de esta parte de la cordillera, cuyo paso debe á toda costa verificarlo en la presente estación.

Ya habrá V. visto el fandango que bailaron los maturrangos en San Luis. ¡Qué tales niños el Ordóñez, Morlita, etc.! Vale que le pagaron bien. He mandado el grado de coronel á Dupuy por su buen desempeño. También estaban preparados los prisioneros de las Bruscas, pero fueron denunciados por dos oficiales ménos malos; y quedan presos varios de ellos. Ha caminado una comisión á formalizar un sumario, y con orden de fusilar á cuantos resulten culpados.

Tenga V. salud y fortaleza y mande á su amigo íntimo—*Juan Martín de Pueyrredón.*

Sr. D. José de San Martín.—Buenos Aires, 4 de marzo de 1819.—Con que se queja V., amigo querido, que yo no le he escrito *desde que me eché á descansar*, según la expresión de su carta del 17! Sin duda creyó V. que el suceso del polvorín fué un juguete. Pues sepa V. que en un mes y medio no pude tomar la cuchara con la mano derecha, y que hoy tengo muy dolorida la parte en que recibí la herida mayor. Va sin embargo, muy mejor; pero necesita pronto relevo: ya V. me entiende.

Por extraordinario despaché antes de ayer la orden para el regreso del Ejército de los Andes. Vea V. si es posible sacar un par de mil reclutas de buena gente, para aumentar la fuerza de nuestros regimientos de infantería.

Tengo muchos deseos de ver á V. por aquí, y entre tanto reciba los afectos de su amigo—*Juan Martín de Pueyrredón.*

Sr. D. José de San Martín.—Buenos Aires, 11 de marzo de 1819—Amigo de todo mi aprecio: Por las comunicaciones oficiales y por la carta confidencial de V. de 2 del corriente en San Luis, he visto los motivos que tuvo V. para su viaje precipitado. Aplaudo y agradezco el celo con que V. corre á todos los peligros del Estado, pero siento que un concepto equivocado de riesgo, haya privado á V. de la comodidad que podia disfrutar por algunos días, hasta que le tocase otra nueva tarea.

Es sin duda el mismo concepto de hallarse este pueblo en riesgo de ser destrozado por los anarquistas, lo que movió y decidió al gobierno de Chile á mandar sus embajadores cerca de Artigas; y á V. á apoyar esta determinación de oficio y confidencialmente. Ya ha debido V. ver á esta fecha que nuestra situación es muy distinta de la que se creyó; y que lejos de necesitar padrinos, estamos en el caso de imponer la ley á la anarquía.

Pero, prescindiendo de esta aptitud ¿cuáles son las ventajas que V. se ha prometido de esta misión? Es acaso docilizar el genio feroz de Artigas, ó traer á razón á un hombre que no conoce otra que su conservación, y que está en la razón de su misma conservación hacernos la guerra? Él sabe muy bien, que una paz proporciona una libre y franca comunicación, y que esta es la arma más segura y eficaz para su destrucción, porque el ejemplo de nuestro orden destruye las bases de su imperio. Esto lo empezó á sentir el año pasado; y por eso me remitió todos los oficiales prisioneros, y cerró los puertos orientales á nuestro comercio, sin antecedentes ni motivo. De aquí es que él siempre dice que quiere la paz; pero sujetándola á condiciones humillantes é injuriosas á las Provincias Unidas, y de aquí también que nunca ha podido celebrarse un ajuste permanente con esa fiera indocil. Jamás creería que la misión de Chile había sido oficiosa de parte de aquél gobierno, y sí que este la había solicitado por debilidad y temor de su situación. Resultaría de aquí un nuevo engreimiento para él, y un mayor aliento á sus bandidos, á quienes tendría esa ocasión más de alucinar.

Por otra parte ¡cuánto es humillante para nosotros que la embajada se dirija á Artigas, para pedirle la paz, y no á este Gobierno! Esto probaría que aquél es el fuerte, el poderoso, y el que lleva la opinión en su favor; y que nuestro lugar político es subordinado al de aquél. Los extranjeros que vean y sepan este paso degradado para nosotros ¿qué juicio formarán?

Hay tantas razones que no es posible vaciar en lo sucinto de una carta, que se oponen á que se realice esta mediación, que me he resuelto á prevenir á los Diputados que suspendan

todo paso en ejercicio de su comisión. También lo digo á V. en contestación á su oficio.

Con que el ejército fué pagado hasta fin de diciembre? Gracias á Dios!

Balcarce se ha portado brillantemente en la campaña del sur de Chile: es acreedor á toda nuestra amistad y gratitud.

Creo que dije á V. que los prisioneros de las Bruscas intentaban también dar el golpe: el plan era general, pero ha sido desbaratado.

Adios, mi amado compañero: tenga V. salud y mande á su constante amigo—*Juan Martín de Pueyrredón.*

Sr. D. José de San Martín.—Buenos Aires, abril 9 de 1819 —Mi amigo querido: La confidencial de V. del 25 de marzo en Mendoza, con la de Guido que devuelvo, y las comunicaciones oficiales de V. y del Director Supremo de Chile, sobre la retirada de nuestro ejército, cayeron en manos de los de Santa-Fé: se impusieron de ellas; y por su importancia se las pasaron á Viamonte. Van contestadas en esta ocasión de un modo de conciliar nuestra necesidad y la de Chile.

La ocasión de remitir las comunicaciones, promovió la de un armisticio, que se celebró entre Viamonte y López, que mandaba las fuerzas de Santa-Fé. Espero que esto sea un principio á reconciliación. Si hay buena fé de parte de ellos, será permanente; porque nadie detesta más que yo esta guerra intestina. Avisaré á V. las resultas.

Ha llegado don Tomás Lezica y da la noticia de refuerzo á Lima que comunico de oficio.

Ya dije á V. que fueron fusilados los dos franceses, asesinos destinados á V. y á O'Higgins.

Es de V. como siempre—*Juan Martín de Pueyrredón.*

Sr. D. José de San Martín.—Buenos Aires 24 de abril de 1819.—Amigo muy querido: La última que tengo de V. es de 3 del corriente, en que muestra su inquietud por saber mi última resolución sobre el ejército. A esta fecha debe V. haberla recibido, y visto que no se ha podido hacer más, para conciliar nuestras necesidades con las de Chile.

El armisticio continuado, es un preliminar de la paz que espero celebrar con los disidentes de Oriente y Santa-Fé. La inutilidad de sus esfuerzos reunidos contra una corta división de nuestras fuerzas, el ejército del interior que los amenazaba de inmediato, y nuestra actitud para hacerles una guerra destructora, me hacen esperar que los tratados convenidos tendrán resultado feliz. No crea V., sin embargo, que yo quiera

prevalerme de nuestra mejor situación, para dictar una paz admitida con violencia: quiero una paz permanente, y para que lo sea, quiero ser liberal y asegurar su duración en la conveniencia mútua de no romperla.

Se concluyó (gracias á Dios) la Constitución: y se va á imprimir con rapidez, para que pueda circularse y publicarse el 25 de Mayo próximo en todos los pueblos de las Provincias. Con este motivo ha concluido felizmente mi tarea; y voy á pasar una nota al Congreso haciéndoselo presente, y pidiéndole nombre quien me subrogue: avisaré oportunamente el resultado.

Hay buen orden; y es amigo constante de V.—*Juan Martín de Pueyrredón.*

San Martín á Pueyrredón

Sr. D. Juan Martín de Pueyrredón.—Mendoza, 11 de mayo de 1819.—Mi amado amigo: Contesto la de V. del 24 del pasado.

V. conoce mi carácter; que mi objeto desde la revolución no ha sido otro que la felicidad de nuestra patria, y al mismo tiempo el decoro de su administración. Bajo este principio, le tengo que hablar con la franqueza de un hombre de bien y amigo de V.

La representación de los jefes que le incluyo, es sumamente fundada; no cuente V. con esta división si tiene que marchar al Perú (Alto). Con justicia deben resentirse á lo que se les ha prometido con la sanción de V. Para Buenos Aires ó Chile, estoy seguro marcharían gustosos, y mucho más sabiendo que és para expedicionar al Bajo Perú.

Bajo estos principios, soy de opinión, que esta división al mando de Rudecindo (Alvarado) se aumente hasta el número de 2,000 hombres en esta provincia, y que abierta la cordillera pase á expedicionar á puertos intermedios y demás puntos del mar Pacífico con la fuerza que hemos dejado en Chile, la que deberá aumentarse según las instrucciones que lleva Las Heras, y poner una fuerza del Ejército de los Andes de cinco mil hombres útiles para obrar, bien sea en el Perú como llevo dicho, (manteniendo la tranquilidad en Chile que se halla amenazada de convulsiones) ó bien dispondrá V. de ella para otros objetos que sean más precisos.

Parta V. del principio, que este ejército necesita V. mantenerlo siempre reunido, pues su moral es la que debe dar impulsión y base á todas las operaciones que V. quiera emprender. Sus Gefes no harán sinó lo que les mande el gobierno á quien pertenecen. Con algunas monturas que V. remita como se lo pongo de oficio, y algunas piezas de paño para vestir la

recluta que se va á levantar, encontrará V. una fuerza disciplinada y capaz de sostener la causa decididamente.

Veo lo que V. me dice haberse concluido la Constitución, y que iba V. á descansar de sus penalidades y trabajos: el que á V. lo sustituya creo que me dejará reposar por lo menos este invierno, pues así tendremos más coraje para continuar las fatigas que se proporcionen en adelante.

Verá V. por mi oficio el aumento que he tenido que hacer de 1,500 pesos de gratificación á Las Heras: es imposible que un Gefe de División se pueda mantener con decoro con las $^2/_3$ partes de sueldo que goza todo el ejército. Sobre este particular V. resolverá lo que tenga por conveniente.

Adios, mi amigo: lo es de V. como siempre—JOSÉ DE SAN MARTÍN.

Pueyrredón á San Martín

Sr. D. José de San Martín.—Buenos Aires, 1º de mayo de 1819.—Contesto á la de V. de 16 del pasado en que me incluye copia de la confidencial de Guido.

La orden para la venida de ese ejército, nunca tuvo por objeto la guerra de Santa-Fé, y sí solo la necesidad de abrirnos el país, reuniendo esas fuerzas á las de Belgrano. Pero, pues se ha resuelto decididamente expedicionar sobre la costa, yo soy conforme en que se suspenda el paso de los Andes, apesar de mi última anterior resolución oficial.

Aseguro á V. que miro con más confianza la empresa á Intermedios, que á Lima; y ella, con buen suceso, remediaría inmediatamente los ahogos en que nos tiene la escasez de numerario. Cinco mil hombres con armamento para igual número, son invencibles no siendo en Lima: esta fué mi opinión cuando nos juntamos en mi chacra.

No siendo necesarios los Cazadores á caballo para la empresa, es muy conveniente que queden en Mendoza, levantando el 3º que V. me dice. Con ellos engrosaremos la fuerza del Perú, que debe ponerse en aptitud de picar la retaguardia á la Serna, que empieza á volver caras.

Salió ya el Oficial Mayor don Julian Álvarez instruido y facultado para tratar con los de Oriente y Santa-Fé: espero buenos resultados si están de buena fé. Entre tanto sigue Belgrano situado en la Cruz-Alta.

Se está ya imprimiendo la Constitución para publicarse el 25 de Mayo en que estamos; y yo esperando con ansia el día de verme libre para empezar á curarme de este infernal reumatismo, que me tiene en tormento con la presencia de los fríos y humedades de la estación.

Últimas noticias de Cádiz nos dicen, que el navío que se creyó destinado para Lima había salido para Vera-Cruz. La

expedición estaba siempre en los ánimos, pero muy distante en los recursos para la ejecución. Se ignoraba aún el resultado de la expedición de la *María Isabel.*

Es constante amigo de V.—*Juan Martín de Pueyrredón.*

Sr. D. José de San Martín.—Buenos Aires, 18 de mayo de 1819.—Mi amado amigo: Aunque el ensayo de Cochrane no ha sido ventajoso, me ha sacado del grave cuidado en que me tenía la incertidumbre de su suerte.

Como el gobierno de Chile ha sido tan vario en sus deliberaciones sobre la expedición á Lima, me ha puesto también á mí en la necesidad de variar mis órdenes alternativamente para los movimientos del ejército. Me dijo V. que convenía que lo hiciese venir: así lo mandé. Se me representó el peligro de Chile, si quedaba abandonado á sus solas fuerzas; y dispuse que de las nuestras quedasen dos mil para su guarnición y seguridad. Con pocos días de intermisión se me repitió con interés, que Chile se había decidido á realizar la empresa á Intermedios, franqueando el auxilio de dinero necesario: en diligencia y por duplicado fué la orden para que suspendiesen su regreso. En este estado, recibí ayer la comunicación oficial de V. en que me dice, que habían empezado ya á pasar las tropas á esta parte de los Andes. ¿Qué puedo determinar yo con acierto? Si la expedición se ha de realizar, y la cordillera lo permite, quisiera que volviesen á Chile los que están ya de esta parte.

No hay más remedio que, ó hacer la expedición por el Pacífico á Intermedios, ó reunir nuestras fuerzas para entrar de un modo irresistible por el Perú (Alto). Las provincias en nuestra posición son las más pobres, y no bastan á cubrir las erogaciones necesarias. Nos vamos apresuradamente consumiendo, y es de toda necesidad aumentar nuestros recursos con la restauración de las provincias interiores (del Alto Perú).

En circunstancias tan afligentes recibo la nota de V. en que me pide su retiro con instancia. ¿Qué quiere V. que yo haga, amigo mio? Balcarce también pide su separación de ese ejército. D. Marcos (Balcarce) á quien V. me indica como aparente, acaba de sufrir una fuerte enfermedad al pulmón, y con poca salud, acaba de pedir su retiro. Yo estoy en los momentos de dejar este puesto, porque la ley así lo ha dispuesto en el Reglamento que nos ha regido. En tales conflictos, yo no atino con lo mejor. He consultado á mis amigos *(la Logia)* y escucharé sus consejos. Tenga V., por Dios, paciencia entre tanto, y disponga del afecto invariable de su constante amigo—*J. M. Pueyrredón.*

Sr. D. José de San Martín.—Buenos Aires, 29 de mayo de 1819.—Amado amigo mio: Las fiestas Mayas de jura de Constitución, que han sido extraordinarias, no me han dejado resollar hasta hoy, que contesto á la última confidencial de V. del 11, recibida el 24 á las 10 $^1/_2$ de la noche.

Cuando V. me escribió, no había recibido mis últimas comunicaciones sobre el destino de ese ejército, á virtud de las observaciones que V. me hizo sobre el estado interior de Chile, y su firme resolución de hacer la expedición á Intermedios. Todo se ha trastornado por las variaciones de Chile; y nos ha agarrado la cordillera con el ejército dividido.

En fin, ya he dicho á V. en mis anteriores lo bastante sobre estos incidentes; sólo me resta añadir que, pues V. sabe, que su dictámen ha sido siempre la regla de mis deliberaciones en todo lo relativo á ese ejército, obre V. con esta misma franqueza en adelante. Por último: supuesto que nuestras empresas sobre Lima no pueden realizarse hasta la primavera que viene, creo que sería muy conveniente que V. diese un paseo, para poder aquí conferenciar, y allanar lo necesario al sostén, elevación de fuerza y mejor equipo de la división que está en Mendoza.

Me parece muy bien el aumento que V. ha hecho á Las Heras, por el tiempo que permanezca mandando las fuerzas que han quedado en Chile. Va aprobado de oficio.

Nada hay de nuevo de Europa: se habla siempre de la grande expedición española; pero también se dice siempre, que no tienen medio de realizarla.

Sigue aquí el buen orden: y la Constitución ha sido recibida y jurada con extraordinario entusiasmo. Dios quiera que les dure!

Adios, mi amigo querido: mande al que lo es todo suyo—*Pueyrredón.*

Sr. D. José de San Martín.—Buenos Aires, 3 de junio de 1819.—Amigo muy querido: Tengo en mi poder la última de V. de 19 del ppdo.

Ya he dicho á V. en mis anteriores lo que ocurrió sobre las órdenes para el regreso y suspensión del repaso del ejército. ¡Qué remedio si se ha verificado su venida antes de recibirse la contra-orden! Yo no he podido hacer más ni ménos.

Seguimos en el pantano de Santa-Fé, sin poder ver concluido este interesante negocio. Acabo de saber que regresaron al Entre-Ríos todos los orientales, y que al verificarlo, robaron y cometieron todo género de desórdenes. Apesar de estos insultos, sigue la liga en que han estado; y no se ve el día en que se reunan los Comisarios.

Paséese V. esta temporada, hasta que le toque volver al

remo, y mande á su amigo invariable—*Juan Martín de Pueyrredón.*

Última carta del Director Pueyrredón al General San Martín

Sr. D. José de San Martín.—Buenos Aires, 16 de junio de 1819.—Amigo muy querido: Al fin fueron oídos mis clamores; y hace seis días que estoy en mi casa libre del atroz peso que me oprimia en el palacio.

Ofrezco á V., pues, mi libertad, mi satisfacción, y la más constante amistad con que será eternamente de V.—*Juan Martín de Pueyrredón.*

APÉNDICE Nº 18 AL CAP. XIV Y SIGUIENTES

CORRESPONDENCIA CONFIDENCIAL entre el General San Martín y el Director O'Higgins (1) sobre asuntos de política y guerra durante la campaña de Chile. *(Autógrafos).*

(Primera série)

DESDE CHACABUCO Á MAIPU

San Martín en marcha á Buenos Aires

Sr. D. Bernardo O'Higgins.—Retamo (Mendoza) y marzo 19 de 1817.—Mi amado amigo: Voy á ver si puedo llegar antes de que salgan los buques que trajo Carrera, y si son buenos, los tendrá V. en esa dentro de dos meses.

Según me escriben de Buenos Aires, están empeñados en la *cosa de Lima.*

Pueyrredón me escribe sobre la venida de Marcó á San Luis: si V. no tiene inconveniente puede remitirlo á Luzuriaga, con los que le parezca; y sería de opinión de cangearlo y que se fuese esta bestia al Diablo: yo trataré sobre esto con Pueyrredón.

Creo será inevitable la Guerra con los Portugueses: veré si á mi llegada puedo hacer algo sobre esto.

---

(1) Toda esta correspondencia es autógrafa. Las cartas de O'Higgins existen originales en el Arch. San Martín, coleccionadas en el vol. XLI, bajo el cual son citadas en el texto. Las cartas de San Martín encontradas en el Arch. de O'Higgins, pasaron á formar parte de la colección de Vicuña Mackenna, que ha publicado la mayor parte de ellas.

Adios, mi amado amigo, lo es y lo será eternamente de V. —SAN MARTÍN.—*(Archivo de O'Higgins)*.

En marcha

Cañada de Lucas y marzo 25 de 1817.—Sr. D. Bernardo O'Higgins.—Mi amado amigo: Va la orden para la salida de Soler: no le afloje V., y haga que en el momento se ponga en marcha, previniendo á los jefes estén ya alerta. En Mendoza he sabido con certeza sus grandes relaciones con los Carrera y sus partidarios, pues me constaba estaba en comunicación con Manzano y Rodríguez, cuyas cartas iban por conducto de su mujer.

Va la de Pueyrredón: por ella se impondrá de todo, como lo útil que será mi presencia para transar todos estos puntos.

Diga V. á Zenteno me remita la carta que le dí de Álvarez, y si es posible por el primer extraordinario, que venga.

Al filósofo Zenteno y á los hermanicos *(los de la Logia de Chile)* miles de cosas.

Adios, mi eterno amigo—SAN MARTÍN.—*(Archivo de O'Higgins)*.

Primera campaña del Sud

Sr. D. José de San Martín.—Santiago, marzo 29 de 1817. Mi más amado amigo: Considero á V. ya en marcha para esta capital, y por si aún sigue en esa (Buenos Aires) lo saludo.

He recibido comunicaciones de Las Heras. El 23 del pasado pasaba el Maule: ignoro la causa de tanta demora: las diversiones en las villas del tránsito infiero sean la causa. Iba con todas sus fuerzas sobre Puchacay á inmediaciones de Concepción, donde se hallaba el enemigo. Le he remitido 15 mil pesos.

Desea con ansia estrecharlo en sus brazos su más constante amigo—*Bernardo O'Higgins*.—*(Archivo San Martín)*.

San Martín en Buenos Aires

Sr. D. Bernardo O'Higgins.—Buenos Aires, abril 8 de 1817.—Mi amado amigo: Infinitos quehaceres, cuentas, etc., me han impedido escribir á V.; pero todo va *completamente*. La gran dificultad es la del Armamento de los Buques, no por la imposibilidad de hacerlo en los Estados Unidos, y sí por no fiar los grandes intereses que se necesitan para ello en manos poco seguras: pero hoy quedará este punto principal arreglado.

Ya han marchado varios oficiales para esa: de la mayor parte tengo los mejores informes, y mañana salen otros franceses y americanos del N., sujetos apreciables. El Jeneral

Brayer lo verificará igualmente, y estoy seguro le tiene á V. de gustar infinito.

Han marchado para esa varios buques: algunos llevan armamento.

He concluido un trato de 3,000 fusiles y otros artículos muy necesarios para el Ejército: á nuestra vista le pasaré un conocimiento.

Dentro de cuatro días me pongo en marcha para ver si puedo encontrar Cordillera.

Le escribo á Álvarez (Condarco) venga á encontrarme, por ser necesaria su presencia en esta.

Recibí el conocimiento del Dinero que trae Sosa: todo lo dejo arreglado, como diré á nuestra vista.

Pueyrredón está al corriente de todo, y no dude que daremos *el golpe á Lima.*

Lo abraza su—SAN MARTÍN.—*(Archivo de O'Higgins).*

O'Higgins sobre operaciones del Sud

Sr. D. José de San Martín.—Santiago, abril de 1817.—Mi más amado amigo: En momentos en que esperaba noticiar á V. la expulsión del enemigo de todo el reino, y dar principio á planes que concluyan nuestra obra, me encuentro con la correspondencia del Sud, menos satisfactoria que la que yo esperaba.

Heras ha mirado con demasiado desprecio al enemigo según todos los informes, y con sus morosas marchas y lentas disposiciones, le ha dado tiempo bastante para fortificarse en Talcahuano en número de mil trescientos noventa hombres (según relación que me hace el Sargento mayor Mansilla que acaba de llegar).

El puerto de Talcahuano es por naturaleza defendido y necesitamos intimidar al enemigo con una perspectiva imponente, para que no se aproveche de las ventajas que le presenta su situación.

Heras en sus pocos partes anteriores, me hablaba muy ligeramente, y ahora viene manifestando los recelos del suceso, pidiendo el Nº 7 en su auxilio é indicando que no atacará sinó es con ventaja. Na hay duda, es máxima segura; pero considerando que la cosa se reduce á problema por su decidia; que si él hubiera obrado como debía, ya todo estaría concluido; fiar á tales manos la mayor parte de nuestra fuerza, presenta riesgos. Freyre está disgustado con tal comandante, como lo demuestran las cartas que adjunto.

Si el enemigo se sostiene veinte ó treinta días más, ya pasa todo el invierno, recibe auxilios y paraliza nuestros proyectos.

Hemos resuelto los buenos amigos ∴ ∴ ∴ *(la Logia)* que

salga yo con el Nº 7 y el escuadrón de Escalada, con dos piezas de artillería, á disolver con la poca opinión que debo á esos pueblos, ese cuerpo enemigo, cuya organización traería las consecuencias más funestas. Heras no se sujeta á otro.

El tiempo de obrar es muy angustiado, y debemos aprovechar los instantes. Quintana queda en el mando militar y Recabarren en el Gobierno. Celebraré que esta determinación que como he dicho, es acuerdo de ∴ sea también de su aprobación.

Surtió buen efecto el envío del bergantín «Águila» por los prisioneros: han llegado, y ya no nos hace falta por lo respectivo á Chile más que este último paso, cuyo éxito feliz espero colme todos nuestros deseos.

Dios lo traiga cuanto antes—*Bernardo O'Higgins.—(Archivo San Martín).*

O'Higgins marcha al Sud.

Sr. D. José de San Martín.—Mi amado amigo: Acompaño á V. tres cartas de Heras que demostrarán el estado actual de la guerra en Concepción.

En mi marcha por las provincias, he ocupado todo el tiempo en su organización, estableciendo comisiones de auxilios para las divisiones del Sud; distribuyendo á los españoles europeos las cantidades que les debe tocar en el empréstito proyectado: retirando de las costas los enemigos de la causa:—persiguiendo y haciendo ejemplares en los bandidos é innumerables desertores de los que ha dejado Heras, y que hostilizaban los pueblos:—en fin, en cuanto ha permitido la premura del tiempo, se ha restablecido un regular orden. La más espantosa anarquía había seguido á la restauración del país: á mi vuelta quedará todo en tranquilidad completa.

Ayer salió el Nº 7 y hoy la artillería y Granaderos. Mañana lo efectuaré yo, para continuar en la provincia de Concepción la misma regla.

El tiempo amenaza ya, y me temo que antes de llegar á Concepción, que será dentro de cinco días, algún temporal nos atrase.

Llegue V. cuanto antes á Santiago: lo necesito mucho, mucho, para la continuación de la grande obra.

La provincia de Coquimbo queda fuera de nuestra vista: necesita la misma organización de estos pueblos: con la aproximación de V. se efectuará.

Talca, abril 24 de 1818.—*Bernardo O'Higgins.*

Primera campaña del Sud

Sr. D. José de San Martín.—Concepción, mayo 7 de 1817 —Mi más amado amigo: Medida oportuna mi venida con las

tropas que he conducido á este punto. Hubiera estado en grande riesgo la existencia de las divisiones del Sud á no haber sido auxiliadas tan á tiempo.

Cinco días antes de mi llegada, recibió el enemigo auxilios de Lima, compuestos de los que se embarcaron en Valparaíso, y han venido á Talcahuano en cinco buques (dos de ellos parecen de guerra). Entendemos compondrán el número de quinientos á seiscientos hombres, fuera de marinería. Entre ellos viene Morgado, Lantaño, Quintanilla y todos los demás que fugaron en la derrota de Chacabuco, á excepción de Maroto y Barañao. En este momento está entrando en Talcahuano un bergantín, que los prisioneros dicen trae 100 artilleros y 20 mil pesos en plata.

Ha pensado Pezuela entretenernos por este punto, pero se equivoca. Talcahuano debe ser nuestro en breve. Es necesario asaltarlo; algo costará, pero paciencia.

Escribo á V. en la suposición de que haya llegado á esa. ¡Ojalá así fuera!

Entristece el estado miserable en que se halla la tropa por falta de vestuario. Me he avergonzado al verla el día de ayer. Debe haber llegado á esa un inglés, que me recomienda Guido, con paños: que se compren inmediatamente y vamos á trabajar vestuarios como mejor se pueda.

Quedan organizados en mi tránsito á esta ciudad, todos los pueblos de las dos grandes provincias, nombrados tenientes-gobernadores, comisiones de bienes secuestrados, de auxilios, de empréstito á los españoles europeos, y luego entraremos á los godos americanos.

Voy á atacar á los de San Pedro y Arauco, que son los que proveen al enemigo de víveres y hombres. Entre uno y otro punto, tendrá el enemigo cien hombres de fusil y trescientos de arma blanca, esto es, milicianos. Cienfuegos que está en Ángeles, deberá pasar á Santa Juana, y tendrá 60 fusileros y 200 milicianos á caballo. Entre Santa Juana y San Pedro, haré pasar 200 infantes en balsas, que al efecto se están trabajando para atravesar el río Bío-Bío. Quitado tanto recurso al enemigo, perece.

Su constante amigo—*Bernardo O'Higgins.*

San Martín en Santiago

Sr. D. Bernardo O'Higgins.—Santiago, mayo 11 de 1817. Mi amigo amado: Acabo de llegar con una salud cumplida.

Por el correo escribiré á V. muy largo; en el interin, nuestro Álvarez (Condarco) ha marchado á Buenos Aires, para desde allí seguir á Londres con la comisión que acordamos; todo va perfectamente, y estoy seguro la desempeñará con la honradez que le es propia.

Descanse Vd. que se trabajará cuanto se pueda. Vea V. si necesita más tropa para que salga rabiando y podamos quedar libres de matuchos.

De Vd. su invariable—JOSÉ DE SAN MARTÍN.—*(Archivo de O'Higgins).*

San Martín sobre política y guerra

Sr. D. Bernardo O'Higgins.—Santiago y mayo 18 de 1817. —Mi amigo el más amado: Precisamente estábamos en los fuegos artificiales que se hacían en la Plaza, cuando recibí la de V. del 7. No ha estado malo el refregón, y cada día me convenzo más de la utilidad de su marcha á esa, sin lo cual la División del S. se hubiera deshecho enteramente.

Sé que Quintana ha hecho su renuncia: si V. la admite, no se le pase por la imaginación el delegar en mí, *en la inteligencia* de que no admito.

Al siguiente día de mi llegada se me presentó Manuel Rodríguez: no me pareció decoroso ponerlo en arresto, y más cuando consecuente á lo que me escribió, le aseguré su persona hasta tanto V. resolviese. Él me ha hecho las mayores protestas de su sinceridad y deseos de demostrar á V. su buena comportación. Yo no soy garante de sus palabras, pero soy de opinión que hagamos, de él Ladron fiel. Si V. es de la misma yo estaré á la mira de sus operaciones, y á la Primera que haga, le damos el golpe en términos que no lo sienta. Contésteme sobre este particular, pues en el interin le he mandado salga fuera de esta y se mantenga oculto hasta su resolución.

Trato de aumentar el Exto. con 1,000 hombres reclutas, aumentando el Batallón de Cazadores y el 1º de Chile. Este se me asegura está en muy mal Pié por el abandono de Vial, lo que me hace resolver á traerlo á esta para que se organice.

Sería muy conveniente formar un Batallón de Cazadores en Coquimbo. Si es de su aprobación, dígame V. á quien ponemos de Comandante, y con el Cuadro de oficiales y sargentos marcharán, para que á la primavera esté formado y corriente.

He tomado providencias sobre vestuarios. Hoy me presentará Perez la muestra de la Balletilla del País ya abatanada. Á ver como sale. También se han comprado los Paños que han venido de Buenos Aires, y en breve todo estará hecho.

Las postas están en malísimo Pié, y al efecto he hablado con Prast.

Los Carrera no han llevado un sólo Cuartillo, ni menos asignación alguna por cuenta del Estado.

Han llegado de Buenos Aires 400 sables para caballería, y espero que en el bergantín *Salvaje* que salió de aquella capital, vengan 700, así como otros muchos artículos de guerra que nos son muy necesarios.

No tenemos pólvora para nada, y se pide á Buenos Aires 300 quintales, que si la necesidad es urgente, los haremos pasar á Cordillera Cerrada.

Dígame V. lo que necesite de artículos de Guerra para que marchen en el momento.

Hoy se recibe Guido. Este joven es apreciable: nos ayudará con sus luces y buenos deseos en favor del País.

El próximo correo impondrá á V. de mis ocupaciones y trabajos hechos en Buenos Aires, los que creo serán de su aprobación.

Su—JOSÉ DE SAN MARTÍN.—*(Archivo de O'Higgins)*.

O'Higgins—Sitio de Talcahuano

Sr. D. José de San Martín.—Concepción, mayo 19 de 1817 —Mi más amado amigo: El feliz arribo de V. en cumplida salud á esa capital, como me lo anuncia su apreciable del 11 del presente, me ha llenado de regocijo.

El viaje de Álvarez (Condarco) á Londres, es más acertado como V. lo ha dispuesto: de estos mares no hubiera sido fácil efectuarlo mientras los dominen las fuerzas navales enemigas.

Consulté á V. en mis comunicaciones anteriores si convendria ó no atacar á Talcahuano, con el objeto de combinar un plan decisivo en la destrucción de las últimas fuerzas con que cuenta el virey Pezuela en este Estado. Como mantenía esperanzas de que los buques de Buenos Aires pudieran ayudar al bloqueo y exterminio de la escuadrilla enemiga, resolvíme en el entre tanto venia contestación á arrojar á los enemigos de los territorios de la otra banda del Bio-Bio que los alimenta con toda clase de víveres, lo que verá V. por mis comunicaciones haberse comenzado ya á efectuar. Aún conservan Arauco. En el primer día de buen tiempo, saldrá Freyre con 300 hombres, y no dudo los concluirá.

Ellos están tercos y decididos á defender á palmos el territorio que poseen. Con el refuerzo de Lima (que unos dicen sea de 400, otros de 600 hombres), se han reanimado, apesar de los golpes que han sufrido. No hay duda que con las tropas que aún les quedan, el paisanaje, tripulaciones de los buques, etc., forman un grupo considerable que puede alcanzar á más de mil y quinientos hombres. La ventaja de la posición que ocupan, es ciertamente muy fuerte, como se impondrá V. por el plano que Arcos delineó antes de ayer, á cuyo efecto hice en dicho día un viaje á Talcahuano con seis compañías de infantería, dos piezas de artillería y un escuadrón de Granaderos. El día nos fué favorable, porque además de haberles reconocido la línea, les tomamos más de mil animales entre mulas y caballos.

Arcos opina, que en caso de decidirse á forzar la posición, el modo más practicable sería preparar lanchas ó balsas capaces de trasportar 300 hombres, que por la playa de San Vicente podrían dirigirse del punto A á la punta B (que demuestra el plano); ganar la loma, y atacar en seguida el reducto del Centinela; mientras que al mismo tiempo se empeñase un ataque de frente en toda la extensión de la línea; y amagando la entrada principal, por entre el morro Nº 1º y la batería Nº 2, se procurase forzar además el frente de la batería Nº 4 que parece de poca consecuencia. La posesión del reducto Centinela, sería probablemente decisiva, pues domina todas las demás piezas. Esta operación, en medio de presentar dificultades, parece ser la más practicable, pues el resto de la línea, á más de ser en gran entrante, sus defensas están muy multiplicadas y se flanquean perfectamente.

No resulta de este dictámen una seguridad de vencer, y si por algún contraste imprevisto fuésemos rechazados, comenzaríamos á perder la opinión, seguiría la deserción que hoy se halla contenida con los buenos sucesos, y últimamente la seguridad del Estado vacilaría.

Por otra parte, las aguas son ya muy continuadas, y no es posible estrechar un sitio para cansarlos y asaltarlos cuando no lo esperasen.

Me parece lo más acertado, que se refuerze el ejército con 400 á 500 hombres, y en el entre tanto se efectúe esto, se les toma Arauco, consumen sus víveres y cada día se fatigarán más.

Si les viniese algún refuerzo de Lima, como es de presumir, por la guerra defensiva que hacen, estas divisiones estarán siempre aseguradas, y en caso de un mal suceso en el ataque, quedarían fuerzas suficientes para continuar la guerra.

Las tropas que hayan de venir, pueden componerse de 300 hombres de los mejores del Nº 1º de Chile y 100 Cazadores de los de Valparaíso. Las compañías sobrantes del Nº 1º de Chile, sería conveniente se aproximasen á Valparaíso por si aquél punto fuese amenazado.

Reina en estas divisiones la mejor armonía. El principal objeto de mi venida fué para conciliar este orden, pues se iba creando un descontento antes de mi llegada, que ya daba cuidado. La unión se hará más notable.

Nuestra eterna amistad y fraternidad, nos da campo para que tratemos nuestros asuntos confidencialmente como más convenga á nuestra justa causa. Es por esta razón que envío á V. el nombramiento de Supremo Director delegado, á fin de que le dé el curso que creyese más conveniente. Quintana es un bello sujeto, muy digno del empleo que ha desempeñado con honor y á entera satisfacción de los buenos; pero está en el mejor orden, que mientras resida V. en esa, dirija el timón

para su mejor acierto. Todo le va á V. abierto, para que lo selle y le dé el giro que más convenga.

En el honor y gloria de V. consiste la mia: lo que determine, tendrá siempre toda mi estimación.

Expresiones á los ⁝ ⁝ ⁝—*Bernardo O'Higgins.*—P. D. Acompaño á V. lo acordado ya por los ⁝ ⁝ ⁝ acerca de la Legión de Mérito de Chile, para que si es de su aprobación venga á vuelta de correo, y darle el giro que corresponda.—*O'Higgins.*

Contestación de San Martín á la anterior

Santiago, junio 5 de 1817.—Sr. D. Bernardo O'Higgins.—Mi amigo muy amado: La de V. del 19 del pasado la tengo á la vista.

Me parecen justísimas las razones que V. expone sobre las operaciones que en su concepto deben adoptarse para destruir al Enemigo. Por lo que manifiesta el Plano levantado por Arcos, la posición es formidable: él demuestra, que la llave de toda ella es el Reducto del Centinela; pero el ataque de este por 300 hombres, es sumamente aventurado, bien sea anticipándose ó bien si es rechazado el que debe ejecutarse de frente sobre la línea. En todo caso, más bien preferiría el ataque por el Reducto Nº 1º, y en caso de suceso, marchar sobre el Pueblo, pues de este modo quedaba su línea flanqueada y sin tener con que subsistir. Pero, mi amigo, V. conoce cuanta diferencia hay entre calcular sobre un plano por exacto que sea y observar sobre el terreno; en esta inteligencia, V. está suficientemente autorizado y tiene toda mi voluntad para obrar como le parezca.

Sería muy conveniente levantar otro Batallón de Infantería, y para esto es de necesidad (salvo el parecer de V.) el que nuestro Freyre lo mande. Al efecto, que venga, y en el caso de no poderlo hacer por ahora, mándeme V. el despacho de tal Comandante del 2º de Infantería de Chile para no perder tiempo en su organización, y que la primavera nos encuentre con fuerzas ya organizadas. Si V. tiene sargento mayor para este cuerpo, que venga; sinó, aquí se buscará.

Me es imposible admitir la Dirección (Suprema) que la bondad y Amistad de V. me había confiado, sobre lo que contesto de oficio. Sabe V. mis compromisos públicos y la imposibilidad de faltar á ellos. Por lo tanto, ruego á V. por el bien del País y por la opinión pública, nombre á otro que á Quintana. Este es un caballero; pero el país se resiente de que no *sea un chileno el que los mande.* Interin V. viene, bien podría nombrar un hombre de bien y amable (pero con carácter) que desempeñase este empleo.

Pasado mañana salen para esa, 33 Granaderos á caballo y dos oficiales; igualmente 92 Negritos del Nº 7.

Si á V. le es muy urgente la fuerza que me pide, marchará Alvarado con todo su Batallón, no obstante lo terrible del tiempo, por las aguas; pero si sacamos los 300 hombres del Nº 1º de Chile, este cuerpo no se formará jamás: por otra parte, está desnudo, y sé, que no solamente no tiene la menor disciplina ni instrucción, sinó que Jefes y oficiales están en horrendo cisma. Estas consideraciones me han resuelto á que dicho cuerpo venga á esta para metodizarlo, ordenarlo y vestirlo.

Se le comunica á V. la resolución de Pueyrredón sobre Las Heras y mi contestación; sin embargo, si V. cree conveniente remitirlo, hágalo.

José Miguel Carrera ha fugado á Montevideo, y según lo que me dice Pueyrredón, se aseguraba en aquella plaza, que su ánimo era el de venir á formar montoneras á Chile. Yo lo dificulto, pues para esta especie de guerra se necesita más coraje que el de José Miguel.

Escribí á Álvarez (Condarco) que si el aspecto que toma la Inglaterra no es favorable, que no se mueva hasta que lo consulte á V.

En fin, mi amigo, yo lo saludo con la más cordial amistad de su eterno—JOSÉ DE SAN MARTÍN.—P. S. No puede mejorarse el Establecimiento de la Legión de honor y la devuelvo. *Vale.—(Archivo de O'Higgins).*

O'Higgins á San Martín—La guerra del Sud

Sr. D. José de San Martín.—Concepción, mayo 31 de 1817. —Mi más amado amigo: Freyre nos ha dado un buen día, como lo verá V. por las comunicaciones oficiales. Cada día se hace este joven más apreciable. Le he mandado regrese á reunirse conmigo, dejando en Arauco 40 fusileros y 100 milicianos de á caballo. Arauco era el almacen de donde se proveían los enemigos de cuanto necesitaban: ahora quedan en un completo bloqueo los de Talcahuano.

La fuerza enemiga, según los mejores informes, alcanza á novecientos y tantos hombres de línea; además, algún paisanaje y marineros.

Si llegan luego algunas tropas á reunírseme, y si hay esperanzas de buques de guerra para batir su escuadrilla, creo convendría atacarlos en su posición. El valor y arrojo de nuestras tropas, es bien conocido. Yo espero contestación á la consulta que acerca del particular le tengo hecha en mis anteriores.

Diariamente pasan del enemigo á este ejército, uno ó dos: todos convienen en que esperan la fragata «Begoña» y otro buque más con refuerzo de Lima. Lo cierto es que la tenacidad de los hombres, anuncia algún proyecto. La estación les

es cada vez más contraria: las aguas, temporales, etc., hacen la guerra muy penosa.

Reina el mejor orden en estas tropas. Heras se conduce con la mejor armonía.

Por el Estado general verá V. la gran merma que Heras tuvo en su división: la mayor parte de los prisioneros que se agregaron á su batallón. Los escuadrones de Granaderos están muy bajos: el 4º de Escalada no alcanzó á sacar de esa 100 hombres, y de estos, dejó 20 en San Fernando y 20 en Talca. En los hospitales hay gran cantidad de enfermos, que aumenta la estación cruda y la desnudez.

Me parece muy bien se haga en esas provincias reclutas, y aumentar el ejército en lo posible.

Al amigo Quintana mil expresiones, lo mismo que á ⁝ ⁝ ⁝ Consérvese bueno y disponga de su constante amigo—*Bernardo O'Higgins.*

O'Higgins á San Martín sobre política y guerra

Concepción, junio 5 de 1817.—Sr. D. José de San Martín.—Mi más amado amigo: Antes de recibir la de V. de 18 del pasado, á que contesto, había llegado á mis manos la renuncia de Quintana, y como aún ignoraba la determinación de V. acerca del particular, no la he contestado, ni pienso contestarla hasta que V. me anuncie el giro que haya dado al decreto y oficios que sobre el particular le tengo dirijidos.

Yo me conformo con todo lo que V. resuelva; más estoy cierto, que V. daría al gobierno todo el vigor y fuerza que las presentes circunstancias piden, no obstante que Quintana es bastante vivo y activo.

Manuel Rodríguez es vicho de mucha cuenta. Él ha despreciado tres mil pesos de contado y mil anualmente en país extranjero, porque está en sus cálculos que puede importarle mucho en quedarse. Convengo con V. que se haga la última prueba, pero en negocios cuya importancia de demasiada consideración es preciso proceder con tiento. Haciéndolo salir á luz, luego descubrirá sus proyectos, y si son perjudiciales, se le aplicará el remedio.

Me parece muy bien el aumento de 1,000 hombres más, repartidos en el batallón de Cazadores y el Nº 1º de Chile. Ojalá aumentara 300 más á los Granaderos á Caballo, pues los dos escuadrones que están aquí se hallan muy bajos, como lo verá por el Estado general.

También me parece muy bien se dé principio á la creación de un batallón de Cazadores de Coquimbo. Puede V. elegir el comandante que mejor le parezca. Cáceres es, de los que conozco, el más apto y lo tenía reservado para el 2º batallón de Chile que se crease.

Hubiese sido paso degradante haberles asignado á los

Carrera pensión alguna, después del manejo tan negro con que han manchado nuestra revolución.

Continúan las lluvias sin cesar, por cuya razón Freyre aún se conserva en Arauco.

He celebrado muchísimo la llegada de Guido: no dudo ayudará con sus buenas luces á nuestra grande obra.

Los enemigos se conservan tercos aún, apesar del extricto bloqueo que sufren y de los muchos que se les pasan á este ejército. La misma obstinación me hace creer que aguardan algún refuerzo de consideración, ó sea tal vez que cuenten con el país y la seguridad de sus fortificaciones.

Por momentos espero contestación á la consulta que he hecho á V. sobre si le parece conveniente ataquemos de una vez en sus fortificaciones á los de Talcahuano, ó si convendría más sitiarlos y obligarlos por hambre á que abandonen el punto. Esto último tiene sus inconvenientes, porque pudieran recibir refuerzos de Lima y víveres de Chiloe. Yo me decido porque conviene atacarlos; pero debe hacerse con dos tercios más de tropas que las que guarnecen los puntos fortificados enemigos, y apesar de que no la tenemos *(segura?)*, siempre confiaría en la victoria. Por otra parte, la estación lluviosa no nos permite amagar, para observar los movimientos que intenten.

Se están trabajando las balsas para conducir 70 hombres cada una, para en caso de asalto hacer un desembarco de 300 hombres en la playa de San Vicente y facilitar la toma del castillo Centinela, que es como debe comenzar el ataque á la línea de fortificaciones.

Por el conducto de su Diputado me ha hecho la gracia el Supremo Director de las Provincias Unidas de remitirme los despachos de Brigadier general de aquél Estado, distinción que me es muy apreciable y á la que V. ha contribuido en su mayor parte: de ello rindo á V. toda mi gratitud.

Ya comienzan en Talcahuano á sufrir la falta de Arauco. Una libra de carne y un puñado de trigo es la ración que diariamente se reparte á la tropa.

Acompaño á V. el oficio de Ordóñez y mi contestación. Mil cosas á Quintana, Peña y amigos : : :

Disponga de su eterno amigo—*Bernardo O'Higgins.*—Hoy ha llegado Freyre: su división está en San Pedro: mañana pasará el Bío-Bío. En el asalto del Carampangue casi se ahogó Freyre: tuvo que desamparar su caballo en el río: en igual riesgo estuvo Arellano.

Junio 19.—Despues de cerrada la correspondencia se me presentan cinco marineros de la fragata «Venganza» y un soldado de caballería con tercerola, pistola, espada y lanza, que es armamento de la caballería enemiga (solo le falta una pieza

de artillería á la cincha de cada caballo para que carguen toda arma).—*O'Higgins.*

San Martin á O'Higgins sobre asuntos militares

Sr. D. Bernardo O'Higgins.—Santiago y junio 28 de 1817. Mi amigo amado: Recibí la de V. del 5. Queda Manuel Rodríguez agregado al Estado mayor del Exto. con su grado. Yo vigilaré su conducta, que creo no tardará mucho en descubrirse; pero tiemblo, porque hago con él una completa Alcaldada si me da el menor motivo.

Cáceres se pondrá á la cabeza del 2º batallón de Chile que se va á formar: indíquenos V. otro para el batallón de Cazadores de Coquimbo. La elección de V. en Cáceres me parece muy bien, pues tiene instrucción, carácter y honradez.

Si me remite á Freyre, se podrá en el momento levantar el 1º de caballería de Chile, para que se ponga á su cabeza.

Dentro de un mes estarán concluidos los vestuarios para el 7º y el 11, los que marcharán sin perder momento: para cada uno de estos cuerpos se han construido 800. Para los dos Escuadrones de Granaderos y Artillería, ya han sacado lo que les pertenece, y yo cuidaré de que se remitan.

Ha llegado el Nº 1º de Chile con 640 plazas, pero no puede figurarse el estado de atraso y desórden: el coronel Vial y el teniente coronel Campino han sido suspensos por mí y pasados á la Comisión militar para ser juzgados.

Pasan de 4,600 los alistados en el batallón cívico de esta. Antes de ayer consulté con Quintana la formación de cuatro batallones, dividiéndolos en cuatro cuarteles.

Remito á V. el manifiesto de Soler. Es necesaria toda su desfachatez para ponerse á mentir á la faz del Exto. Ha ido haciendo de V. y de mí las ausencias más indignas que son imaginables. Hoy le escribo como merece.

Hasta la muerte lo querrá su—SAN MARTÍN.—*(Archivo de O'Higgins).*

O'Higgins á San Martín—Sitio de Talcahuano

Sr. D. José de San Martín.—Concepción, junio 18 de de 1817.—Mi amigo más amado: Ya casi nadamos con tanta agua: por todas partes estamos aislados: los arroyos más despreciables están sin vado. Llevamos veinte días consecutivos de lluvias.

Los Matuchos continuaban encerrados en sus fortificaciones. El chicotazo que sufrieron en Arauco les habrá mostrado que no hay posiciones fortificadas ni ventajosas que resistan el empuje de nuestros bravos. Dimana sin duda la obsti-

nación de algún refuerzo que esperan. Los pasados (en número de dos, cuatro y á veces seis) confirman esto mismo, y que los entretienen, ya con auxilios de 500 negros de Lima, ya con 1,000 hombres de Panamá. De Chiloe les han llegado 80 reclutas. Los víveres comienzan á escasearles. Indudablemente convendría más sitiarlos y que la hambre los obligara á ceder; más pueden recibir refuerzos, víveres y tropas, que dieran grande importancia á la conservación del puerto, y hacerse la guerra dilatada con grave perjuicio de nuestros Planes. Es de necesidad atacarlos. Sobre el particular he hablado á V. antes, cuyas contestaciones espero dentro de cinco ó seis días. En este término habré concluido seis balsas ó lanchas planas de desembarque para efectuarlo donde en mis anteriores he relacionado. Igualmente para entonces estarán acabados todos los aprestos que incesantemente se trabajan en la maestranza para el asalto de las Baterías, etc., etc.

He creado en esta ciudad el batallón Nº 2 de Guardias nacionales, compuesto de soldados que antes llamaban Cívicos: tiene ya 260 hombres y he nombrado por sargento mayor á don Estévan Manzanos.

En mi tránsito por Talca me encontré con don José Manuel Borgoño, capitán que fué de artillería en el ejército de la Patria: su buena disposición, juiciosidad y talento me indujeron á nombrarlo para que con Arcos viniese al ejército. Por su comportación apreciable y la necesidad de un sargento mayor en la artillería, le he señalado al efecto. Espero tenga la aprobación de V. y no dudo le agradará cuando lo conozca.

De los once buques que había en Talcahuano, han quedado en el ancladero seis. La corbeta «Sebastiana» amaneció esta mañana á inmediaciones del castillo de Penco Viejo, y echando tres botes con 50 fusileros, parte de estos desembarcaron y saquearon algunos ranchos, pero no llevarían cosa de valor, porque es muy miserable el lugar.

Se nos acaban de pasar con sus armas dos soldados de Talcahuano: esto es diario.

Su más constante amigo—*Bernardo O'Higgins.*

O'Higgins—Sitio de Talcahuano

Sr. D. José de San Martín.—Concepción, julio 4 de 1817. Mi más amado amigo: Su apreciable del 5 de junio está en mi poder. En ella opina V. que tal vez sería mejor el ataque á la línea enemiga, flanqueándola por el reducto Nº 1º, y entonces advierto que en el plano no está designada una laguna que la forma el mar y un brazo del río Andalién, la que internándose más de dos cuadras en el itsmo, defiende el paso de las tropas al Morro (ó Nº 1º en el plano), más, cuando el enemigo acos-

tumbra defenderlo con lanchas y cañoneras que se situan en la expresada laguna.

Ayer he observado muy de cerca las Baterías enemigas. Deseando aumentar el terror del enemigo con un golpe sobre sus avanzadas, y de paso reconocer sus baterías con claridad, para formar el plan de ataque; ordené, que los escuadrones de Granaderos y algunos dragones de la división de frontera, partiesen á las dos de la mañana á sorprender los puntos avanzados del enemigo, conforme al plan de que instruí al jefe de día don Juan Gregorio de Las Heras. Fué todo bien ejecutado, no escapando más que tres, de veinte individuos que estaban en la avanzada, y uno que me trajeron prisionero: los restantes fueron sableados, sin haber habido por nuestra parte la menor desgracia.

Con esta proporción, me aproximé con Arcos á la línea, sobre la que hice escaramucear en dispersión cuarenta Granaderos á caballo hasta tiro de fusil de las baterías, las que rompieron su fuego de cañón, y con ello llenaron el objeto que deseaba, que era descubrir sus fuegos y el calibre de sus piezas, tan mal servidas, que después de un largo fuego no nos hirieron ni un caballo.

Creo que por cualquiera parte que los asaltemos, tendremos buen suceso; pero siempre estoy en que es más practicable por San Vicente. El enemigo lo conoce y lo teme, y así pone allí su mayor consideración. Han aumentado sus defensas con una cañonera y un lanchón con una pieza de á 12.

Ha cesado de algún modo la pasada de soldados enemigos á nosotros, debido al mucho cuidado con que los vigilan. Un teniente de artillería de Valdivia, que mandaba la batería del Peral (Nº 2 en el plano) después de haber clavado algunas piezas de cañón, y en momentos de venirse á pasar con 80 hombres, fué descubierto por su ordenanza y un sargento de Chiloe; lo prendieron y sentenciaron á muerte. Se sublevó su compañía, diciendo que si fusilaban á aquél oficial habían de ejecutar lo mismo con toda ella, por lo que se suspendió la ejecución.

Cada dia se les aumentan sus apuros por falta de víveres; sin embargo, ya ha habido tiempo para que, si deben venirles refuerzos (como lo creo) estén próximos á llegar. Por esta razón, se están concluyendo setenta escalas, setecientos sacos llenos de lana para llenar los fosos, y otros útiles, en una pequeña maestranza que se ha establecido. Está cerca de concluirse el lanchón para los efectos que antes he indicado, y para resistir sus botes armados y cañoneras, y tal vez para sorprender la fragata «Venganza», en cuyo caso toda la escuadrilla caerá en nuestras manos, lo que, si se practica, será con más probabilidad de lograr la empresa. Si el golpe se yerra no pasará de cien hombres la pérdida. El mayor número de

marineros de ellos, extranjeros. Se me asegura por los marineros pasados, que no hay en la «Venganza» más de ochenta hombres, casi todos marineros del país y descontentos, y que los restantes están en tierra.

Me parece bien se crie el batallón de infantería Nº 2 de Chile. Freyre me dice que él prefiere el servicio de la caballería. Por ahora no puede ir á esa, porque en este momento parte para Arauco con su división y sesenta Granaderos. Freyre marcha para Arauco, porque se me avisa que el capitán Cienfuegos ha sido derrotado por un refuerzo que se dice haber venido por tierra. Es de toda necesidad deshacer en aquél punto á los enemigos, para que si son batidos en Talcahuano, no se retiren allí por mar y nos eternicen la guerra. Lleva la orden de obrar con la mayor rapidez y de regresar en el término de siete días, para marchar inmediatamente á atacar á Talcahuano, en cuyo término se concluirá todo lo que falta, y llegarán los Granaderos y Negritos que V. me dice vienen en marcha, sin que haya necesidad de que vengan los Cazadores ni más tropas.

Le aseguro á V. con todas veras que no conozco un sólo hombre á quien confiar la Delegación Directiva *(sic)*. Me temo que al nombrar uno de Santiago, juegue la intriga, y entorpezca lo principal de los negocios. Es por esta razón que me parece más conveniente continúe Quintana. Ya están hechos con él, y lo hace cumplidamente.

En el actual estado de cosas es más conveniente dejar el asunto de Heras: él se conduce actualmente muy bien.

Me tiene con bastante cuidado la llegada del bergantín «Salvage» á Coquimbo. No conviene permitir que el armamento y la pólvora se compre de cuenta del pueblo, sinó de la del gobierno. Tal vez sea un ardid de los Carrera y ellos se aproximen allí.

Acerca de Álvarez (Condarco) determine V. lo que crea más conveniente: todo será de mi aprobación.

Zenteno marcharía ahora mismo, pero estando en vísperas de atacar á Talcahuano, y teniendo todos los negocios entregados á él, me temería mucho el entrar de nuevo á instruir otro secretario.

Mil cosas á los h. *(la Logia)*. Su eterno compañero—*Bernardo O'Higgins.*

Sr. D. Bernardo O'Higgins.—Santiago y julio 21 de 1817. —Amigo el más amado: La de V. del 4 está en mi poder.

Veo lo que V. me dice de su disposición de atacar á Talcahuano. Creo que los resultados serán felices, y si no lo son, tendremos paciencia. Al cabo, jamás puede pasar la tentativa

de una pequeña pérdida, y nunca sería una derrota, que es lo que podía desopinarnos, pues con nuestra caballería estamos en aptitud de replegarnos tranquilos (en caso de revés) á nuestra posición sin ser incomodados. En fin, V. es dueño absoluto de hacer lo que quiera.

Me dice V. que *no conoce un sólo hombre á quien dejar la Delegación.* Hágalo V. en Zenteno, y verá si todo toma nervio como corresponde; de lo contrario, nada se hace y todo se lo lleva el Diablo. Recabarren, de quien yo tenía formada una opinión ventajosa, es una vieja débil, y nada más. Venga Zenteno, y verá V. si todo marcha bien.

Si es V. feliz en Talcahuano, vuele á esta; su presencia es necesaria.

Los díscolos siguen minando: V. verá qué golpe se les da.

Mañana me voy á la chacra de Tagle: el estado de mi salud lo exige imperiosamente.

La *Venganza* y un bergantín se presentaron en Valparaíso: el 16 desaparecieron enteramente.

Han salido de Buenos Aires dos fragatas en corso para las costas de Lima; una de ellas de 32 cañones.

Se han pedido otros mil reclutas. En fin, se hará lo que se pueda.

Su eterno amigo—JOSÉ DE SAN MARTÍN.

P. S. Qué le parece á V. Manuel Rodríguez? No le ha acomodado la diputación á Buenos Aires; pero le acomodará otro destino á la India, si es que sale pronto un buque para aquél destino en breve, como se me acaba de asegurar. Es vicho malo, y mañana se le dará el golpe de gracia.

Va una caja de Instrumentos de Cirujía para el D.r Green, que un apasionado suyo le remite. Hágame el favor de entregársela: va rotulada á V.—*Vale.*—*(Archivo de O'Higgins).*

Guerra del Sud—Talcahuano

Concepción, julio 14 de 1817.—Sr. D. José de San Martín—Mi amado amigo: Está en mi poder su estimada de 23 del pasado.

Ha llegado Freyre de Arauco después de haber vengado la muerte del capitán Cienfuegos, que ha sido lo más horrible, y solo propia de la ferocidad de los españoles. Luego que lo voltearon de un balazo de su caballo, lo entregaron los enemigos á los bárbaros, quienes sobre vivo le sacaron los ojos, le cortaron los testículos, y lo lancearon. Nueve de sus soldados y un cadete murieron en su defensa: lo restante de la guerrilla se ocultó en los bosques y se han ido presentando. Han quedado en Arauco 125 fusileros, y marcha don Andrés Alcazar á tomar el mando de aquella plaza, porque este individuo es nacido allí y conocido y querido de los indios.

No ha venido refuerzo alguno de Valdivia, sino es que 40 fusileros de los que huyeron á la primera toma de Arauco, se retiraron á los indios, reunieron más de mil de estos, y vinieron á sorprender á Cienfuegos, que marchaba sobre ellos con 60 fusileros de los voluntarios de Talca, de los que había anticipado el mismo Cienfuegos 20, y habían sido derrotados por el enemigo en el reconocimiento que intentaron hacer á su campo.

Hace tres días que ha dado la vela la fragata «Venganza» y el bergantín «Justiniano» (alias «Pezuela»). Es misteriosa su salida: creo que vaya á alguna expedición. Son 300 hombres menos que pelear contra de nosotros.

Mañana sale el ejército sobre Talcahuano; si el tiempo lo permite, pues debí salir ayer, y me llovió. Llevo ocho lanchas con ciento y más hombres: van sobre ruedas á ser conducidas al río Andalién, y con la noche navegarán sobre la corbeta «Sebastiana» que no dudo sorprenderán. En seguida, con este buque de guerra, rendimos el bergantín «Potrillo» y la fragata de comercio la «Tomasa», la «Montezuma» y la «Victoria». Al mismo tiempo, les finjo un ataque sobre la línea para llamarles la atención. Si doy el golpe de la marina, la rendición de las baterías debe ser el resultado. Si no se logra la sorpresa de las lanchas, trato de forzar las posiciones enemigas en la forma en que antes he dicho á V. Según mis últimos cálculos, tienen en Talcahuano más de 800 hombres.

Mucho cuidado con Manuel Rodríguez.

La división de frontera que manda Freyre ha trabajado muchísimo. Están miserables, pues nunca se les ha dado vestuario. Los más de ellos son voluntarios.

Pasado mañana debo atacar á Talcahuano: creo tomarlo, y entonces volará Zenteno.

Mucho cuidado con los batallones cívicos: jefes muy seguros y conocidos. Buenos Aires nos presenta el espectáculo de los males que causan los expresados batallones. No obstante, las circunstancias lo requieren, y estando siempre en observación, se mantendrán en los límites de su deber.

Ha indignado tanto á todos, Soler, con su pedante y falso Manifiesto, que no sé como le vaya.

Creo volverle á saludar muy en breve desde Talcahuano. —*O'Higgins.*

P. S. El tiempo está comenzando á descomponerse, y tal vez vuelva á entorpecer mi salida.—*O'H.*

Otro.—Julio 15. No se ha verificado hoy la marcha á Talcahuano, porque lo ha impedido una lluvia fuerte, y antes que el tiempo se componga y se seque un poco el suelo, pasarán tres ó cuatro días.

En este momento me acaba de llegar un espía de Talcahuano. Dice que la «Venganza» dió la vela de resultas de ha-

ber llegado un chasque de Valparaíso, que vino por tierra, hasta un lugar de la costa llamado el Pergenal (distante 14 leguas al norte) y de allí se embarcó en canoa al puerto. En Talcahuano quedan, la corbeta «Sebastiana» de 28 cañones, y el bergantín «Potrillo» de 18 cañones con 40 hombres de tripulación: cualquiera fuerza marítima sería capaz de concluirlos, si yo no lo logro con mis lanchas.—*Vale.*

Sitio de Talcahuano—Política

Sr. D. José de San Martín.—Concepción, julio 27 de 1817. Mi amado amigo: La de V. de 7 del presente está en mi poder.

Me es muy sensible que los díscolos hayan podido exasperar al amigo Quintana. Ese pueblo requiere *Palo* de ciego: es muy revolucionario, pero cuando suena el *chicote*, no hay quien chiste. [1]

Confieso á V. que no hallo en quien sostituir la Delegación. V., que está más inmediato, nómbreme el sujeto, y se aprobará inmediatamente su determinación.

El martes 22 del actual, marché con todas estas fuerzas sobre Talcahuano, y campé á tiro de cañón de las baterías enemigas, para observarlas con reflexión y hacer el dispositivo del ataque. Para ello, esperaba las lanchas que no pudieron llegar á mis inmediaciones hasta el día siguiente por la tarde, momento en que nos sobrevino un fuerte temporal de agua y viento, que me obligó á retirarme á mis cuarteles de Concepción. El corto número de sesenta tiendas no era suficiente para cubrir dos mil y más hombres, armamento, parque, municiones, etc. Á no haber tomado esta determinación, nuestra pérdida habría sido de alguna consideración, con la continuación del temporal que ya cede. Apesar de no haber sufrido más de cuatro horas de agua, se mojó toda la tropa é inutilizamos más de treinta mil tiros de fusil, que ya escasean.

El miércoles, á las 12 del día, para descubrir el foso y baterías del Morro, ordené que la compañía de cazadores del Nº 11, sostenida por una de Granaderos á caballo, todo á órdenes del comandante don Manuel Escalada, (y también con el objeto de desalojar una partida de caballería enemiga), en dispersión los cazadores, se avanzase hasta la inmediación de tiro de metralla. Huyó al escape la partida enemiga: los cazadores casi subieron al cerro del Morro, y estuvieron á tiro de fusil de la Batería Nº 1º, en cuyo estado mandé se retiraran; todo lo que ejecutaron con la mayor bravura, sin más pérdida que dos soldados muertos y tres heridos, habiendo sufrido el

[1] Las palabras subrayadas, son del original M. S.

fuego de más de treinta piezas de cañón, que jugaban regularmente, y mucho mejor que lo que antes habíamos observado. La fuerza enemiga, la observamos muy de cerca, y no baja de mil y cien hombres.

Los dos buques de que hablé á V. en mi anterior, y que motivaron mi marcha, creyendo fuese auxilio de Lima, son la «Venganza» y el bergantín «Pezuela» que vienen de Valparaíso.

Luego que la división campó al frente del enemigo, intimé rendición á la plaza, como verá V. por la copia que le acompaño. La condujo el capitán Arriola. La contestación fué verbal: —que defenderían el puesto hasta la muerte, y que atacáramos cuando gustásemos. En todo este día nos cañonearon sin cesar, y sin daño alguno nuestro. En la noche, después de las doce, hice aproximar los dos obuses, y principié á tirar granadas al pueblo y baterías del cerro del Cura, tocando la canción de la Patria, la música del Nº 11 después de cada tiro. Hubiéramos incomodado al enemigo mucho más, á no haber sufrido los obuses más de veinte y seis tiros. Estaban montados en muy malas cureñas, y aquí no será practicable hacerlas de nuevo.

El viérnes vino un oficial al parlamentario con un pliego de Ordóñez para mí, rotulado: «Al Sr. D. Bernardo O'Higgins —Del Gral. del Exto. del Rey.» Se le contestó por Zenteno al oficial, que no venía rotulado aquél pliego en los términos que debía, y que creía no lo abriría. Pidió venir á mi presencia el comisionado: lo reconvine, diciéndole que hacia muy poco aprecio de sí mismo, pues su impolítica y groseria lo exponía á un chasco; y lo hice regresar con esta contestación. Al día siguiente, se vuelve á aparecer, con el mismo pliego y el mismo rótulo, solo con la diferencia de que, en lugar del membrete, donde decía antes «Del Gral. en Gefe del Exto. del Rey», decía: «De S. S. S.», y el parlamentario me prevenia que era una carta de satisfacción y particular. Sin abrir el pliego, lo devolví, previniendo que no admitía satisfacción ni correspondencia particular, y que últimamente, si volvía otro mensage en aquellos términos, había de fusilar al conductor. Entiendo que el expresado pliego contenía cartas para las mujeres que están en esa capital, de los oficiales enemigos.

Julio 28.—Ayer se ha dado parte de haber un buque á la vista, el que ha anclado hoy en Talcahuano: es una fragata grande.

Julio 29.—No es fácil tomar la «Venganza» por sorpresa, como antes he dicho á V. que pensaba hacerlo. Bien sea que hayan sospechado algo ó por temor, lo cierto es, que todas las noches ponen ocho botes y lanchones con artillería gruesa á inmediaciones del expresado buque, cuya defensa es impenetrable á nuestra pequeña marina. Los botes que en la noche se aproximan á la «Venganza» en el día se aproximan á noso-

tros por un brazo del río Andalién, y flanquean nuestra derecha con artillería gruesa, de modo que cruzan los fuegos completamente desde el mar de San Vicente y el del brazo de mar ó del Andalién, que desemboca junto al Morro.

Las baterías que en el plano que remití á V. van designadas hasta el Nº 4, son siete, fuera de la principal llamada Cerro del Cura y la del Centinela. Son sesenta piezas de diferentes calibres las que hay en la línea, servidas por doscientos cuarenta y ocho artilleros. La posición indudablemente es fuerte; pero es preciso acabar la guerra, aunque sea á costa de sacrificios.

Julio 30.—Sigue el agua y temporal sin cesar. Si no hubiera retirado la división de Talcahuano, hubiera ya más de un tercio de ella en los hospitales; aún así, pasan de doscientos hombres los que se han enfermado después.

Sólo el rigor puede contener á los díscolos: el que cayese ó pillase V. infraganti, duro con él. Esté V. cierto, que cuanto V. haga y resuelva, será siempre de toda mi aprobación.

Hubiera el enemigo, sin duda, logrado sublevarme las provincias, á no haber puesto en ellas tenientes-gobernadores activos y patriotas comprometidos. En las inmediaciones de la boca del Itata desembarcaron 30 hombres de Talcahuano, con algunas armas y municiones, para engrosar las fuerzas, los que se diseminaron por Quirigüe, Chillán y Cauquenes, haciendo asesinatos y robos. Se armaron los tenientes-gobernadores, y cada uno por su parte hace vivas diligencias en contra de los bandidos. En Chillán, en lo interior de un bosque, se batieron por más de dos horas hasta que se dispersaron. En Cauquenes, han sido aprendidos diez, los que he ordenado sean ahorcados, y las cabezas puestas en los lugares donde hayan cometido sus excesos. Aquí he mandado ahorcar dos que se aprendieron en la costa del Tomé, mediante lo que, se ha aquietado el interior.

Cuarenta españoles de los derrotados en Arauco, existen allí alarmando á los naturales de la costa, haciéndoles creer que los de Buenos Aires vienen á quitarles sus tierras y sus mugeres.

Julio 31.—Cuando ha llegado á mí su apreciable del 27 de junio, á propuesta de Quintana había nombrado á don Mateo Hevel Intendente de policía.

Agosto 1º—Ya no hay paciencia para sufrir tanta agua: está cayendo excesivamente. Mucho me temo que el enemigo reciba refuerzo antes que el tiempo nos permita atacarlos.

Expresiones á ⁝ ⁝ ⁝ y disponga á su satisfacción de su eterno amigo—*Bernardo O'Higgins.*

Contestación de San Martín

Sr. D. Bernardo O'Higgins.—Santiago y agosto 16 de 1817.—Mi amado amigo: Voy á contestar á su apreciable del 1º de este.

Veo por su relación, que la línea enemiga presenta inconvenientes respetables, y que su ataque nos puede costar mucha sangre. Si V. calculase que el éxito no sea feliz, no hay más arbitrio que esperar á que nos lleguen los buques, y en el interín, engrosar esa división lo que se pueda. En fin, V. que está á la vista, dispondrá lo que quiera y le parezca.

Años se me hace la tardanza de Zenteno, tal es la falta que hace.

Se está esperando el armamento del *Salvaje*, que por no exponerlo viene por tierra.

Ya le dirán á V. en la precisión que los díscolos nos han puesto: estos hombres no quieren otra cosa que la ruina del País.

Por el estado general que remito, verá que nuestra fuerza aumenta. Va á darse principio luego que las aguas cesen, al campo de Instrucción.

Salió la Pólvora, balas y Papel que V. pide para los 60 mil cartuchos.

Es imposible por ahora mandar á V. caballo alguno, hasta que se repongan, pues es tal su flacura, que aún los mantenidos á Pesebre, no pueden caminar cuatro leguas.

Es su eterno amigo—JOSÉ DE SAN MARTÍN.—*(Archivo de O'Higgins)*.

Política y guerra

Sr. D. José de San Martín.—Concepción, agosto 11 de 1817.—Mi más amado amigo: No he podido reducir á Zenteno á que admita la Delegación. Me ha hecho reflexiones muy fuertes, proponiéndome el plan de depositarla en una Junta. Él saldrá pasado mañana para esa, á fin de acordar esto mismo, y de lo que se resuelva vendrá por extraordinario.

Hace V. muy bien en separar á Manuel Rodríguez: es imposible sacar el menor partido de él en parte alguna. Acabe de un golpe con los díscolos. La menor contemplación lo atribuirán á debilidad.

No está malo el golpe que Arriagada ha dado en Chillán á los salteadores que habían formado cuerpo considerable. Como los enemigos son dueños del mar, hacen sus desembarcos en los puertos distantes de nuestro alcance, así es que han diseminado algunos soldados, que unidos con los ladrones, hacen sus correrías.

En la costa del Tomé llevaron hace cuatro días un chicotazo regular. Supe por los espías, que á inmediaciones de aquella costa debía llegar un lanchón en busca de víveres. Al efecto salió el oficial Bogado con 40 Granaderos, y emboscado esperó el momento designado. Hizo la seña que correspondía, aproximose la lancha, echó en tierra dos hombres, y sospechando engaño, trató de retirarse, y á cuatro varas de distancia se rompió el fuego, tan vivo, que creo no escaparon vivos tres hombres. La lancha tenía á bordo, según declaración de los prisioneros, 20 hombres mandados por un oficial del Talavera.

Escalada ha hecho dos salidas: la primera á Gualpén, dos millas de Talcahuano, con 80 hombres, á protejer dos lanchas que la avenida del Bío-Bío le habia arrebatado en la noche, y aunque estuvieron en poder del enemigo por un rato, se recuperaron, pues luego que la caballería enemiga descubrió la nuestra, fugó:—la segunda, á Penco, con 100 granaderos á perseguir dos lanchones enemigos que con 100 hombres habían desembarcado al saqueo de aquel pueblo, y fugaron luego que divisaron nuestra caballería.

Disponga de su eterno amigo—*Bernardo O'Higgins.*

Sitio de Talcahuano

Sr. D. José de San Martín.—Concepción, septiembre 1º de 1817.—Amigo mi más amado: Me parece de necesidad de aumentar la fuerza hasta lo posible. Pezuela va á desplegar todos sus esfuerzos para continuar la guerra en Chile. En Chile y Valdivia se obliga á tomar las armas á toda clase de hombres. Dije á V. en mi última se crie otro batallón de infantería: vuelvo á repetirlo.

Ya tendrá V. en esa al amigo Zenteno: espero por momentos la resolución de lo que en mi anterior dije á V. y con él conferenciamos.

La línea enemiga indudablemente es respetable: la fuerza que la guarnece pasa de mil trescientos hombres: la nuestra que puede atacarlos, es de mil setecientos hombres. La superioridad en el número nuestro, es de poca consideración, pero en valor, entusiasmo y disciplina, excede de modo que, podría casi asegurar la victoria.

Mucho rigor, mi amigo, con los malvados: salgan del país para siempre y á grandes distancias, antes que por segunda vez nos envuelvan en ruina y confusión.

Ni por ser 1º de septiembre quiere el tiempo ser bueno: continúa lloviendo.

Para asegurarnos de un golpe de mano y cortar el espionaje de este pueblo con Talcahuano, se están trabajando va-

rios reductos, que con fuertes y fosos evitan toda comunicación clandestina, y alivian el servicio de la guarnición.

Han cesado los pasados del enemigo.

Conviene tener en Valparaíso una fuerza respetable y que sus fortificaciones se pongan en buen estado de servicio. Con una media regular marina, concluiremos pronto con los piratas.

Disponga de su eterno amigo—*Bernardo O'Higgins.*

Sobre los Carrera—Talcahuano

Sr. D. José de San Martín.—Concepción, septiembre 9 de 1817.—Mi más amado amigo: Nada extraño en lo que V. me dice acerca de los Carrera. Siempre han sido lo mismo, y sólo variarán con la muerte: mientras no la reciban, fluctuará el país en incesantes convulsiones, porque es siempre mayor el número de los malos que de los buenos. Si la suerte ahora nos favorece en descubrir sus negros planes y asegurar sus personas, puede ser que en otra ocasión se canse la fortuna.

Un ejemplar castigo y pronto, es el único remedio que puede cortar este grave mal. Desaparezcan de entre nosotros los tres inícuos Carrera, júzgueseles y mueran, pues lo merecen más que los mayores enemigos de la América. Arrójense sus secuaces á paises que no sean tan dignos como nosotros de ser libres.

El tiempo demuestra querer componerse. Mucho lo necesitamos. Las tropas están tan desnudas, que no hay cara para que salgan á los ejercicios doctrinales.

Los enemigos trabajan en sublevar las fronteras.

Su eterno amigo—*Bernardo O'Higgins.*

Sitio de Talcahuano

Sr. D. José de San Martín.—Concepción, septiembre 15 de 1817.—Amigo amado: Dije á V. en mi última, que en el día siguiente intentaba sablear las avanzadas enemigas, emboscando al efecto suficiente número de caballería. Ha salido todo como deseaba. Lo más interesante es que, la tropa que ha sufrido la paliza, es la de mejor confianza del enemigo.

También en Arauco han sufrido su chicotazo los piratas, como igualmente se impondrá V. por la comunicación oficial, aunque no ha sido tan completo como esperaba.

Entre los prisioneros de Talcahuano, se han tomado dos soldados de Granaderos á caballo y uno del Nº 11 (de los Chacabucanos, ó prisioneros que tomaron parte con nosotros). Al día siguiente los hice pasar por las armas.

Voy á completar el batallón de frontera con la recluta que

espero y he pedido á esta provincia. He pedido 600 fusiles con su correspondiente correaje para este efecto.

Su eterno amigo—*Bernardo O'Higgins.*

Política y guerra

Concepción, septiembre 22 de 1817.—Sr. D. José de San Martín.—Mi más amado amigo: Está muy buena la Junta Delegada; el arreglo y orden que se intenta de los H∴ y la prisión del malvado Juan José Carrera.

Ojalá el 1º de Chile estuviera por aquí cerca. Los enemigos apuran. Sé por mis espías que 400 hombres venian en marcha de Valdivia, y son sin duda los que tienen sitiada la guarnición de Arauco, que me tiene con el mayor cuidado. Me ha consolado de algún modo el cañoneo que se oyó esta madrugada, porque es prueba que aún se resisten los nuestros, y si lo hacen hasta mañana, la victoria es nuestra.

Freyre, con 3 compañías de infantería, 34 Granaderos y una pieza de artillería, cuyo total pasa de 300 hombres de las mejores tropas, salió ayer, quedando con todo en la otra banda del Bío-Bío poco después de las 12 de la noche.

Si en el estado actual de cosas llegase á Talcahuano un refuerzo de 600 ó más hombres, me vería bastante apurado, porque es regular me atacasen, y teniendo en Arauco y otros puntos más de 600 hombres, si me retiraba de aquí, quedaban enteramente cortados. Es por esta razón que hoy oficio al comandante del Nº 1º de Chile acelere sus marchas á este punto.

Su constante y eterno amigo—*Bernardo O'Higgins.*

Guerra: Freyre y Brayer

Sr. D. José de San Martín.—Concepción, septiembre 29 de 1817.—Mi amado amigo: No quiero demorar un solo momento en dar á V. el gusto de los triunfos de nuestros bravos en Arauco, como se impondrá por mis comunicaciones oficiales.

Freyre se hace cada día más apreciable: mañana lo voy á premiar con el grado de coronel. Espero que esta medida sea de la aprobación de V. El demorar esta gracia, que tan justamente le corresponde, no le daría la importancia que lleva del modo que ha sido concedida, y es por esta razón que no precede consulta.

Brayer hace cinco días que llegó.

He pedido á los pueblos mil hombres de recluta: ya han venido 250 que se están instruyendo. Solo vestuario no hay por aquí: tampoco armamento.

Su eterno amigo—*Bernardo O'Higgins.*

Asuntos militares

Sr. D. José de San Martín.—Concepción, octubre 1º de 1817.—Mi más amado amigo: Ciertamente que se aumenta la fuerza de un modo respetable, según lo demuestran los estados. Todo es necesario; no sabemos si repentinamente puedan desembarcar, ó bien las tropas que navegan para estos mares de la Península ó alguna fuerza de la organizada nuevamente por Pezuela, y como está llamada la atención á esta parte del sud, dirigirse á esas costas imaginándolas indefensas.

Hasta la evidencia nos han demostrado nuestros enemigos que todos sus esfuerzos se dirigen al Sud: díganlo Arauco y sus costas, la tenacidad con que allí hacen correr sangre y el empeño infatigable con que han trabajado en sublevar la frontera.

Aquí también se trabaja para aumentar nuestra fuerza. Á tiempo llegaron ayer doscientos fusiles con sus fornituras. Ojalá viniesen 400 más.

Brayer está aquí: lo que he observado de él, viene bien con lo que V. me dice. Su presencia no ha sido muy agradable á la generalidad de oficiales, por su clase de extranjero; pero él sabe disimularlo, y ello al fin se calmará.

Arcos saldrá muy pronto: en la línea de fortificaciones que se ha trabajado aquí, quiere concluir el modelo de las torres egipciacas, para que se continúen las demás de esta clase.

Será muy atendido el nuevo ingeniero (D'Albe) cuya educación promete lo que se desea.

Freyre llegó de Arauco: conforme á mis instrucciones, ha acabado de incendiar aquella plaza, á que el enemigo dió principio por más de 40 casas. No nos conviene guardar aquella mala posición al pie de un cerro: su defensa demanda mucha guarnición. Nuestra fuerza concentrada es capaz de más. sin estar expuesta á tanta distancia.

Su amigo eterno—*Bernardo O'Higgins.*

Guerra de frontera

Sr. D. José de San Martín.—Concepción, octubre 18 de 1817.—No perdonan medio alguno los matuchos, al objeto de verter nuestra sangre. Ahora incitan la codicia de los bárbaros, uniéndose á ellos para invadir la Isla de Laja. Un número de más de 2,000 indios bien armados, 80 fusileros á caballo y más de 200 lanceros y hombres armados de los prófugos, han atacado las plazas de Nacimiento, San Carlos y los Ángeles: las dos últimas han sido tomadas, cometiéndose inauditas ejecuciones á sangre y fuego. Nacimiento se defiende vigorosamente. He mandado al capitán don Agustín López con 115 hombres y al capitán don Francisco Molina con 90 hombres y

una pieza de artillería, todo á las órdenes del primero, para que á marchas forzadas por la otra banda del Bío-Bío, socorran á Nacimiento. Por esta banda del Bío-Bío he mandado al capitán don José María Cruz con 56 soldados de infantería á caballo, á fin de que reunido con el regimiento de Rere, contenga las incursiones de los indios á esta banda de la Laja. Según tengo entendido, el plan es apoderarse de las fronteras, protejer la insurrección de las provincias, privarnos de caballos y de víveres y hacernos la guerra de recursos.

Contribuciones, mi amigo, con esos matuchos que están en Santiago, y sus asociados los desnaturalizados americanos más inícuos que los primeros.

El Nº 1º pasó ayer el río Itata: viene muy á tiempo.

Convendría viniesen 40 á 50 mil tiros de fusil á bala en cartuchos, y 400 fusiles además de los 600 que vienen en marcha, pues pienso aumentar la fuerza, así como la han aumentado nuestros enemigos.

Disponga de su más constante amigo—*Bernardo O'Higgins.*

Asuntos militares

Sr. D. José de San Martín.—Concepción, octubre 22 de 1817.—Amigo mi más amado: Por todas partes son rechazados los últimos esfuerzos de la tiranía. Mis comunicaciones oficiales lo demostrarán.

Antes de ayer llegó el Nº 1º. Ha sufrido alguna deserción.

El batallón Nº 3 toma una forma regular, apesar de que su base no fué de lo mejor. Ya está casi completo.

Las aguas no nos quieren dejar aún. No obstante, ya es tiempo de estrechar el sitio de Talcahuano.

Los dos escuadrones de Cazadores á caballo, apenas pueden hacer el extenso servicio que exige esta arma, por cuya razón dije á V. en mis anteriores, había creado una compañía de Cazadores á caballo, que se halla bajo un pie respetable, y poco le falta para formar la otra compañía, completando un escuadrón.

Ordene lo que guste á su eterno amigo—*Bernardo O'Higgins.*

Asuntos militares

Sr. D. José de San Martín.—Concepción, octubre 25 de 1817.—Amado amigo: Me es del mayor dolor su falta de salud, que tanto interesa á la Patria.

Me parece bien marche el cuadro de oficiales, sargentos y cabos para formar el batallón de Coquimbo. Convendría hacerlo de cazadores.

Aún no han llegado los 600 fusiles: es aproximadamente la cantidad que necesito para igual número de hombres. Sables se necesitan muchos: los Granaderos sablean á menudo y se quiebran infinitos.

Ya estoy sereno acerca de la alta frontera. Las diferentes divisiones que por varios puntos dirigí, han llenado su deber. Quedan los españoles é indios por todas partes completamente deshechos: les cuesta más de 250 hombres la invasión á la isla de Laja y Nacimiento, y de yapa, en este momento les acabamos de sablear diez ó doce soldados de los mejores de su caballería é igual número de heridos, bajo el fuego de fusil de Talcahuano.

Componga el pulso y la salud como lo desea el mejor de sus amigos—*Bernardo O'Higgins.*

Asuntos militares

Sr. D. José de San Martín.—Concepción, noviembre 17 de 1817—Mi más amado amigo: Ayer pasé revista general de armas á este ejército, que ha cambiado de aspecto con haberse vestido: promete grandes esperanzas.

Pasado mañana salimos para Talcahuano á estrechar el sitio.

En la alta frontera corre sangre, pero siempre somos victoriosos. Tenemos allí 300 hombres de línea y 500 lanceros de milicias.

Se han recibido los 600 fusiles, y ojalá mandara V. 300 más.

Irisarri el que está en Londres, me parece sujeto muy aparente para Diputado de Chile en Inglaterra.

Restablézcase luego para consuelo de su más constante amigo—*Bernardo O'Higgins.*

Asuntos militares

Sr. D. José de San Martín.—Concepción, noviembre 24 de 1817.—Amado amigo: Mañana al amanecer marcho con el ejército sobre Talcahuano. Tiemblen los matuchos. Yo prometo á V. que si se presenta la menor ocasión de concluirlos, no la desperdiciaremos.

Por las costas, por las fronteras, por todas partes que nos buscan, nos hallan bien dispuestos, y son bien fregados.

Hoy he empleado la mayor parte del día con los caciques Pegüenches, en aconsejarlos é invitarlos á nueva alianza que han sancionado. Los he regalado bien, y ofrecen sus armas á nuestra disposición.

Ordene cuanto guste á su eterno amigo—*Bernardo O'Higgins.*

Sitio de Talcahuano

Sr. D. José de San Martín.—Campo al frente de Talcahuano, diciembre 3 de 1817.—Mi amigo amado: Cada día hacemos gastar al enemigo más de 150 tiros de cañón, mediante lo que logramos foguear nuestros reclutas sin perjuicio alguno. Considero esa miserable guarnición en las últimas agonías: dentro de tres días espero concluirán.

Mañana tendré reunido todo el ejército. En el término expresado ya habrá venido el correo, y si en él no me dice cosa alguna que diga contra mi disposición, ataco por mar con nuestras lanchas á las cañoneras que defienden el tránsito á las baterías, y por tierra, por diferentes puntos que después sabrá, por no fiarlo ahora á la incertidumbre de los caminos, transitados por bandidos y espías de Ordóñez, que pienso ha declarado la guerra á muerte. A ninguno de nuestro ejército que cae en sus manos dan cuartel, y lo que es peor, con muerte cruelísima.

En San Pedro sorprendieron al oficial don Pascual José Tenorio y tres soldados nuestros: á las seis horas los lancearon y cortaron sus cabezas.

Disponga de su muy constante amigo—*Bernardo O'Higgins.*

Asalto de Talcahuano

Sr. D. José de San Martín.—Campo al frente de Talcahuano, diciembre 11 de 1817.—Amado amigo: El ataque del 6 nos ha dado aún mayor importancia para con el enemigo, que lo es de presumirse: ha quedado tan cobarde, que al oscurecer la noche, diariamente comienza un fuego de cañón incesante. Han perdido gran número de marineros, y repuesto sus muertos y heridos con los que servian á bordo. No sé como pueden marinar sus buques.

Aunque dije á V. en mi anterior, que sería conveniente viniese aquí un batallón más, creo que con la fuerza actual sea bastante; pero como los acontecimientos de la guerra son tan variables, no estaría de más que se estacionase en Talca el expresado batallón.

Me había consentido el día 6 al principio del ataqué, que toda la guarnición de Talcahuano y su escuadra cayese en nuestro poder: el viento era contrario para todo buque que intentase dar la vela.

Si como he opinado desde el principio, se hubiese dirigido el ataque, no habría fallado; pero para otra ocasión de seguro, me dirigiré por lo que la sana razón dicta con conocimiento de nuestras tropas y el de nuestros enemigos.

Ha picado la deserción en número considerable; pero es

en los reclutas que todos los cuerpos han recibido, y de que se compone casi todo el Nº 3.

Espero las municiones que vienen de Talca para en primera oportunidad dar otro tiento al enemigo.

En la frontera hemos rechazado al enemigo, sin pérdida alguna, y obligándolo á retirarse del sitio de Nacimiento.

Disponga de su amigo eterno—*Bernardo O'Higgins.*

Anuncio de invasión del Perú (1)

Sr. D. Bernardo O'Higgins.—Santiago, diciembre 10 de 1817.—Mi amigo amado: Parece que los Matuchos quieren tentarnos la ropa, como verá V. por las comunicaciones del Gobierno. Dios lo haga, pues, de este modo tendremos más asegurada la expedición a....*(al Perú).*

Como creo que lo que V. más necesita es caballería, sale mañana el 2º Escuadrón de Granaderos al mando de Melian: en este concepto, puede V. impartir las órdenes que tenga por conveniente, bien sea para que permanezca en Talca á fin de que apoye las operaciones de V., ó bien que se sitúe en el punto que V. le indique.

Creo sería conveniente retirar á Talca todo lo que no le fuese útil en esa.

Yo creo que si los sacamos á los llanos el golpe debe ser decisivo, pues ellos carecen de caballería.

En fin, mi amigo, V. obrará según le parezca; pero soy de opinión no aventurar, y sí estar prontos para reunirnos y caer sobre ellos con todo el poder hasta destruirlos.

Los escalones de víveres hasta Talca (siempre que sean seguros) los creo convenientes. V. está sobre el terreno y podrá disponer esto como le parezca.

Todas las tropas de esta capital saldrán de aquí á tres días sobre Valparaíso, por si tratan de hacer alguna tentativa sobre aquél punto, y de este modo estamos también prontos á auxiliar á V. si es necesario.

En conclusión, mi amigo, V. obre como crea, en la inteligencia que lo que V. haga será lo mejor.

Mandar á su amigo eterno—JOSÉ DE SAN MARTÍN.

Desde que tengo la noticia de la venida de los Matuchos, todos mis males y lacras se me han quitado: esto es un buen pronóstico. Dígame V. lo que necesita.—*Vale.*

---

(1) Esta carta, que formaba parte del archivo de O'Higgins, figura autógrafa en el archivo San Martín, vol. XLII, por donación del Sr. Vicuña Mackenna.

Retirada de Talcahuano

Sr. D. Bernardo O'Higgins.—Santiago y diciembre 11 de 1817.—Mi amado amigo: Nada me sorprende el contraste de Talcahuano. Estos son incidentes de la Guerra, que podrán remediarse con nuestros recursos y constancia.

Todos los H∴ *(La Logia)* hemos acordado: que la posición de Concepción es cerrada y sumamente expuesta, en atención á que la mayor parte de esa provincia no nos es muy adicta. Por otra parte, pudiéndonos dar la mano ese y este Exto. seremos siempre, no solamente superiores, sinó que podremos caer sobre el enemigo y *decidir en un día la suerte de Lima.*

Con esto, damos tiempo á que lleguen (los buques) lo que esperamos de N. América, que según me escribe Aguirre estarán en Chile á más tardar en Marzo.

Nada nos importa abandonar una provincia pobre, sin recursos ni subsistencias, y que pronto la volveremos á tomar.

Tenga V. presente, que si por alguna de aquellas casualidades de la Guerra, ese Exto. fuese batido, todo se lo llevaba el Diablo.

Por otra parte, me es imposible, hasta saber el punto en que toque la expedición, mandarle á V. un solo hombre, pues yo no tengo más que tres batallones y dos escuadrones, con los que marcho á poner á cubierto á Valparaíso el 16 de este.

Melian hace tres días salió de esta para incorporarse con V. con todo el 2º Escuadrón. Va armado completamente.

Zenteno impondrá á V. de mis ideas. Baste decir á V. que su retirada la habíamos decidido antes de saber el contraste de Talcahuano.

En fin, divididos seremos débiles: *unidos, los batimos sin duda alguna.*

Se ha mandado venir el Batallón de Coquimbo.

Luego que estemos todos reunidos, pasan de nueve mil hombres con los que podemos dar un buen día.

La resolución que V. tome, que sea pronta, para no hacer una retirada picado por el enemigo. Con anticipación, creo que V. puede quitarles todos los recursos de la Provincia, como son granos, caballadas y ganados, y retirando todo malvado enemigo ó sospechoso.

Repito que Zenteno hablará á V. largo sobre todo.

Su amigo hasta la muerte—José de San Martín.—*(Archivo de O'Higgins).*

Asalto de Talcahuano

Sr. D. José de San Martín.—Concepción frente de Talcahuano, diciembre 17 de 1817.—Mi amado amigo: Nos cuesta

el ataque del 6 cerca de ciento cincuenta muertos y doscientos ochenta heridos, inclusos los oficiales. Además, se nos han desertado despues 90 soldados, merma considerable para este pequeño ejército. Me consuela el entusiasmo de la tropa que resta, y haber cesado la deserción.

La línea de Talcahuano es indudablemente muy fortalecida. Más de setenta piezas de grueso calibre, ayudadas por más de 400 marineros de los buques de guerra y mercantes, que tienen en tierra, y que en todas direcciones cruzan sus fuegos, la hacen impenetrable, y sin un grave sacrificio no puede ser penetrada. Resta, pues, saber si sería ó nó una victoria para el enemigo, el que sacrificásemos la mitad de nuestra fuerza, aunque adquiriéramos el puesto.

Si en estas circunstancias aparece la expedición de tres mil hombres, que me anuncia el Gobierno delegado, debe estar próxima á nuestras costas, nos encontraríamos imposibilitados para resistirlos. Por el contrario, economizando nuestros bravos soldados, saldrían á campaña los invasores, y sacándolos á 20 leguas de la costa, para que la marina no engrose la fuerza, podríamos casi asegurar la victoria, y si algún accidente inesperado no lo decidiese, con la ventaja de nuestra caballería, podríamos retirarnos al cuerpo de ejército que V. señalase.

Calculando lo que más convenga en semejante estado, dígame V. lo que le parezca más conducente á nuestras operaciones, en la inteligencia, y lo aseguro por mi honor, que cualquiera empresa que decida V. sólo se dejará de cumplir con la falta de nuestra existencia.

Brayer se halla muy incomodado con Heras, porque según me lo relaciona el primero, sabía por un oficial, que el segundo habia dicho, que el día del ataque á Talcahuano, debió el Mayor general (Brayer) haberse aproximado á la columna de ataque. Igual crítica me dice ha sufrido de algunos otros. Yo he procurado calmar estas hablillas, que sólo conducen á la división.

Lloraré siempre la muerte de Boedo. Otro Alvarado hubiera sido. Murió como un héroe, exhortando su tropa al asalto. Beauchef, es un completo oficial: había hecho un hallazgo grande, pero no hay mucha esperanza de que sane: tiene un brazo quebrado cerca del hombro. Crea V., que si no es la desgracia de estos oficiales, hoy éramos dueños de Talcahuano. Este iba encargado de apoderarse del rastrillo, y dejarlo caer para que entrase la caballería, que precisamente concluia la acción.

Disponga de su amigo hasta la muerte—*Bernardo O'Higgins.*

Evacuación de Concepción.

Sr. D. José de San Martín.—Campo al frente de Talcahuano, diciembre 23 de 1817.—Mi amado amigo: Las apreciables de V. de 9, 10 y 11 del presente están en mi poder. Las dos últimas me las entregó Zenteno, quien en su tránsito por la Florida, sorprendió una partida de bandidos: de los enemigos murieron cuatro, y Zenteno tuvo dos heridos.

Celebro infinito que los Matuchos ignorantes, quieran decidir la suerte de Lima en Chile. La Providencia visiblemente proteje nuestra causa, confundiendo y cegando á los enemigos de ella.

Cuando yo dije á V. que necesitaba un batallón más aquí, era en concepto á dar otro asalto á Talcahuano; pero para hacer una guerra defensiva en retirada, aunque fueran cinco mil los enemigos que vienen, no lograrían ventaja alguna.

Estoy dando las órdenes más ejecutivas para la evacuación de Concepción. Me dice el administrador de aduana, que el comercio tiene más de 800 mil pesos en efectos, que han introducido los comerciantes últimamente, y no tienen una sola mula ni un caballo en que moverse. He pedido á los Partidos los que hayan, para no dejar atrás cosa que sirva de auxilio á los enemigos, y que encuentren ruinas y desiertos. Todo demanda un término de diez días: si en él no se presenta la expedición de Lima, todo se conseguirá. El Exto. tiene 300 mulas, pero aún se necesitan 180 más, que espero dentro de tres días.

Ayer salieron 50 enfermos en carretones y parihuelas: quedan en el hospital 180, pero todos se pueden mover á caballo cuando se ordene.

Muy buena disposición la venida de Melian á Talca. Con esta fecha le ordeno haga pasar á Quirigüe un oficial y 50 Granaderos á protejer la emigración y conducciones. En el Itata se ha trabajado una gran lancha para que admita 300 hombres. Mañana saldrá el ingeniero D'Albe para hacer construir con las balsas de Soto una cabeza de puente.

Acompaño el croquis del ataque del 6.

No tengo un sólo momento mio, por esto no escribo largo. Expresiones á los amigos: Todos se quejan de que no les escribo; pero si me divisaran de cerca me compadecerían.

Gozo de salud: póngase V. en el mismo estado, y ordene cuanto quiera á su amigo hasta la muerte—*Bernardo O'Higgins.*

Retirada de Talcahuano

Sr. D. José de San Martín.—Campamento al frente de Talcahuano, diciembre 28 de 1817.—Mi amado amigo: Mañana me retiro á Concepción. Me hallo absolutamente sin mulas

para moverme: 300 que tengo, no alcanzan ni á la mitad de lo necesario. Mañana mismo comienzo á mover los batallones por escalones, para que las mulas de unos sirvan á los otros.

No me persuado que el enemigo tenga el suficiente número de tropa que se nos anuncia. Su desembarco debe ser en esta provincia. Pues ¿cómo había de atreverse á desembarcar en la costa de San Antonio, donde debe calcular no encontrará un sólo caballo, sin cuya arma jamás podrá completar una victoria? Es verdad que los españoles son muy bárbaros en sus proyectos militares, y la ignorancia pudiera cegarlos. Ello es, que sea como fuere, nos debemos dar los parabienes del arribo de la expedición á estas costas. La libertad de Sud-América debe ser el resultado de tan descabellado proyecto. Si tardan 15 días más, ya estaremos en estado de reunión.

Su amigo hasta la muerte—*Bernardo O'Higgins.*

P. D. Quedo impuesto de lo que V. me dice en su apreciable del 18 del presente, y agotaré cuantos recursos haya, para hacer en todo como V. me previene. En el término de ocho días pondré un batallón en Talca, y sucesivamente irá lo demás.

29 de diciembre.—En este momento estoy moviendo el campamento para Concepción.—*O'Higgins.*

(Segunda série)

DESDE MAYPU HASTA LA FORMACIÓN DE LA ESCUADRA

Armamentos navales—Muerte de Rodríguez

Santiago de Chile, mayo 27 de 1818.—Mi amigo muy amado: Ha llegado á Valparaíso el navío «Cumberland», que ha contratado Álvarez (Condarco): pero nos llega en el peor tiempo que nos podría llegar. Faltos de dinero, tenemos que hacer milagros para pagarlo, y será conveniente se insinúe V. con él para que suspenda de empeñarnos en más compras de esta clase, que no podemos cumplir. Es también preciso, que V. se empeñe con el gobierno de esas Provincias, para que nos facilite cuantos marineros ingleses y americanos se puedan remitir por mar á Valparaíso, para tripular nuestros dos navíos la *Lautaro* y el *San Martín* (que este es el nombre que hemos dado aquí al *Cumberland).* Sobre esto escribo ahora á Zañartu, y espero la coadyuvación de V. con todo su influjo.

Por este correo envío á Luzuriaga las diligencias practicables sobre la carta de Vera y Rodríguez á Cramer. Vera no debe volver á Chile de ningún modo, porque sobre tener la

peor opinión, es el enemigo más decidido de V., de mí y de todo lo que no sea anarquía. Rodríguez ha muerto en el camino de esta capital á Valparaíso, recibiendo un pistoletazo del oficial que lo conducía por haberlo querido asesinar, según consta del proceso que me ha remitido el comandante de Cazadores de los Andes, Alvarado.

No escribo al Supremo Director Pueyrredón, porque aún no estoy en estado de hacerlo por mí mismo; pero V. me disculpará con él por ahora, y mandará á su affmo. amigo—*Bernardo O'Higgins.* (1)

Recibí la preciosa silla inglesa que V. se ha servido enviarme con el Padre Bauzá, y doy por ella las más cordiales gracias, como por todos los demás favores de V. *(Rúbrica).*—Sr. D. José de San Martín.

Armamentos navales

Santiago de Chile, junio 12 de 1818.—Mi amigo: Aunque no he tenido carta de V. desde Mendoza, supe su llegada á Buenos Aires por los papeles públicos. Deseo que cuanto antes se vuelva V. para que tratemos de llevar al fin nuestra empresa sobre Lima. Solo el dinero nos hace falta para contar con todas las facilidades en este asunto, aunque no se cesa de hacer cuanta diligencia es posible para salir de estos apuros.

El «Cumberland», según me han informado, está en muy mal estado para navegar, y hoy mismo he nombrado á Blanco Cicerón, con un constructor y cinco carpinteros de ribera, para que lo vayan á reconocer y recibir. Es preciso que aproveche V. la primera oportunidad, y que en ella escriba á Álvarez (Condarco), que suspenda empeñarnos más en compras de buques que no podemos pagar, y que no nos envíe más oficiales de caballería é infantería que no tenemos donde emplearlos, ni nos convienen.

Aquí ha llegado un enviado de Lima, que decía venir á tratar del cange de prisioneros; pero le faltaban todas las formalidades de estilo para verificar su comisión. Balcarce no tuvo á bien concluir con él cosa alguna, y yo no hice más que verlo á su llegada y á su salida, porque no trajo pliego ninguno para el gobierno. Todavía no quiere el Virey tratarnos con el decoro que debe, después de tantos desengaños.

Queda de V. como siempre su affmo. amigo—*Bernardo O'Higgins.*

---

(1) Esta y las tres del mismo que siguen, son de otra letra, pero están firmadas de puño y letra de O'Higgins: todas las demás son autógrafas, como queda dicho.

Acuerdos de la Logia

Santiago, 20 de junio de 1818.—Sr. D. José de San Martín.—Mi amado amigo y compañero: Es en mi poder su apreciable de 20 del pasado, y por ella veo que había recibido la mia de 29 de abril.

Quedo impuesto de cuanto me dice sobre la próxima sesión de los amigos *(la Logia de Buenos Aires)* acerca del principal objeto de su viaje *(la expedición del Perú)*. Lo mismo me dice Pueyrredón; y tanto por lo uno como por lo otro, quedo impacientemente esperando su resolución, para ver de ella cuando debemos contar con la vuelta de V. Mucha es la falta que V. nos hace aquí, y mucho también lo que pierde su salud con una larga mansión en una temperatura como la de Buenos Aires. Por todo esto, debe darse prisa á volver.

Mi brazo, con el poco cuidado que he tenido de él, aún no está del todo sano; por esto, aunque puedo firmar, no puedo aún escribir un renglón con él.

Todos los amigos *(de la Logia de Chile)* saludan á V ⁝ ⁝ ⁝ *(á la Logia de Buenos Aires)* entre los cuales debe V. contar á Irisarri, á Freyre y á Borgoño. V. salude en mi nombre á los de esa capital.

Como siempre su affmo. amigo—*Bernardo O'Higgins.*

Armamentos navales

Sr. D. José de San Martín.—Santiago de Chile, julio 23 de 1818.—Mi amado amigo: En contestación á la de V. de 16 del ppdo. digo, que el «Cumberland» está ya comprado, aunque nos véamos negros para pagarlo. En verdad, nuestro amigo Álvarez (Condarco) ha hecho una compra carísima, y solo el honor del gobierno y làs circunstancias, nos pueden hacer ejecutar los sacrificios necesarios para salir de esta dificultad. Hemos conseguido, sin embargo, que nos haga una rebaja el consignatario del dueño de este buque, de cerca de veinte mil pesos, que no es cosa despreciable en estas circunstancias, en que andamos arañando paredes para pagar los gastos mensuales.

Mucho deseo que V. salga de Buenos Aires, se venga á Chile, y tratemos al fin de hacer lo que al país debamos; porque ya se va dando demasiado tiempo al enemigo para tomar sus medidas.

Mande á su affmo. amigo—*Bernardo O'Higgins.*

Incidente de O'Higgins y Guido (1)

Reservada.—Sr. D. José de San Martín.—Apesar de cuan-

(1) De aquí para adelante todas las cartas vuelven á ser autógrafas.

tos esfuerzos he hecho para atender á la recomendación de V. por Guido, no me ha sido posible impedir que este joven me pusiese en el término de mi paciencia. Ó usted no lo conocía á fondo cuando lo recomendó, ó él ha mudado de carácter desde la separación de V. Como quiera que sea, yo no le habría sufrido sus altanerías y sus maquinaciones, sinó por consideración á V., que es mi más amigo, al destino en que se halla, y á......*(la Logia)*.

Como yo no he accedido á varias medidas que privadamente y por motivos privados me ha propuesto, se ha declarado mi enemigo capital, y ha procurado desacreditarme en el público de todos modos, ya haciendo entender que el gobierno de Chile depende del de Buenos Aires, ya vociferando que no soy yo el hombre que conviene á este gobierno en las actuales circunstancias.

Ha tanteado á algunos jefes para atraerlos á sus miras contra mí, y nada hay más común, que el que yo pendo de la voluntad de Guido, porque él mismo ha querido darse esta importancia, mezclándose en todo lo que no debía. Guido, en una palabra, es el objeto de la murmuración pública, y lo sería yo con él, si me dejara llevar de sus sujestiones. Yo creí que fuese más político, pero tan lejos de esto, dá márgen á sospechar lo que no hay.

Conoce V. á Chile, y podrá inferir el espíritu que engendrará en estas gentes el ascendiente que Guido ha querido tomar. Lo cierto es, que nos ha puesto á todos en el precipicio, y que yo estoy á no sufrirle más. Si V. quiere darme algún gusto, véngase pronto, y tome sus medidas para que en lugar de Guido venga aquí otro que no me saque de mis casillas.

Consérvese V. libre de las amarguras que me cercan, y disponga de su amigo eterno y h∴—*Bernardo O'Higgins.*—Santiago, julio 15 de 1818.

Incidente de O'Higgins y Guido

Sr. D. José de San Martín.—Santiago, julio 22 de 1818.—Compañero y amigo amado: Con el mayor dolor comuniqué á V. la necesidad de remover á Guido de esta capital. Vuelvo á repetir, que ya no es conciliable su permanencia de Diputado con mi empleo de Director. Él conoce que tengo carácter suficiente para no permitirle desórdenes en mi gobierno, y mucho menos intrigas que al fin nos pueden conducir á la ruina. Por esta razón, mueve los más ocultos resortes de su maquinación á prepararlo todo en mi contra.

Este hombre, sin duda atolondrado con la alta representación á que repentinamente se vé elevado, se juzga autorizado á jugar conmigo, conforme á sus caprichos é intereses. Incesantemente tantea gefes, y no dudo que prevalido de la honra-

dez y sencillez de nuestro Balcarce, le prevenga el ánimo conforme á sus designios.

Aseguro á V., mi amigo, que los mayores tormentos que he sufrido en la revolución son los que experimento en la presente época.

Se acordará V. al partir de aquí lo apurado que quedó el erario, adeudado en más de trescientos mil pesos; que después contrajo la dependencia de mayor suma en los buques comprados, y no obstante, á fuerza de compromisos y dificultades, se ven pagados mensualmente los dos ejércitos, á excepción de una corta cantidad perteneciente á parte de los meses de febrero y marzo. La marina crece y se paga puntualmente. Se amortiza la deuda nacional, que hoy no pasará de doscientos cincuenta mil pesos. Se concibe el acaloramiento que debe causar la exacción de tan cuantiosas sumas. Y el fruto de este trabajo, será la recompensa que el Sr. Guido me brinda?

Amigo, no hay paciencia para tanto sufrimiento. Véngase V. cuanto antes, y todo marchará conforme á nuestra eterna unión.

Es en mi poder su apreciable de 23 del pasado. Vendrán muy bien los 150 marineros, y ojalá pudieran venir otros tantos.

Esta supongo le encontrará en Mendoza. Dios lo traiga con salud, para tener el gusto de estrecharlo en sus brazos su más amigo y : : —*Bernardo O'Higgins.*

Empréstito de 500,000 pesos

Sr. D. Bernardo O'Higgins.—Mendoza, 2 de agosto de 1818.—Mi amado amigo y compañero: Ya dije á V. en mi anterior remitida por Lavalle, las comunicaciones que tenía hechas á nuestro amigo Álvarez (Condarco) para que suspendiese toda compra, contrata, etc., para el Estado de Chile, en atención á la escasez de numerario en que se hallaba y graves atenciones que recaían sobre él. Ahora lo repito nuevamente por duplicado.

He escrito á V. sobre 6,000 caballos que deben estar prontos: si ese Estado no se halla en disposición de comprarlos, lo verificaremos de los 500,000 pesos que deben venir de Buenos Aires, si á V. le parece, siempre que esta cantidad no nos haga falta para las operaciones ulteriores que tenemos que emprender.

Memorias á todos los amigos, y crea que eternamente lo será suyo muy sincero—SAN MARTÍN.—*(Archivo de O'Higgins).*

Incidente O'Higgins-Guido—Armamentos navales—Finanzas

Santiago, agosto 17 de 1818.—Sr. D. José de San Martín. —Mi más amado amigo: Son en mi poder su apreciable de 2

del pasado conducida por Lavalle, como también la del 2 del presente, á las que contesto.

Es tan común equivocarse un hombre en cuanto á la opinión y genial de la vida agena, como es débil y variable la juventud exaltada y sin tino.

Hubiera moderado más mi informe, si por la ilusión siquiera me hubiese pasado le había de afectar tanto como V. me significa. Me persuadía más bien, que un aviso de esta naturaleza le dispondría á precaverse. Soy de V. su más grande amigo, y vivo en la persuación de que V. lo sabe; por consiguiente, era un deber mio prevenirle cuanto pueda decir en contra de su persona y de la Patria. No obstante, la insinuación de V. es bastante para disimular este negocio en cuanto esté á mis alcances, en cuya virtud ayer he escrito á Guido á Aconcagua (á donde ha ido á esperar á V.) dándomele solo por entendido en pequeñeces, que en cuanto á lo principal, es mayor mal su esclarecimiento que el disimulo. Descanse V. que todo será transado conforme á sus deseos.

El «Cumberland» (hoy el «General San Martín») lo ha comprado el Estado y tiene dados á cuenta 70 mil pesos. También se ha comprado el bergantín «Columbus» (hoy el «Araucano») en 33 mil pesos, que es alhaja preciosa, como lo es la corbeta la «Chacabuco» que igualmente compró el Estado en 35 mil pesos.

Brayer, sin duda por disfrazar su vergüenza, me imputa sus virtudes.

Moneda de contado, es la más difícil aquí, así es que, apesar de haber escrito en el correo pasado á Zañartu, se le remitirían seis mil pesos para el enganche de marineros, no ha sido posible, por lo que me parece que, reducida la caballada al número de tres mil y dándome algún plazo, se podrían tratar de cuenta del erario. En fin, lo que haga V. en el particular, se sancionará aquí. Lo mismo digo respecto á Vera; á quien voy á escribirle y contestarle que por mi parte no habrá embarazo en que regrese al país.

El temporal ha sido grande y temo que la nieve retarde su partida por algunos días. Véngase bueno y á los brazos de su amigo hasta la muerte—*Bernardo O'Higgins).*

La Logia y el incidente O'Higgins-Guido—Escuadra

Santiago, agosto 27 de 1817.—Sr. D. José de San Martín. Compañero y amado amigo: En mi última dije á V. había terminado con G. nuestras diferencias. Ahora, con los antecedentes y cartas de Buenos Aires, revisado todo en O-O, se acordó por el bien de la paz se cortasen dichas diferencias. Yo admito gustoso la reconciliación, sellando este negocio con un eterno olvido. Para ello escribo ahora á Pueyrredón y á O-O de Buenos Aires por extraordinario, á fin de que tran-

quilicen sus espíritus, como deberá quedar el de V., sin recelar de que por esto se vuelva á alterar la buena armonía entre los amigos.

Dentro de tres días paso por Valparaíso á agitar el equipo del «Lautaro», del navío «Gral. San Martín» (alias «Cumberland»), la corbeta «Chacabuco» y los bergantines «Pueyrredón» y «Araucano», á fin de que dén la vela al encuentro de la expedición de Cádiz, que tal vez aparezca al reconocimiento de la isla de Santa María. Si á V. no le parece bien dicha salida, avísemelo por extraordinario.

Su amigo eterno—*Bernardo O'Higgins.*

Sobre renuncia de San Martín—La escuadra

Valparaíso, septiembre 20 de 1818.—Sr. D. José de San Martín.—Compañero y amado amigo: Semejante á un flechazo me ha sido su apreciable de 6 del presente, que contesto.

Cuando me preparaba á estrecharlo en mis brazos, recibo la amargura de su resignación! San Martín es el héroe destinado para la salvación de la América del Sud, y no puede renunciar la preferencia que la Providencia eterna le señala. Sí, mi amigo amado, cualquiera que sea la causa que haya motivado su resolución de V. y esté al alcance de su compañero y de este Estado el remedio, yo le aseguro su allanamiento. Ruego á V. por la patria y por nuestra amistad, se venga cuanto antes y me alivie de la amargura que sufro, no pudiéndola aliviar otra cosa que la aceptación de mi súplica.

Qué á tiempo la presa de la «Trinidad»! Nuestra escuadra iba á cruzar (á los mismos puntos que indican las instrucciones de la Corte de España á sus buques para punto de reunión en el Pacífico) y ahora navegarán con más certeza.

El viernes 24 del presente darán la vela de este puerto, el navío «Gral. San Martín», el «Lautaro», la corbeta «Chacabuco» y el bergantín «Araucano». El «Pueyrredón» queda tripulándose y alistándose, y dentro de muy poco seguirá las mismas aguas. Todo va al mando de don Manuel Blanco Encalada. La mayor parte de los marineros son del país, por la escasez de extranjeros; no obstante, creo que se comportarán bien, y tal vez nos traigan á nuestros puertos mucha parte de los buques expedicionarios de Cádiz.

La cordillera se mejora: véngase V. luego, y tendrá cuando lo vea el día de mayor satisfacción de su vida su amigo hasta la muerte—*Bernardo O'Higgins.*

Salida de la Escuadra

Sr. D. José de San Martín.—Valparaíso, octubre 6 de 1818.—Compañero y amigo amado: Continuará mi inquietud

hasta obtener conforme deseo á mis anteriores. Ya estará en esa el Padre Bauzá: véngase V. con él, que la cordillera está cada día mejor.

Pasado mañana dará la vela la escuadra. Va bien tripulada y equipada, con víveres para cuatro meses. No ha podido salir antes por falta de dinero; se ha tocado cuanto recurso ha estado á mis alcances, y ha sido necesario sacar los víveres á la fuerza; pero toda la oficialidad (que es muy buena) va pagada. No dudo del buen éxito. Se dirije á cruzar á la isla de Mocha y Santa María, conforme á las noticias adquiridas por la «Trinidad».

Dentro de tres días vuelvo á Santiago, donde espera abrazarlo su eterno amigo y ⁞ ⁞ —*Bernardo O'Higgins.*

Regreso de San Martín—Diplomacia

Sr. D. Bernardo O'Higgins.—Mendoza, 18 de octubre de 1818.—Amigo amado: La de V. del 6 la acabo de recibir. El Padre Bauzá ha llegado y con él marcharé á esa. Crea V. que es el último sacrificio que voy á hacer por la amistad y por Chile.

Por mi oficio verá V. la comisión dada al doctor Gómez (don Valentín) para que se presente al Congreso de Soberanos y demás Naciones á fin de establecer nuestra Independencia. Los pliegos que venian para V. sobre este particular, se vió precisado Álvarez (don Julian) á quemarlos para que no cayeran en manos de los montoneros de Santa-Fé, quienes lo despojaron de todo el dinero y armas que traía. La representación de ambos Estados deberá ser una gran fuerza en el citado Congreso de Soberanos. [1]

Me encuentro mejorado con mi estada en el campo, y creo que en breves días me pondré en marcha. De este modo tendrá el placer de abrazar á V. el que es y será hasta la muerte su amigo verdadero—JOSÉ DE SAN MARTÍN.

Reservado para V. sólo.—Luzuriaga me ha dicho esta mañana, que le ha asegurado un vecino honrado de esta, haber visto una carta de Monteagudo, en que á la verdad nos hace poco favor á V. y á mí, como igualmente á ese pueblo. Luzuriaga ha quedado en llamar al que la tiene y presentármela. Lo que resulte avisaré á V. *(Rúbrica).*

---

[1] Las comunicaciones á que se hace referencia en esta, versaban sobre el plan de monarquía iniciado en Buenos Aires por este tiempo, que fué aceptado por O'Higgins de acuerdo con el Senado, nombrándose en consecuencia á Irisarri como enviado de Chile para cooperar á la misión de Gómez.

(Tercera série)

DESDE EL REPASO DE LOS ANDES HASTA EL ACUERDO DE LA EXPEDICIÓN AL PERÚ

Partida de San Martín á Mendoza

Sr. D. Bernardo O'Higgins.—Curimón, febrero 13 de 1817 —Mi amado amigo: Ahora más que nunca se necesita que haga V. un esfuerzo para auxiliar á la provincia de Cuyo. Yo partiré esta noche, y espero sacar todo el partido posible de las circunstancias. Yo temo que todos los prisioneros de las Bruscas hayan sido incorporados en las montoneras, y eso nos puede hacer un mal incalculable.

Chile no puede mantenerse en orden y se contagia lo mismo que los demás, si no acudimos en tiempo. No quede un sólo prisionero: reúnalos V. todos, eche la mano á todo hombre que por su opinión pública sea enemigo de la tranquilidad; en una palabra, es necesario emplear en este momento la energía más constante.

El comandante Frutos ha pasado á esa para recibirse de los pertrechos que deben marchar á la Provincia de Cuyo. El orden interior nos es más interesante que cincuenta expediciones. Haga V., por Dios, que los efectos pedidos marchen rabiando para Mendoza, pues aquella Provincia se halla enteramente con los brazos cruzados.

Las Heras queda encargado de este Cantón. Balcarce debe venir pronto.

Por aquí no ocurre novedad; estamos preparados para lo que pueda venir.

Adios, mi amigo, lo es de V. de todas veras, su—SAN MARTÍN.

P. D. Mi amigo, vamos claros. Si V. quiere que se mantenga el orden en este país, mande V. por vía de precaución á la isla de Juan Fernandez todos los Carreristas, con víveres y provisiones suficientes para su comodidad. Buques listos, tiene V. extranjeros que los pueden conducir, fletándolos. Este paso debe darse con prontitud en mi opinión, pues en cuanto echen mano de los españoles Europeos para sus fines, está visto que todo les importa menos que la Independencia de la América. Avise V. á Heras de los resultados y á mí por continuos extraordinarios.

Otra.—Habilíteme con caballos á Necochea para que esté pronto para cualquier incidente; lo mismo digo para su Escolta de V., pues es imposible que Ordóñez, Primo Rivera y demás Gefes que han muerto, y que todos eran de cálculo é instruc-

ción, se pudieran meter en una conspiracción sin que esta estuviese apoyada con muchas ramificaciones en Chile y Provincias Unidas. Ojo al charqui y prevenirse con toda actividad. —*Vale.—(Archivo de O'Higgins).*

Intervención de la Logia

Sr. D. José de San Martín.—Santiago, febrero 17 de 1819. —Mi amigo amado: El comandante Frutos no ha marchado aún, porque ha tomado algún tiempo el encajonar los pertrechos. Todo cuanto se ha pedido por la nota que V. remitió, se le ha entregado, á excepción de algunas pequeñeces que no se han completado por la premura del tiempo.

Hasta que no se reunan 600 caballos que he pedido á los Partidos, cuya entrega se agita con viveza, no podré hacer entrega de ellos á Necochea.

El amigo Guido le habrá escrito la resolución de O-O para que nuestro común amigo Cruz y regidor Cabareda, comisionados por este gobierno, pasen á verse con Artigas ó el Gefe que mande las fuerzas que hostilizan la campaña de Buenos Aires, establezcan una mediación á nombre de Chile, pidan cesación de hostilidades y ofrezcan á nombre de este Estado garantir los tratados que se estipulasen entre el supremo gobierno de Buenos Aires y Artigas.

También resolvió O-O que nuestro amigo Zapiola sucediese al gobernador de Valparaíso durante su ausencia.

Su eterno amigo—*Bernardo O'Higgins.*

San Martín en marcha á Mendoza

Sr. D. Bernardo O'Higgins.—Uspallata, febrero 18 de 1819.—Compañero y amigo amado: Milagrosamente y aún viniendo por las Pampas he podido escapar la comunicación de Buenos Aires. Los sucesos no han sido favorables y por lo que veo y me escriben, los Portugueses, Alvear y Carrera están metidos en este negocio: yo voy á ver si puedo transarlo; pero al mismo tiempo armar la Provincia de Cuyo para con ella estar sobre los anarquistas, siempre que estos no vengan á razón.

Mándeme V., por Dios, los auxilios pedidos por Luzuriaga, pues la provincia no tiene nada absolutamente.

Daré á V. avisos repetidos de cuanto ocurra: en el interin ruego á V. tome medidas, pues el plan es combinado con Chile.

Siempre su amigo verdadero—SAN MARTÍN—*(Archivo de O'Higgins).*

Sobre el repaso de los Andes

Sr. D. José de San Martín.—Santiago, marzo 15 de 1819. —Mi más amado amigo: Son conmigo sus apreciables de 5 y 9 del corriente.

Terrible cosa es mover el Ejército de los Andes á la otra banda, y más terribles los riesgos á que este país queda expuesto: los facciosos se reunirán, y el virey del Perú (si Cochrane es desgraciado) intentará una nueva invasión, tanto más cuanto la provincia de Concepción lo invita con la guerra que nos hace en unión de los Indios bárbaros.

Peligra la libertad chilena restablecida con el trabajo y sudor de V. mismo, y la sangre de tantos buenos Patriotas.

Pero, si como lo demuestran las comunicaciones del Director Pueyrredón, ser indudable la expedición española al Río de la Plata, no hay medio ni se presenta arbitrio alguno que reemplace aquella medida, es justísimo que todos los esfuerzos de todos los hombres racionales, y de la gratitud, se ocupen en salvar al Pueblo de donde recibieron su libertad, y de donde en nuevas adversidades pueden volverla á traer.

En fin, si los Maturrangos vienen á Buenos Aires, cuanto Chile tenga y pueda yo contribuir á la defensa de tan digno Pueblo, debe contarse con toda certeza, como V. con su amigo invariable—*B. O'Higgins.*

Enviado de la Logia á San Martín

Sr. D. José de San Martín.—Santiago, marzo 17 de 1819. —Mi amigo y compañero: Anoche se resolvió O-O que nuestro amigo don Manuel Borgoño salga hoy mismo con toda diligencia, á convenir con V. varios puntos de que dicho amigo instruirá á V. verbalmente. (1)

Aseguro á V., mi querido amigo, que estoy sin tino; no sé lo que haga con el repaso de las tropas de los Andes. Bien me hago cargo de las necesidades de Buenos Aires, y de los riesgos que le amenazan; pero este Estado queda en un inminente riesgo, sin saber el resultado de Cochrane. Conozco, es cierto, que Buenos Aires pide lo que es suyo, y nuestra gratitud nos obliga, no solamente á auxiliar esta medida, sinó, apesar de la pérdida que debe esperarse de Chile, prestar las fuerzas que tengamos.

Disponiendo del que lo es hasta la muerte—*B. O'Higgins.*

---

(1) Véase en el Apéndice Nº 24 la comunicación de la Logia de Lautaro de Chile, que se refiere á la misión de Borgoño, y demás documentos de su referencia.

Sobre lo mismo

Sr. D. José de San Martín.—Santiago, marzo 19 de 1819. —Amigo amado: En extraordinario que saldrá mañana, contesto el oficio del Supremo Director de esas Provincias, acerca del pronto regreso del Exto. de los Andes, en auxilio de la capital de Buenos Aires, por hallarse amenazada de la expedición española, como también acerca del auxilio que solicita por parte de este Estado, y como esto último, por la Constitución depende del Senado, estoy aguardando su resolución, y graduar mi contestación conforme á ella y de la O-O que esta noche se reunirá.

Por el edecan de V., Rojas, que regresa, va esta.

Saluda á V. su invariable amigo—*O'Higgins.*

Sobre lo mismo

Sr. D. José de San Martín.—Santiago, marzo 24 de 1819. Mi amigo amado: Aún no llega noticia alguna de Cochrane, pero no tarda aún, pues el ataque de los buques al ancla en el Callao, debía ser el 17 del pasado en la noche, si el viento lo permitía. Los bergantines «Galvarino» y «Pueyrredón» deben reunirse á la escuadra dentro de tres ó cuatro días.

Guido ha salido hoy para Curimón, á acordar con Balcarce acerca de las fuerzas que está en lo posible queden en el país por las razones que ya hemos dicho á V. y habrá comunicado el amigo Borgoño.

Su eterno amigo—*B. O'Higgins.*

Sobre lo mismo

Sr. D. José de San Martín.—Santiago, marzo 29 de 1819. Mi amigo amado: La enfermedad de nuestro Balcarce me ha tenido y me tiene inquietísimo.

Ayer pasó el 1º de los Andes por estas inmediaciones: se me asegura que lleva ya 40 desertores. Se le han dado á dicho batallón cuantos auxilios ha pedido: lo mismo á los Granaderos que vienen en marcha de Talca.

Esperamos la vuelta de Borgoño, para saber si quedan algunas tropas de los Andes en esta banda, aunque me desconsuela la insistencia del gobierno de Buenos Aires, que si de algún modo no la varia, quedaremos expuestos á inmensidad de peligros.

Aún no sabemos nada de Cochrane.

Es de V. su invariable amigo—*B. O'Higgins.*

Resultado de la misión de Borgoño

Sr. D. José de San Martín.—Santiago, abril 1º de 1819.—Compañero y amigo amado: Me ha entregado Borgoño su apreciable de 26 del pasado.

Mañana con los amigos (O-O) resolveremos lo que les parezca más conveniente.

Yo he celebrado mucho haya V. detenidamente reflexionado las malas consecuencias que podía haber producido á este Estado el paso de todo el Exto. de los Andes á esa banda.

Los anarquistas trabajan por aprovechar la oportunidad de inducir las tropas á la deserción, y con ellas mismas hacernos la guerra.

Los amigos (O-O) han determinado se mande á los Diputados que iban á la Banda Oriental, que regresen inmediatamente. Á esto se reduce el extraordinario.

Su más constante amigo—*B. O'Higgins.*

Sobre lo mismo

Sr. D. José de San Martín.—Santiago, abril 3 de 1819.—Mi amigo amado: Es conmigo su apreciable de 25 del pasado.

Anoche, con presencia de lo expuesto por Borgoño, se acordó en O-O, lo que V. verá por la que le acompaño.

La deserción de los cuerpos de los Andes ha sido grande. Conviene que V. con su presencia la contenga, y venga cuanto antes á poner en movimiento todos los resortes conducentes á la expedición.

Su eterno amigo—*B. O'Higgins.*

Sobre el repaso

Sr. D. José de San Martín.—Santiago, abril 5 de 1819.—Mi amigo amado: Habiéndose persuadido los díscolos, que de la retirada del Exto. de los Andes podían sacar gran partido con los soldados chilenos que hay en dichos cuerpos, por la repugnancia que tienen á pasar á Mendoza, han puesto en juego cuantos resortes están á sus alcances para mover y engrosar las partidas de bandidos.

Entiendo que la deserción de los Granaderos ha sido considerable y que amenaza á Talca.

Su amigo hasta la muerte—*B. O'Higgins.*

Repaso—Asuntos militares

Sr. D. José de San Martín.—Santiago, abril 13 de 1819.—Mi amado amigo: La retirada de los cuerpos de los Andes por la provincia de Talca y la noticia de que iban á pasar la

cordillera, causó una deserción considerable. Hoy los desertores incomodan los campos de un modo alarmante: el cabecilla Prieto, tiene á la fecha más de 100 Granaderos é igual número de otras clases de soldados, que amenazan á Talca, é impiden pasen á Freyre los auxilios que ya se le habian proporcionado para concluir la guerra del Sur.

Es conmigo su apreciable 6 del corriente, y acabo de contratar mil sables, por no haberlos en la maestranza, con los que puede V. contar.

Me parece muy bien el plan de formar caballería con la base de los Cazadores de los Andes, que me anuncia en su apreciable del 9.

Voy á hacer diligencia de las carabinas, y si no hay, irán fusiles, que es muy fácil cortar lo que se podrá hacer aquí.

Estoy con V. en la imposibilidad de que pueda pasar el Exto. de los Andes, por lo avanzado de la estación, y por el riesgo de la deserción, que es tanto mayor, porque los desertores inmediatamente toman las armas contra el gobierno y engrosan á los anarquistas.

Este su amigo hasta la muerte—*B. O'Higgins.*

San Martín en Cuyo en 1819—Asuntos militares

Sr. D. Bernardo O'Higgins.—Mendoza, 9 de abril de 1819. —Mi amigo amado: Es en mi poder su apreciable del 3.

Por el extraordinario que hice antes de ayer, se habrá V. impuesto de la necesidad en que me he visto de hacer venir á esta los Escuadrones de Necochea. El chubasco ó tormentón que amenaza por esta, es presiso contenerlo con buena caballería, que es de la que carece Belgrano y Viamonte. Con la base de los Escuadrones de Cazadores podrá formarse en esta un cuerpo de 800 á mil hombres, capaces de hacer variar el semblante de las cosas; pero para verificar este plan se carece de Sables y Carabinas, y espero que V. me remita aquello que buenamente pueda.

Opino que en razón de lo avanzado de la estación, será imposible, aunque venga orden del gobierno, que el Ejército repase los Andes. En fin, veremos.

Reencargo, amigo mio, muy encarecidamente que los Sables y Carabinas que V. pueda remitirme, sea sin pérdida de tiempo de un sólo momento, pues si se cierra la Cordillera, queda la Provincia indefensa sin estos artículos.

Nada nos dicen de expedición (española) las últimas noticias recibidas de Buenos Aires: las recibidas de la Rioja es que La Serna avanza, á cuyo efecto se preparaban aquellas milicias para salir sobre Tucumán.

Estoy con el mayor cuidado por saber noticias de nuestra Escuadra.

Creo que Remedios habrá llegado á Buenos Aires, pues me escribe desde Reducción.

Adios, mi amigo, lo es de V. y lo será siempre su—JOSÉ DE SAN MARTÍN.—*(Archivo de O'Higgins).*

Noticias diversas

Sr. D. José de San Martín.—Santiago, abril 16 de 1819. —Mi amigo amado: No hay más noticias de Lord Cochrane que las que V. verá por la Extraordinaria, y sólo hay que añadir la buena disposición en que se halla Lima, y la correspondencia de aquella ciudad y la Escuadra es de casi todas las noches.

Á Francisco de Paula Prieto se le continúa su causa. No confiesa otra cosa que lo que está probado bajo su firma, en que se da el título de «Dictador, representante de la Nación y Padre de los Pueblos», bajo cuyos títulos ha saqueado casas y cometido asesinatos, etc. Estos malvados nos tienen la provincia de Concepción en Estado de perderla. Todos los auxilios de armas, pertrechos, víveres, vestuarios, caballos y dinero se hallan atancados en Talca, y no podrán moverse hasta llegar los refuerzos que van de aquí, para guarnecer á Talca y hacer parte del comboy.

Su amigo invariable—*B. O'Higgins.*

Abril 21.—Mañana en la noche quedarán prontos para salir de la maestranza, los sables y tercerolas, y algunos de los pedidos para esa maestranza: por falta de tablas no han sido despachados antes.

Hemos sabido del Lord Cochrane. Conforme á las instrucciones del gobierno ha declarado al Callao y costas del Perú en estado de bloqueo, y en su consecuencia, todos los buques extranjeros que se hallaban en el Callao, zarparon luego que se cumplió el término de ocho días que se señaló al efecto.

No se descuide V. con la cordillera; aprovéchela en tiempo y mande á su amigo hasta la muerte—*B. O'Higgins.*

San Martín en Cuyo

Sr. D. Bernardo O'Higgins.—Mendoza, 30 de abril de 1819.—Mi amado amigo: Está en mi poder la de V. del 21.

Mucho celebro la aprehensión de Juan Francisco Prieto; pero, amigo, estoy viendo que si V. no se arma de la fibra que le es natural, los empeños lo tienen que abrumar y los malvados quedarán impunes. Amo á V. como un amigo querido; amo á Chile; y por estas dos razones le suplico se revista de la energía necesaria para castigar los delitos. De lo contrario V. y el país serán víctimas.

Estoy en la mayor ansia deseando la llegada de los sables

para poder armar la recluta para los cazadores á caballo y dos Escuadrones más de milicias que deben marchar á Tucumán.

Adios, mi amigo querido, lo es y lo será de V. hasta la muerte—SAN MARTÍN.

San Martín en Cuyo

Sr. D. Bernardo O'Higgins.—Mendoza, 30 de abril de 1819.—Mi amado amigo: Ya he dicho á V. con fecha 25 la suspensión de la marcha del Ejército de los Andes, sobre lo cual he consultado á nuestro Pueyrredón.

Nada me gusta el aspecto que presenta la Provincia de Concepción. Es preciso, es indispensable ocurrir á esta necesidad del modo más enérgico; de lo contrario, tendremos que seguir una segunda campaña, derramamiento de sangre, y sobre todo, paralizar las operaciones ulteriores que tenemos que hacer.

Verá V. que no ha sido admitida la mediación de los Diputados de ese gobierno: en consecuencia les digo pueden retirarse.

En una palabra, mi amigo, estoy viendo y palpando que sólo en Chile se puede formar la *ciudadela de la América*, siempre que todos los amigos tengan la energía suficiente para verificarlo.

Adios, mi amigo amado, lo es y lo será siempre su—SAN MARTÍN.—*(Archivo de O'Higgins)*.

P. D. Á esta fecha habrá hablado Borgoño con V. Yo no quiero más que sostener lo que los amigos *(La Logia)* dispongan, pues estoy seguro será en beneficio de nuestra causa. Remedios marchó para Buenos Aires, pues este país no le probaba. Aquí me tiene V. hecho un viudo.

Como siempre su amigo—SAN MARTÍN.—*(Archivo de O'Higgins)*.

Sobre expedición al Perú

Santiago, abril 27 de 1819.—Apesar del paso de algunas tropas á esa banda, no se desmaya acerca de la expedición; lo mismo que ahora se va á trabajar en su realización, aunque algo desmayan los prestamistas, y por consiguiente todo caminará lentamente. Es preciso no olvidar que sin la libertad del Perú, no hay Independencia permanente.—*B. O'Higgins*.

Santiago, mayo 15 de 1819.—Todo se nos prepara para disponer una expedición á las costas del Perú. El dinero, el alma de todas las cosas, nos vendrá en suficiente cantidad mediante los buenos sucesos de la escuadra.

Véngase V. pues. Lo impondremos de todo y llevaremos

la guerra al Perú, para arrojar de allí á sus tiranos y poner fin á tantas penalidades—*B. O'Higgins.*

Santiago, junio 3 de 1819.—Su apreciable de 4 del pasado es conmigo.

Me deja lleno de satisfacción su resolución acerca de venirse luego que se resuelva por los amigos la realización de la expedición, cuyo paso está ya dado, y dirigido á V. un pliego por el Secretario O-O suplicándole su pronta venida.

No dude V. un momento que la expedición proyectada quede por nosotros. En la actualidad hay empresarios que se obligan bajo términos regulares á vestir el ejército expedicionario, conducirlo al puerto que se quiera, con víveres por cuatro meses, por la misma cantidad que V. me expresa, y tal vez lo hagan por menos. Solo piden término hasta fin de diciembre para poder equipar los buques necesarios, y será el mismo término que también se necesita para reclutar y disciplinar suficiente número de tropas. Para todo, su presencia es necesarísima. Mediante esta contrata, no habrá necesidad de que V. se agite demasiado, y este clima le permite igualmente que ese, reposar en el invierno para reponer su salud.

Los extranjeros se han portado muy bien: nos han prestado más de cuarenta mil pesos para el apresto de la escuadra, sin lo que no hubiera sido fácil su pronta salida, pues hay que pagar nuevo enganche á las tripulaciones extranjeras por haber cumplido su tiempo.

Es su amigo eterno—*B. O'Higgins.*—Sr. D. José de San Martín.

Segunda campaña naval de Cochrane

(O'Higgins á San Martin)

Cohetes.—Santiago, julio 22 de 1819. Por extraordinario he mandado llamar á Lord Cochrane á fin de acordar con él el medio mejor de la destrucción de la escuadra del Callao. Los cohetes incendiarios trabajados según un nuevo plan, creo serán infalibles en la ejecución: hay trabajados cerca de 150, que es la mitad de lo que se necesita, y se hubiesen completado los 300, á no haber fallado las máquinas que vinieron de Londres: actualmente se han conducido las nuevamente concluidas aquí, y antes de dos semanas se habrán trabajado 150 más.—*B. O'Higgins.*

Salida de Valparaíso.—Santiago, septiembre 20 de 1819.—Salió el Lord Cochrane. Más de cuatrocientos mil pesos ha costado su habilitación de lo cual se queda debiendo más de las dos terceras partes. El mismo Cochrane y los marineros de los buques británicos, confiesan que ni en Inglaterra se

equipan mejor los buques. Han sobrado marineros. Llevan víveres para cuatro meses.

En una carta particular al dar la vela Cochrane me dice, que el 24 del presente mes á las ocho y minutos de la noche, se hallará ardiendo la escuadra del Callao, y que el día 15 de octubre recibiré su parte. Yo vivo en la seguridad que no faltará Cochrane á lo que me ofrece.—*B. O'Higgins.*

Espectativa.—Santiago, octubre 20 de 1819.—El estado político del Perú, la disposición del país, todo, todo parece presentar un campo halagüeño á nuestras aspiraciones de libertad. Si el Lord Cochrane triunfa, como no lo dudo, antes de ocho días estará aquí el parte que lo acredite.—*B. O'Higgins.*

Octubre 29.—Hasta ahora nada de Lord Cochrane. Por momentos espero grandes sucesos. Á la fecha está decidida la suerte de la escuadra del Callao.—*B. O'Higgins.*

Ataque.—Santiago, noviembre 13 de 1819.—Por la Extraordinaria de ayer verá V. el resultado del ataque al Callao. Se me asegura por conductos fidedignos, que no ha sido tanto la falta de los cohetes, ni de los tubos y colas el no haberse incendiado los buques del Callao, sinó la falta de protección á los que los arrojaban, y esta no podia ser, sin exponer nuestra escuadra, en circunstancias de estar por momentos esperando allí los dos navíos y fragatas españolas. Zenteno hará á V. alguna relación de los demás oficios de Cochrane que no se han impreso. Acompaño incluso las dos particulares que me ha escrito Cochrane y van traducidas.—*B. O'Higgins.*

Santiago, noviembre 20 de 1819.—Habrá llegado á V. el resultado malo de los cohetes en el Callao, que, según opinión de muchos, aunque todos hubieran estado buenos, habría sucedido lo mismo. 330 piezas de cañón de grueso calibre en tierra y los buques de guerra, es más que la fuerza necesaria para no permitir á buque alguno, ni bote ó balsa, aproximarse al tiro de cohetes, y así, que muchos de los que estaban buenos no alcanzaron á surtir su efecto.—*B. O'Higgins.*

San Martín y la guerra civil

Sr. D. Bernardo O'Higgins.—San Luis y octubre 3 de 1819.—Mi amado amigo: Muy restablecido de mi larga y penosa enfermedad, me pongo en marcha mañana para Buenos Aires, desde donde escribiré á V. lo que ocurra.

Se me avisa que el ejército de Belgrano acantonado en Córdoba, marcha al Tucumán, excepto la caballería que queda en observación de los resultados de Santa-Fé.

Acabo de saber que Carrera está en Entre-Ríos. En mi opinión su objeto será esperar á que se abra la cordillera para dirigirse á esa.—Queda todo suyo—SAN MARTÍN.

Sr. D. Bernardo O'Higgins.—Mendoza, 19 de octubre de

1819.—Compañero y amigo amado: Antes he llegado á esta de regreso de la *Posta del Sauce*, sin haber llegado á Buenos Aires, con motivo de haberse roto las hostilidades por los de Santa-Fé el 7 del corriente, sin haber dado aviso ninguno como estaba pactado en el armisticio. Y una feliz casualiad me ha libertado de caer en manos de ellos.

Hasta la fecha no he recibido órdenes algunas del gobierno con motivo de estos incidentes, de modo que no sé la suerte que correrá la División que se halla en esta. Yo por mi parte haré cuanto esté en mis alcances á fin de ver si puedo cortar estas disensiones que nos acarrean una guerra desoladora. De lo que ocurra avisaré á V. inmediatamente.

Mi salud sigue con mejoría, y pienso que en 6 ú 8 días de baños quedaré completamente bueno. Queda siempre suyo—SAN MARTÍN.—*(Archivo de O'Higgins.)*

Sobre expedición al Perú—Desobediencia de San Martín

Sr. D. Bernardo O'Higgins.—Mendoza, 9 de noviembre de 1819.—Mi amado amigo: Antes de ayer he regresado de los baños en los mismos términos que fuí.

Entre los pliegos que he recibido del gobierno, me incluye Zañartu los dos para V. que le incluyo.

Tengo la *orden de marchar á la capital* con toda la caballería é infantería que pueda montar; pero me parece imposible poderlo realizar, tanto por la flacura de los Animales como por falta de numerario, pues los auxilios que me han remitido en letras han sido protestados por ese comercio, siendo así que venian de comerciantes ingleses.

Muy reservado para V. solo.—No pierda un solo momento en avisarme el resultado de Cochrane, para sin perder un sólo momento marchar con toda la División á esa, excepto un Escuadrón de Granaderos que dejaré en San Luis para resguardo de la Provincia. Se va á descargar sobre mí una responsabilidad terrible; pero si no se emprende la Expedición al Perú, todo se lo lleva el Diablo.

Dígame V. como está de Artillería de Batalla y Montaña para la expedición, pues si falta, podremos llevar de la que tenemos en esta.

Los montoneros se reunian el 14 en el Rosario, y según comunicación de Buenos Aires, su plan era atacar las fuerzas nuestras establecidas en San Nicolás, é invadir la campaña de Buenos Aires.

Tengo reunidos en esta 2,000 caballos sobresalientes, los que marcharán á esa con la División.

Si vienen noticias favorables de la Escuadra, haga V. estén prontas todas las Mulas de Silla y Carga del Valle (de

Aconcagua) para que trasporten los cuerpos del Pie de la Cordillera á esa Capital.

Adios, mi Amigo, lo es y lo será siempre su—SAN MARTÍN.—*(Archivo de B. Vicuña Mackenna)*.

Contestación de O'Higgins á la anterior

Sr. D. José de San Martín.—Santiago, noviembre 20 de 1819.—Amigo amado: Siento en el alma no le hayan surtido mejor efecto los Baños, como me lo anuncia su apreciable de 9 del presente.

Que mal hizo V. en no abrir los pliegos de Zañartu: debe V. abrir cuantos me vengan dirigidos. Usted y yo somos una misma cosa, y no cabe reserva entre dos que han jurado ser amigos hasta la muerte.

Probablemente tendré el mayor gusto de anunciarle á V. por extraordinario, al aprontar las mulas de carga y silla, para que sean conducidas las tropas que V. relaciona. Soy de opinión que la caballería permanezca en esa provincia, tanto para que sirva de resguardo contra los díscolos y montoneros, como porque, para la Expedición (que por ahora no puede ser muy fuerte) hay aquí sobrada caballería. Por el correo venidero diré á V. la falta que pueda haber para la expedición de artillería de montaña y de batalla.

Recupere V. su salud y mande á su amigo eterno—*B. O'Higgins*.

P. D. Han mejorado las cosas de Concepción. Los indios han sido dispersados y arrojados á la otra banda del Bío-Bío.—*(Rúbrica)*.

Otra del mismo sobre lo mismo

Reservado.—Santiago, diciembre 4 de 1819.—Mi apreciado amigo y compañero: La fortuna nos está convidando á poner la última mano á la libertad de la América.

Ayer ha llegado á Valparaíso la corbeta de guerra inglesa «Slaney», procedente del Callao, con 30 días de navegación; y dice, que á las pocas horas de haberse retirado nuestra Escuadra del bloqueo de aquél puerto, entró en él la fragata mercante que venía convoyada por los navíos españoles, interesada en un millón de pesos. Este accidente es tanto más lamentable, cuanto que acá para los dos, Cochrane tenía órdenes positivas de no moverse del Callao. Aquél buque dijo en Lima, que el navío «San Telmo» perdió en el Cabo de Hornos el timón y gran parte de la popa; por cuya razón, y viéndole en tan mal estado, la fragata mercante se separó de él, creyendo que se haya ido á pique ó que tendrá puerto á donde los vientos lo lleven.

La fragata «Prueba», parece que fué el buque que avistó nuestra Escuadra delante del Callao; y que observando el puerto bloqueado, se dirigió á Payta. De allí informó de su llegada al virey, quien le remitió víveres y órdenes para proceder para mayor seguridad á Guayaquil, á donde es probable haya entrado.

Al día siguiente de haber abandonado nuestra Escuadra el bloqueo, despachó Pezuela el bergantín «Potrillo» á Valdivia con víveres para el navío, suponiendo que hubiese podido arribar allí.

Ya V. vé, querido amigo, que la suerte se nos presenta propicia: y que á V. le proporciona una ocasión y un motivo justo para resistir la orden de su gobierno.

Sin la libertad del Perú, V. está convencido que no podemos salvarnos; y ahora, este es el momento de venir V. á Chile con esas tropas, seguro que á los dos meses estaremos en camino para lograr el objeto tan deseado.

Aún cuando supongamos que el navío haya podido tomar puerto enemigo en el Pacífico, mientras se refacciona y se reune á los otros barcos del Callao, nosotros tenemos la superioridad marítima.

Adios, pues, venga V., mi amigo, vuele y se coronará la obra.

Hace cuatro días que estoy bastante indispuesto, por cuya razón no le escribo á V., como acostumbro, de mi puño.

Aguardo con la mayor impaciencia la venida de V., de quien se repite affmo. amigo y compañero—*B. O'Higgins.*

Última carta de O'Higgins

Sr. D. José de San-Martín.—Compañero y amigo amado: Los continuados galopes en la más dura estación del verano, indudablemente le han acarreado á V. los terribles males que le afligen, y nos mantiene en la más triste consternación. El reumatismo que me anuncia su apreciable 6 del corriente, ha sido muy peligroso; conviene, pues, no perder instante en acudir al remedio. Los baños de Cauquenes han curado siempre tales enfermedades, y yo estoy cierto que la suya, si no se curaba del todo, recibiría un alivio al mal.

Véngase inmediatamente que el estado de sus males lo permita, y tenga la bondad de avisármelo anticipadamente para mi consuelo y el de sus amigos.

En este instante me llegan comunicaciones de Lord Cochrane, quien se ha dirigido á Guayaquil en busca de la fragata «Prueba», habiendo dejando al frente del Callao el bergantín «Araucano».

Restablézcase de modo que pueda venir luego y abrazar á su eterno amigo—*B. O'Higgins.*—Santiago, diciembre 15 de 1819.

APÉNDICE Nº 19 AL CAP. XV, § X

PLAN DE ASALTO *de Talcahuano formado por el general Brayer. (Originales).*

A.—Nota de remisión

Exmo. señor: Tengo el honor de elevar al conocimiento supremo de V. E. el Plan de ataque sobre las fortificaciones de Talcahuano y parte del éxito de esta empresa.—Cuartel general en Santiago, 11 de diciembre de 1817.—*Antonio Gonzalez Balcarce.*—Exmo. Director Supremo de las P. U. de S. A.

B.—Decreto reservando el plan

Buenos Aires, enero 2 de 1818.—Enterado, y publíquese el parte, más nó el plan de ataque.—(Rúbrica del Director Pueyrredón).—*Irigoyen.*

C.—Plan de ataque

Reservado.—Formación de las tropas para el ataque de Talcahuano.

Ataque de la derecha.—1ª Brigada: Primer batallón compuesto de 4 compañías de cazadores al mando del sargento mayor Beauchef. 2º batallón: compuesto de 4 compañías de granaderos al mando del sargento mayor Correa. Nº 11 y Nº 3 de infantería de Arauco; un piquete de 40 hombres de guardias nacionales con hachas, picos y palas; 20 artilleros con un oficial, un sargento y un cabo.

Ataque de la izquierda.—2ª Brigada: el Nº 7 de Chile y batallón de Nacionales.

El ejército estará sobre las armas á la una de la noche en punto, sin que preceda ningún toque, y en el mayor silencio. Á las 11 los Sres. jefes harán apagar los fuegos, inclusos los de las guardias de prevención. Los cazadores y los granaderos se reunirán á la hora indicada de este modo: los cazadores á vanguardia del Nº 3 de infantería de Arauco, y los granaderos al frente del batallón Nº 7.

A las dos de la mañana el Sr. Coronel Heras se pondrá en marcha con su columna, dirigiendo la cabeza de ella sobre la Puntilla (de Perales): bajará por el camino de la izquierda de esta, y formará cerca del paredón que atraviesa la laguna en la llanada en el orden indicado para su Brigada.

La segunda Brigada marchará á la misma hora que la primera: bajará por el sitio que ocupe el Nº 1º de Chile al campo de los cazadores de la Escolta, dirigiéndose en seguida

por los bancos de arena hasta estar á la altura de la Puntilla. El Sr. comandante Conde tomará una posición de modo que no sea visto por el enemigo.

Á las tres en punto de la mañana el Sr. Coronel Heras hará marchar el batallón de Cazadores y el de Granaderos: este último á distancia de 100 pasos del primero: dirigirá la cabeza rectamente al centro del Morro, y en lo posible en columnas por compañías, en el mayor silencio, y sin detenerse un momento, sin hacer alto de los fuegos del enemigo, saltará las estacadas y se posesionarán del cerro del Morro, ocupando las dos baterías situadas en él. Una vez amparado de aquél punto, gritará *¡ Viva la Patria!* y los dos comandantes de batallones juntarán prontamente sus tropas detrás de la altura que se encuentra entre el Morro y el cerro del Cura: en seguida el comandante de los cazadores atacará la cortadura á la bayoneta, enviando una compañía al rastrillo para posesionarse de él, y echar el puente levadizo gritando *¡ Viva la Patria!* El batallón de granaderos seguirá al de Cazadores en el mejor orden, y este continuará el ataque al cerro del Cura, y se posesionará de él.

Al primer grito de *¡ Viva la Patria!* el Sr. Coronel Heras marchará con los batallones 11 y 3, siguiendo la misma dirección de los precedentes, y se situará en el cerro del Cura, desde donde enviará fuertes partidas sobre la playa para impedir que nadie se embarque.

El comandante de la 2ª Brigada enviará á las 3 igualmente, dos compañías sobre las trincheras enemigas en la bahía de San Vicente para hacer un falso ataque. Otras dos compañías atacarán el Campo-Santo: ambas no empeñarán fuegos, sino luego que oígan el que se dirige contra el Morro. El resto de la 2ª Brigada quedará en posición hasta nueva orden y á cubierto. Sin embargo, si el enemigo hiciese una salida por la parte de San Vicente, el comandante Conde marchará con su reserva á obligarlo á refugiarse en sus trincheras.

Los 40 nacionales con sus útiles, conducidos por el sargento mayor D'Albe, irán al Morro inmediatamente que esté en nuestro poder para abrir un camino entre las estacadas por el cual pueda desfilarse por mitades de compañías.

La Brigada de caballería se reunirá á la una de la mañana en el paraje indicado para la primera Brigada y á la izquierda de esta: 50 caballos de la Escolta irán con el Sr. comandante Conde.

Luego que el Sr. coronel Freyre oíga por la segunda vez gritar *¡ Viva la Patria!* (lo que indicará la toma del rastrillo y que el puente levadizo estará echado), marchará con sus regimientos á todo galope sobre el rastrillo, dirigiéndose sobre la ciudad, hará acuchillar todo lo que se encuentre por delante,

y luego vendrá á situarse en el cerro del Cura, que es el punto de reunión de todo el ejército.

El comandante de artillería marchará con sus oficiales y artilleros sin piezas, en seguida de la caballería, y se apoderarán al instante de las baterías que baten la playa de San Vicente y la Bahía.

Los Sres. jefes de Brigada y de los cuerpos, prohibirán bajo pena de la vida, que ningún militar, de cualquier graduación, entre en las casas antes de haber conseguido la destrucción y dispersión del enemigo. S. E. el general en gefe dará sus órdenes á este efecto.

Las tropas marcharán sin mochilas: quedarán en el cuartel, un hombre por compañía para cuidarlo.

Se entregará á cada Granadero y Cazador á caballo una fagina que llevarán sobre sus hombros.

Las operaciones de la Bahía de San Vicente están apoyadas por nuestras lanchas.

Campo frente de Talcahuano y diciembre 5 de 1817.—*Bernardo O'Higgins.*—Es copia—*Fernandez,* secretario, *(de O'Higgins).*—Es copia—*Bernardo Vera,* secretario interino, *(de Balcarce).*

APÉNDICE Nº 20, CAP. XIX, § I Y II

DOCUMENTOS concernientes á la causa y á la ejecución de Luis y Juan José Carrera en Mendoza, en sus relaciones con San Martín.

A

El gobernador de Mendoza participa á San Martín la aprehensión de los Carrera

Reservado.—Exmo. señor: Aprehendido casualmente el 5 por la noche don Luis Carrera, que se introdujo á esta capital con el nombre supuesto de Leandro Barra, y teniendo vehementes indicios de haber cooperado á su fuga don Felipe Cárdenas residente en San Juan, previne al teniente-gobernador el 6, que procediese á su prisión, y á la indagación de los hechos que me parecieran concernientes al esclarecimiento de los fines y designios de la introducción de ambos á esta provincia. Antes de recibir mi determinación, felizmente se hallaba preso Cárdenas á requerimiento del gobernador de la Rioja, por la vehemente sospecha de haber represado ambos la balija de la correspondencia que iba á dicha ciudad desde Córdoba. En

este estado, me dice el mencionado teniente-gobernador de San Juan con fecha de ayer, lo que sigue:

«Confeso don Juan Felipe Cárdenas de haber traido á don Luis Carrera bajo el supuesto nombre de Leandro Barra, y conociendo sus crímenes, ha implorado la piedad del gobierno, ilustrándome de una horrible conspiración formada por los Carrera, cuyo plan es el siguiente: Que don Luis debía ir ahora á Chile, adonde lo esperaban muchos sujetos, y un caudal de 21 mil pesos, y con el influjo de algunos oficiales del ejército que tienen á su devoción, reunido este con don José Miguel y don Juan José Carrera, quitar al general San Martín y mandar ellos. Que para lograr esta empresa, cuentan con algunos capitanes de los buques de guerra que deben ir de Buenos Aires á los puertos de Chile, y una lista de muchos sujetos de consideración que debe tener don Luis Carrera. Que la reunión de los tres hermanos debía hacerse de este modo: Don Luis, como la había emprendido: don Juan José debía salir el 25 de este, bajo el supuesto nombre de Cosme, ir á Santa-Fé, y desde allí venirse á esta para pasar á Chile, mientras don José Miguel espera en Montevideo una fragata que debe salir de Buenos Aires para el mar del Sud. En fin, este es el grande plan de la conspiración; y en razón de los terribles resultados á que nos exponía, he determinado ponerlo en noticia de V. S. sin pérdida de instantes, mientras se prepara un oficial y el dicho Juan Felipe Cárdenas para que impongan á V. S. del pormenor.»

Lo traslado á V. E. para su superior inteligencia, con advertencia de haber redoblado la seguridad y prisión de Carrera, cuya persona he puesto á disposición del Exmo. Supremo Director del Estado. Satisfecho V. E. de mi vigilancia, puede desde luego reposar sobre las medidas que he tomado para que los agentes de la rebelión no contaminen la firmeza de nuestro sistema en esta provincia. V. E. por su parte sabrá consultar los medios para prevenir los ataques en ese Estado. Así como doy parte á V. E. por posta, lo doy también en el acto al Supremo Director del Estado, y á ambos comunicaré por extraordinario el resultado de las diligencias que aguardo de San Juan, con copia ó extracto de las que estoy aquí practicando.

La lista á que se refiere su compañero Cárdenas no se le ha encontrado (á don Luis) en la pequeña balija que se le secuestró, como ni tampoco en su montura, equipaje y persona que registré yo mismo escrupulosamente, sinó tan solamente la clave que tengo el honor de dirigir á V. E. en copia por haber remitido la original al Supremo Director del Estado para que por los nombres que contiene, pueda interceptar toda comunicación que nos dé idea del pernicioso plan de los Carrera.—Mendoza, 9 de agosto de 1817.—*Toribio de Luzuriaga.*—Exmo. Sr. Capitán Gral. D. José de San Martín.—*(Original).*

Carta de Luzuriaga sobre Cárdenas (1)

Sr. D. José de San Martín.—Mendoza, 13 de agosto de 1817.—Ahí va ese papelón y vea V. los grandes proyectos de los Carrera. Yo habría remitido á V. inmediatamente al don Juan Felipe Cárdenas, pero me ha parecido mejor prevenirle á V. de las ocurrencias y esperar su respuesta, para que así vaya si V. cree conveniente, teniendo hechas las prevenciones para la seguridad del pájaro.

Yo creo que es muy preciso le oíga V. Me dice le avise á V. se precava de un inglés alto, flaco, de semblante ágrio, y que según quiere acordarse, parece le faltan unos dientes: no sabe la clase ó carrera en que pasó á Chile, ni su nombre, pero lo vió en Buenos Aires, y cree que aún fué su encargo de asesinar á V. cuando le avisasen. Me encarga no fie nada de estos particulares á ninguno.

En fin, repito que me parece indispensable hable V. con él, y espero su aviso para dirigirlo volando.—*Luzuriaga.*

P. D. Dice también que el plan debía desplegarse el 18 de septiembre.—*L.—(Original).*

Carta de Luzuriaga sobre J. J. Carrera

Sr. D. José de San Martín.—Mendoza, 24 de septiembre de 1817.—Llegó el correo de esa y no he tenido particular de V. Vendrá el Juan José acá, y lo tendremos bien seguro. El maestro de posta del arroyo de San José lo acusa de haber muerto á su hijo en el tránsito á la otra posta, por resentimientos anteriores con él. La cosa se presenta muy probable, aunque se hace casi increible tal crueldad con un niño de 9 años aprovechando una tormenta furiosa que les sobrevino en el camino y habiendo hecho anticipar por única vez á su compañero Cosme. Veremos lo que resulta de la indagación y reconocimientos que he prevenido y activo diligentemente.—*Luzuriaga.—(Original).*

B

San Martín á Luzuriaga sobre la prisión de los Carrera

Á los efectos de la causa que por disposición del Supremo gobierno de este Estado se sigue á los Carrera y sus cómplices, en la conspiración que tramaron contra el actual gobierno y libertad de la nación, conviene que V. S. dé orden inmediatamente para que don Juan José Carrera se conduzca

(1) En el sobre de esta carta se lee una anotación autógrafa de San Martín, que es como sigue: «*Recomendar á Luzuriaga trate etc., con consideración al Luis Carrera.*»

preso desde San Luis donde se halla hasta esa capital, en cuyo punto deberá permanecer. La seguridad, la vigilancia, el cuidado sumo que debe tenerse con este famoso criminal, y con su hermano don Luis, quedan al eficaz celo de V. S., en tanto que el arresto de sus personas es el garante de la quietud y del actual y futuro engrandecimiento de este país.—Cuartel general en Santiago, septiembre 10 de 1817.—José de San Martín.—Sr. Gobernador intendente de la provincia de Cuyo. —*(Original)*.

C

San Martín intercede por los complicados en Chile

Exmo. señor: Tengo el honor de trasmitir á V. E. el siguiente Decreto del Supremo Directorio, proveido á consecuencia de la nota de V. E. del 20 del corriente.

Santiago, octubre 20 de 1817.—Pónganse en libertad como solicita el Exmo. Sr. Gral. en Gefe todos aquellos individuos que privados de su libertad personal por presunciones vehementes de complicidad en la horrorosa conspiración de Estado que maquinaron los Carrera solamente han resultado del proceso indiciados, sin que obre contra ellos un convencimiento claro de solución criminal, quedando los demás en captura hasta la sentencia final, en que se tendrá presente aquél grado de indulgencia que sin agravio de la vindicta pública deba aplicarse á la franqueza con que Juan Felipe Cárdenas, Manuel Jordan y Juan de Dios Martinez descubrieron los planes espantosos de que eran cómplices, implorando en remuneración la piedad del gobierño. Transcríbase por el Ministerio de Estado y Gobierno este Decreto al Exmo. Sr. Gral. en Gefe con cuya honorable nota pasará á la Gaceta.—*Perez—Cruz—Astorga—Zañartu.*—Ministerio de Estado, octubre 20 de 1817.—*Miguel Zañartu.*—Exmo. Sr. Gral. en Gefe de los Extos. de los Andes y Chile.—*(Original)*.

D

El gobierno á San Martín sobre el proceso

Reservado.—Por posta y en oficio reservadísimo de 9 y 12 del que rige, instruye el gobernador-intendente de Cuyo de la prisión de don Juan Felipe Cárdenas, que cubría la fuga del criminal don Luis Carrera, de cuyo asunto da también cuenta, con inclusión de dos relaciones expresivas de los comprendidos en el detestable proyecto de conspiración en ese Estado. Asegura dicho gefe haber instruido á V. E. de todo con copia de las expresadas relaciones, y habiéndose sorprendido en

esta capital á las personas que se anuncian en ellas, tomándoles sus correspondencias, previo arresto de los principales sindicados allanándose el fuero de los que lo tuviesen, y deban ser presos, me ordena el Gobierno lo avise á V. E., recomendándole, como tengo el honor de hacerlo, las más celosas y activas providencias en asunto tan importante, á fin de que no queden impunes atentados tan execrables como dignos del castigo más ejemplar.—Buenos Aires, agosto 25 de 1817. —*Matias de Irigoyen.*—Exmo. Sr. Capitán Gral. D. José de San Martín.—*(Original).*

E

El gobierno de Chile pasa la causa de los Carrera á San Martín

Exmo. señor: Tengo el honor de remitir á V. E. con el oficial don Juan José Ugarte, la causa de los Carrera que ha venido de Mendoza; ella se halla en estado de abrir la acusación fiscal. Espero que V. E. me avise cuando se forme esta y el Consejo que debe entender en ella, para notificar á don Miguel Araoz, apoderado encargado de la defensa de los reos, concurra por sí ó por apoderado á defender ó dar las instrucciones necesarias para la defensa.—Santiago, enero 17 de 1818.—*Luis de la Cruz.*—Exmo. Sr. General en Gefe de los Ejércitos Unidos D. José de San Martín.—*(Original).*

Contestación de San Martín, negándose á tomar intervención en la causa

Exmo. señor: El oficial don Juan José Ugarte me ha entregado la causa seguida en Mendoza contra don Juan José y don Luis Carrera para que sean juzgados en Consejo de Guerra de Generales según me tiene prevenido V. E. en sus honorables notas de 1° y 17 de este mes.

Nadie con más sumisión obedece las órdenes de ese Supremo Gobierno como yo, pero permítame V. E. no les dé el debido cumplimiento sin antes exponer las razones que mi delicadeza no me permiten ocultar.

Es demasiado público los incidentes y disgustos que mediaron entre los Sres. Carrera y yo, á su llegada á Mendoza con motivo de la pérdida de Chile; esos disgustos crecieron especialmente con don Juan José. Por otra parte, los Gefes que deben juzgarlos, la generalidad me consta están prevenidos contra ellos, y aunque estoy muy convencido del Honor que asiste á todos los Gefes del Exército Unido y la imparcialidad que guardarían en el juicio, sin embargo, la sentencia que recayese no sería mirada en el Público como justa y se creería emanada de mi influencia. Yo como General en Gefe debía intervenir en el consejo para su aprobación ó desaprobación.

Estas razones creo que en la justificación y rectitud de V. E. deberán ser atendidas para eximirme tanto á mí como á los Gefes del Exército Unido de un compromiso que dejaría su honor á descubierto. Yo interpelo para con V. E. los deseos que siempre me han asistido de sacrificarme en obsequio de Chile, accediendo á esta justa reclamación.

Devuelvo á V. E. la citada causa con la seguridad que será atendida mi súplica.—Cuartel gral. de las Tablas, 18 de enero de 1818.—JOSÉ DE SAN MARTÍN.—Exmo. Sr. Director Supremo del Estado de Chile.

Respuesta del gobierno de Chile.

Exmo. señor: Con la apreciable nota de V. E. de ayer, he recibido la causa de los Carrera, que se ha servido V. E. devolver á este Supremo gobierno por las razones que impone en ella.

Si el conocimiento de la justificación de V. E. fué el que me animó á dirigírsela para su sustanciación, el mismo me obliga á aceptar sus escusas, que las considero tan justas, como que observo en ellas la implicancia que resultaría de que se sentenciase por un consejo de guerra, cuando median los motivos que V. E. representa.—*Luis de la Cruz.*—Exmo. Sr. Capitán Gral. D. José de San Martín.

F

San Martín intercede por los Carrera

Exmo. señor: Si los cortos servicios que tengo rendidos á Chile merecen alguna consideración, los interpongo para suplicar á V. E. se sirva mandar se sobresea en la causa que se sigue á los señores Carrera. Estos sujetos podrán ser tal vez algún día útiles á la patria, y V. E. tendrá la satisfacción de haber empleado su clemencia uniéndola en beneficio público. Dios guarde á V. E.—JOSÉ DE SAN MARTÍN.—Exmo. Supremo Director del Estado.

Contestación de O'Higgins á San Martín (1)

La respetable mediación de V. E. aplicada en favor de los Carrera no puede dejar de producir en toda su extensión los efectos que V. E. se propone, y aún cuando la Patria peligrase por la existencia de estos hombres, V. E. en quien des-

(1) La súplica de San Martín y la nota de O'Higgins que sigue, han sido publicadas varias veces, pero esta contestación, que esparce una nueva luz sobre este incidente, no ha sido conocida por los historiadores.

cansa la salvación de este Estado, sabrá conciliar su peligro con el objeto de su pretensión.—Santiago, 10 de abril de 1818.—*Bernardo O'Higgins.—(Original).*

Nota de O'Higgins á Luzuriaga en consecuencia

La madama de don Juan José Carrera, interponiendo la respetable mediación del Exmo. Capitán general, ha solicitado se sobresea en la causa que se sigue á su esposo por este gobierno, el que no ha podido resistirse ni al poderoso influjo del padrino, ni á las circunstancias en que se hace esta súplica, no considerando justo el gobierno que el placer universal de la victoria no alcance á esta desconsolada esposa. En consecuencia este gobierno suplica á V. S. que en favor del citado individuo, por lo respectivo al delito perpetrado contra la seguridad de este Estado, se aplique toda indulgencia, dando así á él como á su hermano, aquél alivio conciliable con los progresos de nuestra causa augusta.—Santiago, abril 11 de 1818. —*Bernardo O'Higgins.*—Sr. gobernador intendente de la provincia de Cuyo.

G

Luzuriaga comunica á San Martín la nota en que da cuenta al Director de Chile de la ejecución de los Carrera

Exmo. señor: Con esta fecha digo al Exmo. Supremo Director de ese Estado lo siguiente:

«Ayer á las cinco de la tarde fueron pasados por las armas en la forma ordenada, don Juan José y don Luis Carrera, á consecuencia del fallo definitivo que pronuncié en la causa que les he seguido por conjuración y atentado contra el orden y autoridades constituidas, habiendo pedido antes el dictámen de dos letrados que tuvieron presente el mérito del proceso y circunstancias extraordinarias, de que instruirá á V. E. el adjunto manifiesto que acabo de publicar para satisfacción mia y de los que se interesen, tanto en la tranquilidad pública como en la imparcial administración de justicia. La influencia que puede tener este suceso sobre las circustancias políticas de ese país, me mueven á comunicarlo á V. E. con la brevedad posible, y espero que el orden público de ambos Estados quedará asegurado por el temor que debe imponer este ejemplar castigo.

Lo transcribo á V. E. para su conocimiento con inclusión de un igual manifiesto. (1)—Mendoza, 9 de abril de 1818.—*To-*

---

(1) El Manifiesto á que se hace referencia ha sido varias veces impreso.

ribio de Luzuriaga.—Exmo. Sr. Capitán Gral. D. José de San Martín.

APÉNDICE Nº 21 AL CAP. XIX, § VI

DOCUMENTOS relativos á la participación del gobierno de Chile en el plan de monarquización del gobierno argentino en 1817.

En el capítulo XIX, § VI, página 222-223, al dar cuenta del plan de monarquización ideado por el gobierno argentino en 1817, y de la participación que cupo en él al de Chile por influencia del general San Martín, copiamos en cifra el artículo 10 de las instrucciones dadas en tal sentido por el segundo á su enviado en Europa don Antonio José Irisarri, y trasmitidas reservadamente en aquella forma «por su gravedad», por el enviado de Buenos Aires en Santiago, don Tomás Guido, con fecha 20 de diciembre de 1817, que original con la copia auténtica existe en el archivo general de Buenos Aires.

He aquí el artículo de las instrucciones de Irisarri, tal cual fué trasmitido por Guido en clave:

«Art. 10. En las sesiones ó entrevistas que tuviere con los
«ministros de Inglaterra y con los embajadores de las poten-
«cias europeas, dejará entrever que 12 y r r u f n g 1 6 l u r 8 u l n
«a l s 487 r l v 28 a l 9 m r s t 126 u f g 2 r 58 u l n a l s 487 r l v 28 a l 9-
«m r s t 126 u l g 2 r 58 u y f u l s Δ f r n f s n r n 6 l y f 9826 r 2126 f s
«al s f l g u 8 Δ f o y g f 28 l n 6 f u r f a r n 6 f 2 b l al j a 8 Δ 6 f u g f 2
«Y 82 f u í 6 r f Y 28 a l u f a f 8982 n b r b g 9 r 8 f s, 9 g 6 58 u f a l-
«48 r l u 28 f n y g l 85 u f b n f 2 f 184 f f s f s l g r n s f 9 r 82, 98-
«n 6 g Y 7 u l n Δ u 1899 Δ r 82 l n, 4 l u f u y g r f u, Y 68 d 8... al
«Δ 871 f 9 r 8 l n O f g 2 f s f 68 Δ 84 u f 9 r f al l s L n 6 f a 8 9 m-
«r s l 28, Δ l u 8 y g l 28 o l b r n b r l 2 a 8 12 d g n l 28 g 2 Δ a u r-
«291 Δ l f 200 f a r u l 90 r 82 n l l 29 f u 24 l l s Δ f r n l n 6 f Δ a 82
«68 u l 9 r 7 u 7 f 38 s f 982 n 6 r 6 g 9 r 82 y g l n l Δ u l Δ f u f f g 2
«Δ u r 2 91 Δ l al í g f s y g r l u f al s f n Δ 86 l 39 r f n, i g l 8 f 28 la
«sombra del la a r 2 f n 6 r f f í g l Δ g 16 l 2 f 9 l O 982 l s r 25 19
«36 a l n g n v l s f 9 r 82 l n 12 18 n 4 f 7 r 2 16 l n l g u 8 Δ l n 5 r-
«3 l n g O Y Δ l u r 8 12 9 m r s t Δ f u f 982 n b u 7 f u n g r z al Δ
«12 al 2 g r f al 5 l u 2 f 2 de 8 n l Δ b r 78 n g u n g 9 g l n 8 u u l o
«Y l b u 8 Δ 81 r o 68 a 8 86 Δ 8 a l u l b 6 u f 2 f l u 8. L s A r Δ g 6-
«f u f s f Δ 81 r 6 9 f 12 l n 67 f n g 28 982 68 a f s f 9 r u 9 g 2 n Δ
«199 r 82 ó 4 u f 7 t a f a y g l Y l u l n l l s f n g 268 o f g 2 y g l Δ 8-

« a u f f 9 l Δ 6 fu Δ u 8 Δ 8 n r 9 r 82, jamás convencionar sin pré-
« vio aviso del Gobierno y sin órdenes terminantes para ello.
« S fn 9 f n f n al 7 u 62 n 7 r f, al 7 u f 4 f 2 n f, al 8 u f 2 5 l Δ a u-
« l n l 26 f 2 r 26 l ulnln Y f n a r u l 968 n g 2 f 6 g rfs t n Δ f uf
« s f u ls rn f 9 r 81 a ls Δ v 80 l 968 r 2 a r 9 f a 8 l 2 y g l n l 49-
« f u a faf ls Y f n r 27 r 81 f 7 s l n r 4 r 18 O Δ fuf 990 f arul-
« 99 r 82 n l r 191 g al s f 91 f 71 Nº 1º».

Traducción del artículo según clave

«10... En las sesiones ó entrevistas que tuviese con los ministros de Inglaterra y con los embajadores de las potencias europeas, dejará traslucir que en las miras ulteriores del gobierno de Chile entra uniformar al país al sistema continental de la Europa y que no estaría distante de adoptar una monarquía moderada ó constitucional, cuya forma de gobierno, más que otra, es análoga y coincide en la lejislación, costumbres, preocupaciones, jerarquías, método de poblaciones, y aún á la topografía del estado chileno; pero que no existiendo en su seno un príncipe á cuya dirección se encargue el país, está pronto á recibir bajo la constitución que se prepare á un príncipe de cualquiera de las potencias neutrales que bajo la sombra de la dinastía á que pertenece, y con el influjo de sus relaciones en los gabinetes europeos, fije su Imperio en Chile para conservar su independencia de Fernando VII y sus sucesores, metrópoli, y todo otro poder estranjero.

«El diputado jugará la política en este punto con toda la circunspección y gravedad que merece, y aunque podrá aceptar proposiciones, jamás convencionará en ellas sin previo aviso circunstanciado á este gobierno, y sin las órdenes terminantes para ello. Las casas de Orange, de Brunswick, de Braganza, presentan intereses mas directos y naturales para la realización del proyecto indicado, en que se guardará el mas inviolable sijilo y para cuya dirección se incluye la clave número 1.»

Esta traducción está conteste con la copia auténtica que existe en el ministerio de relaciones exteriores de Chile, inserta por el señor Gonzalo Bulnes en el capítulo IX, t. II, de su «Hist. de la expedición libertadora del Perú», citada en la nota correspondiente núm. 62 de nuestro capítulo XIX, y con presencia de dicha copia, se agrega á continuación la parte de las instrucciones que no fué trasmitida por Guido en clave, así como las comunicaciones cambiadas con tal motivo entre el director Pueyrredón y el director O'Higgins, que constituye la prueba más acabada de lo que en su lugar afirmamos sobre este misterioso plan, cuya filiación establecimos allí.

El complemento de las instrucciones en su parte pertinente, publicado por la primera vez por el señor Gonzalo Bulnes, es el siguiente:

«La identidad de causa, de sacrificios y de intereses de este Estado con el limítrofe de las Provincias Unidas exije que el diputado guarde la mas íntima relación y armonía con el de aquella nación autorizado en la corte de Londres, en la de Paris ú otra. Meditará y combinará unánimemente cuanto haya de proponerse ó suscribirse en orden á Chile, á fin de que al paso que se señale la marcha uniforme de la política de las dos naciones, se afirme la liga que nos une.

«La suerte de la España, sus esfuerzos para dominar á las Américas, sus pactos, sus combinaciones fijarán la norma de la conducta pública del diputado. La pujanza ó impotencia de aquella nación, determinará el más ó el menos sacrificio de los intereses de Chile en las pretensiones que entable, recatando ó cediendo á medida de los peligros que amaguen contra la emancipación del nuevo mundo. Imitar el sistema de los españoles de dividir para triunfar, debe ocupar los desvelos del diputado. Á este fin entablará sus corresponsales en Paris, y si fuese posible en Cádiz; publicará en castellano algunos discursos anónimos, animando á los liberales de la Península á sacudir el yugo infame de Fernando y á restituir la dignidad y poder de la nacion, jugando diestramente la hidalguía y nobleza nacional española para inflamarla en la resolución de ser grandes y libres, é insertará estos fragmentos en los periódicos de Inglaterra y Francia, en cuyo caso será inevitable la circulación para la Península. Publicará una iniciativa á nombre y por orden del gobierno de Chile ofreciendo jenerosa acojida á todo estranjero que emigrare á este país; asegurará la tolerancia civil y relijiosa y protección á la industria que ejercieren en él; y dirijiéndose á los españoles, ofrecerá un amigable recibimiento entre los chilenos á los que quisieren renunciar la humillación al tirano, estableciendo suma diferencia entre la causa de la nación y la de los reyes, y demostrando el interés que resulta á la España del reconocimiento de nuestra independencia.

«No perderá de vista los pasos del embajador español para entorpecerle todas sus jestiones opuestas á la libertad de la América, y si alguna vez fuese incitado por él á transacciones, repulsará toda proposición que no sea apoyada en el reconocimiento de la independencia araucana, en cuyo caso se mostrará accesible y dispuesto á cooperar á la estinción de la rivalidad de españoles y americanos, y al restablecimiento de las relaciones entre Chile y España como dos naciones libres é independientes.

«Si el embajador español exijiese al diputado esplicaciones de los privilejios que promete Chile á la España en cambio del reconocimiento de su independencia, podrá halagar sus esperanzas con el comercio esclusivo por diez años de todos los frutos y manufacturas que produce la Península, un cuatro por °/₀ ménos por el mismo tiempo de lo que se introdujere en los puertos de Chile bajo su pabellón, y un dos por °/₀ ménos en los derechos impuestos á las esportaciones fuera del reino, comprometiéndose ambos gobiernos á no recordar en lo sucesivo los motivos de las disenciones anteriores; pero no aceptará proposición alguna que directa ó indirectamente ataque la inmunidad de las Provincias Unidas.

«Circunstancias que no pueden preverse respecto de la España y demas potencias de Europa, quedan al cálculo y previsión del diputado, y su celo por la libertad de su patria, decidirá en accidentes estraordinarios como viere mas conveniente á la equidad é independencia de Chile; y las órdenes sucesivas servirán de apéndice á estas instrucciones.»

Las comunicaciones cambiadas entre el Director Pueyrredón y el director O'Higgins sobre este negociado, publicadas por el mismo señor Bulnes, son las siguientes:

«AL DIRECTOR DE LAS PROVINCIAS UNIDAS DEL RIO DE LA PLATA.—Santiago, 21 de octubre de 1818.—Exmo señor: Informado por comunicaciones del general San Martín de la comisión que traía de V. E. don Julian Álvarez, he resuelto nombrar por enviado de este gobierno al Congreso de soberaranos de Europa que está próximo á reunirse en Aix-le-Chapelle, á mi ministro de Estado don Antonio José de Irisarri; que partirá inmediatamente á evacuar este encargo. Con esto queda satisfecho el deseo manifestado por V. E. de que concurra la representación de Chile con la de esas Provincias Unidas á negociar en aquél congreso el reconocimiento de nuestra independencia.—*Bernardo O'Higgins.*

«Sr. D. Bernardo O'Higgins.—Buenos Aires, 4 de diciembre de 1818.—Mi compañero amado: Disipadas ya en la mayor parte las montoneras de Santa-Fé, llegaron seis correos de Chile y Perú, que estaban detenidos en el Fraile Muerto. Por ellos recibí las dos últimas de usted fecha 21 de octubre y 13 de noviembre próximo pasado, con el atraso que aparece.

«Muy bien dispuesta la ida de Irisarri á Europa; fué, para este caso, mi proposición al mismo efecto; porque siempre será muy interesante, que se vea la identidad de opiniones é intereses de este y de ese país.

De usted invariable—*J. M. Pueyrredón.*

APÉNDICE Nº 22 AL CAP. XIX, § IV (1)

DOCUMENTOS OFICIALES relativos al empréstito de 500,000 pesos convenido entre el gobierno argentino y San Martín en 1818 para realizar la expedición al Perú, y sus incidencias. *(M. S. S. originales).*

El gobierno comunica á San Martín que es irrealizable el empréstito de 500,000 pesos convenido

Reservado.—La grandeza de los planes que ha concebido V. E. en bien de los auspicios de este Gobierno, me decidieron por falta de otros arbitrios á calcular sobre los capitales en círculo del comercio de esta capital sin escluir el de los extranjeros traficantes en ella, no obstante el conocimiento que me asistía de su languidez actual, para que en clase todos de prestamistas al Estado, reguladas sus fortunas, y bajo planos y estipulaciones moderadas que consultasen la seguridad, y el pronto reintegro de sus fondos, introdujesen en arcas hasta la suma de 500,000 pesos con que debia auxiliarse á V. E. según lo había resuelto. Pero cuanto me es sensible anunciarle que al hacer realizable el entero han resultado ineficaces, igualmente que la firmeza de las providencias dictadas, los amagos de la ejecución: todo, efecto de la nulidad calificadamente positiva en que se hallan en este Pueblo en el mayor número unos contribuyentes sobre quienes tantas veces ha gravitado el peso de cuantiosas exacciones y préstamos forzosos, hoy ceñidos á los últimos arbitrios de un giro totalmente aniquilado, no sólo por esto, cuanto por la paralización que ha sufrido por tantos años, y á los cuales, si se les estrecha al último punto viene á dejárseles en la imposibilidad de concurrir útilmente en los apuros sucesivos que no pueden desconocerse; de suerte que, movido este gobierno por los clamores de las muy justas y atendibles representaciones, le ha sido forzoso moderar la cuota respectivamente computada; y bien puede afirmarse á V. E. que el empréstito de los 500,000 pesos sancionado, apenas se hará exequible en una tercera parte, y con la lentitud á que da mérito la escasez de numerario.

Entre tanto, habiendo crecido las atenciones de este Gobierno de un modo extraordinario, sin que le fuese dado dejar de acudir á ellas por su gravedad y consecuencia, y en la angustia de la escasez de dinero en que se halla el erario de esta Capital por falta de ingresos en las Tesorerías de su administración, no he podido dispensarme, á no aventurar objetos de

(1) La correspondencia confidencial entre el director Pueyrrredón y San Martín completa la documentación de este interesante negocio.

muy seria y perjudicial trascendencia de insumir en ellos las únicas cantidades que había colectado con preferente aplicación á las urgencias del Exto. del mando de V. E.

Estas y las anteriores causas, parece que á toda luz deben persuadir á V. E. del conflicto á que me reducen las actuales circunstancias del País, é igualmente que, si el resultado de mis combinaciones no ha correspondido en la práctica, hay un fundado motivo para suspender todo cálculo que se apoye en la existencia de los expresados fondos: en su virtud, he resuelto prevenir á V. E. en precaución de todo comprometimiento que perjudique el crédito de este gobierno y nos exponga á tocar otros extremos aún de mayor consideración, que absolutamente omita el giro de letras contra esta Tesorería: tanto más expuesto hoy mismo á una pérdida dolorosa é irreparable, que apesar de las medidas adoptadas, no ha podido embarazar el gobierno el monopolio que han establecido los comerciantes ingleses para aprovecharse de la ansiedad de los prestamistas á cubrir el desembolso de sus principales en el día tan interesantes en sus manos, sujetándose por esto en los principios para reducir á dinero sus documentos de pago á la pérdida de un 10 % que hoy han elevado aquellos individuos hasta un 20, en cuyo favor hace tiempo refluyen los provechos de la industria nacional, causando por ese motivo la estagnación de numerario que increiblemente ha decrecido en las arcas del Estado.

Más, repose V. E. en la esperanza, que por cuantos medios me sean posibles, intimamente persuadido de cuanto es importante la realización de las empresas que sabiamente medita, continuaré en la remesa de todo género de artículos y dinero que me proporcionen los desahogos y la estricta economía que estableceré á este intento. Dios guarde á V. E. muchos años.—Buenos Aires, agosto 22 de 1818.—JUAN MARTÍN PUEYRREDÓN—*Estéban Agustín Gazcon.*—Al Exmo. Sr. D. José de San Martín, Gral. en Gefe de los Extos. Unidos en Chile.—*(Original).*

San Martín manifiesta que si el empréstito no se realiza el ejército de los Andes se disuelve

Exmo. señor: Es en mi poder el reservado de V. E. de 22 del pasado, en el que me manifiesta la absoluta imposibilidad de realizar los 500 mil pesos decretados por V. E. para auxilio del Ejército de los Andes.

Creo de mi deber exponer á V. E. que si dicho ejército no es socorrido, no solamente no podrá emprender operación alguna, sinó que está muy expuesto á su disolución.—Mendoza, 2 de septiembre de 1818.—JOSÉ DE SAN MARTÍN.—Exmo. Sr. Director de las Provincias Unidas del Río de la Plata.—*(Original).*

Renuncia simultánea con motivo del empréstito

Exmo. señor: Resuelto á hacer el sacrificio de mi vida, marchaba á volverme á encargar del Ejército Unido, no obstante que el facultativo don Guillermo Colisberry que también me asistió en mi enfermedad en el Tucumán, me asegura que mi existencia no alcanzará á seis meses; sin embargo, todo lo arrostraba en el supuesto de que dicho ejército tendría que operar fuera de Chile; pero habiendo variado las circunstancias, ruego á V. E. se sirva aceptarme la renuncia que hago del expresado mando, para de este modo dedicarme á la conservación de mi vida expuesta á su fin si así no lo hago.

Mis débiles servicios estarán en todo tiempo prontos para la patria en cualquier peligro que se halle.

Ruego á V. E. tenga la bondad de admitir en beneficio del Estado los sueldos que me corresponden por mi grado, pues teniendo con que subsistir cómodamente, me son innecesarios. —Mendoza, 4 de septiembre de 1818.—José de San Martín. —Exmo. Supremo Director de las Provincias Unidas del Río de la Plata.—(*Autógrafo* en el Arch. secreto de gobierno).

Carta oficial del ministro de hacienda á San Martín sobre lo mismo

Reservado.—Sr. D. José de San Martín.—Buenos Aires, septiembre 2 de 1818.—Mi estimado amigo: Sin perder un instante de vista la urgente é interesante necesidad que había de introducir en arcas la suma de 500,000 pesos aplicables á los fines preferentes que el gobierno había concertado con V., se dictaron las estrechas providencias que debían allanar el entero; pero á esta fecha la comunicación de 21 del ppdo. que por extraordinario se dirigió á sus manos, le habrá persuadido eficazmente que las irresistibles dificultades que se ofrecieron embarazaron la realización del proyecto, y que por lo tanto, como se le prevenía en ella, era indispensable suspender el giro de libranzas acordado.

Luego que V. medite su contesto, alcanzará con evidencia los conflictos á que está reducido este gobierno por falta de numerario, y con cuanta amargura gravitará sobre su corazón la idea de detener el impulso con que marchan las gloriosas armas de su mando. Pero ello por ahora es de necesidad si V. apoya sus empresas únicamente en los fondos del erario de esta Capital.

Jamás se ha visto tan exhausto, ni jamás se han agolpado tantas necesidades á la vez. El general del Exto. del Perú en todas sus comunicaciones nos presenta y nos dibuja el cuadro desastroso de la mendicidad del Exto. que manda, en quienes aún se desconoce el traje militar por hallarse desnudos sin el menor auxilio de vestuario, pasando además por la angustia

de no hallar quien le supla dinero al giro de letras contra esta Tesorería; de suerte que se vé el gobierno forzado á dirigirle remesas efectivas.

La División del Rosario que opone resistencia á las incursiones de los tumultuosos habitantes de la campaña de Santa-Fé, auxiliados por los prosélitos del desórden, y del Gefe de los Orientales, exigen prontos socorros, para conservarla al intento de que impidan los progresos y cálculos de los malvados. Los exige igualmente la División de Córdoba en número de 600 hombres conservados al fin de precaver el contagio que propaga don José Artigas. Y sobre todo, si V. fija su consideración en las clases del Estado que hay que conservar en este Pueblo con los fondos del Erario, hallará el resultado que el acrecimiento de la miseria pública por la carencia de ellos, sitúa al Gobierno en las circunstancias más difíciles y peligrosas, y cuyas atenciones ha sido forzoso acudir sin espera con los cortos acopios del empréstito.

Todo esto debe convencer á V. de la necesidad que hubo para dictar la resolución de 21 del ppdo. que se duplica en este correo por si no ha llegado á sus manos, motivada sobre otros fundamentos que tampoco pueden desconocerse. Sin embargo, ya que V. sin conocimiento de la anterior medida, y á consecuencia del acuerdo hecho ha girado contra los fondos de esta caja general las libranzas de que dá noticia en su comunicación de 16 último, el gobierno corresponderá al empeño por no desairar su firma, haciendo yo los últimos esfuerzos para cubrir ambos créditos como es tan interesante.

Con fecha 2 de julio último se expidió el título de Intendente del Exto. que V. me recomienda en favor de don Juan Gregorio Lemos, que le fué dirigido en oficio de V. del mismo.

Me repito á las órdenes de V. esperando disponga en cuanto sea de su agrado de la sincera voluntad que le ofrece su más affmo. servidor y amigo Q. S. M. B.—*Estéban Agustín Gazcon.—(Original).*

Oficio del ministro de guerra á San Martín autorizándolo á girar contra la Tosorería hasta el lleno del empréstito de 500,000 pesos

El Gobierno Supremo ha tenido en consideración cuanto V. E. expone relativamente á los medios de facilitar el buen suceso del plan consabido, y aunque estas Provincias se hallan ya muy abrumadas de las reiteradas exacciones que ha sido preciso hacerles sufrir, sin embargo se han acordado nuevos sacrificios que llenen la idea meditada: al efecto se han dictado providencias muy eficaces cuyo feliz resultado se presiente, y en ese concepto me ordena el Sr. Director diga á V. que desde luego puede ir librando contra esta Tesorería general las cantidades que indispensablemente considere necesarias hasta el

lleno de la suma convenida, sin perjuicio de que se tendrá especial cuidado de hacer sin las dichas libranzas las remesas que permita la oportunidad á entregarse á la orden de V. E.—Dios guarde á V. E. muchos años.—Buenos Aires, septiembre 16 de 1818.—*Matías de Irigoyen.*—Exmo. Sr. Capitán Gral. D. José de San Martín.—*(Original).*

El ministro de hacienda remite á San Martín varias libranzas por cuenta del empréstito

Incluyo á V. E. de suprema orden las tres adjuntas libranzas, importantes once mil doscientos veinte y cuatro pesos y cinco y tres cuartillos reales, que han girado á su orden los señores Pueyrredón y co-albaceas contra don Francisco Izquierdo y don Diego Barros residentes en Chile, y don Tomás Reynals y Burguera, en Mendoza; y espero que V. E. se servirá acusar recibo, como también las resultas que tenga la cobranza de ellas.—Buenos Aires, septiembre 24 de 1818.—*Estéban Agustín Gazcon.*—Exmo. Sr. Capitán Gral. del Exto. de los Andes.—*(Original).*

El ministro de hacienda comunica á San Martín los pertrechos de guerra remitidos por mar á Chile y las libranzas pagadas por cuenta del empréstito.

Sin embargo de que al Intendente de ese ejército se remiten conocimientos de los pertrechos de guerra y otros efectos que se envían para él en la fragata inglesa «Lord Lindoch», para que en virtud de ellos, y al arribo de dicho buque, proceda al recojo de todo; acompaño á V. E. de suprema orden, y para su privativa y particular inteligencia, un ejemplar del conocimiento de pertrechos firmado por el maestre Juan Templetón, y una razón de los demás efectos que conduce, firmada por el guarda almacen don Mariano Gainza é intervenida por el comisario general de guerra don Victoriano de la Fuente, (importante 43,119 pesos con dos reales).

Al mismo tiempo, para su inteligencia y demás fines que puedan convenir á V. E., le comunico haberse á esta fecha pagado 12,158 pesos á los individuos que se han presentado hasta ahora con libramientos girados por V. E., y luego que se presenten los restantes que anunció, serán igualmente satisfechos; incluyéndole por último las cuatro cartas de prevenciones que ha dado don Ambrosio Lezica, dos para don José Riglos, otra á don José Moldes, y otra á don Fermín Galigliana, para que á virtud de ellas haga á V. E. la entrega del caudal á que se refieren, de que dará los avisos que corresponde en oportunidad.—Buenos Aires, septiembre 24 de 1818.—*Estéban Agustín Gazcon.*—Exmo. Sr. Gral. en Gefe del Exto. de los Andes.—*(Original).*

Conocimiento adjunto

Yo, Juan Templeton, maestre que soy de la fragata inglesa que Dios salve, nombrada «Lord Lindoch», que al presente está surta en este puerto, para en la buena ventura seguir este presente viaje al puerto de Valparaíso, conozco haber recibido y tengo cargado dentro de la dicha fragata debajo de cubierta, del Sr. comandante de marina de la capital, don Matias Aldao: 2 morteros de 9 pulgadas, 1 obús de 8 idem, 4 cañones de á 24, 4 idem de á 8, 2 obuses de 6 pulgadas, 400 bombas de 9 pulgadas, 200 granadas de 8 idem, 2 idem de 6 idem, un mil balas de á 24, 300 idem de á 8, 6 carros de municiones, 10 cureñas, 3 afustes para morteros; todo lo que me obligo llevándome Dios al dicho puerto, á entregar al Sr. Intendente del Ejército de los Andes, don Juan Gregorio Lemos, etc.—Buenos Aires, septiembre 10 de 1818.—*John Templeton.*—*(Original).*

Nota—La factura del comisario Fuentes á que se hace referencia, detalla los artículos de vestuarios que importan la cantidad de 43,119 pesos arriba indicada.

San Martín comunica á Balcarce la autorización para girar por cuenta del empréstito, y le da sus instrucciones

Con fecha 16 del corriente último el Secretario de Estado en el departamento de Guerra, de orden del Exmo. Sr. Director de las Provincias Unidas, me dice lo siguiente: «El gobierno ha tenido en consideración, etc.» (sigue la trascripción de la nota del ministro de guerra de 16 de septiembre).

Y lo transcribo á V. E. para su conocimiento, á fin de que ponga en ejercicio desde luego la facultad de librar contra aquella tesorería todas las cantidades que pueda proporcionarse en esa, que serán depositadas hasta llenar una suma de 500 mil pesos, que es la cantidad designada por el supremo Director de las Provincias Unidas en auxilio del Ejército de los Andes.—Mendoza, 2 de octubre de 1818.—José de San Martín.—Sr. Brigadier D. Antonio Gonzalez Balcarce, Gral. en Gefe del Exto. Unido en Chile.—*(Original).*

Contestación de Balcarce

Exmo. señor: Quedo impuesto de la resolución suprema que contiene la nota de V. E. de 2 del actual, para que se puedan librar contra la Tesorería general las cantidades que aquí sea dable adquirir, manteniéndolas depositadas hasta el completo de la suma de 500 mil pesos con que deben ser auxiliadas las operaciones, que están acordadas para el Ejército de los Andes; y habiendo hecho al efecto las prevenciones

oportunas al Intendente don Juan Gregorio Lemos, tengo el honor de avisarlo en contestación.—Cuartel general en Santiago, 15 de octubre de 1818.—*Antonio Gonzalez Balcarce.*—Exmo. Sr. Capitán Gral. D. José de San Martín.—*(Original).*

San Martín detiene los caudales del correo de Chile y libra por su importe contra la Tesorería general á cuenta del empréstito

Siendo indispensable la detención de los caudales de la conducta del correo de Chile en esta administración general, por precaución de su pérdida, que es de temer al tránsito por el territorio de la provincia de Santa-Fé, en la que, según las últimas noticias, están por ahora en la efervescencia más activa los desafueros de la anarquía; he creído conveniente para los interesados, librar contra la Tesorería general del Estado, y á favor de la renta de correos, la suma total de su importancia, para que por ella se distribuyan las cantidades de sus libranzas oficiales á los legítimos accionistas.

Esta medida concilia la seguridad de los caudales para sus dueños y el auxilio del ejército de mi mando, para el cual tengo facultad por el gobierno supremo para librar hasta la cantidad de quinientos mil pesos, pagaderos en los términos que yo estipularé.

El libramiento relativo de esta dicha medida tendrá la calidad de á la vista, y será puntualísimamente pagado cual conviene al crédito de la Renta, á la confianza del comercio y á mi particular compromiso.

Si á V. S. no le parece inconveniente, yo le pido se sirva mandar entregar por el administrador de correos la precitada conducta al administrador de esta aduana, que otorgará el recibo con referencia á la orden de V. S. para la seguridad respectiva de aquél.—Mendoza, 16 de octubre de 1818.—JOSÉ DE SAN MARTÍN.—Sr. Gobernador Intendente, coronel D. Toribio Luzuriaga.—*(Original).*

Nota—El administrador de correos de Mendoza José Antonio Aicardo, pasa la nota de los caudales del correo de Chile detenidos, que representan la cantidad de 876 y $^{5}/_{8}$ doblones de oro con un peso tres reales plata. El administrador de aduana de Mendoza Juan Francisco García, da la razón individual del dinero entregado en sus cajas, que asciende á la cantidad de 16,000 mil pesos. Ambos documentos se adjuntan á la nota de San Martín, el cual anota al pie otras cantidades entregadas en Mendoza por cuenta del empréstito, que suman 42,276 pesos 1 real.

El ministro de guerra comunica á San Martín que se le remiten cien mil pesos por cuenta del empréstito

Son muy sensibles al gobierno los conflictos que V. E. indica en su nota de 15 de diciembre último y prenetrado de

las urgentes reflexiones que en ella aduce, se le remiten por ahora con el capitán don José Caparrós, varias letras importantes la suma de cien mil pesos, continuando con la recolectación de lo restante (del empréstito de 500 mil, de que se han enterado en caja 300 mil) con toda la exigencia que esta materia demanda, y sobre lo que se instruye á V. E. por el ministro de Estado en el departamento de hacienda.

De orden suprema lo aviso á V. E. en contestación, asegurándole que, su distinguido mérito y el del valiente ejército que manda, ocupan con preferencia las consideraciones de nuestro gobierno, de cuya liberalidad se recibirán oportunamente cuantos auxilios estén en la esfera de su poder.—Buenos Aires, 13 de enero de 1819.—*Matias de Irigoyen.*—Exmo. Sr. Capitán Gral. D. José de San Martín.—*(Original).*

El ministro de hacienda remite á San Martín nuevos libramientos por cuenta del empréstito

De orden del supremo director del Estado dirijo á V. E. el adjunto pliego para el Intendente de ese Exto. en que los ministros Generales de esta Capital le incluyen endozados á su favor treinta y un libramientos importantes la cantidad de 78,208 pesos 5 ½ reales.

Con el mismo conductor, el oficial encargado por V. E. don José Caparrós, se han dirijido en la propia forma al Gobernador Intendente de Cuyo diez libramientos importantes 21,792 pesos, para que haciéndolos exequibles en el tránsito, remita á V. E. el dinero que ellos encierran. Ambas partidas hacen el total de cien mil pesos cinco y medio reales, que por ahora se remiten á V. E. para auxilio del ejército de su mando, y en virtud de sus reclamaciones, debiendo persuadirse que los esfuerzos que se han practicado y se están practicando actualmente tanto para colectar el empréstito y llenar en todo lo posible las necesidades que manifiesta V. E., como para proporcionar libramientos en circunstancias de ser absolutamente imposible hacer remesa alguna en numerario por el mal estado de la campaña y caminos, son á la par del grave interes que media en la ejecución de las bien meditadas operaciones de V. E. de los deseos del Supremo Director del Estado y mios, ofreciendo á V. E. remitirle por extraordinario en la propia forma todo lo demás que se haya colectado sin dejar de recordarle la necesidad de que todo libramiento que se gire por el Intendente de ese Exto. no deje de ser acompañado del correspondiente pliego de aviso, para evitar todo motivo de entorpecimiento y duda como se expuso ya anteriormente á V. E.—Dios guarde á V. E. muchos años.—Buenos Aires, enero 13 de 1819.—*Estéban Agustín Gazcon.*—Exmo. Sr. Capitán Gral. del Exto. de los Andes.—*(Original).*

Carta oficial del ministro de hacienda á San Martín sobre los libramientos hechos por este á cuenta del empréstito

Sr. D. José de San Martín.—Buenos Aires, abril 3 de 1819.—Muy señor mio y estimado paisano: Nada se necesita exagerar á quien como V. está interiorizado en los asuntos del Gobierno para que se penetre de los gravísimos apuros y escaseses que hoy, más que nunca, nos rodean. Ellos nunca han faltado desde el principio de la guerra, pero crecieron sobre manera después que se entró en el sagrado empeño de satisfacer la ingente deuda nacional cuya insolución iba por momentos á destruir el poco crédito que restaba. Se consiguió con este esfuerzo su restablecimiento, pero empeñado siempre el gobierno en empresas necesarias para afianzar la libertad del país, empezó á contraer nuevas deudas, tanto ó más ejecutivas que las que acababa de satisfacer. Aún hubiéramos podido desembarazarnos de estos nuevos aprietos marchando las cosas en un orden regular; pero cuando el ejército del mando de V. ha causado gastos que nos han puesto en compromisos terribles; cuando la irrupción de los anarquistas de Santa-Fé ha exigido impenderse las cuantiosas y extraordinarias erogaciones de la penosa marcha del Exto. del Perú hasta esta jurisdicción, su sosten en campaña, y el de la expedición que salió de esta capital; y por último, cuando todas estas causas concurren eficazmente á la más completa estagnación del comercio y tienen á Buenos Aires reducido á la ciudad sóla, son vanos los mejores deseos. Los que á mí me animan al pago de las libranzas que V. ha girado sobre esta Tesorería, y muy especialmente de la que V. me recomienda á favor de don Francisco Calderón de la Barca por su apreciable de 15 de marzo ppdo., ni pueden ser muy vivos ni acaso, muy desgraciados. No por esto creo que al honor del gobierno permita jamás adoptarse la medida que V. me propone de que se le devuelva.

«Á los interesados se les va pagando por el orden de fechas y con toda la religiosidad que permite la apurada situación en que V. sabe nos hallamos: es preciso pues, que ellos guarden alguna consideración al gobierno, que poseído de la mejor fé sólo puede diferirles por algún tiempo sus pagos á causa de los males extraordinarios que hoy le aflijen y no puede precaver. Yo tendré la mayor satisfacción en que redoblando mis esfuerzos, como se lo ofrezco, consiga alguna más actividad con que acallar las quejas de los acreedores, como igualmente el que V. ocupe con toda confianza en lo que pueda serle útil á su affmo. paisano y S. S. Q. B. S. M.—*Estéban Agustín Gazcon.—(Original).*

Carta del capitán Caparrós á San Martín, comisionado por este para el percibo de cantidades á cuenta del empréstito—*(Originales)*

La mutación del gobierno ha sido un entorpecimiento para que hasta el día de ayer no haya podido hablar con S. E., más ha sido á mi satisfacción, no quedándome nada que pudiera decir, é influyese al más pronto logro de los fines á que V. E. me ha mandado, concluyendo con hacer presente, se hallaban en Córdoba detenidos ciento y cincuenta mil pesos, que antes podrían ser dirigidos para esa con menos gastos. Mi propuesta no ha dejado de ser admitida y el gobierno trata de ponerla en ejecución.—Buenos Aires, diciembre 16 de 1818.—*José Caparrós.*—Exmo. Sr. Capitán Gral. D. José de San Martín.

Con la mayor eficacia se trabaja para poder juntar la cantidad que V. E. pide, más hasta el presente no ha entrado en caja un sólo medio, y según me dice el señor ministro de hacienda, lo primero que será recogido son cien mil pesos que en libranzas quedarán corrientes esta semana para ser remitidos. Yo espero que por lo restante podrá lograrse el llevarlo en los mismos términos.—Buenos Aires, diciembre 25 de 1818.—*José Caparrós.*—Exmo. Sr. Capitán Gral. D. José de San Martín.

Habiendo tenido noticia por don Juan Pedro Aguirre (comisionado para el efecto) se hallaban reunidas libranzas en número de ochenta mil pesos, pasé á ver al ministro de hacienda para remitirlas en este correo á V. E., á lo que me contestó que dentro de muy pocos días saldría yo con ellas, y la mayor parte de la cantidad pedida, más, no sé como puede ser así, cuando lo más del empréstito que se ha recogido, se halla ya percibida, y esta excede de los trescientos mil pesos, por lo que me parece que, ó no se trata de mandarlos todos, ó que el señor ministro padece equivocación, acercándose más mi opinión á esto último que á lo primero, por estar satisfecho del grande empeño que tiene el director en que se cumpla lo que V. E. pide. Dios guarde á V. E. muchos años.—Buenos Aires, enero 9 de 1819.—*José Caparrós.*—Exmo. Sr. Capitán Gral. D. José de San Martín.

Cuando esperada, Exmo. señor, poder llegar con alguna brevedad y poner en manos de V. E. las libranzas que se me habían entregado, me encuentro que todos los caminos estaban en poder de la montonera, y destituidos de tal recurso para poder transitar, y así es que cuanta tentativa hice, todas me salieron en vano, y en la penúltima hube de caer en manos de ellos, pues me persiguieron más de cinco leguas: ya había perdido enteramente las esperanzas de poder pasar, y me afligía al ver que las cantidades que yo conducía podían hacer falta para los planes de V. E. En este estado busqué baqueano que me condujese por la Pampa, y facilitado me espuse á ser presa de los indios, por ser la vía que más facilitaba el paso.

En el término de cinco días atravesé el desierto de Rojas á las Tunas en donde apuraban ya las necesidades de la vida, pues carecíamos de todo; sin embargo, siempre tuve la esperanza de salir bien aunque con bastante demora, sintiendo no poder hacer mi viaje con la misma brevedad que á la ida, pues hay la notable diferencia de que en diez días y medio lo verifiqué y el regreso, nada más que hasta Mendoza, cuesta diez y ocho.

Remito á V. E. por mano del Sr. Gobernador de esta Provincia un pliego del Sr. ministro de hacienda con libranzas, otro del de la guerra y varias cartas particulares. Yo saldré de aquí dentro de pocos días con 25,700 pesos que trage para esta en libranzas.—Dios guarde á V. E. muchos años.—Mendoza y febrero 3 de 1819.—*José Caparrós.*—Exmo. Sr. Capitán Gral. D. José de San Martín.—*(Original).*

APÉNDICE Nº 23 AL CAP. XXI, § III Á VII

DOCUMENTOS OFICIALES Y CONFIDENCIALES (1) relativos al repaso del ejército de los Andes—*Primera série:* «Correspondencia de San Martín con el gobierno de Chile sobre auxilios, y con su gobierno, indicando el repaso del ejército de los Andes caso que la expedición del Perú no se realice.»—*Segunda série:* «Correspondencia del gobierno argentino y de San Martín con el de Chile sobre lo mismo.»—*Tercera série:* «Correspondencia de San Martín con Balcarce sobre el repaso de los Andes.»—*Cuarta série:* «Revocación del repaso de los Andes».—*(Originales).*

(Primera série)

INICIATIVA DEL REPASO DE LOS ANDES

A

San Martín manifiesta al gobierno de Chile las necesidades de su ejército

Exmo señor: Con la más alta consideración, tengo el honor de acompañar á V. E. copia certificada del oficio que me ha pasado ayer el Intendente del Ejército de los Andes. Por él se instruirá del estremado apuro de aquella caja, obligada á subvenir á los menesteres indispensables del ejército. No se encuentran en este comercio individuos que quieran entregar

(1) La correspondencia confidencial de San Martín con Pueyrredón, O'Higgins, Guido y Balcarce, completa la documentación de esta parte, y la confirman con nuevos é interesantes datos que le dan mayor autenticidad.

dinero para recibirlo de la tesorería general de Buenos Aires, no obstante que la experiencia les ha acreditado que no ha habido letra alguna girada por mí, que no fuese puntualmente pagada á la vista. Preveyendo este apuro, he mandado hace días un oficial á Buenos Aires con el objeto de recibirse de la suma restante hasta el completo de quinientos mil pesos que ese gobierno se ha comprometido para la expedición; más en el entretanto que este caudal es conducido, yo suplico á V. E. con encarecimiento, se digne dar providencia para que se acuda á la Intendencia del ejército con una suma que sea capaz de remediar al menos lo más urgente de sus respectivas atenciones.—Cuartel general en Santiago, diciembre 4 de 1818.—JOSÉ DE SAN MARTÍN.—Exmo. Supremo Director del Estado. —*(Copia autenticada)*.

B

San Martín indica al gobierno argentino el repaso de los Andes

Exmo. señor: Yo me veo en la disgustosa precisión de manifestar á V. E., que el Ejército de los Andes en Chile, está muy próximo á ser disuelto y anonadado por la miseria, de la que siempre son consecuencias seguras, la desmoralización, la relajación de la disciplina y la insubordinación. La relación inclusa del Intendente del ejército persuadirá á V. E. que no son vanos mis temores. Por ella se evidencia que los sueldos que se deben al ejército importan *ciento veinte y nueve mil seis cientos noventa pesos, siete y tres cuartillos reales*, siendo la pensión mantencional precisamente necesaria, y debiendo producir la falta de ellos un tedio y descontento para el servicio. El Estado de Chile se halla en una positiva bancarrota, en una destitución absoluta, y sin recursos ni en la esperanza. Él tiene empeñadas, y aún consumidas, sus rentas del año entrante: paralizada la exportación de sus frutos, ha caido necesariamente en desfallecimiento su comercio, y se ha hecho por consecuencia muy exíguo el monto de su renta, la cual, aún en su opulencia, nunca fué tan cuantiosa que pudiera llenar los gastos públicos de ahora.

Así, en descargo de toda responsabilidad, en cumplimiento de mi obligación y de mi honor, lo represento á V. E. muy respetuosamente, suplicándole quiera considerar el conflicto de mi espíritu á la vista progresiva que hace el ejército á su ruina, estando yo á cargo de él. Y por tanto, no tenga por importuna la insistencia con que le reclamo las cantidades que tengo pedidas, y ese supremo gobierno ha sancionado. Si no es dable este auxilio, salvemos al menos el ejército; repase los Andes en la coyuntura más favorable que pudiera brindar la fortuna para la gloriosa conclusión de nuestra empresa.

Dígnese V. E. contestarme á la más posible brevedad, su determinación segura á este respecto, como lo suplico con el mayor encarecimiento.—Cuartel general en Santiago, diciembre 15 de 1818.—JOSÉ DE SAN MARTÍN.—Exmo. Supremo Director de las Provincias Unidas.—*(Original)*.

Decreto marginal

Buenos Aires, enero 13 de 1819.—Dígasele que ya se han enterado en las cajas trescientos mil pesos, que de ellos se le remiten cien mil en libranzas. Que por los restantes doscientos mil pesos, los busque en aquél Estado como lo hace aquí el gobierno, pero que si no se encontrasen, se le remitirán con su aviso en efectivo corriendo los riesgos que se preven.—*(Rúbrica* del director interino Rondeau)—*Irigoyen.—(Original* del archivo general).

C

San Martín se dirije al gobierno de Chile insistiendo sobre su nota anterior

Exmo. señor: Las necesidades del Ejército Unido van subiendo á punto de propoducir males de difícil reparación. La existencia de la fuerza y de la disciplina es incompatible con la falta de socorro del soldado. El estado adjunto demuestra la deuda líquida del ejército antes de la última revista, y por más rigurosa economía con que se distribuyen los cortos fondos que conduje últimamente de las Provincias Unidas, llegará precisamente el día en que el soldado no tenga que comer, si V. E. con tiempo no se digna prover algún socorro. No se me ocultan los honorables deseos de V. E. y las obligaciones que afligen al erario exhausto en la guerra, pero V. E. conoce igualmente que no puedo prescindir de interesarme fuertemente por la subsistencia de los guerreros que trabajan por la libertad de la América.

Yo espero que el supremo director de Chile tendrá á bien consagrar particular atención á esta súplica en que se envuelven consecuencias del mayor interés á la nación.—Cuartel general en Santiago de Chile, diciembre 17 de 1818.—JOSÉ DE SAN MARTÍN.—Exmo. Supremo Director del Estado.—*(Copia autenticada)*.

D

San Martín insiste ante su gobierno sobre la indicación del repaso de los Andes

Muy reservado.—Exmo. señor: Ya es llegado el caso de

hablar á V. E. con la claridad y respeto debido á un ciudadano que obedece, y desea el bien de su patria.

El Estado de Chile está en una completa bancarrota; su actual administración no es respetada ni amada, y sólo se sostiene por las bayonetas del ejército de los Andes; pero este apoyo desaparecerá por la falta de medios para su subsistencia, en razón de que no hay con que mantenerlo. Mutación alguna en el gobierno de este país no puede hacerse, pues no hay hombre capaz de tomar las riendas del gobierno; sin embargo de lo expuesto, sólo puede mantenerse el orden y seguir los progresos que las favorables circunstancias nos presentan para acabar con el virey de Lima, siendo protejido este ejército con la cantidad que V. E. tuvo á bien asignar para su auxilio; de lo contrario, soy de opinión que V. E. lo mande repasar los Andes, para poderlo utilizar del modo y forma que tenga por conveniente.

La adjunta cuenta que incluyo, hará ver á V. E. la deuda total que este Estado debe al ejército y Provincias Unidas. Por ella calcule V. E. cual será su situación. Sólo su ejemplar disciplina puede hacer se mantenga en orden, pues en los cuatro meses corrientes desde septiembre inclusive, no ha sido auxiliado con un sólo peso, y mucho menos para gastos secretos y extraordinarios de guerra, siendo los primeros tan indispensables, como que, sin relaciones en Lima, nada puede hacerse, siendo estos costosos, y que es necesario echar mano para establecerlas de lo poco que tenemos, aún con preferencia á la subsistencia del soldado.

Los aprestos para la expedición que son precisos é indispensables, no se fomentan por falta de numerario, y por lo que veo, serán irrealizables.

Creo haber cumplido con mi deber en hacer á V. E. esta exposición, tanto por el deseo que me anima del bien y prosperidad de las Provincios Unidas, como en descargo de mi honor.—Cuartel general en Santiago de Chile, diciembre 31 de 1818.—José de San Martín.—Exmo. Supremo Director de las Provincias Unidas del Sud.—*(Libro copiador de correspondencia reservada de San Martín).*

E

San Martín prepara el repaso del ejército de los Andes y consulta al gobierno

Reservado.—Exmo. señor: En descargo de mi responsabilidad, debo hacer presente la verdadera situación del ejército de los Andes, así como la conducta de este gobierno respecto al plan de ataque sobre el Perú.

Con fecha 31 de julio de 1818, pasé á este gobierno la re-

lación que tengo el honor de incluir á V. E. de los aprestos necesarios para la expedición de 6,100 hombres, (que creo indispensables para un buen resultado) y que todos estos artículos debían estar preparados en el término de tres meses.

Desgraciadamente nada se ha hecho, pues á excepción de las tiendas de campaña, las municiones que teníamos construidas, algún armamento que se había comprado á los extranjeros, y tal cual uno ú otro artículo de muy pequeña consideración que han sido conducidos á Valparaíso, como son, un corto número de azadones, palas y sacos de tierra, de lo demás no hay ni la más remota esperanza de que se verifique, no obstante los repetidos oficios que he pasado sobre el particular, y á que no contestan.

Con igual fecha de 31 de julio, hice presente á este gobierno, era menester aumentar la fuerza, en términos, que dejando el país á cubierto de sus atenciones y fermentos de los partidos que en él existen, me quedasen disponibles 6,100 hombres para la expresada expedición. Desde aquella fecha no ha recibido el ejército de los Andes ningun recluta del gobierno, sin embargo que debe tener de baja más de 250 hombres inutilizados en acciones de guerra y cuyos inválidos pedidos en octubre del año pasado, no hay forma de dársele.

Desde el mes de agosto último hasta la fecha, no ha sido auxiliado el ejército de los Andes con un sólo real. La deuda á favor de este ejército es la que incluyo en el presente estado. Calcule V. por él su situación.

El adjunto estado de fuerza impondrá á V. E. el total que existe en este país. Supuesta la feliz conclusión de la campaña, necesita esta, por lo menos por el término de un año, una guarnición de 1,500 hombres. La de esta provincia (Santiago) Coquimbo y Valparaíso, por las facciones que devoran á estos habitantes, 2,500 hombres. Agregue V. E. las bajas que debe tener un ejército por enfermos, etc., y vendrá á reducirse que sólo podrá contarse para la expedición con 3,000 hombres escasos.

Este gobierno en su conducta pública manifiesta una bancarrota total: su administración es odiosa y aborrecida por todos sus habitantes: la apatía, el desgreño, la desconfianza, tanto de él como de sus habitantes respecto al Ejército de los Andes, es demasiado marcada. En fin, Exmo. señor, desde el momento en que la escuadra de este Estado ha tomado la superioridad en el mar Pacífico, se han creido que los brazos del ejército de los Andes no le son ya necesarios, pues se cuentan, y con razón, libres de todo ataque, y su objeto principal es aburrirnos con las miserias con que nos bloquean.

Las circunstancias anteriormente expuestas, me han decidido para no perder el ejército á tomar el partido de acantonarlo en la villa de Santa Rosa, sacándolo de esta capital, el

que se compone de los batallones 7º, 8º y 11; dos escuadrones de Granaderos y el 3er batallón de artillería. Esta situación es muy propia para esperar los resultados de la contestación de V. E., la que espero sea á la mayor brevedad.—Cuartel general en Santiago, enero 12 de 1819.—JOSÉ DE SAN MARTÍN.—Exmo. Sr. Director de las Provincias Unidas del Sud.—(*Original* del libro copiador de San Martín).

San Martín insiste sobre lo mismo ante el enviado argentino en Chile

Muy reservado.—Creo de mi obligación y en descargo de toda responsabilidad, hacer á V. E. presente, que la conducta que observo en este gobierno no es nada adecuada ni al agradecimiento que debía tener al Ejército Unido, ni al plan de operaciones para atacar al enemigo en Lima.

El 31 de julio último pedí á ese gobierno los artículos que incluyo en la adjunta relación: hice ver la necesidad de aumentar el ejército hasta un número tal que pudiese quedar en seguridad el país, y estar disponibles 6,100 hombres para la expresada expedición. Nada de esto se ha hecho, y no hay la más remota esperanza de que se verifique. Por otra parte, no contesta las peticiones que se le hacen, no toma medidas para dar un sólo recluta, como no se ha verificado en cuatro meses: en igual tiempo no ha sido socorrido con un sólo real el Ejército de los Andes por este Estado: nada se trabaja en la maestranza, ni ningún pedido que hace el ejército se le concede. En fin, la conducta de este gobierno está manifiestamente clara de que su objeto es, no sólo que no se verifique la expedición proyectada, sinó el de desprenderse del ejército de los Andes, poniéndonos en un estado de desesperación tal, que tengamos que pasar la cordillera ó comprometernos en disgustos de la mayor trascendencia.

He creído deber hacer presente á V. E. estas circunstancias como representante de las Provincias Unidas; en inteligencia que, con igual data lo verifico á nuestro gobierno para que en su vista disponga lo que sea de su agrado.—Cuartel general en Santiago, enero 12 de 1819.—JOSÉ DE SAN MARTÍN.—Sr. Coronel D. Tomás Guido, diputado del Supremo Gobierno de las Provincias Unidas cerca de Chile.

F

Segunda nota de San Martín al gobierno sobre el mismo tópico, repitiendo lo dicho con más desarrollo, exponiendo sus planes y haciendo su renuncia.

Reservado.—Exmo. señor: En fecha 31 de julio pasé á este gobierno la relación de los aprestos necesarios para una expedición de 6,100 hombres (número preciso para que esta tuviera buenos resultados), y que estos pedidos debían estar prontos en tres meses.

Desgraciadamente, puede decirse que nada se ha hecho, pues á excepción de las tiendas de campaña, algún armamento, las municiones que teníamos antiguamente construidas, algunas azadas, palas y sacos de tierra, de lo demás no hay la menor esperanza de que se realice á pesar de mis repetidos oficios, por la falta de numerario.

Con igual fecha de 31 de julio del año pasado, hice presente á este gobierno era necesario aumentar la fuerza, en términos tales, que dejando el país á cubierto de sus atenciones y fermentos de los partidos que en él existen, me quedasen disponibles 6,100 hombres para la expresada expedición.

Desde aquella fecha no ha recibido el ejército de los Andes ningún recluta de aumento, y á más, tiene que sufrir la baja de 250 hombres inutilizados en acciones de guerra, y cuyos inválidos pedidos en octubre pasado aún no se han dado.

La fuerza total se manifiesta por el adjunto documento. Supuesta la feliz conclusión de la campaña del sud, la provincia de Concepción necesita lo menos por el término de un año, una guarnición de 1,500 hombres para su tranquilidad y orden, pues la mayor parte es enemiga del sistema. En esta capital, la provincia de Coquimbo y guarnición de Valparaíso, son indispensables para su seguridad, en razón de las facciones y demás atenciones precisas para su guarnición, como puertos marítimos, 2,500 hombres. Agregue V. E. las bajas que debe tener un ejército, y vendrá á reducirse, que sólo puede contarse con tres mil hombres disponibles para la expedición. Esta fuerza no puede emprender ningún ataque formal sobre ningún punto del Perú, ni menos sobre la capital de Lima: lo más que podrá hacer, será reducir sus operaciones (prévia la destrucción de la escuadra enemiga, que no dudo se verificará), á desembarcos parciales sobre los puertos intermedios, Arequipa, Pisco, Guayaquil, Panamá y otros varios puntos: con esta operación, se pueden suscitar sublevaciones, quitar recursos al enemigo, y que este ejército y escuadra viva sobre las costas del mar Pacífico.

Al antecesor de V. E. hice presente que, estaba dispuesto á encargarme de la expedición sobre el Perú (no obstante el mal estado de mi salud), con los auxilios que debía facilitarme y que V. E. debe tener conocimiento: estos no se han verificado: los que debía proporcionarme este gobierno, tanto en el número de fuerza que creo necesaria como en los artículos pedidos, tampoco se han proporcionado ni pueden proporcionarse por la escasez de numerario. En esta atención no creo que mi persona sea tan interesante, supuesto que el plan proyectado varia enteramente, y que la tal cual opinión que he adquirido en razón de las circunstancias favorables que la casualidad me ha proporcionado en mis campañas, sólo podría ser útil para expedición formal, pero no para la especie de hosti-

lidades que anteriormente he propuesto, y que son las únicas que deben adoptarse. En estas circunstancias, y en las de que absolutamente mi salud no puede soportar los trabajos de una campaña dilatada, suplico y pido á V. E. se sirva concederme una licencia para pasar á Mendoza á fin de reponerme de mis males, en el supuesto de que mi vida peligra si así no lo hago. El señor general Balcarce puede desempeñar mi encargo á satisfacción de ambos gobiernos, cuyos servicios y conocimientos son demasiado conocidos de V. E., y según el plan de operaciones que las circuustancias permiten, y consiguiente á ellas le dejaré mis instrucciones.

V. E. esté persuadido, que el partido que tomo, no es hijo del comprometimiento público en que me hallo, y aunque conozca que los ojos de la Europa y de la América están pendientes sobre mí, y sin duda alguna creerán que la inacción de las fuerzas que mando no es efecto de la falta de auxilios, tanto de ese gobierno como del de Chile, que no se me suministran, sabría sacrificar mi misma reputación por la felicidad del país; pero el convencimiento en que estoy, tanto por el dictámen de los facultativos que me asisten como por mí mismo, debo decir á V. E. que me es absolutamente imposible continuar con el mando del ejército sin que mi muerte sea muy próxima. En esta inteligencia, si V. E. no accede á la licencia que pido, le pido con el mayor respeto y veneración, se sirva concederme mi licencia absoluta, la que creo no se me podrá negar en justicia.—Cuartel general en Santiago de Chile, enero 14 de 1819.—JOSÉ DE SAN MARTÍN.—Exmo. Supremo Director de las Provincias Unidas del Sud.—*(Libro copiador de San Martín).*

G

Nota de San Martín al gobierno comunicándole su correspondencia con el de Chile en que pide explicaciones á la falta de cumplimiento de este en lo relativo á la expedición del Perú, y aconsejando el repaso de los Andes.

Exmo. señor: No hay respeto humano que deba guardarse cuando se trata de la seguridad y libertad americana.

El adjunto oficio que con el Nº 1º tengo el honor de pasar á manos de V. E. le impondrá de la necesidad en que me he visto de pedir explicaciones á este gobierno. Por el Nº 2 verá V. E. su contestación: por ella podrá juzgar cuál será el punto de vista que se presenta en el día á la tan decantada expedición al Perú.

Está visto, que la conducta que observo en este gobierno es la de no hacer el menor esfuerzo para que se realice dicha expedición, no digo de los seis mil hombres pedidos, pero ni aún de otro plan que podría realizarse con tres mil, cual era el

de incomodar las dilatadas posesiones del Pacífico que están en poder de los enemigos, imponiendo contribuciones, y viviendo sobre el país que ellos ocupan, tanto la fuerza indicada como la escuadra; pero á nada se accede. Todo el objeto es que las Provincias Unidas costeen la expedición, aunque sea en el último caso. Lo demostraré.

Los víveres pedidos por mí en 31 de julio del año pasado, que deben subir por lo menos á 10 mil quintales de galleta, y 7 mil de carne salada, artículos abundantes en este país, pero que se necesita un dilatado tiempo para su confección, y que aún sin dinero se pueden recolectar. Estos, y los necesarios para la subsistencia del ejército expedicionario, no se ha dado un sólo paso para su apronte. Los buques de trasporte que debían alistarse, y que en la mayor parte podían suplirse con las cinco fragatas del convoy español apresado, y otros que tiene el Estado, se han puesto carteles públicos para su venta. He reclamado sobre esta providencia oficialmente, y aunque se me ha contestado se suspenderá su venta, sé con toda evidencia, que á estos buques se les ha sacado su velámen, botes y la mayor parte de sus enseres, dejándolos en un estado de absoluta inutilidad, en términos de necesitarse en el día más de 100 mil pesos para reemplazar las faltas que tienen. La maestranza que debía suministrar lo necesario para el objeto propuesto, ha despedido la mayor parte de sus trabajadores, porque no se la auxilia para su pago, ni compra de los útiles que se necesitan. En fin, la adjunta lista del comandante de artillería que he nombrado para la expedición, impondrá á V. E. de todos los artículos que hasta el día se han acopiado para ella, y esto, á fuerza de repetidas notas al gobierno. Cotege V. E. los aprestos hechos en los seis meses con los que tengo pedidos y cuya relación tengo remitida á V. E. y calculará si podrá ó nó realizarse.

Parta V. E. del principio, que en Chile no se hace la expedición (tal es mi sentir). Si V. E. por sus miras políticas quiere estacionar el Ejército de los Andes en este Estado, es necesario lo mantenga, pues de lo contrario se disuelve. Todas las cantidades que desde agosto se han tomado por cuenta de ese Estado para la expedición, han sido invertidas en el preciso alimento del ejército. Cinco meses hace que no se le dá un sólo cuartillo. En vano son reclamaciones: sordo el gobierno á las necesidades que nos afligen, ni aún contesta á muchas de ellas. La armonía que creo tan necesaria para la felicidad de la América, me ha hecho guardar la mayor moderación, y no recurrir á medios violentos que comprometiesen á ambos Estados.

La resolución que tenia V. E. en atender á lo expuesto, es de necesidad sea sin perder un sólo momento, pues aún así no será fácil se puedan repasar los Andes (en caso que V. E.

se decida por este partido), pues no quedando cordillera abierta sino hasta mediados de abril, es muy difícil puedan repasarla el batallón 1º de cazadores, los Granaderos á caballo y la artillería que tenemos en la provincia de Concepción.

En vista de lo expuesto, y en descargo de mi honor y toda responsabilidad, he creido deber hacer presente á V. E. estos detalles, para que resuelva lo que sea de su supremo agrado. —Cuartel general en Curimón de la villa de los Andes, enero 28 de 1819.—JOSÉ DE SAN MARTÍN.—Exmo. Supremo Director de las Provincias Unidas.—*(Original)*.

H

Carta confidencial de San Martín al director Rondeau, ampliando las comunicaciones anteriores

Sr. D. José Rondeau.—Acantonamiento en Aconcagua, enero 28 de 1819.—Mi amigo amado: Ahí van esos manuscritos (1) que ellos impondrán á V. de todo.

Por este país, ó por lo menos interin dure el desórden en que se se halla, no hay esperanza alguna de que se realice la expedición. Todo es desgracia, y lo más sensible es que, la opinión pública no tiene un sujeto en quien fijarse.

La situación en que nos hallamos después de tan repetidas victorias, es cada vez más crítica. Si el Ejército se estaciona en esta, es de necesidad que ese Estado lo pague, pues en este no hay esperanzas que lo verifiquen. Si V. lo manda repasar los Andes, debe necesariamente padecer una considerable deserción, por ser la mayor parte de él compuesto de chilenos. Si V. decide por que marche á las Provincias Unidas, estoy seguro que al mes se ha introducido la anarquía en todo el reino, pues lo que lo contiene son las tropas de las Provincias Unidas. En fin, en estas críticas circunstancias, V. verá lo que tiene que hacer; pero en caso de que V. se decida por la de que pasemos los Andes, es preciso que valga el pretexto de alguna expedición española que se dispone á invadir á esa capital, pues de este modo se concilia todo mejor.

Lo preciso es, que la decisión de este negocio sea sin perder un sólo momento, pues de lo contrario la cordillera se cierra y para nada da tiempo.

Conozco los males que van á resultar de la separación del Ejército de este país: 1º por el desórden que se va á introducir en él, y 2º que Pezuela, sabiendo que ya no puede temer, podrá dar dirección con perjuicio de la causa á más de siete

---

(1) Se refiere á su correspondencia con el gobierno de Chile sobre la proyectada expedición al Perú, que va inserta en este Apéndice.

mil hombres que ha reunido en Lima, bien sea disminuyendo la fuerza para aliviar sus gastos (y me consta lo tienen en un estado de desesperación) ó bien haciéndolos obrar activamente contra nosotros.

Á toda precaución digo á Balcarce, que si con las tropas que tiene Chile en el ejército del Sud, puede quedar la provincia de Concepción en tranquilidad, y sin temor de invasión enemiga, retire á Talca los cuerpos pertenecientes al Exto. de los Andes, dejándolos encargados al mando de Alvarado, y en disposición de unirse con el Ejército de los Andes que se halla acantonado en esta, hasta saber la disposición de V., y que él venga á recibirse del mando de todo, en consecuencia de que espero por momentos la licencia que tengo á V. pedida.

Cuidado con reservar todo esto al diputado de Chile.

En este cantón sigue el ejército en orden y buena disciplina; lo mismo dice Balcarce de las tropas de los Andes que se hallan en el Sud.

Ruego á V. que su contestación sea lo más breve posible. Queda como siempre su amigo verdadero—JOSÉ DE SAN MARTÍN.—*(Copia autenticada por San Martín).*

I

Nota de San Martín al gobierno de Chile pidiendo explicaciones sobre la morosidad de los aprestos de la expedición al Perú á que se hace referencia en la anterior. (Anexo Nº 1º).

Exmo. señor: No podría responder á la confianza que V. E. ha hecho poniendo el ejército de este Estado bajo mi mando. Yo soy responsable á V. E. y á la nación chilena de mis operaciones.

Los ojos de la América, ó por mejor decir, los del mundo, están pendientes sobre la decisión de la presente contienda con los españoles, respecto á la expedición del Perú. Todos aguardan sus resultados, y saben que el general San Martín es quien está nombrado para decidirlo.

Tengo que hablar á V. E. como á un caballero, por que conozco lo es por todos títulos, así como lo hago al gobierno de las Provincias Unidas con igual fecha. Ante la causa de la América, está mi honor: yo no tendré patria sin él, y no puedo sacrificar don tan precioso por cuanto existe en la tierra. Hablo á V. E. con el mayor respeto, pero con la franqueza que en mi situación estoy seguro lo haría V. E.

En 31 de julio último, pasé á V. E. una nota desde Mendoza de los artículos necesarios para una expedición al Perú. Hasta ahora no ha podido realizarse sinó en muy cortos artículos, como son, alguna parte de las municiones, alguna idem de armamento, las tiendas de campaña, y algunos picos, azadas y

palas. Estoy penetrado de las escaceses que afligen al Estado, y de que V. E. hace todos los esfuerzos imaginables para remediarlo; pero esto no salva mi responsabilidad pública.

Tengo dicho á V. E., que para esperar un suceso favorable de la expedición, se necesitan 6,100 hombres. V. E. tiene á la vista el estado de fuerza del presente mes del Ejército Unido.

Supuesta como creo la feliz terminación de la campaña de Concepción, necesita esa provincia una guarnición para establecer el orden en ella, guarnecer á Talcahuano y frontera, y contener los indios. A la provincia de Coquimbo, Valparaíso y esta capital, les son necesarias algunas fuerzas para mantener el respeto y apagar las facciones de los díscolos. V. E. podrá calcular el número preciso, y decirme con que fuerzas disponibles puedo contar para el plan acordado con V. E. Si estas no llegan al número de seis mil hombres, que calculo indispensables, deberá necesariamente adoptarse otro plan de operaciones más subalterno.

Espero que V. E. tenga la bondad de decirme, si este Estado se halla en disposición de aprontarme los efectos que tengo pedidos, y en que tiempo; en inteligencia que, por la morosidad que veo en los trabajas de maestranza, es imposible si no se la auxilia eficazmente, sean realizables en tiempo alguno.

V. E. tendrá la bondad de dispensar me tome la libertad de pedirle estas explicaciones, que no tienen otro objeto que la felicidad de la causa de América, y poner á cubierto mi honor y crédito.—Santiago de Chile, enero 16 de 1819.—JOSÉ DE SAN MARTÍN.—Exmo. Supremo Director del Estado.—*(Copia auténtica)*.

J

Contestación del director O'Higgins á la anterior, dando las explicaciones pedidas. (Anexo Nº 2)

Exmo. señor: El oficio de V. E. del 16 en que pide explicaciones á este gobierno sobre el verificativo de la expedición de armas que ha de dirijirse al Perú, presenta el asunto más grave y del interes más directo para la causa de la revolución. Él es el único plan que solidará la Independencia, terminando felizmente una guerra que en sí misma envuelve los principios de la disolución del Estado, ó por la falencia de todos los recursos á que precisamente su duración ha de reducirnos, ó por las naturales vicisitudes de las armas. Pero siendo este un asunto á toda luz incontrovertible, sólo queda la cuestión de si puede Chile, sin más auxilio que sus propios recursos, realizar la expedición. Nadie ignora que debe decidirse por la negativa.

V. E. así lo está palpando. El gobierno lo conoce muy á su pesar, y con no menos sentimiento lo demostrará ligeramente.

Necesita V. E. para la expedición un grueso de siete mil hombres, á fin de que, rebatida una cuarta parte, cuando menos por la baja natural que sufre todo ejército, quede un resto formable, capaz de batir con probabilidad al enemigo, y lograr el éxito de la empresa. Por otra parte, Chile debe quedar guarnecido con tres mil soldados para conservar su actitud imperante contra las maquinaciones de los anarquistas. También son indispensables grandes sumas de armamento, municiones de guerra, bajeles de guerra y de trasporte, y otra multitud de artículos de toda especie para el uso y los repuestos, si se ha de convenir en que, el país adonde se va ha hacer la guerra nada ofrece de pronto, y que en caso de un contraste, todo debe ir preparado para una retirada, ó para seguir el plan que dicten las circunstancias, el cual, sea el que fuere, siempre ha de desenvolverse á nuestra costa.

Ahora, pues, hasta aquí sólo tenemos siete mil soldados, algún armamento y municiones, algunos útiles de parque, armería y maestranza, y hospitales y víveres de toda especie que puede dar el país, y suficientes buques de guerra, pero no los trasportes necesarios.

En este concepto, es indispensable aumentar las tropas y proporcionalmente todos los aprestos que se estimen precisos para realizar la expedición. Pero ¿cómo entrar en esta obra que pide erogaciones, cuando absolutamente no tenemos dinero? Supóngase que para adquirirlos nada se dispensa, y que se realizan los últimos arbitrios; aún así, nada conseguiríamos y quedaría siempre un inmenso vacío que no alcanzan á llenar los conatos ni la sangre misma de todos los chilenos. Aún las fuerzas con que contamos hoy, están al borde de desaparecer por falta de numerario. Una ligera ojeada sobre los fondos del país demostrará la terrible verdad de esta aserción.

Reducidos los ingresos de Chile á poco más de un millón anual de pesos, producto de la amonedación y de su limitado tráfico mercante, era indispensable arruinar á todo capitalista para ocurrir á los dispendios enormes de una guerra de seis años, cuya duración, habiendo presentado épocas favorables á nuestros enemigos, también les dió ocasión de cebar á la vez su voraz rapacidad en las casi arruinadas fortunas de todos los chilenos; de una guerra que ha tenido separado de la metrópoli la mitad del territorio nacional; que ha causado la ruina de provincias enteras, provocando espantosas y repetidas emigraciones, alimentándose á costa del país mismo respecto de ambos partidos beligerantes, y que ha arruinado el comercio, la industria y la minería; de una guerra en fin, para cuyo fomento el numerario del país ha pasado rápidamente á manos del extranjero por medio del comercio libre, arbitrio por ahora

destructor de nuestras fortunas, pero también el único que podía darnos los elementos para crear y mantener nuestros ejércitos y escuadra.

De todo ha derivado la parálisis que infelizmente se observa en la circulación, el estado de quiebra y nulidad á que se ven reducidos los fondos públicos, y la casi impotencia del gobierno para repararla. V. E. mismo ha cooperado con esta autoridad á tocar los extremos de la economía. Se ha bajado al ejército y á todo empleado político y civil el tercio de su paga mensual. Se ha suspendido pagar por seis meses la deuda atrasada del ejército y la de todos los acreedores del fisco. Se han tentado mil otros recursos, pero nada de esto es suficiente á hacer aparecer el metálico de que realmente carecemos. Los fondos de la casa de Moneda en una total ruina, empeñados los ingresos de la aduana por cerca de un año, agotadas todas las demás tesorerías, han desaparecido de contado los mejores canales que alimentaban el erario público.

En esta aptitud y en la necesidad absoluta de realizar la expedición al Perú, no queda ya otro medio que buscar fuera de Chile seis cientos mil pesos, con los cuales todo será vencido y muy pronto realizado el plan. Si V. E. aún puede proporcionarse esta adquisición, nada habrá entonces que este gobierno no allane por su parte para llevar á cabo una obra cuyo desenlace tiene en suspenso la suerte de la América, empeñado el honor del gobierno y de V. E., y hacia el cual fijan sus ojos todas las naciones.—Santiago de Chile, enero 20 de 1819.—*Bernardo O'Higgins.*—Exmo. Sr. Capitán Gral. en Gefe de los Extos. Unidos.—*(Copia auténtica).*

K

San Martín consulta al gobierno si debe ó nó sostener con la fuerza de su ejército al gobierno de Chile en caso que se tratase de cambiarlo

Reservadísimo.—Exmo. señor: En el caso de que este Estado tratase de mudar la actual administración, dígame V. E. cual es la conducta que debo observar, es decir, si sostener con la fuerza de los Andes á este gobierno ó mantenerme neutral á las oscilaciones que puedan ocurrir. Ruego á V. E. que su contestación sea dirigida, bien á mí, ó al que me sustituya, por una persona de la mayor confianza. Chile queda en completa tranquilidad, y esté seguro V. E. que así permanecerá interin el Ejército de los Andes permanezca en el país.—Cuartel general en Curimón, enero 28 de 1819.—José de San Martín.—Exmo. Supremo Director de las Provincias Unidas del Sud.—*(Copia auténtica).*

L

San Martín comunica á su gobierno el plan supletorio de campaña presentado al gobierno de Chile, caso de no realizarse expedición formal al Perú.

Reservado.—Exmo. señor: Tengo el honor de adjuntar á V. E. el plan que con igual data he remitido al gobierno de este Estado, para ver si lo apoya. Yo creo, que en las circunstancias en que nos hallamos, no hay otro partido que tomar. La contestación que reciba, la comunicaré inmediatamente á V. E. Estoy persuadido que en caso de aprobarse, nadie lo podría desempeñar mejor que el brigadier don Antonio Balcarce. De este modo se concilia el bien de la causa con el de la licencia que tengo á V. E. pedida para reparar mi salud quebrantada, la que me pone en un estado de no poder continuar en una campaña tan activa como esta.—Cuartel general en Curimón, enero 30 de 1819.—José de San Martín.—Exmo. Supremo Director de las Provincias Unidas del Sud.—*(Copia auténtica).*

Plan adjunto á que se hace referencia

Proyecto para una expedición de 2,500 á 3,000 hombres.—Concluida la campaña de Concepción felizmente, puede ya decirse concluida por los sucesos favorables de nuestro ejército del sud, creo que á las fuerzas del Ejército Unido puede dárseles una dirección conveniente á los intereses comunes de la América y bien particular del Estado de Chile.

Para atacar á Lima ó bien penetrar hasta el corazón del Cuzco, me ratifico que son necesarios los 6,100 hombres, que tengo pedidos en mi nota de 31 de julio. Desgraciadamente las rentas de este Estado y las de las Provincias Unidas, se hallan sin fondos para costear las adyacencias necesarias para una expedición de tal tamaño. Ya está demasiado visto que es irrealizable, y de consiguiente, no debemos mantenernos con ilusiones, sinó con hechos.

El Ejército Unido, su total fuerza se compone de 7 mil y pico de hombres. Á la provincia de Concepción le son necesarios para mantener la tranquilidad de ella y guardar su frontera, 1,500 por el término de un año. Á la capital y Valparaíso, les son precisos 2,000, con tanto más motivo cuanto que las facciones y los alteradores del orden trabajan incesantemente por destruirlo. Coquimbo no puede pasar sin 500, pues me consta hay hombres ambiciosos, y algunos de ellos emprendedores, que como es tan distante de la capital podrían hacer un movimiento, bien sea por el prurito de federación, ó bien por el de su partido.

De lo expuesto resulta: que Chile puede contar con un sobrante de *tres mil* hombres, que empleados útilmente en hostilizar al enemigo, resultan las ventajas siguientes: 1º La de aliviarse el Estado de los sueldos y gastos de esta fuerza y de la marina. 2º Quitar al enemigo sus recursos. 3º Tenerlos siempre en alarma, para que las crecidas fuerzas que ha reunido en Lima no las ocupe útilmente contra nosotros, y se destruya con los gastos que indispensablemente debe hacer en ellas.

La expedición que propongo, debe costar la quinta ó sexta parte del valor de la de 6,100 hombres primeramente propuesta. Como el objeto de esta no es otro que el hacer, digámoslo así, una guerra de partidarios, no necesita ni la cuarta parte de los aprestos y demás pedidos que se hicieron. En una palabra, víveres, municiones y armamentos, artículos todos que tiene este Estado en su mismo seno, son los precisos para este nuevo proyecto.

El parque para esta expedición se compondrá simplemente de dos cañones de á 8, de 4 de batalla de á 4, de 4 idem de montaña y dos obuses de 6 pulgadas, cada pieza dotada de 500 tiros con 1,500 fusiles de repuesto, además 8 armeros, 4 maestros de montajes, 2 herreros, en fin, una muy pequeña maestranza puramente de recomposición. Víveres para cinco meses, pues estos deben ser reemplazados en los puertos de desembarque. Hospital: 4 facultativos con botiquines surtidos con sus correspondientes practicantes. Por último, alguna pólvora de cañón y de fusil suelta, y otras frioleras que todas pueden aprontarse con muy corto numerario en el término de mes y medio á más tardar.

Esta expedición no deberá salir de Chile hasta tanto las fuerzas marítimas de Lima no hayan sido destruidas por nuestra escuadra. De esto resulta: 1º no exponer las tropas á los incidentes de un combate naval. 2º que no teniendo nada que temer por mar, la escuadra de guerra de este Estado puede conducir á su bordo un número crecido de tropas, ahorrándose por este medio los gastos de trasportes. Para evitar estos gastos, es indispensable habilitar inmediatamente las cinco fragatas apresadas últimamente, que con otras dos ó tres más que creo tiene el Estado, y los buques de nuestra escuadra, me parece son suficientes para el trasporte de esta expedición.

El objeto de esta expedición será el de hacer desembarcos en los diferentes puertos del Pacífico: llamar por medio de ellos la atención del enemigo: fatigarlos con las marchas que deben hacer: imponer contribuciones, con particularidad á los enemigos de la causa y á los españoles europeos: fomentar la insurrección, suministrando al efecto algún armamento y municiones: no comprometer absolutamente acción alguna que

no sea decisiva: reembarcarse en el momento de poder ser atacados, para ir á atacar otro punto indefenso.

Este plan, bien ejecutado, pondrá en consternación al virey de Lima, hará retirar el ejército que manda La Serna; le quitará los recursos al virey, se comprometerán los pueblos y los hombres, y necesariamente los resultados deben ser muy ventajosos.

A costa de muy pequeños esfuerzos me parece que este plan, aunque en bosquejo, y que puedo explanarlo más, es realizable si se hace un cortísimo esfuerzo.

Los deseos que me animan no son otros que los del bien y prosperidad de la América.—Curimón, enero 29 de 1819.—San Martín.—*(Copia auténtica).*

M

El gobierno previene á San Martín en contestación á sus anteriores comunicaciones, suspenda todo procedimiento sobre el repaso consultado, hasta recibir órdenes.

Leída por la Superioridad la nota reservada de V. E. de 14 del ppdo., é impuesta de los diversos puntos que la misma abraza, cree oportuno S. S. detener su contestación hasta que un más reflexivo exámen de las materias que comprende, permitan al gobierno dar una clara solución á ellas, según su importancia lo demanda. Entre tanto, y mientras la supremacia contraida á las mismas pone todo su conato en satisfacerlas con la prontitud mayor que sus altas atenciones le permitan, espera el gobierno no hará V. S. novedad alguna en el Ejército Unido de su mando hasta expresarle su superior resolución, teniendo de la misma el honor de hacerlo presente á V. E. en respuesta á su oficio arriba citado.—Buenos Aires, febrero 13 de 1819.—*Matias de Irigoyen.*—Exmo. Sr. Capitán Gral. D. José de San Martín.—*(Original).*

El gobierno contestando las últimas notas de San Martín le ordena proceda al repaso con motivo de la expedición española que se anuncia

Reservadísimo.—Teniéndose á la vista el oficio reservado de V. E. de 14 de enero último, se ha recibido el muy reservado de 27 del mismo con los tres documentos de su referencia, todo relativo á los grandes obstáculos que contradicen la proyectada expedición al Perú. En otras circunstancias habrían sido ciertamente muy sensibles á la Superioridad tales escollos; más en las actuales el acaso los hace tal vez agradables por la fuerte necesidad en que nos constituye el próximo arribo de los mercenarios españoles que se preparan ejecutivamente en número de más de diez y ocho mil á invadir nuestro territorio. Este esfuerzo peninsular es el máximo y último

que puede hacer Fernando, y nosotros debemos también oponerle el máximo de nuestras fuerzas en el concepto de que es forzosamente la decisiva de nuestra gloria ú oprobio eterno.

Como todas las noticias ulteriores á la fecha en que por extraordinario se comunicó á V. E. esta ocurrencia recibida por varios conductos son conformes, y prueban hasta la evidencia la realización del proyecto español, y que este punto es el que han elegido para teatro de su bárbara ferocidad, ha dictado el gobierno sin pérdida de momentos las providencias que el caso demanda, y aunque nuestros compatriotas se presten gustosos á toda clase de sacrificios y desean con ansia el momento de emplear sus personas al frente del enemigo, reclaman de la Supremacia la presencia del bravo Ejército del mando de V. E., y el Sr. Director del Estado no ha podido dejar de concederles esta gracia, bien persuadido de que obtenida la victoria, como es de esperarse de la bizarría de nuestros soldados, será muy fácil expeler después de toda la América el resto de los vándalos que la profanan: el caso es imperioso y por sí mismo se recomienda á V. E.

En este concepto, pues, quiere el Gobierno y me ordena diga á V. E. que desde el momento en que reciba y quede impuesto de la suprema orden, se predisponga á repasar y repase efectivamente la cordillera con las esforzadas legiones de su mando, parque y demás relativo á ellas, cuidando mucho de traer consigo todo el tren de artillería y municiones que sea posible, en la inteligencia de que aquí se carece de la necesaria por la mucha que ha sido preciso emplear en los ejércitos y demás, no siendo fácil ni asequible por ahora su reposición, así por falta de numerario como por no haber donde comprarla, sin perjuicio de que V. E. cuidará muy eficazmente de engrosar y aumentar las legiones con la mayor fuerza que sea posible, y con todas ellas y demás aprestos, especialmente la artillería de los calibres más precisos, se situará en la ciudad de Mendoza, adonde se le dirigirán las órdenes convenientes.

El Gobierno Supremo de las Provincias Unidas recomienda altamente á la consideración de V. E. las circunstancias que impulsan esta resolución, y esperando de su celo, conocimientos militares y demás virtudes que le caracterizan el puntual desempeño de ellas y demás que al intento estime convenientes, me ordena lo avise, como tengo el honor de hacerlo en contestación.—Buenos Aires, febrero 27 de 1819.—*Matías de Irigoyen.*—Exmo. Sr. Capitán Gral. D. José de San Martín.—*(Original).*

(Segunda série)

CORRESPONDENCIA CON EL GOBIERNO DE CHILE

AA

El gobierno argentino comunica á San Martín su nota al gobierno de Chile sobre el repaso de los Andes, dando por causal el anuncio de una expedición española al Río de la Plata.

Exmo. señor: Por disposición suprema tengo el honor de adjuntar á V. E. para su conocimiento, copia certificada de la comunicación que con esta fecha se ha dirigido al Director Supremo del Estado de Chile.—Buenos Aires, marzo 1º de 1819.—*Matías de Irigoyen.*—Exmo. Sr. Capitán D. José de San Martín.—*(Original).*

Nota al gobierno de Chile comunicando el repaso y pidiéndole auxilios

Exmo. señor: Las noticias tan repetidas como contestes sobre el apresto y destino de una expedición española al Río de la Plata, aunque con alguna variedad en el número de tropas, llaman muy sériamente nuestra atención al objeto de disponer nuestra defensa, tanto más cuanto que, despreciada por el rey Fernando la mediación que él mismo había invocado de los grandes poderes y en el empeño de detener nuestras glorias, ha de hacer sobre nosotros los más extraordinarios esfuerzos, empleando simultáneamente todos los arbitrios de la política, y los últimos recursos de las armas. Así es que, aunque nos hallásemos en actitud de prover de los fondos necesarios á la empresa combinada contra el virey de Lima, el peligro que corre la libertad de ambos Estados en su propio territorio nos aconsejaría que diésemos de mano á aquél espinoso proyecto, librando á otra ocasión ó á otros medios las esperanzas de realizarlo. Más concurriendo en la actualidad las circunstancias de no poder emprender sobre Lima por falta absoluta de fondos, la necesidad en que íbamos á vernos de estacionar los ejércitos en el territorio de ese Estado, pasando por el rubor de confesar nuestra impotencia de ulteriores progresos, corriendo los riesgos de la inacción, y los inconvenientes que arrastraría una fuerza extraña en el seno de un país alarmado con los celos por la sugestión de genios malignos, parece que la providencia hubiese tomado á su cargo el salvarnos de tantos conflictos, inspirando al rey español el pensamiento de enviar contra estas provincias un ejército. Á consecuencia de estos principios he determinado, después del más serio exámen y detenido acuerdo, que el Ejército de

los Andes se ponga inmediatamente en marcha á estas provincias, librando las órdenes convenientes al General, para que aproveche á toda costa el corto tiempo que concede la estación para el tránsito de la cordillera.

Pero como desgraciadamente la fuerza que compone dicho ejército es muy inferior al tamaño de nuestro peligro, y estando cubierto ese reino de sus enemigos exteriores con la escuadra, el mayor de los riesgos consistiría en que nosotros fuésemos vencidos, parece llegado el caso de que V. E. quiera por su propio interés y por su gloria, aunque no se recuerden otros títulos, auxiliar á este Estado con alguna tropa de línea, en términos que unidas ambas fuerzas compongan el número de cinco mil veteranos. Considere V. E. que libre el virey Pezuela del peligro que le amenazaba la proyectada expedición, empleará las tropas que había reunido en la capital, para engrosar el ejército de La Serna y hacerlo obrar sobre nuestras provincias para distraer nuestra atención del ejército expedicionario de la Península; y que si por falta de fuerzas dejamos mal seguros los extremos por donde deberemos ser atacados, dividiendo nuestras escasas tropas, casi debe tenerse por cierta nuestra disolución, á que sería consecuente la de ese reino. Yo bien veo que á V. E. se le ofrecerán graves dificultades para decretar este auxilio, pero si V. E. y el entusiasmo de esos pueblos no se deciden á vencerlas, después de tan grandes sacrificios nada habremos hecho sino consignarlos á nuestra ruina.

Piense V. E. lo que van á decir de Chile las naciones si el resultado les acredita la indiferencia con que se miran nuestros conflictos, ya que en casos tan críticos no se hace verosímil la falta de poder con que se arguye la de voluntad. Reflexione V. E. que el honor de ese Estado se halla empeñado en manifestar su buena correspondencia á nuestros servicios, y que la conservación del honor vale tanto como la mitad de su fuerza. No quiera el cielo que V. E. no halle camino de socorrernos, y que la alta barrera que nos divide por la naturaleza del territorio, no vaya á hacerse mayor en el ánimo de estos pueblos por el desconsuelo que experimentan al ver defraudadas sus esperanzas. Existiendo en ese reino nuestras tropas y atribuyéndoles una gran parte de influjo en la administración, parece natural que ciudadanos bien nacidos no se sintiesen con vigor para dar testimonios dignos de su glória, cuando podrían atribuirse á la influencia de un poder extraño; pero cuando van á desaparecer los pretextos de tan siniestras interpretaciones, los ciudadanos chilenos imprimirían una nota funesta á su carácter nacional, si después de haberlos ayudado nosotros á reconquistar su patria, nos dejasen solos con nuestros peligros cuando imploramos sus socorros para defensa de la nuestra.

Yo creo hasta haber agraviado á V. E. manifestando tanto empeño en alentar á V. E. y á ese Estado á esfuerzos propios de su gloria, y para los que sólo basta el noble instinto de sus generosos sentimientos: así es que, tomo por mejor partido abandonarme á ellos, esperando que V. E. cumplirá los votos de estos pueblos y los deberes de su fama.—Buenos Aires, marzo 1º de 1819.—*Juan Martín de Pueyrredón*.—Exmo. Sr. Director del Estado de Chile, Brigadier General D. Bernardo O'Higgins.—Es copia: *Tagle.—(Copia auténtica)*.

BB

Contestación del gobierno de Chile al argentino

(Extracto)—Marzo 20 de 1819.—El Director O'Higgins hace reflexiones sobre el repaso del Ejército de los Andes, adjunta el dictámen del Senado de conformidad en cuanto á los auxilios pedidos, y dice: «La aflicción ha sido general en el momento en que se ha trascendido la noticia de la partida del Ejército, lo que prueba no sólo, que todos ansian porque se verifique la expedición á Lima, como el único medio de asegurar la libertad de ambos Estados, sino que se miran á los individuos de ese ejército sin los celos que han hecho creer á V. E.» (Doc. del Arch. Gral. *Original)*.

CC

Réplica del gobierno argentino

(Extracto)—Abril 9 de 1819.—El director Pueyrredón al director O'Higgins, le dice: «Le ha sido sensible el entorpecimiento de los grandes proyectos á que estaba destinado el Ejército Unido, y en obsequio de ellos, sin perjuicio de pasar la cordillera parte del ejército de los Andes, deben quedar 2,000 hombres en Chile á órdenes de su gobierno para los importantes objetos indicados en su comunicación de 20 de marzo.»—(Doc. del Arch. gral. *Original)*.

DD

Contestación del gobierno de Chile á la anterior

Exmo. señor: Apesar de que parece probable según las últimas noticias de la Península, que la expedición española que se anunciaba, no venga ya contra esas Provincias, con todo, el no estar disipados del todo los riesgos, según lo indica en su oficio de 9 del corriente, justifica el paso de las tropas, dando nuevo motivo de gratitud al pueblo chileno la generosa disposición de V. E. de que permanezcan en nuestro territorio

2,000 hombres del Ejército de los Andes.—Santiago de Chile, 27 de abril de 1819.—*Bernardo O'Higgins.*—Exmo. Sr. Supremo Director de las Provincias Unidas del Río de la Plata.—(Doc. del Arch. general. *Original).*

EE

Comunicación del director de Chile á San Martín con motivo del repaso de los Andes, refiriéndose á la contestación dada al gobierno argentino

Exmo. señor: En cualquier situación sería muy sensible, no sólo á este Supremo Gobierno, sinó á todos los habitantes del Estado de Chile, la separación de V. E., pero lo es mucho más en el día, al considerar que vamos á malograr la preciosa ocasión que se nos presenta de ver consolidada la grande obra de la Libertad Americana, á que tanto ha contribuido V. E. con sus nobles é incesantes trabajos.

Así es que, el paso del Ejército de los Andes, que V. E. me anuncia en oficio de 9 del corriente, que debe verificarse consecuente á órdenes de ese Gobierno, me ha excitado á exponer al Exmo. Supremo Director de las Provincias Unidas, como lo hago en esta fecha, las razones que me parecen poderosas para no perder, con la ida del Ejército, la oportunidad de asegurar la libertad de ambos Estados. Más, estas reflexiones, no han impedido que yo diese inmediatamente órdenes para que se prestasen á las tropas de los Andes los auxilios necesarios para emprender su marcha.

La conducta observada constantemente por el Ejército del mando de V. E. ha sido tal, que la memoria de su disciplina y buena comportación llegará á las edades venideras como ha llegado á los climas más remotos. La aflicción ha sido general en Chile desde que se trascendió la noticia de que el Ejército se retiraba, siendo esto una prueba evidente de los sentimientos que animan á los ciudadanos, por la moderación, buena conducta de la oficialidad y tropas argentinas.

Los servicios prestados á Chile por V. E. son tan importantes, que faltaría yo á mi deber y á los dictados de mi corazón, si no manifestase á V. E. que son apreciados justamente; y que será nuestra mayor gloria el ser conducidos de nuevo á la victoria por V. E.—Santiago de Chile, á 20 de julio de 1819. —*Bernardo O'Higgins.*—Exmo. Sr. Capitán Gral. D. José de San Martín.—*(Original).*

FF

Nota del gobierno argentino á San Martín comunicándole la contestación dada al gobierno de Chile

El gobierno supremo teniendo en consideración las razones que el Senado y el Superior Gobierno de Chile han aduci-

do en 9 y 20 de marzo último relativamente á la restitución del Ejército de los Andes á estas Provincias, ha tenido á bien contestar hoy lo que sigue:

«Si á ese Exmo. Senado y á V. E., igualmente que al benemérito pueblo chileno ha sido sensible mi resolución sobre que el Ejército de los Andes repase la cordillera para ocurrir á la defensa de esta capital y su territorio en la nueva invasión con que amagan los enemigos de la libertad americana, no lo es ménos á mí y á mis conciudadanos por el entorpecimiento de los grandes proyectos á que estaba destinado el Ejército Unido; pero no habiéndose disipado los peligros que impulsaron dicha resolución, es indispensable su cumplimiento en la parte combinable con mis deseos de dar á V. E. pruebas reiteradas é inequívocas del interés y amor con que este gobierno anhela las ventajas y prosperidad de ese Estado, en cuyo obsequio ha acordado, y con esta fecha prevengo al Capitán General don José de San Martín, disponga que el citado ejército de los Andes precisamente debe pasar la cordillera sin pérdida de tiempo, á excepción de dos mil hombres del mismo, de los regimientos ó cuerpos que designe dicho Capitán general, y deberán quedar en ese Estado á las órdenes de V. E. en los importantes objetos indicados en su respetable comunicación, que contesto, de 20 de marzo último, á que acompaña en copia la del Exmo. Senado datada en 9 del mismo.»

De orden suprema tengo el honor de trasmitirlo á V. E. en contestación á su oficio á que acompaña la copia de su referencia, para el exacto cumplimiento de esta medida, recomendándole, como lo recomiendo á nombre de la Superioridad, el mayor aumento posible de la fuerza del ejército expresado que ha de repasar la cordillera, con los reclutas que aquél gobierno ofrece como en reemplazo de los dos mil hombres que han de quedar en Chile, con lo demás que antes de ahora se insinuó á V. E. en este particular.—Buenos Aires, abril 9 de 1819. —*Matias de Irigoyen.*—Exmo. Sr. Capitán Gral. D. José de San Martín.—*(Original).*

(Tercera série)

CORRESPONDENCIA DE SAN MARTÍN Y BALCARCE SOBRE EL REPASO

AAA

Instrucciones de San Martín al general de las fuerzas argentinas en Chile (Balcarce) al comunicar la última resolución del gobierno argentino sobre el repaso.

Reservadísimo.—Tengo el honor de incluir á V. S. la adjunta comunicación original del Exmo. Supremo Director del

Estado, relativa á que todo el Ejército de los Andes repase la cordillera á la ciudad de Mendoza, á cuyo punto me dirijo en este momento para preparar los cuarteles y demás necesario á su llegada.

La primera operación que deberá practicar V. S. es la de hacer entrar dentro de la cordillera los regimientos de Granaderos y los Cazadores á caballo, cazadores de infantería, artillería y Nº 11, dejando á retaguardia los batallones 7 y 8 para que contengan la deserción que puede haber.

Antes de emprender ni que se trasluzca el movimiento del ejército, es de necesidad que los Granaderos á caballo y Cazadores de los Andes, vengan á situarse en la villa de Santa Rosa, tomando antes las medidas necesarias respecto de las cabalgaduras para los primeros y la artillería; pero de un modo el más disimulable que sea posible.

Yo pondré víveres para el ejército desde la posta de las Vacas en toda abundancia, igualmente que cabalgaduras en Uspallata; pero para que no se tenga noticia alguna de esta operación, es necesario me avise V. S. con alguna antelación el día que rompa su marcha, pues exparciéndose estos preparativos en Mendoza, es indudable se comuniquen á Chile con prontitud, lo que nos ocasionaría una deserción terrible.

Con el pretexto de las montoneras, puede V. S. no solamente remitir el armamento que tenemos sobrante, sino todo cuanto artículo de guerra y municiones pueda traer, mandándolos con antelación, á cuyo efecto fletaré las mulas necesarias para su conducción por cuenta del Ejército de los Andes, enviando de escolta de dichos artículos los artilleros chilenos que tengamos. Nada quede que pueda ser conducido: en Mendoza de todo se carece, especialmente de artículos de guerra; sobre este punto y evitar la deserción es menester fijarse mucho.

Guárdese un sigilo eterno sobre este movimiento, es decir, hasta la llegada de los Granaderos y de los Cazadores del Ejército de los Andes á Santa Rosa.

Queden todos los equipages para no embarazar la marcha, nombrando cada cuerpo un oficial con una partida de toda confianza: el caso es que el ejército pase la cordillera sin experimentar deserción,—otro oficial deberá quedar encargado de recoger y conducir los vestuarios de cada cuerpo y demás enseres que queden, á cuyo efecto se les dará aquella cantidad de dinero que les sea precisa.

El Intendente del ejército nombrará un oficial de toda confianza para que conduzca los caudales que pertenezcan á dicho ejército, se lo prevengo en esta fecha, quedándose él por algún tiempo para verificar los créditos y arreglar el finiquito de las cuentas con el Estado de Chile.

El repasar los Andes el ejército de estas provincias, es

operación bien escabrosa sin experimentar deserción; pero los talentos conocidos del señor brigadier Balcarce, ó en su ausencia el señor coronel Las Heras, sabrán vencerlas con aquél pulso que les es característico.

Vengan avisos repetidos, y por mano de oficiales de confianza de todos los aprestos y operaciones que se hagan para repasar los Andes, á fin de facilitar los recursos para la mayor comodidad y trasporte del ejército.

Condúzcase toda la artillería que se pueda, vénzanse todas las dificultades que se opongan para este efecto, pero con precaución, y que sea después que las tropas hayan pasado la cordillera.

Sin embargo de todo lo expuesto, si el señor general Balcarce, ó en su ausencia el señor comandante general del cantón, señor coronel Las Heras, creyese ser imposible ocultar su marcha como me lo presumo, y que se puede sacar mejor partido manifestando claramente el honroso objeto á que son destinados, como es libertar las Provincias Unidas del ataque próximo que se espera, lo verificará, y por este medio tendrá más proporción para hacer los aprestos sin que se conozca ocultación.

La adjunta proclama, en el caso anterior, la hará leer al Ejército.

Aunque digo que las mulas sean fletadas por cuenta del Ejército de los Andes, debe entenderse que sólo es en el remoto caso de que el Estado de Chile no las proporcione.

Si V. S. cree no resultarán perjuicios de que sin esperar los Granaderos y los Cazadores de los Andes, pueda el ejército que está en ese cantón emprender su marcha, lo verificará sin pérdida alguna de tiempo.

En conclusión, V. S. puede alterar este oficio, y disponer como tenga por conveniente al mejor servicio de la Patria.

Cualquier duda que ocurra sobre los particulares expresados, podrá V. S. ponerse de acuerdo con el señor Diputado de las Provincias Unidas, á quien con esta misma le digo lo mismo respecto á estos antecedentes.

Vengan con el ejército todos los artesanos que llevamos, trayéndose su respectiva herramienta.

Igualmente, todos los caballos y mulas que del Estado haya en esa, los traerá V. S. por hacer notable falta.—San Luis, 9 de marzo de 1819.—JOSÉ DE SAN MARTÍN.—Sr. Gral. en Gefe del Exto. de los Andes (ausente). Al Sr. Comandante Gral. del Cantón.—*(Borrador en el libro copiador de San Martín)*.

BBB

Oficio de Balcarce á San Martín referente á las notas del gobierno argentino al de Chile y repaso de los Andes

Exmo. señor: El oficio reservadísimo de V. E. referente

á la retirada del ejército, llegó á mi poder á las 10 de la noche del 13, en cuyo momento expedí las órdenes más terminantes al comandante de Granaderos á caballo, que se encontraba en Talca, y al de Cazadores de infantería que existía en San Fernando, para que sin pérdida de instantes, consultando cuantas medidas fuesen posibles para evitar la deserción de su respectiva tropa. No tengo á esta fecha noticia de su aproximación, aunque tampoco se me ofrece dificultad en que hayan emprendido su marcha. Los Granaderos deben hacerlo con notable lentitud, si por parte del gobierno no se le han facilitado las caballerías que se me han ofrecido, supuesto de que experimentaba de ellas la más extrema escasez.

La reserva recomendada por V. E. en el asunto, no ha podido tener lugar, ya porque las providencias que era preciso anticipar indicaban bien el objeto, como porque en la capital se hizo inmediatamente público el movimiento, sin duda por avisos que se tuvieron por otros conductos. Nadie ignora en el día que el ejército se retira, y hasta ahora no hay deserción ni novedad de consecuencia en los cuerpos de este cantón.

He solicitado de la capital siete piezas de artillería, con la dotación de municiones competentes, y según el oficio que adjunto del comandante de artillería, creo que no conseguiré la mayor parte de lo que he pedido.

Los batallones Nº 8 y Nº 11 estarán listos dentro de tres ó cuatro días para emprender inmediatamente su marcha. El Nº 1º de cazadores tiene orden para tomar á su tránsito por la capital cuantos auxilios le interesen para su viaje, á fin de que pueda seguirlo sin ninguna detención. El Nº 8 se hallará pronto para seguir á su retaguardia. Los Granaderos, también deben sacar de la capital cuanto les haga falta para seguir directamente á la cordillera. Para los Cazadores á caballo, practico aquí las diligencias posibles para facilitarles las mulas que necesitan.

Aunque por parte de ese gobierno se me ha ofrecido, que los Granaderos encontrarán á su llegada los caballos precisos, tengo fundados antecedentes para dificultar de que suceda, al tiempo que tampoco estoy asegurado de que encontraré aquí los que han de ocupar los Cazadores, despues de provistos los cuerpos de infantería.

Es necesario que se persuada V. E. de que la operación es sumamente escabrosa. Ella encuentra una fuerte oposición en las autoridades del país, en lo general de la población, y en una parte muy notable de las tropas que tienen que abandonar sus familias y suelo patrio. Conozco que es de necesidad vencer estas dificultades, pero no puedo asegurar á V. E. que esté á mis alcances conseguirlo, cuando tengo que consultar para mis providencias la adquisición de auxilios que penden de otras manos, y que me es imposible activar como lo exige lo

avanzado de la estación.—Curimón, 21 de marzo de 1819.—*Antonio Gonzalez Balcarce.*—Exmo. Sr. Capitán Gral. D. José de San Martín.

CCC

Otro oficio de Balcarce sobre lo mismo

Exmo. señor: El 24 á las 10 de la mañana recibí el oficio de V. E. del 21, para que dispusiera la marcha de los cuerpos del ejército que deben repasar la cordillera. Las providencias que para realizar este movimiento pendían de mis facultades, se expidieron con la prontitud que tanto me recomienda V. E. y que la urgencia exigía por lo avanzado de la estación.

Hoy parten el batallón de Cazadores y tres escuadrones del regimiento de Granaderos á caballo, siendo estos cuerpos los únicos que me ha sido indispensable mover, tanto por la escasez de recursos como por dejar aquí la fuerza de dos mil hombres que la resolución suprema designa. El otro escuadrón que falta para el completo de los del regimiento, he creido de utilidad al servicio no despacharlo, respecto á que en el ejército no queda ninguna fuerza de esta arma. Los dos cuerpos expresados acaban de regresar de la campaña del sud, y han padecido en este viaje extraordinariamente. De estas resultas, y con los anuncios que tuvieron de que debían repasar la cordillera sufrieron una deserción muy considerable, de donde dimana el estado incompleto que llevan. Creo que se aumentará su baja, porque siendo la mayor parte de los soldados, naturales del país, les es sumamente violento abandonarlo, al tiempo que generalmente se les proteje para que se queden.—Cuartel general en Curimón, 27 de abril de 1819.—*Antonio Gonzalez Balcarce.*—Exmo. Sr. Capitán Gral. D. José de San Martín.—*(Original).*

(Cuarta série)

REVOCACIÓN DEL REPASO DE LOS ANDES

AAAA

Nota de San Martín al gobierno sobre suspensión del repaso

Exmo. señor...... Creo que todos los planes deben variarse enteramente y que las Provincias Unidas están libres de todo ataque; sin embargo de lo expuesto, doy órdenes ter-

minantes al general en jefe del ejército para que todo él esté listo y pronto para su marcha á esta, pues si V. E. me contesta inmediatamente, hay tiempo suficiente para que repase los Andes con comodidad.

Sírvase V. E. no demorarme un sólo momento su contestacion para dar á sus órdenes el más exacto cumplimiento.—Mendoza, marzo 25 de 1819.—JOSÉ DE SAN MARTÍN.—Exmo. Supremo Director de las Provincias Unidas del Sud.—(*Borrador* del libro copiador de San Martín).

BBBB

Orden de San Martín para permanecer con el ejército en Chile

Por el honorable oficio de V. E. de 10 del corriente quedo enterado de la salida de los escuadrones de Cazadores á caballo.

Aún no he recibido contestación al duplicado pasado al supremo gobierno de estas Provincias, sobre la venida del ejército del mando de V. S., siendo tanto más sensible cuanto el tiempo apura de un modo extraordinario.

De todas suertes, si para el 24 no ha recibido V. S. dicha suprema resolución, el ejército deberá permanecer en ese Estado hasta nueva cordillera, en cuyo tiempo se aumentará su fuerza cuanto sea imaginable.—Mendoza, 16 de abril de 1819.—JOSÉ DE SAN MARTÍN.—Sr. Brigadier D. Antonio González Balcarce, Gral. en Gefe del Ejército Unido.—(*Borrador* del libro copiador de San Martín).

CCCC

Nota revocatoria del repaso de los Andes del ministro de guerra á San Martín

(*Duplicado*)—Sin embargo de que con fecha 1º del que rige se dirigió á V. E. la nota oficial revocatoria de la suprema orden de 9 de abril último sobre el repaso del Ejército de los Andes á estas Provincias, siendo importantísimo que á la mayor brevedad posible llegue á manos de V. E. la citada nota oficial del día 1º, me ordena la Superioridad, que para evitar su retardo la trascriba á V. E. por extraordinario, como tengo el honor de hacerlo, y su tenor es el que sigue:

«Cuando el gobierno supremo acordó que el Ejército de los Andes repasase la cordillera en la fuerza y términos prevenidos á V. E. en orden superior de 9 del ppdo., tuvo en consideración, no la disidencia de Santa-Fé y sus hostilidades, sinó otras varias causas que impulsaron aquella medida consecuente á las exposiciones de V. E. en el particular, y sobre todo, los grandes obstáculos que presentaban irrealizable la

expedición proyectada sobre Lima; pero como la Supremacia del Estado de Chile parece que en el día calcula mejor sus intereses y se dispone á los esfuerzos y sacrificios que demanda la citada expedición, ha acordado la Superioridad quede sin efecto la expresada orden del 9 en la parte que á V. E. pareciese oportuno; es decir, que si en aquella se previno quedasen en Chile sólo dos mil hombres del Ejército de los Andes, podrá disponer que todo este se detenga, y aún, que los escuadrones de Cazadores á caballo regresen á aquél Estado si también se creyesen necesarios para la anunciada expedición.—Buenos Aires, mayo 3 de 1819.—*Matías de Irigoyen*.—Exmo. Sr. Capitán Gral. D. José de San Martín.—*(Original)*.

DDDD

Otra nota del ministro de la guerra á San Martín confirmando la revocatoria condicional del repaso

Se ha recibido la nota de V. E. de 23 de abril último contestando á la suprema de 9 del mismo relativa al repaso de los Andes; y como sobre este particular se dijo á V. E. lo conveniente en la del 1º del que rige y reiterada hoy por extraordinario en consideración á su importancia, tengo el honor de avisarlo, con prevención, de que la Superioridad acordó la última resolución revocatoria de la del 9 en el concepto de que, la Supremacia de Chile, calculando sobre sus verdaderos intereses, se ha decidido y prepara todos sus esfuerzos para realizar la expedición proyectada sobre Lima, cuya ejecución es tan interesante.—Buenos Aires, mayo 3 de 1819.—*Matias de Irigoyen*.—Exmo. Sr. Capitán Gral. D. José de San Martín.—*(Original)*.

APÉNDICE Nº 24 AL CAP. XXI, § X

Documentos relativos á la intervención de la LOGIA DE LAUTARO en el acuerdo definitivo para expedicionar al Perú.—*(Originales)*.

A

La Logia de acuerdo con San Martín, suspende el repaso del Ejército de los Andes con el objeto de expedicionar al Perú

U. F. y V.

Sr. D. José de San Martín.—Muy señor mio y amado amigo: Tengo la satisfacción de comunicar á V. como, habiéndo-

se oído en O-O al Sargento Mayor don Manuel Borgoño, el cual aseguró la absoluta deferencia de V. respecto de nuestras opiniones sobre el repaso de la cordillera mandado hacer al Exto. de los Andes, y ulteriores operaciones consiguientes, se acordó:

Que todo el Exército permanezca en el país con el fin de realizar la expedición de armas al Perú, fuerte de cinco mil ó más hombres, á más tardar, dentro de dos meses y medio contados desde hoy.

Que al efecto trabaje el Gobierno (como ya lo está haciendo) en los más prontos preparativos revolucionarios, tales como realizar trescientos mil pesos en dinero y frutos, completar la fuerza de los cuerpos, promover la construcción de útiles de guerra, acopiar víveres, etc.

Se cuenta al mismo fin con 200 mil pesos, que según exposición de Borgoño, tiene V. allanados por parte de Buenos Aires.

Sobre todo, se aguarda á V. lo más pronto, para que con autoridad plena se encargue de los preparativos de toda la parte militar, es decir, la reorganización de la fuerza y el apresto y equipo de todos los útiles de guerra, así del pendiente, como del repuesto.

Una Comisión, premunida igualmente de toda autoridad, va á encargarse de la exigencia del dinero y los víveres.

V. ha de partir del principio, que cualquiera que fuese el resultado de nuestra Escuadra, no debe dejarse de la mano la obra interesante de la expedición, debiéndose trabajar incesantemente en realizarla bajo cualquier aspecto que tomen las cosas.

Tal ha sido la decisión que ha recaido en este negocio, después de sérias y detenidas meditaciones. Una íntima confianza en la cooperación de V. con todo su influjo y esfuerzo, ha servido de base fundamental. Todos así lo aguardan: y yo principalmente, que tengo el placer de saludarle y de repetir las protestas de amistad con que es de V. verdadero amigo Q. B. S. M.

BERNARDO O'HIGGINS
P.
José Ignacio Zenteno.

Santiago de Chile, abril 3 de 1819. *(Original).*

B

Comunicación del emisario de la Logia á San Martín sobre lo mismo

Sr. D. José de San Martín.—Santiago y abril 5 de 1819. —Mi venerado General: Por fin está decidida la expedición

al Perú, después de haber expuesto la opinión de V. y sus deseos, en orden á este interesante proyecto. Se acordó por los amigos (O-O) su realización, para cuyo fin están todos dispuestos á vencer y allanar cuantas dificultades se presenten.

El director ha prometido desplegar toda su energía, y el ministerio toda su actividad; algunas casas facilitan cantidades anticipadas para los aprestos que exigen pronto desembolso.

Los recursos para la expedición consisten en 300 mil pesos á que asciende la contribución que se va á imponer á los Pueblos, y los 200 mil que tiene V. disponibles.

Se acordó igualmente el nombramiento de una comisión facultada para hacer el acopio de dinero, víveres y todo lo necesario al efecto.

Queda V. facultado con todo el poder conducente á facilitar, ejecutar y mandar conforme lo exige la celeridad del caso; en fin, creo que no falta sinó la presencia de V. nunca más necesaria que ahora, tanto más cuanto el Exto. está sufriendo deserción horrorosa. Los negocios recibirán una impulsión rápida, y se removerán los obstáculos que puedan presentarse en la marcha de ellos: ánimos están dispuestos, y sólo falta este resorte.

Yo no dejaré de agitar inter V. llegue para que se aceleren los trabajos de maestranza, como lo único que puede hacer demorar la expedición. Esto mismo hice presente en noches pasadas, y han quedado de pedir á los ingleses una suma anticipada para estos gastos.

Se propone por Guido la creación de un ministerio para los negocios puramente de la expedición, á fin de que la complicación de otros no paralice, como hasta aquí, este interesante asunto. Ni se decidió ni tampoco se discutió: el ministro de la guerra expuso: que sin esta división de despachos que se proponia, el Exto. no careció en 1818 de nada cuanto se creyó necesario para hacer la campaña hasta quedar V. enteramente satisfecho, que todo se facilitó con la brevedad que exigían las circunstancias; que si aún no se habían tomado medidas enérgicas ni obrado decididamente respecto de la expedición de Lima, era porque no se había resuelto con la seriedad que ahora; y que, pues si los acuerdos del Sr. h : : : deben tener efecto, tampoco se olvidase la actividad de los muchos que dependiesen del ministerio. Sin embargo, creo que esta orden es susceptible de reforma; por lo menos esta es mi opinión.

Nada he omitido de cuanto V. me previno expusiese á los amigos, tanto en cuerpo como en particular: lo he verificado con toda la exactitud y claridad de que soy capaz.

Mis deseos de que las cosas giren del modo más análogo á nuestros deseos, es grande; no dudo de la sinceridad de las

intenciones de los demás; y todos ciframos nuestras esperazas en los esfuerzos de V. y en sus trabajos.

Deseo, pues, que se mantenga V. sin novedad, y que tengamos el gusto de verle muy luego. Inter lo conseguimos, debe V. disponer de la voluntad con que tengo el honor de ser su affmo. subalterno y obligado servidor.—*José Manuel Borgoño.*—*(Original).*

C

Carta del ministro de hacienda de Chile insistiendo sobre lo mismo

Santiago de Chile, julio 16 de 1819.—Mi amado amigo y paisano: Al fin hemos salido del cuidado en que nos tenía la tardanza de noticias de nuestro enviado, sabiendo que nuestro Vice-Almirante ha maltratado bastante á los buques enemigos é infundido el terror en el Callao. Además de la Gazeta extraordinaria, remito á V. el parte original (en copia) que pasó Vicuña, y al cual fué necesario enmendar algo antes de darlo á la imprenta, para no comprometer á los Patriotas del Callao.

Acábese de persuadir, querido amigo, de que no debemos perder más un tiempo tan precioso. La presencia de V. es aquí absolutamente necesaria para poner en movimiento todos los recursos del país, y llevar á cabo la expedición. Venga V. pues, y viva persuadido que sin V. ni se puede emprender nada, ni aún cuando se pudiera, nunca tendría tan feliz resultado. Yo no me cansaré jamás de repetir, que V. debe venir antes que se cierre la cordillera.

Se repite de V. affmo. amigo y paisano—*Joaquín de Echeverría.*—Sr. D. José de San Martín.—*(Original).*

D

Correspondencia de don Tomás Guido con San Martín sobre el repaso de los Andes y expedición al Perú, y acuerdos de la Logia sobre el particular.

(Extracto de carta)—Sr. D. José de San Martín.—Santiago de Chile, marzo 15 de 1819.—Esta noche se reunirán los amigos (O-O) á tratar sobre el paso del Ejército de los Andes, etc., etc. Veremos el resultado. Si esto se ha de verificar (para desgracia de este país y de la América) costará doble no estando V. aquí. El tiempo es tan angustiado, que apenas nos deja partido que tomar.—*Tomás Guido.*—*(Original).*

Contestación de San Martín á la anterior [1]

Sr. D. Tomás Guido.—Mendoza, marzo 26 de 1819.—Mi amado amigo: Está en mi poder la de V. del 15.

Estoy con la mayor curiosidad por saber el resultado de la entrevista que iba V. á tener con los amigos (O-O) la noche misma que me escribió su última: lo cierto es que necesitamos indispensablemente decidirnos antes que la cordillera se cierre.

Nada sé de Buenos Aires desde las últimas comunicaciones que remitió V.; pero las noticias más positivas que tenemos son de que el camino hasta aquella capital está enteramente franco: esto me ha decidido á que Remeditos marche mañana por la mañana á unirse con su familia, pues según los facultativos, si permanece en Mendoza su vida será bien corta.

Todos los aprestos para recibir el ejército están listos en esta: todo se facilita en el momento de pedirse: la voluntad y deseos de servir es la misma que hubo cuando salió el ejército de esta.

Siempre de V. su eterno amigo—SAN MARTÍN.—*(Archivo de Guido).*

Guido á San Martín

Reservado.—Sr. D. José de San Martín.—Santiago de Chile y marzo 18 de 1819.—Mi dulce amigo: No varío un punto de mi opinión respecto de una prontísima transacción con los disidentes. Estos son los momentos en que es preciso sacrificarlo todo á la libertad de la tierra. Si de una parte está la razón y de la otra la obsécación, debe buscarse en el peligro el arbitrio de unir ambos extremos.

Otra cuestión aún más grave, á mi modo de ver en la presente crísis, y que merece particular atención de V., es el paso del Ejército de los Andes á Mendoza. Esta resolución ejecutada, prepara, en mi opinión, la ruina de la América.

La orden de nuestro gobierno para que repase el ejército, parece que se funda: 1º en la venida de la expedición española: 2º en la imposibilidad de practicar la expedición á Lima: 3º en la seguridad de este país por la existencia de la escuadra, y 4º en la destrucción de los enemigos exteriores, y en la necesidad de remover los celos de los mal contentos por la existencia del ejército de los Andes en Chile.—Vamos por partes.

---

[1] Esta carta y otras de San Martín de esta série, han sido publicadas por don Carlos Guido y Spano en «Vindicación histórica: papeles del general Guido». Los originales existen en el archivo del general don Tomás Guido.

Nuestro gobierno cuenta para defender á Buenos Aires con el aumento de 4,000 hombres del Ejército de los Andes y con 1,000 reclutas de este Estado. Yo quiero suponer contra toda probabilidad que no deserte un hombre sólo, y que se reunan en tiempo los reclutas pedidos, de suerte que V. tenga en abril cinco mil hombres de Chile. V. sabrá calcular si esta suposición es arbitraria cuando recuerde que más de dos tercios de nuestro ejército se compone de hijos de Chile. ¿En donde estaciona V. estos cinco mil hombres? Parece que en la provincia de Cuyo ó en Buenos Aires.

Es demostrable que al momento de saber Pezuela la retirada de nuestro ejército y el motivo que lo verifica, libre ya de temores, reforza el ejército de La Serna, que asciende á 7,000 hombres, elevándolo al número de 10,000, para que, dejando guarnecidos los pueblos, baje á Tucumán con una masa de 6,500 á 7,000 hombres, y de allí á Córdoba sin oposición. Entonces, si los 5,000 hombres existen en Mendoza, son cortados y perecen por consunción y si en la de Buenos Aires, perdemos también la provincia de Cuyo, Buenos Aires queda aislado. De manera que, aún cuando Buenos Aires aumente cinco mil guerreros para defenderse, franquea por esta medida el paso á siete ú ocho mil enemigos más con quienes combatir.

No es este un cálculo imaginario. Este plan fué de Abascál en 1814 cuando los españoles conservaban la plaza de Montevideo, y es conducente que lo practicará Pezuela como el único movimiento que está indicado, si no quiere atacar á este reino.

Dígame V. ahora si son comparables las ventajas de aumentar el ejército por la medida propuesta con los males sobre Buenos Aires, con la pérdida de nuestras Provincias, y si, aún cuando lográsemos derrotar á los españoles en las playas del Río de la Plata, quedaríamos en actitud de arrojar á La Serna de nuestras provincias, después de los desastres consiguientes de una invasión tan formidable, y si vamos á hacer interminable la guerra que nos consume.

Por el contrario, si el Ejército de los Andes existe en Chile, amenazando como está las costas del Perú, llamará la atención de Pezuela y La Serna, y ni uno ni otro abandonarán las posiciones que ocupan. Actualmente sabemos que Pezuela ha ordenado á La Serna se replegue, previendo sin duda el riesgo de que sea cortado si desembarcásemos en Arica. Vea V., pues, á Buenos Aires con esta sóla medida, con seis ó siete mil enemigos menos, con los recursos de las cuatro provincias interiores, con los auxilios de Chile, con su opinión sostenida y con la retirada cubierta para cualquier contraste.

Aún puede ser más extenso y benéfico nuestro plan. Puede V. muy bien pasar á Mendoza el regimiento de Granaderos á caballo, un batallón de infantería de los Andes, dos compa-

ñías de artillería con los repuestos de esta arma y mil quinientos reclutas de este país y con los cuadros sobrantes de oficiales sueltos de Buenos Aires, organizarse en Mendoza una división de 3,000 hombres, que sirva de apoyo á las milicias de la Provincia que deben bajar en apoyo de Buenos Aires en caso de ser atacado, quedando como queda en Chile, una fuerza expedita de tres mil hombres del mismo ejército, ó para realizar el proyecto de V. sobre las costas del Perú ó para el meditado sobre Guayaquil á buscar numerario.

Se habla de la imposibilidad de practicar la expedición á Lima, pero V. no ignora, que cuando se ha tratado este punto con el gobierno de Chile, se ha calculado sobre la suma de 6,100 hombres para dar un golpe decisivo sobre las costas del Perú. En efecto, tal vez no hubiera recursos para realizarla tan pronto como se necesita; pero no es lo mismo, como V. sabe mejor que yo, la habilitación de un ejército dispuesto á batir la masa de gente que oponga Pezuela, que preparar tres mil hombres para atacar puntos indefensos para introducir la revolución en todo el Perú.

Está ya formada la distribución por los comisionados del Senado para la suma de 300 mil pesos, y se ha practicado con tanta escrupulosidad, que la (cuota) de 1,500 pesos es la mayor que toca en el rateo á los primeros caudales del país, y unido á los 100 mil pesos que creo disponibles en el ejército de los Andes, forman una cantidad suficiente para realizar un golpe sobre las costas del Perú.

. . . .

. . . .

Dígame con la celeridad posible qué partido se toma. Nuestro Borgoño pasa á hablar con V., y hará otras explicaciones de que tiene más conocimiento, en razón de no haber podido estar yo en los acuerdos de los amigos (O-O) por mi enfermedad.

Un paso retrógrado puede llevarnos al sepulcro, y si después de todo se suspende la expedición de España, y si se dirige á otros puntos, no hay más que resignarse á los resultados de nuestra imprevisión. Sea feliz y mande á su verdadero amigo—*Tomás Guido.—(Original).*

Referencia de San Martín á la anterior

Reservado.—Sr. D. Tomás Guido.—Mendoza, abril 20 de 1819.—Mi amigo: Ya verá V. la orden para que sólo queden en ese Estado 2,000 hombres del Ejército. Ya me lo tenia yo tragado, por el antecedente de haber sabido que don Marcos Balcarce debía pasar á Mendoza. Por esto no extrañaré el que V. sea relevado de su empleo y aquél pase á Chile.

La sabia carta de V. se la incluyo por si acaso no ha saca-

do V. copia de ella; pero con la precisa condición de que me la devuelva: esta se la remitía con los oficios del Senado y O'Higgins, y con mis reflexiones á Pueyrredón; pero el oficial que las conducía cayó en manos de los de Santa-Fé, los que viendo el interés de su contexto las remitieron á Viamonte y este al Gobierno. Parece que no ha gustado mucho se hayan impuesto de los sentimientos que nos animan, y esto está de manifiesto en la seca carta con que me acompaña la de V. como V. verá.

Por el contexto de la presente carta parece disipada la expedición española; sólo va refuerzo á Lima, y por eso sacan las tropas de Chile. ¡Ay amigo! mucho he ocultado á V. de mis padecimientos; día llegará en que le hable con franqueza. (1)

Queda suyo eterno—SAN MARTÍN.—*(Archivo de Guido).*

Acuerdos de la Logia

Sr. D. José de San Martín.—Santiago, abril 3 de 1819.—Mi amigo querido: Después de la llegada de Borgoño, mostré á los amigos (O-O) la carta de V., y nos hemos ocupado exclusivamente en decidir la cuestión principal: *La expedición al Perú.* Anoche se acordó unánimemente se hiciese con la fuer-

---

(1) Esta carta (lo mismo que la anterior y las que siguen) confirma lo aseverado en el texto, de que San Martín ocultó á todos, y aún al mismo Guido, no sólo el objeto secreto que se proponía al promover el repaso de los Andes, sino también sus antecedentes é incidentes sucesivos. Por los documentos de la primera série del *Apéndice* Nº 21, vése que la iniciativa del repaso de los Andes fué obra exclusiva de San Martín, quien lo dictó en cierto modo al gobierno argentino, y que las órdenes y contra-órdenes expedidas con posterioridad, fueron todas indicadas por él, según consta por la correspondencia con Pueyrredón, que se registra en el *Apéndice* Nº 15. Más aún: en la série 3ª de documentos del citado Apéndice Nº 21, consta que en la fecha en que escribía á Guido, había ya oficiado en 25 de marzo, proponiendo al gobierno suspender el repaso, por haber variado las circunstancias, y que cuatro días antes, el 16 de abril, había ordenado á Balcarce que si el 24 del mismo no recibía órdenes en contrario, permaneciese con el Ejército de los Andes en Chile, aumentando su fuerza. Á esta fecha ya San Martín había conferenciado con el mayor Borgoño, enviado por la Logia Lautarina de Chile para concertar la expedición del Perú como se ve por el documento B de este *Apéndice,* y estaba el general decidido á la expedición del Perú, lo que también consta de su correspondencia con O'Higgins, que se registra en el Apéndice Nº 18. Esta reserva, con un confidente de tanta intimidad como Guido, prueba que á nadie comunicó su terrible secreto, y que se servía de él como se servía de Pueyrredón, de O'Higgins y de la Logia para hacer presión sobre el gobierno de Chile y el de las Provincias Unidas, á fin de decidirlos á la expedición del Perú, permaneciendo en Mendoza á la espectativa, mientras el asunto se decidía en los consejos de la Logia y los compromisos contraidos por ella por intermedio de Borgoño se cumplian por parte de Chile.

za de cinco mil hombres, para lo que convenimos en los puntos siguientes:

1º Que la comisión que hizo la distribución de los *trescientos mil pesos*, fuese encargada de la recaudación en un término perentorio, y que en todos los demás pueblos se ejecutase bajo la misma forma.

2º Que el dinero que se recolectase, fuese depositado en la Casa de Moneda bajo la responsabilidad de la Comisión, la que igualmente sería la depositaria de los víveres, etc.

3º Que para adelantar los trabajos de maestranza se exigiese un empréstito de los extranjeros del numerario suficiente para ello, hipotecando la contribución directa para su pago en un corto término.

4º Que se delegasen á V. todas las facultades del Directorio para el apresto de la expedición, disponiendo ampliamente cuanto conviniese para ello.

Entramos en esta discusión sobre el supuesto de que V. pudiese disponer de *doscientos mil pesos* como nos lo aseguró Borgoño, y calculándose con un caudal de *quinientos mil pesos*, hemos creído suficiente para una expedición de cinco mil hombres á puertos intermedios con un repuesto de mil fusiles.

Nuestra situación es tal, que si tirando un dado á la fortuna, no salimos á buscar recursos al Perú, vamos á perecer por consunción, y llegará tiempo en que las fuerzas actuales no basten para la seguridad de este país. Todos están convencidos de esta verdad, y muy especialmente de que sólo V. puede realizar el proyecto con la celeridad que reclama nuestra situación. Vamos, pues, amigo, á dar la última mano, y si nos toca perecer, será en actitud más honrosa que la de la inacción.

Supongo que el Sr. O'Higgins comunicará á V. esto mismo. (1)

Espero ver á V. pronto por acá, y entre tanto reciba el cariño sincero de su eterno amigo—*Tomás Guido.—(Original).*

Guido á San Martín (Extracto)

Santiago, abril 5.—Para hacer más efectivas las providencias acerca de los aprestos para la expedición, hemos convenido (O-O) en que se nombren militares de gobernadores y tenientes-gobernadores. Ya se han elegido los siguientes: Recabarren para Talca, Formas para San Fernando, y Echagüe para Rancagua. Sucesivamente se nombarán los demás.—*Tomás Guido.—(Original).*

---

(1) Véase la carta de O'Higgins á San Martín de esta misma fecha (abril 3 de 1819) inserta en el Apéndice Nº 18, comunicando los acuerdos de la Logia.

Santiago, abril 13 de 1819.—Pendientes de la resolución de Buenos Aires sobre la marcha del ejército, nada se puede adelantar relativo á la expedición. Este gobierno se ocupa hoy de los medios de realizar las contribuciones impuestas á los pueblos, y si esto se realiza y se pone como está convenido (O-O) á la disposición de V., es necesario que su persona dé impulso á todo, de lo contrario, es soñar en ilusiones. El pueblo no se convencerá de la tal expedición si V. no toma mano en ella.

Santiago, abril 16 de 1819.—Por lo avanzado de la estación y por la obligación en que estamos para salvar la América de expedicionar al Perú, opino, que aún cuando viniese la orden de nuestro gobierno para que las tropas repasen los Andes, su tránsito sería difícil, peligroso y de las más funestas consecuencias.

Excusado es ya hablar á V. de la importancia de su persona en este país, por que por más que V. ceda á sus inclinaciones, no dejará de conocer que la opinión adquirida por resultado de los más grandes acontecimientos, es tan poderosa como un ejército, y que V. sobre las costas del Perú haría más con tres que otro con diez.—*Tomás Guido.*

Santiago, abril 20 de 1819.—Excusado es hablar sobre el estado actual de Lima. V. conoce la impresión que hace en un pueblo afeminado el aparato de la guerra. Según varias cartas, todo es confusión, aumentada por las proclamas de V. que han circulado por todas partes, y las que al fin ha publicado el virey en la Gazeta, con notas insustanciales y ridículas. Yo me desespero al ver que volvemos la espalda á la fortuna en los momentos más preciosos.

Aquí se nota una disposición general para suplir lo necesario para la expedición; pero el tema favorito en el pueblo, es: *Nada se adelantará si no viene el general San Martín.* Á esto V. contestará lo que guste.

Se van á repartir las esquelas para la contribución del reino aplicable á la expedición. El director piensa reemplazar los batallones 1º, 2º y 3º de Chile para que aumenten las tropas de la expedición; pero esta es quimérica si V. no la manda, y más quimérico el pensamiento de ella si pasan cuatro meses en la inacción en que estamos.

Sigue la buena armonía entre los amigos : : :—*Tomás Guido.—(Originales).*

E

Correspondencia entre San Martín que completa la anterior série

Reservado para V. sólo.—Mendoza, abril 24 de 1819.—Sr. D. Tomás Guido.—Mi amigo amado: Va el adjunto en copia que acabo de recibir. El Tagle ha tenido un modo sumamen-

te político de separarme del mando del Ejército. Dios se lo pague por el beneficio que me hace. [1]

Lo que tiene V. que notar es las fechas tanto de Belgrano como de la última orden de Buenos Aires.

Las comunicaciones del gobierno tan exigentes y apuradas, son fecha 15, y se refieren á las de Belgrano de 7 y 9 del mismo, siendo así que este general en las suyas de oficio y confidencial del 12, como V. ve, no me habla una sóla palabra de la bajada del enemigo; pero aún siendo esto así, ¿habría tiempo para que las fuerzas del Ejército de los Andes pasasen la cordillera y llegasen á Tucumán para que el nuevo Gefe nombrado de encargarse de ellas pudiese contener al enemigo y organizar su ejército? Sea lo que fuere, yo no haré más que obedecer, lavar mis manos, y tomar mi partido que ya está resuelto. [2]

Dije á V. en mi anterior, que mi espíritu había padecido lo que V. no puede calcular. Algún día lo pondré al alcance de ciertas cosas, y estoy seguro dirá V. que nací para ser un verdadero cornudo. Pero mi existencia misma la sacrificaría antes que echar una mancha sobre mi vida pública, que se pudiera interpretar por ambición.

Adios, mi amigo, lo es y lo será siempre su—SAN MARTÍN.

P. S. Es lo más célebre la copia de los tratados celebrados sobre la Expedición al Perú, sin que el General en Gefe haya tenido el menor conocimiento, ni V. Dios los ayude.—*(Archivo de Guido).*

Notable contestación de Guido á la anterior

Reservada para V. sólo.—Santiago de Chile, mayo, 1º de 1819.—Sr. D. José de San Martín.—Mi amigo querido: No sé que contestar á la reservada del 24. Me dice V. que está re-

(1) Se refiere á la orden recibida de marchar con la fuerza de los Andes á Tucumán, en el supuesto de que no se verificase la expedición al Perú, orden que el gobierno revocó en vista de las observaciones de San Martín y de los informes de este respecto de las disposiciones en que se hallaba el gobierno de Chile para realizar dicha expedición, con cuyo motivo el director Pueyrredón le dió confidencialmente amplias satisfacciones.

(2) Oficialmente contestó que obedecía, y que impartía en consecuencia sus órdenes, suponiendo disuelto el ejército de los Andes y dándose por destituido de hecho. Por la vía oficial reservada y confidencialmente elevó las representaciones de los gefes que declaraban que sus fuerzas se disolverían si marchaban al norte; y apoyándolas eficazmente, aconsejaba al gobierno mantuviese reunido el Ejército de los Andes, conservando su espíritu. Esta propensión de envolver todo en misterios, con doble juego de correspondencia contradictorias con frecuencia, aún respecto de una misma persona, es una idiosincracia del carácter complicado de San Martín, que hace difícil á veces coordinar los testimonios emanados de su misma pluma.

suelto el partido que ha de tomar: yo lo presiento, y no puedo persuadirme que si dá lugar á la reflexión nos abandone entre los males que vienen sobre el país. Hasta aquí, no es el interés personal que ha guiado los pasos de V.: es la libertad de la Patria y el bien en nuestros hijos: esto mismo debe siempre reglar su conducta, y acordarse que no todos sus amigos le han sido infieles. Si V. busca la tranquilidad de su espíritu, no la encontrará en ningún punto de la tierra mientras se aumenten los peligros de la América, ó por nuestros errores ó por esfuerzos de los enemigos. No puede V. desconocer, que en cierto modo está en la obligación de responder de la seguridad del país, y que los medios de conseguirla no son tan espinosos.

Me dice V. que algún día me pondrá al alcance de ciertas cosas que han acrisolado su paciencia; pero entonces me oirá V. oir repetir las reconvenciones que tantas veces he hecho. Quisiera que estuviésemos de silla á silla para desahogarme. Mire V. por sí, por la Patria y por sus amigos, y decida con la filosofía de un hombre honrado.

No olvide V. á su más fino amigo—*T. Guido.*

P. D. No puedo apartar de mi memoria que V. ha ofrecido bajo su firma á los Pueblos del Perú entrar á su territorio á libertarlos, y que V. ha vinculado siempre su opinión y su honor al cumplimiento de sus promesas. Ninguna más pública ni más útil que esta: V. decidirá: qué compromete más su reputación, si no cumplir lo prometido ó procurarse por sí todos los medios de hacerlo.—*Guido.—(Original).*

Réplica de San Martín

Sr. D. Tomás Guido.—Mendoza, mayo 12 de 1819.—Mi querido amigo: La de V. del 1º está en mi poder.

Aquí me tiene V. separado del mando, pues el de la División de tropas que existe en esta, se lo he entregado á Rudecindo (Alvarado). Yo pienso marchar en breves días por un mes ó más al campo, y sólo espero la llegada de Balcarce para verificarlo.

Todos los gefes de esta División me han representado particularmente la imposibilidad de poder marchar al Perú (Alto). Veremos como se recibe esto en Buenos Aires. Por lo que sé extrajudicialmente, todos ellos están resueltos á dejar sus empleos antes que separarse del Ejército de los Andes. Yo los he apaciguado cuanto ha estado á mis alcances, para que no se dé una campanada que nos pueda traer consecuencias fatales.

Crea V. que es su amigo verdadero—SAN MARTÍN.—*(Archivo de Guido).*

Réplica de Guido

Sr. D. José de San Martín.—Santiago de Chile y mayo 18 de 1819.—Mi más querido amigo: Veo por la de V. de 12 de mayo que en lugar de tomar su camino para acá, se va V. al campo. Permítame que le diga, que tal desvío en la crísis presente, abre una herida tal vez incurable contra V., contra la Patria y contra sus amigos.

Los últimos sucesos del sud del Bío-Bío, los de Talca y los de la Escuadra, como verá V. por las Gazetas, preparan un campo feliz si queremos trabajar contra los enemigos. Nada hay que deba embarazarnos una expedición al Perú, atropellando cuanto se oponga á esta idea, porque de su ejecución pende sólo la salvación de la Patria y del honor nacional adquirido con tantas fatigas.

En estas circunstancias, se ha presentado el proyecto que acompaño á V., realizable en todas sus partes para trasportar y mantener por cuatro meses una fuerza de 6,000 hombres. La compañía que cumplirá indudablemente su propuesta, está resuelta á modificar los precios. El Director O'Higgins me ha asegurado repetidas veces que el pensamiento le parece oportuno, que todo lo acepta con las modificaciones que se acordarán con los interesados, *siempre que V. lo apruebe y mande la expedición.*

Amigo, si desperdiciamos esta coyuntura, somos mejores para cantar misa que para Patriotas.

Me es sensible se haya llegado el caso de que los Gefes de los Andes le hayan dirigido la representación de que V. me habla. Ello es, que si la fuerza se mueve de Mendoza, se disuelve como sal en el agua.

Al ver ciertas cosas y lo que me dice de su correspondencia privada, me desespero por hablarlo. ¿Por qué se retira V. tanto de sus buenos amigos? Nada importan los errores, cuando hay medio honesto de enmendarlos. V. ha entrado en el camino de la gloria para colocar en ella á su Patria, y es una debilidad detener la marcha por no atravesar algunas espinas!

Si V. acepta el proyecto de la compañía, la expedición se hace.

Pién selobien, y conteste por extraordinario. Su invariable amigo—*T. Guido.*—*(Archivo de Guido).*

Otra carta de Guido

Sr. D. José de San Martín.—Santiago de Chile y mayo 22 de 1819.—Mi amigo querido: Anoche se presentó á los amigos (O-O) el proyecto (de habilitación del ejército expedicionario) y se nombró á Chavarría y Borgoño en unión del direc-

tor para su exámen. Las observaciones deben presentarse pasado mañana á la noche (O-O) en el concepto de que la compañía está dispuesta á rebajar hasta donde sea posible.

Entre las dificultades que presentaron algunos amigos (O-O), las principales fueron: si el gobierno de Buenos Aires concurriría con alguna suma y con cuanto, y si podría contarse con la División del Ejército de los Andes existente en Mendoza, respecto á que por diciembre puede repasar la cordillera.

Sobre ninguno de estos puntos he podido dar contestación decisiva.

No lo olvida á V. un momento su—*T. Guido.*

Contestación de San Martín

Sr. D. Tomás Guido.—Mendoza, mayo 26 de 1819.—Mi querido amigo: Contesto á la de V. del 18.

He visto el plan y propuesta hecha á O'Higgins, y á la verdad, se vé en él visiblemente la concienzuda mano de Arcos. Pero en fin, yo veo que hay casos en que es necesario entrar por todo.

Yo no lo entenderé, pero creo que si el gobierno de Chile tuviese buenas manos auxiliares, toda la propuesta que se hace podría verificarse cómodamente por 250,000 pesos.

En este correo escribo á O'Higgins oficialmente. Estoy pronto á marchar; pero antes de verificarlo quiero ver algo, es decir, que haya expedición aunque sea de 1,000 hombres. En este caso, habré cumplido con sacrificarme, pero no perderé mi honor. Á V. le consta cuantas veces he sido el ridículo juguete, y cuantas veces me han comprometido. Ya sería debilidad en mí permitir se repitiesen estas escenas.

Pero vaya otra propuesta que me parece pueda llenar todos los objetos. ¿No sería mejor que fuese O'Higgins mandando la expedición y yo de Gefe de Estado Mayor? Por este medio se activaría todo y todo se conciliaba.

Nada me escribe O'Higgins sobre el plan presentado por la compañía expedicionaria. Si me lo pregunta, me veré en mil conflictos, no por él, sino por los malvados que tal vez creerian tenia una parte muy activa en su aprobación.

Se me olvidaba: ¿Cree V. de buena fé pueda salir de Chile una expedición de 6,000 hombres? Me contentaría con 4,000, y es haciendo el mayor esfuerzo lo que puede marchar. Al tiempo por testigo.

Adios, mi querido amigo, eternamente lo será suyo—SAN MARTÍN.—*(Archivo de Guido).*

APÉNDICE Nº 25 AL CAP. XXIII, § III

PLAN DE SAN MARTÍN para atacar en el mar la proyectada expedición española en 1819, doblando el Cabo de Hornos la escuadra de Chile á órdenes de Cochrane.—*(Originales).*

1º

Carta de San Martín á Guido comunicando el plan

Sr. D. Tomás Guido.—Mendoza, 28 de julio de 1819.—Mi amigo: El 11 del corriente llegó á Buenos Aires un buque procedente de Gibraltar; este, por las comunicaciones que trae, asegura de un modo indudable la venida de la expedición á Buenos Aires: sus crecidas fuerzas lo indican de un modo positivo. Si como todos afirman, la expedición es de 18 mil hombres, yo le encuentro muy feo semblante. Entre mis reflexiones de esta noche, se me han ocurrido las reflexiones siguientes, únicas en mi concepto de salvar el país. Por no perder un tiempo que ahora debe ser tan precioso, no se las copio; pero véalas en el oficio á O'Higgins. El amor á la Patria me hace echar sobre mí toda responsabilidad: si contribuyo á salvarla, aunque después me ahorquen. Como verá por el oficio V. va facultado por mí para esta negociación. En ella nada perdemos, y todo se va á ganar. Los 50 mil pesos los tengo prontos, y por el poder que le incluyo puede tomarlos de los amigos.

No hay que perder un momento. Si nuestro O'Higgins y Cochrane convienen, salga la escuadra sin perder un solo momento. Si este paso no le parece á V. bien, suspenda todo. De todas suertes, Chile con las fuerzas que tiene y la División de Mendoza, puede desafiar á Lima. Si destruimos la expedición española, la América es libre.

Creo que en el sigilo pende el buen éxito de todo. O'Higgins, V. y Cochrane, son los únicos que deben saberlo, y como están en el arcano, sólo después que haya salido la escuadra lo haré presente á Rondeau.

Actividad, mi amigo, y el país es libre.

Si el plan se verifica, va la adjunta libranza de los 50 mil pesos.

Cuando salga la Escuadra, sería conveniente echar la voz de que va á destruir la de Lima.—JOSÉ DE SAN MARTÍN.—*(Borrador original).*

Libranza adjunta

Tanto de los fondos que se hallan en la caja del Ejército de los Andes como en esta Capital, tendrá V. S. á disposición

del Sr. Diputado de las Provincias Unidas don Tomás Guido, la cantidad de *cincuenta mil pesos* á la vista.—Mendoza, julio 28 de 1819.—JOSÉ DE SAN MARTÍN.—Sr. Intendente del Ejército.

2º

Oficio de San Martín á Guido

Tengo el honor de incluir á V. S. en copia, el oficio que con esta fecha paso al Exmo. Sr. Director de ese Estado, con los artículos y proposiciones que á nombre de nuestro Gobierno le hago para que la marina de Chile marche sin pérdida de instantes á batir la expedición española, que según noticias de nuestro Supremo Director se dirigía al Río de la Plata, y debe salir de Cádiz en todo el agosto próximo.

Queda V. S. facultado para tratar definitivamente este negocio, y al efecto le incluyo la adjunta libranza de *cincuenta mil pesos* para el caso de que el gobierno de Chile apruebe y sancione mis propuestas.

Toda responsabilidad recae sobre mí. La fluencia de tiempo y la imposibilidad de esperar contestación de nuestro gobierno en circunstancias en que la menor demora pondría en peligro la suerte de Sud-América, debe convencer á V. S. de la necesidad de arrostrar por todo si se consigue el objeto de salvar el país.

No obstante llamárseme por nuestro gobierno con la mayor exigencia para la capital, no me pondré en marcha hasta no recibir contestación de V. S., la que espero sea sin perder un sólo momento.—Mendoza, julio 28 de 1819.—JOSÉ DE SAN MARTÍN.—Sr. Diputado de las Provincias Unidas.—*(Borrador original)*.

3º

Carta de San Martín á O'Higgins comunicándole el plan

Sr. D. Bernardo O'Higgins.—Mendoza, 28 de julio de 1819. —Compañero y amigo amado: El destino de la América del Sud está pendiente sólo de V. No hay duda que viene la expedición á atacar á Buenos Aires, y tampoco la hay de que si viene, como todos aseguran, fuerte de 18 mil hombres, el sistema se lo lleva el Diablo. El único modo de libertarlo es, el que esa Escuadra parta sin perder momentos á destrozar la expedición. La falta de marina de Chile no asegura tanto ese Estado como la fuerza que V. tendrá disponible para su defensa.

Si convencido V. de mis razones hace V. partir la escua-

dra para batir la expedición, San Martín ofrece á V. cumplir, bajo su palabra de honor y como amigo suyo, los artículos que especialmente le propongo.

Los buenos resultados penden en el sigilo, y por lo tanto, soy de opinión, que sólo V., Cochrane y Guido deben estar en este arcano.

Se me llama con la mayor exigencia á Buenos Aires, pero no partiré hasta recibir la contestación de V. Le ruego por nuestra amistad no me la demore un sólo momento.

Es la ocasión de que V. sea el Libertador de la América del Sur.

La Expedición Española no saldrá de Cádiz sino en todo agosto; de consiguiente da tiempo suficiente para que nuestra Escuadra pueda batirla. Si como es de esperar, Cochrane lo verifica, terminamos la Guerra.

Adios, mi amigo, toda mi amistad se interesa en el éxito de este proyecto, pues de él resultará el bien general de la América.

Suyo hasta la muerte, su—SAN MARTÍN.—(*Borrador autógrafo.* El original de esta carta existe en el archivo de O'Higgins, colec. Vicuña Mackenna).

4º

Oficio de San Martín á O'Higgins

Exmo. señor: No queda el menor género de duda, de que una expedición española fuerte de 18 mil hombres debía salir del puerto de Cádiz para el Río de la Plata. V. S. conoce, que fuerzas de tal tamaño pueden poner en peligro, no sólo las Provincias Unidas, sino el Estado de Chile. Por otra parte, ignoramos si estas fuerzas vendrán ó no en combinación con las de los portugueses, y en este caso, la existencia política de Sud-América peligra notablemente.

Las fuerzas organizadas que este Estado puede oponer son bien débiles: ellas se hallan diseminadas en puntos muy distantes entre sí, é imposible en el apuro de reunirlas por las indispensables ocupaciones que las ocupan. El Paraguay, Banda Oriental, Entre-Ríos y Santa-Fé en disidencia, llaman la atención de las fuerzas que debíamos organizar para rechazar la invasión. Desgraciadamente la experiencia ha demostrado, que el fermento de las pasiones y desunión, nunca se ha manifestado en su solio, como cuando nos hemos visto en los mayores peligros. En una palabra, si los enemigos atacan á Buenos Aires, no puede contarse para rechazar á los Españoles, sino con las provincias de Córdoba y Cuyo; los auxilios de estas dos últimas pueden ser tardíos por la distancia y débiles por la falta de brazos. Nada puede esperarse de las de

Salta, Tucumán y Santiago del Estero, pues estas tendrán que contender con las fuerzas que manda Laserna, el que necesariamente debe darles una impulsión para obrar en combinación con las que ataquen á Buenos Aires.

Este punto de vista, á la verdad no presenta un aspecto muy lisongero para la causa de la América del Sud y Chile, que por un principio natural deberán sucumbir necesariamente.

En estas circunstancias, creo que sólo V. E. puede ser árbitro de los destinos de Sud-América, y me atrevo á hacer á V. E. la proposición seguro de los buenos resultados á la causa en general, la que no dudo sancionará mi gobierno, mediante hallarme facultado por el mismo para tratar con V. E. todo lo que pueda promover la felicidad de ambos Estados.

Es indudable la salida de Cádiz de tres navíos y dos fragatas con destino al Pacífico. Quiero suponer que la fortuna de la marina de ese Estado aprese uno de los navíos, por la separación consiguiente que deben experimentar en el Cabo: de todas suertes, la escuadra de Lima queda muy superior á la de Chile, y de consiguiente con la dominación del Pacífico. En este caso, la escuadra de ese Estado, se verá en la necesidad de encerrarse en uno de los puertos, con la gran dificultad de poderla sostener, al mismo tiempo que el virey de Lima podrá expedicionar contra Chile, donde encontraría fuerzas escasas, pues si los españoles atacan á Buenos Aires, necesariamente debían repasar los Andes las fuerzas del mando del coronel Las Heras, de lo que resultaría quedar débiles en todas partes, abriendo campo por este medio á los enemigos de la causa y díscolos para alterar el orden de ese Estado.

En fin, Exmo. señor, yo no encuentro en las críticas circunstancias que presenta la América, más arbitrio que el que la escuadra de Chile salga sin pérdida de momento á destruir la expedición española que debe salir de Cádiz en todo agosto escoltada á lo más por dos fragatas de guerra, por cuanto nada tienen que temer de las fuerzas marítimas de las Provincias Unidas, pues las de Chile deben suponerlas ocupadas en el Pacífico.

En el interin, para que ese Estado quedase con toda seguridad, hago á V. E. en nombre de mi gobierno las proposiciones siguientes:

1º El Estado de Buenos Aires pondrá á disposición del gobierno de Chile, siempre que este convenga en prestar su escuadra para destruir la expedición española, la cantidad de cincuenta mil pesos á la vista para el equipo de dicha escuadra.

2º Desde el día de la salida de la escuadra, la división del coronel Las Heras será pagada y vestida por el gobierno de las Provincias Unidas.

3º Permanecerá en Mendoza una División de 2,500 hom-

bres de tropa de línea para ser empleada en la defensa de Chile á disposición de ese gobierno.

4º Estas Provincias deberán poner en la de Chile en todo febrero próximo á más tardar, la cantidad de 6,000 caballos útiles para el servicio de ese Estado.

5º Las Provincias Unidas remitirán al puerto que indique el almirante de la escuadra, la cantidad de víveres y demás refrescos que ella necesite.

Si estas propuestas son admitidas por V. E., espero que su suprema sanción sea anunciada al Sr. Diputado de estas Provincias, á quien con esta fecha doy mi poder.

Mendoza, julio 28 de 1819.—José de San Martín.—Exmo. Supremo Director del Estado de Chile.—*(Borrador autógrafo)*.

5º

Cartas de Guido dando cuenta de su misión

Reservado.—Sr. D. José de San Martín.—Santiago, agosto 7 de 1819.—Mi amadísimo amigo: El extraordinario del 28 con los pliegos de V. llegó ayer á las 9 de la mañana. Apesar de estar algo enfermo no perdí momentos en proponer el plan: por no dejar de hacer alguna tentativa; pero desde luego lo creí irrealizable. Apenas impusimos á Cochrane, se opuso abiertamente, y no se apartó del texto de incendiar antes de todo la escuadra de Lima. Sobre esto dá este hombre todas seguridades mediante el auxilio de los cohetes, que no hay que contestarle; llegando al término, de que apurado por mí en la conferencia de ayer mañana sobre las consecuencias de un contraste, me contestó con acaloramiento: *que con la escuadra y sus cohetes no temia á toda la escuadra inglesa.* ¿Qué hacemos, pues, en este caso?

Yo apuré la cuestión hasta donde pude, contando con la seguridad que V. daba de que la expedición española venia á Buenos Aires, según las noticias del buque de Gibraltar; pero Zañartu escribe con relación al mismo buque y dice: que aunque se hacian los aprestos en Cádiz para la grande expedición, no había prontos sino algunos trasportes españoles, insuficientes para conducirla.

He recomendado reserva en el proyecto de V.

No olvide V. á su invariable—*T. Guido.*

Otra carta de Guido sobre lo mismo

Sr. D. José de San Martín.—Santiago de Chile y agosto de 1819.—Mi amado amigo: El plan de V. acerca de la Escuadra sobre que contesté por extraordinario del 7, me ha ocupado y me ocupa sin cesar, viendo medio de conciliar los

grandes resultados de la destrucción de la expedición española.

Después que Cochrane dió verbalmente su opinión *tal cual la vacié en mi oficio*, se inclinó á que destruida que fuese la escuadra del Callao, doblase el Cabo de Hornos con el fin de destruir la expedición española, aunque los navíos que se esperan quedasen en el Pacífico. Hoy se ha ratificado en estas opiniones, y según ha dado á entender á un amigo mio, sólo encuentra dificultad en la *falta de fondos* para socorrer la Escuadra á su regreso á Valparaíso, despues de incendiar los buques del Callao.

Yo miro siempre por muy remoto el que doble el Cabo, porque según las noticias últimas, los navíos pueden estar para septiembre ú octubre, y para este tiempo apenas habrá concluido la empresa del Callao, y difícilmente deja Cochrane de buscar los navíos en el Pacífico.

Comunique V. por extraordinario lo que quiera que se haga, y no olvide á su amigo—*T. Guido.*

6º

Oficio de Guido sobre lo mismo

Muy reservado.—Exmo. señor: Luego que recibí ayer mañana la comunicación de V. E. de 28 de julio ppdo. con la copia del oficio al Director Supremo de este Estado, pasé en persona á entregar á S. E. el pliego que V. E. me incluía y á conferenciar sobre su contenido con la viveza que exige la situación presente de nuestros negocios. Una casualidad proporcionó la presencia del almirante lord Cochrane, con cuya ocasión el director supremo le explicó el proyecto de V. E. y pidió su opinión acerca de la dirección de la Escuadra de Chile al Río de la Plata para destruir la expedición española.

Lord Cochrane, sin embargo de escuchar algunas reflexiones mias en apoyo del pensamiento de V. E., opinó decisivamente por la negativa, protestando *responder con su cabeza* de la destrucción de la fuerza naval de España destinada al Pacífico. Sostuvo, que el único plan para salvar el país, era incendiar inmediatamente la escuadra de Lima anclada en el Callao, y disponerse á ejecutar lo mismo, auxiliado de cohetes con los buques de guerra que se esperan de España, de cuya operación se encargaba él, y cuyo éxito lo miraba *cierto*, divirtiendo entre tanto á Pezuela con alguna corta fuerza sobre las costas del Perú. Observó la probabilidad de que la expedición de tropas para el Río de la Plata refrescase en Río Janeiro, en cuyo caso la escuadra de Chile cruzaría por mucho tiempo sin objeto sobre el Pacífico, y que abandonado este, aprovecharía Pezuela el momento para traer la guerra á Chile con fuerzas respetables.

Á las reflexiones antecedentes, opuse la hipótesis de un contraste en la escuadra de Chile, y desenvolví las consecuencias necesarias contra la seguridad de la América; pero lord Cochrane entregado á una confianza poco menos que temeraria, no se apartó durante la sesión de los principios que había sentado, y el director supremo pidió tiempo para resolver.

Después que el lord Cochrane sostuvo *de un modo decidido* la inoportunidad del movimiento de la escuadra fuera del Pacífico, é inclinándose el Director Supremo á su opinión, creí no era prudente insistir en una empresa á que se me oponían los ejecutores, y poco menos el que había de dar el primer impulso. Era necesario ceder, porque además de las dificultades expuestas, faltaban otros elementos indispensables para el buen resultado de la empresa, que voy á exponer.

La mayor parte de los oficiales de la escuadra y toda la tripulación extranjera, ha entrado al servicio en la esperanza de una campaña corta y lucrativa, contando entre las ganancias de esta especulación el botin que pueden adquirir en los pueblos en que lleguen á desembarcar, como se ha ejecutado durante el último crucero en las poblaciones de Payta, Huacho y otras. Por consiguiente, la variación de rumbo hacia el Río de la Plata, alarmará sin duda la tripulación y produciría un descontento general con peligro inminente de un desenlace trágico.

Por otra parte, todo el país tiene fija su vista en la escuadra, como la única barrera que contiene al virey del Perú, y por un clamor uniforme se pide la pronta salida de ella al Callao á destruir la española y evitar la reunión de los navíos que vienen al Pacífico.

Sin descubrir las observaciones antecedentes, y después que el Sr. Director quedó persuadido de los términos á que podría extenderse la negociación, me sometí á su decisión, porque creía infructuosa cualquier tentativa sobre este punto, hasta que en la última conferencia se me manifestó S. E. conformado con la opinión de lord Cochrane. Pedí entonces contestación terminante para V. E., la que acabo de recibir é incluyo en pliego cerrado, devolviendo la libranza de los cincuenta mil pesos destinados á facilitar el proyecto, con lo que queda concluida la comisión con que V. se sirvió honrarme.

Santiago de Chile, agosto 7 á las 3 de la tarde.—*Tomás Guido*.—Exmo. Sr. Capitán Gral. D. José de San Martín.

7º

Carta de O'Higgins á San Martín

Sr. D. José de San Martín.—Santiago, agosto 7 de 1819. Compañero y amigo amado: No he demorado más la contes-

tación á su apreciable de 28 del pasado que lo muy preciso para que lord Cochrane me contestase lo que verá V. por la traducción inclusa con mi oficio.

Creo que tendremos tiempo para todo. Los papeles ingleses aún dudan que la expedición salga tan luego, por falta de trasportes y de todo. Cierto es que se habían revistado 15 mil hombres, pero aún no había víveres para ellos en 28 de marzo.

Lord Cochrane me asegura la destrucción de los navíos españoles, aunque sean seis y vengan unidos.

No quiero demorar más tiempo la contestación.

Repito á V. que cuanto haya aquí y pueda contribuir á la salvación del virtuoso pueblo de Buenos Aires, cuente V. con ello como con su eterno amigo—*Bernardo O'Higgins.—(Original)*

8º

Oficio del director O'Higgins é informe de Cochrane sobre el proyecto

Reservado.—Exmo. señor: En el momento mismo en que el Diputado de las Provincias Unidas puso en mis manos el oficio de V. E. de 28 del pasado, hice comparecer al almirante lord Cochrane, que se halla en esta capital, para escuchar su dictámen sobre el proyecto propuesto por V. E.; y después de una larga conferencia y del más maduro exámen de los puntos sobre que versa el plan, á que se halló presente el mismo Sr. Diputado, se convino en que su realización en el día, lejos de favorecer á Buenos Aires, le perjudicaría, como también á Chile y á la causa en general.

Para convencerse de esta verdad, basta que V. E. reflexione, que en el momento que el virey del Perú supiese la dirección de nuestra escuadra, enviaría á este país seis mil ó más hombres, suficientes para impedir que las tropas de Buenos Aires diesen el menor auxilio á aquella ciudad invadida, y abandonada á sí misma por el avance que hiciese el general La Serna. Por el contrario, saliendo nuestra escuadra para el Callao, como saldrá dentro de ocho días, provista de todos los cohetes necesarios, debe destruir á la enemiga, de lo cual responde lord Cochrane con su cabeza. Verificado esto, queda el virey continuamente amenazado en la dilatada extensión de las costas del Perú, sin poderse exponer á alejar el ejército de La Serna, y entonces nuestra escuadra estará en aptitud de doblar el Cabo, y la tropa auxiliar á Buenos Aires sin riesgo de este país y con ventaja de aquél.

Á mayor abundamiento, oficié posteriormente á lord Cochrane sobre el mismo asunto; y ha reproducido por escrito lo que expuso verbalmente, según verá V. E. por la traducción que de su oficio le acompaño.

Santiago, agosto 7 de 1819.—*Bernardo O'Higgins.*—Sr. Capitán Gral. D. José de San Martín.—*(Original).*

Informe de Cochrane adjunto

(Traducción)—Santiago, 6 de agosto de 1819.—Exmo. señor: Mucho me lisongea la honra que V. E. se ha servido hacerme, consultándome sobre unos puntos que envuelven, no sólo los más caros intereses de Chile, sino la libertad é independencia de toda la América.

Á la primera cuestión, que ciertamente está enlazada con las demás y las comprende todas, á saber: «Si la escuadra del Estado puede doblar el Cabo de Hornos para ir al Río de la Plata», debo contestar: que haciendo así, estará la costa abierta á merced del virey; á lo que se agrega, que como la escuadra de Cádiz no ha de salir *hasta este mes,* nada ganaríamos, y sí perderíamos mucho con que *saliese ahora* la escuadra de Chile; porque lo sabria el virey en tiempo para hacer una diversión, é impedir que las tropas de Buenos Aires y Chile auxiliasen á sus hermanos del Plata.

Creo, pues, con toda la deferencia debida, que estando ya casi prontos todos los cohetes, es necesario quemar primero la escuadra y trasportes del Callao, exparcir proclamas y poner en movimiento al Perú, si esto es practicable, á fin de detener los progresos del ejército del Alto Perú y entretenerlo en su territorio.

Todo esto puede hacerse; y la escuadra de Chile tocando en Valparaíso á su vuelta, puede estar en el Río de la Plata ó en el Janeiro en tiempo para frustrar los planes de la España.

Permítame que le repita por escrito, que con sólo los *cohetes* podemos destruir *una fuerza naval superior;* y que debe hacerse sin pérdida de tiempo, además de la cantidad ordenada, toda la posible para destruir la expedición que se aguarda del enemigo.

Baste agregar, que yo creo infalible la aniquilación de los buques del Callao, desde que la emprendamos.

Tengo el honor de ser de V. E.—*Cochrane.*—*(Copia auténtica).*

APÉNDICE Nº 26 AL CAP. XXIII

LA DESOBEDIENCIA DE SAN MARTÍN—Documentos ilustrativos *(Originales)*.

(Primera série)

CORRESPONDENCIA CONFIDENCIAL ENTRE EL DIRECTOR RONDEAU Y SAN MARTÍN QUE PRECEDIÓ Á LA DESOBEDIENCIA

Rondeau á San Martín

Sr. D. José de San Martín.—Amado compañero: Ya no debe quedarnos la más pequeña duda de que viene la expedición española. Acabo de recibir comunicaciones de nuestros diputados Gómez y García, el primero en París y el otro en el Janeiro, que nos lo aseguran, con encargo muy especial de que el país se ponga en estado de defensa sin perder momentos, porque convienen en que dará la vela á principios del entrante. Así, pues, se hace más preciso é interesante la venida de V. lo más pronto que sea posible para que acordemos el plan que debamos adoptar, como que es V. el que ha de mandar en jefe el ejército que se forme. Entre tanto V. llega, se va adelantando lo que se pueda y permita la escasez de recursos, bien que en adelante podremos contar con algunos, pues el Congreso empieza á dar facultades para proporcionarlos.

Como supongo que esta debe encontrarle á V. en camino, encargo que la correspondencia que le dirija la lleve el correo á mano. Algunas otras cosas trataremos á nuestra vista. Entre tanto desea á V. la más completa salud su verdadero amigo y compañero—*José Rondeau.*—Buenos Aires, 11 de agosto de 1819.—*(Autógrafo)*.

San Martín á Rondeau

Sr. D. José Rondeau.—Mendoza, 27 de agosto de 1819.—Compañero amado: En su apreciable del 11 me dice que no debe quedarnos la más pequeña duda sobre la venida de la Expedición Española á nuestras Costas: á mí no me quedó ninguna desde el momento que supe por Álvarez Condarco y Mr. Neile, que se habían fletado en los puertos de Inglaterra un número crecido de trasportes; asi es que, por este principio se ha obrado en la Provincia *(de Cuyo)* y me lisongeo de repetir á V. que para mediados de octubre se puede contar con 4,000 hombres, entre 2,300 veteranos, y un tren de 16 piezas corriente para marchar, pues hemos echado mano hasta de las campanas para la fundición de balas que nos faltaban. La

tropa de línea mencionada se compone de seis escuadrones de caballería, á saber, 3 de Granaderos y 3 de Cazadores á caballo; el batallón de cazadores de infantería de Rudecindo Alvarado, fuerte en el día de 900 plazas, y de 200 artilleros: el resto será de milicias de caballería organizadas en siete escuadrones.

Por tercera vez tenia el coche á la puerta para marchar, y por tercera vez he vuelto á recaer; pero esta última ha sido en términos de estar de bastante cuidado. En fin, desde ayer he empezado á conocer algún alivio, que si este sigue, y me repongo alguna cosa de la debilidad en que me hallo, me pondré en marcha lo más pronto que me sea dable.

Yo no escribo al director del Estado; yo lo hago á un amigo, cuya honradez, desinterés y amor á su País son bien notorios: V. me hará la justicia de creer que no sé adular; pero sí hablar con franqueza: 1º por la confianza que V. me dispensa, y 2º por el interés general de nuestra Patria.

¿Con que al fin el Congreso empieza á dar facultades al gobierno para que pueda proporcionarse arbitrios? Compañero mio, no hay que cansarnos: si en las actuales circunstancias el Poder Ejecutivo no estaba revestido de unas facultades ilimitadas y sin que tenga la menor traba, el país se pierde irremisiblemente. Los enemigos que nos van á atacar no se contienen con libertad de Imprenta, seguridad individual, idem de propiedad, estatutos, Reglamentos y Constituciones. Las bayonetas y sables son los que tienen que rechazarlos, y asegurar aquellos dones preciosos para mejor época. En el día, compañero querido, no puede haber otra ley que la que inspire al que manda el peligro en que nos hallamos. Faltan vestuarios, falta fierro, faltan maderas, etc., etc., la imperiosa necesidad hace que se tomen donde se encuentren. Sin este método, y facultar á V. para hacerla, no hay fondos suficientes en el día para ponernos en defensa, ni la podremos hacer. De este arbitrio me valí para la Expedición á Chile: á cada ciudadano á quien se tomaba cualquier artículo que necesitaba el Estado, se le daba un recibo formalizado por una comisión, y tengo la satisfacción de decir á V. que nada se debe, pues después se ha satisfecho con terrenos y otros mil arbitrios. Este mismo plan es el que se ha adoptado en el día y sus resultados son felices.

Si somos libres, todo nos sobra; y de consiguiente, los ciudadanos serán recompensados de sus esfuerzos. Yo firmemente persuadido y seguro que si el pueblo de Buenos Aires y restos de las Provincias hacen un corto sacrificio, y el gobierno no tiene trabas para exigirlo, batimos seguramente al enemigo.

No es en una carta en la que se pueden explanar muchas ideas, y mucho menos en el estado en que se halla mi cabeza;

pero creo, que si ponemos 10 mil hombres veteranos, como podemos hacerlo en cuatro meses, no son los españoles los que nos hacen bajar la cerviz. Si pudiéramos poner 16 escuadrones de caballería de línea, como en mi concepto se puede verificar y un tren de 30 piezas volantes, asegurábamos la victoria.

Ruego á V. se sirva mandar construir 1,500 lanzas bajo las dimensiones de las que se usan en Europa, pues me he convencido de sus ventajas en la última campaña de Chile, por los lanceros que traian los enemigos.

Adios, mi amigo querido, lo es de V. con todas veras su —José de Sam Martín.—*(Copia autenticada por San Martín).*

Rondeau á San Martín

Sr. D. José de San Martín.—Buenos Aires, 7 de septiembre de 1819.—Compañero más amado: Cuando estábamos en la firme persuación de que debíamos ser invadidos por los españoles, según los datos que referí á V. en mi anterior, y que con concepto á esto empecé á poner en movimiento todos los elementos que deben servir á nuestra defensa (reservando lo más esencial del plan que se ha adoptado para consultarlo con V. á su llegada, que á no ser sus nuevos quebrantos ya hubiera tenido el gusto de verle por acá) han aparecido aquí varias cartas, y en particular un buque inglés procedente de Gibraltar, que ponen nuevamente en duda el ataque con que somos amagados, fundándose en que se han despedido los trasportes que se habían contratado; en el descontento de las tropas expedicionarias á venir á América; y más que todo, en la oposición de los portugueses, cuyos preparativos en el Brasil son demasiado públicos con el fin de no sufrir un desaire si aquellos intentasen tomar algunos de sus puertos, no estando tampoco conforme con la entrega de la plaza de Montevideo.

Esta porción de cosas y otras que se agregan, han decidido á este pueblo en lo general á no creer en la tal invasión, de suerte que me veo en trabajos para continuar la ejecución de algunas de las medidas mandadas practicar, de manera que me voy con pulso hasta obtener mejores noticias, que no pasará de este mes, pues se esperan otros buques de Gibraltar.

Aquí había dejado mi carta para continuarla á medio día, cuando por la tarde entra D. Ambrosio Lezica con comunicaciones recibidas de aquél punto, permaneciendo el buque que las ha traido en la Ensenada, donde ha fondeado. El sujeto que las dirige es un agente oculto de este gobierno que se halla en Cádiz, y de quien se hace la más alta confianza. Parece que, ya sin cuestión sobre esta noticia, debemos decidirnos á pensar en la expedición á Lima, sobre cuyo punto deme V. las ideas que crea convenientes.

Su affmo. amigo y compañero—*José Rondeau.—(Autógrafo).*

Extractos de cartas de Rondeau á San Martín

Buenos Aires, septiembre 26 de 1819.—Por un buque inglés que entró á Montevideo el 22 del corriente, procedente de Londres con 60 días de navegación, se confirma la noticia dada á V. sobre expedición: aquél asegura haber regresado á los puertos respectivos de su nación los trasportes fletados, etc. Lo cierto es que por ahora fué á tierra el proyecto de invadirnos. En este correo dispongo marche á Tucumán el ejército (de Belgrano) situado ahora en Córdoba, con el fin de que se vaya aumentando para la entrada al Perú más adelante; pero que quede la caballería en Córdoba para lo que pueda ocurrir con los disidentes.—*José Rondeau.—(Autógrafo).*

Buenos Aires, 27 de octubre de 1819.—Remito á V. la última comunicación que he recibido de Gibraltar sobre movimientos de la Península y estado de la expedición hacia esta parte. Por ella se deja conocer, que si insisten en su proyecto, no será tan pronto realizable, y así tendremos siempre lugar para prepararnos. Deseamos constantemente ver á V. por estas inmediaciones según lo prevenido anteriormente.—*José Rondeau.—(Autógrafo).*

Última carta de Rondeau á San Martín

Sr. D. José de San Martín.—(Campamento), diciembre 19 de 1819.—Amado compañero: Conozco muy bien la situación actual de nuestro país, y V. puede estar seguro de que mi opinión y la de otros amigos simpatiza con la de V.; pero no así el resto, como verá por las comunicaciones del Congreso que le dirigí en copia.

Yo escribo con esta fecha á Buenos Aires incluyendo su confidencial. (1) Veremos que efecto produce: las resultas las sabrá V. por extraordinario, aunque me temo que allí no se variará, por esto convendría viniese pronto la fuerza pedida, y más por cuanto nos ha perjudicado mucho la carta que con fecha 26 del pasado dirigía á V. y fué interceptada por los enemigos, de cuyo contenido trasmito á V. parte en otra que con fecha de ayer recibirá por Cruz.

Mucho siento el mal estado de su salud: cuídese mucho y no omita medio para repararla, que es lo principal.

Yo no pierdo las esperanzas de hacer á V. una visita. Entre tanto, disponga V. como guste de la verdadera amistad que le profesa su compañero—*José Rondeau.—(Autógrafo).*

---

(1) La carta á que se hace referencia no se encuentra en el archivo de San Martín, pero su contenido puede colegirse por lo que se dice más adelante.

(Segunda série)

CORRESPONDENCIA OFICIAL ENTRE EL GOBIERNO Y SAN MARTÍN LLAMÁNDOLE CON SUS FUERZAS Á BUENOS AIRES

Primer llamado personal

Entre las angustias que afligen al director supremo del Estado, en las apuradas circunstancias de hallarse el erario público casi enteramente exhausto, y repetirse las noticias anunciativas de la fuerte invasión española contra estas Provincias, con sólo la circunstancia de alejarse el término de su salida de Cádiz para el mes de septiembre ú octubre próximo, no es la menor la falta de salud de V. E., cuyas virtudes y conocimientos militares reputa la Superioridad como un antemural de la libertad de la Patria.

La nación está bien persuadida de que en cualquier estado en que V. E. se halle al arribo de aquella, consagrará toda su sangre á la defensa del país; más esto no basta, y es de necesidad se predisponga lo necesario para que no sean infructuosos tantos sacrificios; y es por esto, que contando el gobierno, como contará siempre, con el heróico y noble esfuerzo de V. E., desearía y quiere, que si fuere posible en el estado actual de su salud ó cuando esta lo permita, se transfiera á la brevedad posible á esta Capital con el sólo, el único, urgente é importantísimo fin de consultar y combinar con la supremacia y demás Gefes militares de la Nación, el plan de defensa y demás providencias que deban y puedan adoptarse en el alto empeño á que tales ocurrencias nos precisan.

V. E. conoce bien la urgencia con que se le exige este sacrificio, y el gobierno sin dudar un sólo momento de que se prestará á él, si le fuere posible, me ordena lo avise como tengo el honor de hacerlo para su conocimiento.

Buenos Aires, julio 10 de 1819.—*Matías de Irigoyen.*—Exmo. Sr. Capitán Gral. D. José de San Martín.—*(Original).*

Contestación de San Martín al anterior

Exmo. señor: Por muchos que fuesen los servicios que hubiese prestado á mi patria, quedarían más que recompensados con las honrosas expresiones con que me favorece el Exmo. Sr. Director en la honorable de V. E. de 10 del presente.

Tenga V. S. la bondad de asegurar á S. E. que el sacrificio de mi vida está pronto á hacerse en beneficio de la Causa, así como el de que, inmediatamente que me halle un poco más

aliviado (lo que creo se verificará dentro de seis ú ocho días) me pondré en marcha á recibir sus superiores órdenes.

Mendoza, julio 26 de 1819.—JOSÉ DE SAN MARTÍN.—Al Sr. Ministro de Estado en el Departamento de Guerra.—*(Original* en el archivo general y constancia en el libro copiador de notas de San Martín).

El gobierno insiste en su llamamiento

He puesto en manos del gobierno supremo la nota de V. E. de 26 de julio último, é impuesto de ella, me ha ordenado diga en contestación, que según las novísimas comunicaciones que se han recibido de ultramar, no queda la menor duda sobre la venida de los españoles, y ella ha de verificarse muy prontamente:—que la Superioridad se predispone á recibirlos como corresponde, y espera que los conocimientos militares, valor y demás virtudes de los demás dignos generales y gefes de la fuerza nacional, escarmentarán al orgulloso peninsular y asegurarán de una vez la libertad del país:—que desea con ansia el arribo de V. E. á esta Capital, y que á este fin recomienda muy encarecidamente cuide del más pronto restablecimiento de su salud, tanto más interesante cuanto son tan preciosos los momentos que es de necesidad aprovechar, y no se esconden á la penetración de V. E.

Buenos Aires, agosto 6 de 1819.—*Matias de Irigoyen.*—Exmo. Sr. Capitán Gral. D. José de San Martín.—*(Original).*

Contestacióu de San Martín al anterior

Exmo. señor: Está en mi poder la honorable de V. S. de 6 del corriente, quedando enterado no haber la menor duda sobre la venida de los españoles al Río de la Plata.

Sírvase V. S. hacerle presente al Exmo. Supremo Director del Estado, como así mismo, que en cumplimiento de sus superiores órdenes me pondré inmediatamente en marcha á esa Capital si mi salud continúa algún tanto en mejoría, aunque no me halle restablecido enteramente.—JOSÉ DE SAN MARTÍN.—Sr. Ministro de Estado en el Departamento de Guerra, D. Matias de Irigoyen.—*(Libro copiadar de San Martín).*

Segundo llamamiento de San Martín con todas sus fuerzas (1)

Ancló en Montevideo un buque procedente de Gibraltar de donde salió el 31 de julio último, de cuya fecha son diversas cartas particulares de sujetos fidedignos. Ellas instruyen

---

(1) Esta nota se duplicó con fecha 13 de octubre y se triplicó el 16 del mismo.

que abortado el plan del ejército expedicionario y algunas provincias de España contra su monarca, por la negra conducta de O'Donnell, presos los gefes principales, y emigrada alguna oficialidad á Gibraltar, se activaba con el mayor empeño la próxima salida de la dicha expedición á estas costas, y según todas las apariencias, casi es indudable su realización, siendo de necesidad prepararnos instantáneamente á la defensa.

En tales circunstancias, ha resuelto el gobierno supremo, que haciendo V. E. aproximar á San Luis toda la infantería del Ejército de los Andes acantonada en esa Provincia *(de Cuyo)* y montando de ella la que sea posible, con esta montada y toda la caballería de la citada sección, se dirija brevemente á esta Capital, instruyendo de sus movimientos al general interino del ejército del Perú, á quien se previene hoy lo conveniente, marchando con todas las precauciones posibles y propias de su previsión en el territorio de Santa-Fé y sus inmediaciones, con cuyo gobierno tratará de conciliar en su paso si le fuere dable, nuestras antiguas desavenencias, estipulando y concluyendo los pactos más conformes al interés general de los pueblos, y dando cuenta desde la primera posta de esta provincia en que toque, para conocimiento de la Superioridad, de quien no esperará nuevas órdenes en el particular hasta después del cumplimiento de la presente resolución que se recomienda.

Buenos Aires, octubre 8 de 1819.—*Matias de Irigoyen.*—Exmo. Sr. Capitán Gral. D. José de San Martín.—*(Original).*

Se duplica con insistencia la anterior orden

Después de trascribir testualmente la nota que precede, se agrega: «Y siendo por momentos más urgente la presencia de V. E. en esta capital al importantísimo objeto de la defensa del Estado en los peligros que de ultramar se aproximan, me encarga el gobierno supremo, que en contestación á su nota sin fecha de la Guardia de la Carlota, trascriba la anterior resolución, recomendando, como tengo el honor de hacerlo, su cumplimiento, con prevención de que luego que se halle reunida toda la caballería, poniéndose V. E. á su cabeza, acelere sus marchas á esta Provincia, en que se le espera por instantes para la actividad y ejecución de los planes meditados en obsequio de la libertad y salvación del país, dando cuenta de su arribo desde el Pergamino.—Buenos Aires, octubre 13 de 1819.—*Matias de Irigoyen.*—Exmo. Sr. Capitán Gral. D. José de San Martín.—*(Original).*

Se triplica la misma orden

Trascripta como en la anterior la primera orden, se agrega: «Á los interesantísimos objetos que impulsaron dichas su-

premas resoluciones, se agrega hoy por desgracia la pérfida conducta del gobierno de Santa-Fé, que olvidando el sagrado deber de la causa general, é infringiendo escandalosamente los pactos celebrados, ha verificado el rompimiento de la ominosa guerra que en vano se ha tratado de evitar aún con degradación de la autoridad suprema, y se predispone á una esforzada invasión mancomunada con el Gefe de los Orientales don José Artigas y el inquieto don José Miguel Carrera que dicen goza de gran predicamento en Entre-Ríos, en circunstancias de que no contamos con los cuerpos de caballería necesarios á nuestra defensa en tan inesperada agresión. El Exmo. Sr. Director siempre invariable en mover los últimos resortes de la prudencia, para evitar la efusión de sangre entre hermanos, mucho más en las tristes circunstancias de peligros para la existencia de unos y otros, ha tenido á bien diputar al D.r don Vicente Anastasio Echevarría cerca del citado gobierno de Santa Fé y sus aliados, á fin de que los instruya de la necesidad de evitar la desastrosa guerra y consolidar nuestra unión; pero como la obsecación de aquellos no ofrece la menor esperanza del buen suceso de esta negociación, por esto es que, la Supremacia recomienda á V. E. nuevamente la exacta observancia de las precitadas órdenes, con especial encargo de la posible celeridad en su ejecución, y de que, si á ella se oponen los enemigos del orden, opere V. E. hostil y vigorosamente sin esperar nuevas órdenes al intento, en la inteligencia de que, la autoridad suprema satisfecha del celo, actividad y sentimientos de V. E., aprobará y aprueba desde ahora todas las providencias que adopte en tan importante objeto, sin otra calidad que la de dar cuenta en primera oportunidad.—Buenos Aires, octubre 16 de 1819.—*Matias de Irigoyen*»—*(Original)*.

Contestación de San Martín á las anteriores

Son en mi poder los oficios de V. S. de 8 y 13 del corriente, en que me manifiesta el abortado plan del ejército expedicionario y algunas provincias de España, etc., y que no obstante esto se activaba en todo empeño la dicha expedición contra esa Capital. En su consecuencia y de las superiores órdenes que V. S. me trasmite, se pondrá en movimiento toda la caballeria del Ejército, en el momento de recolectar las caballadas y muladas, hasta la provincia de Córdoba, á cuyo gobernador he oficiado con igual data para que me prepare las necesarias, igualmente que ganado para subsistencia de la División; quedando prevenido dar cuenta á esa Superioridad desde la Guardia del Pergamino de la marcha de la División. La flacura y mal estado de las caballadas, me imposibilitan absolutamente, así como la falta de recados, el poder hacer mar-

char ninguna infantería, pues toda ella quedará, según V. S. me previene acantonada en San Luis.

Sírvase V. S. elevarlo al conocimiento del Exmo. Supremo Director.—Cuartel general, 24 de octubre de 1819.—JOSÉ DE SAN MARTÍN.—Al Sr. Secretario de Estado en el Departamento de la Guerra.—*(Libro copiador de San Martín).*

El director Rondeau reitera con apremio las anteriores órdenes con el objeto de monarquizar las Provincias Unidas (1)

Reservadísimo.—Todos los motivos que hacían urgente la aproximación de V. E. con el ejército de su mando, son un átomo respecto de los que han ocurrido en estos últimos días. Ellos son de un orden superior á todo lo que puede imaginarse, y ponen en el más grande de los conflictos, no ya á la presente administración, sino directamente la existencia de todas las Provincias.

Las comunicaciones de Europa novísimamente recibidas nos anuncian próximamente y de un modo indudable un mal mayor que el de la expedición española, pero no pudiendo aventurarse al papel en ninguna forma, es preciso que V. E. acelere sus marchas para imponerse, y prepararnos extraordinariamente y con urgencia para que el Estado, pueda ser salvado.

Es un negocio de la última importancia; es inútil decir más.

Cuartel general directorial en Lujan, noviembre 10 de 1819. —*José Rondeau.*—Al Sr. Capitán Gral. D. José de San Martín. *(Original).*

San Martín participa su marcha por Córdoba

El 10 del entrante se pone en marcha la División de mi mando con dirección á la Guardia del Sauce, y desde este punto por el de las Guardias *(de frontera)* á ponerla á disposición del supremo director del Estado, apesar de la flacura de los caballos. Por lo tanto, es necesario que por lo menos se sirva V. S. disponer se me apronten para mi paso por esa provincia 2,000 caballos y 300 reses, sin cuyo auxilio la dicha División no podrá dar cumplimiento á las superiores órdenes.

Ruego á V. E. muy encarecidamente libre las órdenes

(1) Véase el comentario que de esta nota se hace en el Cap. XXIII, § V, en que prescindiendo de la guerra civil y de la expedición que motivaron los primeros llamados, se le dice ser otro el objeto secreto, que era la proclamación de la monarquía, hecho histórico, completamente desconocido, que los términos de las comunicaciones y correlación de las fechas ponen en evidencia.

más positivas para que el expresado auxilio esté pronto á más tardar para el 20 del entrante.

Espero se sirva V. S. comunicarme por avisos sobre estos auxilios, asi como el de decirme con el comisionado con quien deba entenderme, y que V. E. tendrá la bondad de nombrar, luego que la División pase por el territorio de su mando.

Mendoza, noviembre 22 de 1819.—JOSÉ DE SAN MARTÍN. Sr. Gobernador Intendente de la Provincia de Cuyo.—*(Libro copiador de San Martín).*

San Martín participa lo mismo al general Cruz

El 10 del entrante á más tardar, se pone en marcha la División de mi mando para la provincia de Buenos Aires, lo que pongo en noticia de V. E. para su conocimiento.

Mendoza, noviembre 22 de 1819.—JOSÉ DE SAN MARTÍN. —Sr. General en gefe interino del Ejército Auxiliar del Perú. —*(Libro copiador de San Martín).*

San Martín recibe la noticia de la sublevación de Tucumán

Incluyo á V. S. en copia los oficios muy reservados que me pasa el General en gefe del Exto. del Perú referentes á la prisión del capitán general don Manuel Belgrano, y del coronel don Domingo Arévalo. Este hecho escandaloso no puede menos de ser fomentado por los enemigos del orden, y es de temer que sus ramificaciones se extiendan á otros puntos. Por lo tanto, encargo al conocido celo de V. S. ponga por su parte cuantos medios le sean imaginables para poner la jurisdicción de su mando á cubierto de toda tentativa.

El mismo general interino me avisa la justificación plena que tiene hecha contra el ayudante don Ventura Alegre preso en esa como igualmente sus demás compañeros, en la correspondencia incendiaria que este remitía al capitán don Félix Garzón, en Tucumán, cuyo individuo es uno de los conspiradores en aquella ciudad. Estas circunstancias me hacen recordar particularmente la vigilancia que debe tenerse con los oficiales que se hallan presos en esa.

Mendoza, noviembre 25 de 1819.—JOSÉ DE SAN MARTÍN. —Sr. Teniente-gobernador de San Luis.—*(Libro copiador de San Martín).*

San Martín participa al gobierno su contra-marcha

Exmo. señor: Por las comunicaciones recibidas del general en gefe del ejército del Perú, se han confirmado las noticias de la sublevación de las tropas que guarnecian el Tucumán, deposición de su gobierno, arresto del Exmo. señor don

Manuel Belgrano y demás gefes, y reposición del ex-gobernador don Bernabé Araoz al mando de la provincia.

Este desagradable incidente, unido al de los avisos que he recibido por la vía de Córdoba, de que el movimiento de Tucumán estaba de acuerdo con el que debía ejecutarse en esta provincia luego que se verificase la salida del ejército, me ha hecho suspender la marcha que debía emprender el 11 por la mañana con dirección á esa capital.

Pesadas todas estas circunstancias, espero se sirva V. E. comunicar las órdenes que tenga por convenientes sobre los movimientos de esta División.

El nuevo ataque que mi salud ha padecido me obliga, por parecer de los facultativos, á tomar los baños de Cauquenes. Creo que antes que llegue la contestación de V. E. podré estar de regreso en esta, si es que me mejoro. En el interin queda con el mando de la División el coronel don Rudecindo Alvarado.—Mendoza, diciembre 7 de 1819.—José de San Martín.—Exmo. Supremo Director de las Provincias Unidas. —*(Libro copiador de San Martín).*

El desagradable incidente ocurrido en el Tucumán por la sublevación de la guarnición, arresto del general del ejército y demás gefes, y deposición de su gobernador, igualmente que los avisos que acabo de recibir, tanto por la vía de Córdoba como por la de Catamarca, de que esta Provincia debía hacer igualmente un movimiento luego que esta División saliese de su territorio, me han obligado á suspender la marcha de ella que debía verificar el 10 del corriente.

Esta mi determinación la aviso con esta data al Exmo. Supremo Director del Estado, para que en su vista resuelva lo que sea de su superior agrado. Igualmente lo comunico á V. S. para su inteligencia.

Mendoza, diciembre 7 de 1819.—José de San Martín.—Sr. General interino del Ejército Auxiliar del Perú.—*(Libro copiador de San Martín).*

El director Rondeau hace nuevo llamado á San Martín con motivo de la guerra civil, adjuntando las comunicaciones del ejército del Perú y del gobernador de Córdoba sobre el estado anárquico de las provincias, y resoluciones del Congreso en consecuencia.

Por las copias que acompaño y otras comunicaciones que recibí por extraordinario, fuí instruido de las ocurrencias del Tucumán y consecuencias que de ellas debían temerse. No me resolví á deliberar en materia tan grave sin oír antes la voz soberana del Congreso Nacional, á quien consulté con los documentos de su referencia. Bajo el Nº 3 se incluye igualmente su contestación, conforme á la que ordené inmediatamente al general en gefe del Ejército Auxiliar del Perú, que dejando

en Córdoba la guarnición competente á prevenir los males que indicaba, se pusiese inmediatamente en marcha con el resto de las tropas de su mando hacia esta Provincia, conforme á lo reiteradamente prevenido en el particular.

Los riesgos que nuevamente asoman en esa provincia por la conmoción de la de Córdoba y la del Tucumán en aquél triste suceso, dán mérito á igual medida, y yo espero que poniéndola V. E. en práctica con la fuerza que al efecto considere oportuno, dispondrá sin pérdida de tiempo la rápida marcha de la restante disponible, en el concepto de que la salvación del país en crísis tan peligrosa urge imperiosamente la celeridad de las operaciones de la presente campaña, cuyo buen suceso deba restablecer el buen orden y unidad de operaciones en las provincias seducidas que incautamente conspiran á la ruina y disolucion del Estado.

Me es sensible decir á V. E. que el contexto de su nota de 7 del que rige [1] me hace temer no se halle en aptitud de marchar, por no permitirlo su salud quebrantada, en cuyo evento considero de necesidad, y he resuelto, que tratando V. E. de su restablecimiento con el interés que ella exige, disponga que para no perder instantes en asunto de tan privilegiada importancia, encargue del mando y breve movimiento de esa división expedicionaria al coronel don Rudecindo Alvarado (ó al de igual clase don Mariano Necochea), á quien se recomendará con todo encarecimiento la mayor actividad y eficacia en el cumplimiento de esta providencia, en el concepto de que, de su ejecución pende el interés general y aún el particular de cada ciudadano.—Campo directorial en el Arroyo del Medio, diciembre 18 de 1819.—*José Rondeau.*—Exmo. Sr. Capitán Gral. D. José de San Martín.—*(Original).*

Anexo Nº 1º—Nota del general del ejército del Norte

Exmo. señor: La crísis peligrosa que presenta el actual estado del país, afligido de todas clases de males, causados por los mismos americanos, que olvidando al enemigo común, sólo se emplean en desquiciar el orden y todas las autoridades constituidas, me impone el deber de elevarlo á su conocimiento con la verdad y franqueza que los concibo y que son en realidad.

Esta provincia *(de Córdoba)* se halla en la mayor parte dispuesta y resuelta á romper los débiles lazos que la unen al gobierno supremo. Una porción considerable de sus habitantes, sea por teorías mal entendidas, sea por malignidad, ó por cualesquiera otros principios, y adictada la anarquía, ellos pro-

---

[1] Se refiere á la anterior.

claman con desvergüenza la federación, y como son los más audaces y son también muy poco contrastados por los buenos ciudadanos amantes del orden que no faltan, logran por este medio extender más y más su opinión, valiéndose de cuantos arbitrios pueden serle útiles á disponer los ánimos á una separación absoluta.

Yo no debo engañar á V. E. Esta provincia, si aún se mantiene en una aparente dependencia, es por temor de este ejército *(del Norte)*, pero no sólo tengo por evidente que en poniéndose á una distancia que ya no vean un riesgo tan inmediato, harán un movimiento estrepitoso, sino que también creo peligrosa la existencia de su gobernador y demás autoridades.

La revolución sucedida en Tucumán, ha puesto á los perturbadores en mayor animosidad; ya cuentan con este apoyo más, y juzgo con fundamento, que sería en vano alejar algunos de los principales corifeos. La enfermedad es general, y cada día se extiende su contagio.

Parece que, después de haberme tomado la libertad de pintar (aún menos de lo que concibo) el estado del país tan triste para nosotros, como favorable para el enemigo común que nos observa, debía ser un consecuente indicar el remedio que podria aplicarse; más con dolor confieso francamente que no lo encuentro, ni después de detenidas meditaciones con presencia de todos los objetos, llego siquiera á alcanzarlo.

Yo veo una conspiración de todas las provincias contra el Gobierno, que ellas mismas han constituido: ninguna se acuerda que existen españoles con quienes pelear; ninguna piensa en franquear la parte más rica de nuestro territorio que ocupan estos; su primera y única atención es sustraerse á la autoridad central, y pensar como han de sostenerse contra cualquiera fuerza que se destine á hacerlas entrar en su deber, aún cuando para ello sea preciso que el país se desole. Todo es nada para ellascon tal que logren su intento.

En circunstancias tan desagradables ¿qué remedio podría aplicarse con provecho? El de la suavidad y de la prudencia, ya está apurado, y sus efectos han sido formar más insolentes: —el de la fuerza, no juzgo la haya para tanto conspirador, y aún cuando la hubiera, todo es acabar de arruinar estos desgraciados territorios. Ellos proclaman una federación que no entienden y que confunden con la anarquía: es uno de los mayores males el concederla, por razones que están bien á la vista; pero mayor parece el negarla cuando no se puede sostener lo contrario.

Tal es el presente estado de los pueblos de la unión, que muy de antemano conozco y actualmente observo. El sábio discernimiento de V. E. tomará las determinaciones que con-

viniesen, y que en la parte que me corresponde serán llevadas con la puntualidad que debo.

Cuartel general en el Pilar (Córdoba), noviembre 28 de 1819.—*Francisco de la Cruz*.—Exmo. Supremo Director de las Provincias Unidas de Sud América.

Es copia: *Irigoyen.—(Auténtica)*.

Anexo Nº 2—Nota del gobernador de Córdoba

Exmo. señor: Después de lo ocurrido en Tucumán el 12 del mes que acaba, en que los oficiales de los piquetes de la guarnición depusieron al gobernador intendente don Feliciano de la Mota, y dueños de las fuerzas influyeron en el nombramiento de gobernador en la persona del coronel mayor don Bernabé Araoz, se ha mostrado con bastante evidencia el aspecto de la opinión de estos pueblos, y principalmente el de esta provincia.

Los anarquistas con el nombre de federales, habían tomado antes un carácter de animosidad notable, sin que la inmediación del Ejército Auxiliar haya sido bastante á imponerles respeto, aunque sí á contener sus miras criminales. Más, después del acontecimiento de Tucumán, los partidarios del federalismo ponen en ejecución toda intriga y arbitrio para minar al gobierno, sin que baste el celo más vigilante para contener unos designios que sólo esperan el momento para realizarse.

No es fuerza lo que puede contener este torrente, sino mientras ella está encima, porque todas las circunstancias lo favorecen, y porque la necesidad de sostener la fuerza en esta provincia, aumenta el descontento y la disposición de abrazar una mudanza, que siempre creen favorable por huir de las exacciones presentes.

Pero aún cuando la fuerza fuera el medio de evitar el sacudimiento de esta provincia, que creo indudable, yo me voy á quedar sin ella. El Ejército Auxiliar se pondrá en marcha dentro de seis ú ocho días, sin dejar parte ninguna de sus tropas. No me queda más fuerza para asegurar el orden de este país que el piquete de Granaderos, arriesgadísimo á ser ganado con muy poco dinero, sin que sus oficiales puedan evitarlo, y que aún sin este peligro es insuficiente para frustrar un sacudimiento, que necesariamente debe esperarse; porque no contando, como no cuento con las milicias de campaña para nada, en el instante que una división ó una partida de Santa-Fé invada el territorio, como lo invadirá, luego que el ejército se aleje; ó debe dejarlos venir hasta la ciudad, ó si he de oponerles la débil resistencia de los cien Granaderos del piquete, esta será la precisa coyuntura que aprovecharán los anarquistas del pueblo para conmoverlo, derribando una autoridad que no tiene el sostén de la opinión ni de la fuerza.

V. E. sabe el estado de la provincia de Salta; está impuesto del de la de Tucumán, é informado ahora del de la de Córdoba, debe persuadirse que su separación se acerca tan pronto como se retire el ejército, sin que yo pueda oponer un remedio probable, ni el sacrificio de mi persona sea fructuoso al Estado.

Todo el que observe de inmediato á los pueblos, conocerá con bastante exactitud el estado de la opinión. Los sectarios de este federalismo inexplicable, han olvidado el primer objeto de nuestra revolución: desconocen los peligros que todavía corre la existencia política de la nación con respecto al enemigo común, y han declarado á la actual forma de gobierno un ódio inextinguible, cuyo contagio se propaga de día en día, y en razón directa que disminuye la fuerza moral pierde su eficacia la física.

Mientras los pueblos mantienen esta porfiada reacción, nada podemos contra el ejército realista. Verdad es que, abandonándolos al delirio de lo que se llama montonera ó anarquía, su desórden general nos hará más impotentes; pero siendo cierto que ahora combatimos contra dos clases de enemigos, pudiera en la sabiduría del Congreso ó en los consejos del gobierno hallarse un medio que nos preserve de la ruina total, adonde la fatalidad nos encamina.

Si el soberano Congreso y cuantos me conocen, no tuvieran ciertamente conocida mi verdadera opinión en este punto, temería haberme avanzado; pero mis ingénuos deseos por el bien del país casi desolado, me obligan á informar á V. E. con sencillez y verdad cuanto observo y toco, esperando siempre sus supremas órdenes para cumplirlas con toda sumisión.

Córdoba, noviembre 30 de 1819.—*Manuel Antonio de Castro.* —Exmo. Sr. Supremo Director de la Nación.—Es copia: *Irigoyen.—(Auténtica).*

Anexo Nº 3. Dictámen del Congreso

Exmo. señor: Tomada en consideración la nota oficial de V. E. de 7 del presente, con los documentos que acompaña señalados bajo los números 1 á 12, y examinados con la debida atención los principales puntos sobre los que parece quiere V. E. que el Soberano Cuerpo lo auxilie con sus conocimientos, ha dispuesto en la sesión del día se le comunique:

Lo 1º: que al Congreso le parece se evitarán los riesgos que espera el gobernador de la provincia de Córdoba y el general del ejército del Perú, dejando una guarnición en aquella ciudad que haga respetar al gobierno y guardar el orden público, proveyendo al mismo tiempo, si se cree conveniente, de un gobernador militar á la expresada provincia, admitida la renuncia que ha hecho el actual, sin que esta indicación deba

perjudicar las medidas de distinto orden si V. E. las considera más convenientes.

Lo 2º: que el Congreso ha contestado al Ayuntamiento del Tucumán y al coronel mayor don Bernabé Araoz, lo que consta de las adjuntas copias, sin perjuicio de que V. E. tome todas las providencias convenientes en tiempo oportuno contra los principales autores y cómplices de aquél trastorno.

Lo 3º: que en el orden al licenciamiento de las milicias nacionales, á la posición que indica V. E. para mantenerse á la defensiva, y á los demás particulares relativos al ejército y operaciones de guerra, obre según le dicte su prudencia, sus conocimientos militares y la presencia de las circunstancias, usando de los medios que estén en la esfera de sus facultadas al objeto de contener los progresos de la anarquía, interin se aproximan las tropas con que se haya de operar activamente á destruirlas.

De su soberana orden se comunica á V. E. con los documentos que V. E. ha remitido bajo los números 1 á 12.

Sala del Congreso en Buenos Aires, diciembre 10 de 1819. *Dr. José Andrés Pacheco de Melo*, Presidente—*Ignacio Nuñez*, Pro-secretario.—Al Exmo. Supremo Director del Estado—Campaña.—Es copia: *Irigoyen.—(Auténtica).*

Última renuncia de San Martín

Exmo. señor: En vano han sido mis continuas reclamaciones á V. E. por el espacio de tres años, para que me concediese la separación del mando del Exto. con el objeto de recuperar mi salud. Ya no es necesaria nueva reclamación, pues mi postración absoluta me hace separarme de este encargo. Si V. E. no nombra otro general, el ejército está espuesto á su disolución.

Pasado mañana marcho para los baños de Cauquenes, y aunque con ellos experimente alguna mejoría en mis dolores reumáticos, mi enfermedad al pecho no me permitirá por mucho tiempo dedicarme á trabajo alguno.

Mendoza, diciembre 26 de 1819.—José de San Martín. Exmo. Sr. Supremo Director de las Provincias Unidas.—*(Autógrafo en el Arch. general).*

Contestación del gobierno á la renuncia (1)

Si el gobierno supremo de estas Provincias no accedió á las contínuas reclamaciones que V. E. indica en nota de 26 de

(1) Esta contestación la copiamos del borrador de la carpeta del Arch. general, en que se encuentra la anterior renuncia. Véase en el Apéndice Nº 19 la carta *reservada* de San Martín á O'Higgins de 3 de octubre de 1819

diciembre último, dejó siempre á su arbitrio la elección del temperamento, tiempo y medios que estimase oportunos al restablecimiento de su salud, sin hacer lugar á la dimisión del mando del Ejercito de los Andes, cuya organización y triunfos son debidos á su celo, actividad, opinión y conocimientos militares. Estas mismas razones influyen hoy en la resolución de conceder á V. E. su paso á los baños de Cauquenes y cuidar exclusivamente de su convalescencia y entera reposición, bajo aquella calidad, y con la investidura de capitán general y en gefe del citado ejército, ya reunido ó seccionado, en cuyo concepto deberá prover lo conveniente en orden á su fomento, disciplina y demás desde el punto donde se hallare, pues así lo exige el buen servicio del Estado en cuyo obsequio ha prestado conjuntamente tan relevantes servicios.

Por suprema orden tengo el honor de avisarlo á V. E. en contestación.—Buenos Aires, enero 8 de 1820.—Exmo. Sr. Capitán Gral. D. José de San Martín.—*(Borrador original).*

APÉNDICE Nº 27 AL CAP. XXIV

EL ACTA DE RANCAGUA. Complemento á la documentacion sobre la desobediencia de San Martín.—*(Originales).*

Pliego cerrado de San Martín

(Sobre escrito)—Al Sr. coronel don Juan Gregorio de Las Heras, gefe del Estado Mayor del ejército expedicionario.

Este pliego no se abrirá hasta que se hallen reunidos todos los Sres. oficiales del Exto. de los Andes, y sólo á su presencia se verificará.

SAN MARTÍN.

Certificación de apertura del pliego

Don Juan Paz del Castillo, coronel del Exto. y segundo gefe del Estado Mayor del Expedicionario.

Certifico que el 2 de abril de 1820 á las 5 de la tarde se abrió el pliego que contenia este sobre á presencia del Sr. coronel gefe del Estado Mayor y comandante general interino, y se procedió á su lectura.

Juan Paz del Castillo.

---

en la que, simultáneamente con sus comunicaciones oficiales y confidenciales que anteceden, revela por la primera vez su pensamiento de desobedecer la orden de marchar con su ejército á Buenos Aires.

Contenido del pliego cerrado

El Congreso y Director Supremo de las Provincias Unidas no existen: de estas autoridades emanaba la mia de general en gefe del Ejército de los Andes, y de consiguiente creo de mi deber y obligación el manifestarlo al cuerpo de oficiales del Ejército de los Andes, para que ellos por sí y bajo su espontánea voluntad, nombren un general en gefe que deba mandarlos y dirigirlos, y salvar de este modo los riesgos que amenazan á la libertad de la América. Me atrevo á afirmar que esta se consolidará, no obstante las críticas circunstancias en que nos hallamos, si conserva como no dudo, las virtudes que hasta aquí los han distinguido. Para conseguir este feliz efecto, deberán observarse los artículos siguientes:

1º El gefe más antiguo del ejército de los Andes, reunirá el cuerpo de oficiales en un punto cómodo, y el más espacioso que se encuentre, dando principio á la lectura de este manifiesto.

2º Reunidos todos, procederá á escribir su votación en una papeleta, verificándolo uno por uno, la que depositarán en alguna caja ó saco que llevará al efecto.

3º Finalizada esta votación, se pasará al escrutinio, que deberán presenciar el gefe principal y el capitán más antiguo de cada cuerpo. Dicho escrutinio se hará en presencia de todos.

4º Se prohibe toda discusión que pueda preparar el ánimo en favor de algún individuo.

5º En el momento de concluido el escrutinio, se tirará una acta que acredite el nombramiento del elegido, la firmarán todos los gefes y el oficial más antiguo de cada cuerpo.

6º En el momento de verificada la elección, se dará á conocer al nuevo nombrado por un bando solemne y por un saludo de quince cañonazos.

Estoy bien cerciorado del honor y patriotismo que adorna á todo oficial del ejército de los Andes, sin embargo como gefe que he sido de él, y como compañero, me tomo la libertad de recordarles que, de la íntima unión de nuestros sentimientos pende la libertad de la América del Sud.

Á todos es bien conocido el estado deplorable de mi salud, esto me imposibilita el entregarme con la contracción que es indispensable en los trabajos que demanda el empleo, pero no de ayudar con mis cortas luces y mi persona en cualquiera situación en que me halle á mis compañeros.

Santiago de Chile, marzo 26 de 1820.

José de San Martín.

ACTA

En la ciudad de Rancagua, á dos de abril de mil ochocientos y veinte, reunidos todos los SS. gefes y oficiales del Ejército de los Andes, en la casa del Estado Mayor del ejército expedicionario y comandante general del mismo, se abrió un pliego rotulado para dicho señor, y dirigido por S. E. al Sr. general en gefe, con expresión en el sobre de no romper el nema hasta no estar reunida toda la oficialidad, y procediéndose á su lectura por el Sr. comandante general, concluyó y se procedió á la votación según está prevenido, para elegir un nuevo gefe, en virtud de no existir el gobierno que nombró al presente, y como en el mismo acto tomase la palabra el Sr. coronel comandante del Nº 8, don Enrique Martinez, y expusiese que: no debía procederse á la votación por ser nulo el fundamento que para ello se daba, de haber caducado la autoridad del Sr. General, fué preciso considerar esta objeción, que al mismo tiempo reprodujeron los SS. coroneles don Mariano Necochea, don Pedro y don Rudecindo Alvarado, y proceder después á la votación de los SS. oficiales, que unánimemente convinieron en lo mismo, quedando de consiguiente sentado como base y principio, que la autoridad que recibió el Sr. General para hacer la guerra á los españoles y adelantar la felicidad del país, no ha caducado, ni puede caducar, porque su orígen que es la salud del pueblo, es inmudable. En esta inteligencia, si por algún accidente ó circunstancia inesperada faltase por muerte ó enfermedad el actual, debe seguirle en la sucesión del mando en gefe que continúe en el próximo inmediato grado del mismo ejército de los Andes. Y para constancia lo firmaron un oficial más antiguo de cada clase en todos los cuerpos y todos los SS. gefes.—BATALLÓN DE ARTILLERÍA—*Manuel Herrera*, comandante—*Francisco Díaz*, sargento mayor—*Eugenio Giroust*, capitán—*José Olavarría*, teniente—*Hilario Cabrera.*—GRANADEROS Á CABALLO: *Nicasio Ramallo*, comandante—*Benjamín Viel*, comandante de escuadrón—*José O'Brien*, sargento mayor—*Bernardino Escribano*, capitán—*Pedro Ramos*, teniente—*Antonio Espinosa*, alférez.—BATALLÓN Nº 7: *Pedro Conde*, comandante—*Cirilo Correa*, sargento mayor—*Félix Villota*, capitán—*Miguel Cortés*, teniente.—BATALLÓN Nº 8: *Enrique Martinez*, comandante—*Manuel Nazar*, capitán—*Niceto Vega*, teniente—*José del Castillo*, sub-teniente.—BATALLÓN Nº 11: *Ramon Dehesa*, capitán, comandante accidental—*José Nicolás de Arriola*, capitán—*Manuel Castro*, teniente—*José Ignacio Plaza*, sub-teniente.—CAZADORES Á CABALLO: *Mariano Necochea*, comandante—*Rufino Guido*, sargento mayor—*Manuel Soler*, capitán—*Pedro Rodriguez*, teniente—*Pedro Lacruz*, alférez.—ESTADO MAYOR GENERAL: *Juan Gregorio de Las Heras*,

gefe de Estado Mayor—*Juan Paz del Castillo*, segundo gefe—*Rudecindo Alvarado*, coronel—*Juan José de Quesada*, teniente-coronel—*Luciano Cuenca*, sargento mayor—*Francisco de Salles Guillermo*, ayudante secretario—*Xavier Antonio Medina*, oficial ordenanza—*Juan Andrés Delgado*, secretario.

DECRETO:

Rancagua y abril 2 de 1820.

El segundo gefe del Estado Mayor dispondrá se saque una copia autorizada de esta acta, que se me pasará para fines del servicio, y la original con los demás documentos relativos. Archívese para constancia en la oficina de su cargo.

Juan Gregorio de Las Heras.

Certificación del acta

Don Juan Paz del Castillo, coronel del ejército y segundo gefe del Estado Mayor del Ejército Expedicionario.

Certifico que la acta, firmas y decretos que anteceden, son copiados á la letra é iguales en un todo á los originales que se remiten, y están archivados en la oficina de mi cargo.

Rancagua, abril 2 de 1820.

Juan Paz del Castillo.
Segundo gefe del Estado Mayor.

Comunicación del acta á San Martín

Cantón de Rancagua, abril 3 de 1820.

Exmo. señor:

Cumpliendo con la orden de V. E. según comunicación de 30 del pasado, verifiqué la apertura del pliego cerrado ante la oficialidad del Ejército, según consta del documento Nº 1, y su resultado se demuestra por el Nº 2 que en copia certificada también acompaño.

Al asegurar á V. E. el orden que se observó en este acto por la oficialidad del Ejército, debo agregar la sorpresa que causó el contenido de la citada nota, y añadir, que se dejó ver bien la idea de que V. E. pudiera desconfiar de su subordinación y respeto ú olvidar algunos de sus sacrificios en obsequio de la causa común del país.

Tengo el honor de ofrecer á V. E. la más justa consideración de mi distinguido aprecio.

Juan Gregorio de Las Heras.

Exmo. Sr. Capitán Gral. y en gefe del Exto. Expedicionario.

Carta de Las Heras sobre lo mismo

Rancagua y abril 3 de 1820.—Sr. D. José de San Martín —Mi apreciado general: El sábado á las 9 $^1/_2$ de la mañana llegamos con Alvarado con toda felicidad: ayer fuí reconocido en la orden general, y por la tarde cumplí con los encargos de V.

Á la verdad, mi general, que yo nunca hubiera creído que V. me hubiera puesto en tanto y tamaño apuro. En fin, ya está hecho, y por el resultado se acabará de convencer qué clase de sujetos son sus amigos, y si he de hablar á V. la verdad, están tan resentidos, que les he oído hablar de un modo decidido y fuerte. Se creen agraviados, porque con el paso dado por V., ellos estarían en la necesidad de hacer otro tanto por su parte cada uno.

Hoy es reconocido Alvarado y demás, mañana es el bando de indulto, y la festividad, sermón, etc., para el 5, ya está preparado.

Deseo que V. se alivie y venga cuanto antes, mandando en el interin lo que guste á su siempre affmo.—*Juan Gregorio de Las Heras.*

P. D. Expresiones de todos los amigos.—*(Aut.)*

APÉNDICE Nº 28 AL CAP. XXVI, § I

Proclama de San Martín á las Provincias del Río de la Plata al tiempo de emprender la expedición del Perú.

Á los habitantes de las provincias del Río de la Plata

Compatriotas: Se acerca el momento en que yo debo seguir el destino que me llama: voy á emprender la grande obra de dar la libertad al Perú. Más, antes de mi partida, quiero deciros algunas verdades, que sentiría las acabáseis de conocer por experiencia. También os manifestaré las quejas que tengo, no de los hombres imparciales y bien intencionados, cuya opinión me ha consolado siempre; sino de algunos que conocen poco sus propios intereses y los de su país, porque al fin la calumnia como todos los crímenes no es sino la obra del discernimiento pervertido.

Vuestra situación no admite disimulo: diez años de constantes sacrificios sirven hoy de trofeo á la anarquía: la gloria de haberlos hecho es un pesar actual, cuando se considera su poco fruto. Habeis trabajado un precipicio con vuestras pro-

pias manos, y acostumbrados á su vista, ninguna sensación de horror es capaz de deteneros. El génio del mal os ha inspirado el delirio de la federación: esta palabra está llena de muerte, y no significa sino ruina y devastación. Yo apelo sobre esto á vuestra propia experiencia, y os ruego que escucheis con franqueza de ánimo la opinión de un General que os ama, y que nada espera de vosotros. Yo tengo motivos para conocer vuestra situación, porque en los dos ejércitos que he mandado, me ha sido preciso averiguar el estado político de las provincias que dependían de mí. Pensar establecer el gobierno federativo en un país casi desierto, lleno de celos y de antipatías locales, escaso de saber y de experiencia en los negocios públicos, desprovisto de rentas para hacer frente á los gastos del gobierno general, fuera de los que demande la lista civil de cada estado; es un plan cuyos peligros no permiten infatuarse, ni aún con el placer efímero que causan siempre las ilusiones de la novedad.

Compatriotas: Yo os hablo con la franqueza de un soldado: si dóciles á la experiencia de diez años de conflictos, no dais á vuestros deseos una dirección más prudente, temo que cansados de la anarquía, suspiréis al fin por la opresión, y recibais el yugo del primer aventurero feliz que se presente, quien lejos de fijar vuestro destino no hará más que prolongar vuestra incertidumbre.

Voy ahora á manifestaros las quejas que tengo, no porque el silencio sea una prueba difícil para mis sentimientos, sino por que yo no debo dejar en perplegidad á los hombres de bien, ni puedo abandonar el juicio de mi conducta, calumniada por hombres en quienes la gratitud algún día recobrará sus derechos.

Yo servia en el ejército español en 1811, veinte años de honrados servicios me habían atraído alguna consideración, sin embargo de ser americano; supe la revolución de mi país, y al abandonar mi fortuna y mis esperanzas, sólo sentía no tener más que sacrificar al deseo de contribuir á la libertad de mi patria: llegué á Buenos Aires á principios de 1812, y desde entonces me consagré á la causa de América: sus enemigos podrán decir si mis servicios han sido útiles.

En 1814 me hallaba de gobernador en Mendoza, la pérdida de este país dejaba en peligro la provincia de mi mando: yo la puse luego en estado de defensa, hasta que llegase el tiempo de tomar la ofensiva. Mis recursos eran escasos, y apenas tenía un embrión de ejército: pero conocía la buena voluntad de los Cuyanos, y emprendí formarlo bajo un plan que hiciese ver hasta que grado puede apurarse la economía para llevar á cabo las grandes empresas.

En 1817 el ejército de los Andes estaba ya organizado: abrí la campaña de Chile, y el 12 de febrero mis soldados reci-

bieron el premio de su constancia. Yo conocí que desde ese momento excitaría celos mi fortuna, y me esforzé aunque sin fruto, á calmarlos con la moderación y el desinterés.

Todos saben, que después de la batalla de Chacabuco, me hallé dueño de cuanto puede dar el entusiasmo á un vencedor; el pueblo chileno quiso acreditarme su generosidad, ofreciéndome todo lo que es capaz de lisongear al hombre: él mismo es testigo del aprecio con que recibí sus ofertas, y de la firmeza con que rehusé admitirlas.

Sin embargo de esto, la calumnia trabajaba contra mí con una perversa actividad; pero buscaba las tinieblas, porque no puede existir delante de la luz. Hasta el mes de enero el general San Martín merecía el concepto público en las provincias que formaban la Unión, y sólo después de haber triunfado la anarquía, ha entrado en el cálculo de mis enemigos el calumniarme sin disfraz, y reunir sobre mi nombre los improperios más exagerados.

Pero yo tengo derecho á preguntarles ¿qué misterio de iniquidad ha habido en esperar la época del desórden para denigrar mi opinión? ¿Cómo son conciliables las suposiciones de aquellos con la conducta del gobierno de Chile, y la del ejército de los Andes? El primero, de acuerdo con el Senado y voto del pueblo, me ha nombrado gefe de las fuerzas expedicionarias; y el segundo me reeligió por su general, en el mes de marzo, cuando trastornadas en las Provincias Unidas la autoridad central, renuncié el mando que había recibido de ella para que el ejército acantonado entonces en Rancagua, nombrase el gefe á quien quisiese voluntariamente obedecer.

Si tal ha sido la conducta de los que han observado de cerca mis acciones, no es posible esplicar la de aquellos que me calumnian desde lejos, sino corriendo el velo que oculta sus sentimientos y sus miras. Protesto que me aflige el pensar en ellas, no por lo que toca á mi persona, sino por los males que amenazan á los pueblos que se hallan bajo su influencia.

Compatriotas: Yo os dejo con el profundo sentimiento que causa la perspectiva de vuestras desgracias: vosotros me habeis acriminado, aún de no haber contribuido á aumentarlas porque este habría sido el resultado, si yo hubiese tomado una parte activa en la guerra contra los federalistas: mi ejército era el único que conservaba su moral, y lo esponía á perderla abriendo una campaña en que el ejemplo de la licencia armase mis tropas contra el orden. En tal caso, era preciso renunciar á la empresa de libertar el Perú, y suponiendo que la suerte de las armas me hubiese sido favorable en la guerra civil, yo habría tenido que llorar la victoria con los mismos vencidos. Nó, el general San Martín jamás derramará la sangre de sus com-

patriotas, y sólo desenvainará la espada contra los enemigos de la independencia de Sur-América.

En fin, á nombre de vuestros propios intereses, os ruego que aprendais á distinguir los que trabajan por vuestra salud, de los que meditan vuestra ruina: no os expongais á que los hombres de bien os abandonen al consejo de los ambiciosos: la firmeza de las almas virtuosas no llega hasta el extremo de sufrir, que los malvados sean puestos á nivel con ellas: y ¡desgraciado el pueblo donde se forma impunemente tan escandaloso paralelo!

¡Provincias del Río de la Plata! El día más célebre de nuestra revolución está próximo á amanecer: voy á dar la última respuesta á mis calumniadores: yo no puedo hacer más que comprometer mi existencia y mi honor por la causa de mi país: y sea cual fuere mi suerte en la campaña del Perú, probaré que desde que volví á mi patria, su independencia ha sido el único pensamiento que me ha ocupado; y que no he tenido más ambición que la de merecer el ódio de los ingratos y el aprecio de los hombres virtuosos.

Cuartel general en Valparaíso, julio 22 de 1820.

José de San Martín.

ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO

CAPÍTULO XVI—*La alianza argentino-chilena*

Año 1817

CAPÍTULO XVII—*Cancharrayada*

Años 1817-1818

CAPÍTULO XVIII—*Maipu*

Año 1818

CAPÍTULO XIX—*San Martín después de Maipu*

Año 1818

CAPÍTULO XXII—*Cochrane—El Callao—Valdivia*

Años 1819-1820

CAPÍTULO XXIII—*La desobediencia de San Martín*

Años 1819-1820

CAPÍTULO XXIV—*El acta de Rancagua*

Año 1820

LÁMINAS

FIN DEL TOMO SEGUNDO



BANDERA DE LOS ANDES